

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

1 • PRÓLOGO
• INTRODUCCIÓN

libros  Tauro
www.LibrosTauro.com.ar



PRÓLOGO

Esto es un ensayo. Es un libro sobre el peronismo. No es la desgrabación de un curso. Ni estará escrito como si el autor le hablara al lector y hasta dialogara con él. Esa experiencia ya fue ensayada con el proyecto anterior encarado desde este diario, los días domingo, cuando la gente quiere “cosas livianas” para leer después del asado o al borde de la piscina (pileta) o antes o después de jugarse un partido de fútbol o uno de tenis o jugar al truco o a la escoba de quince o a cualquier otra cosa. Esto es un libro con pretensiones desmedidas: historiar e interpretar al peronismo. No podemos seguir sin hacerlo. El peronismo sigue y hay que seguirlo de cerca. O retroceder y tomarle distancia. Tratarlo con frialdad. Como a un objeto de estudio, arisco y feroz. Lleno de sonido y de furia. Diferente, esquivo, no único, pero sin duda específico. Priva en él más la diferencia que el paralelismo con otros partidos de otros países. No es el varguismo. Todavía no es el PRI. No es —aunque tanto se empeñan en que lo sea— el fascismo. Ni menos aún esa pestilencia alemana que entre alientos nietzscheanos, invocaciones a la “bestia rubia” y a las “aves de rapiña”, a la pureza de la raza, a la biología de los héroes o a la respuesta creativa del Dasein comunitario a la técnica como caída (en Heidegger) se llamó nacionalsocialismo. Hay grandeza y profundas miserias en el peronismo. Hay demasiados muertos. Hay un plus de historicidad. Hay una historia desbocada. Hay líderes (sobre todo uno), hay mártires (sobre todo una), hay obsecuentes, alcahuetes, hay resistentes sindicales, escritores combativos, está Walsh, Ortega Peña, está Marechal, están Urondo y Gelman, están asesinos como Osinde y Brito Lima, fierros sin retorno como el Pepe Firmenich, doble agente, traidor, jefe lejano del riesgo, del lugar de la batalla, jefe que manda a los suyos a la muerte y él se queda afuera entre uniformes patéticos y rangos militares copiados de los milicos del genocidio con los que por fin se identificó, hay pibes llenos de ideales, hay más de cien desaparecidos en el Nacional de Buenos Aires, está Haroldo Conti, muerto, Héctor Germán Oesterheld, muerto, Roberto Carri, muerto, y hasta Aramburu, muerto, está la opacidad de una historia de opacidades, de odios, venganzas, horrores, está la OAS, Henry Kissinger, el comisario Villar, formado en la Escuela de las Américas, cana puesto y avalado por Perón, el gran indescifrable, el Padre Eterno, el ajedrecista genial, el que volvería en el avión negro y volvió viejo y volvió malo, y le dio manija a López Rega, de cuya paranoia asesina no podía decirse inocente, porque nadie desconoce lo que tiene tan cerca, y si a eso que tan cerca tiene le da espacio y le deja las armas, y encima se muere y sabe que se muere y lo deja fuerte, consolidado, porque de cabo lo ascendió, en acto macabro y doloroso, a comisario general de la policía, y si a la mediocre y manipulable y matarife del cabarute la deja de vice, sabiendo, como sabía, que ella no era ella, que Daniel, el Brujo umbandista, la dominaba, le susurraba los discursos porque era él el que los había escrito, porque era él el que habría de ponerle las listas, el que habría de decirle hay que matar a éste, Chabela, y a éste y a todos los infiltrados marxistas de la juventud y a los combatientes de la guerrilla, hay que dar palo porque el quebracho es duro, y si esto, al Viejo general, le deteriora el prestigio, le erosiona el recuerdo, la memoria de los mejores años, de los años felices, del 53% por ciento del Producto Bruto Interno para los pobres, de las nacionalizaciones, del artículo 40, del Pulqui, del Estado generoso, del Bienestar estatal, del keynesianismo desbordante, de los sindicatos, de los abogados de los sindicatos, del Estatuto del Peón, de las vacaciones pagas, de la entrega de Evita hasta el aliento postrero, mala suerte, general, usted se lo buscó, vino y no tenía salud para venir,

al ajedrez se juega de afuera, en política al menos, el Mago para ser Mago de la Historia, para ser Mito y Esperanza tiene que estar lejos, manejar los hilos desde la distancia, desde arriba, manejar las contradicciones sin ser una de ellas, pero si el Mito regresa el Mito se historiza, ya no maneja las contradicciones, él, ahora, es una más y tiene que tomar partido, y la historia se lo come, mito que regresa pierde porque ya no puede ser mito, el avión negro regresó y llegó entre el estruendo de las balas y los gritos de los muertos y los torturados y aterrizó en Morón, lejos del pueblo, en medio de los asesinos, de los franceses de la OAS, de Osinde, de Favio: el que nada vio, el que nada supo aunque estaba arriba, bien arriba en ese palco colmado de hienas y de buitres y vampiros, de los pretorianos que afilaban sus cuchillos para una de las noches más negras de la Argentina, que si no fue la más negra se debió a la que vino después, a la de los militares de la Seguridad Nacional, que encontraron el terreno fértil, las víctimas fáciles, los perejiles abandonados y sofocados por el miedo, y se dieron todos los gustos, pusieron a los Martínez de Hoz, a los Walter Klein, a los Juan Alemann, a los que exigieron a fondo la limpieza para aplicar el plan que tenían, el de las privatizaciones, el del Imperio, el de la Escuela de Chicago, el de Milton Friedman y el del ingeniero Alsogaray y ni por asomo el de Keynes, y el país fue una timba y se llenó de argentinos del deme dos, y la ESMA fue un infierno que nadie, ni en su peor pesadilla, pudo prever, y ahí torturaron, empalaron, violaron mujeres, torturaron niños frente a sus padres, quemaron vivos a pobres pibes que sólo habían alfabetizado en una villa miseria o que en un pizarrón indefenso enseñaron el vocabulario a niños ignorantes que siguieron así, ignorantes, porque sus púberes maestros se fueron de la noche a la mañana, se fueron para no volver jamás, y esos vuelos y esos sacerdotes que bendecían a los asesinos, y les decían hijo mío cumple con la Patria, Dios te absolverá porque tu tarea es purificadora, el Evangelio está contigo porque está con quienes hacen justicia aunque, a veces, la justicia, que es ciega, se parezca al horror porque tiene que ser impiadosa para el triunfo del bien, para el triunfo del Señor que te mira, te juzga y te perdona por medio de mi palabra, que es la Suya, sigue con esta tarea porque es la de la Patria y la del Dios cristiano, y la mayoría de los que morían eran peronistas jóvenes, inocentes todos, porque cualquiera que muera así, como un perro, es inocente, porque nadie, hombre o mujer, miliciano o perejil de superficie o sacerdote del Tercer Mundo o sindicalista o simple vecino del barrio al que se lo chuparon porque estaba en una libreta de direcciones o porque sí nomás y para meter miedo, merece morir de ese modo, como un perro, y ni siquiera un perro lo merece. ¡Qué centuriones tan despiadados se escondían en los pliegues de la patria! Quién lo hubiera dicho. Aquí, en la Atenas del Plata, encontrarlo a Trujillo multiplicado hasta el espanto.

¿Dónde quedó la Patria de los cincuenta? La que conquistó el corazón amargo de Discépolo. La que le dio alegría. La que le hizo olvidar la tristeza y los barrios pobres de los tangos y elegir los umbrales, porque en ellos estaban los novios, el portland porque por ahí caminaban felices los postergados de siempre, la abundancia, la comida y el chamamé de la buena digestión, la patria de los cincuenta quedó lejos, el peronismo se alejó del peronismo, y lo mató a Troxler a quien ni los centuriones de los basurales de José León Suárez supieron hacerlo, y lo mató a Atilio López con más de ochenta balazos, y a Silvio Frondizi y al Padre Mujica y a Rodolfo Ortega Peña, en una noche cruel, en una emboscada sórdida, tan sórdida e inesperada que Rodolfo, al caer moribundo, alcanzó a decirle a su compañera la frase del asombro, de la incredulidad, del final: “¿Qué pasa, flaca?”

Eso, qué pasa. Qué pasó. Qué pasará. Porque esta historia sigue. Y contarla es aceptar el desafío de lo cósmico. Lo inabarcable. Lo infinitamente contradictorio. Una totalidad que no deja de destotalizarse y retotalizarse. De ganar un sentido y perderlo y engendrar —de pronto, entre alucinaciones— diez, quince, treinta sentidos. No digo que el peronismo sea incomprensible. Sólo digo que comprenderlo “en totalidad” es una tarea gigantesca, desafiada.

Hacia ella vamos.

INTRODUCCIÓN

Se trata de partir de un hecho primario, comprobable por todos, aceptado por muchos aunque no siempre por los mismos, rechazado por otros tantos o por otros menos y también no siempre por los mismos, con lo que tal vez podríamos acceder a nuestra primera aseveración en un tema que no se caracterizará por ellas, dado que las elude constantemente: el peronismo perdura pero quienes se encuadran bajo su rótulo o quienes se deciden a apoyarlo varían según las diversas coyunturas históricas. Podría verificarse un matiz importante: se han acercado al peronismo o han trabado excelentes relaciones con él personas o sectores políticos o económicos que escasamente se han arrogado tal condición. Tomemos dos “abrazos históricos”. El dirigente radical Ricardo Balbín se abraza con Perón en 1972. Balbín fue un porfiado antiperonista a lo largo de su vida. Va a ver a Perón. Perón está en la residencia de Gaspar Campos. Al ser difícil el acceso, Balbín se encuentra ante la necesidad de “saltar” un muro. Lo hace. Luego se abraza con Perón. Tenemos dos acercamientos de Balbín a Perón: el “salto” del muro y el abrazo. Luego, muerto Perón, dice un discurso que él pretende sea “para la historia” y —aunque la historicidad de ese momento es de una densidad y un desbocamiento dramáticos, sofocantes— lo es. En el discurso Balbín dice: “Este viejo adversario hoy despide a un amigo”. Si algo *no es* Balbín aquí es lo que fue toda su vida: un antiperonista. Pareciera jugar dentro del campo del peronismo. Sin duda, contribuye a su perdurabilidad, a su capacidad inagotable de *sumar*, que es parte sustancial de su *obstinación* en “la patria de los argentinos” como solía decir ese líder radical que no le hizo a la patria un solo mal aunque acaso no le haya hecho ningún bien remarcable. (Nota: Sin embargo, dos males serios le ocasionó a “la patria de los argentinos”. Habló de “la guerrilla en las fábricas” poco antes del golpe del 24 de marzo de 1976. Y —cuando le dieron la cadena nacional de radiodifusión para que hiciera algo por frenar el golpe— acudiendo a ciertos aires de compadrito en que solía solazarse dijo “me piden soluciones” y contestó una burrada política fenomenal: “No las tengo”. Los militares habrían de tomar esa frase como una confesión de la “dirigencia civil” y justificarían, con ella, la necesidad de apoderarse del Estado. Ellos sí tenían respuestas. En otro de sus dramatizados discursos, también por televisión, se dirigió a los jóvenes de la guerrilla. Usó a uno solo como figura de todos. “Muchacho”, le dijo, “contiene tu puñal. Y si yo no cumplo, entonces... clavámelo”. Al día siguiente de la tragedia de Chile le preguntan qué opina: condena el golpe y lamenta que “el presidente Allende se haya suicidado”. Le dicen que lo mataron. “No lo sé —dice—. Pero tenía un arma en las manos.” Le preguntan qué habría hecho él en esa situación. Pone su mejor cara de “guapo del 900” y dice: “Ah, no: a mí no me hacen eso”. “Eso” era el golpe de Pinochet. Regresa de un viaje y le preguntan por los desaparecidos: “Los desaparecidos están muertos”, responde, dando por inútil la consigna central de las Madres de Plaza de Mayo: “Con vida los queremos”. Le decían “Chino” porque —en sus mejores momentos— se parecía algo a Akira Kurosawa. Y “guitarrero” por su estilo oratorio.

Hoy, todo él, es pasado y olvido. Con todo, yo sería injusto si no dijera que —en 1973— lo habría preferido a él como vice de Perón en lugar de Isabel, con el Brujo atrás. Y que no era ni habría podido ser un carnicero como López Rega o Videla, aun cuando se haya equivocado gravemente un par de veces. En un país en que ha corrido tanta sangre, en un país tan colmado de asesinos corresponde decir esto de alguien si decirlo es la verdad.) El “otro” abrazo es más inesperado y fue impensable hasta el grado del delirio, la insensatez o la blasfemia. Sucedió en una época que contenía todos esos matices de la condición humana, añadiéndoles los de la falsedad, el robo, la befa, la farandulización de la existencia toda y el canallismo jocoso, circense: la “fiesta” menemista. Otra variedad de la “obstinación” peronista cuyo análisis requerirá espacio, tiempo y templanza, si es que deseamos apartar de nosotros el único modo de recordarlo: el de la ira, el de una insoslayable y fiera vehemencia. Trataremos de hacerlo. Buscamos tornar transparente hasta lo posible nuestro objeto de estudio. Será sensato advertir que parte de esa transparencia estará en las pasiones, en las broncas, en las heridas aún abiertas porque fueron hechas para sangrar sin perecer, de las que estamos hechos. Este ensayo se escribe buscando todos los rostros del objeto al que asedia, pero ese “objeto” (el peronismo) ha provocado, en todos nosotros, desilusiones, tristezas, derrotas, pérdidas sin reparo, muertes que no debieron ser, pavores sorprendentes, ilusiones luminosas, desengaños en los que aprendimos la resistencia de la realidad, la dureza de lo imposible. Una amiga no peronista, que se aferró a la esperanza-Alfonsín, me contó que el mayor dolor de su vida, su mayor tragedia, fue la pérdida de dos amigos que cobijó en su casa en algún mes del año 1976. Eran dos jóvenes peronistas, se los llevaron y no los vio más. Todavía, al hablar de ellos, al contar esa historia, los ojos se le humedecen, se pone pálida y hasta tiene miedo otra vez. Prometemos, sí, asediar a nuestro objeto y estudiarlo con rigor. Pero no lo haríamos si dejáramos de lado las ilusiones que ese “objeto de estudio” despertó en nosotros, las desesperanzas, los espantos, y la prolija, fría idea de la muerte y la tortura. Volvemos al “segundo” abrazo. Fue, dije, durante la “fiesta” menemista. Alianza entre el peronismo y el establishment agrícola-ganadero, el establishment empresarial y financiero y las corporaciones transnacionales. Carlos Menem, en algún ágape de esos años de jolgorio, se encuentra con el Almirante Rojas, el inventor de la línea Mayo-Caseros, el más puro símbolo del gorilismo nacional, el que ordenó, junto con Aramburu, los fusilamientos del '56 y las masacres de esa “operación” que narrará Rodolfo Walsh. El “Jefe” lo ve al Almirante y se le acerca con su sonrisa de plástico. El Almirante hace lo que siempre ha hecho: lo mejor para su clase social, la oligarquía, y el brazo vigoroso que la custodia, las Fuerzas Armadas. Se abraza con el peronista Menem. Ahí están, mírenlos: el masacrador del 16 de junio de 1955 y el caudillo del interior federal postergado, el caudillo riojano en que se encarna el otro, el que cantó Sarmiento, el feroz Facundo, el Tigre de los Llanos. Este Tigre —sin embargo— se ha olvidado de los Llanos. Se recortó las patillas. Se viste *alla Versace*. Gobierna para las clases altas, para el Fondo Monetario Internacional y hasta ha enviado un casaco que flota a la Guerra del Golfo, una guerra de Estados Unidos pero que él hace suya dado que con el gigante del Norte quiere relaciones cercanas, a las que llama “carnales”. Algunos dicen que no es peronista. Usan, para desautorizarlo, un concepto inesperado pero que hace historia: “menemismo”. El “menemista” Menem no será peronista pero todo el peronismo lo respalda. Durante su Gobierno, Ubaldini, el sindicalista que vivía haciéndole huelgas a Alfonsín,

pierde visibilidad; tanta, que casi se torna invisible. No: Menem *es* peronista. Y hace todo lo que no hizo Perón. O digámoslo con mayor propiedad: des-hace lo que hizo Perón. Qué cosa el peronismo, caramba. Cómo diablos será posible entenderlo. El que mejor desperonizó al país (una obsesión que compartieron durante años la oligarquía y la izquierda revolucionaria o académica) fue un peronista. Y no uno que vino de arriba, de algún planeta exótico para hacer la tarea. No: un peronista de verdad. Con historia, militancia y discurso peronista. Bastaba oírlo hablar y uno advertía que el tipo, al manual de *conducción política* de Perón se lo sabía de cabo a rabo. A comienzos de 2003, cuando se baja del ballottage para restarle a Kirchner los seguros y frondosos votos que cosecharía en una segunda vuelta, dice, por televisión y con el propósito de justificar su alejamiento, un discurso en que palabras como “arte de la conducción”, “táctica”, “estrategia”, “información”, “control de la situación” y hasta “economía de fuerzas” van de aquí para allá, incansables. Había hecho los deberes del buen justicialista: conocer la doctrina. No los había hecho por casualidad. Carlos Menem, el político que desarmó sin prisa, sin pausa y sobre todo sin piedad el Estado de Bienestar que Perón había construido desde 1943 y que ni los militares de la Seguridad Nacional habían logrado llevar a cenizas, era un peronista de larga historia, un caudillo de la más federal de las provincias, la de Facundo Quiroga, la de Ángel Vicente Peñaloza, La Rioja. Nada de

esto impidió su abrazo con Rojas. Era más fuerte aquello que lo tornaba posible: un nuevo rostro del peronismo, un peronismo neoliberal, construido al calor de la caída del Muro de Berlín, del triunfo global de la democracia neoliberal de mercado, de la hiperinflación alfonsinista, del golpe de mercado oligopólico y de una época que encarnó la “ética indolora” (el concepto es de Gilles Lipovetsky) de la posmodernidad. Hasta posmoderno fue el peronismo. Luego de ser, como había sido, el símbolo de los valores de la modernidad en la Argentina: Estado fuerte, política, enfrentamiento de clases, inclusión social de las clases postergadas, nacionalismo, primacía de la industria sobre los productos primarios. Ese abrazo Menem-Rojas disparó una frase de un peronista de también larga trayectoria, hombre que transitó de la JP en los setenta a la Renovación en el 84/85 y al menemismo en los noventa. La frase fue: “El abrazo Menem-Rojas equivale al abrazo Perón-Balbín”. Le dije a otro peronista cómo era posible que Fulano dijera eso. Y me dijo: “Dejalo: dice eso y morfa un año entero”. Esto, también, es un elemento teórico. Y hasta lo es en la elección de la palabra “morfar” en lugar de “comer”. Un peronista morfa. Un oligarca come. Y esto, a los peronistas, los colma de



orgullo. (*Nota:* Que un oligarca “come” se puede observar en ese inmenso libro de chismes que se publicó recientemente bajo el nombre de Adolfo Bioy Casares. Parece que habitualmente Borges visitaba a Bioy para “comer” en su casa. Ahí —con una maldad clasista de viejas oligarcas y obviamente ociosas— le comentaba todo tipo de cosas a su amigo, quien, acaso asombrosamente, las anotaba con pulcritud. Más asombroso es que se hayan publicado. Todavía más es que se lean. Como sea, la fórmula que Bioy utiliza para abrir la narración de las veladas con su compinche de mínimas charlas de cajetillas aburridos es: “Borges hoy come en casa”. O “Borges come en casa”. O “Come Borges en casa”. No sabemos si almuerza o cena. Ni lo sabremos, ya que es de mal gusto, de grasas y de negros peronistas, decir que alguien “almuerza” o “cena”. La gente *comme il faut* “come”. Algo similar a lo que ocurre con el “rojo” y el “colorado”. Lo correcto es “colorado”. Ha sido posible observar —desmintiendo esta modalidad— que cierta oligarquía no ha cesado de hablar del “trapo rojo” aludiendo a eso con que los “zurdos” pretenden reemplazar a la bandera de Belgrano. No hay nada como el odio para perder los modales.) A los peronistas nacional populares. A los que no fueron atrapados por eso que suele denominarse el “glamour de la oligarquía”. Con todo, en esto los peronistas no han cedido demasiado terreno. Menem llenó su década de esplendor invitando a comer (o a “morfar”) pizza con champán a sus más elegantes y rancios contertulios. Un peronista entrega a las clases dominantes el patrimonio nacional pero sigue citando a Jauretche. La izquierda ilustrada, en cambio, la izquierda —pongamos— “académica”, compra los valores y los símbolos de la oligarquía como parte de su “conversión”. La “socialdemocracia” de los ochenta, el alfonsinismo ilustrado incurrió en una incondicional adoración de Victoria Ocampo, Borges y Bioy, quienes fueron transformados en la cifra de nuestra cultura, el signo de su excelencia. He discurrido en otras ocasiones sobre estas modalidades de época.

Los dos abrazos exhiben la amplitud del peronismo. Esta “amplitud” ya había sido largamente ejercida y teorizada por el mismo Perón: “En el peronismo, en cuanto a ideología, tiene que haber de todo. Me dicen que Cooke era muy izquierdista. Pero también lo tuvimos a Remorino que era de derecha”. El peronismo no es —entonces— una obstinación peronista. *Es una obstinación argentina*. Si la obstinación prosigue, si no se detiene, es porque todos la alimentan. Peronistas y no peronistas. No sólo los no peronistas que pactan con el peronismo o se le acercan en coyunturas en que “la patria lo reclama”. Sino (y muy poderosamente) los antiperonistas. Estamos aquí ante un fenómeno marcadamente argentino. O sea, casi indecifrable: el peronismo ha sido una y muchas cosas más. Tal vez ya no sea nada. Tal vez la identidad peronista se haya disuelto en las borrascas de la historia que a partir de ella (de quienes reclamaban encarnarla) se han desatado. Lo que no desapareció es el antiperonismo. Es un argumento que usó cierta vez, en mi contra, el malogrado y querido historiador Fermín Chávez. Yo había escrito un texto demostrando que la identidad peronista ya no tenía existencia. Era tanto que era nada. El ser y la nada (en el primer capítulo de la *Lógica* de Hegel) se identifican, son intercambiables: cuando algo es el *todo* es la *nada* porque las cosas se definen por aquello que las diferencia de las otras. *El ser es diferencia*. Lo han dicho los postestructuralistas —basándose en el sistema de la lengua de Ferdinand de Saussure— y tienen razón. Todo elemento se refiere a otro del cual se diferencia. Una estructura es una totalidad de diferencias. Nada es. Todo ser es *diferencia*. Todo ser, en su ser, se refiere a otro. Seamos, ahora, precisos: si el peronismo es *todo*, cuál es su *diferencia*. Tiene que existir algo que *no sea* el peronismo para que el peronismo *sea* algo. Cuando propuse la fórmula: *El peronismo, al serlo todo, no es nada*, Fermín Chávez me refutó. Dijo: *Si el peronismo no es nada, si no tiene identidad, ¿cómo es posible que haya antiperonistas?* Perfecto: otra incógnita demoledora. Uno ya no sabe qué es el peronismo. O tiene que estar tres horas para explicárselo a alguien. Sobre todo a un extranjero. Pero antipe-

ronistas hay por todas partes: sacan diarios prestigiosos, escriben concurridas columnas de opinión, publican libros, dan conferencias para empresarios, y hasta no faltan quienes se sienten “mártires” o “líderes” de la prensa libre agredidos por el “peronismo”. Incluso defienden a la “república” o a las “instituciones” que el “peronismo” agrede. Algo que ocurre porque —dicen— el gobierno que durante estos días gobierna es... peronista. Sin embargo, ese gobierno ha reducido a una expresión mínima los símbolos clásicos del justicialismo, las fotos de Perón, las de Evita o la ineludible entonación entusiasta de la marcha partidaria. Que sigue teniendo frases tan improbables como “combatiendo al capital” en un mundo en que nadie lo combate en ninguna parte. O afirma que la “Argentina grande con que San Martín soñó es la realidad efectiva que debemos a Perón” cuando, en rigor, los “grasitas” de Evita y los “negritos” de Perón andan por las calles pidiendo limosna o acarreado cartones y el pueblo de la Capital Federal votó al hijo de un empresario (que si no es peronista lo puede ser en cualquier momento) para que los limpie del paisaje urbano, los arroje a la periferia y arrase con esa villa, la 31, de la cual salen delincuentes y drogadictos (o delincuentes drogados) para alterar la placidez de la metrópoli opulenta. En suma, los antiperonistas son más obstinados que los peronistas. Entre unos y otros dibujan esa modalidad del ánimo (una modalidad subjetiva) con que se presenta el peronismo en nuestra historia: la *obstinación*. Hagamos, pues, la pregunta: *¿qué es una obstinación?*

La relevancia de la pregunta surge —en una instancia inicial— porque forma parte del título de este ensayo, que llama al peronismo “una obstinación argentina”. Después, se afirma en que nadie dudará acerca de la persistencia del fenómeno en nuestra historia: nace con el golpe militar del 4 de junio de 1943 y todavía sigue fuerte y una mujer que proviene del riñón de su historia, de una de sus facetas más tormentosas y castigadas (la izquierda de los ’70), acaba de ganar unas elecciones que la llevarán a la presidencia del país. Ella no luce excesivamente peronista: dio un discurso plural el día en que ganó, se reunió con un periodista del diario del establishment (un hombre que siguió día a día el gobierno de Néstor Kirchner con una obsesividad digna de algún prestigioso diván de la ciudad de Buenos Aires, desbordante de neuróticos y de psicoanalistas neuróticos que debieran mejorar a esos neuróticos o, en su defecto, medicarlos bien, y de todos los días en que anduvo tras él, criticándolo, encarnando odios, creando opiniones adversas, asumiendo el estrellato de su diario venerable, hijo dilecto de la pampa húmeda y de la Sociedad Rural, custodio de Occidente, de los capitales transnacionales, del ALCA, y ahora, a diferencia de otros irritables momentos de su historia en que reclamó hechos que —por el momento— olvidaremos, custodio de las libertades, de las de prensa sobre todo, y de las instituciones, y custodio, muy privativamente, de esa acuosa, impalpable entidad a la que se llama “la República” y en cuyo nombre se han cometido por estos lares las más horribles tropelías, este periodista, decía, pasará a la historia como “el fiscal del kirchnerismo” pero —conjetura uno— al costo de haberle dedicado cuatro años de su vida al líder de esa tendencia, Néstor Kirchner, y al costo de verlo hasta donde no estaba o de encontrarlo, inesperadamente, en sus pesadillas, y en las peores) y citó escasa o nulamente a Perón y a Evita. De hecho, la presidenta Cristina Fernández pareciera haber elaborado mejor su relación con el peronismo que muchos antiperonistas, dado que en gran medida y no asombrosamente el peronismo vive más en el odio o el desdén o la obsesión de los antiperonistas que en la adhesión de los peronistas. Ocurre (y veremos intensivamente este aspecto) que en la mayoría de los antiperonistas, cuando se llega al fondo de ellos, al abismo de su repulsa, priva el odio al *diferente* encarnado en la figura del *grasa*, del *pobre* o del *negro* o del *groncho*. Y sus actuales manifestaciones: el *piquetero*, el *villero*, el *pardiosero*, los *cartoneros* y los *chicos de la calle*. Que, con el mero trámite de lanzarse a limpiar el parabrisas de los automóviles, arrojan al odio a sus conductores, al desborde y a la frase que la mayoría de la clase

media de los “centros urbanos” destina al *diferente* cuando busca solucionar el problema que plantean a la serenidad, a la placidez, a la pulcritud de la polis: *hay que matarlos a todos*. En resumen, el antiperonismo es una obstinación argentina y esa obstinación alimenta al peronismo tanto (y a veces más) como él se alimenta a sí mismo.

No obstante, la palabra *obstinación* pareciera cargar con una cuota excesiva de *subjetividad*. Si uno dice que el peronismo es una obstinación argentina está diciendo *otra cosa* que si dice: el peronismo es una *persistencia* argentina. Se puede hablar de la persistencia de los hechos. Hablar de la obstinación introduce una direccionalidad subjetiva en el análisis. Rechazamos toda idea de una continuidad en la historia. No hay un tiempo lineal, una temporalidad homogénea, no hay sentido ni sujeto interno de la historia. Estas son ya viejas discusiones y las hemos zanjado. (*Nota:* Hemos escrito en otro lugar: “No queremos una historia de la *continuidad*. Pero no queremos una historia de la exaltación del azar y lo discontinuo. *Porque es cierto: no hay una historia de la continuidad. Pero hay continuidades en la historia. Hay persistencias en la historia.* Las tenemos que rastrear. Las tenemos que develar. Esas persistencias deberán ser conquistadas entre las miradas de sucesos que exaltan los foucaultianos, pero no bien las conquistemos deberemos establecerlas, no cosificarlas, pero tenerlas presentes para la praxis. *No hay acción política que no se establezca sobre el develamiento de una continuidad*”, JPF, *La filosofía y el barro de la historia*, suplementos publicados en este diario entre junio de 2006 y mayo de 2007. El libro completo y revisado aparecerá en abril del año próximo editado por Editorial Planeta.) Con todo, hemos elegido la palabra “obstinación” (y trataremos de hacer de ella un concepto) y no la palabra “persistencia”. Bien cierto es que el peronismo es una *persistencia* en nuestra historia. No lo es menos que establece continuidades. Pero nuestro propósito es deliberadamente *humanista*. La historia del peronismo es una historia hecha por los hombres. Bajo determinadas circunstancias, como pedía Marx. Pero nos resulta imposible no ver en la trama histórica del peronismo la acción de sujetos prácticos, de sujetos enfrentados, de sujetos constituidos por la historia y constituyentes de ella. Hay una sobredosis de humanismo histórico en el peronismo. De aquí que nuestra posición acerca de la *filosofía política* del movimiento habrá de recurrir (no solamente, desde luego) a las posiciones de Carl Schmitt. Este genial teórico alemán (cuyos compromisos con el nacionalsocialismo nadie ignora) se pregunta, en uno de sus trabajos esenciales, por el “concepto de lo político”, busca la especificidad de las categorías políticas, aquellos elementos por los cuales son “políticas” y no otra cosa. Y escribe: “Pues bien, la distinción específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de *amigo y enemigo*” (Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 2002, p. 56. Debe consultarse también el excelente ensayo de Chantal Mouffe: *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007. El libro es un derroche de lucidez, de inteligencia. Sin duda alguna, recurriremos a él no bien sea necesario.) Sobre esa *Distinción* esencial, que se expresa ya como contradicción o conflicto o antagonismo o guerra, elaboraremos nuestra *filosofía política* del peronismo. Pero buscaremos —en la distinción amigo y enemigo— la praxis que anima a cada uno de esos grupos. Los grupos están constituidos por sujetos. Los sujetos tienen subjetividades. Las subjetividades generan conceptos aptos para dar cuenta de ellas. Una *persistencia* de la historia nos revela algo que ocurre en la historia. Una *obstinación* (y soy consciente también del riesgo *poético* o *literario* de la palabra, que, a mí al menos, no me disgusta) nos revela algo más: algo que los hombres hacen. Los hechos no se obstinan. Los sujetos sí. Podríamos plantearlo de este modo: los *hechos concretos* de la filosofía política del peronismo expresan una persistencia histórica alimentada por una obstinación de los sujetos que la protagonizan.

Volveremos sobre el tema.

PROXIMO
DOMINGO

PRIMERA PARTE
Hacia el primer
gobierno de Perón
Las migraciones
internas:
Los “cabecitas
negras” como
sujeto político.

Peronismo

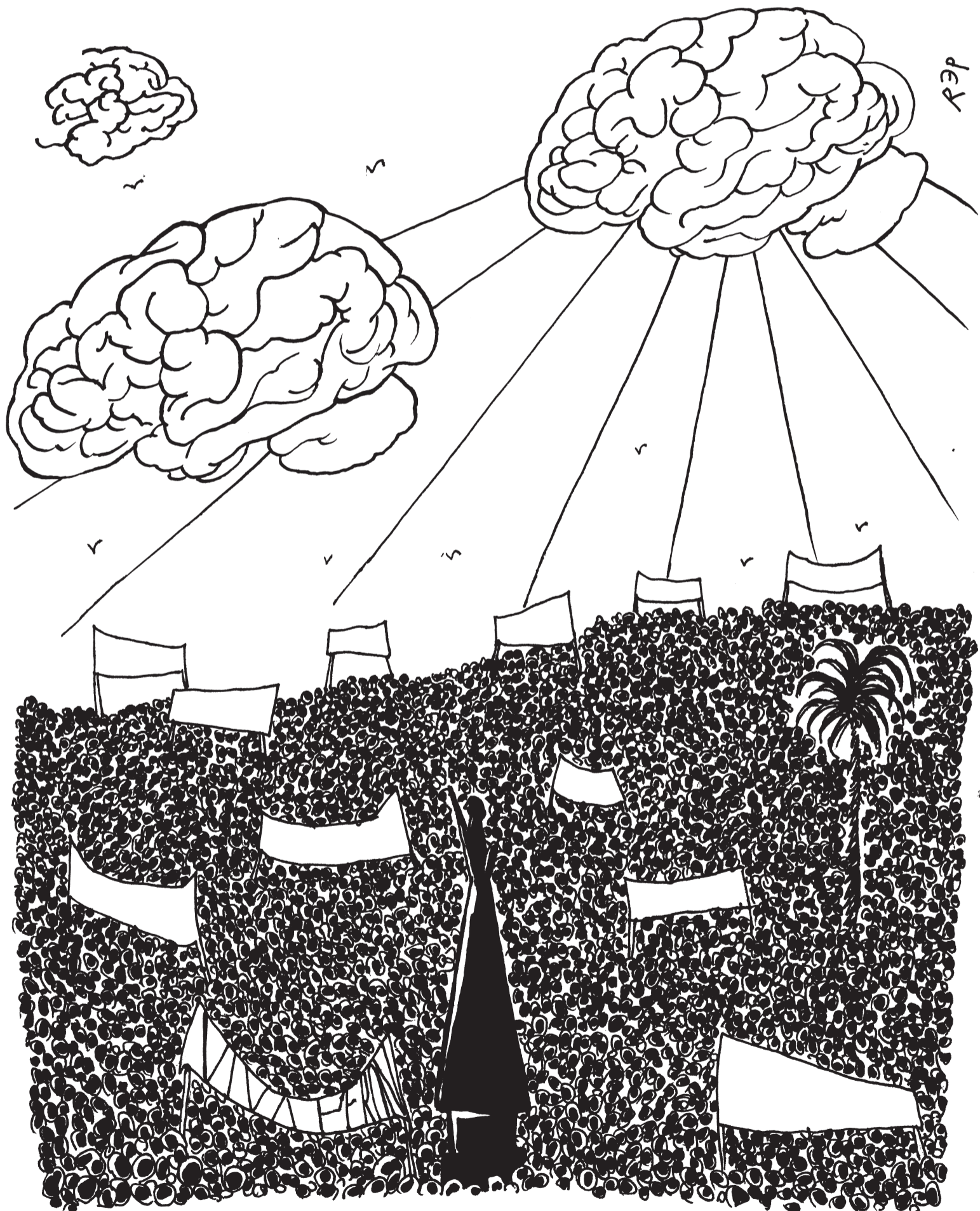
● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

2 PRIMERA PARTE

Hacia el primer gobierno de Perón

Las migraciones internas: Los "cabecitas negras" como sujeto político.



LA PALABRA "OBSTINACIÓN"

Si rondamos brevemente en torno de la palabra obstinación nos encontraremos con sus sinónimos. Rondar en torno de ella implica también una recurrencia al Diccionario. No es fácil librarse del Diccionario. Uno apela a él. Lo convoca. Y, a veces, le suplica. *Obstinación* proviene de *obstinare* (obstinarse). No avanzamos mucho. Suelo concentrarme más en los sinónimos que en las etimologías. Al contrario de Heidegger, o a diferencia de él. Será porque mis conocimientos de griego se encuentran a distancias siderales de los suyos. Hay motivos conceptuales: no encuentro en los griegos todo lo que Heidegger (que, como veremos, fue un pre-peronista, y no estoy bromeando) encontraba: la patria del pasado o, mejor aún, la patria del principio, ese principio que "aún es", según se lee en el *Discurso del rectorado*. Busquemos nuestra palabra por el lado de la eminente María Moliner. Se sabe: si de un Diccionario se trata, ahí tiene que estar la señora Moliner. Que dice (no de *obstinación* sino de *obstinarse*, que sería, por decirlo así, la *puesta en práctica* de la obstinación): "Sostener alguien una opinión, actitud o decisión a pesar de razones que deberían disuadirle". No es muy buena la definición. Carece de muchos elementos. Traslademos nuestra inquietud al *Diccionario Salamanca de la Lengua Española*. *Obstinación*: "Actitud de mantener una idea a pesar de las dificultades o de otras ideas contrarias". Está mejor. Una obstinación es, entre muchas otras cosas que veremos, mantener una idea a pesar de las dificultades para darle fundamento o a pesar de todas las objeciones que se le hacen. Y éstas son —más que a menudo— las ideas contrarias que a las obstinaciones oponen los obstinados por otras obstinaciones. De tal forma (insistamos en esto) esas "ideas contrarias" son, a su vez, obstinaciones que sostienen otros tan obstinados como aquellos que lo eran. Tendríamos una historia tramada por las obstinaciones. Nos vamos acercando. Acudamos ahora a los sinónimos. Ahondan en el tema. *Sinónimos de "obstinación"*: persistencia, porfía, terquedad. El concepto de *persistencia* vamos a dejarlo establecido desde ya. Una obstinación expresa una persistencia de los hechos históricos. Una obstinación no es teleológica. *No expresa un sentido interno de la historia*. Pero puede señalar una *persistencia*. El peronismo es una persistencia en nuestra historia y esa persistencia ha sido fruto de la obstinación de los grupos políticos actuantes en ella. Que quede claro: no sólo los peronistas se obstinan en el peronismo. Muy especialmente lo hacen los antiperonistas. Hay grupos, series, clases y sectores de clases que encuentran su identidad en el antiperonismo. Ellos asumieron la palabra *gorila*. Que —veremos— no es una palabra peronista. O no lo es solamente. En unas elecciones legislativas que dio Frondizi, los grupos de la Libertadora se presentaron bajo el lema: "Llene de gorilas el Congreso". Y se veía a unos abultados, corpulentos gorilas marchando hacia el Congreso. Los otros sinónimos nos entregan matices más cercanos a la pasión de los protagonistas, de los *obstinados*, que conceptos que puedan aplicarse a la historia: obsesión, testarudez, cerrazón y hasta chifladura, fanatismo y, desde luego, sectarismo. Pero: ¡grave error! (Tan grave como para señalarlo con signos de admiración, al modo de los viejos libros.) ¿Acaso no es la historia la historia de la pasión de sus protagonistas? Sí: la historia no es la historia del Ser, no es la historia de las fuerzas productivas, ni de las relaciones de producción, ni de las tramas de la estructura, ni del poder, ni de la resistencia al poder, menos aún es la historia del lenguaje, de los signos, de los significantes. O, en todo caso, no es eso *solamente*. La historia (aquí, para nosotros, y a los que no les guste pueden

dejar ya este texto pero sepan que se perderán una de las historias más fascinantes de América latina) es todo lo que dijimos que no es pero sostenido, fundamentado por aquello que *esencialmente* creemos que es: la historia de los proyectos antagónicos por medio de los que *pasionalmente* se enfrentan los hombres, a medida que la hacen y son hechos por ella.

LA OBSTINACIÓN EN TANTO PASIÓN DE LA HISTORIA

Es entonces el momento de hablar de la pasión. Esta *obstinación* que venimos rastreando es pasional. Si *obstinación* se encuentra en su sinonimia con *obsesión* es porque ambas palabras, entrecruzadas, nos entregan al universo tormentoso de lo pasional. Pensar en Hegel no será —aquí— ocioso. Si todo lo grande se hace en la historia con pasión no podríamos negar que esta *obstinación argentina* debe leerse también como una *pasión argentina*. Ya veremos en el trazado de este relato colmado de estallidos, gritos, cánticos, bombas y cadáveres —incluso de cadáveres ultrajados, de un culto a la necrofilia como es difícil encontrar en otros ámbitos—, de este relato de fogsidades raramente contenidas por una racionalidad que funcionó más para la destrucción que para la construcción de la felicidad de un pueblo, relato que edificó enormes esperanzas, una, por ejemplo, *patria de la felicidad* que se destruyó luego entre el odio de enemigos inconciliables, un exceso de pasión, una pasión sobreactuada que se extiende desde los discursos postreros de Evita hasta la poética macabra de las zanjas camino a Ezeiza, generosas para cobijar cuerpos acribillados, desde los basurales de José León Suárez, desde esa matanza que narró Walsh hasta las pinturas candorosas de Daniel Santoro, con el Pulqui que sobrevuela la Ciudad de los Niños pero con la Evita castigadora, que le pega al niño gorila y al niño marxista-leninista, hasta el final del Perón de Favio, donde la mitología del líder lleva a confundirlo con un Moisés bíblico-militar ante quien las aguas de un océano caudaloso, incansable, se abren para permitirle su caminar sabio, fatigado pero inmortal, con el peso de la Historia sobre sus espaldas y el peso también del deber cumplido, hacia la Casa Rosada, lugar que le pertenece, en el que Él debe estar, dado que si Él está ahí, ahí está el Pueblo, y la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación. Todo eso.

Lo que nosotros estamos proponiendo es una obstinación argentina. Pertenece a los peronistas en la modalidad de la adhesión. A los antiperonistas en la modalidad del rechazo. Con el paso del tiempo esa obstinación (insistimos: una *obstinación nacional*, no sólo peronista) se ha alimentado con aquellos sectores o grupos o agentes políticos cuya praxis se acerca al peronismo por encontrar en él el *espacio de la política*. Esto se expresaría diciendo: *No se puede hacer política fuera del peronismo*. En las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Cristina Fernández todos o se definían como peronistas o manifestaban su adhesión a sus figuras tutelares: Perón y Evita. La candidata de la Coalición Cívica, pese a nuclear el voto más antiperonista, se vio obligada a declarar su admiración por Perón y Evita. Un ex ministro de Economía, Lavagna, se erigió, en uno de sus discursos, en custodio de la pureza peronista. Ahí está: lo vemos blandiendo una foto de Perón y denunciando a los que quieren "vaciar" al peronismo por izquierda y por derecha. Rara afirmación. Para decir, en el siglo XXI, que el peronismo está siendo vaciado habría que definir antes *cual es su contenido*. O por decirlo de otro modo: *de qué está siendo vaciado*. Tarea áspera, amarga si las hay. Otro político (Mauricio Macri, que pasó de ser un Isidoro Cañones de los boliches de los noventa a estadista de la "cultura Buenos Aires" en el nuevo siglo, asombroso derrotero) es un peronista de pura cepa: presidente de Boca Juniors, populista, visitante algo patético pero no por ello menos entu-

siasta en su estética nac & pop de barrios laterales como Villa Lugano, con nenita oscurita y pobre incluida en foto incómoda), hombre capaz de hacer negocios y tratos o convenios políticos de coyuntura con quien se le aparezca, es, sobre todo por este último factor, un neto, purísimo peronista. En suma: hoy el país está inmerso en la obstinación peronista. Pero ya no se trata de testarudez, sectarismo, fanatismo. El peronismo es lo menos sectario que hay. Si usted quiere ser peronista o militar en sus filas, si usted quiere hacer en ese espacio-poder buenos negocios, lanzarse a la arena política, dialogar con hombres influyentes, el peronismo lo recibirá. No es una "chifladura". Al contrario, es el exceso de la *Realpolitik*. El exceso de "peronismo" que se detecta en *nuestra sociedad está en relación directa con el defecto de ideas, de ideologías diferenciadas, de proyectos nuevos*. La modernidad nacional popular del '45 y el posmilenio supramoderno del siglo XXI se conjuran en el peronismo. De él pueden salir desde un plan de viviendas populares hasta un pacto con los demócratas del Norte, que acaso exija la aprobación de la política exterior norteamericana (léase: permanencia en Irak o ataque nuclear restrictivo a Irán). De él puede esperarse una relación estrecha con Evo y hasta con Chávez. Una cooperación elegante con Bachelet. O medidas osadas en derechos humanos. ¿Distribución del ingreso, aumento de los subalternizados (los pobres) en el producto bruto interno, erradicación nacional de la pobreza extrema, plan intensivo de alfabetización declarado previamente "causa nacional"? No se lo ve empeñado en eso a este peronismo. Tampoco a ningún otro grupo político. Lo cual es obvio dado que *todos los grupos políticos*, de una u otra manera, participan hoy del espacio peronista para hacer política y ninguno, ni por asomo, se propone ir más allá en estas cuestiones. Al contrario.

¿Es la obstinación un *enigma*? Sí, en la medida en que el peronismo lo es. No es que desconozcamos cosas sobre él. Por el contrario: sabemos demasiadas. Esta sobreabundancia de hechos (de hechos de todo *signo ideológico*) es la urdimbre enigmática del peronismo. ¿Por qué tantos se obstinan en una *cosa* a la que dan el mismo nombre, a la que llaman de la misma manera o de la cual recuperan la misma historia a la que suelen envolver en algo tan vaporoso como lo nacional, o lo popular, o lo nacional popular. (Sus enemigos, que van y vienen, acuden con frecuencia al concepto de "populismo", de compleja definición a fuerza de lo excesivo, del manoseo y hasta de cierto matiz despectivo, elegante o clasista con que se presenta.) Como *hecho histórico* la obstinación es agente de dinamización y consolidación. Consolida una identidad pero la obstinación por consolidarla lleva a acciones con frecuencia beligerantes. Si la historia surge del antagonismo amigo-enemigo no hay como dos obstinaciones para entregarla al vértigo. La obstinación puede también instituirse, hacerse dogma. La obstinación se transforma en un *corpus*, el *corpus* en *dogma* y el dogma en *verticalidad y autoritarismo*. En 1973, en su discurso del 21 de junio, Perón declara la *etapa dogmática*: congela la doctrina. Congela la obstinación, que había tomado un camino guerrero que el líder quería frenar. Veremos que no pudo. La obstinación establece linealidades en la historia pero *no es una linealidad*. La filosofía política del peronismo —aunque la señalemos como una "obstinación argentina"— no es una linealidad. Hay, en ella, quiebres, rupturas, obstinaciones diversas, diferenciadas, bélicas, insurgentes y contrainsurgentes. La obstinación es identidad pero al obstinarse tanto en "algo" (el "peronismo") es también la ausencia de ella. La obstinación podría acaso darnos el sentido de la historia política argentina. Pero el peronismo se ha vaciado. Durante años lleva entregándonos más una ausencia de sentido que una presencia. Es un significativo que no significa. Significa tanto

que no significa nada. Es —como bien dice Ernesto Laclau en una definición ya célebre— un *significante vacío*. Mientras vivió, lo llenaba Perón. Y ni siquiera vivo lo llenó. Ya que luego de Ezeiza los significantes se multiplicaron. Que el peronismo pueda serlo todo nos remite al último rostro de la obstinación: la obstinación como enigma. ¿Por qué tantos se obstinan por algo que ya no saben decir qué es? Porque en esa *poderosa indefinición* el peronismo se da el lujo de *serlo todo*. De contener en sí todas las obstinaciones. Parte de esa obstinación es este libro.

LOS MIGRANTES: EL NUEVO SUJETO POLÍTICO

La Argentina de 1943 era próspera y se mantenía alejada de las tormentas bélicas que sacudían a los europeos. La prosperidad había surgido de esas tormentas, como un fruto inesperado de ellas. Se suele decir: *Crisis en la metrópoli-prosperidad en la colonia*. O se solía decir. Como sea, lo que el esquema interpretativo dice se centra en que Argentina era una colonia o —sin duda— una *semicolonia*. Esto es parte del vocabulario nacionalista. Que, a esta altura, era el vocabulario que habían pulido los hombres de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Estas cosas debieran ser largamente conocidas pero sabemos cuánto se ha retrocedido y sobre todo hasta qué punto el pensamiento del nacionalismo argentino ha sido sofocado desde la dictadura militar y, muy especialmente, desde el surgimiento de la democracia. Si un joven de hoy supiera que el radicalismo levantó las banderas del nacionalismo popular se sorprendería. ¿Alguna vez el radicalismo habló de patria, colonia, coloniaje, imperialismo, soberanía popular, soberanía nacional? ¿No es ése el lenguaje pedestre y vulgar del peronismo populista? ¿No sabemos desde Alfonsín en adelante y desde las cátedras que respaldaron su gestión que la patria es la república, el pueblo el ciudadano, el Estado autoritario y toda la otra jerga cosa de peronistas nostálgicos? No, y no podemos detenernos mucho en esto ni siquiera solucionarlo: se ha avanzado en exceso y posiblemente sea ya tarde, imposible o —lo peor— innecesario. Si alguien quiere saber un par de cosas sobre ese grupo de *jóvenes radicales* (todos antipersonalistas, antivaristas, yrigoyenistas) puede leer algún libro de Hernández Arregui o Arturo Jauretche. Ahora —luego de la fiesta democrática o la fiesta menemista— han aparecido (otra vez) algunos. Volvemos: hablamos de la prosperidad argentina de 1943. Durante la década del treinta alguien —célebremente— había dicho que la Argentina era la joya más preciada de la corona británica. Cuando la corona británica vive estragada por la guerra, la joya más preciada tiene que abastecerse a sí misma. A esto se le llama “sustitución de importaciones”. Se sigue exportando hacia la metrópoli en desdicha lo que ya se exportaba y no hay otra salida más que incurrir en una política industrialista. Fabricar en casa lo que nos venía de afuera. A esto —dijimos— se le llama sustituir importaciones. Todo proceso de producción genera empleos, dado que necesita obreros. Los obreros trabajan y cobran sus sueldos. Con esos

suellos consumen, algo que no sabían. Al consumir aumenta la producción fabril. Esa producción tiene asiento en las ciudades. Las que empiezan a llenarse de fábricas. Los peones del interior reciben la noticia. Hacen su bagayito y se van para la ciudad. Llegan y encuentran trabajo en seguida. La industria le quita hombres al campo. Nacen las primeras villas miseria. Pero son fruto de un desarrollo que beneficia a los nuevos obreros. Ya tienen trabajo, pronto tendrán hogar. Por ahora, la villa. Pero hay un horizonte: lo dibuja el humo de algunas chimeneas, el ruido de los tornos, el rechinar de las máquinas. Avellaneda, Munro, Berisso, ¿cuántos tallercitos aparecen por ahí! El tallercito crece y es ahora una fábrica. Los obreros ganan su dinero y de a poco salen de la villa hacia una vivienda escueta pero digna y siempre provisoria, porque el trabajo tiene eso: le da al obrero la certidumbre del futuro, el esfuerzo dará sus frutos. Esto venía ocurriendo desde al menos 1935. Cada vez con mayor intensidad. La década —políticamente— era ultrajante, una burla a los derechos civiles de los pobres. Era la década del fraude conservador. De los caudillos comiteriles. De Alberto Barceló. De Juan Nicolás Ruggiero (*Ruggierito*). De los que les decían a los humildes: “Vos ya votaste”. Alguien le puso un nombre que perduró: *Década infame*. Ahí surge FORJA. Los jóvenes radicales. Buenos tipos, talentosos: Homero Manzi, Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche. Sin estar en FORJA, desde otras zonas, Roberto Arlt y Enrique Santos Discépolo narraron esos tiempos. La cuestión es ésta: previa al golpe de 1943 la Argentina se ponía próspera, había trabajo,

nacían industrias y —¡aquí viene el sujeto!— un proletariado nuevo, joven, hecho de hombres que habían apenas dejado atrás la vida triste del peón, llegaba a las ciudades. Era los *migrantes internos*. Los que Eva Perón habrá de llamar “mis grasitas”. Los que serán apodados “cabecitas negras”. Por el pelo negro, cortón y áspero. Los tipos de las zapatillas. No tienen experiencia sindical alguna. ¿Quién habrá de darles cobertura política? ¿Quién los descubrirá como lo que eran: el sujeto nuevo de la nueva sociedad argentina? ¿Qué interpretación de la historia nacional e internacional era necesario poseer para poder *verlos*? Porque se trataba de eso: de verlos. Como en el arte, como en la narrativa o la pintura o la música se trata de eso: de ver lo nuevo. A veces, en el arte, ver lo nuevo es ver que no hay nada nuevo, que la vanguardia es insistir con lo que ya está porque aún restan ahí posibilidades inéditas. Pero, en la Argentina de 1943, había un nuevo sujeto. Nada menos que eso: *una clase social reclamaba un nuevo protagonismo*. Requería que alguien viera que estaba ahí, que había llegado del campo, que había llenado las villas, que había salido de ellas, que llenaba las fábricas, que consumía, empezaba a ir al cine, a comer mejor, a vestirse con alguna dignidad. Era el joven proletariado. Los migrantes internos. *No sabían nada de la guerra europea o, si lo sabían, no les importaba*. No entendían qué era eso. Europa era lo infinitamente lejano. Si alguien les decía “Europa” casi no tenían a qué referir la palabra. Sabían algo: ellos no



eran “Europa”. “Europa” podía ser, acaso, la riqueza, lejanamente la cultura o el abecedario, el saber leer. Y era “la guerra”. Algo que apenas podían imaginar. Buscaban sobrevivir. Habían dado el primer paso: escaparle al patrón de la estancia feudal y expoliadora. Llegar a la ciudad. Y, para colmar la dicha, trabajar. Apenas sabían que había, para ellos, sindicatos. Que tenían derechos políticos. Que, en algún momento, deberían votar. Nada de esto los atraía. No encontraban “dónde” poner esas cosas. No encontraban un partido político que los convocara, que supiera hablarles. Los sindicalistas tradicionales tenían para ellos las únicas palabras que tenían y que honestamente les entregaban, pero esas palabras eran tan tradicionales como ellos. “Socialismo”, “comunismo”, “anarquismo” no decían mucho para un cabecita negra del ’43. Tampoco la palabra “líder” les era cercana. Eso fue, sin embargo, lo que encontraron: un líder. También el líder los encontró a ellos. Porque los buscó.

LOS DEL GOU

El 4 de junio es el día del golpe militar. Ese Ejército que sale a las calles tiene unos cascos que (sobre todo vistos desde hoy, en algunos noticiosos de la época) apestan de tanto que se parecen a los de los soldados alemanes. Era así: esos militares nacionalistas se habían educado con los textos de los grandes teóricos prusianos de la guerra. Sobre todo con Karl von Clausewitz, a quien también leerán minuciosamente los Montoneros, sobre todo en la peor etapa de su extravío: entre 1975 y 1980. Falta mucho para esto. Clausewitz nace en 1780 y muere en 1831, el año en que muere Hegel, Rector de la Universidad de Berlín para entonces, el gran cuadro intelectual de Federico Guillermo de Prusia. Clausewitz había leído al maestro de Jena y había estudiado las batallas de Napoleón. Nació en el momento justo. Dirigió la Escuela Alemana de Guerra. Escribió el voluminoso *Sobre la guerra*, cuya influencia en el campo de la estrategia y la táctica guerreras es inabarcable. Dijo que cualquier consideración de humanidad volvería a cualquier ejército más débil ante un enemigo más sanguinario. “¿No matarás?” El hombre no sólo mata sino que hace del supremo arte de matar —la guerra— una ciencia que se enseña en las academias militares. (Nota: Acaba de aparecer, editado por la Universidad de Córdoba, un grueso volumen que recoge todas las polémicas que giraron alrededor de una Carta inesperada, un grito sin esperanzas del filósofo Oscar del Barco. La Carta de Del Barco se refiere a la guerrilla de Jorge Ricardo Masetti, quien, al frente de un grupo de no más de veinte milicianos creó, bajo la inspiración del Guerrillero Heroico, Ernesto Guevara, un foco guerrillero en el monte salteño, bajo el nombre de Ejército Guerrillero del Pueblo. No hicieron ningún operativo, salvo que Masetti ordenó fusilar a dos jóvenes integrantes del grupo. Se habían quebrado, no daban más. Los mataron por cobardía. Del Barco escribe una Carta a la revista cordobesa *La Intemperie*. El planteo es extremo. Todos los que apoyaron las acciones guerrilleras en el país y en el continente son responsables de esas muertes, hayan o no hayan empuñado armas. Aclaremos: no de las muertes de los jóvenes que ordenó Masetti, sino de todas las muertes de los grupos guerrilleros. La Carta —editada en el libro *No matar*— parece el delirio culposo de un hombre abrumado: Del Barco anda por los ochenta años. Propone un imposible: “No matarás”. Sabe que es un imposible pero sabe que es el único principio de una actitud responsable frente a la vida del Otro. Apela a Levinas. En su momento —en medio de esta historia de muerte en que se irá convirtiendo el peronismo hasta llegar a los picos de 1974/1975— nos ocuparemos de esa polémica. No se puede hacer una reflexión o una filosofía política del peronismo si no se asume el tema de la muerte violenta, de la muerte a manos de Otro. La recurrencia al pensamiento de Emmanuel Levinas se hará también insoslayable.) De esa ciencia se nutrieron los hombres del golpe del ’43. También leían a Colmar von der Goltz que, incluso, solía venirse por aquí. Autor de *La nación en armas*, hay una foto que lo muestra

cuerpo a tierra junto a soldados argentinos, ensuciándose el vistoso y ultracondecorado uniforme prusiano pero formando a ese ejército pro germánico y joven.

El 4 de junio cae el proyecto oligárquico y pro británico del fraude: se pensaba imponer como Presidente a Robustiano Patrón Costas. No: los milicos salen a la calle y toman el poder. ¿Quiénes eran? Habían abandonado el proyecto que encarnara en la década anterior (ésa a la que José Luis Torres llamó “infame”) el general Manuel A. Rodríguez, ministro de Guerra de Justo. Un tipo, Justo, que siempre sonreía. Un gordito con pinta de general sosegado que veía una cámara y decía “cheese” o “whisky”. Osvaldo Bayer dice que cuando a él le sacan una foto y quiere salir sonriendo dice: “anarquía”. Para sonreír es lo mismo, pero sólo para eso. El general Manuel Rodríguez solía declarar cosas como ésta: “Desgraciado el país en que los militares puedan expresar sus ideas políticas; en él habrá de concluir la disciplina del Ejército”. (Nota: Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-46)*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1968, p. 241.) Rodríguez pasa a la historia como “El hombre del deber”. ¿Cómo no iba a ser fiel un liberal a los militares liberales si eran éstos los que gobernaban? Una farsa.

Nada que ver con el profesionalismo los oficiales del GOU. Ya que estamos: ¿qué significa GOU? Si lo dijimos, lo decimos de nuevo. La definición más usual es Grupo de Oficiales Unidos. Pero es demasiado sensata. La mentalidad germano industrialista y la tendencia al exceso de muchos de sus integrantes torna más verosímil la que propone Carlos Fayt en *La naturaleza del peronismo* (libro prescindible, avejentado): Grupo Obra de Unificación. Me inclino por la imperativa que propone Puiggrós en *El peronismo: sus causas* (creo que se ha reeditado recientemente: es un libro que conserva su valor): ¡Gobierno! ¡Orden! ¡Unidad! Los oficiales de escuela prusiana vivían entre signos de admiración. Imponen la violencia expresiva de las órdenes. “¡Atención soldados!” O si no: “¡Avancen sobre el enemigo!” (Que no es tal: son otros grupos de soldados que juegan a ser el enemigo: cuando el Ejército Argentino, no el nacionalista sino el mayormente liberal y genocida de la “guerra sucia”, se encontró con un enemigo “en serio” —Malvinas— no se caracterizó por el valor ni la eficacia. Más bien sacrificó a sus tiernos, inexpertos, jóvenes soldados, muchachos de las provincias en su mayoría, cuyas vidas —en doloroso número— arruinó, conduciendo a muchos, a más de doscientos, al suicidio, a morir o a vivir con el dolor de una guerra sin gloria, una maniobra de una Junta malherida, desesperada y retirándose malamente, ensayando su último manotón de ahogado para legitimar un gobierno criminal que se caía irremisiblemente.) Volvamos a los soldados del GOU. Sus apellidos asombraron a la oligarquía cuando salieron a la luz: Ramírez, Farrell, Perón, Mercante, González. ¿Quiénes eran? “Eran los hijos de los inmigrantes de la laboriosa clase media yrigoyenista que los había introducido a la vida militar buscando la ansiada meta del ascenso social. Habían participado del golpe del ’30, habían padecido los años de Justo, eran católicos, nacionalistas, simpatizantes del Eje más por formación profesional que por real identificación política” (JPF, *El peronismo y las Fuerzas Armadas*, revista *Envido*, N° 9, mayo de 1973, p. 8). Los había enfurecido la defección de Urriburu, su traición incluso. Habían escuchado arengas de Carlés, discursos de Lugones y Carlos Ibarguren. Habrán incluso, el 6 de septiembre de ese año de 1943, de festejar el golpe del ’30. Se sentían sus herederos.

EL CORONEL Y SU BERRETÍN CON LA CLASE OBRERA

Había entre ellos un tipo raro. No tenía el berretín de la siderurgia como sus compañeros de armas. Los hombres del GOU, en efecto, eran industrialistas. Buscaban la industria pesada. Se morían por los Altos Hornos. El tipo raro, no. Su berretín era la clase obrera. Los migrantes internos. Los negritos que llegaban sin cesar a la ciudad. Cuando sus compañeros le preguntaron qué quería contestó algo que sorprendió a todos: el

Departamento de Trabajo, pronto trastrocado en *Secretaría de Trabajo y Previsión*. Los del GOU se asombraron y hasta sonrieron con cierto desdén: ¿qué le dio a Perón? (Así se llamaba el tipo raro; que era raro, desde el vamos, por el puesto que pidió.) ¿La Secretaría de Trabajo y Previsión? ¿Y qué podía hacer desde ahí?

Hablar con los migrantes. Saludar a los negritos. Sonreírles. El coronel tenía una sonrisa que ni la de Gardel. Cincuentón, pintonazo, entrador. Usaba un lenguaje pintoresco. Rosas le explicaba a Santiago Varela, representante del Uruguay, que se había tenido que hacer gaucho para ganarse el favor de esa clase, de esos hombres de la pampa. Perón les pone el cuerpo o decididamente nuevos. O no tanto: venían de FORJA, del radicalismo antilvarista. Dice *Década Infame, cipayos, vendepatrias, semicolonias, explotación*. Llama *compañeros* y *muchachos* a sus amigos, *contras* a sus enemigos, *bolichero* al comerciante, *peleagudo* a lo difícil, *queso* a lo que ambicionan los políticos, *cuento chino* a la mentira, *pan comido* a lo fácil, *bosta de oveja* a lo indefinido.

La situación es así: tenemos que analizar el proceso de construcción de poder al que se entrega Perón. Aquí, las categorías de “bueno” o de “malo” son insustanciales. Se trata de un análisis despojado de juicios morales. Los actores sociales de esa coyuntura histórica eran los siguientes: A) *La oligarquía*. Era aliadófila. La aliadófilia fue el gran obstáculo para descubrir al nuevo sujeto político de la etapa. Ser aliadófilo era mirar hacia Europa. La suerte del entero mundo se jugaba ahí: las democracias occidentales enfrentaban al Eje y de su triunfo dependía el futuro de la Humanidad. La oligarquía, además, no necesitaba descubrir al nuevo sujeto político. *Lo había explotado en sus estancias*. Ahora se le aparecía en las ciudades. Fue —como más tarde se dijo— *aluvión*. Traducido al presente, a nuestra historicidad de hoy, a la oligarquía de los cuarenta le pasó lo que quieren evitar los porteños de hoy: que la chusma se les venga encima. Y no sólo los porteños: los ciudadanos de las grandes orbes del mundo también. Los parisinos que eligen a Sarkozy le requieren dureza con los musulmanes (aunque tengan tres generaciones de franceses detrás), dureza con la *Banlieue*, con la periferia, con la negritud que los rodea, con la barbarie. También el Muro de Bush cumple esa función: que los desastrosos del mundo no vengan a comer de nuestro propio plato. Hay un temor de las ciudades y es un temor viejo, añoso: la invasión de los bárbaros. La oligarquía de los cuarenta mal podía elegir a sus peones súbitamente urbanizados como su sujeto político porque los odiaba. Los recibía con temor. Habría deseado mantenerlos bajo la égida del capataz, comprando víveres en el almacén de sus patronos, no con dinero sino con vales, con indignas papeletas. Ahora estaban aquí. Les violaban la ciudad. Esta oligarquía era, además, racista. Para la “negrada” sólo tenía un desdén patronal y racial. Desde esta óptica —aunque, es cierto, Perón trajo a muchos nazis— el peronismo careció del elemento esencial del nacionalsocialismo: el racismo biológico. El que recibió al “diferente”, al racialmente detestado, denigrado, fue Perón. No le molestó la “negrada”. La Sociedad Rural, en cambio, se comportaba con ellos como Alfred Rosenberg con los judíos. En agosto de 1944, ante una consulta que sobre salarios le hace la Secretaría de Trabajo y Previsión, responde: “En la fijación de salarios es primordial determinar el estándar de vida del peón común. Son a veces tan limitadas sus necesidades materiales que un remanente trae destinos socialmente poco interesantes. Últimamente se ha visto en la zona maicera entorpecerse la recolección debido a que con la abundancia del cereal y el buen jornal por bolsa, *resultaba que con pocos días de trabajo se daban por satisfechos, holgando los demás*” (Nota: *Anales de la Sociedad Rural*, agosto de 1944, cursivas nuestras). En resumen: al nuevo sujeto que asomaba en la escena política de la urbe portuaria la oligarquía creía conocerlo bien: venía del campo, era racialmente inferior y apenas juntaba unos pesos se dedicaba a la holganza. Un pésimo encuadre para captar su adhesión.

PRÓXIMO DOMINGO

PRIMERA PARTE

Hacia el primer gobierno de Perón

Perón, un estudio sobre la construcción de poder

Peronismo

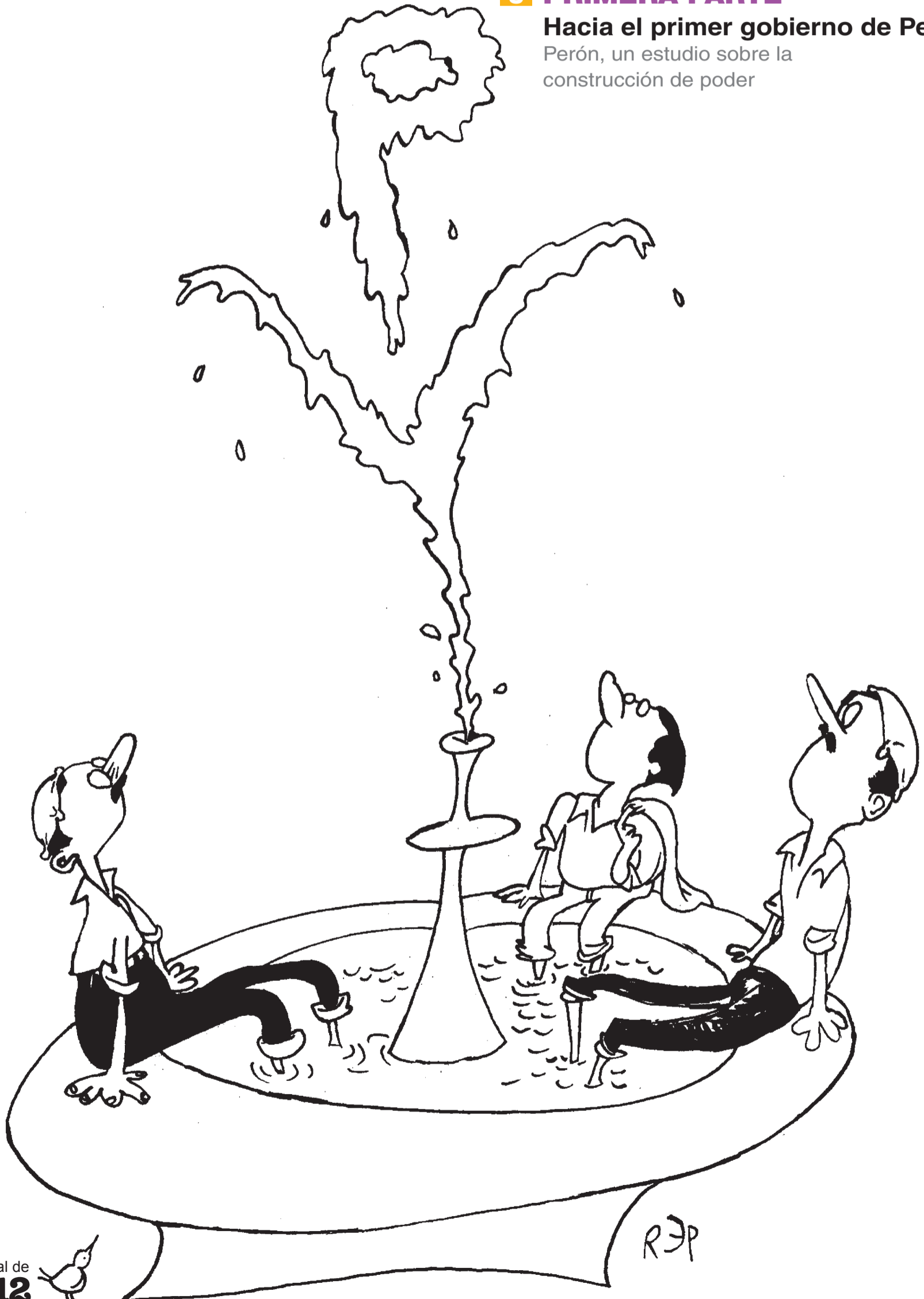
● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

3 PRIMERA PARTE

Hacia el primer gobierno de Perón

Perón, un estudio sobre la construcción de poder



BORGES: EL “POEMA CONJETURAL”

Era parte de esa oligarquía. Sostenía su visión de la historia, señalaba sus linajes en ella (Laprida, dice, es pariente suyo), prefería a Sarmiento antes que a José Hernández y creía que elegir al primero y no al segundo (como cree que se eligió) habría cambiado el destino de la patria: tanto creía en el poder de los libros, odió toda su vida al peronismo, hizo de ese odio una estética, buscó siempre el *lugar* en que el odio estaba y ahí se puso, escribió, con Bioy, *El matadero* del peronismo y lo tituló *La fiesta del monstruo*, dijo, por fin, que los peronistas eran incorregibles. Lo eran tanto como lo era él: su pasión antiperonista sólo podía medirse con la pasión de los peronistas por sí mismos. Los odió tanto como ellos odiaron a la clase social que lo cobijaba y a la que defendió siempre. Expresó, como pocos, la hoy todavía vigente, todavía paralizante, todavía mecanicista, maniquea, toscamente dual, binaria y simplificante contradicción peronismo-antiperonismo. Con todo, en uno de sus poemas, fue más allá de sí mismo, de su ideología, de los códigos de su clase, de su amor por la Civilización *alla* Sarmiento, de su odio por los gauchos. Un poeta —como todo verdadero artista— se excede a sí mismo. Supera, en su arte, sus limitaciones conceptuales, sus odios ciegos, los condicionamientos lineales de su inserción de clase, los mandatos paternos. O, en el caso que nos ocupa, maternos, porque sólo a Ella solía escuchar y hasta obedecer, a Madre, como Norman Bates. Jorge Luis Borges —de él, se habrá ya advertido, estamos hablando— escribió ese poema que lo llevó más allá de sí mismo, que lo tironeó hacia la más honda comprensión de la patria a la que un argentino haya accedido, al punto exquisito en que la totalidad se constituye, en que la comprensión se conquista, en que el *todo* se torna traslúcido porque todas las partes confluyen en él, explicándose, en un poema que escribió el 4 de julio de 1943, puntualmente un mes después del golpe de junio, el del GOU, el que abre la senda tumultuosa que el peronismo habrá de transitar.

Se trata del “Poema Conjetural”, que Borges publica en *La Nación*. Ocupaba la presidencia el general Pedro Pablo Ramírez. Una señora de la misma clase social de Georgie o a la que Georgie deseaba pertenecer aunque sólo fuera como un miembro de escaso patrimonio, con pocos campos, sin estancias ni peones pero sin duda con un deslumbrante talento, la señora María Esther Vázquez, que fue su amiga, entre tantas que tuvo este hombre que les temía a las mujeres pero no podía vivir sin ellas, escribió una especie de biografía en la modalidad entretenida, chispeante, liviana y rencorosa del chisme. En ella, del “Poema Conjetural”, escribe: “Resultó, de un modo misterioso, profético en cuanto a la conducta que asumiría el posterior régimen fascista, encarnado en la figura de Juan Domingo Perón. Perón empezaría a asolar el país meses después, cuando se hizo cargo del Departamento Nacional del Trabajo, transformado en la Secretaría de Trabajo y Previsión, desde donde empezó a desarrollar una tarea demagógica que, entre otras cosas, llevaría al país a décadas de odio. Se puede considerar al ‘Poema Conjetural’ como una pieza ‘política’ en la que se denunciaba un pasado que —Borges no podía imaginarlo— sería una forma de futuro. Tras el advenimiento del peronismo se hizo consciente esta peculiaridad del poema, cada vez más próximo a nosotros, siempre acorde con el ‘destino sudamericano’ de incultura, de barbarie, de befa y de muerte que incluye, por supuesto, a la tristemente conocida época del Proceso, entre 1976 y 1983” (María Esther Vázquez, *Borges, esplendor y derrota*, Tusquets, Barcelona, 1996, p. 180). Se trata de una muy pobre interpretación del “Poema Conjetural”. María Esther llama “régimen fascista” al

gobierno de Perón y, al hacerlo, nos revela el sello que para las clases pudientes —por decirlo así— tenía ese gobierno. “Fascista” expresa también el esquema “aliadófilo” con que se empezó (y se siguió en la mayoría de los casos) interpretando al peronismo. La “tarea” que realiza Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión es “demagógica”. Y lleva a “décadas de odio”. El problema que plantea el esquema de Vázquez radica en la pobreza de su interpretación de la “barbarie”. O de lo que Borges —y ella lo retoma— llama en su poema su “destino sudamericano”.

Para Vázquez, el “destino sudamericano” expresa la incultura, la barbarie, la befa y la muerte. Su enfoque es cerradamente sarmientino. Cerradamente *Sur*, la revista donde se concentraba el odio al peronismo y a la “barbarie” del siglo XIX. Es notable que María Esther —en el fondo: una buena señora— extiende “a la tristemente conocida época del Proceso” la presencia del peronismo y de la barbarie gaucha. En septiembre de 1975, en la celebración que todos los años (ignoro si esto sigue ocurriendo) hacían de la Revolución Libertadora quienes habían luchado en ella o sus familiares o sus continuadores, está presente el Almirante Rojas, el mismo que en los noventa se abrazará con el caudillo federal peronista y bárbaro Carlos Menem. En 1975 todo era distinto. Había que alimentar el clima para el golpe militar. Había que liquidar al gobierno de la heredera de Perón, hombre de dejar herencias incómodas y hasta belicosas. Se reúnen, por tanto, los entusiastas de la Libertadora y el acto se lleva a cabo. Hay —coherentemente— vivas a Rojas, a Aramburu y hay también vivas a otro personaje que, si bien no participó de la Libertadora, pareciera haber actualizado su credo en otro septiembre, no un dieciséis sino un once. Repetidamente, a toda voz se grita: “¡Viva Pinochet!” El cronista del diario *La Opinión* (cualquiera puede verificarlo en la edición del 17 de septiembre del ’75) escribe: “Eso revela lo que le espera al país si esta gente se adueña del poder”. Sí: esa gente se adueñó del poder. El Proceso de Reorganización Nacional se llamó de ese modo por inspirarse en la Organización Nacional que el país emprende después del triunfo de las clases ilustradas en Caseros y de la consolidación de la misma en el ochenta, con Roca conquistando el desierto, eso que, muy acertadamente, David Viñas, para marcar a fuego el genocidio indígena, llama “la segunda conquista de América”.

TIEMPOS INTERESANTES

Conducido por los misteriosos arcángeles de la poesía, Borges supera el odio de su clase, de su grupo de pertenencia, de Madre y de las señoras con que tomaba el té, y entrega la comprensión más honda (o, sin duda, una de ellas) de este indescifrable, fascinante país. (Nota: Digo “fascinante” porque ser argentino es, si no ser chino, padecer la más impecable de sus maldiciones. No hay nada peor que una “tortura china” o una “maldición china”. De las “maldiciones” arriesgo que la más elaborada, sabia, esa que expresa más que todas un añoso y hondo conocimiento de la existencia humana, es la que dice: “Te deseo que vivas tiempos interesantes”. A su autobiografía, Eric Hobsbawm la tituló: *Tiempos interesantes*. Son los peores. Los que no dan paz ni tregua. Los tiempos del sonido y de la furia. De la muerte. Sostengo que todos o casi todos los tiempos de este país que llamamos “nuestro” han sido *interesantes*. Que ninguno dio respiro. Que si de “primaveras” se habla uno recuerda dos: la de Cúmpora y la de Alfonsín. Luego, el frío de las “cruces provincianas”. La estética del degüello. La mazorca federal. Los unitarios de Estomba y de Rauch atando a los enemigos a los cañones y ordenando disparar. La “guerra de policía” de Mitre. La Semana Trágica. La Patagonia Trágica. La Triple A: capucha y zanja. La ESMA: la tortura en tanto “tarea de inteligencia”. Las contraofensivas montoneras que

arrojaron a la muerte fácil pero infinitamente despiadada a tantos combatientes que debieron haber hecho otra cosa, ésa que decía Walsh: *acompañar el reflujó de masas*. Todo esto que desordenadamente digo es para decir que hemos vivido inmersos en una “maldición china”: la de los *tiempos interesantes*. ¿Por qué uno está escribiendo sobre la historia del peronismo, indagando su filosofía política? ¿Por qué un diario la publica? *Porque la historia del peronismo es malditamente interesante*. De donde podríamos extraer nuestra primera definición del peronismo: todo él es, como el país, una maldición china. Sigamos.) El poema se plantea como un monólogo interior de Francisco Laprida, “asesinado el día 22 de septiembre de 1829, por los montoneros de Aldao” (Jorge Luis Borges, *Obras Completas II*, Emecé, Buenos Aires, 1996, p. 245). Es curioso: pero uno no puede sino pensar que todo es todavía más complicado de lo que es. Hoy, cuando los diarios se leen por Internet, imaginemos a cualquier extranjero en cualquier lugar del mundo con un razonable interés por la historia de este país. Luego de leer el párrafo de Borges que cité (ése: que Laprida fue asesinado el 22 de septiembre de 1829 por los montoneros de Aldao) el buen hombre se pregunta: “¿Cómo, los Montoneros ya mataron a un tal Laprida en 1829?” No, a Laprida lo matan los montoneros de Fray Félix Aldao, un “bárbaro” cuya biografía escribirá el “civilizado” Sarmiento, que se desvivía por las vidas azarosas de estos hombres que odiaba. Borges elige al perfecto protagonista que necesita para su poema: Francisco Narciso de Laprida fue quien declaró la independencia de esta patria tramada por los antagonismos. Y el montonero que lo derrota (un ex fraile, a quien también matarán) le entrega, a la vez, una certeza inesperada. Sarmiento, al narrar la muerte de Aldao, dice que alguien le reprocha las desgracias que le propinó a su patria. Y que Aldao responde: “También le di días de gloria”. No podemos saber si uno de ellos fue el que culminó con la muerte de Laprida, pero es probable y hasta más que eso. “La victoria es de los otros”, verifica Laprida en tanto “se dispersan el día y la batalla”. Y añade: “Vencen los bárbaros, los gauchos vencen”. Es el triunfo de la barbarie sobre la inteligencia. El colonialismo siempre se adjudicó el valor de la Razón. En la Argentina, los grandes textos colonialistas fueron escritos por la burguesía ilustrada. El mariscal francés Bougeaud conquistó Argelia y libró batalla contra todos los insurrectos que defendieron su territorio. Su lema fue: “Combatir a la barbarie con la barbarie”. En una de sus acciones quemó vivos a quinientos argelinos. Sarmiento lo admiraba. En sus textos de viajes no dejaba de mencionar su crueldad y su decisión de batir a los bárbaros con sus propios métodos, algo que aquí, también para admiración de Sarmiento, hizo el coronel Ambrosio Sandes. No obstante, aquí no hubo algo similar al general Bougeaud. Se le hizo la guerra a la barbarie con la barbarie, pero el país había declarado su independencia. Es Narciso de Laprida, precisamente, quien lo hace. Al ser el país independiente la tarea de “conquistarlo”, de erradicar a la barbarie, de hacerle la guerra “con la barbarie” cae en los círculos ilustrados, que son los que se ligan a Europa comercial y culturalmente. Nuestro general Bougeaud es Sarmiento, es Mitre, es Roca. O lo fueron los lugartenientes de Mitre que dirigieron y protagonizaron la “guerra de policía” que se les hizo a las provincias después de Pavón: Sandes, Irrazábal, Paunero. Un Edward W. Said, en la Argentina, no tendría que rastrear los textos colonialistas en los escritores del Imperio. Ni en Dickens ni en Jane Austen ni siquiera en la *Aida* de Verdi. Al ser, desde 1810, un país poscolonial, la Argentina dio a luz a sus propios escritores colonialistas. Seré, por el momento, breve: todos los escritos que justifican la necesidad de la penetración de la razón europea en el país son textos colonialis-

tas. Esto no es “revisiónismo histórico”. Me refiero a otra cosa: la racionalidad europea —la que nace con Descartes y se consolida con la razón iluminista y se fortalece en Nietzsche en tanto *voluntad de poder*— ha sido puesta en el banquillo de los acusados por la mayoría de las corrientes de la filosofía. O como razón instrumental que se apropia de la naturaleza y lleva ese dominio, luego, al de los hombres. O en tanto sofocamiento de los instintos para crear una cultura del malestar. O en tanto razón que instaura la injusticia de clases. O el colonialismo. O (como dice Heidegger en su célebre párrafo final de *La frase de Nietzsche* “Dios ha muerto”) como “la más tenaz adversaria del pensar”. O, como en Walter Benjamin, la razón que ha construido una historia de ruinas, una historia-catástrofe ante la que se horroriza el Angelus Novus. O, como en la Escuela de Frankfurt, la razón capitalista burguesa que lleva de las certezas de la Ilustración a los campos de exterminio.

El *Facundo* de Sarmiento es el más grande de nuestros textos colonialistas. El más notable y hasta genial esfuerzo para demostrar que la racionalidad europea era el Progreso, la Civilización. Este esquema va a seguir y va a penetrar también a las interpretaciones del peronismo. No queríamos sino dejarlo planteado desde ahora. Desde aquí: en que tenemos a Laprida, el ilustrado, a punto de morir a manos de los bárbaros de Aldao, el montonero. “Yo —piensa Laprida—, que estudié las leyes y los cánones.” El, el hombre de razón, el que representa los intereses de la cultura, que es, desde luego, la cultura de los cánones, de las leyes, huye sin esperanzas hacia el Sur, “por arrabales últimos”. La palabra “arrabal” es anacrónica (no había “arrabales” en 1829) pero plenamente borgeana. Expresa la periferia, lo que se aparta de la civilización. En suma, el Sur. Este territorio es, en Borges, el territorio de la barbarie. Su mejor cuento (es sólo mi opinión) se llama así: “El Sur”. Y la historia es también la de un hombre de la ciudad, un hombre de libros, tal vez el mismo Borges, un hombre llamado Juan Dahlmann que sale de una clínica luego de una larga postración y se dirige hacia el Sur. Entra en un Almacén y lo provocan unos muchachones. Un viejo, que es una cifra del Sur, le hace llegar un puñal, para que pelee. Dahlmann sabe que si agarra el puñal es hombre muerto: está, todavía, débil, no podrá pelear. Vagamente piensa: en la Clínica no habrían permitido que esto me pasara. Sin embargo, agarra el cuchillo y sale a pelear. Va a morir acometiendo y a cielo abierto. Va a morir inmerso en la cultura bravía del Sur. Borges, no tan secretamente como suele suponerse, sino con claridad, con lucidez, amaba el Sur. El Sur era lo Otro. Amaba su Otro. Su Otro lo completaba. No pretendo decir nada original con esto. También podría sugerir unas disculpas por si alguien se incomoda ante la palabra “Otro” escrita así: con mayúscula. Pero necesito desarrollar estos temas. Si la filosofía política que vamos a instrumentar se basa en el antagonismo amigo-enemigo acordemos que la palabra “Otro” tiene relevancia. El “amigo” es el Otro del enemigo. El “enemigo” es el Otro del amigo. Volvemos a Laprida: huye hacia el Sur, donde Dahlmann murió de cara al sol y sobre la tierra, en territorio ajeno. “Oigo los cascos/ de mi caliente muerte que me busca/ con jinetes, con belfos y con lanzas”, piensa Laprida. Y su muerte, sabe, está cerca, ya sobre él. “Yo que anhelé ser otro, ser un hombre/ de sentencias, de libros, de dictámenes/ a cielo abierto yaceré entre ciénagas.” Pero algo inesperado sucede: un hecho extraordinario. “Me endiosa —piensa Laprida— un júbilo secreto.” ¿Cuál es? ¿Cuál es el “júbilo secreto” del hombre de libros, de dictámenes? “Al fin me encuentro con mi destino sudamericano.” Como Dahlmann: pelear ahí, en la llanura, con un cuchillero que, sabe, lo

matará, completa su figura, entrega densidad a su destino, dibuja su totalidad impensable sin ese duelo. “Al fin —piensa Laprida— he descubierto la recóndita clave de mis años. (...) En el espejo de esta noche alcanzo/ mi insospechado rostro eterno. El círculo/ se va a cerrar. Yo aguardo que así sea. (...) Pisan mis pies las sombras de las lanzas/ que me buscan. Las befas de mi muerte,/ los jinetes, las crines, los caballos,/ se ciernen sobre mí... Ya el primer golpe,/ ya el duro hierro que me raja el pecho,/ el íntimo cuchillo en la garganta”. El “íntimo cuchillo” cierra el círculo. ¿Por qué ese cuchillo es “íntimo”? Porque ese cuchillo es el de la barbarie. Y ese cuchillo lo completa a Laprida. Totaliza su figura de sudamericano. Morir así, a manos de la barbarie, no le hace perder su condición de ilustrado, pero le señala el territorio en que vive: es un sudamericano como los gauchos que lo ultiman. No hay Civilización y Barbarie. Hay una geografía urdida por los cánones y los jinetes, las crines, los caballos. Este hombre culto, este hombre a la europea no es un europeo. Un europeo no muere así. “En arrabales últimos.” El cuchillo es “íntimo” (*gran adjetivo borgeano*) porque *totaliza* su identidad. Como hombre de libros y sentencias Laprida era una parcialidad. El cuchillo de la montonera lo entrega a la historia áspera, bárbara del país que habita. El círculo se cierra. Ahora, él, Laprida, es una totalidad, la barbarie ha hendido, ha rasgado con su puñal el pecho del civilizado, haciéndolo suyo.

Como vemos, el *Poema conjetural* va más lejos del golpe del '43 y de todas las burdas interpretaciones sobre el antiperonismo de Borges y de su profética visión de la “barbarie peronista”. Civilización y barbarie se diluyen en el poema, son categorías desleídas, moribundas o definitivamente muertas. Nadie ignora que Borges habrá de ejercer luego un apasionado antiperonismo. Aprobará los fusilamientos del '56. Hará todos los rituales del odio de clase. Pero —aquí— en este poema luminoso, la contradicción que estructura este país se conjura en una totalidad que las contiene a ambas. El *Poema conjetural* es el *aufhebung* a la contradicción Civilización/Barbarie.

Su totalización superadora. Ser argentino es ser hombre de cánones y hombre de cuchillo y de cielo abierto. Si el cuchillo del montonero le es “íntimo” a Laprida es porque completa su figura. *No se es sudamericano sin incluir al otro, al bárbaro, al diferente.*

Algo cuya infrecuencia será agobiante. Aún hoy la contradicción está. Cuando la candidata de la Coalición Cívica habla del voto lúcido, ilustrado de los “centros urbanos” y propone marchar al rescate de “nuestros hermanos los pobres” apresados por el clientelismo peronista retrocede a los tiempos de “El Matadero” echevarriano. Sin el talento de Echeverría. El sistema de libremercado —que sigue funcionando— crea una y otra vez, sin cesar, espacios de “barbarie”. El “bárbaro” es el que no pertenece a la centralidad, a la polis, a la civitas. El “bárbaro” es el que está afuera y su verdadera peligrosidad reside en su deseo de “entrar”. La civilización es todo aquello que la barbarie no es. La barbarie es todo aquello que no es la civilización. Si Roma sucumbe ante la barbarie es porque ésta la ha penetrado. *No hay mayor amenaza para la civilización que la amenaza de la barbarie.* O la civilización elimina la



barbarie incluyéndola, es decir, incorporándola a la civilización. O la elimina por medio de la guerra, exterminándola. Actualmente la única medida que parece tomar el Imperio es destruir a los bárbaros, ya que no puede incorporarlos. Pero los bárbaros amenazan doblemente al Imperio: A) Quieren entrar en él. Sobrepoblarlo. Algo que el Imperio vive en el modo de la *invasión*. B) Los bárbaros atacan al Imperio por medio del terrorismo.

De esto estamos lejos. Volvemos a la sociedad argentina del cuarenta. Ahí, Borges escribe el *Poema conjetural*. No hay verdadera civilización si no se le entrega la complejidad de la barbarie. Un país como la Argentina tiene dos fuentes, dos brazos, dos rostros que deben fundirse. El rostro final de Laprida no es ni el del bárbaro ni el del civilizado. Tampoco es una suma de los dos. Es la compleja trama que origina una nueva figura: la del hombre sudamericano.

MILCIÁDES PEÑA, LA INTERPRETACIÓN BASADA EN LA LUCHA DE CLASES

La mejor, la más impecable interpretación que el marxismo argentino ofreció del peronismo surgió de la pluma de Milcíades Peña. Milcíades nació el 12 de mayo de 1933 y murió, suicidándose, el 29 de diciembre de 1965. Fue un hombre de una inteligencia luminosa. Si, sobre todo, entendemos inteligencia en tanto rigor para seguir una teoría y aplicarla. Por medio —y esto es muy importante— de una escritura ágil, lúcida, irónica, precisa, *rigurosa*. Muy tempranamente descubrí a Milcíades en las viejas ediciones de Ediciones Fichas, a fines de los años sesenta, comienzos de los setenta. Uno elige sus contenidos y hay en eso, ciertas veces, una oculta admiración. Admiré a Peña hasta el plagio. De hecho, el primer trabajo que publiqué en la revista *Envido* —en 1970— se llamó *El extraño nacionalismo de José Hernández*. Había tomado la idea central de un texto —breve, tendría no más de una página y media— de Milcíades. Escribí un trabajo largo, fundamentado por otras fuentes. Dos cosas me llevaron a no reconocer mi deuda con él: 1) Mi inexperiencia. O mi joven vanidad: quería ser original. Me moría por ser original; 2) El mayor desarrollo que mi trabajo tenía sobre el tema que *ya* Peña había tratado. ¿Por qué reconocer como fuente una anotación suya casi fugaz? Grave error. Al salir, mi trabajo fue bien aceptado y recogí los reconocimientos que buscaba. Incluso el de la originalidad. A lo largo de los años me fueron señalando mi silencio: Peña había escrito antes que yo sobre las contradicciones o los fundamentos ideológicos de *Martín Fierro* y de su autor, Hernández. Esa crítica, sobre todo, la hizo Horacio Tarcus en un libro que dedicó a Peña y a Silvio Frondizi y cuya lectura recomiendo vehementemente. (Nota: Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996. Se verá que Peña jamás fue un marxista que yo haya olvidado. Incluso suelo intentar convencer a más de un editor acerca de la necesidad de reeditar su obra. Mis alumnos saben el respeto con que lo trato en clase. Incluso este año —sin saber yo que estaba presente— me lo agradeció, al final de una larga exposición de *Masas, caudillos y elites*, su hijo Milcíades.) Aclaro que, en ese libro, Tarcus ataca duramente mi libro *Filosofía y nación*. Defiende a su biografiado. No importa si tiene o no razón. Quiero señalar otra cosa: si yo discutí con Peña en ese temprano ensayo (*Filosofía y nación*) fue porque lo admiraba. No me hubiera medido con otro. Hoy, tantos años después, lo elijo para ejemplificar una perfecta interpretación marxista del peronismo. Habrá acuerdos o desacuerdos, pero es el primer texto del que me ocupó. Está lleno de libros que diversos periodistas han escrito o escriben sobre el peronismo. Ninguno araña el rigor de Peña. Nada más saludable que encontrar alguien sólido con quien discutir. Eso fue y es Peña para mí: un contrincante de lujo. Y muchas veces un aliado.

Peña —en el citado *Masas, caudillos y elites*— inicia su análisis del peronismo en el capítulo *Un coronel sindicalista*. Perón, dice, ha venido a terminar con la lucha de clases. El Estado habrá de

tutelar ese enfrentamiento y conciliará a obreros y patronos. La lucha de clases, escribe, no se dejará abolir. Pero, de esa lucha, habrá de aprovecharse el “coronel sindicalista”. Señala el carácter virginal del nuevo proletariado. De los migrantes que llegaban intocados a la gran urbe. *Sobre ellos habrá de construir Perón su liderazgo*. “La mayor parte del nuevo proletariado (anota), de los trabajadores de origen rural recién ingresados a la industria, permanecía fuera de los sindicatos y era campo virgen para el proselitismo de los sindicalistas peronistas” (*Masas, caudillos y elites*, Ediciones Fichas, Buenos Aires, 1971, p. 61). Pero resulta apresurado hablar de “sindicalistas peronistas”. Quien mantiene, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, un diálogo directo, abierto, con los migrantes es el propio Perón, cuya estructura, hasta el momento, es sólo la que le aseguró su pertenencia al GOU. Peña, a renglón seguido, lo reconoce: “Desde las oficinas de la Secretaría de Trabajo y Previsión se fue estructurando así una nueva organización sindical que culminaría en la CGT del período 1946-1955 y cuya primera y fundamental característica era depender en todo sentido del Estado que le había dado vida” (*Ibid.*, p. 61). El proceso es simultáneo: Perón forma su organización sindical en la medida en que atrae a quienes conforman el *nuevo sujeto político*, los migrantes. Acude a viejos sindicalistas de todo origen. Pero el *sindicalismo peronista* no estaba “esperando” a los migrantes. Se forma con ellos, se nutre de ellos. El proyecto es uno. Es paralelo. Perón capta al *sujeto* desde la Secretaría de Trabajo y, una vez realizada esta tarea o para completarla, para darle forma, encuadra al *Sujeto* en un sindicalismo que él, Perón, controla y habrá de controlar desde el Estado. Un Estado —señalemos ya esto— que la nueva clase obrera jamás dejará de ver, sentir o interpretar como *su* Estado, el Estado que habrá de darle trabajo, derechos, el Estado que habrá de estar ahí sobre todo y ante todo para beneficiarla. Claramente: desde el inicio la clase obrera peronista ve al Estado de Perón como *su* Estado benefactor. Sin haber leído a Keynes.

Peña señala que la Secretaría de Trabajo empuja a los obreros hacia los sindicatos que ella controla. Sugiere —o más que sugiere— que la “presión” llega a ilegalizar o condenar “a la clandestinidad” a los otros sindicatos. Un punto muy discutible sobre el que no abunda. Por el contrario, escribe: “Pero el énfasis no se puso en la represión, sino en las *concesiones reales* a la clase obrera efectuadas a través de los sindicatos estatizados” (*Ibid.*, p. 62. Cursivas nuestras). Pero, ¿terminarán esas *concesiones* beneficiando realmente al joven proletariado? En principio, son muchas: “Mejoras apreciables en los salarios y en las condiciones de trabajo, una marcada tendencia a favorecer a los obreros en los conflictos gremiales, el amparo concedido a los dirigentes y delegados frente a la tradicional prepotencia patronal en el trato con los obreros, *todo esto facilitó que los obreros se dejaran afiliar en los sindicatos estatizados*” (*Ibid.*, p. 62. Cursivas nuestras). Peña, aquí, habrá de señalar que este proceso debió tener un signo contrario. Con Perón (es apresurado hablar aquí de “peronismo”), los obreros no *fueron* hacia los sindicatos, no se *movieron* hacia ellos. Esto habría sido lo correcto: una clase obrera que, desde sí, organiza su propio sindicalismo. Digámoslo ya: *una clase obrera autónoma, no heterónoma*. Por el contrario, “los sindicatos —la Secretaría de Trabajo— fueron hacia los obreros. Así se creó la nueva Confederación General del Trabajo (CGT) que pronto unificó en su seno a la totalidad de la clase obrera” (*Ibid.*, p. 62). Se crea una *organización poderosa*. Pero ese poder es el poder de la organización, no el de la clase obrera. Esa CGT es fruto del proyecto de construcción de poder de Perón pero no es fruto de las conquistas obreras. Los obreros no conquistan nada. El Estado, por medio de la CGT, habrá de concederles las mejoras que necesitan y por medio de esas mejoras habrá de conquistar su respaldo político. Se plantea un problema: ¿qué grado de combatividad, de lucha, podrá tener una clase obrera creada en exterioridad, desde el Estado y los sindicatos del Estado? Lo esencial de la nueva CGT es que *no ha surgido de una movilización autónoma de la clase obrera*. Pudo ser creada porque el *sujeto*

político que nucleó carecía por completo de experiencia política y sindical. Recién entraba a la industria. Recién llegaba a las ciudades. Aquí, los esperaba el “coronel sindicalista”. Un astuto flautista de Hamelin que habría de seducirla con beneficios que les llegaban, a los silvestres, inocentes migrantes, verticalmente, desde el Estado. Tuvieron los beneficios pero no tuvieron que luchar por ellos. De este modo, se conforma un proletariado pasivo, que lo espera todo de la bondad de su líder, el “coronel sindicalista”, y del Estado que el líder controla. Una clase obrera es *autónoma* cuando crea sus propias organizaciones. *Cuando conquista sus derechos*. Cuando sus organizaciones son controladas desde el Estado, cuando sus derechos se le conceden como “beneficios” es *heterónoma*. Algo es “heterónomo” cuando lo que tiene le ha sido dado. No lo conquistó desde la lucha. La “lucha” contra las clases que la oprimen es central para la clase obrera. Si hay un Estado que le “concede” beneficios sin impulsarla a luchar por conquistarlos, ese Estado la condena a la pasividad, a la mansedumbre, elimina en ella la “lucha”. Al eliminar la “lucha” elimina el conflicto de clases. Es el Estado, entonces, el que se transforma en el árbitro entre las clases. A esto se le llama *bonapartismo*. (Volvemos sobre este tema.)

EL TAN INVOCADO “PUEBLO PERONISTA”

Sin embargo, Peña detecta que las clases propietarias están indignadas con “el coronel sindicalista”. Lejos de agradecerle el evitar un conflicto de clases. Impedir que el proletariado luche por sus verdaderos derechos contra quienes lo explotan. Lejos de agradecerle a Perón el sagaz control del posible alzamiento obrero que habría provocado la concentración urbana creada por la industria, se le enfrentan, le dicen nazi y demagogo. “Por cierto (escribe Peña), las positivas mejoras que la clase obrera recibía fueron inclinándola poco a poco en favor de Trabajo y Previsión y muy particularmente del Coronel Perón. Pronto las organizaciones de la burguesía argentina —Unión Industrial, Sociedad Rural, Cámara de Comercio, etc.— comenzaron a indisponerse con el secretario de Trabajo y se empezaron a eschar acusaciones de demagogia” (*Ibid.*, p. 63). Lejos de advertir que Perón les estaba haciendo el inmenso favor de frenar una “revolución social” o, sin más, “socialista”, la oligarquía, aliadófila ella, veía al coronel como un fascista y cantaba “La Marsellesa” el día de la liberación de París, algo que llevará a Borges a decir una frase famosa: que una emoción colectiva puede no ser indigna. Como la oligarquía no suele equivocarse en sus odios, convendrá mantener entre paréntesis la teoría que hace de Perón el abortista maquiavélico de una revolución obrera. Pareciera, por el contrario, que el “control social” del líder obrerista implicaba un costo excesivo que la oligarquía no estaba dispuesta a pagar porque, sobre todo, lo consideraba innecesario. Si así fuera sería recomendable no insistir con una famosa bobería: que Perón impidió, frenó o controló un inevitable alzamiento revolucionario en la Argentina de los ’40.

Aquí, con todo, se agita algo más importante. En un documental sobre la organización Montoneros, una ex militante desecha toda posibilidad de retornar a la violencia. Y, amargamente, dice: “¿Con este pueblo?” Acaso le había llevado tiempo conocer —*conocer verdadera, hondamente*— la naturaleza del tan invocado “pueblo peronista”. Porque si el “pueblo peronista” surge a la historia nacional como Peña lo plantea, pedir, en los setenta, a ese “pueblo” que transforme sus casas en “fortines” (*A la lata, al latero, las casas peronistas son fortines montoneros*) implicaba un grave desconocimiento de su historia. Grave, porque se trabajaba con una *materia prima* inadecuada para el proyecto político revolucionario en que se la quería incluir. O grave —también— si se buscaba *construir* el mito de un *pueblo peronista* combativo, que si había estado, en los cuarenta y en los cincuenta, dispuesto a “dar la vida por Perón”, estaría ahora, en los setenta, dispuesto a “dar la vida” por un proyecto socialista, emancipatorio. Un proyecto que formara parte de los movimientos de liberación del Tercer Mundo.

PROXIMO DOMINGO

PRIMERA PARTE

Hacia el primer gobierno de Perón
Pueblo peronista
y conciencia de clase

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

4 PRIMERA PARTE

Los libros sobre el peronismo



R3P

Quiero establecer otras características de Milcíades como escritor político. La distancia entre sus textos —que son fuertemente críticos con el peronismo— y el gorilaje (después voy a fundamentar el uso de esta palabra que irrita a algunos) que creció a la sombra del triunfo alfonsinista de 1983 y que se encarnó, en el mejor de los casos, en Juan José Sebreli (si éste fue “el mejor de los casos”, imaginen los otros), quien publica con urgencia, para salir antes de las elecciones de octubre, su texto sobre los “deseos imaginarios” del peronismo, que formó parte de la campaña electoral del alfonsinismo tanto como *La república perdida*, de Miguel Pérez con guión de Luis Grégorich, o el film de Héctor Olivera *No habrá más pena ni olvido*, basado en la excepcional novela de Osvaldo Soriano (el film de Olivera era bueno), es decisiva. Milcíades analiza con rigor. Usa una metodología. Se maneja entre su formación trotskista y sus sólidos conocimientos del clasismo marxista. De aquí que lo elijamos. Está a una distancia gigantesca de los livianos textos de tantos periodistas que salieron a marcar antinomias irreductibles o a expresar sin más el rancio gorilismo de los sectores tradicionales del país. Félix Luna tiene derecho a deteriorar el que pudo haber sido un buen libro —excelentemente documentado— sobre la época del primer peronismo con sus opiniones de afiliado radical. Es un historiador. Ha escrito, además, *El '45, un año decisivo*, libro que, al ser publicado en los setenta, moderó las rabietas de comité que erosionan *Perón y su tiempo*. *El '45*, en contrario, es una herramienta indispensable para la intelección de ese “año decisivo”. A ver si nos entendemos: el que quiera ser antiperonista, que lo sea. Digo, desde ya, que no es una actitud aconsejable a la hora de estudiar tan compleja y dilatada historia política, que es la de la Argentina de los últimos sesenta años. (Nota: En la que también se agitaron otros actores, nacionales y extranjeros. El genocidio de 1976-1983 no es protagonizado por el peronismo, sino por sus enemigos más tradicionales: la oligarquía agroexportadora y el establishment financiero, a los que el peronismo se aliara en la década del 90. Y el alfonsinismo de la primera etapa de la democracia abre ese espacio en tanto propio. Sin embargo, el peronismo está presente, como protagonista también, en esas dos etapas, que veremos.) Lo de Sebreli se conoce y, si bien supera a los aventureros del periodismo “ensayístico”, nadie toma ya en serio sus arrebatos bravucones. Se ha dicho, y bien, que sus libros o sus declaraciones altisonantes sirven más para pelear que para pensar. Además, sus opciones políticas son, si no desconcertantes, a menudo risibles, aunque nunca lleguen a indignar, para desgracia suya, que lo preferiría. El periodismo “ensayístico” puede alcanzar —cuando se acota a la sumatoria de fuentes, a la investigación: algo que los periodistas argentinos cada vez hacen mejor; con frecuencia mejor que los historiadores— alturas apreciables como Marcelo Larraquy en su *López Rega*, que, en su momento, habremos de utilizar. Tomaré, brevemente, como ejemplo del gorilismo pavo los dos tomos que Hugo Gambini, periodista de larga trayectoria, tan larga que hasta formó parte de la *Polémica en el bar* de Sofovich durante el menemismo, escribió sobre el peronismo, editados por una editorial que se inclina más bien por esos libros que lo mejor que pueden decir del peronismo es que ha sido una anomalía excrecente en la traslúcida historia de nuestro contitucionalismo liberal. Es como *La Nación* con el gobierno de Kirchner: todo malo, nada bueno. De algún modo, una patología. El libro de Gambini no es malo. Sencillamente no sirve. El hombre fue director de la Agencia de Noticias Télam durante Alfonsín. Que esa fue época de gorilas, nadie osará

dudarlo. La academia era de *El Club Socialista*. (¿Qué tenía de socialista el Club Socialista?) La ideología residía en el “Discurso de Parque Norte”, que escribieron Juan Carlos Portantiero, Pablo Giussani y Juan Carlos Torre: un manifiesto democrático que hoy —a casi veinticinco años— resulta tristemente patético. Las radios y los programas de tele fueron entregados a gente del Partido. Todos habían olvidado la palabra “peronismo”. Sin más, decían “fascismo”. Cierta vez fui a un programa de Enrique Vázquez. Como tengo cierta facilidad de palabra y suelo pensar dos o tres ideas con algún rigor, Vázquez me dijo: “Vos no parecés peronista”. Yo era peronista en esa etapa. Igual que en la setenta. Estaba en la Renovación Peronista. Queríamos “renovar” al peronismo para llevarlo al encuentro con la “democracia”. Era un modo de “acompañar críticamente”, es decir, del mismo lado, del de la democracia, al radicalismo, para obliterar cualquier posibilidad de golpe militar, algo que, en esa época, no dejaba de mencionarse todos los malditos días. Ahora bien, la Renovación Peronista la formaban Carlos Grosso, el llamado “chupete” Manzano (que se “chupeteó” todo en los noventa), Carlos Menem y Antonio Cafiero. Renuncié al peronismo (ojo, eh: al peronismo, no sólo al Partido) al año siguiente. Me fui. Escribí —en *Humor*, en mi recordable columna de esos años— un texto que fue muy leído: *La creación de lo posible*. Era una despedida. (Nota: Un fragmento importante del texto decía: “Lo reconozco: soy un intelectual. Lo reconozco hoy —creo— porque dejé de ser otras cosas. Un ‘infiltrado’, por ejemplo. Dejé de serlo desde la realización del Congreso de la Unidad Justicialista en Santa Rosa de La Pampa. Porque, aunque sea excesivo, tengo que decirlo una vez más: ni yo, ni ninguno de los que sienten y piensan al peronismo como yo, tenemos nada que ver con esas personas. Pueden seguir sin nosotros. Por otra parte, jamás han hecho otra cosa. ¿Somos nosotros entonces los que nos alejamos del peronismo? ¿O es acaso el peronismo el que, desde hace ya muchos años, ante nuestra impotencia y nuestra desesperanza, se aleja de nosotros? Hoy, el Sistema de certezas que significó para nosotros el peronismo está quebrado. Eramos la mayoría, ya no lo somos. Un líder de relevancia mundial, un hombre amado por los humildes, un mago de la política, estaba al frente del movimiento. Ya no lo está: ha muerto. Perteneíamos al Tercer Mundo, nuestra meta era la unidad latinoamericana, hasta la ecología nos interesaba. Eramos el cambio, la revolución. Teníamos un discurso sobre el Estado, otro sobre la dependencia, la cuestión nacional y la cuestión social. Teníamos claros referentes internacionales: la China de Mao, Vietnam, incluso De Gaulle. Teníamos a Evita, a quien todavía tenemos pero cada vez más en el modo de la lejanía, porque, como los elegidos de los dioses, murió muy joven y demasiado pura. La quiebra de este sistema de certezas desalienta a los militantes peronistas. No podría ser de otro modo: es casi imposible sostener una militancia sin certezas. Pero guste o no, habrá que aprender a vivir así; somos militantes de la incertidumbre, de la duda, del tránsito. Porque ni siquiera sabemos si lo que está en juego, aquello que estamos abandonando, es el Orden del Justicialismo decadente y reaccionario o nuestra identidad como peronistas”, JPF, *La creación de lo posible*, Legasa, Buenos Aires, 1986, pp. 260/261. Nos reuníamos casi diariamente algunos que pensábamos lo mismo. Los que ahora recuerdo son: Nicolás Casullo, Horacio González, Alvaro Abós —que habría de publicar durante esos días un texto bello e inteligente: *Adiós—*, Elvio Vitale, Mempo Giardinelli, Carlos Trillo, Jorge Luis Berneti, Alcira Argumedo. Emitimos un documento, renunciando. Da bronca —una bronca que uno sabe moderar porque sabe que el

objeto que la provoca vale poco— que libros como el de Gambini traten con tanta ligereza un proceso de tal complejidad. *El peronismo es más que Perón*. Es más que la historietita negra de los antiperonistas obstinados. Es más que la pasión acrítica de tantos peronistas también obstinados. Asombra que aún hoy algunos alumnos —con cara de políticos extraviados en las malas artes, en las trenzas oscuras de la realpolitik—, a la salida de alguna de mis clases, me digan: “Qué gorila se me ha puesto, profesor”. Uno admite que la verdad es plural, es múltiple, es una miríada de sucesos que colisionan una y otra vez, por decirlo con Nietzsche y con Foucault, lo que no admite es la mediocridad, el juicio rencoroso, el odio de clase, la obsesión turbia, ese muro de acero que algunos levantan en su conciencia y al que nada nuevo puede entrar. Una *duda*, una sola duda los aniquilaría. De acuerdo, que sigan felices. Pero que no pretendan entender la complejidad infinita, la vastedad inapresable de lo real. De ahí en más busqué una independencia que —por fortuna— pude mantener. Pero quiero dejar algo muy claro: no me hice ni jamás me haría antiperonista. De aquí que para los campeones de los claros y los oscuros sea siempre una cosa o la otra. No importa.

Sigo con Gambini. La contratapa del libro es deleitable. Figuran las laudatorias críticas de los diarios. El cronista de *La Nación* dice: “*Historia del peronismo* reconstruye en su tomo inicial una época que merecía ser reflejada, como ocurre en este libro, con imparcialidad y altura. Para ilustración de quienes no la vivieron. O, más exactamente, no la padecieron”. (¿Qué imparcialidad! ¿Qué altura!). El de *El Cronista* habla del ahogo que producía a quienes vivieron esos años el estar “sumergidos en un régimen en el que se apelaba de continuo a la grandeza nacional y a la felicidad de todos los argentinos, pero en un contexto viciado por la delación, la idolatría y el pensamiento único”. Y el de *La Prensa* (¿qué podía esperarse de él?): “Describe con exactitud el costado más oscuro del primer gobierno de Juan Perón (1946-1952). La persecución, cárcel, tortura y exilio de sus oponentes políticos y gremiales, la suspensión de la libertad de expresión. La cesantía de profesores universitarios y el apaleamiento de estudiantes. Su segundo mérito es el de poner en evidencia la naturaleza militarista de aquel régimen”. El libro de Gambini expresa otra modalidad que la de sus laudatorios críticos. Los textos de *La Nación* y *La Prensa* pertenecen a algo que se ha llamado recientemente *Gorila 55*. En efecto, está el *Gorila 55* y hay otro: el *Gorila 84*. Es el gorila radical, o, más precisamente, el gorila alfonsinista. Algo que desmerece al propio Alfonsín, que nunca fue un político fervoroso en su antiperonismo. Tal vez por ser un político. Tal vez eso haya posibilitado que —en sus hazañas posteriores a sus méritos de los dos primeros años de gestión— haya protagonizado el turbio *Pacto de Olivos* con Menem, *la mancha venenosa*. Pero el *Gorila 84* anda por todas partes. El gorilismo ha renacido en tiempos de Kirchner. Hay, incluso, un nuevo odio que había decrecido en épocas anteriores. Se odia el “setentismo” de Kirchner. Su política de derechos humanos. Aquí está lleno de socialistas o de trotskistas o de socialistas o de ex alfonsinistas que se desgarran las vestiduras por los treinta mil desaparecidos pero *odian a la generación del setenta*. Este país se empeña en ser difícil. Si tanto odian a la generación del setenta, acaso no debieran sufrir tanto por los desaparecidos. De acuerdo, son ustedes buenas personas, son humanitarios y están contra el horroroso terrorismo de Estado. Pero, ¿qué equivocada estaba esa generación! Y no se engañen, eh. Fueron ellos los masacrados. Los pibes de la Juventud Peronista. Los del Nacional Buenos Aires. Los que trabajaban en las villas. Los que alfabetizaban. Y si no, vayan al Parque de la Memoria. Miren los

nombres uno por uno. Miren las edades. Producen escalofríos: dieciséis, veintidós, veinticinco, diecinueve, catorce. Pero, ¡tan equivocados! Y sobre todo: tan ingenuos. Tan víctimas del “malentendido”.

EL MALENTENDIDO

El que hizo célebre esa expresión (*malentendido*) fue el columnista de Alfonsín, Pablo Giussani. El “malentendido”. Era muy simple y, creo, algo cruel; si no burlesca, animada por el desdén: los jóvenes de los setenta (¡tan virginales e inocentes como los jóvenes obreros del '45, los migrantes!) se habían confundido con Perón. En gran medida no habían escuchado la vieja sabiduría gorila de sus padres. Ese coronel de socialista no tiene nada. Ese coronel de fascista. Ustedes no entienden. Por el contrario, mal-entienden. Creen entender que el jefe que han elegido (por seguir un viejo error de la clase obrera argentina que se arrastra ya penosamente desde 1945, si no antes) es un revolucionario. Y no. Nosotros, que tenemos experiencia, lo sabemos. Nosotros, que somos verdaderos marxistas, lo sabemos todavía mejor. Los jóvenes, en suma, desoían los consejos de sus padres y los de los teóricos de la revista *Contorno*. O de otros teóricos clasistas que la tenían clara por conocer la ciencia de la revolución. Importa marcar lo siguiente: observemos que el malentendido en un aggiornamento de la teoría de la manipulación del '45. Así como los migrantes (por inexperiencia) habían seguido la demagogia de Perón en lugar de elegir conducciones clasistas, los jóvenes de los '70 elegían a Perón también por inexperiencia, por “no conocerlo”, por no haber vivido bajo su gobierno, o por no haber leído a los grandes teóricos del marxismo. Así, tan ingenuos, tan virginales como los jóvenes migrantes (aunque no cabecitas negras, sino militantes de clase media, chicos del secundario o estudiantes de las universidades) creían (*malentendían*) que Perón era un líder revolucionario cuando era un reaccionario, un fascista, o, en el mejor de los casos, un líder burgués. No vamos a entrar ahora en la complejidad de esta cuestión. Pero —algo provocativamente— digamos: la izquierda peronista se puso la máscara peronista. Perón se puso la máscara socialista. Así, mintiéndose, se entendieron. Luego, llegó el momento de sacarse esas máscaras. Y el rostro que apareció fue el de la Muerte.

En cambio, ustedes, los maduros, los adultos, ustedes sí que entendieron bien. Por eso resulta inaceptable que gente como “esa”, ¡que tan mal entendió la historia!, esté ahora gobernando el país. ¡Todos Montoneros, además! Mienten y saben que mienten. Este no es un gobierno de montoneros, aunque algunos que ahí estuvieron estén ahora aquí. Este gobierno —que durante estos días se ha ido— tuvo muchos defectos y muchos aciertos. Pero lo que les irrita no es que sea un “Gobierno Montonero”, sino que les meta en cana a militares asesinos, a curas torturadores, que León Ferrari se ría de Bergoglio y de la gorila '84, Carrió. Con todo, durante estos días asume Cristina F, y por ahí les arruina la fiesta: termina con el peronismo y empieza algo

nuevo. ¿A quién van a odiar?

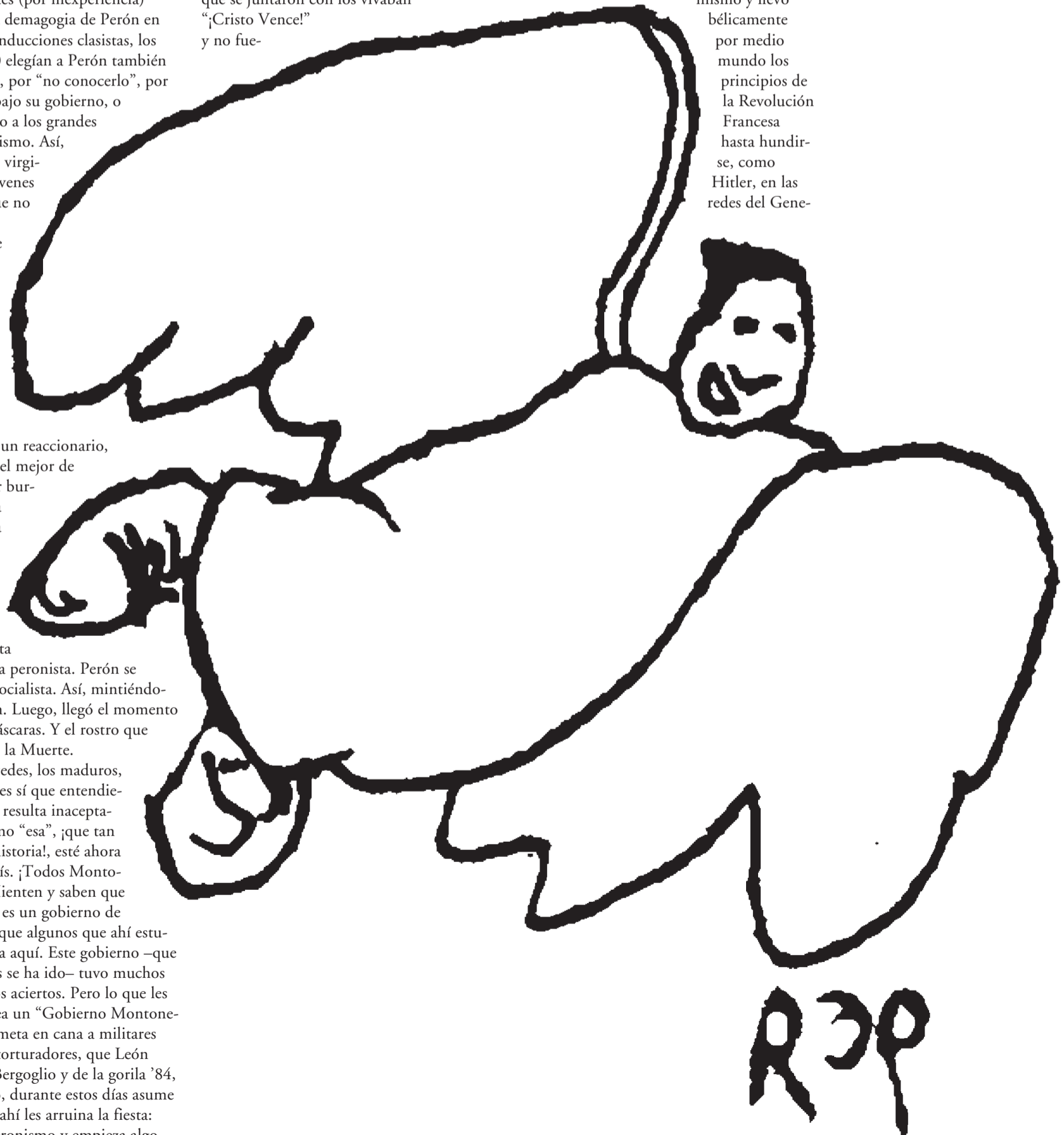
¿Todo esto para qué? Para decir que no hay que tomar en serio a tanto pavo que anda por ahí metiendo ruido. Aquí, en este ensayo, nos vamos a ocupar de lo que del peronismo dijo Milcíades Peña. Porque ese tipo sabía pensar y porque lo que le reprochó a Perón no fue que agredió a las instituciones de la República, al estilo de vida argentino, a la prensa libre y al campo que es la natural fuente de riquezas de este país. Le reprochó que no les dio armas a los obreros en el '55. Que él y otros las fueron a buscar a los sindicatos (¡para defenderlo a Perón, él, Milcíades, que tanto y tan duramente lo había criticado!) y no las consiguieron. Porque si Milcíades fue a pedir armas en el '55 fue porque no ignoraba que, si Perón caía, no venían los “libertadores”, los “republicanos”, los “democráticos”, sino lo que vino: los que persiguieron a los obreros, los que hambreadon a los pobres, los que fusilaron a Valle, los que escamotearon el cadáver de Evita (¿por qué le temían tanto?), los que inauguraron las matanzas clandestinas, la poética oscura de las zanjas, ahí, en José León Suárez, veintiocho cadáveres, los que prohibieron al peronismo, los “democráticos” que hasta prohibieron pronunciar el nombre de Perón, el de Evita, los que sellaron nuestra entrada al Fondo Monetario Internacional, la vieja oligarquía de la mano de la Iglesia y de la clase media ilustrada, de los intelectuales de izquierda que se juntaron con los vivaban “¡Cristo Vence!” y no fue-

ron por los barrios, por las calles de tierra, no indagaron en el alma de los pobres y no supieron que para ellos ése fue un día de miedo y de dolor, una derrota. Tampoco para Milcíades ése fue un día de júbilo. Y eso que ni una le perdonó a Perón. Pero el día de la batalla —cuando la Marina masacradora del 16 de junio, cuando los nacionalistas católicos como Lonardi (que fue, de todos modos, el único honesto), cuando los Comandos Civiles de los niños bien, herederos de la Liga Patriótica— salieron a la calle a descabezar al régimen, Milcíades se puso del lado de ese Perón al que tanta bronca le tuvo, al que tanto criticó, cuestionó, al que tantas agachadas le echó en cara, porque sabía que lo otro era peor, y porque era un hombre de la izquierda revolucionaria, un teórico que sabía, como siempre hay que saber, dónde están los que más daño le van a hacer al pueblo, y ponerse enfrente.

EL NUEVO SUJETO POLÍTICO: “ALPARGATAS SÍ, LIBROS NO”

Peña insiste en aclarar su interpretación del *bonapartismo*. Se sabe: este concepto lo utiliza Marx en su texto *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Básicamente expresa el comportamiento de la pequeña burguesía francesa en los laberintos del *Coup d'Etat* por el que el descendiente del verdadero, del gran Bonaparte, del opulento emperador

que se coronó a sí mismo y llevó bélicamente por medio mundo los principios de la Revolución Francesa hasta hundirse, como Hitler, en las redes del Gene-



ral Invierno, gran aliado de los rusos, se adueñó del poder en la París de 1851. Aclaremos que Bonaparte —pese a sufrir la misma derrota que sufriría Hitler en el invierno ruso— no era Hitler. En medio de su megalomanía, de su expansionismo rayano en el delirio, expresaba el avance de la burguesía capitalista. Bastó su derrota para que regresara lo peor, lo más rancio de la monarquía, la Santa Alianza, de la mano sagaz de Metternich. No es ésa, con todo, nuestra historia. ¿Qué uso, aquí estábamos, le da Peña al concepto de *bonapartismo* y por qué lo aplica al proyecto peronista? Afirma que el régimen surgido del golpe de junio del '43 era *bonapartista* “porque no representaba a ninguna clase, grupo de clase o imperialismo, pero extraía su fuerza de los conflictos de las diversas clases e imperialismos” (*Ibid.*, p. 68). La cuestión es así: la candidatura de Patrón Costas se elige en la Cámara de Comercio Argentino-Británica. La vieja oligarquía, por medio del fraude, se preparaba otra vez para gobernar. Nadie podría frenarla. La burguesía industrial era muy débil. El proletariado era muy joven y no tenía organización. Los militares deciden intervenir y *cubren el papel histórico que debió desempeñar la burguesía*. Nadie, sin embargo, ve con claridad el cuadro de situación. Los militares del GOU no son obreristas. *Celebran el aniversario del golpe uriburista del 6 de septiembre*. Sueñan con los Altos Hornos, con la siderurgia. Los comunistas son aliadófilos. La oligarquía es aliadófila. Los estudiantes son aliadófilos y sólo ven a una pandilla de nazis en el nuevo gobierno. *No podían ver otra cosa*. ¿Qué estudiantado era ése? Era el estudiantado de los patrones, que estudiaban para ser los abogados, los arquitectos, los ingenieros de los patrones. Los obreros no entraban a la Universidad, que se manejaba con los valores de *libertad y democracia* que los aliados defendían en Europa. Atención ahora: siempre, de un modo agobiante, irrecuperable ya, se ha señalado el carácter bárbaro del peronismo porque los tempranos obreros que adhirieron a su causa lanzaron la consigna *Alpargatas sí, libros no*. El clasismo, el culturismo de élite de nuestra oligarquía y de nuestras clases medias (que se mueven por el *ascenso social*, es decir, por ser oligarcas) ve en esa consigna un desdén por la cultura. Oigan, un obrero no entraba en la Universidad. En la Universidad están los libros. Los libros, por consiguiente, no eran para los obreros. Eran para los estudiantes, para los hijos de las clases acomodadas. Los libros los agredían. Los libros eran, para ellos, un lujo de clase, un lujo inalcanzable. Los negaron. Los negaron porque ellos, los libros, los negaban a ellos, porque estaban en manos de los estudiantes que viviendo a la democracia y a la libertad y a los aliados los despreciaban como a negros incultos. Entonces dijeron: *libros no*. Por otra parte, ¿qué factor de *identificación* tenía el pobre migrante que acababa de llegar del campo, el cabecita que sólo recibía el desdén de los cultos? Lo suyo era la *alpargata*. Entonces dijeron: *alpargatas sí*. La consigna, en suma, decía: *nosotros sí, ustedes no*. O más exactamente: *Nosotros, los que usamos alpargatas, sí; ustedes, los que leen libros, no*. Quedó entonces eso que quedó: *alpargatas sí, libros no*. Era un enfrentamiento de clase y hasta de color de piel. Para colmo, para mayor irritación de los estudiantes (que, en esto, tenían razón), los torpes, filonazis militares del GOU, llenan las Universidades de profesores católicos, de ultramontanos, cultores trasnochados de esencias y de categorías aristotélico-tomistas. *Todo mal*. Nadie *veía* al sujeto que habría de protagonizar la *nueva historia*. “En septiembre de 1943 (escribe Peña), el Partido Comunista, que controlaba al gremio de la carne, cortó sus últimas amarras con la clase obrera, entregando al gobierno una gran huelga de los frigoríficos para no perturbar a las empresas anglo-americanas, aliadas de la URSS” (*Ibid.*, p. 70). Insiste Peña en la inocencia, en la condición virginal de los migrantes. Cae aquí en un lugar común de los análisis del período: a los migrantes, a los obreros nuevos, se los pinta tan inocentes que ciertas veces parecen abiertamente idiotas. La finalidad es demostrar que Perón se aprovechó de ellos. ¿Por qué no se aprovecharon los dirigentes comunistas?

¿Por qué no vieron Codovilla, Rodolfo Ghioldi, Américo Ghioldi o José Peter que ahí estaba la materia prima de la revolución socialista? No se lo pregunta Peña, aunque señala las falencias de aquéllos. Se obstina, sin embargo, es afirmar que “Perón hizo abortar”. Oigamos bien: *hizo abortar*. “Canalizando por vía estatal las demandas obreras, *el ascenso combativo del proletariado argentino*, que se hubiera producido *probablemente* al término de la guerra. Porque es *evidente* que si Perón no hubiera concedido mejoras, el proletariado hubiera luchado por conseguir las (...). El bonapartismo del gobierno militar preservó, pues, al orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista” (*Ibid.*, p. 71. *Cursivas nuestras*). Años más tarde, el ERP acusará a Cámpora (¡a Cámpora!) de entregar a la clase obrera a la patronal y al imperialismo e impedir su lucha por el poder. El texto es de mayo de 1973 y es (en lo que aquí atañe) el siguiente: “Si Ud. Presidente Cámpora quiere verdaderamente la liberación debería sumarse valientemente a la lucha popular: en el terreno militar armar el brazo del pueblo, favorecer el desarrollo del ejército popular revolucionario que está naciendo a partir de la guerrilla y alejarse de los López Aufranc, los Carcagno y Cía., que lo están rodeando para utilizarlo contra el pueblo; en el terreno sindical debe enfrentarse a los burócratas traidores que tiene a su lado y favorecer decididamente el desarrollo de la nueva dirección sindical clasista y combativa que surgió en estos años de heroica lucha antipatronal y antidictatorial, enfrentada a la burocracia cegetista; en el terreno económico realizar la reforma agraria, expropiar a la oligarquía terrateniente y poner las estancias en manos del Estado y de los trabajadores agrarios; expropiar para el Estado toda gran industria, tanto la de capital norteamericano como europeo y también el gran capital argentino, colocando las empresas bajo administración obrero-estatal, estatizar todos los bancos de capital privado, tanto los de capital imperialista como de la gran burguesía argentina” (*Por qué el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir*). Esto era un delirio en 1973. Cuando Perón regresa lo hace dentro de un encuadre que la militancia de izquierda se empeña en negar: regresa condicionado. La condición es *ordenar* el país. Lo que significaba terminar con la guerrilla. (Que nadie se preocupe: veremos con tanta exhaustividad esta etapa —1973-1976— que nada quedará en eso que solía llamarse “el tinte-ro”). En el '45 la clase obrera sólo podía organizarse creando sus propios líderes revolucionarios o remitiéndose a los de los partidos que la representaban, sobre todo el comunista. La creación de líderes revolucionarios habría sido demasiado lenta y la burguesía habría derrocado a Perón y contraatacado triunfalmente. No lo hizo porque los obreros respaldaron a Perón, que fue el único que supo verlos como lo que eran: *el nuevo sujeto político*. En cuanto a los líderes del Partido Comunista, dependían todos de la Unión Soviética, de Josef Stalin, a quien poco le habría interesado una revolución en el Cono Sur que perjudicara a su aliado norteamericano. Es hablar en el aire. Es diseñar lo imposible. No es ni siquiera “seamos realistas, pidamos lo imposible”. Los migrantes habrían escuchado con una mezcla de asombro e incredulidad la poética consigna de los jóvenes franceses de la burguesía estudiantil, protagonistas de una revolución en la que nadie murió. (*Nota*: Ver el cuento memorable del peruano Bryce Echenique, “*La más bella muerte del Mayo francés*”. El fue su testigo porque, en medio del caos de los jóvenes iracundos y para escabullirse de tanto barullo, se metió en un cine a ver *Madigan*, formidable film policial dirigido por Don Siegel y protagonizado por Richard Widmark, quien muere de un modo inolvidable, a lo grande. Esa es, para Alberto Bryce Echenique (1939, Lima), la más bella muerte del Mayo francés. Ver: César Aira, *Diccionario de autores latinoamericanos*, Emecé-Ada Korn, Buenos Aires, 2001, p. 102.) La historia se desarrolla por medio de las materialidades con que cuenta. Importa tam-

bién la constitución de las subjetividades. Los migrantes, los negros, los cabecitas, habían encontrado en Perón al único que sabía dirigirse a ellos. Al único que los escuchaba. Que nadie se pregunte si Perón era bueno o era malo, si era generoso o si manipulaba a los migrantes. Yo no dudaría de la generosidad pasional de Evita, pero ella no era una estratega. Todo lo abordaba pasionalmente. Perón no. Había escrito un libro de estrategia y táctica militares. Se dijo: lo nuevo aquí, la palanca con que moveré el mundo, son estos obreros con nula o escasa experiencia sindical. Eso se llama *construcción de poder*. En una coyuntura histórica en que el único que no está devorado por el “aliadofismo” echa una mirada al país, una mirada virgen, sin anteojeras, una mirada que busca al sujeto con el que se pueda hacer avanzar la historia, gana. Ganó Perón. Y no es tan cierto que le hizo un favor a la burguesía, a las clases dominantes. Al contrario, las llenó de odio. ¿O por qué el imperialismo agredió tanto a Perón? Ya habían ganado la guerra. ¿En qué podían perjudicarlos las veleidades “fascistas” de Perón? ¿No veían en cambio que ese “fascista” les estaba haciendo, en la Argentina, el más grande de los favores, el que no les hacían las clases dominantes ni los buenos comunistas aliadófilos? ¿Por qué no vio el Departamento de Estado que Perón era el único que podía frenar una revolución obrera en la Argentina? Porque tal cosa era un dislate. Perón, en cambio, se proponía desarrollar algo, que si bien no era una revolución comunista, era altamente irritativo para los intereses norteamericanos: les estaba dando poder a esos malditos negros que habían colmado Buenos Aires. Peña lo confiesa: “En 1945 (escribe) llegó a su más alto grado la campaña que desde tiempo atrás llevaban contra el gobierno militar, y contra Perón en particular, la burguesía argentina toda, vastos sectores de la clase media y Estados Unidos (...). La prensa norteamericana rebosaba amenazas contra la Argentina y la gran prensa argentina las reproducía con satisfacción. La burguesía en pleno se sumaba a los Estados Unidos, *horrorizada por el obrerismo de Perón*. La oposición antiperonista más enérgica procedía de la burguesía industrial, y ello por razones fundamentales. La industria era el sector que más intensamente necesitaba el capital norteamericano. (...) Y *sentía verdadero terror ante la organización de las masas obreras, aunque fueran dirigidas desde la Casa de Gobierno*” (*Ibid.*, p. 75. *Cursivas nuestras*).

La industria que el peronismo habrá de desarrollar —por medio de su sagaz ministro de Economía, Miguel Miranda— habrá de ser la *industria liviana*. Esta habrá de adherir al proyecto peronista. Luego, durante mucho tiempo, se le reprochará a este primer peronismo no haber desarrollado la industria pesada. Pero el “coronel sindicalista” necesita nuclear y organizar a sus bases, a los jóvenes obreros. Necesitaba darles trabajo. La industria pesada no requiere mucha mano de obra. La liviana, sí. De modo que el desarrollo de ésta fue el instrumento político para dar inmediato trabajo a los migrantes. Y, con ello, cobertura política. Había que captar a ese contingente. No dejarlo a la deriva, “disponible”. Los militares del GOU, los nacionalistas, los filonazis, habrían desarrollado la siderurgia. Pero habrían tenido algo inesperado: serios problemas obreros. No habrían podido darles trabajo a los migrantes. Habrían tenido que reprimirlos. Aquí habría surgido acaso esa “revolución” que —se dice— Perón controló. Vemos que de haber triunfado los filonazis, de haberse impuesto al obrerismo de Perón y crear altos hornos, siderurgia, acero, hoy viviríamos en una Argentina socialista. O, al menos, habría existido una experiencia revolucionaria, un asalto al poder o huelgas salvajes, incontrolables, en esa Argentina del '45. En fin, suena muy improbable este relato armado entre altos hornos y obreros sin trabajo y revolucionarios. Tan improbable que nunca fue. Por el contrario, Perón dio desarrollo a la dinámica industria liviana, creó miles y miles de puestos de trabajo y ahí estuvieron los migrantes, con sindicatos, abogados, delegados fabriles, aguinaldo, viviendas dignas y vacaciones pagas. Así, cualquiera se olvida de la revolución comunista.

PROXIMO
DOMINGO

PRIMERA PARTE
La nación en armas

IV Domingo 16 de diciembre de 2007

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

5 Cuestiones de método:
el umbral de la
conciencia política



Hay algo muy delicado en todo esto. Requiere una rigurosa atención. El historiador marxista (célebre, colmado de prestigio) Eric Hobsbawm escribió un libro sobre los que llama *rebeldes primitivos*. Tiene algunos años y alguna vez, en otra parte, me ocupé de él. Pero se reedita como si sus verdades fueran eternas. Y, en verdad, no crítico que se reedite. Sus verdades son dignas de ser siempre discutidas y analizadas, sean o no “eternas”. Hobsbawm habla de los movimientos primitivos y encuentra en ellos una fase prehistórica de agitación social. Serían nuestros migrantes. Preguntemos: ¿por qué son primitivos? Porque no han traspasado “el umbral de la conciencia política”. ¿Cuál es ese umbral? ¿Qué elementos lo constituyen? Tienen que ser tramados por relaciones de producción capitalistas. O sea, un movimiento deja de ser “primitivo” cuando el capitalismo se hace cargo de él. Toda rebelión social será ahora superior. El esquema sigue al de Marx. Lo moderno es la occidentalización. “En suma: los movimientos primitivos sólo pueden traspasar el umbral de la conciencia política en la medida en que sean penetrados por las fuerzas y relaciones de producción capitalistas y sus ideologías de avanzada” (J.P. F., *Estudios sobre el peronismo*, Legasa, 1983, Buenos Aires, p. 27). Lo que Hobsbawm llama “ideologías de avanzada” son, sin más, el socialismo. En Europa, el socialismo (el marxismo) es una “ideología de avanzada” del capitalismo pues éste lo produce. No habría marxismo o socialismo sin un desarrollo frondoso y suficiente del capitalismo que sea capaz de generarlo. La frase se presta a cierta confusión. Pero en esa “confusión” radica su más honda transparencia. El socialismo no es una “ideología de avanzada” del capitalismo. Es la ideología que viene a superarlo, a dejarlo atrás en ese movimiento dialéctico que Marx toma de Hegel y que es el *Aufhebung*: lo que supera conservando. *El socialismo es una “ideología de avanzada” del capitalismo pero ese “avance” significa que por él es que lo supera, lo reemplaza revolucionariamente*. De aquí se deduce que una sociedad que no haya desarrollado acabada, completa y totalmente su proceso capitalista no habrá de generar la ideología que, *surgiendo de él*, sea capaz de superarlo. He aquí la diferencia entre los movimientos políticos y los prepolíticos. Como los jóvenes migrantes del cuarenta recién llegaban del interior a formar parte de un capitalismo en cierne que los recibía para desarrollarse resulta claro que Hobsbawm y los rigurosos marxistas que habrán de manejarse con estos conceptos que Marx sistematiza tanto en el *Manifiesto* como en *El Capital* (no hay *corte* entre ambos libros dado que Marx cita textos del *Manifiesto* en *El Capital* dándolos como verdaderos y sin arrepentirse de ellos, motivo para el cual no tenía motivos) no podían sino ver en los “trabajadores nuevos” a protagonistas de un movimiento prepolítico, un mero pasaje del ámbito rural al ámbito urbano, que es la característica esencial de los movimientos populistas, que se distinguen por ser movimientos de *transclase*, tal como lo sería este peronismo de los inicios: de lo rural a lo urbano. De peones a proletarios. No poseedores aún de las ideologías de avanzada del proletariado moderno, estos migrantes primitivos no podían sino caer en manos del caudillo populista que los esperaba en la ciudad, con sus mejoras y sus sindicatos. He aquí —resumida y creo que bien resumida— la esencia de todas las posturas marxistas sobre el populismo peronista, que acabarán haciendo de éste una enajenación de la conciencia obrera por su inevitable carencia de conciencia de clase o por los resabios de *patronazgo* que, arrastrados del ámbito rural al urbano, los llevarían a entregarse a un *líder* en lugar de desarrollar una política autónoma. En suma, ideológica y políticamente es poco lo que cambia: se reemplaza al *patrón rural* por el *líder urbano*. No es que yo critique este esquema. Tiene puntos de verdad. Sobre todo aquel que nos permitirá explicitar la pasividad con que el

Estado de Bienestar peronista constituye a su sujeto social. Esto lo veremos al ver los '70. El proletariado peronista ofrecía “la vida por Perón” *pero no le fue necesario arriesgar la vida ni por una sola de las cosas que el Estado peronista le dio*. El 1° de Mayo —fecha rigurosamente celebrada por el peronismo— se transformó en una *fiesta*. No en una jornada de lucha. No había nada por qué luchar bajo Perón o con Perón. *Perón cumplía*. La clase obrera recibía los frutos de su palabra verdadera.

O sea, en la medida en que se desarrollan las fuerzas de producción capitalistas crece la posibilidad del surgimiento y desarrollo de la conciencia política. Hobsbawm establece una linealidad histórica, muy de cuño marxista, una teleología, un necesario decurso histórico (algo que los posestructuralistas del estilo de Michel Foucault o, antes de él, Heidegger y luego los posmodernos se encargarán de aniquilar prolija y placenteramente). El decurso histórico que plantea Hobsbawm es el que sigue: *Desarrollo de las fuerzas productivas = desarrollo del capitalismo = desarrollo del imperialismo = surgimiento y desarrollo de la conciencia política del proletariado*. Esta conciencia política se estructura del siguiente modo.

ORGANIZACIÓN SINDICAL
Y COOPERATIVA

CLASE OBRERA INDUSTRIAL

ORGANIZACIÓN POLÍTICA

PARTIDO DE MASAS Programa
Ideología

Esta es la *estructura básica* de una clase obrera *autónoma*. No lo fue la peronista porque su Organización sindical y cooperativa fue organizada desde el Estado. También su organización política al reemplazar al Partido Laborista por el Partido Peronista. Su Programa y su Ideología, al ser una clase obrera heterónoma, constituida *desde arriba*, en exterioridad, no son los suyos. Son los de la estructura bonapartista que tiende a la conciliación de clases bajo la tutela del Estado. Esto habría sido el peronismo. Notemos que el análisis es similar al que Marx hace con relación a las colonias. Es la racionalidad europea (encarnada por el desarrollo del capitalismo) la que permite, penetrándolos, que los movimientos pre-políticos traspasen el umbral de la conciencia política. El problema de este esquema es que hace, legalizándolo, del capitalismo una fuerza histórica de “civilización” que, al penetrar a la “barbarie”, hará surgir al moderno proletariado que se liberará a sí mismo y, consigo, a las otras clases. Con estos esquemas se han seguido manejando los marxismos argentinos. Si no los revisáramos, si no los cuestionáramos, nuestra tarea no iría en busca del punto más hondo de la cuestión.

Me permitiré insistir en un punto teóricamente central: ¿estaban los migrantes del '43 capacitados para transformarse en el proletariado revolucionario que diseña Hobsbawm como fruto maduro del desarrollo capitalista? Hobsbawm habla del proletariado británico. Ahí, el capitalismo llevaba siglos de desarrollo. Ahí podía surgir un Marx y escribir —a pedido de la Liga de los Comunistas, en 1848— un *Manifiesto comunista*. Pero los migrantes recién llegaban a la urbe desde el interior rural. Recién salían del mundo feudal y llegaban al ámbito urbano. El que los recibió, el que les habló, el que los respaldó, el que les dio apoyo político fue Perón. Es verdad, los obreros no lucharon por sus conquistas. Se las dio Perón y por eso lo ungieron su líder. Pero todos los otros sujetos de ese país del '43/'45 —y si hacemos, creo que lo hemos hecho, un corte sincrónico de esa estructura, se ve más que claramente— estaban incapacitados para *inteligir*, para *comprender* a los migrantes. Para darles cobertura política. Se los ganó Perón. Que el “pueblo peronista” haya conquistado su identidad como un pueblo más acostumbrado a recibir sus conquistas del Estado benefactor

que a luchar por ellas en contra de un Estado patronal burgués es *indubitablemente* cierto. Y tendrá enorme importancia siempre. Pero el coronel sindicalista no le arruinó la fiesta a nadie. No derrotó a ningún nucleamiento revolucionario, no le restó bases sociales a ningún encuadramiento clasista que tuviera una ideología de reemplazo al capitalismo agrario y ganadero de la oligarquía. ¿O la tenían Codo-villa, Ghioldi o José Peter? No, esperaban órdenes de Stalin. Y Stalin se habría cortado un brazo antes de hacerle a Estados Unidos —su aliado— una revolución comunista en la Argentina. Así, los migrantes sólo lo tuvieron a Perón. De esta forma nació la clase obrera peronista. Con ese nacimiento nacieron —también— sus alcances y sus límites. Que la izquierda peronista ignore en la década del setenta al creer que había ido más allá de ellos. Esos límites habían permanecido. El pueblo peronista buscó siempre el amparo del Estado, la conducción de su líder y —tal como Perón se lo señaló aun en medio de las coyunturas más terribles— sus *espacios de identidad y pertenencia* fueron siempre el trabajo y la casa. La consigna —dirá Perón en las jornadas más terribles del '55— es la de siempre: “De casa al trabajo y del trabajo a casa”. También el 21 de junio de 1973, al día siguiente de la tragedia de Ezeiza, habrá de exigir (dirigiéndose muy claramente a la izquierda peronista): “Es preciso volver a lo que en su hora fue el apogeo de nuestra creación: ‘De casa al trabajo y del trabajo a casa’. Sólo el trabajo podrá redimirnos de los desatinos pasados” (Roberto Baschetti, compilador, *Documentos 1973-1976, De Cándora a la ruptura*, volumen 1, Ediciones de la Campana, La Plata, 1996). Es difícil no verlo. En la historia mundial de la clase obrera esa consigna (que pide a los obreros que solamente vayan al trabajo y luego a sus casas) no permanecerá entre las más revolucionarias. “Todo el poder a los Soviets”, sin ir más lejos, la supera. Pero —más allá de las ironías— la consigna de Perón era la del pueblo peronista, al que Perón conocía muy bien. “De casa al trabajo y del trabajo a casa” expresaba lo que Perón había conseguido para el pueblo y lo que habría de garantizarle siempre: un trabajo digno y una vivienda digna. Hoy, por ejemplo, ése es un ideal imposible. Hoy es impensable la clase obrera peronista porque es impensable el Estado de Bienestar. Un Estado que —entre 1946 y 1955— aumentó la participación de los obreros en el Producto Bruto Nacional un 33%. Para hacerlo hoy habría que hacer una revolución completa, absoluta, sangrienta. Porque desde la caída de Perón las clases hegemónicas lucharon por disminuir esa participación *escandalosa* de la clase obrera en las ganancias del país. Finalmente, para conseguirlo, tuvieron que matar treinta mil personas e instaurar el Estado neoliberal de Martínez de Hoz que Menem y Cavallo llevaron a su más perfecta expresión. Esta historia, como vemos, es complicada. Expresar esta complicación es *exactamente* nuestro propósito. La experiencia del primer peronismo pueda acaso parecerse a la del varguismo, pero aun así es distinta. De lo que difiere por completo es de los procesos de adaptación del proletariado europeo a la economía capitalista. Pretender estudiarla según esos parámetros es condenarse al error. O a la diatriba. O a interpretaciones que hacen de un Perón un demagogo o un hábil manipulador y de los obreros un material virgen, fácilmente manejable por ese astuto “coronel sindicalista” que captó a los obreros para la “causa de la burguesía”. Ni hablemos de la torpeza teórica que implica tomar al marxismo como la ratio occidental que, en la medida en que penetra a los movimientos pre-políticos, los eleva hacia la luz de las verdades del proletariado auténtico. ¿Qué razón es la razón occidental? Es la que condenaron Nietzsche, Freud, Adorno, Horkheimer y Heidegger. Marx creyó que ella llevaría a los obreros a la liberación de los hombres y los llevó hacia nuevas formas de sometimiento. Los socialismos del siglo XX hirieron de muerte esta idea generosa de la historia, pero ella llevaba el germen de la destruc-

ción al haberse incluido en el desarrollo de la racionalidad burguesa poniéndola cabeza abajo. Lenin vio que el desarrollo del capitalismo no encaminaba al surgimiento del “proletariado enterrador de la burguesía” sino al proletariado de las *trade-unions*, de los sindicatos que, en tanto parte del sistema capitalista, sólo deseaban no cambiarlo, sino negociar dentro de éste sus mejoras. Haber “importado” a la Argentina la teleología del *Manifiesto* llevó a malentender el siglo XIX y a ver en el peronismo un movimiento anti-obrero.

OBRERISMO Y CONCIENCIA ANTIPATRONAL

El peronismo no fue anti-obrero. Fue obrerista. No le dio a la clase obrera una conciencia de clase pero sin duda le dio una *conciencia antipatronal*. “Mañana es San Perón! Que trabaje el patrón”, se gritaba a voz en cuello en la Plaza de Mayo. (Nota: Es notable el carácter antipatronal del decálogo que se les entregó a los peones de campo para las elecciones de febrero del '46: “No concurra a ninguna fiesta que inviten los patrones el día 23 (...) Si el patrón de la estancia (como han prometido algunos) cierra la tranquera con candado, ¡rompa el candado o la tranquera o corte el alambrado y pase a cumplir con la Patria! Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro. Si no hay automóviles ni camiones, concurra a votar a pie, a caballo o en cualquier otra forma. Pero no ceda ante nada. Desconfíe de todo: toda seguridad será poca”. Aquí, en este señalamiento al poder embaucador de los patrones (“¡desconfíe de todo!”) está lo irritativo de este primer peronismo. Todo tenía que enfrentarse a semejante actitud. Los Estados Unidos, la oligarquía, la burguesía industrial, los estudiantes cajetillas y el ilustrado grupo *Sur*, con la inefable Victoria, con Georgie y con Bioy, atónitos ante este coronel nazifascista que venía a soliviantarles a los negros. “Amalia, los negros están ensoberbecidos”. Largo es el brazo de esa frase de Mármol. Comprendo a los que se opusieron al primer Perón porque el personaje surgía con un ropaje terrorífico para los que andaban con su corazón y su bandera aliadófila y sus amores por la Francia humillada y las glorias guerreras de Gran Bretaña, la dignidad de su Reina y los rugidos de su magnífico león de la batalla, de la sangre, del sudor y de las lágrimas, el espléndido Churchill. Pero, al margen de sus anteojeas aliadófilas, odiaron a Perón porque odiaban desde los orígenes de la nación a la clase social a la que Perón entregaba poder, desdén, insolencia, irrespetuosidad, altanería ante sus amos: a los negros, la chusma, a los que habían nacido para servir y obedecer. ¿Qué era eso de sublevarlos contra sus naturales patrones?) Y los industriales asistían atónitos a los nuevos hechos que ocurrían, a las desobediencias, a las altanerías, a las bravuconadas de los obreros. Un obrero llevaba una carretilla y le faltaban diez metros para depositar su carga en el lugar de destino. Sonaba la sirena del descanso, del almuerzo o del regreso a casa y el obrero dejaba la carretilla en el punto exacto en que se hallaba. “¡Es el colmo!”, exclamaban furiosos los patrones. “Ni siquiera son capaces de recorrer diez metros más y terminar su tarea. Hacen su trabajo como si nos lo regalaran.” Este era el famoso “odio de clases” que Perón había inculcado. Cuando la señora María Esther Vázquez dice que Perón desarrolló una tarea “demagógica” que llevó al país a “décadas de odio” articula correctamente la visión de la oligarquía. Perón les soliviantó a la negrada. Evita les sublevó a las sirvientas. Y la tarea era “demagógica” porque se aprovechaba de los ignorantes obreros en beneficio de los inconfesables intereses del coronel fascista. Interpretación que en muy poco difiere de la que ha dado la “izquierda” con algo más de sofisticación.

Esa *conciencia antipatronal* fue el más alto punto de conflicto que el peronismo estableció con la oligarquía. Nunca pretendió reemplazarla como clase, expropiarla. No habría

podido, pero tampoco se lo propuso. Una cosa, sin embargo, condicionó la otra. ¿Con qué iba Perón a expropiar a los Bemberg? (Crítica que la izquierda alegremente le hará durante años.) No los expropió, pero los obligó a lidiar con una clase trabajadora insolente, insumisa y delatora. El tema de la delación es constante entre los “demócratas” que critican al peronismo. Claro que había “delación”. Puede estudiarse el fenómeno en la *Amalia* de José Mármol. (Libro, por otra parte, indispensable para entender al peronismo y al país en que vivimos.) El joven romántico Daniel Bello le susurra a Amalia: “Oye, Amalia (...) en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una orden, de un grito, de un momento de malhumor, se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. *Se les ha abierto la puerta a las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mazorca* (...) los negros están ensoberbecidos” (José Mármol, *Amalia*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1967, tomo I, p. 29). Más adelante, María Josefa Ezcurra, dibujada por Mármol como un insecto enorme y maloliente, dirá: “Ahora somos todos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenía que andar dando títulos al que tenía un frac o un sombrero nuevo, porque todos somos federales (...). Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es Federación, ¿no es verdad?” (*Ibid.*, p. 312). Luego, al describir a un federal, descubrirá en su rostro (o en su “fisonomía”): “El repugnante sello de la insolencia plebeya” (*Ibid.*, p. 348). Este odio racial y de clase volveremos a encontrarlo en *La fiesta del monstruo* de Borges y Bioy, una reescritura de *El matadero*. Retornemos a la delación. Se acrecentó en las postrimerías del gobierno de Perón con los desdichados “jefes de manzana”, medida torpe, sin duda fascista, que ponía al barrio en manos de un capataz arbitrario. Penoso. Pero hubo un miedo muy anterior a ése. En mi casa, que estaba en Belgrano R, en Echeverría y Estomba, en diagonal a la iglesia San Patricio, y que fue, para mí, niño de los “años privilegiados”, el hogar más cálido que jamás haya tenido, había una joven de nombre Rosario. Rosario era lo que se llamaba “la sirvienta”. Era muy buena. Era la cocinera. Otra señora se encargaba de la limpieza. Mi vieja, que recuerde, limitaba su laboriosidad a indicarles sus tareas. Mi viejo era médico pero había largado la medicina (jamás sabré bien por qué) y ahora tenía una fábrica de metales, mediana, nada del otro mundo, pero próspera. Bien, voy a esto: el 26 de julio de 1952 se muere Evita. Rosario estaba en la cocina. Dan la noticia por la radio. Rosario se pone a llorar. Yo estaba jugando a no sé qué juego de la época en el comedor. Creo que armaba un *Mecano* o asaltaba un fuerte con unos soldaditos. Mi madre andaba por ahí. De pronto, no sé por qué alternativa del juego, yo me largo a reír. Y se oye la voz de Rosario: “Que no se ría. ¡Que no le falte el respeto a la señora!”. Mi madre me pegó un mamporro durísimo y, en voz baja pero imperativa, dijo: “¡Callate!”. Salió corriendo para la cocina. Me acerqué, paré la oreja y escuché el diálogo. Rosario lloraba y a la vez decía: “Su hijo se está riendo, señora. Evita se murió y él se ríe. Se está burlando”. Mi madre, con miedo, trataba de calmarla: “Es un chico, Rosario. Está con sus juguetes. No sabe lo que pasa”. La “patrona” tenía que darle explicaciones a la “sirvienta”. Eso era nuevo en el país. El miedo de las clases poseedoras se acentuó con los jefes de manzana. (El de mi barrio resultó un buen tipo que nos ayudaba a remontar barriletes y hasta se prendió en un partido de fútbol en el potrero de la vieja iglesia, porque aún no habían construido la nueva. Que es, sí, la iglesia en que mataron a los curas palotinos. Ni el barrio de tu infancia te dejaron sin sangre los militares de Videla, impecables servidores de la oligarquía y de los grupos financieros que tiraron a Perón. Ya veremos mejor todo esto.) Pero había rituales que cumplir. En la fábrica del viejo (yo, a

veces, iba de excursión, a curiosear un poco) recuerdo las fotos de Perón y de Evita. Y mi viejo no era peronista. Pero esas fotos eran obligatorias. Y algo inolvidable. Esto sí fue el miedo. Era el 31 de agosto de 1955. Con tres amiguitos jugábamos al *Estanciero* en la mesa del comedor. Un poco más allá, sentados en los sillones, mis padres y mi hermano mayor escuchaban el discurso de Perón. Fue ése en que dijo que un peronista podía matar a otro que no fuera peronista ahí donde lo encontrara. Y que por cada uno de los nuestros que caiga caerán cinco de ellos. Terminó el discurso y mi padre nos reunió a todos alrededor de la mesa. Yo no entendía mucho, pero entendía que algo grave había sucedido porque papá estaba muy serio, preocupado. Por fin dijo una frase que nunca olvidé: “Escuchen bien: a partir de hoy somos todos peronistas”. Desde ese día todos tuvimos miedo. Pero no sólo por lo que Perón había dicho. Por los otros, por sus enemigos también. Habían bombardeado la Plaza de Mayo. Ese día, papá tardó mucho en volver. Siempre que regresaba del centro tomaba el 76 en Chacarita y llegaba, por avenida Forest, hasta Echeverría. Ahí se bajaba y caminaba una cuadra hasta casa. El 16 de junio de 1955 me senté en el cordón de la vereda de Avda. Forest y Echeverría y lo esperé durante horas. Tenía doce años. Y ya no era un niño de esa “patria de la felicidad” que pinta Daniel Santoro.

EL TECNICOLOR DE LOS DÍAS GLORIOSOS

Sigamos con Peña. Sostiene la tesis de la revolución que Perón hizo abortar desde la Secretaría de Trabajo y que, fatalmente, se habría producido si el joven proletariado hubiera tenido que luchar por ellas, arrancárselas al Estado burgués, en lugar de recibirlas de éste como una dádiva, como un beneficio de un Estado al que nosotros (no Peña) llamamos “benefactor” para unirlo a la imagen keynesiana, dado que sostenemos que Perón fue un militar keynesiano y que ese keynesianismo hizo lo mejor que se podía hacer en ese momento por los obreros *pero* los modeló con una —digamos— materia prima que les habría de quitar combatividad. Lo veremos en las *Charlas de Mordisquito* de Discépolo. Con su frescura, su talento, el poeta le dirá a su adversario *Mordisquito*, en quien había dibujado al perfecto *contrera* de la época, que el peronismo estaba ganado una



guerra y la ganaba para él, porque también él, el contrera, ganaba esa guerra: “Y la estás ganando mientras vas al cine, comés cuatro veces al día y sentís el ruido alegre y ruididor que hace el metabolismo de todos los tuyos. *Porque es la primera vez que la guerra la hacen cincuenta personas mientras dieciséis millones duermen tranquilos porque tienen trabajo y encuentran respeto*” (Las cursivas me pertenecen). Y más adelante estampa una frase fenomenal, en la que resume lo que muchos sentían, lo que era cierto para la mayoría de los humildes: “Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos”. Si se quiere captar la esencia más honda de este texto no hay que pronunciar tecnicolor. Menos todavía (como todos saben hoy) technicolor. No: Discépolo decía “tecnicolor”. Así se decía en esos años. Nadie “traducía” nada. Las palabras exóticas se pronunciaban como las decía el pueblo. “Firestone”. “Colgate”. ¡Coca Cola y no Coke! No había Citiphone Banking por ejemplo. ¿Qué era eso? La Farmacia era la Farmacia y hasta la Botica. Pero no Pharmacy. No Open 24 hs. En fin, esto ya se sabe. Discépolo y el peronismo de los cincuenta no estaban globalizados. Pero los textos del vate de la tristeza de los ’30 tornado optimista irredento en los ’50 (en una radio en que *nadie* podía contestarle, algo que Discépolo debió medir) son trágicos: expresan la *pasividad* del pueblo peronista. La “guerra” la hacen cincuenta personas: el Gobierno, desde luego. Y, en tanto esas cincuenta personas hacen la guerra, dieciséis millones duermen tranquilos. Pocas veces se expresó más clara y drásticamente la diferenciación entre un Gobierno y un pueblo que en algún momento acaso debiera defenderlo, ya que tan suyo era. El pueblo “duerme tranquilo” porque “tiene trabajo y encuentra respeto”. ¡Duerme tranquilo! ¿Ese era el “pueblo peronista” al que la JP salió a pedirle la revolución en los setenta? Y no digo esto para validar el foquismo de la guerrilla. No: si tenés ese pueblo te adaptás a él. Te das una política que contemple esos factores. Precisamente las condiciones de posibilidad de constitución de la entidad “pueblo peronista” se ignoró por completo. Se creyó que las masas eran revolucionarias porque iban a la plaza a gritar “la vida por Perón”. Era una frase retórica. Nada las había preparado para “dar la vida por Perón”. Si esta frase se hubiera tomado en serio la formación de cuadros del peronismo debió apuntar a lo que tardíamente intentó Evita: *las milicias populares*. Hubo atisbos. Hubo barricadas obreras durante el golpe de Menéndez en el ’51. Pero fueron atisbos, excepciones. El “pueblo peronista” fue un pueblo feliz. De aquí que esa frase de Discépolo tenga tan elevado valor teórico: “*Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos*”. He visto un bello film (tan hondo, tan bello que habré de retornar sobre él) que lleva por título *Pulqui, un instante en la patria de la felicidad*. Es la cosmovisión que del peronismo tiene el notable (o más que notable) artista plástico Daniel Santoro. El peronismo fue la “felicidad”. Fue una etapa de plenitud. Esa temporalidad que también se describe en el *Martín Fierro*, en la que el gaucho tiene casa, prienda y hacienda. Como estamos empezando esta enorme saga, este *gran relato* que es el peronismo nos podemos plantear provisoriamente estas cuestiones que irán logrando densidad (tragedia, sangre, dolor, cadáveres) a medida que ahondemos en ellas. Pero verlas desde ahora nos permite saber hacia dónde vamos y proponer a la reflexión temáticas que necesariamente habrán de desvelarnos, sorprendernos o paralizarnos por la angustia y la visión intolerable del horror. Los días gloriosos del tecnicolor terminaron. Ese proletariado peronista no estaba listo para la guerra que le hicieron. Pero, hagamos la pregunta: esos migrantes, ese proletariado joven, esos muchachos y chicas de piel oscura que tenían por primera vez casa, trabajo, vacaciones y hasta orgullo, ¿no tenían derecho a vivir esa etapa antes de pasar a la otra, a la que no pasaron, a la de la combatividad para defender lo que el Estado les había concedido? Y otra más: ¿se habría puesto Perón al frente de una revolución o de una insurrección popular? ¿Habría vencido al hombre de orden, al militar que siempre latía en él, al soldado que se había educado en la disciplina, en el respeto al orden, en el odio a la anarquía?

CONSTRUCCIÓN DE PODER Y NUEVO SUJETO POLÍTICO

Creemos que no. Creemos, también, que esto no lo condena. No era un líder revolucionario. No quería darles el poder a los obreros. Quería, sí (y esto era una dura blasfemia en la Argentina que lo recibió en el ’45), que los obreros fueran parte del poder. Gobernó, incluso, para ellos. Les dio lo que nadie les había dado. Y lo que nadie les habría dado si no hubiera aparecido él, con su esquema de *construcción de poder* ligado a beneficiar a los pobres, a darles todos los derechos que les dio y que tanto odio despertaron. Hubo dos errores ante este hecho: 1) El de las concepciones clasistas (tipo Milcíades Peña) que le reprochan preservar el “orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista” (*Ibid.*, p. 71). 2) El de la izquierda peronista que creyó que ese “pueblo peronista” pelearía por el socialismo, algo que le era totalmente ajeno. Además —y esto se olvida con excesiva frecuencia— ¿alguien imagina a Perón y a la clase obrera argentina derrotando al orden burgués y a la propiedad privada capitalista en 1945/46/47 cuando Estados Unidos ya había salido de la guerra? ¿Qué piensan que habrían hecho los Estados Unidos? Tenían ya elaborada la doctrina de la lucha contra el nazismo. La Argentina —sostuvieron siempre— era una cueva de nazis. Poco les habría costado esgrimir este aspecto de la cuestión para intervenir directa o —sobre todo— indirectamente armando a quien hubiera que armar, respaldando con dinero o con una acción diplomática feroz a los sectores oligárquicos, conservadores, radicales y comunistas que se habrían alzado ante una revolución nazifascista en la Argentina. Ni hablar del aislamiento diplomático que tal intentona habría padecido. No sólo por parte de Estados Unidos, sino por parte de todo el mundo “libre”. ¿Una revolución encabezada por un coronel “filonazi” en 1946? Esto es trabajar en el aire. El primer peronismo hizo lo que hizo. Su jefe era un coronel. Raro que un coronel encabece una revolución proletaria. Pero fue el único que vio al *nuevo sujeto* de la Argentina de los cuarenta. En efecto: verticalmente, desde el Estado les dio todos los beneficios que tuvieron. Así consolidó su poder y convocó el amor de esa clase. Creó los sindicatos. A esos sindicatos (por ausencia de experiencia sindical) fueron los migrantes y no a los sindicatos socialistas que no tenían figuras con carisma ni discurso adecuado para captarlos. De modo que habrá que poner entre paréntesis si fue por “inexperiencia sindical” que no fueron a los viejos sindicatos (lo que carga la responsabilidad en los obreros jóvenes) o por la falta de lenguaje, por el stalinismo y la ausencia total de figuras nuevas, al tono con los nuevos tiempos de los sindicatos tradicionales (lo que les carga la responsabilidad a los viejos socialistas). Transformó al Partido Laborista en Partido Peronista. El coronel era autoritario. Le gustaba concentrar poder. El Partido Laborista no era una creación suya, su héroe era Cipriano Reyes, al que castigó luego duramente. (*Nota*: El destino de este buen cuadro sindical fue particularmente penoso. No hubo golpe de Estado antiperonista que no lo utilizara. La Libertadora lo llevaba por las fábricas para que mostrara a los obreros cómo la policía peronista lo había castrado. También lo usó Onganía y también Lanusse. Y hasta Alfonsín. En 1983, la revista *Superhumor* sacó otra triste nota a Cipriano titulada: “La picana no la inventó el Proceso”. Era parte de la campaña radical que optaba por aliviar las culpas de la dictadura con tal de atacar electoralmente al peronismo. Ahí, en esa nota, un viejo Cipriano Reyes —que sólo en estas coyunturas volvía a cobrar una notoriedad que sin duda algún dolor le mitigaba— cumplía una vez más con narrar cómo había sido torturado por la policía peronista. Ahora su relato se ponía al servicio de la campaña de Alfonsín. Todo muy triste. Sin duda, el peronismo lo torturó. Pero el uso que hicieron de él fue lastimoso.) No podía tolerarlo: debía ser peronista. Fue una modalidad del régimen. Dado que, a no dudarlo, se trató de un régimen. Las libertades democráticas fueron erosionadas. Los diarios

opositores acallados. *La Prensa* —que era el órgano de la vieja, rancia, rencorosa, desbordante de odio clasista, oligarquía, eso que los muchachos de los setenta llamaban, muy expresivamente convengamos, “la puta oligarquía”— fue cerrada y expropiada. Una medida, qué duda cabe, profundamente antidemocrática, pero que cualquier revolucionario de izquierda habría tomado a lo sumo antes de la media hora de tomar el gobierno. La policía peronista no era amable con esta gente. El 20 de agosto de 1945 la policía allanó el local de la Sociedad Rural. La noticia produjo espasmos entre los redactores de *La Prensa* que dieron la noticia entre el estupor y la indignación ante este manotazo fascista. “Desde 1930 (escribe Milcíades Peña con tono gozoso), los gobernantes conservadores, criaturas incubadas en la Sociedad Rural y el Jockey Club, habían hecho la apoteosis del sable policial, y ahora el sable policial mandaba sobre ellos. Habían perseguido a la prensa opositora, y ahora era perseguida su propia prensa. Sometieron a las asambleas populares a la vigilancia de la policía; (ahora) sus salones se hallaban bajo la vigilancia de la policía. Decretaron el estado de sitio, y el estado de sitio se decretaba contra ellos (...). Habían sofocado todo movimiento de la clase obrera mediante el poder del Estado; el poder del Estado sofocaba todos los movimientos de su sociedad. Se habían rebelado, llevados por el poder de su bolsa, contra los políticos yrigoyenistas; sus políticos fueron apartados de en medio y su bolsa se veía saqueada” (*Ibid.*, p. 76). No pocos problemas les traía el peronismo a la Sociedad Rural y al Jockey Club pese a la condición militar de Perón y a esa clase obrera cuyo rostro el Estado burgués bonapartista había diseñado. De aquí el odio sin límites que aflorará en las jornadas de junio y septiembre de 1955. La izquierda, entre tanto, todos esos dirigentes “socialistas” que figuran en el *Diccionario* de Horacio Tarcus (¡hasta Federico Pinedo figura!), festejaba, en la palabra de Rodolfo Ghioldi, la reorganización del Partido Conservador. Con estos “dirigentes” se iba a llevar a cabo la “revolución” que el peronismo frenó o controló. No hay que perder más tiempo: con el primer peronismo el joven proletariado argentino gana su dignidad, sus derechos, su ideología antipatronal y el sentido de ser parte de la nación con el mismo derecho con que lo eran quienes habían sido sus dueños “naturales”. Ya no lo eran. Un obrero valía tanto como un oligarca. Y hasta valía más. Porque el obrero tenía al Estado de su parte. Ese Estado era *su* Estado. Un obrero, además, la tenía a Evita. Aún no hemos hablado de ella porque le dedicaremos el espacio que merece, que requiere para que el peronismo pueda ser explicado. Sin Evita, el peronismo no se entiende. Evita es la que rompe con todos esos esquemas fáciles de ver en el peronismo una mecánica traslación del fascismo italiano. No es que no fuera autoritaria. *Era más autoritaria que Perón*. Ella habría fusilado a Menéndez. Ocurre que era una mujer. Una actriz. Que Perón comete el más transgresor de sus actos (acaso el único verdaderamente “revolucionario”) al “meterse” con ella. Llevarla al Palco del Colón. Refregarla en la nariz fruncida de la oligarquía. De los militares machistas. Ni Clara Petacci ni Eva Braun (por darles el gusto a los que quieren que hablemos de las mujeres de los dictadores nazifascistas) hicieron política. Fueron figuras de salón o de dormitorio. Eva fue un cuadro político de excepción y Perón no le puso frenos. Eva fue amada por los humildes como nadie en esta tierra. Como ninguno de los grandes machos de la Argentina. Ni como Rosas, ni como Facundo, ni como Sarmiento, ni como Yrigoyen, ni como Perón. Nadie fue tan amada por el pueblo, nadie fue tan odiada por la oligarquía. Ese hecho —indiscutido— tuvo raíces profundas, motivos racionales, emocionales y hasta religiosos. Pero —no vamos a negarlo *justamente* en este texto— que la oligarquía la haya odiado (¡hasta el punto de escribir “Viva el cáncer” en tanto agonizaba, en tanto se moría sufriendo!) y que el pueblo la haya amado es un atributo, un privilegio que ningún político combativo o contestatario ha tenido tan honda, tan soberanamente, en este país.

PROXIMO
DOMINGO

La caída de Perón

IV Domingo 23 de diciembre de 2007

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

6 La caída de Perón



Sabemos que las narraciones no tienen por qué ser lineales. Al contrario, el quiebre de la linealidad otorga prestigio a tantas narraciones que sobran los escritores que creen recibirse de genios por medio de ese mero artilugio que ya Walter Benjamin reclamaba en sus *Tesis sobre filosofía de la historia* (1940). Y que aún antes de esa fecha varios escritores habían impulsado. Pero los ensayos suelen ser lineales. ¿Para qué ser lineales con el peronismo? No estamos haciendo su historia. Ni su historia política, ni su historia social, ni su historia económica. Estamos haciendo su filosofía política. Estamos tratando de pensarlo. Pongamos, entonces, que por el momento me he hartado de Milcíades Peña y (sin abandonarlo) incursiono en otros autores. Cada uno de ellos ha dado su visión sobre el peronismo. ¿Dónde está la verdad? ¡Ah, la verdad! Ese sí que es un tema. El que crea tenerla no sabe qué es la verdad. *La verdad no es*. Establecer la verdad sobre algo sería matarlo, cosificarlo, darle un sentido definitivo entre los infinitos sentidos que sin duda tiene. El 17 de octubre hubo gente en la calle y al final de la jornada un coronel de nombre Perón dio un discurso a una multitud reunida en la Plaza de Mayo. ¿Esto es una verdad? No, esto es un hecho. Una verdad *no es* un hecho. Célebrenmente —en una de esas *frases martillo* que tantas cabezas reventara— Friedrich Nietzsche dijo: *No hay hechos, hay interpretaciones*. Iba a escribir, irónicamente por cierto: “Nietzsche se despertó una mañana y dijo”. Me habría referido a esa modalidad antisistemática de su pensamiento. Nietzsche es el pensador menos sistemático de la historia de la filosofía. Pero esa frase vale oro: *No hay hechos, hay interpretaciones*. Todos sabemos más o menos qué ocurrió el 17 de octubre. Sabemos los hechos. Pero, ¿qué interpretación les damos? El pensamiento es la lucha de las interpretaciones. Las verdades colisionan. No hay verdades inocentes. Las verdades representan intereses. La verdad es la cristalización de la interpretación. Su estatuto en tanto sistema. Pero el hecho es mudo. El hecho no dice nada o dice lo apenas elemental. El mero punto de partida. Ahí empieza esa tarea que llamamos hermenéutica. Ahí empieza la lucha de las interpretaciones. De aquí que deje por el momento a Milcíades y me concentre en otros autores. Busco lo diferente, lo alternativo, lo contradictorio. Digo: atención, veamos el espectáculo de la diferencia. Por ejemplo: Milton Eisenhower llega a la Argentina de Perón. Para todos —para la mayoría— viene a integrar al peronismo al sistema económico del capitalismo de libre empresa norteamericano. ¡Perón se traiciona!, gritan alborozados señores que luego apoyarán gobiernos pro norteamericanos hasta la náusea. Pero no importa. Perón había jurado que se cortaría un brazo antes de pedir un crédito a un banco extranjero. La llegada de Milton Eisenhower es la desmentida de esa afirmación. Sin embargo, Juan José Hernández Arregui afirmará: “EE.UU. ensayó el recurso de bloquear económicamente a la Argentina hasta que no tuvo más remedio que ‘capitular’ mandando a Milton Eisenhower” (Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Hachea, Buenos Aires, 1970, p. 415). Hernández Arregui hizo aquí un uso extremo de la hermenéutica. No hay hechos, hay interpretaciones. Pero esto no significa que se pueda interpretar cualquier cosa. Hay interpretaciones que se vuelven contra el interpretador. Decir que Milton Eisenhower vino a “capitular” es tener una fe a toda prueba sobre un peronismo que, en ese momento, empezaba a exhibir aristas de cansancio, de cambio de rumbo, de negociaciones con sus enemigos. Pero Hernández Arregui lo dijo. Ya veremos a Peña señalar en la visita del señor Eisenhower la otra cara de la moneda: la claudicación del régimen. Algo que tampoco es así. Estas cuestiones —en algún aspecto— benefician a Perón. Porque luego de su caída el país se suma al Fondo Monetario Internacional. Los “Milton Eisenhower” llegan en manadas a dar “instrucciones”. Y en cuanto al Contrato con la petrolera California (que fue un caballito de lucha de la oposición), ¿cuántos contratos decididamente

peores se hicieron a partir de su caída? Hasta el “héroe” de la defensa de nuestro petróleo ante la “entrega” del peronismo, Arturo Frondizi (que había escrito como parte de esa lucha un célebre libro, *Petróleo y política*), suscribió durante su malhadada presidencia concesiones petroleras que lo entregaron al escándalo y a la melancolía de la clase ilustrada que lo apoyó creyendo ver en él al político brillante que enterraría al “populismo” peronista. En suma, eso que durante el gobierno peronista era *escandaloso* fue natural durante los gobiernos que lo sucedieron. Que el Contrato con la California desatara un escándalo bajo el peronismo revela la existencia de un gobierno que cuidaba los recursos primarios, la existencia del artículo 40 de la Constitución del ’49. Luego, esos contratos se firmaron a espaldas de todo el mundo, sin debates, casi sin resistencias. Frondizi es el mayor exponente de este engaño, de esta palabra que se ofreció y fue luego burlada. (Nota: ¿Cuántos dolores han causado en este país a los sufridos intelectuales sus adhesiones generosas a políticos en los que creyeron! Digámoslo sin vueltas: habrían merecido mejor gente. La generación de *Contorno* habría merecido algo mejor que al sinuoso Frondizi. Los jóvenes peronistas del ’70 no merecieron al Perón que se vino con Isabel y el matarife de López Rega, al Perón que lo puso a Alberto Villar (sinistro agente de contrainsurgencia formado por la OAS y la Escuela de las Américas) al frente de la Policía Federal, ni al Perón que se les burló en la cara diciéndoles que era “un buen policía” como si no supiera quién era, como si no tuviera su foja de servicios, el listado completo, implacable de sus hazañas de “matazurdos”. ¡Es un buen policía! Los tiempos de Frondizi y los muchachos de *Contorno* son —de todos modos— tiempos idílicos o no de barbarie, no de muerte, al lado de los tiempos de Perón y los jóvenes peronistas. Porque sería muy unilineal referirse sólo a los desatinos o a las francas aberraciones de Perón para entender una época que no nos entregaría algo de su inteligibilidad si no incluyéramos en ella las aberraciones de la izquierda peronista. Tampoco Perón ni la ciudadanía argentina (que acababa de elegirlo democráticamente con el 62% de los votos y esperaba un futuro menos macabro) se merecían el alevoso asesinato de José Ignacio Rucci con veinticuatro balazos, en el perfecto estilo de la Triple A. “Fuimos nosotros.” “Fue la orga.” “Fue la M.” “Fue una apretada al Viejo.” “Hay que poner el mejor fiambre en la mesa de negociaciones.” ¡Cuánta locura! Una pregunta incómoda que recién responderemos mucho más adelante: luego del asesinato de Rucci, quienes tenían acceso a la conducción de Montoneros, ¿no sospecharon en manos de quiénes estaban? Porque nosotros —los tipos de superficie— no le habíamos visto la cara a esa conducción. En el acto de Atlanta lo vimos a Firmenich dar un discurso. Pero de lo de Rucci nos enteramos por la increíble frase: “Fuimos nosotros”. Recuerdo mi estupor: “¿Nosotros?”. Y el de un par de compañeros. Uno sobre todo. Dijo lo que todos queríamos decir: “Disculpen, pero yo no maté a Rucci. Así que ese ‘Fuimos nosotros’ que la Orga se lo meta en el culo. Yo no fui”. Bonasso cuenta que Firmenich explica: “Oficialmente que Rucci fue ejecutado por la Organización. Lo explica en términos estratégicos: la lucha contra el vandomismo como aliado del imperialismo en el movimiento obrero y su responsabilidad personal en la masacre de Ezeiza. No estoy de acuerdo y lo digo. Rucci era un burócrata fascista y su gente torturó compañeros en Ezeiza, pero su asesinato es una abierta provocación a Juan Perón”. Debí agregar: y a todos los que fueron a votar por un país que en medio de ese desastre trataba de buscar un camino democrático y acababa de lograrlo. Sigue Bonasso: “El Pepe recién se impacienta cuando argumento que una organización revolucionaria no puede producir un ajusticiamiento sin asumirlo públicamente, porque si no, equipara sus acciones a las de un servicio de inteligencia. *La frase, me parece, conspira contra mis posibilidades de ascenso*” (Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, Planeta, Buenos Aires, 2000, pp. 141/142. Cursivas mías). Se trata de un texto

notable. Bonasso ve todo con claridad: la Orga actúa como un servicio de inteligencia. Sin embargo, ¿decide seguir en ella y lamenta que ese señalamiento fundamental que hizo conspirar contra sus posibilidades de ascenso! A ver, ensayemos una expresividad inusual. Bonasso, yo te conozco, vos me conocés. Sos un tipo bárbaro. Seguí peleando, no te quebraste, estás en causas valiosas para el país. Escribiste libros importantes. Con perdón, seré franco (para eso es la amistad y el respeto hacia vos): ¿tanto te sedujo, te engañó, te encegueció ese conductor de esa Orga que, según vos veías con claridad, actuaba como un servicio de inteligencia? ¿Por qué mierda tantos tipos valiosos como vos, Gelman, Urondo, ¡¡¡Walsh!!!, se comieron la conducción de Firmenich? Ahí hay un punto negro. ¿Por qué se comieron a Galimberti? Perón no se equivocaba cuando decía que el problema estaba en el horizonte directivo. No sé si —de haber dado un paso al costado ese “horizonte directivo”— habría integrado a los militantes de la JP porque nadie puede saber nada de esa época sangrienta e incierta, a veces impenetrable. Pero ustedes, que los veían, ¿estaban ciegos? ¿No les bastó con el asesinato de Rucci? ¿No advirtieron el delirio? ¿Quiénes eran? ¿Los marineros del capitán Ahab, fascinados, como ellos, por la locura del jefe? (Subnota: en cuanto a los que hacen circular por la Red repulsas o juntan firmas por mis críticas a la conducción de Montoneros no se molesten más por ahora. Esperen: ni siquiera empecé con Firmenich.)

HERNÁNDEZ ARREGUI, MILTON EISENHOWER VIENE A RENDIRSE

Vamos a ocuparnos —no extensamente— de Hernández Arregui, Murmis y Portantiero y Tulio Halperin Donghi. No necesito aclarar ciertas cosas a esta altura. No haré una exposición “pedagógica” de sus textos. Andaremos un poco alrededor de ellos y veremos qué pueden decirnos de nuevo o qué reflexiones nos pueden provocar. Son bien distintos: Hernández Arregui es un más que convencido peronista. Murmis y Portantiero buscan la precisión académica. Y Halperin Donghi es inefable, qué les puedo decir. Sus libros son apuntes algo elementales, las memorias de un gorila sarcástico, lleno de arbitrariedades, de olvidos. Y pasa por ser el mejor historiador argentino. Ya veremos cómo ha logrado esto. Siempre es atrayente revisar un texto suyo pues tiene ligereza, entretiene y es tan alta la autoestima del personaje que sus líneas, cree él (y uno se divierte observándolo ejercer esta creencia), son la mismísima, incuestionable, verdad de la historia.

Juan José Hernández Arregui fue un símbolo de los ’70. Era parte de la llamada “corriente nacional”. Algo heterogénea: Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, José María Rosa, Fermín Chávez, Arturo Jauretche y el mencionado Arregui. *La formación de la conciencia nacional* tardó en reeditarse. Aparecía en fascículos de los centros de estudiantes. Por fin, un luminoso día, aparece. Helo aquí: *La formación de la conciencia nacional*! Si los jóvenes de los ’70 querían ser peronistas el libro les contaba la historia que necesitaban. Se agotó en días o, a lo sumo, en una semana. Un best-seller revolucionario. Todos lo leían. Todos lo comentaban. Hernández Arregui era un buen tipo. Le pusieron una bomba. Hirieron mal a su mujer, él se salvó. (Esto fue antes del ’73.) Y se murió, como Jauretche, en el ’74. Alguna generosa mano divina los salvó a los dos. De lo contrario, eran boleta o se tenían que ir en menos de tres horas del país. Bien, Hernández Arregui respondía todos los cuestionamientos que la derecha o la izquierda le hacían al peronismo. Era fundamental para la militancia. ¿Cómo era la cosa? Por ejemplo, en un barrio a un militante le decían: “El peronismo no impulsó la industria pesada. Eso acentuó la dependencia del país”. El militante tenía dos libros. Uno, el de Hernández Arregui. Y otro —muy usado— el de dos personajes de la época que se perdieron en la noche de los tiempos o en alguna empresa multinacional (la Coca Cola según parece, ¡qué destinos hay en este país!). Este libro se llamaba *Peronismo* y no recuerdo qué cosa más. Sus autores eran Fernan-

do Alvarez (hermano de Chacho, si no me equivoco y creo que no) y Juan Pablo Franco, bajito, con anteojos, muy inteligente, vanidoso. Era el *Manual de respuestas del buen militante JP*. Si de la industria pesada venía la mano, el militante buscaba y ahí estaba la cosa y así con todo. ¿Crisis agraria? ¿Que la crisis agraria demostró la debilidad de la economía peronista? Arregui escribía: “Y la ‘profunda crisis agraria’ lo fue tanto que una sequía natural sin precedentes de dos años, no logró disminuir el nivel de vida del pueblo argentino” (*Ibid.*, p. 399). Juan José Hernández Arregui es un Discépolo del ensayo. Se me permitirá una cita extensa. Pero quiero que se vea el entusiasmo discepoliano de sus textos. Alguno, por ahí, se identifica con ellos. Otro los encontrará excesivos. Otro los va a odiar. Pero tienen una transparencia en su fervor que acaso traspasan tanto como una pintura de Daniel Santoro. “Ese pueblo, en los dos primeros años del gobierno de Perón, vaciaba los almacenes, las carnicerías, las rotiserías. Ese pueblo no ahorra. La razón era sencilla. Tenía hambre. Bien pronto comenzaría a comprar la casita, el aparato de radio, la heladera” (*Ibid.*, p. 405). En esta memoria colectiva, en este inconsciente perseverante, en esta inercia histórica, en esta memoria que nadie logró borrar, se entiende la persistencia del peronismo. Sus triunfos electorales. El pobre mete la boleta del peronismo en la urna y siempre espera que algo de lo que de allí surgió una vez, durante los años dorados, vuelva a surgir. Sigue Arregui: “Durante la ‘década infame’ (...) Los mendigos pululaban en las calles de Buenos Aires. En las escalinatas del subterráneo, mujeres jóvenes y desaharrapadas imploraban la caridad pública con el tético muestrario de sus criaturas hambrientas. En el interior se robaban de noche las gallinas para comer. Los empleados de comercio llegaban a la vejez sin jubilaciones, los obreros eran vejados o desatendidos por los organismos del trabajo (...). En la Argentina sólo veraneaban las clases pudientes. *Todo esto terminó en 1946*. La vida de los argentinos se modificó. Semejante cambio trajo sus trastornos. Los cines llenos, los estadios llenos, las confiterías llenas. Los comercios, hasta entonces desiertos, no daban abasto. Se desatendía al público y los empleados se mostraban insolentes. Pero el público podía comprar. Se viajaba con dificultades. Pero los lugares de veraneo estaban abarrotados. Las clases privilegiadas protestaban. *Pero las capas bajas de la población conocieron derechos a la vida que les habían sido negados bajo el inexorable dominio material y político de la oligarquía* (...). La Argentina ofrecía el más alto nivel de vida de América Latina y uno de los más altos del mundo. El Estado financió espectáculos de cultura popular durante una década, como los mundialmente famosos conciertos de la Facultad de Derecho, con los mejores directores del orbe y enteramente gratuitos. (Algo totalmente cierto, JPF.). El Teatro Colón, tradicional lugar de la oligarquía, fue abierto a los sindicatos obreros. Este efectivo elevamiento de la vida material y cultural de la población argentina tenía una base real. A saber, una política nacional en gran escala que por primera vez se ensayaba en la Argentina” (*Ibid.*, pp. 405/406. Cursivas nuestras.)

Lo del Teatro Colón no tiene desperdicio. Se sabe que los conchetos de este país (personajes pasionalmente aliados al ridículo) no dicen “ir al Colón” sino “ir a Colón”. Bien, ahora tenían que “ir a Colón” a escuchar, no a Beniamino Gigli o a Toscanini, sino a “Marianito” Mores. Que, como era muy jovencito, no era aún “Mariano”. Desde luego, no iban. Que fuera la grasada, ellos no se iban a mezclar con esa gente. Pero, con Perón, Marianito Mores mete su orquesta sinfónica de tango en el Primer Coliseo. Mores es un gran compositor de tangos, ojo. Ha trabajado con Discépolo. Escribió *Uno*, *Una lágrima tuya*, *Cafetín de Buenos Aires*, *Cuartito azul*, *El patio de la morocha*, *El firulete*, *Adiós*, *Grisel*, *Adiós pampa mía*, *Tanguera* (obra maestra instrumental que incluye un tema de Schubert y que fue parte destacada de la película *Moulin rouge*, bailada por Nicole Kidman.). Y una joya, una obra maestra del ritmo, de la lujuria pianística, del lucimiento milonguero:

Taquito militar. Que estaba dedicado (algo que Marianito, que no sufrió como Hugo Del carril, supo tachar no bien se vino la Libertadora) a Franklin Lucero, jefe de Estado Mayor del Ejército del General Perón. Además actuó con intensidad en el cine peronista. Como las Legrand. Y ahí fue nomás: a injuriar al Colón. Horror, espanto, vergüenza. La chusma nos ocupa nuestros santuarios. Para colmo, Marianito les toca *Taquito militar*, dedicado a Lucero. Y hasta se manda con uno de esos horrorosos mamarrachos sinfónicos a lo Rachmaninoff: *Poema en tango*. En fin, después, ya viejo, con ese peluquín escarlata que se ponen los tangueros (Salgán, conmovedor, se pinta el bigote que ya no le crece: no deja de ser un artista sublime por eso), Marianito habrá de tocar para casi todos los gobiernos. Lo recuerdo en una de esas fiestas de Punta del Este con Menem, Geraldine Chaplin y Catherine Deneuve. Marianito acaba de tocar y saluda a Menem con una inclinación veloz y algo impersonal. Debe haber cobrado un vagón de guita.

Y dice Arregui: “Cualquiera sea el juicio sobre el régimen de Perón, los hechos están allí” (*Ibid.*, p. 408). No tenían ninguna duda: los hechos lo avalaban. ¿Quién podía discutir esos hechos? ¿Milciades Peña? Pero, ¿qué era esa charlatanería sobre la conciencia de clase, las conquistas autónomas de la clase obrera y las que el Estado le entregaba sin que luchara? ¿Para que iba a luchar? Era feliz. Era la patria del bienestar. La patria en el pueblo tenía lo que nunca había tenido. Lo que siempre se le había negado. El “chamamé de la buena digestión”, como dirá Discépolo. Y entonces lo de Milton Eisenhower: vino a “capitular” al país de la abundancia. ¿Quién nos iba a gobernar de afuera si aquí estaban Perón y las masas? Y la izquierda, ¿la izquierda? Rodolfo Ghioldi, en 1957, declara orgulloso en *La Nación* que un abuelo suyo había visto al general Mitre. Caramba, qué orgullo, qué se le puede pedir a la vida después de eso. Arregui no es mezquino en cifras. Se le podrán refutar, pero habrá que tomarse el trabajo. Sus cifras son fuertes, aplastantes, las cifras de la prosperidad, de la felicidad. Admito que Arregui era más amigo de las estadísticas que yo. Sin embargo, Perón cae. ¿Por qué? Porque el pueblo se había “ablandado” con tanto bienestar. Los sindicalistas de la CGT se volvieron burocracia. Y la “propia y dominante personalidad de Perón” asumió en sí lo que debió transformar en “combatividad revolucionaria de las masas y de sus dirigentes” (*Ibid.*, p. 427). Concluye Arregui sintetizando sin mayor orden ni rigor la tarea devastadora de la Libertadora con las conquistas que el pueblo peronista había conseguido en diez años de Gobierno. Nos ocuparemos de esto.

TULIO HALPERIN DONGHI, “LA SEÑORA NO ERA ASI”

Llegó el momento de la antítesis de Arregui. Así como el pobre Juan José estuvo borrado (pero borrado, eh) durante la primavera alfonsinista, Tulio Halperin Donghi fue declarado el *gran historiador argentino*. Yo —como tantos otros— fui alumno de él en la calle Via monte 430, donde, según Ernesto Laclau, “empezó todo”. Halperin era más bien gordito de joven, hablaba muy fuerte en sus teóricos y hasta una vez se quedó sin voz de tanto que la esforzaba. Era adjunto de un profesor sin muchas luces de nombre —sí no me falla la memoria— Luis Aznar. Dictaban *Introducción a la Historia*. Hice una exposición de Collin-

wood y me fue muy bien. Luego vino el golpe de Onganía y Tulio se fue a Estados Unidos. Un exilio de lujo. No bien el país se le puso incómodo, se fue. Se podían hacer muchas cosas en la Universidad todavía. De hecho, a mí, que no estaba recibido aún, me pusieron al frente de una comisión de trabajos prácticos que tenía doscientos alumnos. Era muy sencillo. *Psicología* no se dictaba y todos los tipos de esa materia se anotaban en *Antropología filosófica* para no perder el cuatrimestre. Conrado Eggers Lan, que estaba al frente de la cátedra, me llamó: “José, ¿podría hacerse cargo de una comisión de trabajos prácticos? Tenemos ochocientos inscriptos”. Le dije que sí. Le pregunté qué daba. Él me dijo que pensaba dar Marx. “¿Qué texto le gustaría dar a usted?” “Los *Manuscritos del '44*, Conrado. Estoy trabajando eso.” “Bueno, dé eso.” “Ah, me olvidaba”, recordé. “Yo no cursé ni aprobé esta materia.” “Bueno, pero necesito gente. Y usted se las va a arreglar.” Así las cosas, en 1966, bajo la dictadura de Onganía, cursillista, fascista, apaleador de universitarios, dicté en el segundo cuatrimestre de 1966 —mientras todos decían que nada se podía hacer en la Universidad— los *Manuscritos económico filosóficos de 1844* de Karl Marx, editados por Fondo de Cultura Económica con unas horribles anotaciones de Erich Fromm que evité por completo. Tenía doscientos alumnos, tenía veintitrés años y la vida me parecía llena de infinitas posibilidades, un horizonte tan lejano que su fin no se veía, que acaso no lo tuviera.

Pero Halperin Donghi se fue. Natural: tendría muy buenas ofertas y habrá llegado con la aureola del exiliado. Lo encontré recién en noviembre de 1984. Era un Congreso en la Universidad de Maryland organizado por Saúl Sosnowsky. Eran los inicios de la democracia, el tiempo de Alfonsín. El sarcasmo de Tulio llegó a sus más altas cumbres. En cierto momento, burlándose abiertamente de la Juventud Peronista (“Esa generación que marchaba alegremente al desastre”) contó una anécdota. Algunos militantes de la JP iban a ver a la vieja actriz peronista Delia Parodi y le hablaban de Evita. Le hablaron con fervor. Le habrán hablado —en suma— de esa concepción que la JP construyó de Evita: su guevarización. Un Che con faldas. Y de otras cosas. De su militancia. De la inspiración que era para ellos. Entonces Tulio Halperin Donghi —burlándose de esos jóvenes, la mayoría, posiblemente, desaparecidos— dijo: “Y Delia Parodi les dijo: ‘Vean, chicos: la señora no era así’” Como diciéndoles “no sean ingenuos, no se hagan ilusiones, yo la conocí, no tenía nada que ver con eso que ustedes están imaginando”. La carcajada de los eminentes intelectuales que ahí estaban fue abrumadora. Acaso algunos no rieron. El chiste, de todos modos, era bueno. Y era el momento



de burlarse de los jóvenes peronistas, reyes del “malentendido”, que se habían inventado todo, que habían sido ingenuas marionetas en manos del manipulador fascista que siempre se negaron a ver y que ellos, viejos antiperonistas (gorilas), conocían de memoria. Me guardé la bronca. Eran tiempos de derrota. Se marcaba a fuego a los culpables del desastre y parte esencial del mismo había sido la ingenuidad, el “malentendido” de esos jóvenes que no escucharon a sus padres, quienes les habrían advertido que Perón era un nazifascista y no el líder revolucionario que ellos, a causa de su juventud, de su inexperiencia, creían que era. Se trataba de un discurso de viejos resentidos. Habían perdido durante años el centro de la escena. ¿Quién leyó a Halperin Donghi en los setenta? Habían quedado a un costado, esperando, rumiando su ausencia de protagonismo. Ahora podían volver dando cátedra. ¡Ah, si nos hubieran escuchado! Ese es el costo de desoír la voz de los mayores. Nosotros podríamos haberles dicho que Delia Parodi tenía razón. Que Evita era la señora anodina del retrato de Manteola y no esa “pasionaria” que había dibujado Carpani. (Esto, suponiendo que conocieran a Carpani o a la CGT de los Argentinos, de donde ese dibujo había sido originario. Ya veremos que Halperin parece no haber tenido noticias de Rodolfo Walsh.) Les habríamos dicho también que la señora usaba trajes de Dior, que era amiga de Franco, que lucía la Orden de Isabel la Católica y que era, como su marido, fascista. Pero ustedes no escucharon a sus mayores. Alicia Dujovne Ortiz lo dice: “chismes de viejos”, refiriéndose al “nazismo” de Perón. Y en esto no se equivoca. Los pibes de la JP no eran teóricos del peronismo. Yo, que tenía ya treinta años en 1973, sí. Era profesor desde hacía años y había escrito unas cuantas cosas. Una vez llegué a dar una charla en Salta. Se me acerca un compañero de la JP, un morocho preocupado: “Che, José, vino un tipo del FIP y nos dijo que Perón era un burgués nacional. Y nada más, dijo. ¿Cómo? ¿Perón no fue un líder revolucionario?” ¿Y qué le iba a decir? Si le decía que Perón había sido un burgués nacional le debilitaba su fe, la fe que necesitaba para su praxis, ahí, en Salta. Estas cosas no las saben ni las supieron Halperin Donghi o aun Sebrelí porque ya eran viejos en esa época. O, al menos Sebrelí, tenía los años suficientes como para no ser joven. De aquí, pienso a veces, su resentimiento, su bronca visceral: *Se la perdió*. Se la perdieron, señores. *Se perdieron la experiencia revolucionaria más importante que tuvo este país*. ¿O alguien duda que fue precisamente eso? Y si no, ¿por qué mataron a todos los que mataron? Se la perdieron. Ahora junten bronca. Hablen del malentendido. Digan que todos los pibes de la JP eran una caterva de boludos meloneados por un viejo nazifascista. Se la perdieron. Porque ni esto pueden entender. Sólo pueden arrojar injurias. Entender la enorme complejidad de los hechos, nunca. O de otro modo. Como uno comprende las campañas de Napoleón. O la batalla de Caseros. O el asesinato de Facundo. *Pero no estuvo ahí*. Hay un olor de los hechos. Hay un clima espeso de la historia en el momento del acontecimiento. Hay caras, hay sonrisas, hay llantos, hay abrazos. Yo nunca voy a claudicar de mis convicciones esenciales porque *todavía veo* las caras de tantos compañeros que mataron, torturaron o tiraron al Río de la Plata. Es así. Los veo en el triunfo. En la derrota. En el miedo. En la incertidumbre. En el dolor. Los veo en la plaza del 25 de mayo de 1973. Y tengo sobre esa plaza una certeza de hierro: *Esa fue la jornada más gloriosa de la izquierda argentina*.

No voy a disculparme por estos desvíos que se relacionan con experiencias mías. Este texto se publica en entregas. Será un libro y conservará este aliento. Es el aliento de eso que la “entrega semanal” posibilita: *Ir descubriendo cosas sobre la marcha*. Ahora veo algo que acaso ustedes ya hayan visto hace rato. Esto es un ensayo. Participa del universo teórico. Pero tiene mucho de narración. *Esto es, entonces, una novela teórica*. Así desearía que se lo lea y así pienso seguir escribiéndolo. Si algún teórico piensa que esto le resta rigurosidad al texto, que se olvide. Al contrario. El más grande ensayo escrito en nuestra patria es una novela teórica. Lo saben: es el *Facundo*. No

creo estar escribiendo el *Facundo* del peronismo. (Además, conociendo esta jungla, ni loco lo diría.) Pero no me pienso privar de lo narrativo en una historia tramada por las pasiones más desmedidas, los odios más extremos, por la vida y por la muerte. Creo que puedo arriesgarme. Publiqué mi primera novela en 1979. Sé que soy un buen novelista, sé que no soy el mejor y Dios me libre de ocupar ese espacio. Pero, por si no lo saben, voy a decirlo: me he ganado algunos derechos en la ficción y en el ensayo. También escribí guiones cinematográficos que muchos conocen. Justamente el de *Eva Perón* (que tuvo esa gran actuación de Esther Goris, que en buena medida lo ha tornado insoslayable: no habrá otra Eva como ella) será utilizado cuando nos ocupemos de Eva. Esto es, entonces, una novela teórica. Entre la precisión del concepto y la narrativa literaria se tramarán muchos de sus pasajes.

UN CALÍGULA BONACHÓN

Volvemos a Halperin Donghi y partimos de un pasaje en que se ocupa de Eva Perón. Sin sarcasmos, con toda seriedad, THD analiza el “renunciamento” de Evita. Notable lo que ocurre con Eva. Aun los peores gorilas la respetan. Será por su muerte dolorosa y temprana o por algo de su temple pasional, pero es así. “La candidatura de la señora de Perón” (escribe THD) “fue vetada por el ejército y su esposo se inclinó ante ese veto” (Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón*, Ariel, Buenos Aires, 2006, p. 134). Observemos ahora el señalamiento que hace THD: la pasión de Eva es genuina. Si el régimen se hubiera tomado en serio como ella lo había hecho otra habría sido su historia: “La mujer de rostro tenso y afilado” (escribe), que había surgido de la alegre y exuberante Evita de los primeros tiempos de grandeza, era en parte el producto de una enfermedad implacable, que fue resistida con temple admirable, en el que se mostraba una recia autenticidad. Ese valor y esa consagración figuraron, junto con la devoción tan firme de las grandes masas populares, entre las pocas cosas serias de una época que no pareció advertir del todo que la obra de transformación social que le estaba históricamente fijada era digna de ser tomada en serio” (*Ibid.*, pp. 134/135). Señala, entonces, THD que sólo Eva Perón asume la seriedad de la tarea que debía realizarse. Todo lo demás no tomó en serio su papel histórico. Suponemos que sería arduo encontrar demasiados ejemplos de tal cosa entre los años 1946 y 1951. Pero Halperin da un salto notable y se concentra en un período que —en efecto— resulta arduo de explicar. A partir de 1954, el Gobierno empieza a organizar a los grupos juveniles mediante la U.E.S. secundaria y la C.G.U. universitaria. Perón se pone con fervor al frente de tal tarea. “Luego de la muerte de Eva Perón (escribe Halperin Donghi), su esposo, lejos de mostrar la reserva dolorida que hubiese sido decente, se lanzó con frenesí a actividades que hacían de él una suerte de Calígula bonachón. Estas etapas finales del régimen que mostraron al jefe del Estado capitaneando por las calles céntricas de la capital a una muchedumbre de morrudas adolescentes, esas etapas que rodearon a la silueta deliciosamente absurda de la motoneta de un equívoco aire erótico, esas etapas en que el ‘Líder de los Trabajadores’ agregaba a múltiples y sonoros apelativos el extrañamente familiar de Pocho, esas etapas acaso no pueden explicarse sin tomar en cuenta el hecho, más patético que grotesco, de que el general estaba atravesando, en posición demasiado expuesta a la curiosidad pública, el delicioso y angustioso verano de San Juan de su vida erótico-sentimental” (*Ibid.*, pp. 140/141). El texto de Halperin Donghi es preciso, pega donde tiene que pegar, su sarcasmo tiene esta vez dónde herir y la expresión *Calígula bonachón* puede ser considerada un hallazgo literario de alta eficacia.

La foto en cuestión aparece (¿cómo se la iban a perder!) en la tapa del segundo tomo del libro de Gambini. Parece más Menem que Perón. Se lo ve sonriente y el gorrito (al que se le llamaba “pochito”, por el simpático apelativo “Pocho” con que ya todos llamaban al “coronel sindicalista”) cubre el rostro de Perón hasta los ojos. Tiene una campera blanca y encabeza una caravana.

Pero no se ven chicas. Lástima para Gambini y sus editores. ¿Qué pasó? ¿No consiguieron una con chicas de la UES? Porque había a montones. Fue toda una época. Fue la tonalidad del Perón de su última etapa en la Presidencia. Aquí, lo acompañan unos señores que se ven tan patéticos como él. Sucede con la llamada *motoneta* que no es una moto ni un auto. No tiene otra entidad que la del ridículo. Tiene algo de juguete frágil y bobo. Si uno recuerda esos Mercedes Benz negros, brillosos, en que se exhibía Hitler, advierte que, de eso, la motoneta nada. La cuestión —aún misteriosa para mí— es la causa del exhibicionismo bobo. No faltarán peronistas jurásicos que hablarán de la importancia del deporte y de otras pavadas por el estilo. Políticamente, Perón le entregaba a la oposición un material de burla inapreciable. Ya en el '55, el cómico Adolfo Stray, en el teatro de revistas *El Nacional*, cruzaba el escenario, de izquierda a derecha, manejando una motoneta, con el gorrito pochito, seguido por una serie de coristas que le gritaban “¡Pocho! ¡Pocho!”. Stray les decía: “¡Vamos, chicas!” y desaparecía por derecha. La clase media y alta que asistía al espectáculo reía a carcajadas. También en *El Nacional* se hizo célebre el monologuista Pepe Arias. Todos iban a escucharlo. Arias no se privaba de nada. Me ha dicho un amigo gorila que tengo —y al que quiero mucho— que, luego del golpe, la gente fue a *El Nacional* y cuando salió Pepe Arias a decir su monólogo lo aplaudieron de pie durante diez minutos. ¡Qué momento, don Pepe, la Historia lo acarició! ¿Lo imaginan? Todos de pie, aplaudiendo. ¿Qué aplaudían? Al monologuista que había ayudado a que la libertad y la democracia retornaran al país. Volvía el país de nuestros padres y de nuestros abuelos. El tirano se había ido.

Pero la Historia tiene sus vueltas. Ese gorro pochito, ese gorro que Perón usaba para ir en la llamada “pochoneta”, se transformaría, diecisiete años después, en un símbolo de la transgresión, de la burla a los modos solemnes de la oligarquía, a las formalidades de tantos presidentes fraudulentos, a las rigideces cuarteleras de los militares, al sistema entero del país burgués, en el encuadre que le dio la Juventud Peronista. La cosa fue así: al día siguiente del primer regreso de Perón, el del 17 de noviembre de 1972, toda la militancia fue a verlo a Gaspar Campos, residencia en la que el líder esperado durante todos esos años se había instalado. Yo iba en tren con mi amigo Arturo Armada: él dirigía *Envido*, yo era miembro del Consejo de Redacción. Suben unos cuantos militantes ruidosos. Muchachos de alguna villa, con bombos, con mucha alegría. Se ponen a cantar *la marcha de Los muchachos peronistas*. Yo sabía su letra por los actos de la época y por haberla cantado en quinto y sexto grado del colegio primario. Pero siempre tenía problemas con esa estrofa sobre la Argentina grande con que San Martín soñó. Como me trabé, Arturo me miró y dijo: “Tenés tus buenos problemas con la Marcha vos, eh”. Era decir: vos sabés más de Hegel que del peronismo. Algo de eso había. Muchas cosas las habíamos tenido que aprender de pronto. Hubo que *hacerse* peronista. Ya vamos a ver el tema de las 20 verdades después de Ezeiza. Llegamos a Gaspar Campos. Era impresionante. Había pibes de la JP hasta arriba de los cables de luz. La consigna era: *La Casa de Gobierno/ cambió de dirección/ está en Vicente López/ por orden de Perón*. A esto se le llamaba *doble poder*. El poder del régimen estaba en la Casa Rosada (Lanusse). Y el poder del pueblo en Gaspar Campos (Perón). De pronto, un griterío infernal. Todos gritan: “¡Perón! ¡Perón! ¡Perón!”. Y ahí estaba el Viejo. Asomado a una ventana. Vestía un pijama claro y saludaba con los brazos abiertos, como él, como Perón. A un lado, López Rega. Al otro, Isabel. Ni idea teníamos aún de lo que esto significaba. Abrevio: al rato, alguien grita “¡El pochito!”. Y todos empiezan a gritar: “¡El pochito! ¡El pochito!”. Ignoro de dónde lo sacaron, pero en breve tiempo Perón, muy divertido, se ponía el célebre, el injuriado, el parodiado hasta el insulto y la carcajada soez, *pochito*. Para qué. Fue el delirio. Perón saludaba y tenía puesto el pochito. A mi lado (lo juro), alguien dijo: “¿Se reían del pochito? Ahora se lo van a tener que meter en el culo”.

PROXIMO
DOMINGO

La vida por Perón

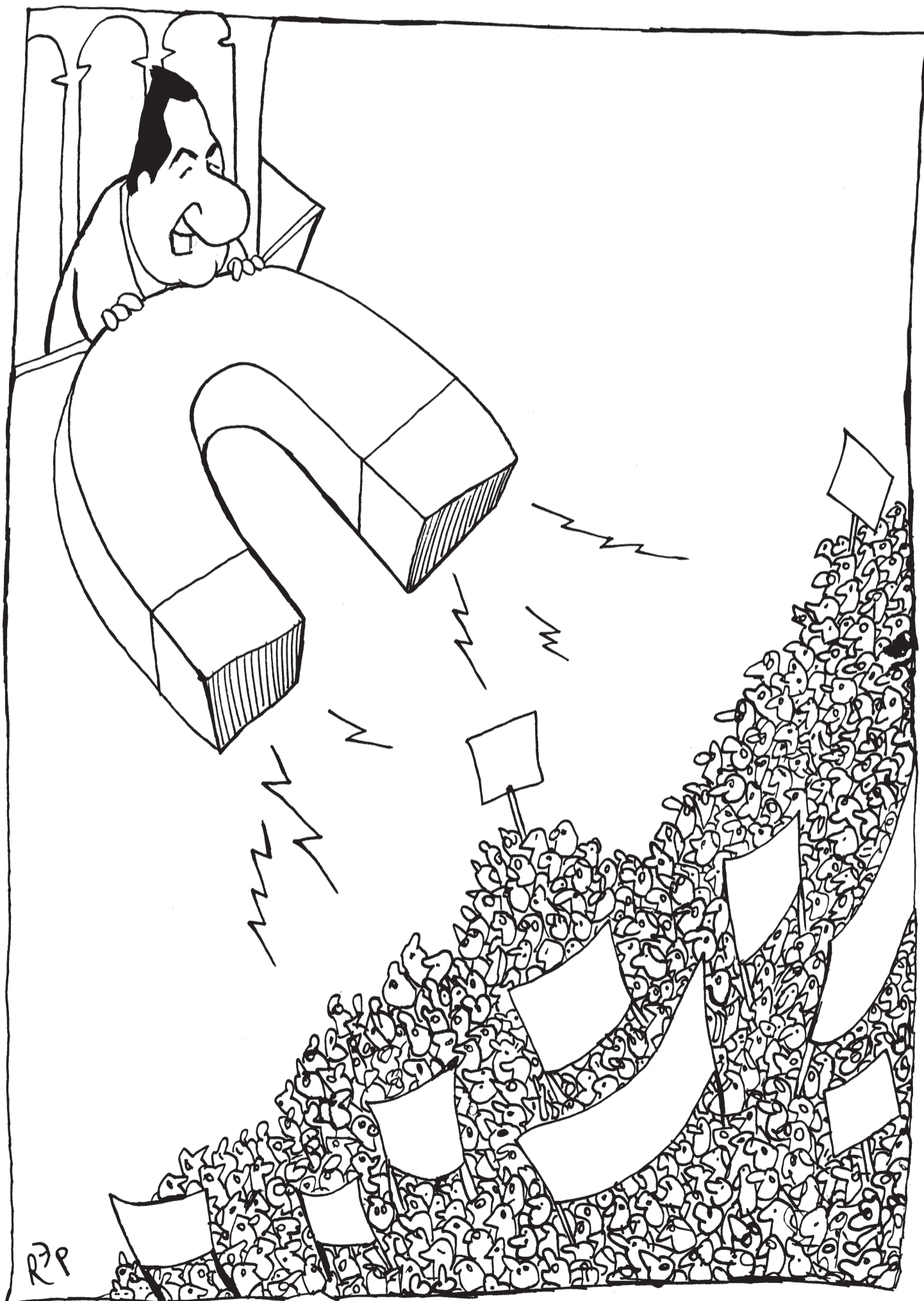
IV Domingo 30 de diciembre de 2007

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

7 Peronismo y catolicismo



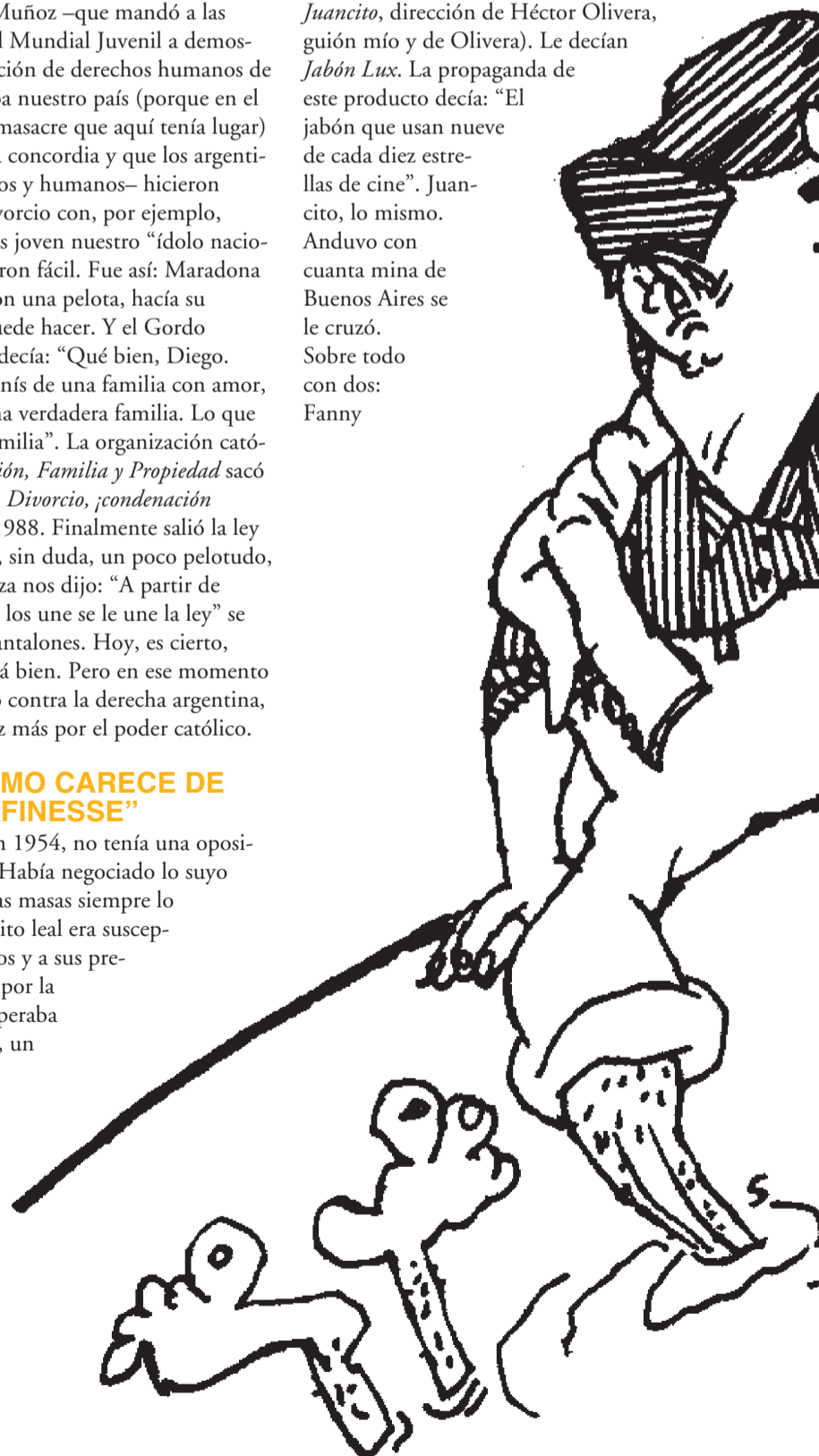
No pareciera haber sido la inesperada o sorpresiva aparición del presidente de la República en motoneta por las calles de Buenos Aires (seguido por las deportivas chicas de la UES) la que impulsó a la Iglesia Católica a entrar en conflicto con él. ¿Cuál fue el motivo del choque en que se enmarcó la embestida final de todo el país antiperonista contra el gobierno? Halperin Donghi da por aceptado que el peronismo había decidido implementar una “política conservadora” (*Ibid.*, p. 141). Esta cuestión admite distintos puntos de vista. Sin duda, hechos como el meneado Congreso de la Productividad, la radicación de capitales extranjeros, la llegada de Milton Eisenhower y el contrato con la petrolera California marcan tendencias del Gobierno a manejarse cautelosamente con quienes —no lo ignora— son y serán sus enemigos. Perón quiere hacer —bajo su control— lo que luego harán desbocadamente los héroes liberales del '55, que, en esta coyuntura, eran todos defensores de la soberanía nacional, enemigos del capital extranjero, de incentivar la productividad del proletariado y hasta, si hiciera falta, irritados adversarios de los intereses de Estados Unidos. No encuentro en las tan cacareadas, señaladas y censuradas “concesiones del régimen” algo que sea esencial en el debilitamiento del peronismo. *El debilitamiento del peronismo venía de antes y tenía que ver con la ausencia de una organización revolucionaria de las masas más que con su “claudicación” ante el capital extranjero o el contrato con la California.* Aclaremos, de todos modos, que todos los que se desgarraron las vestiduras por la California, los dólares de los yanquis o la incentivación de la productividad de los obreros fueron, en su mayoría, una caterva de hipócritas que luego harían concesiones infinitamente peores a las tibias medidas que estaba impulsando el peronismo en una encrucijada en que debía negociar con el Imperio o pedirles a los obreros mayor productividad. Si de esto se tratara, además, nadie más autorizado que el gobierno nacional y popular para pedirles a los obreros un esfuerzo para respaldar una economía que muchas veces había sido puesta, sin más, al servicio de ellos. Nada de esto llega a configurar “una política conservadora”. En todo caso, los tibios intentos del peronismo de negociar con el Imperio norteamericano están a una distancia inmensurable de la relación de complementariedad o pertenencia que vino después. El problema que acabó con el peronismo se enmarcó en un problema con la Iglesia Católica. “La obra del régimen (escribe Halperin, quien, a no dudarlo, jamás les diría “régimen” a los gobiernos de Frondizi o de Illia, elegidos con el peronismo proscripto —por más buen tipo que fuera Illia—, o a la mismísima Libertadora, a la que opta por llamar “gobierno revolucionario”) invadía el campo asistencial, y sin privarlo totalmente del sello católico que tradicionalmente había tenido el país, lo marcaba, aún más vigorosamente, con su signo político” (*Ibid.*, p. 141). Cierto: la Iglesia Católica apoya levemente al peronismo de los inicios y luego ve que el movimiento le roba protagonismo. La Iglesia requiere de la pobreza como del pan. Si hay pobres tiene que haber sacerdotes que den esperanzas, que den consuelo, que digan que Dios sanará toda enfermedad, dará sosiego a todo dolor, comida a los hambrientos. ¿Qué son si no hoy las multitudinarias peregrinaciones a San Cayetano? Apena ver a tantos ir en busca de nada, de la manipulación, de la compasión cedida desde un poder que no hizo nada en este país por frenar la más grande matanza de su historia. Si los hombres de Dios de 1976 lo querían, si viajaban en busca del Papa y le decían la verdad y si conseguían una sola, aunque fuese mínima condena papal, *se habrían salvado miles, miles de vidas en la Argentina. Pero*

no: el Ejército luchaba contra el marxismo, enemigo de la Iglesia, y esa lucha era justa. El catolicismo argentino —que es parte del Estado y vive a su amparo, dado que el Estado lo subsidia— sabe siempre muy bien dónde está el enemigo. Ante la falta de cohesión de los enemigos del peronismo vio la posibilidad de unificar la lucha. Perón, decidido, les declara la guerra: propone reabrir los prostíbulos, suprime la diferencia entre hijos legítimos e hijos extramatrimoniales, ¡autoriza a los blasfemos divorciados a volverse a casar! Elimina la educación religiosa en las escuelas del Estado, medida que no se llegó a implementar. Suspende los aportes del Estado a la enseñanza privada religiosa. Y se lanza a un camino que —se sabe— busca llegar a la separación de la Iglesia del Estado. Halperin Donghi admite que estas reformas “estaban lejos de ser innecesarias” (*Ibid.*, p. 142. Si el gobierno actual de Cristina Fernández tomara alguna de estas medidas lograría lo que logró Perón en 1955: la “oposición” entera, con la ultracatólica Carrió a la cabeza, se le iría encima acusándola de extremismo montonero, de buscar erradicar las creencias religiosas fundamentales que dan identidad a nuestro país. Así estamos, todavía.) ¿Alguien recuerda la lucha que hubo que llevar en 1988, bajo el gobierno de Alfonsín, para promulgar la ley de divorcio? Yo, de sobra. Recién ahí me pude casar con una mujer que era mi amada compañera desde hacía ocho años. ¡Teníamos que vivir en pecado por los sacerdotes argentinos! Seres detestables como José María Muñoz —que mandó a las muchedumbres del Mundial Juvenil a demostrarle a la organización de derechos humanos de la OEA que visitaba nuestro país (porque en el mundo *se sabía* la masacre que aquí tenía lugar) que aquí reinaba la concordia y que los argentinos éramos derechos y humanos— hicieron publicidad anti-divorcio con, por ejemplo, Maradona. Era más joven nuestro “ídolo nacional” y lo manipularon fácil. Fue así: Maradona hacía “juguito” con una pelota, hacía su magia, lo que él puede hacer. Y el Gordo Muñoz aparecía y decía: “Qué bien, Diego. Cómo se ve que venís de una familia con amor, con unidad. De una verdadera familia. Lo que sos lo sos por tu familia”. La organización católica fascista *Tradición, Familia y Propiedad* sacó afiches que decían: *Divorcio, ¡condenación maligna!* Esto, en 1988. Finalmente salió la ley de divorcio. Y seré, sin duda, un poco pelotudo, pero cuando la jueza nos dijo: “A partir de ahora, al amor que los une se le une la ley” se me aflojaron los pantalones. Hoy, es cierto, nadie se casa. Y está bien. Pero en ese momento hacerlo era un acto contra la derecha argentina, encabezada una vez más por el poder católico.

EL PERONISMO CARECE DE “ESPRIT DE FINESSE”

El peronismo, en 1954, no tenía una oposición cohesionada. Había negociado lo suyo con los yanquis. Las masas siempre lo apoyaban. El Ejército leal era susceptible a sus beneficios y a sus prebendas y el debate por la California no prosperaba demasiado. Cooke, un por entonces brillante diputado, lo había ata-

cado con más fundamentos que los Frondizi o los Alende. Pero había dos extremos: Perón se detenía ahí y lejos de construir poder —como lo había hecho magistralmente entre 1943 y 1945— boludeaba con la pochoneta (nombre que definitivamente adquirió el aparatito de la derrota por medio de una conjunción entre “pochó” y “motoneta”), se distraía en la UES, organizaba los campeonatos “Evita”, recibía a Gina Lolobrigida, a Nicola Paone y lo peor, lo que no tiene perdón ni retorno: se dejó invadir por todo tipo de alcahuetes, obsecuentes, corruptos, aventureros, chantas. La figura que encarnó todas estas calamidades fue Juan Duarte, el hermano de Evita, el secretario del General. (*Nota:* Veremos, al hablar de Eva, ya que largamente nos ocuparemos de su figura pasionaria, las irritantes boberías, zalamerías, las infames adulaciones ilimitadas que una Cámara de Diputados presidida por Cámpora diría sobre ella a propósito del Monumento que le preparaban. Dan asco: si ése era el peronismo en 1952 —y Perón no arrasaba con él poniendo a cuadros de la jerarquía de John William Cooke— iba, como fue, al derrumbe inglorioso.) Juancito, así le decían, era un Isidoro Cañones cuyo padre no era el Coronel Cañones sino el Coronel Perón, que lo “apadrinaba”. Mientras vivió Evita ella le dio carta blanca para lo que quisiera. “Estamos robando, Juancito”, le decía su socio. “Yo no puedo robar. ¿Cómo voy a robar si todo es mío? Soy el hermano de Evita y el secretario privado de Perón” (Cfr: *Ay Juancito*, dirección de Héctor Olivera, guión mío y de Olivera). Le decían *Jabón Lux*. La propaganda de este producto decía: “El jabón que usan nueve de cada diez estrellas de cine”. Juancito, lo mismo. Anduvo con cuanta mina de Buenos Aires se le cruzó. Sobre todo con dos: Fanny



Navarro y Elina Colomer. Fanny era arrabalera, peronista brava. La siguió de cerca a Evita y filmó películas importantes bajo la protección de Juancito. *El grito sagrado*, por ejemplo. La Colomer era más fina, se cuidó más, se supo esconder a tiempo. De aquí el destino diferenciado de ambas luego de la caída de Perón. A Fanny la borraron de todas partes. Murió sola, olvidada y miserable. La Colomer llegó a protagonizar *La Familia Falcón*, una comedia televisiva de los sesenta, hecha bajo los tiempos furiosos del antiperonismo. Ella era la madre ejemplar. Y el otro... Se habían dicho siempre cosas de Pedrito Quartucci: una, el tamaño privilegiado de su miembro viril. Otra: que había sido amante de Evita, antes de que ella conociera a Perón, durante los años de la radio. Quartucci, cauteloso, siempre negó la versión. Lo notable de esto es que el padre y la madre ejemplares de la familia Falcón, los Ingalls de la Argentina gorila de los sesenta, uno, Quartucci, decían que se había volteado a Evita y la otra, Colomer, había sido clamorosamente la amante oficial de Juan Duarte. ¿Por qué los destinos tan dispares de Colomer y Navarro? Navarro se ideologizó, se hizo militante, filmó —con Pedro Maratea— cortos de propaganda, habló en Ateneos Eva Perón, fue la actriz del “régimen”. La otra se cuidó. De todos modos —aunque se cuidara, el odio de la Libertadora calaba hondo—, siempre me sorprendió la buena fortuna que tuvo. No fue la de Hugo Del Carril ni la de muchos artistas más. La Libertadora, en esto, no hacía más que continuar lo que el peronismo había hecho. Lo absurdo era que hacía de la democracia y de la libertad sus banderas.

Hay un elemento que aún no he introducido y sin el que nada puede entenderse a fondo. No se basa en las estructuras económicas, en las clases sociales, o en las relaciones de producción. Por mencionar algunos elementos de “lo concreto”. No se basa en nada de eso pero lo expresa todo. Para sus enemigos, *el peronismo carece*

de “esprit de finesse”. Tanto la oligarquía como la izquierda culta comparten este desdén. Hoy, por ejemplo, este elemento está muy presente. No en vano tantos “progresistas” se vuelcan a las páginas de *La Nación*. Es sacar patente de “culto”, de “fino”. También otorga este halo la relación del intelectual con la academia argentina pero, sobre todo, con la academia norteamericana o francesa o, desde luego, la alemana. Si se observa la bibliografía de los ensayos actuales se verá que se cita —siempre que se puede— en cualquier idioma que no sea el español *aun cuando el libro citado tenga edición española*. A lo sumo, el autor, benévolo, pone: “Hay edición en español. Véase... tal cosa”. Con frecuencia, esta atención hacia el lector no bilingüe o trilingüe *comme il faut* corre a cargo del editor, dado que el ensayista ni se molesta en tal aclaración. Aun cuando se mencione la edición en español, el autor no cita de ella, de modo que es trabajoso encontrar esa cita. Si ustedes consultan los suplementos de filosofía que publiqué durante 2006 y 2007 en este diario verán que los libros citados están en español. Y eso que se trata de filosofía. Sólo cuando definitivamente no existe el texto en nuestro idioma uso una edición extranjera. Esto —que a muchos bobos les sonará a populismo— es, en efecto, carecer de “esprit de finesse”. Ser “nacionalista”. Hoy, para un intelectual, querer ser comprendido y ayudar al lector a comprender entregándole los medios más accesibles para ello es ser “nacionalista” o “populista”. Carecer de “esprit de finesse”. El peronismo carece por completo de tal cosa. Pensemos seriamente la cuestión: ser peronista es ser grasa. El peronismo, al ser grasa, al no tener “finesse”, carece de todo eso que la “finesse” conlleva: las instituciones republicanas, el Parlamento, la democracia, el liberalismo, el constitucionalismo, el academicismo, la alta cultura, el dominio de los idiomas extranjeros, el grupo “Sur”, Borges, Bioy y Victoria. La Sociedad Rural le fue siempre incómoda al “progresismo” pero ella ponía por sobre todas las cosas el “esprit de finesse”. Todavía en el Jockey Club está la puerta de la antigua sede injuriada por la barbarie. Esa herida aún se exhibe. De todos modos, va poca gente por ahí. Y durante la década del noventa se metieron tanto en la escoria menemista que demostraron

—para toda la eternidad— que, si de los buenos negocios se trata, la oligarquía manda al diablo el “esprit de finesse”. *No hubo peronista más grasa, guarango, ajeno por completo a los “idiomas extranjeros”, no hubo peronista que más haya entrado a los salones tropezando con los muebles (como decía el patricio Miguel Cané de los advenedizos), no hubo peronista más impresentable, más ajeno al “esprit de finesse” que Carlos Menem*. Y la oligarquía se le unió entusiasta. Hizo miles de negocios infinitamente rentables con él y su pandilla. *Porque la oligarquía argentina y los empresarios del capital financiero nacional y transnacional viven obsesionados por la rentabilidad. Y por ella se pueden aliar a lo más groncho del peronismo o colaborar activamente en un proyecto criminal que requiera la vida de treinta mil personas*. De aquí que haya sonado tan grata a nuestros oídos la frase de Cristina F. Porque dio en el clavo: la *rentabilidad*. De la cual, les dijo a los empresarios, no piensa convertirse en gendarme.

LA IGLESIA COHESIONA A LA OPOSICIÓN

Si tomo la cuestión en este exacto punto es porque en 1955 toda la reacción contra el peronismo se organizó en torno del “esprit de finesse”. A ver si soy claro: en 1955, Perón estaba extraviado y cometía todo tipo de errores. El principal fue lograr (porque fue obra de su torpeza) que la oposición se nucleara alrededor de la Iglesia, esa fuerza eterna del alma argentina, impeccedera. Félix Luna trata bien el tema. “El 5 de noviembre casi todos los diarios oficiales anunciaron con gran dedicación de espacio que se había descubierto un grupo de perversos en Rosario, y a través de perifrasis se daba a entender que estaban vinculados al cardenal Caggiano” (Félix Luna, *Perón y su tiempo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993, p. 847. No creo que muchos lectores tengan recuerdos amables del cardenal Caggiano, unido luego a todas las persecuciones de la Libertadora, a las conspiraciones militares y a los golpes de Estado. Pero eso no justifica lo que hace el peronismo en ese momento. Sobre todo por su torpeza inenarrable. Además, “perversos”. ¡Qué época! Pobrecitos los homosexuales de los cincuenta. Tremendamente lejos de ser “gays” debían cargar con el mote de “perversos”. Entre otros tanto o más injuriantes. Pero esto no le pertenecía sólo al peronismo. Era la sociedad machista de la eterna Argentina patriarcal, hecha por los varones guerreros, por los hombres de coraje. En fin, por toda esa ralea que cubre con su iconografía y sus estatuas y los nombres de las calles el ámbito visual —además del conceptual— de nuestro país. En cuanto al cardenal Caggiano me he quedado un poco corto. Importante personaje de nuestras luchas políticas, nace en 1889, es el primer obispo de Rosario y el 15 de agosto de 1959 el papa Juan XXIII lo lleva hasta la cima del Arzobispado de Buenos Aires. Fallece el 29 de octubre de 1979 luego de haber denunciado valientemente ante las autoridades vaticanas las violaciones a los derechos humanos en la Argentina. ¿Alguien se creyó esto? No, ¿por qué será? ¿Por qué sonará tan absurdo, imposible, por qué sonará como un sombrío, doloroso chiste? No, señores: el cardenal Caggiano siempre tuvo clara su misión terrenal, la defensa de los valores eternos en esta tierra de pecados. En julio de 1971, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (¡cuántas esperanzas había despertado este Encuentro!) emite un documento en el que adhiere al Movimiento Peronista, al que considera “revolucionario” por su potencial de masas (este “potencial de masas” era el *valor de verdad* que seducía a todos y los llevaba a sumarse al peronismo, para alegría del Perón madrileño, que manejaba todos los hilos: ya veremos su interpretación de la “conducción” como arte). Pero aquí es donde se hace oír la voz potente del



cardenal Caggiano. El mismo 11 de julio, el mismo día en que los Sacerdotes para el Tercer Mundo publican su Documento, el Cardenal ya señala su carácter “marxista”. Los marxistas están infiltrados en la Iglesia argentina y trabajan para desunirla, para disociarla. En una furibunda homilía afirma: “La libertad desaparecerá con el marxismo y vendrán los campos de concentración hasta para los escritores de fama mundial”. ¿Lo habrá dicho para proteger a Borges? Porque otro “escritor de fama mundial” no teníamos por aquí. Sabato era una figurita nacional que iba de un lado a otro buscando ubicarse en alguno sin que lo confundieran con un peronista, con un marxista o con un cura del Tercer Mundo. Difícil lo suyo. Caggiano, por fin y por esas cosas de la historia, es quien celebra la Misa de cuerpo presente cuando muere Perón antes de que el féretro fuera trasladado al Salón Azul del Congreso. Pero no fue un “descuido” ni “un cambio de actitud luego de una larga reflexión” ni una respuesta a algún mandato divino. El Perón para el que el cardenal Caggiano oficia misa en 1974 le era muy cercano al viejo luchador antimarxista. Había tratado, vanamente, de erradicar un “Mal” al que otros pondrían fin. Pero lo había intentado. Había hecho lo suyo. Veremos qué fue lo que hizo y cómo lo hizo. Veremos por qué se ganó una Misa de su viejo enemigo, uno de los baluartes de la caída de su primer gobierno. Es notable aquí la transparencia de los hechos históricos, que suelen ser tan poco lineales. No creo que la relación Perón-Caggiano sea lineal, ni mucho menos. Pero expresa ciertas persistencias que entregan claridad a dos situaciones complejíssimas: 1955 y 1974. En 1955, Perón era, para Caggiano, un peligro para la Iglesia, su “régimen” podía degenerar en un estallido de masas dada la conflictividad política reinante. Hemos visto, además, los otros factores “irritativos”. En 1974, Perón era, para Caggiano, un aliado en la lucha implacable de la iglesia contra el marxismo ateo. Sobre esta temática es altamente recomendable el libro de Horacio Verbitsky *Cristo vence*. Sobre todo su tomo primero.) Perón reúne a sus gobernadores y les pide informes sobre los sacerdotes de sus provincias. ¿Para qué! En medio de la alcahuetería reinante cada uno se esmera en contarle todo tipo de historias en que los “hombres de fe” quedan mal parados. No se sabrá jamás si Perón necesitaba estos informes para el discurso que dio. ¿Tendría la cuestión con el catolicismo la gravedad que le dio? *Porque su enfoque es impecable, al menos en el planteo inicial*. Denuncia que la cuestión *no es* con los estudiantes católicos ni con la Iglesia, sino que se está en presencia de la revolución con que soñaban sus enemigos desde hacía diez años y que ahora había encontrado su epicentro en la Iglesia. En otras palabras (o en palabras parecidas), la oposición —que no había logrado nuclearse— encuentra en la Iglesia su bandera, su centro de fe, su misión cuasi evangélica. Anotemos similitudes notables con nuestro presente. A los dos días de asumir su mandato, la presidenta Cristina F recibe al cardenal Bergoglio, una figura que tiene un poder difícilmente explicable en la Argentina. O no. Bergoglio había colisionado ya con Néstor Kirchner. Ahí, algunos grupos de la desmembrada oposición que tiene este Gobierno recordaron el conflicto tradicional peronismo-Iglesia. La cosa no pasó a mayores. Asume Cristina y ya hay una foto en que le extiende la mano a Bergoglio y se la estrecha. No sé por qué (o sí sé) pero Cristina ha de estrechar una mano con más firmeza que el susodicho cardenal, quien debe entregar la suya como una esponja resbaladiza. He sido amigo de muchos curas en mi vida. O de unos cuantos. Fueron —¡por supuesto!— casi todos sacerdotes del Tercer Mundo u otros que lo siguieron siendo en años posteriores aunque ya no se definan así, dado que *también eso* fue aniquilado en la Argentina. Respeto a los hombres de fe. Y hasta diría que soy —contradictoria, dificultosamente— uno de ellos.

Pero pocas veces vi a un cura con más cara de cura que el cardenal Bergoglio. De cura-vaticano, claro. ¿Por qué este hombre es tan poderoso en la Argentina? Porque representa el poder del Vaticano. Y porque late en su figura *la posibilidad de reunificar a la oposición si este “gobierno de montoneros” comete errores graves*. Esta situación —que Cristina F trata de controlar recibiendo al escurridizo (eso: se lo ve escurridizo, de modales cautelosos, de palabras elegidas con circunspección, de intrigas silenciosas, de asechanzas) Bergoglio— fue la que Perón manejó pésimamente entregándole a la oposición, que andaba a los tumbos, la bandera de la fe, la causa de Cristo. En un pasaje de su discurso, Perón se manda una de esas compadreadas que han sido parte de su estilo: “¡Déjenlos que formen lo que quieran! Si quieren formar el Partido Demócrata Cristiano o Demócrata Católico a nosotros no nos importa. Ahí tienen: que vayan, que presenten su plataforma y lo inscriban y que se presenten después a las elecciones. ¡Vamos a ver cuántos votos sacan!” (Luna, *Ibid.*, p. 177). Importa señalar (para ver las *permanencias* en el estilo de hacer política de Perón y, sobre todo, cuando, haciendo política, perdía los estribos) las semejanzas entre el discurso contra la Iglesia y el célebre “reto” televisivo (que fue un golpe bajo, cruel y altanero) a los diputados peronistas (de la Juventud Peronista) que se opusieron a las Reformas al Código Penal que implicaban reflotar toda la legislación represiva. Esto fue en enero de 1974. Perón les dice a los jóvenes diputados: “Nadie está obligado a permanecer en una fracción política. El que no está contento, se va (...) Lo que no es lícito, diría, es estar defendiendo otras causas y usar la camiseta peronista (...) El que no esté de acuerdo, se va. *Por perder un voto no nos vamos a poner tristes*” (Baschetti, *Documentos 1973-1976*, volumen I, ed. cit., pp. 400/401. Bastardillas mías). Esta última frase se torna inolvidable por el modo en que la dijo: sonriendo de costado, guiñando un ojo y levantando el dedo índice de la mano derecha. Un voto. Veremos qué le costó la guapeada de 1974. Ahora veamos los resultados de la de 1954. “Con su agresión —escribe Luna— había conseguido, nada más ni nada menos, que inventar una oposición nueva, una oposición no política sino apoyada en una mística trascendente, una oposición que antes podía ser latente y estar en una actitud pasiva pero desde ahora se lanzaría a la lucha con todo el fervor de las convicciones religiosas. Y, además, brindaba a los partidos políticos y a la *contra*, en general, una formidable trinchera que no tardarían en aprovechar” (Luna, *Ibid.*, p. 853). Resulta interesante lo que Luna señala a propósito de este discurso. *Le resulta inexplicable*. Convergamos que un historiador que le dedica tres tomos (así era la edición original) a Perón (y su tiempo) raramente confiesa que no hay “explicación racional” para esta actitud de Perón. Lo único que ensaya es que Perón se haya sentido molesto por las críticas de los sectores a la UES. Estas críticas, sin embargo, no sólo provenían de la Iglesia. Gran parte del país (incluso muchísimos peronistas) hacía chistes acerca de la UES. Era un deporte nacional. Yo tendría diez años en ese entonces y —en mi imaginación esponja de niño de los cincuenta— la UES era sinónimo de pecado. Luna, en rigor, se pregunta con honestidad el tema. Y llega a concluir que “el poder absoluto corrompe absolutamente”. Sin embargo, todo provenía de algo más grave y menos psicologista. No quiero decir que no incida en todo esto la “psicología” de un tipo tan complejo (tan difícilmente descifrable) como Perón, sino que habrá que buscar las causas de esos dislates por otras partes. Por la ausencia de una verdadera organizatividad popular, por la burocratización de los sindicatos y del Partido Peronista, por la adulonería de la Cámara de Diputados y por los serviles de los que Perón se rodeaba. Del modo que sea, el peronismo había tomado y *se proponía tomar* medidas muy perjudiciales para la Iglesia.

Las hemos visto: la Fundación Eva Perón asumía la ayuda caritativa desde el Estado (más profunda y generosa que esa a que la Iglesia acostumbraba), se establecía el divorcio vincular, se eliminaba la educación religiosa en las escuelas estatales, los aportes a la enseñanza religiosa privada y se buscaba el camino hacia una separación de la Iglesia del Estado. Era la más grande blasfemia al Crucificado que jamás hubiese tenido lugar.

BORLENGHI Y LA POLICÍA

Lo innegable es que la “cuestión con la Iglesia” galvanizó a la oposición. Es notable cómo se puede observar cuándo la iniciativa política se desplaza de un actor social a otro. Aquí, el peronismo, ya está derrotado. Si tiene al Ejército no lo tiene por convicciones sino por los buenos tratos con que lo seduce. No hay militares peronistas. Hay militares leales a Perón que lo seguirán en tanto éste pueda seguir abriéndoles puertas que les solucionen problemas o les permitan desarrollarse en determinadas cuestiones nada ligadas a intereses estratégicos importantes. El sindicalismo cumple con sus funciones de garantizar a los obreros lo que luego se les negará durante décadas: un buen sueldo, una buena vivienda, vacaciones, salud. Pero lo que uno nota —desde la lejanía de los años, no quiero decir nada más que esto: una *lejanía* que nos permite cierta visión equilibrada y no conformista en absoluto de los hechos— es que se tenía lo que se tenía *pero no se hacía nada para conservarlo*. O se hacía mal: Borlenghi, por ejemplo, decide que la policía no puede ser apolítica. Que la policía tiene que ser peronista. Pero una medida de este tipo no se decide para defender a un régimen (creo que, en este momento, el peronismo es un “régimen”: ha perdido su vitalidad histórica y ha afianzado solamente su estructura autoritaria) sino para desarrollar un proceso revolucionario. Por otra parte, Borlenghi sólo sincera una verdad que cualquiera sabe: *la policía es siempre la policía del poder*. ¿O Ramón Falcón era un policía de toda la sociedad argentina? ¿O Leopoldo Lugones (hijo) no usaba la picana al servicio del gobierno de Uriburu? ¿O la policía de Aramburu no era la policía de Aramburu? Lo que Borlenghi dijo fue que la policía no podía pasar de un gobierno a otro y ser la policía de todos. Que la de ellos tenía que ser peronista. Pero la policía siempre fue ideologizada. Y siempre tuvo valores básicos que fueron —por supuesto— los que instauraron el país de la oligarquía: respeto a las jerarquías, defensa de la propiedad, castigo a las clases inferiores, respeto a las superiores, palos a los huelguistas, adhesiones a las patronales, catolicismo, clericalismo, nacionalismo, antisemitismo, anticomunismo, etc. ¿Habrá querido Borlenghi cambiar esa policía? Los pequeños historiadores del gorilaje (me resulta risueño y hasta tierno por su ingenuidad el libro de Gambini: no falta nada, hasta lo de Nelly Rivas está, creo que se le quedó en el tintero que Perón era amante del boxeador negro Archie Moore, ¿o no lo sería?) se horrorizan con el discurso de Borlenghi, pero *siempre fue así*. Ocurre que cuando el peronismo hace algo que las clases dominantes hicieron *siempre* no se lo perdonan, pero lo dan por naturalmente aceptado cuando las mismas medidas, con otro plumaje, con otra elegancia, otro glamour, otros personajes más cultos y más distinguidos, vienen de manos del eterno poder que ha dominado este país. Como sea, luego de tanta historia que ha corrido tomada de la mano compleja del peronismo, luego de tanta obstinación en mantenerlo a flote, no deja de ser cierto que siempre que jugó claramente del lado “correcto”, del lado del poder, del lado de las clases dominantes, de las clases hegemónicas, se le aceptó todo y hasta se lo vio hermoso. ¿O no fue bello Menem para esos infalibles miembros del establishment que fueron Alvaro Alsogaray y su hija, la niña del tapado de visón, de las piernas largas y los negocios turbios?

PROXIMO
DOMINGO

La vida por Perón

IV Domingo 6 de enero de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

8 El bombardeo del 16 de junio

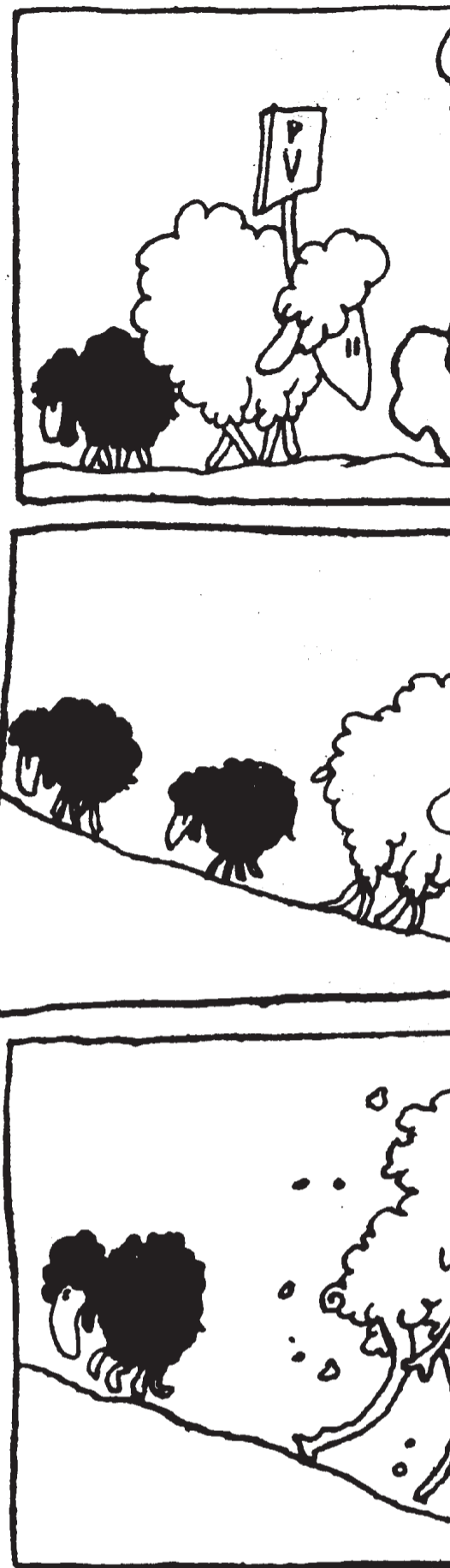


Es ahora el 11 de junio de 1955. La oposición al régimen vive sus días de mayor dinamización política. Perón —que debió advertirlo— nada hace. Pone gente en cana, lo cual acentúa su imagen represiva, crea mártires y crea también torturadores y hechos aberrantes como la muerte de Ingalinella. Que fue el *único muerto* del régimen peronista. Notable hecho de este gobierno autoritario y nazifascista. Mató a un solo tipo. A una excelente persona, sin duda. Pero los de la Libertadora —a menos de un año— ya fusilaban a Valle y los suyos y ya llenaban de cadáveres el barro de José León Suárez. Nada de qué asombrarse: era Ramón Falcón que volvía, era el coronel Varela, era Justo, eran —antes que ellos— los asesinos paranoicos Ambrosio Sandes, Irrazábal y Wenceslao Paunero. Ramón Estomba y Rauch. ¿O desde cuándo los defensores de la democracia y la república tuvieron buenos modales? En cuanto a la tortura, torturaron diez veces más los de la Libertadora que los “famosos” hermanos Cardozo, tornados célebres por la literatura antiperonista. Es ahora, decíamos, el 11 de junio de 1955. Se hace “una gigantesca y belicosa procesión de Corpus Christi” (Halperín Donghi, *Ibid.*, p. 143). Se produce un episodio lamentable porque no sirvió para nadie: la quema de la bandera argentina. Todavía veo la foto de Perón en *Noticias Gráficas*. Mira con aire consternado la bandera chamuscada. Todo se estaba poniendo muy espeso. Yo, a esa edad, sólo recordaba a Perón como Presidente. Les preguntaba a mis viejos: “¿Y si lo echan a Perón, ¿quién va a ser presidente?”. Ingenua frase infantil que revelaba un cándido respeto por el orden institucional. ¿Cómo lo iban a echar a Perón si él era el presidente? Después seguía jugando con mi *Mecano* o leyendo *Rayo Rojo* o *Misterix*. Escribe Halperín Donghi: “El 16 de junio a la protesta desarmada siguió la tentativa de golpe militar: una parte de la Marina y la Aviación se alzó contra el gobierno, bombardeando y ametrallando lugares céntricos de Buenos Aires. Esa noche, sofocado el movimiento, ardieron las iglesias del centro de la ciudad, saqueadas por la muchedumbre e incendiadas por equipos especializados que actuaron con rapidez y eficacia: en San Francisco, en Santo Domingo, el fuego se llevó todo, hasta dejar tan sólo el ladrillo calcinado de los muros; las cúpulas, levantadas y rotas por la presión de los gases de combustión, dejaron paso a llamaradas gigantescas” (*Ibid.*, p. 144). Acabamos de leer un texto indigno de cualquier historiador. Es posible que yo sea demasiado directo en algunas opiniones y eso me reste “distancia académica” ante los hechos. Lo siento. Academia, a mí me sobra. Eso no me preocupa. Me educé en Viamonte 430 con los mejores profesores de la primavera de Risieri Frondizi. El plus que tengo sobre los académicos es que soy un escritor. Y un escritor es un tipo que se maneja con imágenes. Más aún si es también un guionista cinematográfico. Alguna vez Jorge Lafforgue me contó, con buen humor, que al eminente Halperín Donghi lo único que le gustaba de mi obra era el guiño del policial *En retirada*. A mí, por ejemplo, cada vez se me caen más de las manos sus libros tan exaltados por algunos de sus seguidores. Escuche, Halperín Donghi: usted no puede despachar la jornada del 16 de junio diciendo “una parte de la Marina y la Aviación se alzó contra el gobierno, bombardeando y ametrallando lugares céntricos de Buenos Aires”. Este texto es una ofensa a los derechos humanos en la Argentina. Tampoco puede escribir —como escribe sólo unas páginas más adelante— “El año 1956 transcurrió así con un rumbo político impreciso” (*Ibid.*, p. 155). Porque, ante todo, está ignorando la obra maestra de Rodolfo Walsh, que llevó las matanzas de ese año de “rumbo político impreciso” a hecho literario, a obra maestra de nuestras literaturas. (Dejo de lado la cuestión de la creación del periodismo de ficción y de la precedencia de Walsh sobre Truman Capote.) Vamos por partes. Analicemos el primer texto. (Como verán, tengo frialdad académica.) ¿De qué nos habla? De “una parte” de “la Marina y la Aviación” que se alzó contra el gobierno. Este alzamiento habría implicado —para tan escueto texto— *solamente* un bombardeo y ametrallamiento de “lugares céntricos”. Cualquiera se preguntaría: ¿“lugares céntricos”? ¿No hay “personas” en los “lugares céntricos”? Parece que no. Parece que *justamente* en el momento en que los aviones de la Marina *bombardean los*

lugares céntricos ahí no hay nadie. Raro, pero tal vez posible. Sigamos. Halperín, en cambio, nos detalla la obra de la barbarie. Es de noche. Arden las iglesias. Son saqueadas por las muchedumbres. (Las “muchedumbres”, qué palabra tan precisa para señalar el descontrol, la anarquía, la siempre retornante barbarie de un país que no acepta nunca regirse sabiamente por su constitucionalismo liberal.) Las “muchedumbres”, además, “saquean”. Son muchedumbres delictivas. Son hordas. Luego interviene el “factor régimen”. Surgen unos “equipos especializados”. Especializados en quemar iglesias. Asombrosa especialización. Actúan “con rapidez y eficacia”. Sigue la descripción de la catástrofe. El fuego lo barre todo, “hasta dejar tan sólo el ladrillo calcinado de los muros”. Se condeule mucho el gran historiador argentino. No se pregunta por qué ocurrió este hecho —injustificable, claro—, qué lo provocó, qué provocó la furia, qué despertó el fuego. El fuego vino del cielo. Un periodista —que he criticado más de una vez— es en esto más sincero que el rey de nuestros historiadores serios: “Al caer la tarde, en los policlínicos y en las comisarías se amontonaban los cadáveres que media docena de camiones habían recogido en las calles. El espectáculo más tétrico lo ofrecía un trolebús semidestruido por una bomba, la que estalló en su interior cuando pasaba por la Casa Rosada: casi todos los ocupantes murieron en el acto. La cantidad de víctimas —según el recuento de los diarios— habría sido de 200 muertos y más de 800 heridos. Algunos de éstos fallecieron después” (Hugo Gambini, *Historia del peronismo, la obsesión (1952-1955)*, Vergara, Buenos Aires, 2007, p. 365). También Félix Luna narra la masacre con honestidad: “Pero todo salió mal y el saldo fue una tragedia que desde entonces quedó fijada en la memoria colectiva con la dimensión macabra de una injustificada masacre (...) un panorama horrible: cuerpos destrozados, charcos de sangre, heridos y mutilados por todos lados” (*Ibid.*, pp. 236/238). Pero falta algo: “Parecía que todo había terminado, pero a las 17.40 sobrevino el último ataque, casi una salva, producido por una única máquina que, después de sobrevolar la zona céntrica, se fue alejando rumbo a Montevideo: una especie de ‘yapa’ insensata, que no respondía a ninguna necesidad bélica” (*Ibid.*, p. 238). Este avión llevaba la inscripción bélica, la insignia que daba unidad a las luchas de la época en su fuselaje: “Cristo Vence”. No aterrizó en ningún lugar de la Argentina. Siguió hasta el Uruguay donde fue amablemente recibido. Uruguay era un país tan jugado contra Perón que se hizo cómplice de una de las peores matanzas de nuestra historia. Que se aguanten entonces a todos los insoportables, fanfarrones turistas que les mandamos a Punta del Este, localidad ya conquistada por lo más vulgar de la clase media argentina, rastacuerista de alma. Recíbanlos bien. Como a ese avión de la Marina que mataba gente al grito guerrero de “Cristo Vence”.

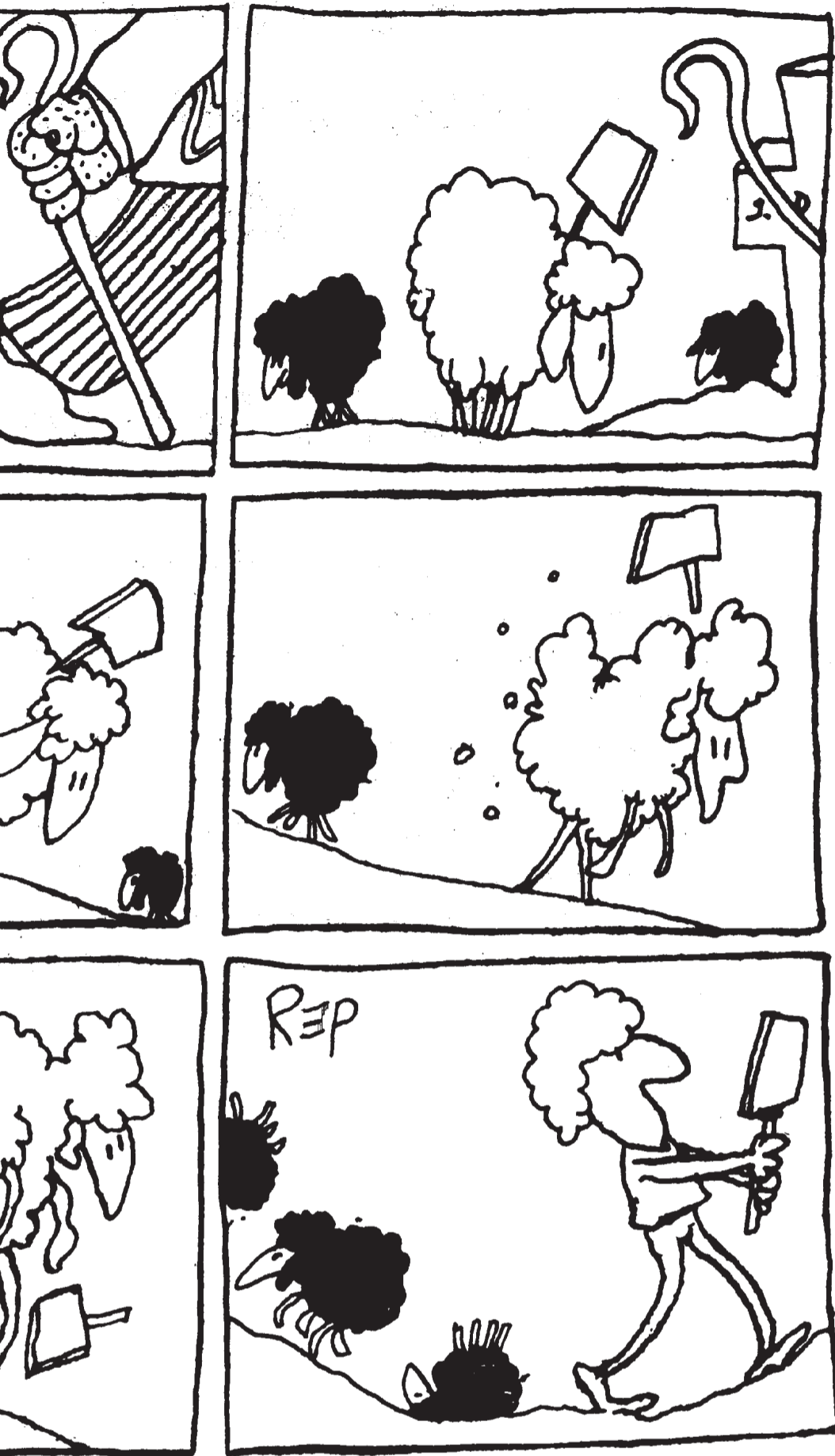
Pero volvamos a Halperín. ¿Cómo ha sucedido esto, Tulio? ¿Vale más una cúpula, algunas iglesias (o muchas, las que usted y el antiperonismo incansable quieran) que doscientas vidas? ¿Cómo pudo olvidarse de algo así? ¿Qué seriedad tiene *Argentina en el callejón*? ¿Cómo puedo tomar seriamente un libro que recorta tan brutalmente la realidad? Y no dudo de que se trató de algo inconsciente. Usted quiso olvidar los muertos de Plaza de Mayo y hablar de la barbarie peronista incendiando las iglesias. Pero eso que acaso haya sido inconsciente mientras escribía este libro de ligeras anotaciones expresa lo que finalmente tuvo más peso en la sociedad argentina. Hablar de la quema de las iglesias es hablar contra la barbarie, la incultura de los peronistas. Siempre “alpargatas sí, libros no”, al fin y al cabo. Hablar de las víctimas del bombardeo a Plaza de Mayo es cosa de peronistas. Increíble: el 16 de junio es una fecha de dolor que sólo le corresponde al peronismo. Es un “hecho partidario”. La quema de las Iglesias es una injuria a la casa de Dios, a nuestras creencias, a la fe católica de este país de conciencias religiosas, las que dan, al fin y al cabo, verdadera unidad a la institución familiar, base de nuestra sociedad... y todo eso.

Hay que decirlo claro y fuerte: el 16 de junio de 1955 la Marina argentina bombardea una ciudad abierta, hace fuego frío y deliberado, criminal, sobre personas indefensas. Asesina (que se entienda: asesina) a doscientas personas y a otras que mueren después. No importan las estadísticas. Ya se sabe:



no bien empiezan las estadísticas es porque cada una de las vidas perdió su valor. El 16 de junio de 1955 (y ésta es una tesis que pertenece sobre todo a Guillermo Saccomanno y que, supongo, aparecerá en su próxima novela: 77) es el preñuncio de la ESMA. La Marina muestra hasta dónde pueden llegar su odio y su ensañamiento criminal.

Importa señalar que salieron obreros a dar “la vida por Perón”. La CGT, a cuyo frente estaba Di Pietro, los convoca a la defensa de “su” gobierno. No fueron muchos. Convendrá analizar de otro modo la célebre consigna peronista. Sobre todo luego de haber estudiado el tipo de “pueblo peronista” que moldeó el Estado de Bienestar que implantó Perón en su década de gobierno. La fórmula Estado de Bienestar no es de la época. Pero la utilizo igual. Es ese Estado peronista que ya hemos estudiado pero seguiremos estudiando (falta aún): el Estado generoso que protege al obrero y lo libra de luchar por las conquistas sociales, concediéndoselas. Dentro de este encuadre: ¿qué significa “la vida por Perón”? Sé que a algunos les parecerá arbitrario mi enfoque, pero me interesa abrir una nueva punta, sólo eso. Si seguimos a León Rozitchner y distinguimos el “no matarás” paterno del “vivirás” materno, ¿no estaría ese proletariado peronista de los años de júbilo animado por la presencia femenina de Evita como gran madre, animado por el “vivirás” materno? Si así fuera, tendríamos dos significados de la frase “la vida por Perón”. El que siempre se entiende, el más literal: “Damos la vida por Perón” (que se liga a la muerte). Y el otro, el



López Rega y a la Triple A! Terminanos, así, con los *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Si hay ahí algo más que lo busque otro.

LA CONDUCCIÓN NO CONDUCE

Milcíades Peña, en cambio, no se traicionó nunca. Se dirá que murió joven. Pero ésta es una teoría miserable. Supone que los hombres se traicionan, se entregan con los años. Y lo que tiene de miserable es que justifica a quienes lo hacen. No: nadie tiene por qué abjurar de sus pasiones tempranas. Cambie la historia para el lado que cambie, siempre habrá convicciones personales que dieron sentido a nuestra vida, y de las que no vamos a renegar. Juro, por ejemplo, que los canallas de este país siguen siendo los mismos de siempre. Los vamos a ir señalando sin vueltas, hasta, diría, sin demasiada cortesía, y hasta con cierta falta de educación. Peña, decía, es un tipo bárbaro. “Hacia 1954 es convocado por esta organización (la del trotskista Nahuel Moreno) para colaborar en la edición del periódico *La Verdad*, que edita la corriente morenista mientras funciona como fracción interna del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). Desde este periódico, Moreno y Peña escribirán una serie de artículos con los cuales resisten las tentativas cívico-militares que desembocan en el golpe de 1955 y llaman desde entonces a la resistencia. Peña recapitula, dos años después, esta experiencia en el folleto “¿Quiénes supieron luchar contra la ‘Revolución Libertadora’ antes del 16 de septiembre de 1955?” (Horacio Tarcus, *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*, Emecé, Buenos Aires, p. 501, 2007). El folleto es de 1957. En otro texto que publica en *Fichas* narra cómo él y otros fueron a pedir armas a los sindicatos y no obtuvieron nada. ¿Qué podían obtener? Sólo podían transformarse en figuras heroicas, de enorme dignidad (porque no eran peronistas), pero patéticas porque pretendían luchar por un líder que ya había puesto violín en bolsa: cañonera paraguaya y a rajar. Luego vendrían las interminables justificaciones. Pero Milcíades y los que fueron a pedir armas tenían su visión de la Historia. Se jugaban a una que bien pudo ser. Y que habría sido interesante de observar. Con un Ejército con mayor poder de fuego, con los sindicatos dispuestos a la lucha (al menos los que armaron las barricadas obreras contra el golpe de Menéndez), con los sectores del pueblo peronista no ablandados por el Estado de Bienestar o con los que descubrían que los que venían, que los jovencitos del Cristo Vence, la clase media gorila, que los estudiantes de las clases acomodadas, que los izquierdistas dispuestos a barrer contra la demagogia populista, con los engaños a la clase obrera y sus genuinos intereses, que con los comandos civiles herederos de la Liga Patriótica, que con la Iglesia, la Sociedad Rural y la aristocracia de la Marina, perderían años de conquistas, serían perseguidos, volverían los días de la soberbia de los patrones, la falta de trabajo, la baja de los sueldos y todo ese mundo que había odiado al peronismo porque era obrerista, porque representaba a la negrada, a las sirvientas, a los delegados fabriles y porque, aunque robaba como habían robado todos los gobiernos de la Argentina, aunque sus dirigentes se corrompieran, aunque le pusiera el nombre de Perón al buzón de la esquina, siempre sería más de ellos que la vieja Argentina que se venía, rencorosa, vengativa, oligárquica y oligárquicamente burguesa. Contra todo esto se jugaron Milcíades y los suyos. ¿Dónde estaban los fusiles? Querían pelear. No querían caer sin dignidad, mansamente. Pero la foto que tenemos del último acto de Perón en el país que requería su conducción es la de ese hombre que se mete inseguro en una cañonera de un país dictatorial, bananero aunque no tuviera bananas. No es la última imagen de Salvador Allende. Con el casco de guerra, la metralleta y mirando hacia el frente esperando a los asesinos. Se dirá: a Allende lo mataron, de nada sirvió su última foto heroica. Pero hay en un líder revolucionario algo de los comandantes de los barcos que se hunden. Son los últimos que abandonan la lucha. ¿De qué sirvió la huida de Perón? Nadie puede tener una respuesta clara para esto. Pero es hora de hacer todas las preguntas. Acaso no sea eso de la “versión definitiva” del peronismo con la que, desde luego, no estoy de acuerdo porque nunca la habrá, la que esté muy lejos de expresar estas desmedidas preguntas, o las que no tenga por qué evitarlas, ya que nos hemos

del “vivirás” materno: “Tenemos la vida por Perón” (que se liga a la vida). Esto permitía abrir algunos cauces para entender los numerosos motivos de la caída del peronismo. Un líder que no había formado cuadros combativos. Pero para pelear hay que matar. Y el pueblo peronista nació ligado a la vida antes que a la muerte.

En mi relevamiento de textos importantes sobre el peronismo he dejado de lado el célebre *Estudios sobre los orígenes del peronismo* de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero. Siempre resultó algo misterioso para mí el secreto prestigio de este libro. Se editó primero en el Instituto Di Tella. Y luego, supongo, el prestigio de militante de la izquierda de, sobre todo acaso, Portantiero lo tornó de lectura insoslayable. Lo que dice es mínimo: que los migrantes no aparecen en el '43 sino que ya había una afluencia de los mismos desde la época de la Concordancia con la supresión de importaciones. Hay por ahí algunos gráficos de esos que parecieran dar seriedad a algunos libros y que a mí en general me importan poco, creo que reemplazan la capacidad de pensar por cifras que siempre, finalmente, tienen que pasar por la rigurosidad de la hermenéutica, de la interpretación. Y, por fin, el verdadero aporte teórico radica en que al transformarse el Partido Laborista en Partido Peronista los obreros pierden su organización de clase autónoma y pasan a formar parte del aparato peronista. No mucho más. Portantiero es una figura paradigmática en nuestra cultura. Recuerdo un notable artículo suyo de 1974 defendiendo, ante la ofensiva fascista del

isabelismo, con los Ottalagano y los Sánchez Abeleña, el “desorden” de la Universidad del '73 como un desorden creativo, como un fervoroso campo de ideas que daba vida a los claustros. También —y esto lo recuerdo con enorme nostalgia y afecto— me mandaba a sus ayudantes de cátedra cada vez que yo daba una clase en alguna cátedra de la JP para que me rompieran lo que ustedes pueden imaginar, pero con nivel teórico, de frente, con ideas. Buenos tiempos. Luego Portantiero se exilió y volvió de México hecho un “conservador y de centro”, palabras suyas. Dio un seminario sobre Gramsci que pudo haber incomodado a algunos. Pero, cada vez más, se iba para la derecha. Una vez, en un bar, allá por el '88, el entrañable piantado de Pancho Aricó se puso a cantar “La Internacional”. “¡Atrás, burgués, atrás!”, exclamaba. Portantiero me miró con gesto de “qué piantado está, por favor”. Pero lo quería de corazón a su amigo. Y de pronto lo imperdonable. Hacía un buen tiempo que no sabía nada de él. Eran los '90. Los malditos '90. Portantiero era un más que importante profesor académico. Y alguien le pide que le presente un libro. Alguien que la jugaba de gran demócrata durante esos años. Y el Negro acepta. Le presenta el libro. El autor era Mariano Grondona. ¡Caramba, Negro Portantiero, qué trayectoria! ¡De defender el “desorden” revolucionario de la Universidad del '73 contra todos los fascistas que el peronismo arrojaba sobre ella a presentar en los noventa un libro del autor de *Meditación del elegido*, abominable texto de Grondona del año '74 en que defiende a

animado a hablar de la “locura” de una versión definitiva no habrá tema que quede afuera. Volvió viejo. Rodeado por un clown sanguinario y una cabaretera perversa (hay cabareteras que son dulces, espléndidas mujeres, pero ésta era ponzoñosa) que regaron de sangre el país ayudados por tipos siniestros como el comisario Villar, el héroe cordobés Navarro (el de la “desobediencia histórica”, parapolicial comparado con San Martín), con Osinde, con paras franceses y luego con un Ejército al que cada vez permitió más y más participar en una represión que paulatinamente perdía sus límites. ¿No habrían sido preferibles a estas catástrofes y a todos los años de persecuciones que sufrió la clase obrera luego de la huida de su conductor una lucha abierta y franca en 1955, cuando se tenían todas las posibilidades de ganar? ¿Quién puede decir que habría sido imposible? Sólo hacía falta un líder decidido. Lo demás estaba. A ver si nos entendemos: el Ejército leal era más poderoso que el rebelde y habría aplastado el golpe. Milcíades Peña y muchos otros como él no eran suicidas. Fueron a pedir armas. Fueron a defender a un gobierno para el que tenían muchas críticas pero lo sabían querido por el pueblo. Y sobre todo: ¡conocían la vieja ralea que se venía! “Poco antes del 16 de septiembre, la CGT había hecho como si estuviera dispuesta a formar milicias obreras” (Peña, *Ibid.*, p. 127). Pero el líder de la clase obrera no se hacía presente. Esto enfriaba a la CGT y al Ejército Leal. Este Ejército (y éste es un punto muy delicado) temía la formación de milicias obreras. El problema de un Ejército burgués y de un orden burgués como el del Estado de Bienestar Peronista es que si arma a la clase obrera no sabe dónde ésta se va a detener. Curiosamente o no, durante las jornadas de septiembre aparecieron muchos obreros dispuestos a la lucha. Esto no desmiente la teoría del pueblo de las conquistas “concedidas” y no “conquistadas”. Pero —ante la desesperación y cabe suponer que este factor tuvo importancia, es decir, la certeza de que se estaba a punto de perder todo lo conquistado en diez años— más obreros de los que esperaban los sindicatos y el Ejército salieron en busca de armas. ¿Por qué los sindicatos aflojaron su combatividad, por qué la aflojó el Ejército? *Porque la conducción se hizo humo aduciendo la transitada excusa del bien de la patria, de su unidad y para no desatar una guerra civil.* Entregó así al proletariado argentino a años de persecuciones, proscripciones y desamparos. Pero no hubo guerra. Milcíades habrá de escribir un texto terrible. Figura en él la palabra *afeminado* aplicada a Perón y esa palabra era una palabra del gorilaje de la época. Porque la Libertadora se solazó, además, en zaherir la valentía de Perón. Perón se defendió y ya veremos cómo. Voy a citar el texto de Milcíades porque es impecable, lúcido. Quien quiera quitarle la palabra “afeminado” se la quita. Yo prefiero obviarla. Es innecesaria. Pero lo demás, hay que leerlo, pensarlo largamente y estudiarlo y discutirlo. Escribe Milcíades Peña: “Quedaba definitivamente claro que el afeminado general don Juan Domingo Perón no era el tipo de caudillo capaz de ponerse al frente de sus hombres e imantarlos con el ejemplo de su coraje personal. Generales insospechables empezaron a pasarse a los rebeldes, y finalmente el lunes 19 a las 13 se anunció al país la renuncia de Perón, que cedía el poder al Ejército (...) Sin embargo, las fuerzas ‘leales’ eran militarmente más poderosas que las insurrectas, controlaban la capital y contaban con la simpatía total y activa de la clase obrera y el pueblo trabajador. Militarmente, los rebeldes no habían aniquilado, ni siquiera debilitado a los ‘leales’. Habían derrotado su lealtad (...) Perón declaró en el exilio que en sus manos estaban los arsenales y que no quiso dar armas a los obreros que las pedían insistentemente, para evitar una matanza (*El Plata*, de Montevideo, octubre 3, 1955)”, Peña, *Ibid.*, p. 128.

Ahora bien, lo que seguidamente dice Peña es su tesis central. Se cree en ella o no. Se la discute. Se la acepta. Se la rechaza. Escribe: “*En verdad, no fue la matanza lo que Perón trató de evitar, sino el derrumbe burgués que podría haber acarreado el armamento del proletariado. La cobardía personal del líder estuvo perfectamente acorde con las necesidades del orden social del cual era servidor (...)* La caída ingloriosa del régimen peronista dio lugar, pues, a gérmenes de una insurrección obrera. Diez años de educación política peronista y el ejemplo de la direc-

ción peronista se encargaron de que esos gérmenes no prosperaran” (Peña, *Ibid.*, pp. 128/129).

LA DECISIÓN DE DAR LA BATALLA

No es fácil responder la cuestión. Por una parte sabemos que el peronismo —tal como se organizó— no lo hizo para desatar una rebelión obrera armada aunque fuera en defensa de su gobierno. La única que planteó seriamente esta cuestión fue Evita. Compró armas al príncipe Bernardo de Holanda y las entregó a la CGT. Los generales leales Lucero y Solari denunciaron el hecho a Perón. Perón reprime duramente a Espejo, le dice que Evita, por su enfermedad, ya no puede tomar decisiones, y envía las armas al arsenal Esteban de Luca. De este arsenal tomarán estas armas los “libertadores” para usarlas contra Perón en septiembre de 1955. ¿Creía Evita en la posibilidad de una defensa popular armada del gobierno de Perón? ¿Era eso el peronismo? La cuestión es así: ¿se había formado a sí mismo el peronismo como para enfrentar su lucha final armando a la clase obrera a la que había educado con la consigna que aconsejaba “de casa al trabajo y del trabajo a casa”? Este enfoque es fácil de resolver. Es la vulgata de la cuestión. Una vulgata que viene tanto de la izquierda como de la derecha. También del peronismo. Todo está claro. Un Estado de Bienestar no es un Estado revolucionario. Si cae, no evitará esa caída apelando a la lucha armada. Hay, incluso, en ese peronismo cuasi místico de Favio una visión de Perón como ángel de la paz y de la vida, como un general bueno que no llevará a su pueblo por las sendas de la muerte. En fin. Pero hay otro punto de la cuestión. No es el tradicional.

Nadie puede controlar *hasta dónde* llegarán los obreros cuando se les empiezan a conceder mejoras. Cuando se los incita contra los patrones. Cuando se les hace ver que si vienen los de antes volverán los años de miseria y persecución. El peronismo tiró mucho de esta piola. Los discursos de Evita fueron incendiarios. Y ni hablemos de los últimos discursos de Perón. Seamos claros: un líder no puede decir el discurso que dijo Perón el 31 de agosto de 1955 y meterse en una cañonera de otro país (“¡tomarse el buque!”) dos semanas más tarde. El discurso del 31 de agosto no tiene otra opción más que asumirse. El líder que lo dijo se pone al frente de esas palabras, no las niega y huye. Esas palabras incendiaron los ánimos de los obreros y es posible que hayan llevado a muchos *más allá* del esquema del Estado de Bienestar. Por primera vez Perón reclamaba *la acción directa* de su pueblo. “A la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor. Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente.” Pero es otro el párrafo *totalmente nuevo* en el lenguaje de Perón. “Establecemos (dice) como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de la ley o la Constitución, *puede ser muerto por cualquier argentino*”. Esta conducta, insistió, debía ser seguida *por todos los peronistas*. Y luego lanzó la célebre consigna del “cinco por uno”. Señalemos hasta qué punto se estaba escribiendo una historia para ese momento y para los largos años que vendrían en nuestra patria. La frase que habrá de decir Perón tiñe de sangre la argentina contemporánea ya que habrá de ser recogida por distintos sectores armados. La guerrilla recogerá el “cinco por uno”. Y los militares del Estado genocida la transformarán en “cincuenta por uno”. Si calculamos los muertos de la guerrilla en aproximadamente seiscientos la cifra de “cincuenta por uno” nos da la de los treinta mil desaparecidos. Esta proyección tiene la frase que Perón lanza el 31 de agosto: “La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. ¡Y cuando uno de los nuestros caiga caerán cinco de ellos!”. Recién en 1973 volvería a hablar desde los balcones de la Rosada: con un vidrio de protección que la derecha le había puesto para indicar que los “zurdos” querían matarlo. El sol daba sobre el vidrio y se hizo muy difícil verlo a Perón.

“Parece que cuando Perón abandona el balcón —es la noche del 31 de agosto— le dice al jefe de Policía:

—¡Por favor, Gamboa, saque toda la policía a

la calle! ¡No sea cosa que pase algo!” (Luna, *Ibid.*, p. 943).

Rara frase. ¿Quería que no pasara nada luego de ese discurso? Di Pietro se entusiasma y empieza a armar milicias populares. Las milicias no se arman por una locura de Di Pietro sino porque hay muchos obreros que se desbordaron de los esquemas del Estado de Bienestar. ¿Está claro? *El discurso de Perón rompía con el Estado de Bienestar*. Era un discurso de guerra. Reclamaba la acción de cada peronista. No es casual que si el líder llama a la lucha muchos obreros rompan el cerco ideológico y organizativo establecido hasta entonces. Una cosa es pedir a esos que el conductor conduce que “vayan de casa al trabajo y del trabajo a casa” y otra —distinta— es pedirles que maten a cualquiera que intente alterar el orden. “Contestar una acción violenta con otra acción violenta”. *¿Cuál es el ámbito de esta acción? ¿Dónde tiene lugar? ¿En el trabajo? ¿En la casa?* No, en la lucha, en la política hecha guerra, a lo sumo: en la política organizada desde los sindicatos adonde habría que ir a buscar las armas y defender al gobierno del pueblo. No fueron *todos* los obreros: muchos siguieron dentro del esquema del Estado que proveía y ellos que recibían. Tenían miedo —posiblemente— y este esquema les permitía seguir siendo peronistas sin arriesgar la vida. Pero hubo otros que entendieron el nuevo encuadre: *el Estado los reclamaba*. Ese Estado que siempre les había dado concesiones, no podría dárseles en el futuro *si ellos no lo defendían ahora*. De casa a la CGT y de la CGT a la guerra. Muchos lo interpretaron así y así estaban dispuestos a actuar. Por otro lado, los hombres de armas —pese a que son naturalmente renuentes a las milicias armadas— no abandonan a Perón. Que quede claro: Perón se va con un Ejército que le sigue siendo leal y es superior al enemigo. Con una CGT decidida a la lucha. Y con los obreros que se habían olvidado de los amparos del Estado de Bienestar y se la jugaban por él. Lo que falla es la conducción. Es difícil saber quién habría ganado. (Todo parece indicar que habría sido Perón. La clase media estaba aterrorizada, los jovencitos del Cristo Vence paralizados y los comandos civiles habrían sido un aperitivo para el Ejército de Luce-ro.) Cuando la situación se plantea de este modo lo que la resuelve es *la decisión de dar la batalla*. El Ejército leal, la CGT y los obreros movilizados pierden la conducción. No la tienen. La conducción huye. Nada puede desalentar más a los que están decididos a pelear. Los rebeldes, en cambio, estaban decididos a todo. ¿Perón quiso evitar una guerra civil? ¿Fue víctima de sus condicionamientos de clase? ¿Había perdido energía vital, creatividad? ¿Toda esa parafernalia de la UES, la pochoneta, la adulación, los bronces, los monumentos, la alchahuetería lo habían deteriorado como líder combativo? Si fue un líder combativo, ¿no tenía esa combatividad los límites de la coalición militar, empresarial, burguesa y proletaria que le dio textura? Todo esto es posible. Una cosa fue real: en septiembre de 1955, a todos los que salieron a pelear, el conductor los dejó solos. Pero tampoco la había preparado. Perón organiza a los obreros desde el sindicalismo controlado por el Estado Peronista. Se trata de una organización estatal. Nunca hubo una organización de cuadros preparados para luchar en una coyuntura como la del ‘55. Los que salen en las jornadas de septiembre lo hacen por las suyas. Recorren las calles. Gritan “¡La vida por Perón!” Van hacia la CGT. No existía una sola estructura organizativa de cuadros políticos que pudiera sostener al gobierno ante un ataque armado. Sólo el Ejército. Era así: *tampoco el Ejército habría tolerado una organización de cuadros leales*. Cuando se forman barricadas contra el golpe de Menéndez son los leales Solari y Lucero quienes se quejan ante Perón. Lo mismo con las armas que hace traer Evita. “Nos tiene a nosotros.” Lo terrible de septiembre de 1955 es que *no los había perdido*. Ese Ejército burgués, institucional, profesional, insistía en su lealtad al líder. De modo que Perón no necesitaba una estructura de cuadros que saliera a defenderlo. Por decirlo todo, en 1955 el Ejército leal estaba dispuesto a hacer sentir su mayor poder de fuego sobre el rebelde, los obreros que habían roto los marcos conceptuales del Estado de Bienestar peleaban por Perón como siempre lo habían proclamado, la CGT se movilizaría en totalidad. Todos querían pelear, pero el jefe los abandonó.

PROXIMO
DOMINGO

La economía
peronista

IV Domingo 13 de enero de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

9 El concepto de aniquilamiento



LAS VEINTE VERDADES

El 21 de junio de 1973, al día siguiente de la masacre de Ezeiza, Perón da un célebre discurso en el que declara inaugurada la “etapa dogmática” del peronismo. Era una clara opción en favor de los que hacían de la *patria peronista* su bandera contra los de la *patria socialista*. En ese discurso (y es, ahora, a esto a lo que apuntamos) Perón —que busca congelarlo todo para frenar la dinámica política y movilizadora de su ala izquierda— habrá de referirse a las famosas y muy olvidadas “veinte verdades justicialistas”. ¿Quién se acordaba de ese catecismo de museo? ¿Cuándo el líder revolucionario madrileño que decía que con el Che había muerto “el mejor de los nuestros”, que la violencia de abajo es consecuencia de la violencia de arriba, que al enemigo ni justicia, que el hambre es violencia y que esto lo arreglan los jóvenes o no lo arregla nadie, se había ocupado de hablar de esa charlatanería del pasado, del viejo peronismo, el que todos, y sobre todo Perón, habíamos dejado atrás? Pero no. Impávido, seguro, prepotente, el líder dice: “Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen”. ¿Qué eran las veinte verdades, quién las conocía? Cuando llegué a la Facultad, a eso de las 4 de la tarde, ya una agrupación había hecho un colgante con las “veinte verdades”. Serían de Guardia de Hierro o de los Demetrios, el “peronismo mogólico” como se les decía. Pero se sabían las “veinte verdades”, sabían dónde encontrarlas y ahí estaban ellos: mos-

trando en su orgulloso colgante el “nuevo” credo. Al diablo con el socialismo nacional, la actualización doctrinaria y el trasvasamiento generacional. Ahora, apréndanse las “veinte verdades”, imberbes. Un pibe que se llamaba Ernesto y que era de una organización de la “tendencia”, no bien me vio me preguntó dónde estaban. Todavía lo veo: Ernesto era jovencito, tenía cejas muy pobladas, era muy serio y conducía a los suyos con eficacia. Esa tarde estaba desesperado. Todo lo que dijo fue patético, ya que revelaba las sorpresas que la Tendencia empezó a pegarse con Perón no bien el “león herbívoro” aterrizó en la patria —ahora *peronista*— que lo recibía en medio de los tiros, la furia y el miedo. “Che, José”, me dice. “¿Vos sabés qué son las ‘veinte verdades’? Decime: ¿qué mierda son las ‘veinte verdades’?” Acaso una historia de la Juventud Peronista podría escribirse con este título: *¿Qué mierda son las veinte verdades?* Estaban por todas partes. Pero estaban en los viejos libros del justicialismo. En el viejo pasado que los jóvenes —aun bajo la conducción del líder revolucionario, del amado por la clase obrera— habíamos venido a “actualizar”. Nada. Nadie tenía nada de eso.

Ni un libro de lectura de la época.

Recordé, sin embargo, que en *La fuerza es el derecho de las bestias*, Perón las transcribía. Al rato había un nuevo colgante. Un colgante de la izquierda revolucionaria con las “veinte verdades”. Pero, ¿eso íbamos a hacer? ¿Plegarnos a cualquier cosa que el Viejo dijera? Por el momento, sí.

¿Veinte verdades? Veinte verdades, general.

Las veinte verdades fueron

leídas por Perón, desde “su” balcón de la Casa Rosada, el 17 de octubre de 1950. Parecieran ser un fruto tardío del peronismo. Venían a decir cosas que Perón venía diciendo desde los lejanos años de 1943. Si en 1950 parecían un fruto tardío, en 1973 parecieron un fruto podrido o una tontería trasnochada sólo traída a flote para frenar el vértigo de la militancia, a bajar banderas, a abrirles paso a los ortodoxos. Eran, con total precisión, eso. “Los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro movimiento (...) Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen.” Veamos, ¿qué decían? Se trataba de un ideario popular, nacionalista, cristiano, estatista y entregaba algunas consignas para manejarse dentro del movimiento. La democracia estaba al servicio del Pueblo (siempre escrito con mayúsculas) y defendía sólo su interés. El justicialismo es popular y todo círculo político es antipopular, por consiguiente no es justicialista. El justicialismo reconoce una sola clase de hombres: los que trabajan. Según recuerdo de mi larga infancia de “niño privilegiado”, esta “verdad”, la de reconocer sólo como hombres a los trabajadores, incomodaba a las clases medias. “¿Cómo? ¿Y nosotros no trabajamos?”, era la queja. Algo que entrega un elemento certero: Perón siempre se dirigía a los trabajadores. Aun cuando le hablara al “Pueblo”, su interlocutor era el pueblo trabajador de la nación. Esto mantenía siempre vigente, siempre en pie las divisiones en las que persistió el movimiento: pueblo/antipueblo, patria/antipatria, leales/contreras, peronistas/antiperonistas. O sea, amigo/enemigo al más puro estilo Carl Schmitt. La cuestión es densa. No se marcan inocentemente antagonismos tan fuertes. La oligarquía argentina había grabado a sangre y fuego el más poderoso de todos: Civilización/Barbarie. Pero los del peronismo se extendían a otros enfrentamientos.

Decir “La vida por Perón” era decir “Perón o muerte”. Y éste es un antagonismo que ya señala la posibilidad cercana de la guerra, de la violencia. “Los conceptos de amigo, enemigo y lucha (escribe Carl Schmitt) adquieren su sentido real por el hecho de que están y se mantienen en conexión con la posibilidad real de *matar físicamente*. La guerra procede de la ene-



mistad, ya que ésta es una negación óptica de un ser distinto. La guerra no es sino la realización extrema de la enemistad. No necesita ser nada cotidiano ni normal, ni hace falta sentirlo como algo ideal o deseable, pero tiene desde luego que estar dado como posibilidad efectiva si es que el concepto del enemigo ha de tener algún sentido” (Schmitt, *ob. cit.*, p. 63. Bastardillas mías). Se trata de un texto luminoso: no bien se plantea un antagonismo en que uno de los dos elementos antagonizados sea entendido por el otro como *enemigo* y viceversa lo que se ha planteado es la guerra y, con ella, “la posibilidad real de matar físicamente”. De aquí que la verdad N° 7, que establece que para un peronista no puede haber nada mejor que otro peronista, sea modificada por el Perón del ’73. Aquí, ya que a él le interesaba, no regía la “etapa dogmática”. Si el líder decidía cambiar, se cambiaba. Perón advierte lo que señala Schmitt: si para un peronista no puede haber nada mejor que otro peronista, queda todo un sector de la sociedad enfrentado al peronismo. No hay un esquema amigo/enemigo fuerte, pero hay un reconocimiento de segundo grado. Primero reconozco a los peronistas: ellos, para mí que lo soy, son los mejores. Los demás, no sé. Sobre ellos cae la sombra de una sospecha. Pues si fueran decididamente buenos serían peronistas. Por consiguiente, lo mejor para mí. Pero no lo son. ¿Por qué? No puedo saberlo, o sí. Pero lo que sé es que, al no ser peronistas, no pueden ser “lo mejor” para mí. Perón, en el ’73, tiene que cambiar. Quiere aglutinar a toda la sociedad tras su proyecto y no quiere que nadie, por no ser peronista, se sienta excluido. De aquí la nueva formulación de la séptima verdad: “Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”. Es el Perón que plantea un único antagonismo: el que se produce entre el tiempo y la sangre. Volveremos sobre esto, pero digamos que ésta es la formulación más densa, más tramada del Perón del ’73. La que dice: venimos de la primacía de la sangre, ahora es la del tiempo. Otra de las caras que llevó a la tragedia es la respuesta sincera que muchos dieron a ese encuadre: “Corrió demasiada sangre. Ya no nos queda tiempo”. O también: “Corrió mucha sangre como para que ahora nos pidan tiempo”. Toda la tragedia que se desarrolla desde 1955 a 1976 radica en la imbecilidad gorila. Si no hubiese sido tan difícil traer a Perón, si no hubieran sido necesarias tantas luchas, tantas vidas, tanta sangre, acaso se hubiera podido frenar el desastre.

EL ODIO GORILA

Lo que Perón no pudo frenar en el ’73 no es (como le reprochan sus enemigos) lo que él desató. Es lo que desató el odio gorila. Perón, es cierto, alentó a las formaciones especiales, a la violencia. Tiene su responsabilidad en eso. Pero a la guerrilla la creó la necesidad del país antiperonista. La torpeza miserable, clasista, racista, antidemocrática y represiva de la oligarquía, del empresario, del catolicismo y del Ejército. ¿Si hasta el santo viejito Illia, el intocado de nuestra historia, tiene una enorme responsabilidad en esto! ¿Por qué no se jugó por la Ley, por la Justicia, por la Libertad, por el Derecho y dejó que Perón retornara en 1964? Vamos a darle la palabra a una honesta, seria historiadora radical: “En noviembre del ’64, cuando todavía no se habían extinguido los ecos del Plan de Lucha, el gobierno de Illia enfrentó otro grave problema: el día 12 se anunció que Perón, Jorge Antonio, Vador, Framini y Delia Parodi habían tomado pasaje en Madrid y se dirigían a Buenos Aires en un vuelo de Iberia. La opinión nacional se dividió en peronistas deseosos de reencontrarse con su líder y antiperonistas para quienes se corporizaba el fantasma del regreso de Perón. En los últimos meses había recrudescido la campaña ‘Perón Vuelve’, cuya sigla ‘PV’ se escribía con tiza en las paredes de los barrios. La marcha peronista cantada insistentemente en las tribunas populares de los estadios de fútbol señalaba que el recuerdo de Perón estaba vivo (...). El retorno de Perón se frustró en Río de Janeiro a pedido de la Cancillería argentina” (María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 611).

¿Quién estaba al frente de la Cancillería argentina? O mejor: ¿pertenecía esa Cancillería al gobierno del doctor Illia? Entonces el buenazo del doctor Illia impidió un regreso que habría salvado infinidad de vidas en este país. Por decirlo todo, si Perón hubiese podido regresar en 1964, Aramburu no moría. Salvo de un infarto, de un cáncer o de un resfrío mal curado, no veo, con sinceridad, qué cosas peores habrían podido sucederle al país si se le permitía a Perón regresar en esa fecha, cuando, indudablemente, lo intentó. Pero se le temía. “El fantasma del regreso de Perón.” Lo que era una esperanza para los peronistas era una pesadilla para los antiperonistas. ¿Qué era lo que se temía? Estaba ahí: en los estadios de fútbol. En los sectores populares que cantaban, con furia, la marcha peronista. Para mal o para bien, nadie despertó tanto el fervor popular en este país como Perón. Y esto horroriza a los militares, a la Iglesia (“¡nos roban al pueblo!”) y a la oligarquía (“¡otra vez los negros!”). Esas muchedumbres de los estadios eran la verificación de algo: si Perón volvía a la Argentina podría presentarse a elecciones, arrasando. *Aceptar el regreso de Perón era aceptar entregarle el país.* ¿Cómo no lo iban a parar los radicales en Río de Janeiro? Si no lo hacían, los echaban a patadas. ¿O quiénes se creían que eran? ¿En serio creían que *ellos* gobernaban? El buen viejo Illia debió, sin embargo, jugarse entero. Señores, si yo no gobierno con la ley, no gobierno. Si para gobernar le tengo que prohibir a un argentino su derecho de volver al país, me voy. Debí haber hecho eso. Lo echaron de todos modos. ¿Qué ganó obliterando el regreso del Maldito? Pero una simple, serena reflexión sobre *este* retorno nos lleva a establecer que la imbecilidad, el canallismo, *la verdadera generación de la violencia*, estuvieron *antes* en los gorilas que en Perón o en las formaciones especiales. Frustrado el regreso de 1964, las opciones para forzar el regreso del líder proscrito (del líder popular que las masas reclamaban desde los estadios de fútbol y desde cualquier lugar en que mínimamente se concentraran) debían ser mucho más drásticas. Aquí *—exactamente aquí—* se abre la posibilidad histórica de la muerte de Aramburu. ¿Quiénes abren esta posibilidad? Los que dejan bien claro que para traerlo a Perón va a ser necesario mucho más que un vuelo a través del océano y un aterrizaje en el país. Porque Perón *no puede* volver. Porque *no puede* haber democracia ni la habrá en tanto las masas sigan detrás de Perón asegurando su triunfo en cualquier elección democrática. Los que así pensaron fueron quienes hicieron fuego sobre Aramburu, aunque en última instancia haya sido Fernando Abal Medina quien lo hizo. *Ellos eligieron la sangre.* Perón, en el país, en 1964, no era la sangre. *Era el tiempo.* Una temporalidad sin duda agitada. Y un tiempo en que el peronismo habría vuelto al poder. Con Perón diez años más joven. Sin formaciones guerrilleras en acción. Con militantes duros y políticos dialoguistas. Con el vandomismo. Con lo que sea. Pero, todavía, no daba para la tragedia. Lo que siguió armando la trama final de la tragedia fue la prohibición de Perón. El miedo infame del poder tradicional. La vigencia todavía absoluta del artículo 4161. A Perón, ni nombrarlo. (*Nota:* Se trata del decreto-ley 4161 del 5 de marzo de 1956. Se llamaba: “Prohibición de elementos de afirmación ideológica o de propaganda peronista”. Se publicó en el Boletín Oficial del 9 de marzo de 1956. Vamos a citar íntegramente su artículo primero, ya que se trata de una pieza imperdible: Art. 1° Queda prohibida en todo el territorio de la nación: a) La utilización, con fines de afirmación ideológica peronista, efectuada públicamente, o la propaganda peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter, o pudieran ser tenidas por alguien como tales, pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del peronismo. Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios

peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones “peronismo”, “peronista”, “justicialismo”, “justicialista”, “tercera posición”, la abreviatura P, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales “Marcha de los muchachos peronistas” y “Evita capitana”, o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa, o fragmentos de los mismos. b) La utilización, por las personas y con los fines establecidos en el inciso anterior, de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina, artículos y obras artísticas que pretendan tal carácter, o pudieran ser tenidas por alguien como tales, creados o por crearse, que de alguna manera cupieran ser referidos a los individuos representativos, organismos o ideología del peronismo. c) La reproducción por las personas y con los fines establecidos en el inciso a), mediante cualquier procedimiento, de las imágenes, símbolos y demás objetos señalados en los dos incisos anteriores.) El miedo a las masas. La jactancia de clase. El racismo. “Somos superiores. Las masas son brutas. Son ignorantes. Perón es un fascista. No volveremos al régimen peronista.” O la humorada tan festejada de Borges: “Los peronistas son incorregibles”. Bien, desde este preciso instante de la historia en que estamos, noviembre de 1964, el gobierno de Illia prohibiendo (con, desde luego, enormes presiones militares y eclesiásticas y oligárquicas) el regreso de Perón, se podría decir: “Los antiperonistas no son incorregibles, son brutos”. Con menos imbecilidad, con algo de inteligencia, con menos odio, con menos miedo, habría corrido mucha menos sangre. No fue Perón el que, engañándola, le hizo creer a la izquierda peronista de los ’70 que él era un líder revolucionario. *Fueron los antiperonistas.* Que Perón era lo intragable para el régimen se leía en el odio de los militares, en el odio de la Sociedad Rural, de la Iglesia, de los sectores académicos, del periodismo ilustrado (la *Historia del peronismo* que se escribe en *Primera Plana*, la revista política de elite de los ’60, es totalmente gorila), en las clases medias, *en todas partes menos en la clase obrera, en los sectores populares.* ¿Cómo diablos iba a crear la juventud que se preparaba para buscar al sujeto revolucionario en el peronismo y en el maldito, el expulsado Perón, las leyendas satánicas de sus padres? “Era un nazi. Los hermanos Cardozo. Lombilla. El boxeador Lowel. La UES, centro de depravación. Los jefes de manzana. La afiliación obligatoria. La adolescente Nelly Rivas.” Pero, sobre todo, lo que los padres gorilas o gorilizados por la impresionante máquina de propaganda antiperonista que se montó a partir de 1955 les decían a sus hijos era: “Fue un nazi”. ¿Qué habríamos tenido si los jóvenes de la izquierda peronista hubieran creído en esas letanías de sus padres? La generación-Uki Goñi.

Las restantes verdades peronistas expresaban el ideal del primer peronismo. Perón regresa a ellas en 1973 porque son la garantía de un capitalismo popular, que era lo que buscaba. Y aquí el rechazo del peronismo combativo es unánime. ¿Dieciocho años de lucha para un capitalismo popular? ¿Para darles la manija a los sindicatos conciliadores, amigos de la burguesía? ¿A Gelbard y a la CGE? Acaso sí. Pero era difícil aceptarlo. Los Montoneros hicieron un encuadre típico de su modo de pensar: *cambiamos sangre por poder.* Nosotros pusimos los muertos para que el líder regresara/ nosotros queremos compartir la conducción con el líder. Conducción, conducción/ Montoneros y Perón. Y si no, lucha interna. Asesinato de Rucci.

LOS “APUNTES DE HISTORIA MILITAR”

Apuntes de historia militar es el libro que Perón escribe para sus alumnos de la Escuela de Oficiales. Pretende entregarles una ayuda práctica para que puedan profundizar los conocimientos que adquieren en las clases. En cuanto a la existencia del libro no hay otra cosa que la explique mejor. Se hizo para eso y para eso sirvió. Sin embargo, *tuvo y tiene* una vigencia importante en la historia argentina. Toda esa jerga que los peronistas utilizaron acerca de la estrategia y la táctica. Todo el

tema de la conducción y los cuadros auxiliares. La famosa frase del bastón de mariscal que cada soldado debe llevar en su mochila está ahí. Perón habla y sabe de lo que habla. Se trata de un militar culto. De un militar que forma oficiales. De un militar que ha leído a Clausewitz y a los otros principales teóricos de la guerra.

Uno de los conceptos centrales que utiliza Perón, y al que habrá de retornar en el manual de Conducción Política, es el de *economía de fuerzas*. Perón parte de un texto del mariscal Ferdinand Foch (1851-1911). Foch es un mítico militar francés, héroe de la guerra franco-prusiana y director de la Escuela de Guerra francesa entre 1907 y 1911. Cuenta un encuentro entre dos militares. Uno de ellos, casi nada, es Napoleón Bonaparte. El otro es Moreau. Napoleón le dice que desde hace ya tiempo deseaba conocerlo. Moreau no parece sentirse muy orgulloso ante Napoleón, pues su última campaña guerrera no le ha sido favorable. “Llegáis de Egipto victorioso”, le dice a Napoleón. “Yo, de Italia, después de una gran derrota” (Mayor de E.M. Juan Perón, *Apuntes de historia militar*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1951, p. 42. La primera edición es de 1932. Hubo otra en 1934. Y esta de 1951 ya es parte del aparato propagandístico del peronismo. A Perón le editaban hasta los estornudos.) Moreau ofrece algunas explicaciones acerca de su derrota y concluye diciendo: “Era imposible que nuestro valiente ejército no fuera abrumado por tanta fuerza reunida. Es siempre el número mayor el que bate al más pequeño”. ¡Ah, torpe Moreau, qué tontería has dicho delante de un genio como Napoleón, la pagarás cara! Bonaparte le dice que tiene razón, que es siempre el número mayor el que bate al más pequeño. “Sin embargo, general –dice Moreau–, con pequeños ejércitos habéis batido a grandes.” Napoleón dice que es cierto. Pero que aun en esos casos ha sido el *mayor número* el que batió al menor. Crea planteado el problema que asombra a Moreau y que Perón buscará explicar: ¿cómo puede un ejército *inferior en número* vencer a otro superior y precisamente por ser *superior en número*. En suma, cómo es posible ser más que el enemigo cuando se es menos. Más aún: cómo es posible tener más soldados cuando el otro tiene más. Napoleón –su genio militar– tiene la respuesta. Dice: “Cuando con fuerzas inferiores me encontraba en presencia de un gran ejército, concentrando con rapidez el mío, me dejaba caer como un rayo sobre una de sus alas y la desbarataba. Aprovechaba en seguida el desorden, nunca dejaba de producir en el ejército enemigo para atacarlo en otra parte, siempre con todas mis fuerzas. *Lo batía así en detalle* y la victoria que resultaba era siempre, como usted lo ve, el triunfo del mayor número sobre el más pequeño” (*Ibid.*, p. 43. Bastardillas mías). He aquí el *principio de economía de fuerzas*. Se trata de más numeroso en el lugar en que se decide la batalla. “He aquí el arte de la guerra, según Napoleón”, dice Perón, cuyo apellido afortunado, que rima con tantas cosas, rima también con el del glorioso cautivo de Santa Elena. Y anota: “He ahí la teoría del arte en su enunciado y la tarea del artista en su ejecución” (*Ibid.*, p. 42). La teoría del arte es el principio de economía de fuerzas. *La tarea del artista –el artista es el conductor– radica en aplicar la teoría*. Según vemos, para los teóricos de la guerra, la guerra es un arte y el conductor es el artista que aplica la normativa de ese arte: la teoría de la guerra. Luego Perón inicia su exposición de Clausewitz. Toma del teórico prusiano su principal concepto (aunque los clausewitzianos tratan de negarlo): *El aniquilamiento del enemigo*. Si Clausewitz es o no el teórico del *aniquilamiento* tal vez lo veamos más adelante. Para Perón, lo es. El fin de la acción guerrera es el “aniquilamiento del enemigo” (*Ibid.*, p. 108). “Recalco bien (escribo) esta finalidad y cada uno de los que inician el estudio de la guerra debe ser guiado por esta premisa. Ella encarna en las operaciones estratégicas el objetivo militar o estratégico. *Sólo el aniquilamiento del enemigo es en la guerra moderna el objetivo que guía a la conducción superior*. El olvido de este objetivo (...) llevó a una deformación de la acción guerrera, hasta que Napole-

ón los llamó a la realidad con sus operaciones y batallas que tenían un sello de aniquilamiento. Es, pues, la guerra moderna, eminentemente de aniquilamiento” (*Ibid.*, p. 108. Bastardillas mías). Ignoro si el general Justo José de Urquiza había leído a Clausewitz, pero sé que luego de la batalla de Vences (o, al menos, no dudo en afirmarlo) aplicó el principio de aniquilamiento del enemigo. Cierto es que eso le valió el incómodo apodo de *El carnicero de Vences*. Ya lo tenía de una batalla anterior: *India Muerta*. Vamos a tomar la narración que hace la historiadora entrerriana Beatriz Bosch, apasionada defensora de Urquiza, en su voluminoso *Urquiza y su tiempo*. Si ustedes me lo preguntan o, de lo contrario, me lo pregunto yo, no coincido con Beatriz Bosch, acaso porque no soy entrerriano. Pero por algo más también. Urquiza fue un militar sanguinario y el más grande traidor a la causa del federalismo. Gran parte de nuestra historia tiene su momento de quiebre en esa retirada miserable de Pavón en la que cede a Mitre la posibilidad de arrasarse las provincias. Las decisiones de los individuos forman parte de la trama histórica. Porque Urquiza fue Urquiza nuestro país fue como fue. Pudo haber sido de otro modo. No todo hombre se vende. Buenos Aires tal vez no habría podido comprar a otro general. Si menciono a Urquiza (y si volveré a mencionarlo) es porque a partir de 1973, algo secretamente, se elabora una teoría que une la figura de Urquiza a la Perón: *dos traidores*. Urquiza, al federalismo. Perón, a las ilusiones de izquierda que había apoyado desde su exilio. Incluso David Viñas publica en ese mismo año o en el siguiente una novela que se llama *General muerto* y que establece esa incómoda simetría. Volviendo, ahora, a la teoría del aniquilamiento. Bosch narra el final de batalla de Vences y la tarea de aniquilamiento a que se entregan los hombres de Urquiza y Urquiza mismo. “Aplastante triunfo del ejército federal. Cinco jefes, setenta y un oficiales y mil doscientos cuarenta individuos de tropa quedan prisioneros, según el parte del día siguiente de la victoria. Banderas, estandartes, armas y carruajes integran el copioso trofeo. *Al descalabro sigue la inmediata persecución. Urquiza mismo corre a lo largo de tres leguas a los fugitivos, que buscan los montes*” (Beatriz Bosch, *Urquiza y su tiempo*, Eudeba, Buenos Aires, 1980, p. 119. Bastardillas mías). A continuación la señora Bosch estampa una frase definitiva: “Cruento matiz caracteriza la jornada” (*Ibid.*, p. 120). Urquiza, en Vences, guerra como hombre de Rosas. Su enemigo es el gobernador Madariaga, hombre de los unitarios. El 23 de diciembre Urquiza dice: “La Justicia Divina no ha permitido que por más tiempo quedasen impunes los horrendos crímenes con que estos malvados han hecho gemir a la humanidad. (¿A la humanidad? Era un conflicto entre Entre Ríos y Corrientes, JPF.) Otros cabecillas empecinados y famosos salteadores también han sido fusilados en los Distritos donde fueron aprendidos, quedando en consecuencia esta Provincia limpia de malvados y sin el más mínimo germen de rebelión” (*Ibid.*, p. 120). Esta última línea de Urquiza es de notable justeza: *sin el más mínimo germen de rebelión*. En suma, la guerra de aniquilamiento persigue que *no quede vivo ni un solo germen de la rebelión que se ha querido sofocar*.

EL CONCEPTO DE “ANIQUILAMIENTO” APLICADO A LA GUERRILLA

Sigue su análisis Perón: se concentra en Clausewitz. Antes, cita una frase de Foch que siempre me resultó más que divertida: “No hay victoria sin batalla”. Es posible sacar las frases más disparatadas de este esquema. “No se llega al centro sin tomar el subterráneo.” O “no hay resfrío sin bacteria”. O “no tendré los pantalones húmedos si no me meo encima”. Creo que ésta es la más inspirada, aunque deteriore la seriedad de este texto. Ahora bien, Perón sabe por qué cita la frase de Foch. Y luego lo sabrá cualquier peronista. O cualquier guerrillero. O cualquier revolucionario. “No se toma el poder sin lucha armada.” “No se gana una elección sin lograr el apoyo del pueblo.” En suma, “no se gana un

partido sin jugarlo”, sería la expresión futbolera de este axioma del glorioso mariscal Foch. Pero (según dijimos) en quien desea concentrarse Perón es en Clausewitz. Tengamos algo por cierto: Perón leyó atentamente al gran teórico de la guerra y sus *Apuntes de historia militar* son excelentes. Más adelante, en *Conducción política*, dirá, sin más, que pueden aplicarse a la política. Si es así, ¿es entonces el peronismo un movimiento que surge de la aplicación a la política de un manual de *historia militar*? Habrá que responder a esta pregunta.

Clausewitz es implacable. Toda la dureza que se le achaca, toda la inhumanidad que se le reprocha y de la que intentan defenderlo sus apasionados adherentes es real, cierta. Perón cita una de sus frases centrales, o acaso la que vertebra su obra: “*La victoria es el precio de la sangre; debe adoptarse el procedimiento o no hacer la guerra. Todas las consideraciones de humanidad que se pudieran hacer valer os expondrían a ser batidos por un enemigo menos sentimental*”. El comentario que Perón ofrece de este texto es también de gran precisión, de gran contundencia, y si agita algo en quienes lo leemos es porque estamos pensando qué papel habrán jugado estas durísimas concepciones en el Perón político, en todos los “perones” que tuvo el país (el del primer gobierno, el del segundo, el del exilio, el del regreso, etc.). “Las guerras (escribe, comentando a Clausewitz) serán cada vez más encarnizadas y en los tiempos que corren sólo el aniquilamiento puede ser el fin. Los medios para conseguirlo pueden variar en forma apreciable, pero la finalidad de la guerra se ha cristalizado en este precepto: *Aniquilar al enemigo para someterlo a nuestra voluntad*” (*Ibid.*, p. 130). Lo espinoso de este tema radica en que no es posible imaginar a dirigentes peronistas de primera línea que no conozcan este texto de Perón. No digo los de ahora. Ahora, época en la que el peronismo puede ser cualquier cosa y cualquiera puede ser peronista, ya que el peronismo se define más por su aparato que por alguna ideología (en una época, es cierto, en que así funcionan las cosas: no hay ideas, hay líneas de fuerza), el que se hace peronista ni idea tiene de las veinte verdades o (menos aún) de los *Apuntes de historia militar*. Pero cuando se firma el decreto de “aniquilamiento” de la guerrilla *los peronistas que lo firmaron debían saber que los militares que recibían esa orden, esa orden expresada por esa palabra, sólo podían entender una cosa, ya que conocían los textos prusianos en los que se teorizaba sobre el aniquilamiento como función final de la guerra*. Eso es lo que habían estudiado en las escuelas de guerra. *Todo militar pasa por Clausewitz*. No creo que el general Acdel Vilas –el primero en comandar el *Operativo Independencia* en 1975– no supiera qué significaba “aniquilamiento”. No me estoy agarrando de una palabra. No es, además, una palabra: es un concepto. El concepto viene de Clausewitz (es el *concepto fundamental* de su poderosa obra *De la guerra*), lo retoma Perón porque sabe que hablar de Clausewitz es hablar del *aniquilamiento* y lo retoma el gobierno de Luder al firmar la orden para liquidar a la guerrilla, *sin que quede vivo ni un solo germen de la rebelión que se pretende sofocar*, por decirlo con las palabras de Urquiza, el carnicero de la batalla de Vences. Esa palabra, en suma, está puesta en ese decreto con clara deliberación, con el completo saber de lo que ella significa. Y –en la práctica del *Operativo Independencia*– significó lo que se proponían que significara quienes la esgrimieron: el aniquilamiento total del enemigo. Hay diferencias y son importantes. Cuando Clausewitz habla de *aniquilamiento* habla de aniquilamiento en batalla y de acuerdo a las leyes de la guerra. Urquiza no: era, justamente, un carnicero porque el aniquilamiento incluyó la persecución feroz del enemigo y la muerte de cientos de hombres indefensos, inermes. Pero, sobre todo, Clausewitz habla de *batallas entre ejércitos, entre ejércitos de distintas naciones*, no de un Ejército persiguiendo a un grupo de civiles armados, connacionales. *Esto no es una guerra*. Además, si Karl von Clausewitz hubiera presenciado las atrocidades que los hombres de Vilas y luego los de Bussi hicieron en el monte tucumano, las habría desaprobado con indignación, asqueado.

PRÓXIMO
DOMINGO

Conducción política y
economía peronista

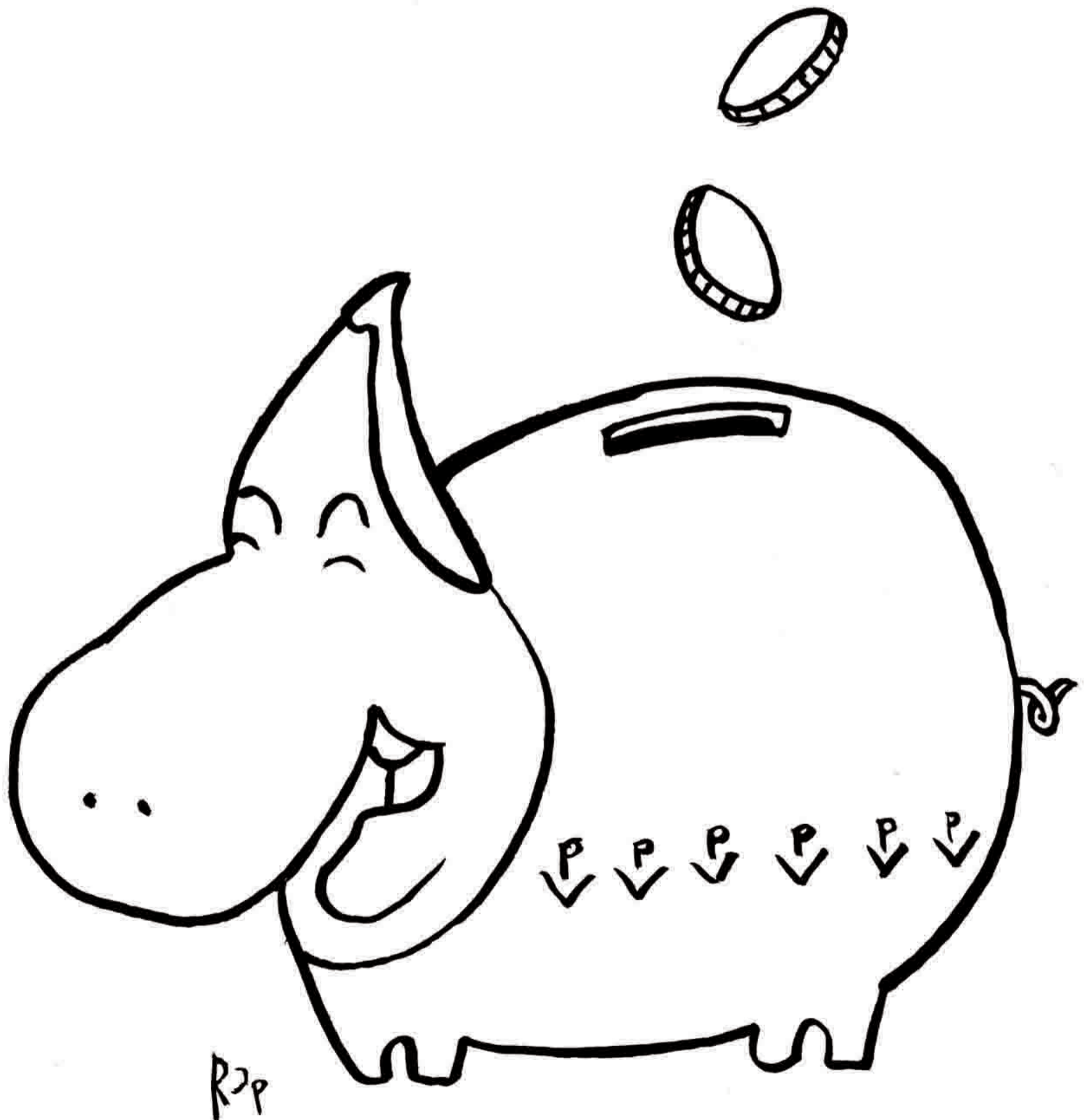
IV Domingo 20 de enero de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

10 Conducción política y economía



La palabra “estrategia” se ha transformado en una palabra peronista, algo nada imprevisible ya que proviene del léxico militar de Perón. Para el mayor de la década del '30 estrategia es un *modo de la conducción*. Hay una conducción central, una conducción que dispone de la distribución de todas las restantes fuerzas. Su responsabilidad es total y –además– a esa conducción, a la *estratégica*, se someten todas las otras conducciones. El estratega es el que conduce al conjunto de las fuerzas. A la totalidad de ellas. Así, dice Perón: “*Conducción estratégica*: Es la que se refiere a la conducción del total de las fuerzas puestas en juego” (*Ibid.*, p. 135). La *conducción táctica* no se refiere a la conducción de la totalidad de las fuerzas, sino que “conduce en detalle”. Lo estratégico se realiza a través de lo táctico. Lo táctico es la instrumentalización de lo estratégico. Pero lo táctico nunca debe sustantivarse. La sustantivación de lo táctico crearía una nueva conducción estratégica. Como se ve, por medio del hegeliano Clausewitz entra Hegel en el peronismo. La relación táctica y estratégica es la relación que la dialéctica hegeliana establece entre la totalidad y las partes. La estrategia se refiere a la totalidad. Pero la totalidad está tramada por todas las líneas tácticas que le dan contenido. Un conductor estratégico sin elementos tácticos sería un estratega de la nada. Hay una estrategia porque hay una táctica. Porque hay muchas tácticas. La estrategia consiste en dar un orden a todas las líneas tácticas, *en conducir las a todas hacia un mismo fin*. Tarea que el Perón de Madrid llevó adelante con éxito. Movié todas sus fuerzas en la dirección que la estrategia planteaba. El desarrollo del arte de la conducción se exhibió con brillantez desde Madrid. No pudo constituirse un *peronismo sin Perón*. Tomemos un ejemplo: el vandorismo intentó ser la sustantivación de una línea táctica. Toda línea táctica que abandona la totalización que impone la conducción estratégica, deja de ser táctica. Ya no puede ser una táctica de nadie. Debe convertirse en estratégica para seguir adelante. Podríamos decir entonces que *el vandorismo fue la estrategia de instaurar un peronismo sin Perón*. También, en los setenta, los sectores combativos del alternativismo, al desconocer la conducción de Perón, se apartaban de la estrategia totalizadora del conductor. Inauguraban una línea estratégica: la del peronismo sin conducción de Perón. La pregunta es: si se seguía aceptando la identidad peronista, ¿se podía desconocer la conducción de Perón? La respuesta planteaba complicaciones. No respondemos a la conducción de Perón, pero sí a la identidad del pueblo peronista. El pueblo peronista, sin embargo, sólo se movilizaba por la gran consigna de la época: *Perón vuelve*. Esto galvanizaba a todas las fuerzas del movimiento. Era difícil plantear una lealtad al pueblo y una no lealtad a Perón. De aquí que el vandorismo, en los sesenta, fracasara. Vandor no era Perón. Vandor no era la figura maldita. Las masas no esperaban su regreso en un avión negro.

En cuanto al alternativismo de los setenta tuvo que ir girando cada vez más hacia lo que ya era cuando se proclamó alternativista: a la oposición a Perón. No sólo a la no aceptación de su conducción estratégica, sino a la abierta oposición a ella. La lógica de la conducción es de hierro: si el conductor estratégico conduce a la totalidad, las líneas tácticas tienen que aceptar la conducción estratégica. De lo contrario, salen de la estructura de totalización y tienen que *totalizar a partir de ellas*. Aquí, ya estoy usando los conceptos del Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica*. Digámoslo así: el que totaliza es el conductor. Las partes de la totalidad son totalizaciones en curso, totalizaciones parciales. Pero (a diferencia del magistral juego de la dialéctica sartreana), la conducción estratégica quiere *totalizar desde un esquema de poder*. El que totaliza es el conductor estratégico. No hay un juego de totaliza-

ciones y destotalizaciones y retotalizaciones. En la conducción de la guerra no hay la libertad que Sartre encuentra en la praxis dialéctica. Perón asume la estrategia jerárquica del *conductor*. Él es quien decide cuándo totaliza, o cuándo no, a qué línea táctica otorga prioridad, cuál avanza, cuál retrocede, y hasta cuál muere por no tener ya el respaldo, el reconocimiento de la conducción estratégica. El conductor asume el papel de la astucia de la razón hegeliana. La totalidad requiere de lo particular porque es a través de él que se realiza. Pero lo particular desconoce el rumbo de la totalidad. Sólo la Historia sabe su secreta teleología. Los particularismos actúan sin saber qué sentido final tendrán sus acciones. Ponen la pasión. Es la *astucia del conductor* la que conduce las infinitas pasiones hacia el mismo fin. El único que conoce el fin es el conductor *porque él lo establece con su conducción*. De este modo, el peronismo, como la Historia en Hegel, ha hecho la historia con la pasión de sus conductores tácticos, de sus militantes, que, aun cuando pudieran encontrar consuelo en la frase célebre que proclama que todo el que es conducido tiene un papel en la conducción o que todo soldado lleva en su mochila el bastón de mariscal, han sido arcilla en los designios de la conducción estratégica, que ha hecho con ellos su plan teleológico, el sentido final de la conducción. El fracaso de toda esta trama se produce a partir de Ezeiza. Ezeiza es el estallido de las conducciones tácticas. Por decirlo algo locamente, el peronismo, a partir de Ezeiza, pasa de Hegel a los posestructuralistas y aun a los posmodernos. La Historia estalla en mil pedazos. Lean al Foucault de la *Microfísica del poder* o de *La verdad y las formas jurídicas*. Por ejemplo, volvamos nuestra atención hacia ese notable texto de 1971 que es *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Escribe Foucault: “El gran juego de la historia es quién se adueñará de las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quien introduciéndose en el complejo aparato, lo harán funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas” (Michel Foucault, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Buenos Aires, 1992, p. 18). Se trata de un texto de excepcional riqueza para entender la tragedia que se extiende desde el regreso de Perón hasta su muerte. Sobre todo, digo, *este* período. El de la relación de enfrentamiento, de discusión y apropiación de la doctrina y de la conducción que se da entre Perón y la izquierda peronista, ya ahí claramente hegemonizada por Montoneros. Observemos cómo el texto de Foucault nos permite ver el fracaso de la dialéctica conductor/conducidos, totalidad/particularidad que Perón estaba acostumbrado a desarrollar triunfalmente desde Madrid.

LO UNO Y LO MÚLTIPLE

El peronismo establece un gran relato. Todo gran relato requiere de una visión lineal de la historia. El *relato* le entrega a los hechos históricos un sentido, una racionalidad de la que carecen. Pero –en ciertos momentos– se ve un sentido en la historia. Esto lo vieron los peronistas desde el mismísimo 1955. Ni siquiera era necesario demostrar cuál sería el sentido de la historia en los años por venir: el regreso de Perón. Se establece entonces un relato: 1) *Paraíso*; 2) *Pérdida o expulsión del Paraíso*; 3) *Tránsito por la tierra del dolor. Lucha por la reconquista del Paraíso*. Acaso esto no fuera perceptible por quienes se movían por fuera del peronismo. Pero todas las luchas, desde la Resistencia hasta el peronismo combativo de Ongaro, el padre Mujica, Rodolfo Ortega Peña, los referentes de la “corriente nacional” (Jauretche, Hernández Arregui), García Elorrio y el grupo de *Cristianismo y Revolución*, los sacerdotes del Tercer Mundo, Cooke, etc., se dirigían hacia un mismo objetivo. Algo que se decía así: *el regreso incondicional del general*

Perón a la patria. Esta frase dio sentido a dieciocho años de lucha militante en la Argentina. Sí, es cierto que quienes miraban de afuera no se incluían en este relato. Pero era imposible no hacerlo: se incluían en tanto eran quienes no lo hacían. Tarde o temprano, todos los que se oponían al Régimen fueron viendo que la imposibilidad de éste para consolidarse, que el fracaso de todos sus intentos era la figura indigerible de Perón. Fueron, en alguna medida, años de felicidad. Todo estaba claro. El pueblo peronista, todos los grinitos que esperaban a Perón, era lo que el marxismo llamaba “las masas”. No era el proletariado británico, lo hemos dicho. Pero eran las masas. Marx también hablaba de “las masas”. Las “masas” eran peronistas y esperaban a Perón: había que traerlo. En lo que –no explícita pero sí claramente– se difería era en la concepción de la *recuperación del Paraíso*. Para muchos, y, sobre todo, para las “masas peronistas”, para “el pueblo peronista” por todos invocado, recuperar el Paraíso era volver a “los años felices”. Favio fue tal vez el que mejor interpretó siempre a este pueblo peronista. El peronista simple que sólo quería vivir bajo el amparo del general Perón. Quería sentir que el Estado volvía a cuidar de él. Ya se sabía: el peronismo no era el capitalismo ni era el marxismo. Era una tercera posición humanista y cristiana. Los que luchaban para que la vuelta de Perón se pusiera al servicio de las luchas revolucionarias en la Argentina, las luchas del socialismo latinoamericano, del Che, de la Cuba de Castro, no veían que la recuperación del Paraíso

se lograra sólo con el regreso de Perón. Ése era un punto de partida. Hubo incluso una llamada “teoría del primer mes” que circuló profusamente entre la militancia juvenil. Apenas volviera Perón había que tomar el poder en el primer mes aprovechando el desconcierto del enemigo. La que tomó el poder en el primer mes terminó por ser la derecha del movimiento. Fascista y violenta, asesina.

Vamos al texto de Foucault. Contra toda visión de la historia como expresión de un *decurso lineal*, Foucault se propone que “el gran juego de la historia” reside en quién se apropiará de las reglas”. Hasta su regreso, las reglas (la estrategia) las tenía Perón. A partir de su regreso, los Montoneros empiezan a disputárselas. “Quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan”. Es decir, si Perón ocupa la Plaza de Mayo porque utiliza las reglas a partir de su reconocimiento

como conductor habrá que disputarle la plaza desconociéndole ese papel, el de poseedor de las reglas. Y el siguiente texto de Foucault es luminoso: quién se *disfrazará* para pervertir las reglas, para “usarlas a contrapelo”, para usarlas “contra aquellos que las habían impuesto”. El que no quiera entender el juego de máscaras de la izquierda peronista a través de este texto e insista en el malentendido o en la

ingenua generación engañada, entiende poco de lo que pasó. La izquierda peronista “se disfrazó” de peronista para “pervertir las reglas”. Era necesario “disfrazarse de peronista” para llevar las reglas del peronismo, pervirtiéndolas, es decir, negando su sentido originario, pero ya primitivo, hacia los valores revolucionarios de la época que se vivía en América Latina. Esto implicaba utilizar las reglas “contra aquellos que las habían impuesto”. Implicaba introducirse “en el complejo aparato” (en el movimiento peronista) y hacerlo “funcionar de tal modo que los dominadores se encontraran dominados por sus propias reglas”. Este pasaje de Hegel a Foucault (a quien sería impropio llamar “posmoderno” pero ha sido quien les dio lo mejor de los materiales con que habrían de trabajar: la discontinuidad, la multiplicidad, el choque de las diferencias dentro de la trama histórica, la ausencia de un *centro*, la ausencia de un sujeto trascendental, de un sujeto constituyente de esa trama, su *decurso* no lineal sino quebrado, caótico, el “disparate” nietzscheano) es el pasaje del Perón conductor estratégico hasta el 20 de junio de 1973 al estallido de las contradicciones que se produce a partir de esa fecha, de un modo *evidente*. Lo que estaba oculto en las sombras, conjurado por el conductor, estalla. Observemos esto: Perón, en tanto conductor estratégico, juega el papel del sujeto trascendental de las filosofías de la llamada “metafísica del sujeto”. Es *desde* Perón que el peronismo se constituye. Luego de Ezeiza, la consagración de lo múltiple. De esta forma, Ezeiza implicaría el pasaje de una filosofía de lo *uno* a una filosofía de lo *múltiple*. Perón quiso mantener su filosofía de lo *uno*: todos deben acatar la voluntad de la conducción estratégica. No se hizo así. Los elementos de la totalización —que hacía del movimiento la máxima forma de

lo *uno*, y es coherente que Perón declare la *etapa dogmática* el 21 de junio, pues *lo dogmático es lo uno*— se desgajan de la totalización, la destotalizan.

La totalidad ya no controla a la destotalizaciones ni nadie espera que se llegue a una nueva totalización. Quiero decir: cada fracción lucha por ser ella la que, por fin, totalice. *La que logre totalizar a las demás habrá triunfado*. Pero no estamos en un esquema epistemológico, sino que estamos en presencia de una epistemología de guerra. La particularidad que logre ocupar el espacio de la totalización habrá liquidado, por la fuerza, por la violencia, a las otras. Busco apoyo en Foucault: “Nietzsche coloca en el núcleo, en la raíz del conocimiento, algo así como el odio, la lucha, la relación de poder (...) Solamente en esas relaciones de lucha y poder, en la manera en que las cosas se oponen entre sí, en la manera en que se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren establecer relaciones de poder unos sobre otros, comprendemos en qué consiste el conocimiento (...) Cuando Nietzsche habla del carácter perspectivico del conocimiento, quiere señalar el hecho de que sólo hay conocimiento bajo la forma de ciertos actos que son diferentes entre sí y múltiples en su esencia, actos por los cuales el ser humano *se apodera violentamente de ciertas cosas, reacciona a ciertas situaciones, les impone relaciones de fuerza*. O sea, *el conocimiento es siempre una cierta relación estratégica en la que el hombre está situado*” (Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, 2003, pp. 28/39. Bastardillas mías). Notable texto cuya última línea Sartre habría suscripto.

LO UNO EN TANTO SIGNIFICANTE VACÍO

Conceptualmente (también en este plano), el período que va de 1955 hasta 1973 y —sobre todo— el que se dilata trágica-

mente entre 1973 y 1974, en vida de Perón, y luego sigue hasta el golpe, es el período más rico, más sobredeterminado del peronismo. El Perón hegeliano *de siempre*, el Perón de lo *uno*, el Perón de la conducción estratégica, se ve cuestionado por la *multiplicidad* a partir de Ezeiza. O algo peor aún para su poder estratégico: la conducción estratégica trabaja *por afuera* de las conducciones tácticas. Cuando, en *Conducción política* —que es un libro muy importante—, Perón se asume como el Padre Eterno lo hace porque, como bien dice, siempre que se forman dos bandos peronistas él no se embandera con ninguno. La función del conductor estratégico es estar con todos. Pero, a partir de Ezeiza (y aquí reside la *tragedia* de Perón), la conducción estratégica tiene que hundirse en el *desorden* de las conducciones tácticas. Al hacerlo, ya no puede conducir a la totalidad. Vamos a recurrir al excelente trabajo que Ernesto Laclau ha hecho sobre esta cuestión. Escribe Laclau: Perón, en Madrid, “interventía sólo de modo distante en las actividades de su movimiento, teniendo buen cuidado de no tomar parte en las luchas fraccionales internas del peronismo” (Ernesto Laclau, *Emanipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996, p. 101). Aquí, según vimos, Perón es el momento de la totalización. Para serlo, tiene que enunciar de tal modo que sus enunciaciones valgan para todos. Perón es el *significante*. *El único significativo del movimiento peronista hasta Ezeiza es el significativo “Perón”*. Laclau lo va a decir desde una posición más cercana a la semiología y al lacanismo (disciplinas que no son excesivamente ni medianamente de mi agrado, pero, como decía Foucault cuando le reprocharon que conocía poco del positivismo lógico: *Nobody is perfect*), no obstante —contrariamente a lo que suele suceder—, este hecho no le restará transparencia: “En tales circunstancias (Perón en Madrid, Perón en el exilio, Perón *afuera*, JPF), él estaba en las condiciones ideales para pasar a ser un ‘significante vacío’ que encarnara el momento de universalidad en la cadena de equivalencias que unificaba al campo popular” (*Ibid.*, p. 111). El campo popular está fraccionado. Todos saben quiénes son y quiénes serán cuando llegue el momento de la lucha, el momento en que cada una de las fracciones busque imponerse en tanto totalidad, en tanto momento universal en la cadena de equivalencias. Volviendo: si el campo popular está unido es porque el campo de equivalencias se remite a *una instancia de universalidad*. En suma, al conductor estratégico. A Perón. Perón es un *significante vacío* porque encarna el momento de universalidad. Sólo él puede encarnarlo. Una vez en el campo de operaciones, en tierra argentina, el *significante* ya no expresa lo universal, deviene una particularidad más dentro de la lucha de particularidades. No hay, a partir de Ezeiza, totalización. No hay momento de universalidad. Hay lucha. Fragmentación. Choques de lo múltiple. Todos los elementos de lo múltiple remiten a *un nuevo momento de universalización*: la Muerte. Si todos matan, es la Muerte la que totaliza. A partir de Ezeiza y a partir de la muerte de Perón (aunque Perón, en tanto *significante vacío*, en tanto de elemento de universalidad, *ya había muerto en Ezeiza*), lo *múltiple* se enfrenta en la modalidad de la violencia. El conocimiento que cada praxis diferenciada adquiere de sí misma y de su enemigo es ese conocimiento que, según Foucault, Nietzsche veía como lucha, odio, relación de poder. Si de definir se trata, recordemos que definió al conocimiento como “relaciones de poder”. “Solamente (reiteramos la cita) en esas relaciones de lucha y poder, en la manera en que las cosas se oponen entre sí, en la manera en que se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren establecer relaciones de poder sobre otros, comprendemos en qué consiste el conocimiento”. ¿Cuál es el nuevo universal

que se establece? ¿Cuál es el nuevo significativo vacío que da unidad a todas las praxis en la medida en que todos remiten a él: la Muerte. *Lo uno es la muerte*. Sospecho que algo parecido han hecho Verón y Sigal en *Perón o muerte* pero no tengo a mano ahora ese libro; excelente, sin duda.

Volviendo. En la etapa anterior a Ezeiza, cuando Perón es el momento de universalidad del peronismo, su significante vacío, aquél al cual todos remiten y el *único enunciador* de las acciones del movimiento, el único que puede validarlas, reconociéndolas, ¿cómo se planteaban las cosas? Las particularidades acataban a Perón, pero ese acatamiento, ¿era sincero o era una máscara que todos se ponían porque no se podía hacer política sino en nombre del peronismo y en nombre de Perón?

Mi novela *La astucia de la razón* plantea este tema en un diálogo ficcional que trama entre René Rufino Salamanca, el líder obrero de los mecánicos cordobeses, y John William Cooke. Voy a vulgarizar un poco la novela transcribiendo sólo los diálogos. Estos diálogos, en ella, se mezclan con bloques narrativos, algo que los torna complejos en su lectura. Ahorrémoslo aquí. Cooke había ido a Córdoba para dar una conferencia sobre el fallido regreso de Perón de 1964, abortado por la Cancillería del gobierno de Arturo Humberto Illia y todo el país gorila. Ahora, Cooke y Salamanca están en la calle 27 de Abril, en la casa de los mecánicos, y ahí tienen un diálogo trascendente. Salamanca dice a Cooke:

—Mirá, Gordo, el problema es éste: los obreros son peronistas, pero el peronismo no es obrero.

Cooke responde:

—Si el peronismo fuera obrero como los obreros son peronistas, la revolución la haríamos mañana mismo.

—Y sí, claro —dice Salamanca—. Tenemos que conducir a la clase obrera al encuentro con su propia ideología. Que no es el peronismo.

—Estás equivocado —dice Cooke—. Eso es ponerse afuera de los obreros. Eso es hacer vanguardismo ideológico, Salamanca. Recordá el brillante consejo de Lenin: hay que partir del estado de conciencia de las masas. ¿Está claro, no? La identidad política de los obreros argentinos es el peronismo. No estar ahí, es estar afuera.

Salamanca, muy firme, dice:

—Bueno, compañero. entonces nosotros estamos afuera. Afuera del peronismo y sobre todo afuera de la conducción de Perón.

Cooke, irónico, sonrío. Se siente seguro. Sabe que tiene algo sorpresivo para decirle a Salamanca (y probablemente a todos nosotros). Antes, lo agrade un poco. Siempre con estima, con respeto, pero no deja de decirle lo que duele de los tipos como Salamanca, de la izquierda obrera argentina. De los cordobeses combativos.

—No hay caso entre ustedes y Perón, ¿eh? Cómo les jode, che. “Bonapartista.” “Nacionalista burgués.” A veces, “fascista”. Pero esto, menos. Se lo dejan a la derecha. Pero todo lo que le dicen, también “populista” y algo más que seguramente olvido, son distintas formas de decir lo mismo, Salamanca. Que Perón no representa los verdaderos intereses de la clase obrera. Que la clase obrera argentina tiene un líder y una ideología burgueses. Bueno, mirá, escuchame bien. —Y aquí dijo su frase sorpresiva. La frase más inesperada de la noche. Ahí, en la calle 27 de Abril, la calle de los mecánicos. Dijo Cooke—: Yo me cago en Perón.

Salamanca responde:

—Nosotros también nos cagamos en Perón. Parece que estamos más de acuerdo de lo que creíamos.

—No —dice Cooke—, no estamos de acuerdo. Porque ustedes se cagan en Perón

de una manera y yo y los peronistas como yo de otra. Porque, para ustedes, compañero, cagarse en Perón es quedarse afuera. Afuera de Perón y de la identidad política del proletariado. Mientras que para nosotros, cagarnos en Perón es rechazar la obsecuencia y la adulonería de los burócratas del peronismo. Es reconocer el liderazgo de Perón, pero no someternos mansamente a su condición estratégica. Para nosotros, Salamanca, para mí y para los peronistas como yo, para los peronistas revolucionarios, cagarnos en Perón es *creer y saber que el peronismo es más que Perón*. Que Perón es el líder de los trabajadores argentinos, pero que nosotros, los militantes de la izquierda peronista, tenemos que hacer del peronismo un movimiento revolucionario. De extrema izquierda. *Y tenemos que hacerlo le guste o no a Perón*. Porque si lo hacemos, compañero, a Perón le va a gustar. Porque Perón es un estratega y un estratega trabaja con la realidad. Una realidad que, más allá de sus convicciones que son muy difíciles de conocer, Perón va a tener que aceptar. Porque Perón, Salamanca, ya no se pertenece. Quiero decir: lo que no le pertenece es el sentido político último que tiene en nuestra historia. Porque Perón va a tener que aceptar lo que realmente es, lo que el pueblo hizo de él: el líder de la revolución nacional y social en la Argentina. Ésa es, entonces, compañero, en suma, mi manera de cagarme en Perón”.

EL ARTÍCULO 40 DE LA CONSTITUCIÓN DEL '49

La Constitución de 1949 tiene la explicación y fundamentación de los elementos centrales de la economía peronista. Es notorio que pocos recurren a este texto. Los antiperonistas lo relegan argumentando que sólo tenía el propósito de posibilitar la reelección de Perón. Escrita en gran medida y pensada casi por completo por un jurista de talento como Arturo Sampay, ese texto tiene una vigencia revolucionaria en más de uno o dos y más aspectos. Tampoco los peronistas lo citan muchos pues lo consideran impracticable y no desean comprometerse con un corpus jurídico e ideológico salido de las entrañas de lo mejor del primer peronismo, hecho que los comprometería como peronistas y los llevaría a la encrucijada de hacerse cargo de él en épocas como ésta, en que cuestiones como la “función social de la propiedad privada” suenan a subversión pura. Y, en efecto, lo son. Nadie desconoce el atraso que las mejores causas que podrían dibujar el rostro de una nación autónoma han sufrido en tantos años de masacres, retrocesos o triunfos mundiales del pensamiento de derecha.

El artículo 38 de esa Constitución que, es razonable decirlo ya, fue uno de los elementos centrales de la cultura del peronismo que la “Libertadora” prohibió, se asume desde una polémica con la concepción alberdiana de la Constitución de 1853 que proponía, como era esperable, la inviolabilidad de la propiedad privada. Hegel decía que la propiedad privada es la *expresión objetiva de la libertad de los sujetos*. La Constitución del '49 desmiente a Hegel y a Alberdi. El texto de Sampay llena de cierta nostalgia al ser leído hoy, al recordarlo a él como el gran jurista que fue y cómo se puso codo a codo con un gobierno cuestionado por los “doctores”, clase a la que pertenecía. Leemos en el artículo 38: “La propiedad privada tiene una función social y, en consecuencia, estará sometida a las obligaciones que establezca la ley con fines de bien común”. El concepto es éste: *la función social de la propiedad privada*. Que la propiedad privada tenga una *función social* implica erosionar toda la concepción burguesa acerca del poder. Es un avance del Estado sobre el

poder individual. Sobre uno de los dogmas sagrados del liberalismo constitucional. Veamos cuál es el papel del Estado: “Incumbe al Estado fiscalizador *la distribución y la utilización del campo e intervenir* con el objeto de desarrollar e incrementar su rendimiento en interés de la comunidad y procurar a cada labriego *la posibilidad de convertirse en propietario de la tierra que cultiva*”. Se dirá que es charlatanería demagógica. Ningún obrero leía este texto. Era el avance de una línea, dentro del movimiento, que buscaba avanzar sobre el poder del capitalismo agrario. Esa línea era la de Sampay. Esa línea fue la que los enemigos del peronismo siempre vieron como la presencia de una peligrosidad que, al margen de los retrocesos del peronismo del '52 al '55, siempre podía *actualizarse* en el curso de los hechos. Quiero decir: un Gobierno que redacta un texto así *nunca* va a ser confiable para la oligarquía argentina, para los defensores extremos de la propiedad privada. El Partido Peronista, en uno de sus mejores aportes al constitucionalismo argentino, explícita, justificándola, defendiéndola, los alcances que el concepto de *propiedad privada en función social* tiene: “La modificación del artículo 17 es una de las más trascendentales en orden a las proyectadas. La Constitución del '53 declara que la propiedad es inviolable (...) *la propiedad no es inviolable ni siquiera intocable* sino simplemente respetable a condición de que sea útil no solamente al propietario sino a la colectividad. *Lo que en ella interesa no es el beneficio individual que reporta sino la función social que cumple*” (todas las bastardillas son nuestras). La Constitución del '53 es cuestionada por la indiferencia ante las conmociones en que la nación puede verse envuelta: “Ni las necesidades militares en tiempo de guerra podían ser atendidas en gracia a la inviolabilidad de la propiedad. Este tabú trágico podía hacer morir a los ejércitos de la patria antes de permitir una requisación salvadora. Ni en la paz ni en la guerra se conmovía el concepto de la propiedad ni la sensibilidad de los propietarios”.

El más célebre de todos los artículos de la Constitución del '49 es el artículo 40. Hay, con él, una paradoja que señala la compleja historia del peronismo. Fueron los peronistas quienes más a fondo aniquilaron este formidable artículo. En 1971, el Gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende, lo incorpora al artículo 10 de la *Constitución política del Estado*: “El Estado tiene el dominio absoluto, exclusivo, inalienable e imprescriptible de todas las minas, las covaderas, las arenas metalíferas, los salares, los depósitos de carbón e hidrocarburos y demás sustancias fósiles, con excepción de las arcillas superficiales”. El artículo 40, en su pasaje más definitivo, afirma lo que vino a negar la gavilla del doctor Carlos Menem, todos los aventureros que acompañaron esa política entregada a la enajenación de los resortes esenciales que hacen que un país lo sea, que una nación exista, que un Estado no se someta a los capitales extranacionales o a los oligopolios que trabajan en complicidad con el empresariado nacional, pues, precisamente, lo que afirma el artículo 40 es lo que sigue: “Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, *son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación*” (Nota: Fuentes consultadas: Arturo Enrique Sampay, *La reforma constitucional debe favorecer a la modernización de las estructuras*, *La Opinión*, 6/5/1972. Anteproyecto de reforma de la Constitución, Partido Peronista, Buenos Aires, 1949, y el libro de Arturo E. Sampay *Constitución y pueblo*, Cuenca Ediciones, Buenos Aires, 1973, p. 209).

PRÓXIMO
DOMINGO

Síntesis del primer
gobierno peronista

IV Domingo 27 de enero de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

11 Discurso en la Bolsa de Comercio



Hay un célebre discurso que Perón da en la Bolsa de Comercio. Es de 1946. ¡Lo que se ha discutido acerca de este discurso! En él, Perón afirma que no es enemigo del capital, sino que se verá en el futuro que es su verdadero amigo. Otros tiempos: se discutía si el peronismo había sido anticapitalista o no. Se le cerraba la boca a un militante de un barrio, por ejemplo, hablándole de este discurso. Incluso me han dicho que en cierto video sobre el peronismo Ismael Viñas refuta la consigna de Cooke sobre el peronismo como “hecho maldito del país burgués” diciendo que es absurda porque el peronismo “es burgués”. El peronismo integró a cierto sector de la burguesía en el frente de 1945. ¿Quién podría negar esto? ¿Quién podría negar y para qué a esta altura de los tiempos que la economía peronista no buscó romper con el capitalismo sino ejercer una de sus modalidades? Lo dice una de las veinte verdades: el peronismo busca “humanizar el capital”. El que diga que no hizo tal cosa en su primer período no quiere ver algo bastante claro, bastante evidente. Al lado del capitalismo de estancia, del capitalismo agrario y oligárquico que se venía ejerciendo en un país sin inclusión social, el peronismo inaugura un período de *inclusión social ampliada*. A nadie se le podría ocurrir que eso era el socialismo. Era imposible que lo fuera. Pero —en esa etapa— era lo mejor que podía ocurrirles a los sectores humildes. Si Ismael Viñas —desde el Estado socialista en que eligió vivir, el de Israel, cuyo gobierno ha sido un permanente aliado de ese otro país socialista y antiburgués que es Estados Unidos— no ve el papel in-integrable que jugó el peronismo entre 1955 y 1973, jamás podrá entender la frase de Cooke. Creo que no puede entender nada. Pero la estructura de ese razonamiento sirvió para atacar al peronismo desde la izquierda. En el curso que di el año pasado sobre *Qué es el peronismo*, alguien levanta la mano y, como si yo fuera un perverso que voy a dejar de lado algo fundamental, pregunta: “¿Usted va a hablar del Discurso en la Bolsa de Comercio?” Creo que se trata de fetiches. Porque cuando estaba terminando la exposición acerca del Perón del '73 y del '74, que era bastante crítica, bastante dura, un peronista levanta su imprescindible manito y pregunta: “¿Usted va a decir algo del Discurso del 12 de junio?” Es ese discurso, el último que dio un Perón ya moribundo, con López Rega e Isabel a sus flancos, en que el líder, que había demostrado que no podía “conducir el desorden” (¡todavía no hice una exposición de *conducción política!*), afirma que no se va a dejar influir ni por los que tiran de la izquierda ni por los que tiran de la derecha. Y dice su afortunada frase final. Digo que la frase es afortunada porque justo resultó ser la última que dijo. Lo que estaba en la plaza en ese momento no era el “pueblo”, sino un adecuado rejunte que apresuradamente había hecho el sindicalismo. No importa: un político, si junta más de cincuenta personas, ya cree que le habla al “pueblo”. Y la frase de Perón, muy conocida, es la de la “más maravillosa música” que lleva en sus oídos, “la palabra del pueblo argentino”. Para el peronista-bobo como para el izquierdista-bobo, esos dos discursos son pruebas de verdad. La cosa funciona así: si Perón dijo en la Bolsa de Comercio que no era enemigo del capital sino su verdadero amigo, Perón era un representante de los intereses de la burguesía y punto. El problema es que *Perón no dejó cosa por decir*. Porque, si de citar discursos se trata, si quieren ustedes un *discurso anticapitalista* de Perón, hay a patadas. Lean el del 1º de mayo de 1952, desde el balcón de la Casa Rosada: “Que nadie se engañe”. Aclaración: cada vez que un político dice esto (*Que nadie se engañe*) no lo duden: el que está engañando es él. ¡Todavía hoy usan ese viejo modismo! Volvamos: “Que nadie se engañe: la economía capitalista no tiene nada que hacer en nuestro país. Sus reductos todavía en pie serán objeto de implacable destrucción (...) por una natural evolución de nuestro sistema económico, los trabajadores adquirirán progresivamente la propiedad directa de los bienes capitales de la producción, del comercio y de la industria”. Tiembla, Lenin. ¿Quién dijo que Perón era el verdadero amigo del capital? A párrafo seguido, el general añade su genialidad para el matiz, para abrirle la puerta a la contradicción del día siguiente: “Pero el proceso evolucionista será lento

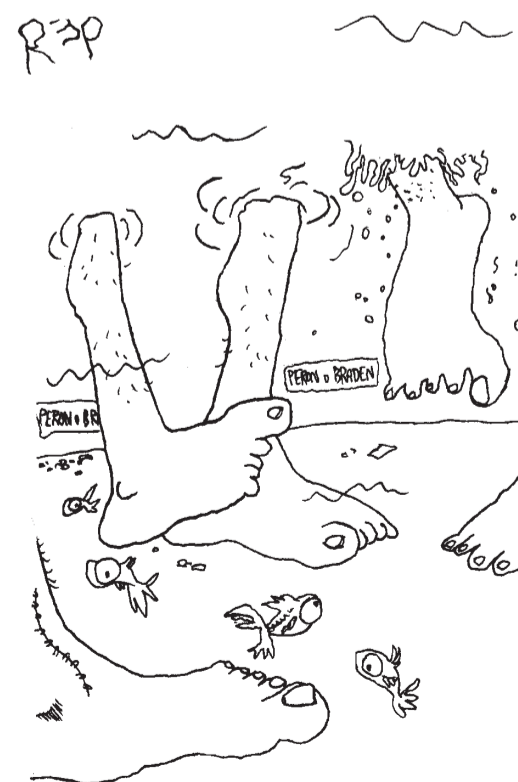
y paulatino”. Pero el peronista-bobo no cita esa parte. Interrumpe en “de la industria”. A su vez, el izquierdista-bobo, el que cree que el discurso en la Bolsa de Comercio lo aclara todo, no siguió leyendo el famoso discurso. Y otros —los hay a montones— que aclaran la cuestión, o especifican qué pensaba Perón sobre el tema: “Es menestar discriminar claramente lo que es el capitalismo internacional de los grandes consorcios de explotación foránea (para tener en cuenta: ningún presidente de este país usó tanto la palabra “foráneo” como Perón, JPF), y lo que es el capital patrimonial de la industria y el comercio. Nosotros hemos defendido a estos últimos, y atacado sin cuartel y sin tregua a los primeros”. En el de la Bolsa de Comercio decía: “Se ha dicho, señores, que soy un enemigo de los capitales y si ustedes observan lo que les acabo de decir no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo, porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado” (Perón, *Discurso en la Bolsa de Comercio*, 25 de agosto de 1944. Está en varias partes, pero se puede encontrar en: Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Ariel Historia, Buenos Aires, 2001, p. 135). Bien, seamos francos: ¿alguien cree que Perón les iba a decir algo distinto a los empresarios de la Bolsa de Comercio? No habría sido Perón, quien siempre supo muy bien qué auditorio tenía enfrente. Además, ¡el Discurso es del 25 de agosto de 1944! (Es hora de volver un poco a los signos de los viejos libros. A ver si nos sacudimos la modorra, el letargo intelectual que abruma a este país. Si la pasión por las ideas se nos mete por algún lado. No es por “antiguo” que el *Facundo* de Sarmiento está lleno de signos de admiración. Es porque el sanjuanino se desbordaba, tenía un país por hacer y lo iba a hacer entre grandes pasiones: la literatura, el ensayo, los discursos, las matanzas, las decapitaciones y las escuelas. De modo que seamos escritores de la vanguardia y escribamos: “¡El Discurso es del 25 de agosto de 1944!”.) Uso, además, los signos de admiración porque me admira la necesidad de las interpretaciones que se le han dado. Perón, en 1944, si les decía a los tipos de la Bolsa de Comercio que iba a redactar el Estatuto del Peón, que iba a dar vacaciones pagas, abogados sindicales, o lo peor, la pesadilla de los empresarios: *que iba a aumentar en un 33% la participación de la clase obrera en el ingreso nacional*, no había elecciones en febrero de 1946. ¿Se entiende esto? Sé que el izquierdista-bobo seguirá diciendo (no sé si todavía hoy, tendría que ser extremadamente bobo) que no hizo la reforma agraria, que mantuvo la estructura capitalista del país y que la clase hegemónica del frente del '45 fue la burguesía. Bien, cualquiera puede decir lo que se le antoje. Pero no creo que un Marx —hoy— se mostrara tan inhábil, tan intelectualmente tosco. De aquí que he otorgado —lo confieso— a muchos izquierdistas-bobos el mote de “marxotots”. Y a muchos peronistas-bobos el de “peronachos”. Aclaro lo de “marxotots” porque cierta vez un importante escritor había sido informado acerca de mi habitualidad (basada, aclaro, en un buen conocimiento de Marx) de llamar “marxotots” a los que ofendían con sus boberías al gran hombre de Tréveris, al genio del *Manifiesto* y de los *Gründrisse*. Lamento su enojo. No lo nombro porque ya he nombrado a su hermano. Pero es paradójico admirar a una persona que nunca ha tenido un gesto de acercamiento con uno. Como sea, el tema del amor no correspondido ha alimentado al melodrama literario y cinematográfico largamente. Debe tener sus fundamentos en la realidad. Éste es sólo un caso más. En suma, no es sensato centralizar la reflexión acerca del peronismo en los discursos de Perón. Menos aún transformarlos en fetiches. En lugares comunes de la discusión. Lugares comunes que son obliterantes porque impiden seguir pensando. Si uno cree que con el Discurso de la Bolsa de Comercio entendió al peronismo, allá él. Si otro cree que el discurso posterior que da Perón el 12 de junio lo libra —por poner *una sola* cuestión— de haber puesto a Alberto Villar, un profesional de la contrainsurgencia formado por los paras de Argelia y los comandos de la Escuela de las Américas, al frente de la Policía Federal, *fingiendo ignorar* que ese tipo era un “mata-zurdos”, un paranoico, un represor sádico y sanguinario, allá él. Los dos *cubren* con las palabras

de un discurso cuestiones sobre las que hay que pensar seriamente. Además, un discurso de Perón es un discurso de Perón. *Por decirlo sin vueltas: no hay discurso de Perón que no encuentre en algún otro su contracara*. Esta era, por lo demás, la concepción que Perón tenía del “movimiento” peronista. *En un movimiento como el peronista en cuanto a ideología tiene que haber de todo*, célebremente dijo. No lo dijo una, lo dijo varias veces. Si *hay de todo*, Perón deberá elegir un discurso para cada uno de esos actores sociales y políticos. Así se manejó el *Padre Eterno*. Hasta que tuvo que bajar del Cielo a la Tierra. O más precisamente: del Cielo al Infierno, que lo esperaba en Ezeiza.

POLÍTICA Y ECONOMÍA / ECONOMÍA Y POLÍTICA

Sobre la economía peronista creo honesto decirles que consulten los notables fascículos que está sacando *Página/12* sobre *Historia de la economía argentina del siglo XX*. Ahí están Alfredo Zaiat y el laborioso Mario Rapoport, que, además, tiene una *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)* de más de mil páginas que publicó Emecé. Si alguien se quiere ahorrar esos pesos (es, como sea, una inversión cultural necesaria) puede remitirse a los fascículos de *Página*, sobre todo los dedicados a la economía peronista que son espléndidos. No me desligo de las cuestiones económicas, pero siempre advierto que mis análisis tienden hacia la filosofía política. Con todo, un tipo que se formó en los sesenta cuando Althusser y los suyos decían que la economía era la determinante “en última instancia” de toda estructura, no dejará jamás de lado esa disciplina. Perón, por otra parte, tenía una frase que hablaba de su visión dura, materialista y probablemente cierta de la condición humana: “La víscera más sensible del hombre es el bolsillo”. Admitamos que tal vez no sea la más sensible, pero si un tipo no tiene para comer será improbable que pueda leer a Proust o escuchar una sinfonía de Mahler. Ni para Charly García en una mala noche le da.

Pensemos lo siguiente: así como durante los noventa (con Menem) se produce una subordinación de la política a la economía, Perón (siempre) va a subordinar la economía a la política. Para Perón, la economía sólo existe en tanto es orientada por un proyecto político nacional. *Si hay política, hay economía*. Si no hay política, la que se adueña de todo es la economía. Y como la economía la dominan los países centrales, las metrópolis, son ellos los que se adueñan del país cuando el país carece de un proyecto político que los enfrente. ¿Qué requiere un proyecto político que haga de la economía uno de sus resortes, pero no su fundamento? Requiere un Estado fuerte. Un Estado que no se someta a los arbitrios de las empresas. Si gobiernan las empresas, gobierna el “libre” mercado. No hay mercado libre. El mercado es de los oligopolios. El mercado no distribuye, concentra. Si el poder insiste tanto con la libertad de mercado es porque sabe que ésa es la libertad de las empresas. La palabra “libertad” (salvo en la genial concepción



sartreana, en su filosofía, que le arrebató ese primordial, fértil concepto a la derecha) es una palabra de la derecha, pero de la derecha económica. La derecha política no concede la “libertad”. Habla de la democracia, pero siempre que ésta ha interferido en sus negocios la ha negado. Hoy esa derecha se enmascara. Pero sabe que sus intereses son los de los Estados Unidos. Siempre va a optar, por ejemplo, por el ALCA y no por el Mercosur. Con el ALCA se impone el imperio. Con el Mercosur se unen los países débiles, a los que esa derecha no quiere unidos. El ALCA es el libremercado. Por eso la derecha lo defiende. Si el mercado es libre es de la derecha. *Es del verdadero poder*. Ataca, entonces, al Mercosur. El Mercosur implica llevar a primer plano la política: unidad de los países de América Latina. Un mercado común latinoamericano. Eso es intervencionismo, para la derecha. Lo es: es la política frenando la voracidad de la economía imperial. Los países de América Latina no dominan sus propias economías. Esas economías están en manos de una oligarquía agraria y de un empresariado no nacional sino supranacional, ligado por completo a intereses externos. El poder, en América Latina, no lo tienen los gobiernos. Lo tienen los grupos económicos. De aquí que resulte gracioso (y un poco irritante tal vez) que algunos periodistas jueguen a que enfrentan al “poder” cuando critican al gobierno de turno, más aún si ese gobierno se juega en la política de derechos humanos y amenaza con algunos gestos de proteccionismo, estatismo y distribución de la renta. Que el diario *La Nación* diga que está “en la oposición” se puede entender. Pero, ¿en la oposición a qué está? Algunos de sus periodistas y otros medios del establishment que carecen por completo de cierta elegancia que *La Nación* conserva, afirman estar en la oposición “al poder”. ¿Cómo va a estar opuesta al poder *La Nación* si el poder es ella, si en ella y en los intereses que representa está el poder? *La Nación*, desde el poder, enfrenta a un gobierno. Ese gobierno tiene que manejarse con enorme cautela y —si se atreve— desnudar ese malentendido. No hay periodista en la Argentina que no se jacte de haber recibido “llamadas” del gobierno de Kirchner. Es posible. Acaso se haya llegado a esa torpeza. Pero se equivocan o mienten (o no entienden nada y dicen cualquier cosa, o sea, lo que les conviene) cuando se victimizan diciendo que han recibido llamadas “del poder”. No, ustedes, si las recibieron, recibieron llamadas de un gobierno. El poder está en los diarios en los cuales muchos de ustedes trabajan. El amable y democrático periodista de *La Nación* con el que uno se encuentra y conversa civilizadamente debe tener en claro que el poder es él. Lo es en tanto esté en ese diario. **Página/12**, medio al que tanto se le reprocha su acercamiento al gobierno, ahora, de Cristina F, no representa al poder, a lo sumo *está de acuerdo con un gobierno*. Después hay otros poderes. Hay miles de poderes. El sindical. El de la Iglesia. El militar. El de los periodistas. El de los medios. El de los intelectuales. El de las patotas de todo tipo, etc. Pero el poder, el poder concentrado, el que está en línea directa con los Estados



Unidos, con las grandes empresas imperialistas (sí: escribí esa extraña palabra que usted leyó, “imperialista”), es uno solo: el del empresariado, el de la Unión Industrial, el de IDEA, el de la Sociedad Rural y el de su diario de toda la vida, *La Nación*, que, según todos saben, fue fundado por Bartolomé Mitre, que seguramente habría hecho malas migas con el Menem de la etapa “caudillesca”, el Menem-Facundo Quiroga, y muy buenas migas, muy buenos negocios, con el Menem de la etapa libremercadista, neoliberal. Ese poder, ahora, está a la espera. Negocia, critica, no critica. Sabe que no tiene validación política alguna. Algo que nunca le importó porque siempre esa validación le vino por el lado del Ejército Argentino. Si Georgie Borges decía que la democracia era un vicio de la estadística, lo decía porque así lo creía, por gorila y por saber que su clase jamás habría de llegar al gobierno por métodos democráticos. Hoy, esos sectores de la derecha neoliberal no tienen Ejército. No tienen tampoco quién los represente políticamente, ya que la oposición a este gobierno es inexistente, salvo en el caso de Macri, quien, en efecto, representa al poder neoliberal. Ese poder cuya piel se erizó cuando Cristina F dijo que no se convertirá en gendarme de su rentabilidad. ¿Cómo se atreve? Eso es peronismo del viejo cuño. Generar poder desde la política. No subordinar el Estado al poder tradicional. Eso hizo Perón y por eso todavía el peronismo tiene resto.

LOS PAÍSES POBRES NO TIENEN ECONOMÍA, LA ECONOMÍA LOS TIENE A ELLOS

No reniego de lo que escribí en el pasado. Mi historia intelectual no empieza a partir de un año que yo determino aunque haya escrito montones de páginas antes. Hay libros que forman parte de la historia de uno, ya no son uno, ya no lo representan. O por decirlo con más claridad: no representan tal vez lo que uno piensa hoy, pero representan lo que uno ha pensado y ha sido. Con todo, hay certezas del pasado que perduran. En octubre de 1972 salía el número 7 de la revista *Envido*, “Revista de política y ciencias sociales”, y en la tapa llevaba un título que decía: *Perón vuelve*. “Ustedes están locos”, nos decían. A veces, en lugar de *locos*, nos decían *en pedo*. Pero era lo mismo: nosotros entendíamos. ¿Qué quería decir eso? Que nadie sabía si Perón regresaba o no. El régimen lo decía que no. Lanusse decía que no le daba el cuero. Nadie se jugaba por nada. Todos eran la cautela misma. Nosotros pusimos: “Perón vuelve”. En la tapa, bien grande. Era una imprudencia o, sin más, una locura. (Nota: *Envido*, que dirigió Arturo Armada, fue la revista teórica de la Juventud Peronista hasta que dejó de salir, para mí, en mayo de 1973, aunque hubo un número posterior hacia fines de ese año. Este número ya no nos nucleaba a todos. Fue fruto de ingratas, terriblemente fogosas discusiones que tuvimos. Montoneros pidió la revista y algunos nos opusimos a regalársela. “Si se la quieren ganar que se la ganen desde adentro”, dijo Miguel Hurst, “Que pongan a alguien en el Consejo de Redacción”. Discutíamos con tanto alboroto que cierta vez Jorge Luis Bernetti dijo: “¡Esta es la peor reunión de JP en la que estuve!” Pero fue Carlos Gil, del Consejo de Redacción, el que graficó todo de un modo, para mí, memorable. Pidió silencio. Milagrosamente lo obtuvo y entonces dijo: “Esto es puterío”.) En ese número de *Envido* salía una larga nota mía. Uno de sus títulos decía: “Los países dependientes no tienen otra posibilidad que la política”. Si ustedes se bancan la palabra defenestrada por la academia de los ’80, la palabra *dependencia*, les aseguro que suscribo todavía hoy esa afirmación. Y cito: “Dijimos que en los países dependientes la región política era dominante. Y esto se debe, en lo esencial, a que son países pobres, económicamente débiles. Pero no son dependientes porque son pobres, sino al revés. Y esta dependencia les ha sido impuesta por las naciones imperialistas, quienes han realizado su política de dominación con la más poderosa de sus armas: la economía. ¿Por qué el librecomercio de Smith y Ricardo? ¿Por qué esa confianza en la *mano invisible*, en las leyes objetivas de los procesos? Porque ahí ganaban ellos, los dueños de la economía. Lo dice Canning cuando festeja la liberación de Hispanoamérica: “Si llevamos bien los negocios es nuestra”. Nada de cañonazos ni soldados, *la economía se encargará de la política de*

dominación (...) ¿Qué les queda a los países dependientes? Solamente la política (...) Sólo quienes poseen la economía pueden hacer de ella su arma de combate y confiarle sus proyectos políticos. *Pero los pueblos sometidos no tienen economía, la economía los tiene a ellos*” (JPF, “Sobre el peronismo y sus intérpretes”, revista *Envido*, octubre de 1972, N° 7, pp. 30/31. Algunas bastardillas son de entonces. Otras las añadí ahora).

Jamás renegaré de esa frase. La escribí hace treinta años. La encuentro saludable y útil todavía. *Los pueblos sometidos no tienen economía, la economía los tiene a ellos*. No es que un país pobre, un país del Tercer Mundo o un país del Mercosur *no tenga* economía. La tiene. Mas la economía que tiene es la economía del dominador. La economía que tiene es el instrumento por medio del cual el dominador ejerce su dominación. *La economía que tienen los tiene, los sujeta, los aprisiona*. La economía del dominador *tiene* la economía de los países subalternos. Esta *tenencia* se ejerce por medio del *poder* interno de esos países, cuyos intereses son aliados de los intereses del dominador. Los grupos más concentrados del poder de nuestro país quieren el ALCA porque quieren seguir los lineamientos que dicta la potencia hegemónica de la región, que es, desde luego, Estados Unidos. Morales Solá, que es un periodista coherente y que expresa con claridad lo que piensa y los intereses que representa, jamás apoyaría el Mercosur. Su diario es un aliado central de la política exterior de Estados Unidos en América Latina. Lo es también ese señor de la sonrisa un poco boba pero que también puede leerse como burlona, esa sonrisa que te dice: “Nunca serán libres, idiotas. Serán patio trasero y aditamento más o menos digno de la gran potencia del Norte hasta que se pudran como podrida está una manzana cuando los gusanos han hecho de ella su cómoda vivienda”. Ese Oppenheimer, sí. Esos tipos están bancados por el Imperio. ¿Qué dicen todo el tiempo? Dicen: “Libremercado y democracia”. Lo de la democracia es una farsa porque se han burlado de la democracia impunemente siempre que lo han querido hacer. Pero lo del libremercado, ¿ése es el mensaje del señor Oppenheimer! Abren sus puertas, déjenos entrar, es el modo en que entrarán a la supramodernidad imperial siglo XXI. ¿Para qué el Mercosur? Esa es una idea del siglo XIX que costó la vida de Sucre y Bolívar y que ahora impulsa ese histriónico de Hugo Chávez, a quien ya le hicimos un golpe y no bien tengamos una brecha le haremos otro. En suma, quieren entrar con la economía porque la economía sigue siendo su principal arma de dominación. El verdadero poder de la Argentina lo sabe. Si Estados Unidos *entra*, entra para darles poder a ellos. Para ejercer la dominación económica vehiculizada por medio de sus socios locales, que son sus socios supranacionales, dado que no existe una “burguesía nacional”. Eso murió. La globalización globaliza el poder de la economía y lo disemina por el mundo. De aquí que la consigna que comento tenga todavía fuerza de respuesta antiglobalización: *queremos que nuestra economía sea nuestra*.

Pero si no se afirma en una política que pueda enfrentar —en lo posible desde el Estado y la movilización de las masas, del contrapoder, de la multitud, de lo que quieran pero *de alguna forma de participación popular que haga del pueblo el sujeto de la política*— los resortes de la economía que el poder maneja ocurrirá lo que ocurrió en la década del noventa. El Estado es sometido a desguace, se lo desmonta o, si quieren, se lo deconstruye (de donde vemos qué bien le viene el posmodernismo a la fragmentación que propone el mercado y a la aniquilación del Estado en tanto elemento totalizador o *totalitario*, marxista y dialéctico) y nada queda para enfrentar el asalto de la economía al poder. No hubo política en los noventa. La política se hizo por medio de la economía. La política la hicieron los grupos de poder. El Estado se la entregó. Las clases sociales admitieron la marginación, la exclusión de inmensos contingentes de ciudadanos y vivieron la euforia del “uno-uno”. Denle un dólar barato al argentimedio y votará a Belcebú. Denle poder adquisitivo y comprará mercancías a destajo, y le vendrá el pánico porque tiene mucho y no hay Estado. Con lo cual le pedirá al Estado que le asegure lo que tiene. Pero lo que tiene lo tiene porque no hubo Estado. O porque las mafias se apoderaron de sus resortes. Pidi-

rá seguridad a cualquier precio. Se sentirá interpretado por la frase de Ruckauf: “Hay que meter bala”. Que lo pone a Rico al frente de la Policía Bonaerense. Todo esto no sirve para hacer un país.

LA ECONOMÍA DEL PRIMER PERONISMO

Reconózcamosle al primer Perón el intento de hacer política. Fortalecimiento del Estado. El Estado se fortalece por la movilidad social de los migrantes. El Estado redistribuye el ingreso en beneficio de ellos. Les da sindicatos y tiene poder frente a la oligarquía. Va creando una clase burguesa industrial por medio del acceso al crédito. *La pequeña industria vive del crédito y del apoyo estatal*. Perón hizo lo siguiente: nacionalizó el Banco Central y los depósitos bancarios. Le dio un sentido al ahorro interno. Valía la pena ahorrar. ¿Qué era el Banco Central? Servía a los intereses de la banca particular e internacional. Controlaba los cambios y el crédito bancario y decidía la política monetaria. Esto —y he aquí lo grave— se hacía con total indiferencia por las políticas que el país debía desarrollar para su beneficio. *La canalización del crédito no es económica, es ideológica. Responde a un proyecto*. O yo le doy un crédito a una empresa que responde a la banca particular e internacional. O se lo doy a un pequeño agricultor. A un pequeño industrial de Avellaneda o Munro. Y a ese agricultor y a ese pequeño industrial *no se le pide nada en garantía*. El Estado invierte en él. No quiere ganar plata con él. Sabe que ganará soberanía. Voy a contar un episodio de una gran película del nacionalismo norteamericano. Esos tipos podrán gustarnos o no. Pero nadie les negará que hicieron un país poderoso. Bien, Fredric March vuelve de la guerra (la segunda) y consigue un empleo en un Banco. Viene un pequeño agricultor a pedir un crédito. (No se pierdan esto. Les aseguro que vale la pena.) March le quiere dar el crédito. El tipo tiene una cara de honesto que conmueve. Sólo necesita un crédito del Banco para comprar instrumentos de labranza. March (recordemos: acaba de llegar de la guerra) le dice que el crédito es de él. Y le pregunta: “¿Qué garantía tiene usted para cubrir este crédito?”. El pequeño agricultor se sorprende. “Nada, no tengo ninguna garantía. Mi trabajo nada más. Por eso vengo al Banco. Si tuviera garantía tendría dinero y no lo tengo. Sólo tengo mi trabajo.” “Espéreme aquí”, le dice March. Va a hablar con el Gerente. No, dice el Gerente, si no ofrece una buena garantía, no hay crédito. March regresa y le dice al pequeño agricultor que no le puede dar el crédito. El tipo se va. March sigue en el Banco y se desempeña muy bien. Como ha sido héroe de guerra y ahora es tan eficiente banquero, el Banco hace una cena en su honor. March asiste bastante borracho, bastante furioso. Le llega el momento de hablar. Dice que les va a contar un episodio de la guerra. “Teníamos que tomar una colina que dominaban los alemanes. Nuestro teniente ordenó: ‘Vayan, tómenla’. Entonces yo pregunté: ‘Teniente, ¿qué garantía tenemos de tomar esa colina?’ El teniente se sorprendió: ‘Ninguna’, dijo. ‘Pero tienen que tomarla.’ ‘Ah, no’, dije yo. ‘Tenemos que tener una garantía. Si no, nos pueden matar. Y no queremos que nos maten.’ Y no pudieron darnos ninguna garantía. Entonces no tomamos la colina. ¿Y saben qué? Perdimos la guerra.” Este es el nacionalismo norteamericano. Lo que les niegan a los otros países ellos lo ejercen puertas adentro. March llama al pequeño labrador y le da el crédito. La película, la célebre, gran película se llama *Los mejores años de nuestras vidas* y está dirigida por el gran William Wyler.

El Estado, entonces, tiene que jugarse por los pequeños productores, por las fábricas que surgen, por los que piden para invertir en el país y dar trabajo a su gente. Eso hizo Perón. (Si hoy no se puede hacer estamos liquidados y tal vez lo estemos.) El 25 de mayo de 1946, por decreto-ley N° 8503 se nacionaliza el Banco Central. La banca privada no puede

manejar el crédito. En el Boletín Oficial del 5 de abril de ese año se dice: “El interés privado no constituye una garantía de coincidencia con las necesidades del interés general”. La nacionalización de los depósitos bancarios se produce el 24 de abril de 1946. Es el decreto-ley N° 11.554.

El otro elemento fundamental de la economía del primer peronismo es el IAPI (Instituto Argentino Promotor del Intercambio). Para los antiperonistas y la propaganda de la “Libertadora”, el IAPI fue una cueva de ladrones. Como si ellos no hubieran robado. Se apropiaron del país simplemente. Se lo apropiaron desde 1852 en adelante. ¿Esto significa que era de ellos? Lo construyeron de acuerdo con los intereses de Gran Bretaña y para los beneficios de la pampa húmeda, clase ociosa, improductiva, desagradable, petulante, con profesoras francesas, racista, con odio al negro y al indio, al que masacraron. ¿Quién puede dudar de que hubo corrupción en el IAPI? Los funcionarios del peronismo por primera vez arañaban el poder. Sabían, por la larga experiencia de los conservadores, que el poder era propiedad de quien a él llegara. Y sí: afanaron. Pero el sentido del IAPI igual se mantuvo. Fue la nacionalización del comercio exterior. ¡Una injuria! Le quitaron a la oligarquía de la bosta la potestad de negociar *directamente* con el comprador externo. El IAPI llega a cubrir el 75 por ciento de las exportaciones argentinas. Y lo que recauda no es para el agro, es para la industria. *Buena parte de la historia económica de la Argentina puede explicarse por la transferencia de ganancias del agro a la industria o de la industria al agro*. Veremos, con la Libertadora, al ministro de Hacienda, Eugenio Blanco, propulsar, con emoción agraria, el regreso de la industria al campo, que siempre fue el fundamento de la riqueza nacional. La patria de nuestros padres y abuelos. Los de ellos. Y unir nuestros destinos al Fondo Monetario Internacional. Gran medida de la Libertadora. Con el IAPI se derrota a los poderosos trust cerealeros. Como Bunge y Born y Dreyfus. El IAPI deriva sus exorbitantes ganancias a los sectores de la economía que más le interesa dinamizar. Estamos siguiendo aquí un libro excepcional de un militante comunista: Juan Carlos Esteban: *Imperialismo y desarrollo económico*, Editorial Palestra, Buenos Aires, 1961. Se trata de un libro escrito por un no peronista pero no por un gorila, ni mucho menos. Búsquenlo. Debe estar en alguna parte. Si lo consiguen hay que reeditarlos. No olvidemos la decadencia turbia, triste de los tiempos. Gambini al lado de Esteban es Paulo Coelho (¿se llama así este tipo?) hablando de la economía de un país del patio trasero del Imperio. Claro, Gambini es un periodista ultragorila que sigue la línea de Mary Main (*La mujer del látigo*): “Digamos del peronismo lo que sólo dicen los gorilas”. En tanto Juan Carlos Esteban es un notable ensayista. Bué, no importa. El IAPI opone al comprador multinacional, que es Uno, un vendedor único.

Incidencia del IAPI en las exportaciones:
99% en 1949.
70,5% en 1950.
68,6% en 1951.
60,5% en 1952.
Y 70,4% en 1953.

¿Qué sentido político tenía este proceso?

El peronismo implica una clara transferencia de recursos financieros, técnicos y humanos, del sector agrario al sector industrial. Aplica el poder financiero del Estado a la promoción del sector industrial por dos motivos: Primero) Porque era el sector más dinámico de la estructura económica y, en consecuencia, el que más iba a contribuir a fortalecerla y posibilitarle independencia ante cualquier avance de la oligarquía ligada al agro, la más poderosa en ese entonces, los verdaderos enemigos del peronismo.

Segundo) Porque una dinámica política de industrialización forzosamente movilizaba

hacia el sector industrial a la mayoría de la población trabajadora, consiguiendo, de este modo *restarle bases de sustentación social al poder de los terratenientes*. Esta política más el importante *Estatuto del Peón* fue todo lo que se arrimó el peronismo a una reforma agraria que no hizo, que no podía hacer. Y que es un disparate teórico exigirle que la haya hecho. (Volveremos sobre esto.)

“El peón de campo (supo decir Perón) ha estado sujeto a la omnímoda voluntad del dueño del establecimiento. El *patrón* supo reeditar todos los privilegios del feudalismo medieval pero tuvo la habilidad de eludir los compromisos que el *señor* estaba obligado a guardar con sus *mesnadas*. La técnica industrial enseñó a nuestros feudales del siglo XX que podían servirse a su antojo del peón y su familia con sólo pagarle un salario al término de la quincena o del mes. *No importaba la cuantía del salario con tal que alcanzara el límite justo que le impidiera morir de hambre*” (Juan Perón, *La reforma social*, Buenos Aires, 1948).

En suma:

1° - Estatuto del Peón.

2° - Nacionalización bancaria.

3° - IAPI.

4° - Acumulación del capital en la industria.

Vienen luego los grandes renuncios que se le reprochan al peronismo. El pedido del crédito extranjero. Para colmo, Perón, en una de esas compadras a las que tan afecto siempre habrá de ser, había dicho que se cortaría un brazo antes de pedir un crédito al exterior. ¿Ustedes lo vieron baldado? Ni por asomo. Lo de las manos fue cuando estaba plácido en su tumba y vaya a saber qué sentido tuvo esa indudable injuria necrofilica. Pero no se cortó el brazo y pidió créditos al exterior. Se lo reclamaba el Plan Económico del '52. Que era un plan de crisis. Pero Juan Carlos Esteban —a quien aconsejo creerle más que a todos— escribe: “El crecimiento del capital extranjero en la Argentina desde 1949 a 1955 es de 282 millones de dólares, a valores corrientes, cifra exigua que no llega a representar un aumento del 20 por ciento sobre el capital existente en 1949. En general se produce este crecimiento partiendo de las grandes dificultades económicas de 1952 que paralizan las nacionalizaciones y hacen que *el sector conciliador de la burguesía nacional gane posiciones en el gobierno peronista*” (Nota: Juan Carlos Esteban, *Ibid.*, p. 83). Se sanciona entonces la maldecida —por el antiperonismo— ley N° 14222 de radicación de capitales. Es de 1953. ¿Si habré escuchado esgrimir esta ley como la prueba de oro del cipayismo de Perón! Como el abandono de sus banderas proteccionistas. La Ley 14222, señores: la prueba de la infamia. Veamos. La ley establece límites a la remisión de utilidades. “Por primera vez (escribe Esteban, que era, lo recuerdo, comunista, aunque ignoro cómo habrá podido llegar a serlo en este país y ver la economía del peronismo con la ausencia total de gorilaje con que logra concebirla) un gobierno argentino ataca justamente en sus bases a la penetración imperialista al regular y reducir la salida de utilidades. Debe quedar bien en claro que no es lo mismo la reinversión que la remesa de beneficios. Este es el rasgo típico, genuino, el objetivo final del capital financiero.” Y cita luego un informe de la CEPAL que reprueba “los topes anuales uniformes impuestos a las repatriaciones por la ley 14222” (Esteban, *Ibid.*, pp. 89/90). Los elementos fundamentales para la elaboración de este breve esbozo de la economía peronista están tomados de mi libro *El peronismo y la primacía de la política*, de 1974, y, obviamente, del libro de Juan Carlos Esteban. A él corresponden los mejores señalamientos. Si los hubo, ya que sospecho que Perón ha quedado demasiado bien parado en este análisis. Con todo, quedará todavía mejor parado cuando analicemos la vileza antipopular y vengativa del plan económico de la Libertadora.

PRÓXIMO DOMINGO

Personajes del peronismo: Discépolo, Alberto Castillo, José María Gatica, el padre Virgilio Filippo, Raúl Mendé

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

12 La distribución del ingreso



Será adecuado llevar a primer plano otra vez a nuestro criticado y, a la vez, admirado Milcíades Peña. ¡Ah, Milcíades, cuánto ha hecho por ti el descalabro teórico de la Argentina! No es que Milcíades no fuera bueno, pero no parecía *tan* bueno en los sesenta. Cuestiones como el nazismo de Perón ni merecían ser tratadas para Peña. No, lo que él le criticaba al peronismo era, por ejemplo, que no había cambiado la estructura del poder de clases en la Argentina, que el Segundo Plan Quinquenal respetaba la propiedad privada capitalista, que en 1950 se suscribiera un empréstito con el Export Import Bank de Washington. Pero no perdía el tiempo tratando de demostrar que Perón era nazi. Eran tiempos en que el ensayo no se deterioraba por los intereses electoralistas. Cuando analiza la consigna “Alpargatas sí, libros no”, no exclama, como los radicales, siempre acompañando al establishment y a la oligarquía por ese gorilismo que no pueden contener ni elaborar bien (hay quienes sí lo han hecho, pocos), ¡ahí está la prueba de la barbarie peronista, su odio a la cultura! Milcíades dice que la consigna aludida buscaba, por parte del peronismo, eludir consignas anticapitalistas o antiimperialistas. Grave error: la principal consigna del peronismo para las elecciones de 1946 es, según nadie ignora, “Braden o Perón”, que, hasta donde creo ver, es una consigna antiimperialista de cabo a rabo. Pero dejemos eso. Peña dice que en lugar de darles a los obreros consignas clasistas se les da consignas de “odio al cajetilla y al pituco”. De aquí deduce el origen de “Alpargatas sí, libros no”. Y escribe algo formidable: “En verdad, los profesionales de los libros y la política, experimentados ex ministros y diputados, rectores de universidades e intelectuales de nota, demostraron que políticamente no valían el precio de una alpargata” (*Ibid.*, p. 87). El lema de la Unión Democrática era batir al “naziperonismo”. Y escribe Milcíades: “A los peones agrarios, que por primera vez en la historia del país habían recibido una serie de elementales mejoras económicas y sociales, a los arrendatarios a quienes Perón prometía darles la tierra en propiedad, se les ofrecía como candidatos a los terratenientes de la Sociedad Rural Argentina” (*Ibid.*, p. 87).

¿FUE NAZI PERÓN?

Pero veamos la bendita cuestión del nazismo peronista. Parece una bobada incurable. En mi curso del año pasado invito, según es mi costumbre, a los asistentes a dialogar conmigo a partir de los últimos quince minutos de la exposición. Todo iba bien hasta que (¡cuándo no!) aparece el personaje inesperado. Yo ya había expuesto la temática sobre el nazismo de Perón. Pero el fulano se largó una perorata para terminar diciendo que Perón era un nazi y que él y los del GOU mataron a todos los sindicalistas socialistas que habrían hecho una revolución en 1944. Le pregunté si era la primera conferencia a la que asistía (yo ya llevaba ocho) y dijo muy tranquilamente que sí. Bien, es el típico tipo que vaya donde vaya, va para hacerse oír él. Pero esto revela que hay todavía cierto otaraje que impide pensar algo tan complejo, tan difícil y delicado como el peronismo insistiendo con el asunto del nazismo de Perón. Creo que Sebrelí también toma esos caminos —para satisfacción del electorado radical y del buen señor judío de clase media que se traga cualquier cuento que le diga que alguien es antisemita— y no lo han llevado a buen puerto. El gorilismo no es buen consejero. Así se lo ha podido ver a Sebrelí con López Murphy o con Carrió. O sea, la cosa es así: díganme dónde está el peronismo así yo me pongo en la vereda de enfrente, aunque esté, pese a definirme como “hombre de izquierda” o “filósofo de tradición existencialista y marxista”, junto a José Claudio Escribano o Massot o la siempre combativa Lilita o la Sociedad Rural y la UIA. Milcíades no era así. Milcíades pensaba. Escribía: “Por otra parte (viene hablando de las acusaciones sobre “nazismo” que los “aliadófilos” de los cuarenta le hacían a Perón), era falso de raíz llamar ‘nazi’ al peronismo. El nazismo es la guerra civil de la pequeña burguesía dirigida por el gran capital contra la clase obrera. Perón se apoyaba en la clase obrera contra el gran capital y la pequeña burguesía” (*Ibid.*, pp. 87/88). Si se lo busca llamar “nazi”

por su indudable política autoritaria, Peña dirá: “El bonapartismo peronista tendía al totalitarismo, pero no llegaba a serlo. Era un semitotalitarismo. Perón centralizó fuertemente el poder en sus manos, eliminó a los competidores políticos, los sometió a un control severo y los redujo a una mínima expresión mediante el uso intensivo del aparato represivo. Pero no los eliminó completamente de la escena política (...) La oposición estuvo controlada y sojuzgada por los órganos del poder estatal, pero existió, sin embargo, y pudo actuar. Al lado del Estado peronista, al lado del grupo que detentaba el monopolio del poder y de la administración, existían los elementos de una sociedad legal. Pese a sus intentos en tal sentido, el peronismo estuvo inmensamente lejos de alcanzar la estructura totalitaria, que hace desaparecer a la oposición entre el Estado y la sociedad y realiza el ideal de un gobierno que no conoce ninguna limitación” (*Ibid.*, p. 107).

Vamos a aclarar este punto: ¿era nazi Perón como insisten en decir muchos gorilas de tercera o cuarta línea? Perón visitó la Italia de Mussolini, es probable que haya estado un tiempo en el Reich de Hitler antes de la guerra. Pero, ¿dónde se habría expresado esto una vez que llegó al poder? Sin duda, en la estructura autoritaria de su gobierno, que comparada con el nazismo era Suiza o Bélgica. Los muertos del peronismo incluyen al doctor Ingalinella. Que se torturó, se torturó. Pero los torturadores del peronismo son célebres. No fueron tantos. Todo esto, comparado con la “libertad” y la “democracia”, es poco, es realmente escaso y sobre todo teniendo en cuenta el desarrollo propagandístico que se le dio. Volvamos a lo del nazismo. Cierta vez, haciendo zapping, paso por un canal y veo a un tipo joven, muy serio, que dice con seguridad absoluta y hasta algo de irritación: “Nunca en Estados Unidos entró un nazi en la Casa Blanca”. O sea, lo que venía de decir el personaje es que Perón había recibido nazis en la Casa Rosada. Puede ser. Aquí llegaron nazis a montones. Fueron todos los que después manejaron los campos de concentración que armó Perón. Ah, ¿no hubo campos de concentración? Claro, sí los hubo bajo el gobierno de Videla, apoyado por todo el establishment antiperonista que luchó gloriosamente durante los días de la Libertadora. “Sé que en aquellas albas de septiembre (...) lo hemos sentido” escribió Georgie en *Sur*, refiriéndose a Sarmiento. ¡Qué emoción intransferible, Georgie Borges! ¿Así que usted sintió a Sarmiento el 16 de septiembre de 1955? Las clases populares sintieron que las cosas se les venían muy duras de ahí en adelante. María Seoane me contó una anécdota. Creo que era así: cae Perón y su padre se le acerca. Se le acerca y le dice: “Cayó Perón, hija. Los pobres estamos jodidos”. Pero no nos desperdiguemos. Estoy con este personaje al que veo en un canal de la tele y dice eso: que nunca entró un nazi en la Casa Blanca. Este personaje, del que lo único que sé es que vive dedicado a demostrar que todos los nazis del mundo vinieron a la Argentina traídos por el GOU y por Perón, se llama Uki Goñi, que, para mí, da nombre de esquimal. De raro que es, digo. Veamos: Perón fue milico a morir. Le gustaba usar esas capas largas ultramilitares, fue autoritario, buscó edificar una doctrina, se hizo llamar líder, silenció a la oposición. De acuerdo. Pero el elemento fundamental de nazismo, su biologismo racista, estuvo por completo ausente de la ratio peronista. Alfred Rosenberg, en *El mito del siglo XX*, escribe que Francia es un atolón de África manejado por judíos. Perón, por el contrario, dio reconocimiento a la única raza (por decirlo así, yo no creo en las cuestiones “raciales”) denegada en la Argentina. Los postergados eran los “negros”. La oligarquía los odiaba, así como a los judíos. Sería aliadófila, pero era antisemita y maldecía a la negrada, de donde extraía sus “sirvientas” tucumanas o santiagueñas. Esa cuestión del “aliadofismo” es un cuento chino. Todo el bloque occidental era aliadófilo. Victoria Ocampo era tan aliadófila como el senador McCarthy. Estaban en favor de la “democracia occidental” contra el fascismo de Hitler y Mussolini. Por supuesto, defendían sus intereses. No querían que Hitler se comiera el mundo. Después, la democracia se les acababa. Les aparecía el odio de clase y el furibundo anticomunismo. Los “aliadófilos”, siguiendo a Estados Unidos, reemplazan su “alia-

dofismo” por el rencoroso, brutal anticomunismo. McCarthy lo demuestra en Estados Unidos. Se sabe: Patton quería seguir la guerra y no detenerse hasta llegar a Moscú, incorporando a lo mejor de los batallones SS. Se sabe: no era necesario tirar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. Lo ha dicho el hiperhalcón Curtis LeMay: él hacía vuelos rasantes todas las noches por las ciudades japonesas y las incendiaba. Morían cien mil (leyeron bien: cien mil) civiles por día. Curtis LeMay es quien dice que no era necesario tirar las bombas. Que él arrasaba con todo Japón en menos de un mes. Pero las bombas se tiraron contra el nuevo enemigo: contra la Unión Soviética, buscando amedrentarla. Los rusos, como respuesta, hicieron sus bombas y empezó la maldita Guerra Fría, cuyos lugares calientes estuvieron en el Tercer Mundo, en Corea, en Vietnam, en América latina por medio de las feroces dictaduras como la de Videla, instruida y avalada por el señor Henry Kissinger, criminal de guerra y Premio Nobel de la Paz simultáneamente. Aquí, fue por completo coherente que la “aliadófila” revista *Sur* se volviera macartista, con su musa Victoria Ocampo a la cabeza, y castigara a José Bianco por viajar a Cuba, ese país comunista. Victoria Ocampo entraría en 1977 en la Academia Argentina de Letras. Las Madres de Plaza de Mayo ya hacían sus rondas. Pero ella habló del feminismo. Qué valentía: hablar del feminismo. Pero ni mencionó a las Madres. Ahí estaba el feminismo pidiendo por la vida de sus hijos. Mas Victoria clamó por el feminismo de Virginia Woolf, no por el de esas madres que habían parido subversivos. (Guillermo Saccomanno es quien me ha instruido en este tema, que maneja muy bien y es parte, creo, de su próxima novela, 77, que será, qué duda cabe, potente y muy buena.)

LA INCREÍBLE HISTORIA DE WERNHER VON BRAUN: DE LAS SS A PONER AL HOMBRE EN LA LUNA

Queda claro, supongo: Perón trajo a cuanto nazi quiera Uki, pero no les dio poder. No condicionaron su ideología ni actuaron en la sociedad argentina. Salvo si uds. dicen que ellos hicieron autoritario a Perón (¿como si Perón lo necesitara!) y que hay en la ideología peronista (en la idea de la “comunidad organizada”, como se suele decir) algo de nazismo. Pavadas. En cambio, señores, los norteamericanos, quienes acaso no hayan llevado



nazis a la Casa Blanca, sin duda los llevaron al Pentágono y les dieron *enorme poder*. Todos han visto o debieran ver esa formidable película de Stanley Kubrick que lleva por título *Dr. Strangelove*. Llamada por aquí *Doctor Insólito o Cómo aprendí a no preocuparme y amar la bomba*. Film de 1964, presenta a un científico en una silla de ruedas que sostiene todo el tiempo su brazo derecho con su brazo izquierdo. Siempre que el brazo derecho se le escapa hace el saludo nazi y el Dr. Strangelove exclama: "Heil Hitler!". El éxito del film de Kubrick tapó injusta y tristemente otras dos formidables películas. Una es *Fail Safe*, también de 1964, dirigida por Sidney Lumet e interpretada por Henry Fonda. Y la otra es más conocida por aparecer habitualmente por las pantallas de televisión, por cable o por aire, desde hace varios años. Es *The Bedford Incident* (ridículamente traducida como *Al borde del abismo*, que es la traducción del célebre film de Hawks con Bogart y Bacall). El film es de 1965. Es la historia de un paranoico halcón norteamericano que comanda una destroyer con carga atómica. Se larga a perseguir a un submarino ruso en aguas de Groenlandia. Todo termina en un desastre. Pero el detalle es éste: el asesor del macartista, paranoico y casi demente conductor de la nave (Richard Widmark) es un nazi. Sí, tal cual. Esto habla bien del cine norteamericano. No necesitan que vaya Uki Goñi a decirles que pusieron a nazis en puestos importantes. No, ellos solitos se dan cuenta y hacen muy buenas películas sobre el tema. Lo notable del film es que el nazi (Eric Portman) termina siendo más sensato que el Capitán Widmark, quien acaba por hacer volar todo y presumiblemente desata una Tercera Guerra Mundial. Estas tres películas forman un corpus sobre la Guerra Fría de alto valor cinematográfico. Pero hay algo peor. ¿No entraron nazis a la Casa Blanca? ¿Por favor! Los yanquis fueron mucho más vivos que Perón. Si Perón se mandó ese papelón con su sabio nuclear Ronald Richter, los yanquis se importaron al más brillante científico nazi, al tipo que casi le hace ganar la guerra a Hitler. Nada menos que a Wernher Magnus Maximilian Freiherr von Braun. O más sencillamente: Wernher von Braun. Con respecto al tan sonado affaire Ronald Richter, a quien Perón importó para que le hiciera la bomba atómica y el tipo resultó siendo un fiasco, cosa que el gorilismo explotó hasta niveles extremos, recuerdo a un militante de la JP que decía perplejo: "No entiendo. Se equivocó, ¿y qué

hay? ¿Qué quieren demostrar? ¿Que Perón era boludo?". Impecable razonamiento. Porque o Perón era el demoníaco nazi que hundió a la democracia argentina o frenó a la revolución social que ya estallaba en el '45 o era un boludo porque había traído a Richter. Las pavadas del chiquitaje gorila son asombrosas. Sí, Richter era un tarado recalcitrante. Sí, Perón se comió un buzón. ¿Y? Perón habrá sido muchas cosas: un político sagaz, maquiavélico, pragmático, un tipo de corazón frío, un tipo del que nunca sabremos si quiso o no verdaderamente a alguien, ni siquiera a Evita, un tipo al que con todas esas características no precisamente maravillosas le alcanzó para ser el caudillo de masas más poderoso de la Argentina y para crear un partido que hoy, aunque afortunadamente descafeinado, todavía gobierna. Pero, ¿un boludo? No, la acusación se revierte contra quienes pretenden demostrar eso basándose en el affaire Ronald Richter. Esos, de boludos, todo. Volvamos a Wernher von Braun. Por decirlo rápido: *es el tipo que le inventó a Hitler las bombas V2 con las que asoló la ciudad de Londres y es, al mismo tiempo, el tipo que les puso a los yanquis al hombre en la Luna*.

De a poco. Veamos: Wernher von Braun nace en Alemania en marzo de 1912. Siempre le apasiona la coherencia espacial. Es eso que los yanquis llaman un *rocket scientist*. Un científico de aparatos a reacción. Entra, de joven, en las filas de las SS. Se enrola luego en el Ejército Alemán. Quiere desarrollar misiles balísticos. Entró en las SS, claro, antes de que Hitler llegara al poder. Trabajando para las SS obtuvo un doctorado en ingeniería aeroespacial. ¡Miren a las SS! Y todo el mundo sólo se fija en que montaron campos de concentración y mataron a seis millones de judíos. Pues no: también le permitieron obtener a Von Braun un doctorado en ingeniería espacial. Que se sepa, acaso el mundo lo ignore o lo haya olvidado. Sigue su carrera brillante Herr von Braun. El alto mando alemán le encarga la elaboración de un cohete capaz de atacar territorio enemigo. Wernher von Braun, indignado, huye de Alemania y se refugia en la patria de la libertad y la democracia, Estados Unidos, donde... No, no es así. Wernher se queda en Alemania, como buen nazi que era. Wernher von Braun diseña los modelos A3 y A4 que entusiasman al Führer. Hitler le ordena la producción masiva de los mismos. Wernher les pone el nombre de V2. Hitler, con ellos, se dispone bombardear a Londres. No es sencillo cons-

truir masivamente los V2. Wernher von Braun reclama entonces más contingente humano. Y emplea obreros-esclavos que le son enviados de los campos de concentración y exterminio, algo que Wernher, siempre concentrado en lo suyo, ignora por completo. De lo contrario, humanitariamente se habría opuesto. ¡El tipo era un miserable! Hacia el fin de la guerra se habían arrojado 1155 bombas V2 contra Inglaterra y 1625 contra Amberes y otros objetivos del continente. No hay experto militar que ignore un hecho fundamental: si Von Braun hubiera empezado *antes* la producción en masa de las bombas V2, Alemania habría ganado la guerra. Los aliados bombardearon los laboratorios de Peenemünde, donde trabajaba Von Braun con sus obreros-esclavos, pero no mataron a Von Braun, que ya se había ido en busca de los yanquis. Mataron a todos los que hacían trabajo esclavo. Wernher, entre tanto, iba en busca de la libertad. Los norteamericanos habían organizado la operación Paperclip destinada a capturar científicos alemanes y ubicarlos bajo su dirección. Wernher von Braun se entrega junto con otros *quinientos científicos de su equipo*. Los rusos se lo pierden. También lo quería para su equipo Sergei Korolov. A papá Stalin también le importaba un reverendo rábano que Wernher hubiera sido SS, que haya utilizado obreros-esclavos de los campos de concentración, que sus bombas V2 hayan arrasado buena parte de Europa, nada. Lo quería para él. La guerra que se iniciaba era otra y los cerebros alemanes eran muy codiciados. Ni hablemos de lo que Alemania misma hizo con los nazis, a los que integró masivamente a su resurrección. Pero sigamos con Wernher. Falta lo mejor. Lo más espectacular. ¡Es tanto lo que el mundo y todos nosotros le debemos! Wernher se hace ciudadano norteamericano. Algo que ocurre el 14 de abril de 1955. Es un héroe. Su cohete V2 es la base de toda la coherencia que desarrollan los rusos y los yanquis en la carrera espacial. En 1960, encontramos a Wernher en la NASA. Se le encomienda la construcción de los gigantes cohetes *Saturno*. Pero antes, en la década del '50, Wernher ya era muy conocido por sus artículos en la publicación semanal *Cullier*, la más importante de ese momento. Y aquí viene el dulce "toque" Disney: Wernher participa en tres programas de televisión divulgando temas de exploración espacial. Patrocina la Walt Disney Corporation. No sean amargos: ¿no es esto conmovedor? El SS y Mickey Mouse juntos, dejando atrás sus diferencias, acaso mínimas, y divulgando la ciencia de la coherencia para los niñitos americanos. Aún, dije, falta lo mejor. Wernher tiene en sus manos la fabricación de los cohetes Saturno. Se convierte entonces en el director del Centro de Vuelo Espacial Marshall de la NASA. Diseña, así, el Saturno V. Que el tipo era un genio, lo era. Que había sido un SS, también. Que había reventado a bombazos a los ingleses y a los belgas y a otros países, también. Que había utilizado obreros extraídos de los campos de concentración y exterminio, también. Pero eso, ¿qué importaba? ¿Qué podía importar si Wernher von Braun, durante los años 1969 y 1972, con el cohete Saturno V... ¡lleva al Hombre a la Luna! Caramba, lo que es la historia humana. El hombre llegó a la Luna de la mano de un SS. ¿Recuerdan ustedes esas jornadas maravillosas de 1969? Yo sí, porque soy un veterano y serlo tiene sus grandes ventajas. A veces sentís que la Historia se te entrega en totalidad y la podés ver desde un lado que siempre se te negó, porque, sencillamente, eras joven. Es cierto, estás más cerca de la Parca, estirás la pata en cualquier momento, pero disfrutás de la posibilidad de un saber más añejo, más totalizador. Bien, se acabó el interregno sentimental. Wernher nos sigue reclamando. Las jornadas de 1969, decía. Fueron así: el mundo entero estaba fascinado por una conquista, no de los norteamericanos, sino del Hombre. Era el Hombre el que había llegado a la Luna. Igual, los yanquis clavaron ahí su banderita, alevosamente. Todos miraban la tele. Todos exclamaron extasiados cuando ese Armstrong dio unos saltitos en el suelo ceniciento del planeta de los enamorados. Aquí manejaban la transmisión de TV Mónica Mihanovich, creo que así se llamaba en ese entonces, y el más que agradable Andrés Percivale. De pronto, ¡aparece Nixon! ¡Y se pone a hablar con Armstrong! Increíble: el hombre habla desde la



Tierra con el hombre que está en la Luna. Durante esos días, Nixon había ordenado un ataque masivo de sus poderosos bombarderos B52 sobre Vietnam del Norte para terminar de una buena vez con esa maldita guerra que no podían ganar y les arruinaba esta fiesta espacial. También durante esos días se hace el Cordobazo en la Argentina. Pero es el mundo el que festeja. ¡Hemos llegado a la Luna! Se ha cumplido el sueño de Herbert George Wells, ese visionario. El film de Georges Méliès es realidad. El Hombre, así, con mayúscula, ha escrito una de las páginas fundamentales de su Historia. Todo gracias a Wernher. Que ya sabemos quién había sido. Amigo de Hitler, pudo haberlo llevado a ganar la guerra si disponía de un poco más de tiempo. En ese caso, habría sido el bueno de Adolf quien hablara con algún Armstrong alemán, y bien nazi, sobre la gran hazaña del género humano. ¡Y el nazi era Perón!

LA FAMOSA VISITA DE MILTON EISENHOWER

Que entraron nazis en cantidad es imposible negarlo. Perón les abrió las puertas. Creía que le traerían materia gris. Tenía, posiblemente, simpatía por alguno de ellos. O no, no sé. Piedad, de ninguna manera. No sé si Perón conoció un sentimiento tan delicado, tan cristiano como el de la piedad, el de la compasión. Sentimientos odiados por Nietzsche. (Cualquiera que lea el primer libro de *La genealogía de la moral* podrá comprobarlo. Nietzsche detestaba los valores sacerdotales. Muy especialmente el ideal ascético de la vida.) Pero, sobre todo, Perón les habrá sacado mucho dinero. Hay, sin embargo, algo definitivo: ninguno de los nazis que vino influyeron en la política obrerista de Perón. Perón no fue en absoluto antisemita. Borlenghi era judío. Reconoció en seguida al Estado de Israel. Persiguió al catolicismo, no al judaísmo. Y su autoritarismo ni puede (remotamente) compararse con el autoritarismo nazi. De modo que terminen con este cuento porque –para entender el peronismo– no sirve para nada, estorba y confunde. Ahora, para propaganda radical electorista, funciona. Estados Unidos es el gran impulsor de la teoría del nazismo peronista. Braden la inició empujado por los partidos de la Unión Democrática, desde los conservadores hasta los socialistas. Y Braden tenía sus motivos para odiar a Perón. Cuando asume como embajador le lleva un pliego de condiciones. Más o menos como José Claudio Escribano con Kirchner. Braden le dice: “Si usted cumple con todo esto, será muy bien considerado en mi país”. Y Perón, célebremente, le contesta: “Vea, no quiero ser bien considerado en su país al precio de ser un hijo de puta en el mío”. Tal cual, brillante. Braden se va tan furioso que olvida su sombrero. Un ordenanza se lo alcanza cuando está por subirse al auto de su embajada. Ese sombrero es un legítimo trofeo que Perón conquista en sus enfrentamientos con el imperialismo.

Wernher von Braun habría de morir en junio de 1976. De cáncer. No logró inventar una bomba contra esa maldita enfermedad. Pero, en el colmo de los colmos, “América” haría una película laudatoria sobre él. Se llamó *I aim the stars*, algo así como *Yo apunto a las estrellas*. Aquí se estrenó bajo el título de *Mi meta son las estrellas*. Very touching. La dirigió un distinguido director: J. Lee Thompson, quien habría de dirigir ese pelucón que sería *Los cañones de Navarone* (*The Guns of Navarone*, 1967, 157 minutos), con Gregory Peck, David Niven, Anthony Quinn, la italiana Gia Scala, la trágica griega Irene Papas, los notables actores ingleses Anthony Quayle, Stanley Baker y Richard Harris, a quien todos conocen, espero. Bien, este formidable director dirigió a Curd Jurgens, un actor de moda en esa década del cincuenta, que haría *La posada de la sexta felicidad* junto a Ingrid Bergman, *El zorro del mar* junto a Robert Mitchum y *Lord Jim*, junto a Peter O’Toole. Entre muchas otras. No le faltó nada a Wernher von Braun. Estados Unidos le dio todo. También la Unión Soviética se llevó miles de científicos alemanes. ¿A qué jugamos, Uki?

Como vemos, vamos despejando las interpretaciones bobas del peronismo. Son las más

difundidas. Una vez aclarado que Perón *no fue* nazi, nos concentraremos en otros pecados del peronismo. Vino, en efecto, Milton Eisenhower. Pero no vino sólo a la Argentina. ¡Ni vino a rendirse según el supremo disparate de Hernández Arregui! Hizo una gira por toda América latina que pensaba hacer su hermano Dwight, quien había sido el comandante general supremo de las fuerzas aliadas que desembarcaron en Normandía. Dwight asume en noviembre de 1952 como Presidente republicano. Sabemos que los republicanos representaban más que los demócratas el despiadado poder de Wall Street y de las grandes corporaciones. La lucha era, para ellos, “Free World and Communism”. Comienzan las actividades del turbio senador Joseph McCarthy. El 1º de noviembre de 1952, días antes de asumir Eisenhower, Estados Unidos, a las siete de la mañana, detona en el atolón de Eniwetok, en las islas Marshall, Océano Pacífico, la *primera bomba de hidrógeno*, con diez megatoneladas y media. *Seiscientas veces más poderosa que las que destruyeron Hiroshima y Nagasaki* (Fuente: Luiz Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, Grupo Editorial Norma. Libro de lectura imprescindible para entender nuestro país y el entero mundo). Milton es enviado por Dwight para una visita de “inspección” por América latina. Perón escribe en *Democracia*, bajo su seudónimo “Descartes”, un texto laudatorio. Toda la izquierda se indigna. Sin embargo, Perón sabía más que todos juntos quién venía a visitarlo: Dwight Eisenhower, Joseph McCarthy, Curtis LeMay, siniestro halcón del Pentágono, que mataba cien mil civiles japonés con sus aviones incendiarios y dijo que si lo dejaban seguir a él unos días más no serían necesarias las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, y, por fin, también visita a Perón el poder nuclear de Estados Unidos. Esa bomba de hidrógeno, de diez megatoneladas y media.

Como vemos, la visita de Milton Eisenhower no fue la de un amable embajador que venía en visita de buena voluntad. Ahí, en 1953, Perón sanciona una ley de inversiones extranjeras que asegura un trato favorable al capital internacional. Vimos que Juan Carlos Esteban lo niega. Veremos que Milcíades Peña lo condena.

LA CLASE OBRERA PERONISTA SUPERA EL 50% EN LA DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA

En cuanto a Peña, escribe dos frases definitivamente equivocadas. Lo eran porque ni Perón ni nadie podía llevarlas a cabo. “El peronismo (dice) no modificó la estructura tradicional del país, es decir las relaciones de propiedad y la distribución del poder existentes” (*Ibid.*, p. 96). Y también condena a los *planes quinquenales* porque su punto de partida “era la propiedad privada capitalista” (*Ibid.*, p. 98). Desde este punto de vista, todo lo que hizo el peronismo en beneficio de los necesitados, de los peones de estancia, de los obreros era nada. Peña pensaba como un marxista de los sesenta y pensaba en la Revolución Cubana. En suma, le pedía a Perón, en los cuarenta, ser el Fidel Castro de 1959. Imposible petición, exagerada, ajena a todo contexto histórico, a toda relación de fuerzas. Cuando, en mi curso sobre peronismo, leí el resumen que hace Milcíades de la “revolución peronista”, el auditorio estalló en una carcajada. Veían, desde el presente, desde este presente oprobioso para los humillados, los excluidos, los marginados, los condenados a la prostitución, a la delincuencia o al trabajo esclavo, las exigencias de un marxista que escribía desde los sesenta, desde la post Revolución Cubana. Porque el texto final de Milcíades es el siguiente: “Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el Estado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la ‘revolución peronista’” (*Ibid.*, p. 130). ¿Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional? Milcíades, hoy, eso, sería más que el Palacio de Invierno.

Sumados al porcentaje que ya penosamente tenía la clase obrera, obtendríamos que, con el primer peronismo, el ingreso de los trabajadores en el ingreso nacional superó el cincuenta por ciento. Nunca en su historia, ni remotamente, los pobres tuvieron tanto. Si, como decía Perón, la víscera más sensible del hombre es el bolsillo, no cabe duda de que esa sensible víscera fue muy bien tratada a partir de febrero de 1946. Y muy maltratada a partir de entonces, por los “libertadores” y los que luego vinieron. Hasta llegar al colmo con el peronismo de Menem, que los expulsó del sistema de producción hacia el barro de la indignidad, condenándolos a ser delincuentes o mendigos. Desde entonces, hasta los tímidos intentos del gobierno de Kirchner por redistribuir la riqueza, sólo se ha pensado en solucionar ese problema por medio de la represión, y así lo exigen las clases sociales incluidas en el sistema, las medias y las altas. Buenos Aires, según se sabe, es una sociedad opulenta, y el resto del país un territorio de desposeídos ante quienes los satisfechos porteños piden, votando al señor Macri, por ejemplo, seguridad, es decir, represión. Represión y no inclusión, ni educación, ni trabajo con salarios dignos, no asistencialistas. Buenos Aires, que siempre quiso ser la París de América latina, lo será con más similitud que nunca cuando los marginados, los excluidos, los escupitados por el sistema de concentración de la riqueza se arrojen sobre la ciudad opulenta como los musulmanes de París se han arrojado, salvajemente, quemando todo con su furia, sobre la Ciudad Luz. Entonces la población capitalina clamará por un Sarkozy o, de acuerdo con las modalidades nacionales acostumbradas a pedir medidas extremas cuando tienen mucho miedo, un Le Pen. De la sagacidad de Cristina F, de quien hemos, recuérdese, tomado muy en serio su brillante discurso de asunción, sea acaso posible esperar que el país no se desbarranque por ese abismo. El problema desesperante de la pobreza se agudiza en un país que tuvo la experiencia del bienestar, de “los años felices”. Un país en que los pobres superaron el cincuenta por ciento de la renta nacional. Aunque haya pasado mucho tiempo, ese recuerdo en alguna parte todavía está y alimenta la indignación, la conciencia de la ignominia. Pese a que la TV basura, los caños, las mujeres objeto, las mujeres-culo y el lumpenaje radial trabaje para adormecer, para idiotizar el surgimiento de ese reclamo por el decoro, la integridad moral de la vida, por lo mejor que un gobierno peronista –de acuerdo con su más genuina tradición– les pueda dar a los pobres: trabajo digno, vivienda digna, educación digna. Derechos humanos básicos. Porque juzgar a los represores del genocidio está muy bien, y si lo está es porque ese genocidio se hizo para implantar este sistema de injusticia estructural. Pero los derechos humanos deben contemplar también las penurias de los hombres y las mujeres de hoy. Si alguien se considera peronista, debe saber que el peronismo todavía sigue vigente, no por una *obstinación irracional del primitivismo de los pobres*, sino porque, bajo ese peronismo de los albores, la renta, formidablemente, superó ese 50 por ciento en favor de los relegados de siempre.

Qué bien parado salió Perón en estas temáticas, ¿no? Si alguien se siente incómodo, en principio que se aguante. (Uno es educado y no dice otra cosa. Que se joda, por ejemplo.) Sin embargo, ya lo veremos al general con sus agachadas bien expuestas. No se puede decir, por otra parte, que no hayamos señalado un montón hasta aquí. Era frío, fue distante con Evita durante su muerte, fue excesiva, innecesariamente agresivo con la Juventud Peronista y bajo su mirada aquiescente López Rega, Villar y Osinde organizaron todo el aparato de la Triple A. No obstante, sea lo que haya sido Perón (cuesta, por otra parte, encontrar políticos “intachables”), siempre quedará eso a su favor. Dos cosas fundamentales: fue el que más irritó, incomodó, metió su más duro y grueso dedo en el trasero de la oligarquía. Y fue el que más les dio a los pobres. Que por eso lo recuerdan como a su querido “general”. Y al que no le guste, que haga algo mejor. Se agradecerá.

PRÓXIMO DOMINGO

Cercanías de Eva Perón

IV Domingo 10 de febrero de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

13 Discípulo y el peronismo



Era un poeta de excepcional talento. Era un tipo frágil, con un sentido trágico de la existencia. Se podría decir que era un pesimista, pero un escritor que escribe, aunque escriba acerca de la falta absoluta de sentido de todo lo que existe, aunque sienta que Dios es una ausencia y que el amor se ahogó en la sopa, no es pesimista. Si lo fuera, no escribiría. No escriben los desesperados. Escriben los que creen en decirles a los demás las cosas en que creen, lo que les pasa, sus desengaños, o hacerles saber que todavía hay hendijas por las que se filtra una alegría inesperada, sorpresiva, que da aliento y permite seguir. Una hendija como esas por las que Benjamin decía que el Mesías se hacía sentir en la Historia, que no vendría al final, sino que estaba siempre, que entraba por los quiebres, por esos quiebres que impedian la linealidad de la historia, pero abrían la posibilidad del mesianismo, esos tipos, en suma, no son pesimistas. Creen en algo poderoso. Creen en el arte para el que están dotados. Nuestro poeta era sí. Además, dominaba como pocos el arte de la palabra, hablaba y seducía, hablar era un don con el que encandilaba, con el que encantaba, hablaba rápido, se le atropellaban las palabras, las ideas, pese a la velocidad de su habla, eran más veloces, sólo su gestualidad lograba el empate, entre sus palabras y los malabarismos de sus manos se hacía entender, comunicaba el volcán que él era, porque era eso: un flaco volcánico, un torbellino que duró poco, que se quemó pronto, que se creyó fuerte, puso la cabeza y, en un tiempo de odios extremos, se la cortaron.

No tiene prestigio académico por dos cuestiones: escribió tangos y se hizo peronista. En el *Diccionario de autores latinoamericanos* de César Aira, se mete por la ventana en el apartado que corresponde a su hermano, Armando. Sé que Aira admira a Alejandra Pizarnik, yo también la admiro. Y creo que su talento no era superior al del autor de *Quevachaché*. Era distinto. No sé si el peronismo se merecía semejante poeta, aunque también lo tuvo a Manzi. Pero él, en el mediodía de su esperanza, se hizo peronista, y peronista militante, porque agarró la radio y empezó a desparramar sarcasmos, ironías, un humor corrosivo, que hería demasiado y más todavía en una época de esas que suelen llamarse “electorales”, donde todo se pone al fuego, cada palabra bien puesta es un voto. Se trata de Enrique Santos Discépolo. Confieso que hay poemas de este vate popular que admiro hasta la envidia. Que, al leerlos por primera vez, siendo muy jovencito, me quitaron la respiración. Que la certeza del paso de los años, de la decadencia incontenible y la cercanía de la muerte, la encontré antes en Discépolo que en cualquier filósofo que haya estudiado hasta cierta altura de la carrera en Viamonte 430, donde, según una dedicatoria de Ernesto Laclau, si no recuerdo mal, “empezó todo”.

FIERA VENGANZA LA DEL TIEMPO

Tal vez deba aclarar que meternos con Discépolo es una tarea imprescindible en un estudio sobre el peronismo. Porque habrá que ver cómo este vate sombrío, este cantor de los más terribles desengaños, este poeta del fango del arrabal, se enamoró del portland de las casitas peronistas, de los días soleados que el movimiento reclamaba como propios (“un día peronista”) y del “chamamé de la buena digestión”. Ni Discépolo fue Heidegger, ni Perón fue Hitler. Pero no puedo evitar la comparación. El sombrío Heidegger de *Ser y tiempo*, el filósofo de la República de Weimar, encuentra en el nacionalsocialismo la solución del problema entre el hombre y la técnica, que la Modernidad había inaugurado con Descartes. También encuentra su día sin nubes. Hay una esperanza y él habrá de adherir a ella. No hace mucho, un serio, profundo pensador argentino me decía que Heidegger había sido sólo “otro boludo” que se había prendido a uno de esos tentadores tranvías de la historia. Fue su ruina. O, al menos, sus adherentes tienen que vivir defendiéndolo. Discépolo también se prendió a “uno de esos tentadores tranvías de la historia”. Más cómodo le habría sido seguir hablando de los amores imposibles, de las manos que no se extienden, de los que ven que a su lado se prueban las pilchas que está por dejar. Se permitió la exaltación, la vehemencia, la alegría. Acompañó la alegría del pueblo pobre. Es una de las caras más fascinantes de la gran novela peronista.

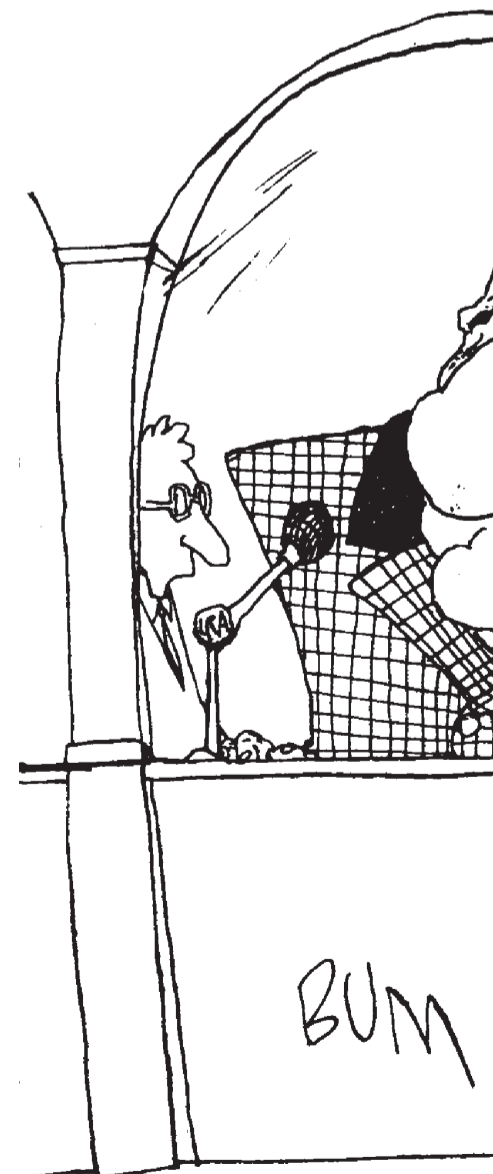
Esta noche me emborracho (1928) plantea el paso del tiempo como destrucción de los sueños. Y el tiempo como camino ineludible hacia la muerte a través de la decadencia física, que expresa también la muerte del amor. El tipo ve a su “dulce metedura”, a la mujer que lo volvió loco diez años atrás, salir de un cabaret. La ve hecha “un cascajo”. Un cascajo, para mayor desdicha, patético, ridículo. La ve “chueca, vestida de pebeta, teñida y coqueteando su desnudez”. La ve como “un gallo desplumao”. La ve con “el cuero picoteado”. Raja “pa’ no llorar”. Recuerda las cosas que hizo por ella. Porque ella era hermosa. Lo era diez años atrás. El tipo se “chifló por su belleza”. Entra, entonces, el tema recurrente de la madre. La máxima deshonra es haberle quitado “el pan a la vieja”. Aquí radica el mayor dolor. Le hizo pasar hambre a la vieja para darle a este cascajo lo que sus caprichos pedían. Pero es la estrofa final la que revela lo que podríamos llamar “el revés de la trama”. Lo no dicho en el poema. El tipo dice: “Fiera venganza la del tiempo/ que nos hace ver deshecho/ lo que uno amó”. Sin embargo, ¿sólo en ella ve la fiera venganza del tiempo? ¿Y si la imagen de la mina vencida lo remite a sí mismo? Él, ¿cómo está, cómo se ve, es o no es otro cascajo? La fiereza del tiempo los tiene que haber atrapado a los dos. Acaso el terror del tipo es haber visto en ella lo que no quería ver en él. Que el tiempo pasa, destruye, se venga. ¿De qué se venga el tiempo? De lo que uno amó. Es como si el tiempo disfrutara destrozando lo que uno se permitió amar porque no se está en el mundo para amar o porque el amor es imposible. Quien se atrevió a hacerlo verá destruido su sueño. “Este encuentro me ha hecho tanto mal/ que si lo pienso más/ termino envenenao”. El encuentro es un encuentro-espejo. Ve en ella lo que también es él. ¿Qué hace él, solo, porque es evidente que está solo, a la salida del cabaret, de madrugada? ¿Qué buscaba ahí? ¿Entraba o salía del cabaret? Raro que pasara de casualidad. No se anda de casualidad por esas geografías. Además, lo confiesa: “¡Mire, si no es pa’ suicidarse/ que por este cachivache/ sea lo que soy...!” No sabemos qué es. Pero es muy posible que sea una ruina como ella. Que el tiempo les haya cobrado a los dos la insolencia de amarse. “Fiera venganza la del tiempo” es una de las líneas más excepcionales de Discépolo. El tiempo se venga de todo. El tiempo nos quiebra. El tiempo nos mata. El tiempo es la muerte que nos llama. Por eso es fiero. Es feroz, encarnizado, es violento. Nada se puede hacer contra eso. “Este encuentro”, dice el tipo, “me ha hecho tanto mal”. ¿Cómo no lo va a trastornar ese encuentro si en él vio el sinsentido de la vida aquello en que se transforman las cosas que se amaron, que se creyeron eternas, eternamente bellas, eternamente jóvenes, como él, como el tipo? No quiere pensar más. ¿De qué sirve pensar? Pensar es envenenarse. “Si lo pienso más, termino envenenao”. Sólo queda la negación, el olvido momentáneo del alcohol, que será el olvido de una noche, la esperanza de que no pase al día siguiente, que se quede atrás, en la madrugada, en ese cabaret. Quién sabe, por ahí ocurre eso. El alcohol todo lo puede. Y el poema termina proponiendo la curda, último refugio del tanguero, antesala del “cachá el bufoso y chau”, el sueño, el sueño pesado, el sueño sin sueños, el de la entrega: “Esta noche me emborracho bien/ me mamo bien mamo/ pa’ no pensar”. Excepcional es la identificación del “pensar” con la obsesión. No hay que pensar. Pensar es torturarse. Pensar llevará a ver la verdad y verla será intolerable. El dolor supremo. Se trata de calmar ese dolor. O mejor: de sofocarlo, de tornarlo imposible. Por eso se va a emborrachar “bien”. Se va a mamar “bien mamo”. O sea, no como cualquier otro día, sino con una eficacia trabajada, profesional. Pondrá toda su sabiduría de curda para frenar con el alcohol todo cuanto pueda filtrarse de la realidad. Que nada entre. Que nada me obligue a pensar. Porque no quiero saber lo que sé, lo que descubrí: ese cascajo, ese gallo desplumao, ese cachivache, que hoy vi en la madrugada, a la salida del cabaret, soy yo.

Discépolo, como muchos artistas de su generación, era un apasionado lector de los novelistas rusos. Se nutre de ellos y, aunque no lo hayan leído, anticipa muchos de los temas de las filosofías de la existencia de los años cuarenta en Europa. En 1925 escribe su tango más decarnado, más negro. El que nunca pasa, el que siempre dice lo que hay que decir de cada época, algo que habla de la destrucción de toda teoría del progreso en la historia del hombre.

Los tiempos, hoy, son duros. Y todavía está Discépolo para narrarlos. No en *Cambalache*, tango por el que no tengo mayor estima, sino en esa temprana reflexión nihilista que es *Qué vachaché*. “En Buenos Aires (escribe Horacio Salas) lo estrena Tita Merello en la revista *Así da gusto vivir*. Resulta un rotundo fracaso. Un nuevo intento en Montevideo tiene el mismo resultado. Recién el éxito de *Esta noche me emborracho* en 1928, en la voz de Azucena Maizani, le permite exhumar *Qué vachaché*, que se graba ese año” (Horacio Salas, *El tango*, Planeta, Buenos Aires, 1986, p. 200). Discépolo está orgulloso de este tango. Hasta se permite decir que mira “por otras ventanas el tremendo panorama de la humanidad” (*Ibid.*, p. 200). ¿Cuál era ese “tremendo panorama”? En 1925 gobernaba en Argentina el radicalismo. Hitler no había llegado al poder. Mussolini recién empezaba a mostrar las garras. Pero el mundo, al lado de lo que vendría, no ofrecía todavía un “tremendo panorama”. Aquí, entonces, la sospecha: ¿no estaba en el propio Discépolo el “tremendo panorama”? ¿No era más metafísico que histórico? ¿No era más cerradamente existencial? ¿No era ese “tremendo panorama” el de su propia conciencia, atormentada por siempre? También vale otra hipótesis: el poeta se adelanta a su tiempo, ve lo que los otros no ven. O ve lo que siempre ha de estar, lo eterno en la historia.

VENDER EL ALMA, RIFAR EL CORAZÓN

No hay otro modo de entender *Qué vachaché*. Porque, en 1925, la cosa no era para tanto. Los buenos revisionistas o los historiadores peronistas dicen que Discépolo se anticipa a la descripción de la llamada Década Infame. En verdad, se anticipa a todas las épocas, dado que ese tango prenuncia poderosamente la década argentina de los noventa y el mundo mercantil, cósmico del presente. ¿Qué es lo que hace falta, qué hay que hacer para sobrevivir en el universo de los humanos? Como diría Marx: hay una mercancía a la que remiten todas las otras pues la han aceptado como el equivalente de todas. Una silla no es el equivalente de todas las mercancías. Ni un tren. Ni un zapato. Estaríamos, ahí, en un sistema de trueque. Lo que establece el capitalismo es que tanto el tren, como la silla o como el zapato remitan para establecer su valor a una mercancía que habrá de representarlas a todas, expresando sus distintos valores. Esa mercancía es la mercancía *dinero*. De aquí que sea la mercancía esencial del



capitalismo. *Con el dinero uno compra cualquier cosa.* Una silla la podrá canjear por una mesa o por un sillón. El dinero puede entregarnos lo que se nos antoje, si es que lo tenemos en cantidad suficiente. De aquí que haya que tener *mucho dinero para poder tener muchas cosas.* Si la puerta a la conquista de las cosas (y el capitalismo es un sistema de cosas) es el dinero, todo radica entonces en tenerlo en cantidades suficientes como para que nada nos esté vedado. “Lo que hace falta (escribe Discépolo) es empaquetar mucha moneda/ vender el alma, rifar el corazón/ tirar la poca decencia que te queda/ plata, plata y plata... plata otra vez.../ Así es posible que morfés todos los días/ tengas amigos, casa, nombre... lo que quieras vos./ El verdadero amor se ahogó en la sopa,/ la panza es reina y el dinero Dios”. Hay pocos textos que definan la pragmática capitalista como éste de Discépolo. No era un desesperado. No era un pesimista. Acaso hoy lo comprendamos mejor que nunca. Hoy, cuando *no hay nada más* que capitalismo. Cuando el mundo se ha transformado en un campo de guerra. Cuando la potencia capitalista más poderosa de la Tierra anuncia que buscará lo que necesite ahí donde esté. Cuando no sólo no hay ideales, no hay ideas. Cuando la política desapareció ahogada por los arreglos entre aparatos. Cuando un tipo que está aquí, mañana está allá y pasado mañana volvió a cambiar. ¿Qué quiere decir esto? Simple: no hay ideas, hay intereses. *La verdadera política se ahogó en la sopa.* En cuanto a las aristas morales de este mundo de intereses, Discépolo es bien claro. Sus consejos valen oro: tenés que vender el alma, rifar el corazón, tirar la poca decencia que te queda. Si hacés eso, triunfás. Si no, te pisan. Te pasan por encima. Sos “un gilito embanderado”. A este personaje se dirige Discépolo. A un “gilito embanderado”, un pobre tipo que todavía cree en algunas causas, en algunas banderas. No hay causas, no hay banderas. Sólo hay guita. Si sólo hay guita, ¿dónde está la verdad? Eso que decíamos “tener razón”. Fulano tiene razón porque Fulano tiene la verdad. O al revés: Fulano está en lo cierto, tiene razón. Había algo, en los hechos, que permitía establecer una verdad. Tenía razón el que podía demostrar que él había actuado bien y el otro mal. Pero eso podía ocurrir porque existían en el mundo el bien y el Mal. No existen más. Lo que existe es el dinero. Por eso: *“La razón la tiene el de más guita”.* Porque a “la honradez la venden al contado”.

Y las dos líneas que siguen son las más descarnadas del poema. No sé cuántos poetas de nuestro país

o de otros han llegado a una síntesis más poderosa de la relación entre moral y dinero. Al ser el capitalismo el sistema de, justamente, el capital, es el sistema del dinero. La ética que intentó establecer desde sus orígenes, desde Adam Smith, fue la del egoísmo. Si triunfó, triunfa y seguirá triunfando hasta que posiblemente se destruya destruyéndolo todo es porque expresa lo más sombrío del hombre, que es su verdad. Todos los otros sueños que buscaron realizarse terminaron entronando otra versión del capitalismo. El capitalismo expresa lo que el hombre es y no se hace ilusiones sobre eso. El dinero es su razón y la razón es dinero. La verdad, como sobradamente lo demostró Foucault, es la verdad del poder. Y el poder se relaciona con la posesión del dinero. Discépolo sabía todo esto cuando escribió: *“No hay ninguna verdad que se resista frente a dos mangos moneda nacional”.*

¿A dónde voy con todo esto? Clarísimo: Discépolo es uno de los más distinguidos peronistas y es uno de nuestros más grandes poetas. Como todo está olvidado, como nada se recuerda, me permito repasar algunos de sus temas. Y vendrá el contraste. *Porque las charlas de “Mordisquito” son impensables desde “Qué vachaché”.* Sigamos con el poeta de la desesperanza. *Yira yira* postula, no ya que la verdad la tiene el de más guita, sino que “todo es mentira”. Pero por el mismo motivo. No creas en nada. Todo es mentira porque el que te dice que tiene razón la tiene porque la compró, compró la razón, compró la verdad. *Todo es mentira.* Niega toda posible solidaridad: *“No esperes nunca una ayuda, ni una mano, ni un favor”.* En *Tres esperanzas* llega a otra de sus cimas. Un hombre desesperado, un hombre que no entiende el mundo en que vive o uno que, simplemente, no aguanta más, siempre se sorprende de un hecho. Él está destruido, no puede más. Llega, por fin, el momento en que se dice: *“Cachá el bufoso y chau... ¡vamo a dormir!”.* Sin embargo, hasta llegar a ese momento, momento al que se llega con enorme dolor, con miedo, hay algo que le resulta asombroso: todo sigue igual, todo sigue su rumbo, él se puede pegar un tiro mañana y nada habrá de ocurrir. *“Pa’ qué seguir así, padeciendo a lo fakir, / si el mundo sigue igual... Si el sol vuelve a salir.”* Sólo un tipo con un fuerte metejón con la angustia, con la desesperación plena, con el dolor, escribe algo así: que “el sol vuelve a salir”. Que todo va a seguir igual. Que su sufrimiento infinito es nada en la inmensidad del todo. Que es sólo infinito para él. Pero sólo eso. Cachá el bufoso y chau, hacé lo que quieras, matate... no por eso va a dejar de salir el sol.

Una vez, a partir de cierto día, un día en que el sol volvió a salir, este gran poeta metafísico sintió que también salía para él. Era increíble, pero le nacía algo por completo desconocido: la esperanza. Habría de transformarse en un “gilito embanderado”. En un tipo que se había “piyao la vida en serio”.

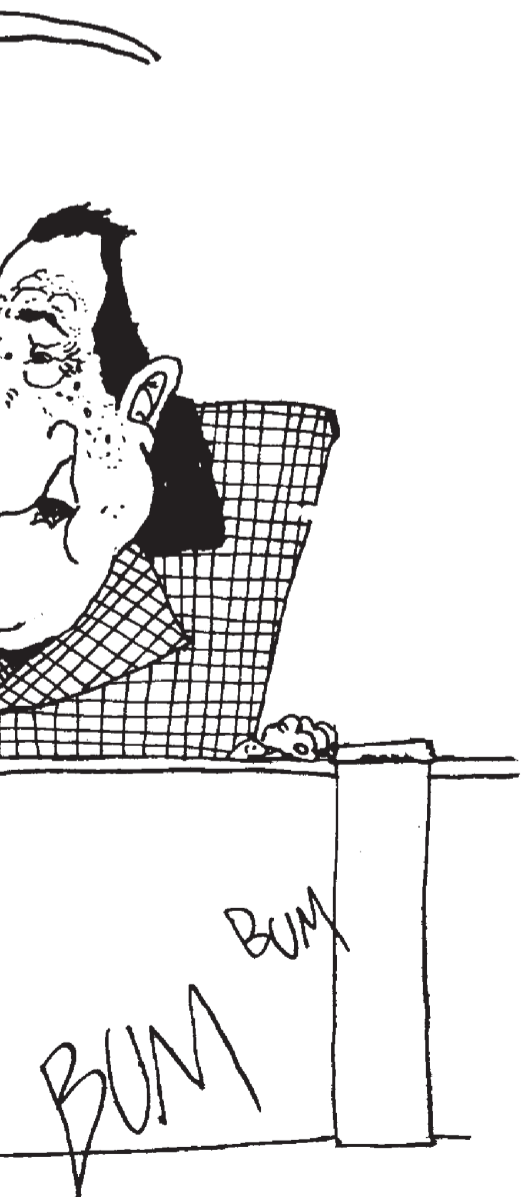
EL COMPROMISO POLÍTICO

Algo que ha perjudicado a Discépolo ha sido cierto empecinamiento de los peronistas por hacer de él el Borges del peronismo. “Los gorilas tienen a Borges, nosotros tenemos a Discépolo.” Y peor todavía. Lo que más disminuye todo es que han aportado razones. Discépolo sería el “poeta de la calle”. El “poeta del pueblo”. Y Borges, “el ajedrecista”. El tipo frío. Al que “le falta calle”. Estos disparates han perjudicado a Discépolo. No a Borges. Borges goza de una consagración universal que no se verá deteriorada porque varios o muchos peronistas rencorosos, ultrapopulistas, le arrojen piedritas pueriles. Que un escritor tenga o no tenga calle no es la medida de su grandeza. Además “tener calle” es una expresión literariamente lamentable. ¿Qué significa? ¿Hay que recorrer calles para escribir? ¿Hay que vivir la vida intensamente? ¿Hay que salir de la Biblioteca de Babel? Pavadas. Borges, además, es un escritor hondamente argentino. Ha escrito sobre gauchos, sobre malevos, sobre el tango, sobre el *Martín Fierro* sobre el *Facundo*. Se podrá o no estar de acuerdo. Pero si uno recuerda que se le decía en los sesenta y los setenta (sobre todo en un librito de Jorge Abelardo Ramos sobre literatura argentina) “el escritor angloargentino”, hará bien en señalar que todo eso es un dislate. Borges y Discépolo no tienen por qué oponerse. Hay cosas que uno encuentra en Borges y no en Discépolo y viceversa. Es cierto, además, que uno era un letrista de tangos y el otro un hombre de la más alta literatura, uno de los más

grandes estilistas del siglo pasado. Porque por más que Barthes hable de la “muerte del autor” (siguiendo a Foucault y su “muerte del hombre”). Y por más que, al hablar de la muerte del autor y del “grado cero de la escritura”, una escritura sin marcas, sin señales del sujeto, que es lo que el posestructuralismo vino a negar, niegue la posibilidad del estilo, lo siento, señores, *Borges es la apoteosis del estilo.* Y bien orgulloso estaba de serlo. Y nosotros de reconocerle ese estilo y de embriagarnos con él, pese a los adverbios repetidos y al exceso de adjetivos.

De modo que no perdamos tiempo. Discépolo no es una herramienta para demostrarles a los gorilas que los peronistas tienen escritores. Borges, además, no es el escritor de los gorilas, aunque él lo haya sido y de un modo, para mí al menos, bastante tonto y, por eso mismo, irritante y hasta penoso. Borges es un escritor plenamente argentino. Trama-do por la historia de su país. No es de los gorilas. Es de todos. Porque su literatura, además, salvo en algunos notorios momentos, no es gorila o no gorila. Es tan metafísica como la de Discépolo. Más cercana a lo fantástico. A un juego en que la erudición se unía a los pliegues de la realidad, a una concepción personal del mundo, de un mundo que podía centrarse en un solo punto, el Aleph. En fin, lo mejor que he dicho sobre Borges lo dije en un guión de cine del que estoy muy satisfecho pero que nadie vio. O dijeron que les gustaba el guión pero no la película. La película se llama *El amor y el espanto* y creo que es un valioso aporte a los enormes materiales que se le han destinado a Georgie. Un aporte más, en todo caso. Pero hecho desde el cine y con un trabajo formidable de Miguel Ángel Solá. Si la quieren ver, tal vez descubran algo que una crítica demasiado centrada en ese momento en la exaltación del “nuevo realismo argentino” les obliteró.

Discépolo encuentra la luz del mediodía, su militancia, en la campaña del peronismo para las elecciones de 1951. Se acabó el metafísico oscuro. El hombre que no creía en nada. El tipo que decía “la razón la tiene el de más guita”. No, porque la guita la tenía la oligarquía, y no tenía la razón. El peronismo venía a discutirse. Y él lo iba a decir. Ya lo saben: con el verso no le ganaba nadie. Apold le pide que le ponga el hombre a la campaña peronista. Al fin de la misma, Perón habrá de decir: “Gracias al voto de las mujeres y a ‘Mordisquito’ ganamos las elecciones de 1951”. Aquí tenemos al vate, al tipo de Buenos Aires, al flaco loco, genial, creativo. Al tipo que no se iba a andar con caricias. Que iba a golpear fuerte. No sabía que eso le costaría la vida. Lo llevaría a una muerte solitaria, dolorosa. Pero no nos adelantemos. Ahora se planta frente al micrófono y –sin que nadie pueda responderle desde ninguna otra radio, porque así el peronismo, era autoritario a rabiar– empieza a decir verdades incuestionables y que nos servirán para ver cómo un tipo como Discépolo visualizaba con honestidad y con una gracia inigualable las conquistas que se habían derramado sobre el país desde el 17 de octubre de 1945. Discépolo era flaquito, no era un tipo como para agarrarse a las piñas con nadie. “Pero, ¡discutir! ¡Claro que vamos a discutir!” Aclaro: la edición que tengo es la primera que salió. Reúne las primeras charlas de Discépolín y no tiene pie de imprenta ni el sello de la Secretaría de Prensa y Difusión que era, sin duda, la que lo había editado. O sea, el siniestro Apold. Figura nefasta, desagradable, tachadora, fanática, que el peronismo sostuvo sin vacilaciones, encontrando en él, a no dudarlo, un elemento valioso, necesario. Un Gobierno que tiene un Apold no puede ser democrático. Salvo que se diga, como en los setenta, que el peronismo era democrático porque expresaba al pueblo. Pero esto es muy discutible. Porque los socialistas, los radicales y hasta los conservadores eran el pueblo. Y los comunistas, a quienes tanta alergia les tuvo el peronismo, también. La oligarquía era la clase golpista de siempre, aliada a lo más reaccionario del Ejército esperando el momento de asestar el golpe. De democrática nunca tuvo nada. También es cierto que muchos políticos golpeaban “las puertas de los cuarteles”. También es cierto que el peronismo los encarcelaba. Y a algunos los torturaba. Nada es sencillo en esa historia. Pero para Discépolo todo estaba claro. Se inventó un personaje para discutir con él. Era “Mordisquito”. Era el típico “contrera”. Discépolo le decía que antes los pibes “miraban la nata por turno” y ahora “pueden irse a la escuela con la vaca



puesta”. Si el contrera se quejaba por algunos problemas de desabastecimiento, por ejemplo, el queso, Discepolín decía: “¡No hay queso! ¡Mirá qué problema! ‘¿Me vas a decir que no es un problema?’ Antes no había nada de nada, ni dinero, ni indemnización, ni amparo a la vejez... y vos no decías ni medio”. Y luego esa concepción de la guerra hecha por cincuenta tipos en tanto los demás duermen tranquilos porque tienen trabajo y encuentran respeto. Insiste: “Cuando las colas se formaban no para tomar el ómnibus o comprar un pollo o depositar en la caja de ahorro, como ahora, sino para pedir angustiosamente un pedazo de carne en aquella vergonzante ‘olla popular’ (...) entonces vos veías pasar el desfile de los desesperados y no se te movía un pelo”. Y todas las charlas terminaban con un: “¡No, a mí no me la vas a contar!” Y seguía, y era implacable, y tenía razón, no decía mentiras, decía verdades, cosas ciertas, verdaderas conquistas: “Y yo levanto una lámpara, sabés; la levanto para iluminar las calles de mi patria... ¡y mostrarte una evidencia que no está! Los mendigos, ¿están? ¿Vos ves los mendigos?”. Habla de una correntada de dignidad, de bienestar que se llevó a los mendigos. Y esa correntada se los llevó para bañarlos y traerlos de nuevo, limpios, con la raya al medio “cantando, no el huainito de la limosna, sino el chamamé de la buena digestión (...) ¿Dónde están los mendigos?”. Y sigue: “El mendigo era en este país una vergonzosa institución nacional (...) Y los pobres se te aparecían en los atrios de las iglesias, en las escaleras de los subtes, en la puerta de tu propia casa, famélicos y decepcionados (...) con la dignidad en derrota (...) Ahora las manos se extienden, no para pedir limosna, sino para saber si llueve”. Frase de un notable talento, de una gracia discepoliana, sólo él podía decirla. Y sigue: “Acordate cuando volvías a tu casa, de madrugada, y descubrías en los umbrales, amontonados contra sí mismos, a los pordioseros de tu Buenos Aires”. Y un cierre perfecto, penetrante, sentimental pero fuerte y poderoso: “Ahora la exclusividad de los umbrales han vuelto a tenerla los novios”. Y esa frase candorosa, pero que expresaba lo que sentían millones de pobres que habían encontrado en el peronismo lo que el vate decía: “*Estamos viviendo el technicolor de los días gloriosos*”. Recuerda al Discépolo del pasado: “Yo era un hombre entristecido por los otros hombres”. Habla de una patria dirigida por tenedores de libros que hablan en todos los idiomas menos en el nuestro. “Pensá en esa misma patria ahora contabilizada con números criollos.” Y sigue: “Porque vos sos opositor, pero ¿opositor a qué? ¿Opositor por qué? La inmensa mayoría vive feliz y despreocupada... y vos te quejás. La inmensa mayoría disfruta de una preciosa alegría, ¡y vos estás triste!”. Y hasta llegar a querer olvidar “el barrio de tango”. Sí, basta de “la esquina del herrero barro y pampa”. Basta de barro. Se acabó ese tango de la pobreza. “Yo me meto en el barrio, corazón adentro, y, después de recorrerlo, te pregunto: ¿está el conventillo? Y no, no está. Yo no quería encontrar más el conventillo y no lo encuentro. ¿Cómo? ¿Que a vos te gustaba más aquello? No. El suburbio de antes era lindo para leerlo, pero no para vivirlo. Porque a mí no me vas a decir que preferías el charco a la vereda prolija... *Y que te resultaba más entretenido el barro que el portland*”. Se acabó el conventillo: “Un mundo donde el tacho era un trofeo y la rata un animal doméstico”. Y antes: “Acaso en el momento de la letra de tango hablemos literariamente del catre, pero llega el momento del descanso y cerramos el catre y dormimos en la cama”. Y sigue: “Porque la nueva conciencia argentina pensó una cosa. ¿Sabés qué cosa? Pensó que los humildes también tenían derecho a vivir en una casa limpia y tranquila, no en la promiscuidad de un conventillo que transpiraba... ¡indignidad!” Y voy a concluir citando un texto descomunal, de una conciencia humanitaria, de un fervor por lo que hoy llamamos “derechos humanos” que asombra. Quizá no sea una gran frase. De hecho, es breve. No dice mucho. Sólo se trata de saber leerla. De pensarla. Detenerse en ella. Habla del hambre. ¿Cuánta gente padece o se muere de hambre en el terrible mundo de hoy? Discépolo, muy sencillamente, dijo: “Y como todo el drama del mundo empieza

en el hambre, supongamos que toda la felicidad del mundo empieza en la abundancia”.

DISCÉPOLO Y EVITA DIALOGAN

Como vemos, en sus charlas no mencionaba ni a Perón ni a Evita. Sólo en la última menciona a Perón. Estaba muy solo y preocupado. El odio gorila no le perdonó nada. Lo mataron. Es cierto que no tuvo quién le respondiera. Pero no dijo mentiras. Podría haber dicho que había persecución a los opositores. Autoritarismo. Que se había cerrado *La Prensa*. Pero creo que eso le importaba poco. *Que veía en la oposición a ese peronismo de estómagos llenos, del chamamé de la buena digestión, al viejo país de la oligarquía mentirosa, represiva, fraudulenta y antipopular*. Igual, lo mataron.

En el film *Eva Perón*, con Esther Goris y Víctor Laplace, dirigido por Juan Carlos Desanzo, escribí un encuentro ficcional entre Evita, en la cama, moribunda, y Discépolo, también moribundo, ya que moriría antes que ella, en 1951, destrozado por los ataques de sus enemigos.

Evita: Bueno, ¿y qué te pasa? Hasta al miserable de Apold lo tenés preocupado. Me llama por teléfono: “Discépolo no da más. Véalo un rato. Ayúdalo” ¿Qué te pasa, Arlequín.

Discépolo: Perdí a todos mis amigos, señora. Estoy más solo que un perro. Tengo enemigos. Me llaman por teléfono a las tres, a las cuatro de la mañana. Me amenazan.

Evita: Qué más.

Discépolo: Esto.

De un pequeño maletín saca unos pedazos de varios discos de pasta. Son discos destrozados.

Discépolo: Son los discos de mis tangos, señora. Me los mandan así, destrozados. Me mandan cartas injuriosas. Y ahora... el que está destrozado soy yo.

Evita: ¿Y qué esperabas? ¿Flores? Los atacaste, te odian. Son así. No perdonan. Y odiar, saben odiar mejor que nadie. Te lo aseguro.

Discépolo: Pero hay algo en lo que tienen razón, señora.

Evita (casi indignada): ¿En qué?

Discépolo: Yo tuve la radio. Yo pude hablar. Ellos no. No pudieron responder. Apold no les dio un solo espacio. Y usted lo dijo, lo acaba de decir: Apold es un miserable. Y yo me dejé manejar por él.

Evita: Y sí, es un miserable. Pero una revolución no se hace sólo con ángeles como vos. También se hace con miserables. *(Pausa.)* Oíme, Arlequín: es muy simple: o hablan ellos o hablamos nosotros. Apold es un canalla, pero nadie como él para impedir que los contreras hablen. Lleva en el alma la pasión de silenciar a los otros.

Discépolo: Entonces me equivoqué, señora. La democracia...

Evita: Mirá, no me pongas de malhumor. La democracia somos nosotros, los que estamos con el pueblo. Los demás son la antipatria. *(Pausa.)* Oíme, Discepolín, no te voy a mentir ahora. Mirate, mirame. Los dos nos estamos muriendo. ¿Cuánto pesás?

Discépolo: No sé. Pero las inyecciones... ya me las tienen que dar en el sobretodo.

Evita (muy convencida, muy firme): Enterate, Discépolo: esto es una guerra. Y una guerra no se gana con buenos modales. *(Parodiando)* “Vengan, señores. Usen las radios. Digan las mentiras de la oligarquía, las mentiras del antipueblo, las canalladas.” ¡No! ¡Ustedes se callan, señores! Mientras yo pueda impedirlo ustedes no hablan más. *(Pausa.)* Decime, ¿qué pensás que van a hacer con nosotros si nos echan del Gobierno? Pensás... ¿que van a ser democráticos, comprensivos, educados? Nos van a perseguir, a torturar, a prohibir... a fusilar. Ni el nombre nos van a dejar, arlequín. *(Pausa.)* Andá y morite en paz. No te equivocaste. Las cosas son así. Algunos lo pueden tolerar. Otros no.

Discépolo: Pero las cosas... no tendrían que ser así, señora.

Evita (chasquea la lengua, fastidiada): No me vengas con mariconadas de poeta.

(Nota: José Pablo Feinmann, Dos destinos sudamericanos, Eva Perón, Ernesto Che Guevara, Editorial Norma, Buenos Aires, 1999, pp. 122-123. Hay más reciente y accesible edición de bolsillo.)

¡Pobre Discépolo si no llegaba a morir cuando se murió, temprano, dolorosamente, pero a tiempo! No habría podido trabajar ni de acomodador

ni de boletero. Eso, ni lo duden. La venganza de los “libertadores” no perdonó nada. Sin duda, el peronismo fue duro en sus prohibiciones. Muy duro y ahí estaba la mano jacobina de Evita. Pero nadie puede decir en esta tierra que el peronismo inventó las prohibiciones. La oligarquía vivió prohibiendo, excluyendo, haciendo elecciones fraudulentas. ¿O no eran prohibiciones los fraudes de la Concordancia? Así se hizo el país. Pero la Libertadora repugna por su cinismo. En un corto de la época aparecía un locutor de entonces, Carlos D’Agostino, esos tipos que se agarran a un momento histórico y dicen “ésta es la mía”. Carlitos D’Agostino hacía lo siguiente. Se oían muchas voces de la calle. Y él, muy sonriente, fingía taparse los oídos. Luego retiraba sus manos de ahí y feliz decía: “No, ¡si es el ruido de la democracia! ¡Hoy, todos hablan, todos opinan, porque vivimos en libertad!” Qué descaró. Perón no prohibió a ningún partido. Subió al gobierno en elecciones libres. Y los “democráticos”, los “libertadores” prohibieron al partido mayoritario en nombre... ¡de la democracia! Y todo se veía muy lógico en ese entonces. Los vieran a los radicales, a los socialistas, a los democratoprogresistas. ¡Todos de acuerdo! El patriarca del socialismo, don Alfredo Palacios, a quien vi dar una conferencia en Necochea, ¡de acuerdo! Habló todo el tiempo de la libertad. Y hasta recitó un poema que la exaltaba. Había que prohibir al peronismo. ¡Era un peligro para la democracia! Canallas, pequeños, miserables hombrecitos, el peligro para la democracia era precisamente el contrario: era prohibir al peronismo. Pero si no lo prohibían el peronismo volvía. Porque la paradoja era que habían expulsado del poder al partido que tenía el abrumador apoyo del pueblo. Ahí empezó la tragedia argentina. Ahí, la necedad gorila decretó la muerte de Aramburu. La historia tiene sus persistencias. Los hechos no se desvanecen en el momento en que surgen. Quedan. Perseveran. Y un día aparece un jovencito con un revólver y le dice a Aramburu que lo va a matar porque asesinó al general Valle. Palabra *(asesinato)* que Valle utiliza en su Carta y con la que sella el destino de Aramburu. La tragedia argentina viene de lejos, es compleja, opaca, difícil de entender, y trágica. Parte de esa tragedia fue haberse devorado a Enrique Santos Discépolo, notable, puro, acaso ingenuo poeta argentino. Orestes Cavaglia, que había sufrido lo suyo, lo escupió en plena calle. Arturo García Bhur, actor (oli)garca, que haría una torpe película propagandística de la Libertadora, de la que hablaremos, lo insultó. Le llegaban infinidad de anónimos agraviantes. *(Nota: Consultar la excelente biografía de Sergio Pujol, Discépolo, Emecé, Buenos Aires, 1996.)* Enrique era un flaco sensible, frágil, charlatán, jodón, pero chiquito y pura sensibilidad. No pudo aguantarlo, lo liquidaron en unos pocos meses. Quienes le enviaban los discos despedazados eran sin duda quienes luego integrarían los “comandos civiles”, niños de la oligarquía, de la alta clase media. Balbín, en un acto de campaña, lo definió como a un “mantenido del peronismo”. Le llegaban paquetes con excrementos. Entró en un profundo cuadro depresivo, llegó a pesar treinta y siete kilos. “Buenos Aires es una hermosa ciudad (dijo), para salir de gira.” El 23 de diciembre de 1951 se murió. No todos lo odiaban. Aníbal Troilo llegó al sepelio y lloró, desesperado, largamente sobre el cuerpo del poeta. Se dice que llegó una ofrenda floral de Evita que decía: “Hasta pronto”. Homero Manzi —desde un sanatorio en que se moría de cáncer— le dedicó unos versos a los que Aníbal Troilo les puso música. Así nació el tango *Discepolín*. Que terminaba diciendo: “Vamos que todo duele, ¡viejo Discepolín!” El poeta de la desesperación, cuando creyó, lo hizo con tanta vehemencia como cuando decía que creer en Dios era dar ventaja, no aduló a nadie, no nombró a Perón ni a Evita, sólo en la charla final hay una mención a Perón, sólo ahí, lo que dijo fue lo que alegraba su corazón: la dignidad de los pobres, las casitas de ladrillos, el portland, las vacaciones, el pleno empleo. Se equivocó porque tal vez debió exigir que le pusieran a alguien que le respondiera. Difícil saber si eso hubiera amainado el odio que se lo comió. Después del ’55, a tipos infinitamente menos talentosos que Discépolo, no hubo nadie para responderles, ni siquiera un perro que les ladrara un poco.

PRÓXIMO
DOMINGO

Eva Perón

IV Domingo 17 de febrero de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

14 Eva Perón



PERSONAJES DEL PERONISMO

Otras caras importantes del primer peronismo provinieron del espectáculo o del deporte. El Racing Club, por ejemplo, era apoyado por el ministro Cereijo, al punto de recibir el apodo de “Deportivo Cereijo”. En la final con el pequeño equipo de Banfield, en 1951, todo el país estaba en contra de Racing porque había puesto su corazoncito en el que tenía las mayores posibilidades de perder, el que no era el equipo del gobierno, el que no estaba protegido. Sin embargo, Evita prefería un triunfo banfileño precisamente para dar el ejemplo de la laboriosidad de un pequeño team y el triunfo del más débil. La final conmovió al país. Todos con Banfield. La cuestión se solucionó de un modo semejante a como lo haría Racing, muchos años después, frente al Celtic de Escocia, llevándolo a apropiarse de la codiciada Copa Interclubes y darle al país su primer título mundial. Es decir, un zapatazo impresionante. Aunque la expresión “zapatazo” es injusta. Porque se le dice así al balinazo de un delantero que “la encuentra” y le pega un poco a ciegas y la mete en la red. No fue así el gol de Boyé. No fue así el de Cárdenas. Boyé decidió, contra Banfield, el triunfo de Racing con un tiro desde el lateral derecho que se metió en el segundo palo del excepcional arquero de Banfield, Graneros. Ganó el más fuerte, “el caballo del comisario”. Y Evita se quedó con las ganas de ver triunfar al más débil, al equipo “proletario”. El gol de Cárdenas fue un tiro de casi media cancha. Un zurdazo del número nueve de Racing que dio tiempo a que todos vieran la trayectoria, hermosa, de la pelota hasta clavarse en el palo derecho del arquero celta que se tiró más para la foto que por creer que alcanzaría esa pelota imposible. Años después (¿qué país la Argentina!), el gol de Cárdenas, que la compañía Gillette había pasado durante años, dejó de pasarse. Durante la decadencia del menemismo y durante el catastrófico gobierno de De la Rúa, en medio del enorme desaliento nacional de esos años, surgió un chiste memorable: “¿Saben por qué no pasan más el gol de Cárdenas? Porque ahora lo erra”.

En el automovilismo es excluyente la figura de Fangio, con la Mercedes Benz y sus cinco campeonatos mundiales. También estaban los hermanos Juan y Oscar Gálvez, Froilán González y el cordobés Marimón. En el box, quién no lo sabe, Gatica era la personificación del peronismo y el elegido de Perón. Alfredo Prada, su rival, era su antítesis: el boxeador pulcro, medido. Era el elegido por la clase media. Gatica era el atorrante que gustaba a las clases humildes. Se trata de un personaje notable, a quien Leonardo Favio le dedicó una película. Gatica era un desbordado. Se vestía de modo extravagante. Boxeaba con poca técnica pero con mucho corazón, siempre iba para adelante y era fanáticamente peronista. Se dice que, en el Luna Park, al saludar a Perón le dijo: “General, dos potencias se saludan”. Osvaldo Soriano cuenta una anécdota muy divertida. Parece que Gatica llega a un pueblo en un auto enorme. En la parte delantera había un cartel: “Aquí llegó Gatica”. Y en la trasera otro: “Ya pasó Gatica”. Favio lo toma como emblema del peronismo. Mientras Gatica gana, la Argentina es feliz, todo va bien. Cuando cae el peronismo, Gatica empieza a perder porque pasaron los años dorados. Hasta que termina penosamente bajo las ruedas de un colectivo. Prada le dio una mano y lo puso de socio en un restaurante que se llamó: “Prada y Gatica”. Llegó a pelear en Estados Unidos con el

boxeador negro Ike Williams. Ver ese fragmento noticioso es toda una experiencia. Suena la campana y Gatica sale a guapear, a llevárselo por delante al negro. Ike Williams le da una sola piña, una sola, y lo noquea. Se dice que Perón lo retó fieramente. Se dice que empezó diciéndole: “Gatica, ya me tenés podrido”. Otro que fue a pelear a Estados Unidos fue el excelente Eduardo Lausse. El que transmitía la pelea era Luis Elías Sojít, que era un peronista de aquéllos. En un momento en que Lausse se liga una piña muy dura, le empieza a sangrar la nariz. Y Luis Elías (como le decían sus colaboradores), exaltado, profiere una frase memorable: “¡Cae sangre de la nariz de Lausse! ¡Sangra Lausse! ¡Es sangre peronista!”. En su relato, con no excesivas intermitencias, decía: “¡Perón cumple, Evita dignifica!”. Por ejemplo: “Ataca Lausse con una derecha violenta al plexo solar... ¡Perón cumple, Evita dignifica! ... Ahora Lausse retrocede”. El adversario de Lausse, aunque no ideológico, era Rafael Merentino, bien peronista, nunca llegaron a enfrentarse. Todo deportista que ganaba decía: “Dedico este triunfo al general Perón”. No había quien no le dedicara el triunfo a Perón. Fue realmente increíble que Perón lograra tantas cosas desde el '46 en adelante. A otro le hubiera llevado treinta años. Todo era peronista. Hasta la policía, como decía el ministro Borlenghi en un discurso bastante peligroso, debía ser peronista. Se vivía una especie de júbilo. También llegaban figuras del extranjero. Los boxeadores negros Sandy Sadler y Archie Moore. Sadler amargó una noche de Perón y Evita moliendo a trompadas a Prada, ganándole por paliza en cuatro rounds. Sobre Archie Moore la oposición echó a rodar un rumor curioso: que había sido amante de Perón. Todavía los peronistas, cuando lo acusan a uno de gorila (hace falta muy poco para ser gorila para un peronista o para ser peronista para un gorila), usan esa chicana: “Sí, ahora también me vas a decir que Archie Moore se lo cogió”. Pero, por increíble que fuera, la versión circuló ampliamente durante esos años. El Festival de Cine de Mar del Plata permitió la llegada de la (por ese entonces) fabulosamente célebre diva italiana Gina Lollobrigida. La “contra”, de

inmediato, hizo circular una foto en que Gina caminaba junto a Perón, sonriente, suelta, feliz... y desnuda. Era un truco, pero se le atribuyó a Perón el haber logrado que saliera desnuda en la foto, de puro perverso que era. Había una canción que decía: “Gina, Gina, Gina, mucho se habla de ti en la Argentina”. Y un chiste memorable sobre el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Aloé. Lo cargaban por su ignorancia. Que era muy, muy bruto, ésta era la afrenta. Que había escrito un libro: “Cómo pienso”. Y que, luego de estar conversando un rato con Gina, se acerca a Perón y le dice: “La Lollobrigida es muy linda. Pero, pobre mina, está muy enferma”. “¿Por qué?”, pregunta Perón. Y Gobernador iletrado responde: “Porque yo le hablo todo el tiempo y ella siempre dice ‘Nunca piyo, nunca piyo’”. Sin duda, la ingenuidad de la época es también la que le confiere una aureola de *edad de la inocencia*.

EL “CARNAVAL” PERONISTA

Un personaje se destacó por su originalidad y su modo de abordar el tango: Alberto Castillo. Era el Gatica del tango. Sus presentaciones radiales empezaban siempre igual: “Yo soy parte de mi pueblo/ y le debo lo que soy/ Hablo con su mismo verbo/ canto con su mismo son”. Y también: “Cien barrios porteños / cien barrios de amor/ cien barrios metidos/ en mi corazón”. La leyenda lo presentaba como médico: el doctor Alberto Castillo. En el film de Juan José Campanella, *Luna de Avellaneda*, su figura está bien trabajada. Castillo canta en un club de barrio y, de pronto, avisan que una mujer está a punto de dar a luz. ¿Quién acude en su ayuda? El doctor Alberto Castillo, que hace nacer a la criatura. Todos felices. Castillo, se vestía de un modo estrafalario. “Vistió trajes azules de telas bri-



llantes, con anchísimas solapas cruzadas que llegaban casi hasta los hombros, el nudo de la corbata cuadrado y ancho, en contraposición a las pautas de la clase media elegante, que lo aconsejaba ajustado y angosto. El saco desbotado hacia atrás, y un pañuelo sobresaliendo exageradamente del bolsillo. El pantalón de cintura alta y anchas bocamangas completaba el atuendo, que era más desafío que vestimenta” (Salas, *Ibid.*, p. 261). Es perfecta esta acotación que hace Salas: Castillo vestía para desafiar. No sería equivocado ver en ese desafío al buen gusto una característica fundamental de este primer peronismo. Todo resultaba intolerable para la oligarquía. Todo era un mamarracho de mal gusto. No en vano Bioy declararía, al explicar por qué escribió con Georgie *La fiesta del monstruo*: “estábamos llenos de odio con el peronismo”. Durante uno de sus sesudos comentarios futboleros, el mítico Dante Panzeri, el que inventó la frase que definía el fútbol como *dinámica de lo impensado*, metió, en medio del análisis de un partido, la siguiente frase: “A partir de 1945, el país perdió la personalidad ética y estética que lo había definido”. De la estética, ni hablar. Los “contreras” vivían escandalizados ante el alegre carnaval de “la negra da”. Fue una canción de Alberto Castillo la que, justamente, les habría de entregar el concepto de *carnaval*: “Por cuatro días locos/ que vamos a vivir/ Por cuatro días locos/ te tenés que divertir”. David Viñas, en su guión para la película *El Jefe*, la expresión más inteligente del cine antiperonista de los años de la Libertadora, encontraría en esa canción una de las caras esenciales del peronismo. Hasta Milcíades Peña, sin aludir a la canción de Castillo, escribe: el “alegre carnaval denominado ‘revolución nacional’” (*Ibid.*, p. 101). Castillo era la expresión de ese carnaval. No en vano suele presentarse con un

montonazo de negros camdomberos “que bailaban y lo acompañaban con el sonido de los parches cada vez que entonaba un tema del folklore africano en su versión rioplatense. En estas interpretaciones, sus movimientos pélvicos de vaivén eran muy festejados por el público y provocaban las quejas de la clase media puritana” (Salas, *Ibid.*, p. 266). Entre tanto, en medio del candombe, Castillo cantaba otra de sus estrofas de *doble lectura*: “Siga el baile, siga el baile/ de la tierra en que nació/ la comparsa de los negros/ al compás del tamboril”. ¡Siga el baile! Ahí estaba el secreto. El peronismo era un Carnaval. El peronismo era esto: 1) Perón se había encontrado con el Banco Central lleno de oro; 2) el mismo Perón lo había admitido: “Camino por el Banco Central y me tropiezo con las barras de oro”; 3) en lugar de destinar esas barras de oro al desarrollo de industrias de base, de la industria pesada que daría solidez al país, a su economía, Perón las destina a la captación de las masas, a la demagogia (para la derecha), a la manipulación y a la heteronomía de clase, al bienestar fácil de los obreros, a no dejar que luchen por conseguir sus conquistas sino a dárselas “desde arriba”, verticalmente (para la izquierda); 4) todo esto lleva a “un banquete asiático” (Juan Carlos Torre, revista *Los libros*, año II, N° 14, diciembre de 1970), a un derroche fácil, que entrega una alegría inmediateista al joven e inexperto proletariado. Peña, al analizar la transformación del Partido Laborista en Partido Peronista, llega a escribir: “Las masas ovacionan a Perón y celebran alegremente la destrucción del primer intento de organización autónoma del nuevo proletariado argentino” (Peña, *Ibid.*, p. 184). Notable texto: las masas “celebran alegremente” una medida que las perjudica, que va contra sus verdaderos intereses de clase. ¿Por qué “alegremente”? ¿Por qué “celebran”? Por el Carnaval, señores. Porque el peronismo es eso: un Carnaval. Y las masas, cuando Perón les dice: “Ahora el Partido Laborista es de ustedes, porque se ha transformado en el Partido Peronista, el Partido del Pueblo”, las masas empiezan a cantar: “Por cuatro días locos que vamos a vivir/ Por cuatro días locos te tenés que divertir”. Y si Perón hubiera

dicho: “Nada de industria pesada, señores. Necesitamos ese dinero para que el pueblo esté bien, se divierta, cante y baile al compás del tamboril”, las masas, incultas, irresponsables, irracionales, manipulables, inmediateistas, instinto puro, habrían cantado: “Siga el baile, siga el baile/ de la tierra en que nació”. De aquí que

la interpretación del peronismo como alegre Carnaval penetre tan hondo. Fue muy inteligente la elección del estribillo del doctor de los pobres, del cantor del pueblo, de los cien barrios porteños. Héctor Olivera, que es mi amigo desde hace muchos años, desde que lo conocí en 1981 porque empezaba a producir *Ultimos días de la víctima*, y con el que haríamos más de una película, me contaba que el hallazgo de la canción de Castillo, su puesta sobre la mesa como clave interpretativa del peronismo, fue esencial, conceptualmente hablando, para plasmar la historia de *El Jefe*, película que analizaremos en su momento. Para el antiperonismo, decir que el peronismo fue un Carnaval es una de sus claves más importantes. Las barras de oro del Banco Central se rifaron en una política fácil que no en vano logró la rápida adhesión de los masas. El resto fue sencillo.

¡QUÉ SABEN LOS PITUCOS!

El tango que más definía a Alberto Castillo era también desafiante: *Qué saben los pitucos, lamidos y shushetas/ qué saben lo que es tango/ qué saben de compás/ aquí está la elegancia, qué pinta, qué silueta/ qué porte, qué arrogancia, qué clase pa' bailar*. El tango llevó por título *Así se baila el tango*. Y es muy bueno. Y Castillo lo cantaba muy bien. Se ponía la mano derecha del lado izquierdo de la cara, un gesto tan suyo, tan innovador que cuesta definirlo, pero que tiene mucho del gesto del secreteo, de la confesión, “vení, acercate, que te digo algo entre vos y yo”, de lo compartido, compartido entre él y su pueblo, y con ese gesto, y con otros también notables, cantaba ese tango irreverente. Porque esa estrofa define también al peronismo: ¿Qué saben los pitucos? Supongamos que un peronista quiere refutar la interpretación del peronismo como Carnaval: empezaría diciendo ¿qué saben los pitucos?, ¿de qué hablan?, hablan de rencorosos, porque los amarga que el pueblo haya sido feliz aunque sea una vez, ¿quién en este país se ocupó alguna vez de la industria pesada?, *nadie, señores, nadie*, si otro, que no fuera Perón, se encontraba con el Banco Central lleno de barras de oro, ¡ni una iba para el lado del pueblo! El pueblo llevaba décadas sufriendo hambre y postergaciones. Había que distribuir, había que dar mejoras, había que hacer una industria liviana que no teníamos, y que menos la tenía el pueblo, que ahí tuvo heladeras, cocinas, estufas, agua corriente, electricidad, casitas proletarias. ¿O no lo escucharon a Discépolo? Él lo dijo claro: *Estamos viviendo el technicolor de los días gloriosos*.

Suele decirse que Perón, en lugar de dar dinamismo a la industria liviana, debió convocar el sacrificio del pueblo en 1945 en lugar de hacerlo en 1952. De haberlo hecho, no habría existido el peronismo. La industria liviana, ya lo hemos explicado, implicaba la posibilidad de dar trabajo a los migrantes internos, ya que reclama mucha mano de obra. La industria pesada, no. De aquí que Castillo diga: “¿Qué saben los pitucos?”. Era una contraseña. Los pitucos no saben nada.

No pueden saberlo. Porque el verdadero saber está en el pueblo. En 1954, sin embargo, en el inicio, y más que eso, de la decadencia del peronismo, ya muerta Evita, Castillo incluye otros temas que no agreden a nadie, sino que festejan la alegría que, aparentemente, cunde en el país: “Yo llegué a la Argentina/ en una noche divina/ del cincuenta y cuatro/ En Buenos Aires/ todo el mundo se divierte/ todo



el mundo se divierte/ porque aquí la gente/ sólo sabe amar". El colmo de la pavada pasatista y mentirosa. Su decadencia, como la de Gatica, llega con la caída del peronismo. Filmó algunas películas recordables, *La barra de la esquina*. Y se mantuvo a lo largo del tiempo como una figura querida. En sus años de gloria imitarlo era casi un deporte nacional.

EVA PERÓN

Deliberadamente demorada su aparición, aguardando tener entre manos todos los elementos necesarios como para aproximarnos a ella con trabajado rigor, el máximo posible al menos, nos concentraremos en la figura de Eva Perón. Trataremos de demostrar algunas tesis esenciales. Serán tan discutibles como las tantas que sobre su figura se hayan enunciado. Trataremos de ir más allá de lo meramente biográfico o colorido, abominaremos el odio gorila, y tampoco nos habremos de sumar a la aceptación fácil de su figura a partir de la entereza con que afrontó su muerte, que es la versión piadosa del odio gorila tal como la vimos en ese texto de Halperin Donghi (*Argentina en el callejón*) o en la película oportunista y boba de Alan Parker-Madonna, en la que, luego de haber demostrado de un extremo al otro que era una prostituta, se la absuelve con un beso que esa especie de Juan Pueblo alcahuete y tortuoso que hace Antonio Banderas, deposita sobre su féretro. Postularemos, ante esto, que la dignidad, la fuerza con que Eva Perón asumió su muerte y luchó contra ella, está presente en casi todos los pasajes de su vida, y probablemente sea uno de los rasgos más propios de su personalidad. Primero: La bastardía de Eva es constitutiva de su modo de ser en el mundo. No me preocupa decirlo a lo Heidegger. La bastardía de Eva sería, por usar la terminología heideggeriana, uno de sus *existenciaros*. Esa bastardía la arroja al mundo en la modalidad de lo inauténtico. No había nada más inauténtico, en la Argentina de los treinta, que una hija ilegítima. Segundo: Su carrera hacia el poder expresa una ambición poderosa. También, si hablamos ontológicamente, expresa su deseo de darse un *ser*. La bastarda quiere ser algo para dejar de serlo. Sólo siendo un *ser* (sólo siendo algo) dejará de ser una bastarda, una ilegítima. Tercero: El casamiento con Perón es el primer paso de ese intento. En cuanto a Perón, su casamiento con Eva es el acto más revolucionario que realizó en su vida. Y acaso sea el único. No debe serle excesivamente reprochada esta carencia, pues ningún presidente argentino realizó un acto revolucionario. Cuarto: Su etapa Dior es su etapa preparatoria. La etapa del viaje por Europa. Su relación con el diseñador de vestuario Paco Jamandreu es relevante en su vida. Quinto: La Fundación "Eva Perón" es un intento que une dos cosas. Su amor por los otros bastardos (la clase obrera) y un paso decisivo en la superación de su propia bastardía. Tiene una Fundación. Esa Fundación lleva su nombre. Sexto: Mientras vivió, fue el adversario político más importante que tuvo Perón. Es cierto que los otros no valían demasiado. De aquí que ella los superara holgadamente. Pese a todos los elogios a su marido, fue ella quien más lo exigió y quien le hizo saber que estaba decidida a ir más lejos que él en la defensa de los trabajadores. Séptimo: El traje sastre que le diseñó Jamandreu y el peinado con el rodete marcan un cambio decisivo. Ya no es la mujer del Presidente, es una militante. Octavo: Sus elogios desmesurados a Perón expresan una táctica que empleó para exigirlo. Noveno: Esa táctica la hemos de encontrar en un texto de Ernesto Che Guevara. El Che dice que Cas-

tro es una fuerza de la naturaleza y que fue la única excepcionalidad de la Revolución Cubana. El Che no podía convivir en Cuba con Fidel. Eran demasiado los dos para estar en el mismo lugar. Evita tiene un problema semejante con Perón. Que veremos. Décimo: Su búsqueda de la vicepresidencia es la búsqueda de la conquista total de su ser. *Ser la vicepresidenta de la Argentina era dejar de ser para siempre una bastarda*. Undécimo: A su vez, ese puesto le entregaba un poder que requería, al que no quería renunciar. Duodécimo: Su renuncia a la vicepresidencia es la mayor derrota política de su carrera. Influyen en ella los militares: los leales a Perón y los no leales. La Iglesia Católica. Los empresarios. Todo el poder agrario y ganadero. Y Juan Perón, que no la respalda. Decimotercero: Si Perón no la respalda es porque su proyecto político es diferente al de Eva. Veremos esta cuestión central. Decimocuarto: Su enfermedad es su otra gran derrota política. Todo el país patronal respira aliviado cuando sabe que va a morir. Aunque de otro modo, también Perón. Ahora será él mismo quien se imponga sus tiempos políticos, sus metas estratégicas y la decisión definitiva sobre el papel del proletariado en el proyecto peronista. Decimoquinto: Luego del golpe de Menéndez, en 1951, le pide a Perón el fusilamiento de los cabecillas. Decimosexto: Importa armas de Holanda para armar milicias populares. Decimoséptimo: Entraremos en un terreno conjetural. No vamos a privarnos de esto con una figura tan rica y fascinante como Eva Perón. Nuestras conjeturas principales serán: a) si no hubiera estado débil y enferma habría conseguido los fusilamientos de Menéndez y su grupo de alzados; b) si hubiera vivido no habría tolerado que se usara a Juan Duarte como chivo expiatorio; c) si hubiera vivido, le habría dado a Perón una reverenda patada en el culo (con perdón) si le llegaba a mencionar algo como la creación de la UES. Tampoco Perón habría hecho su Carnaval de viudo alegre con las pochonetas y las corriditas por la ciudad de Buenos Aires seguido por sus chicas; d) habría aceptado la visita de Milton Eisenhower. Habría sabido que no era un desatino recibirlo. Que la relación con Estados Unidos era frágil y había que manejarla con cautela; e) se habría unido a Cooke, o, mejor dicho, lo habría respaldado, en negar la firma del contrato con la California; f) habría preparado cuadros políticos, militantes, al ver el endurecimiento del campo opositor; g) acaso no hubiera podido evitar pelearse con la Iglesia, a la que odiaba, pero habría advertido que no era conveniente, que era favorecer a la oposición y darle un núcleo de unidad; h) habría aumentado el autoritarismo; i) ese aumento del autoritarismo habría estado en relación con el aumento de la agresividad golpista. De no existir ésta, no habría aumentado el autoritarismo; j) nunca le habría devuelto *La Prensa* a la familia Gainza Paz; k) habría requerido un compromiso de los militares leales al gobierno que obedeciera más a razones políticas e ideológicas que a las abundantes prebendas con que se los beneficiaba; l) le habría hecho saber a Perón que el poder lo compartía con ella y que las decisiones también; ll) y por fin: si, a pesar de todo esto, se producía un bombardeo como el del 16 de junio, habría contraatacado de inmediato. Con todo el poder de fuego que tenía el Ejército leal que comandaba Franklin Lucero. Habría movilizó a las milicias. Habría agredido militarmente las bases desde donde salieron los aviones. Habría roto relaciones con el Uruguay. *Le habría demostrado a Perón que la única manera de impedir un futuro golpe era pelear ahora, cuando*

las bombas todavía resonaban en la Plaza de Mayo y los muertos recién empezaban a ser retirados. En esa circunstancia, es difícil saber qué habría hecho Perón. Pero negarse a pelear le habría resultado mucho más difícil con Eva que sin ella. Si se respondía al golpe de junio con la energía despiadada con que Eva podría haberlo hecho, no habría golpe de septiembre; m) atinadamente, la izquierda peronista recupera su figura como la de una militante combativa, tramada por un odio hacia la oligarquía, la Iglesia y el Ejército, que le impedía negociar, entregarse.

Estas tesis, que guiarán nuestro itinerario teórico, enunciadas previamente al trabajo de su fundamentación, sonarán más irritantes para algunos, más llevaderas para otros, imposibles o delirantes. Es un riesgo que corremos. Hemos elegido entregarlas, por decirlo así, en frío, para trazar un programa teórico-político que informe al lector sobre el rumbo que seguiremos. También la explicitación de este programa nos compromete. Pues no hay quien ignore que en el desarrollo de cualquier tesis uno puede sorprenderse a sí mismo y tenga que cambiar determinadas variables de importancia. Puede suceder. Como sea, queda claro algo: la importancia que otorgamos a Eva Perón dentro de la gran novela del peronismo (a la que ella entregó algunos de sus momentos de mayor tragicidad) es enorme. Fue una llamarada. Fue el ejemplo más impecable de esa frase que suele decirse: *Vive intensamente, muere joven y será un magnífico cadáver*. Si nos arriesgamos a trazar tantas conjeturas es por un deseo de ficcionalizar sobre ella. Es un gran personaje literario. También porque es sobre ella más que sobre cualquier otro protagonista de nuestra historia que esas conjeturas se tejieron. "Si Evita hubiera vivido, no caía Perón" es una frase que escucho desde niño. Luego la retoma la JP con su consigna: *Si Evita viviera sería montonera*. Es, para el peronismo, lo que el Che para la Revolución Cubana. Su rostro más extremo. Su rostro jacobino. Una jacobina con faldas. Tiene la pureza del que muere joven. También en esto se parece al Che. Y a otros iconos del siglo XX. En el cine, Marilyn Monroe o James Dean. Morir joven es ser joven eternamente. Nadie podrá poseer nunca una foto de una Evita vieja. La decadencia, que a todos nos azota o amenaza, le es ajena. No la erosiona el paso de los años. No puede traicionar su pasado porque no tiene un futuro para hacerlo. Pero pierde esa densidad que la madurez entrega a los seres humanos. Duró, su presencia, seis años en nuestra historia. Hoy es una figura mundial. Conocida o mal conocida, amada u odiada, es parte de la iconografía del siglo XX. El peronismo, por tenerla en su historia, acaso solamente o sobre todo por eso, adquiere una densidad de la que carecen todos los otros partidos políticos argentinos y hasta los de América latina.

El que muere joven queda joven para la eternidad. Siempre se lo recordará joven. Pero hay una incompletud que lo hiere. Y es la ausencia de una temporalidad más trabajada, más arriesgada, más puesta a prueba. Trágicamente, pasa esto con algunos grandes músicos. Mozart, Schubert, Gershwin. Murieron tan jóvenes. De no haber sido así, pensaríamos a menudo, nos habrían entregado inapreciables obras maestras. Sin embargo, no. También es posible que, como tantos otros, se hubiesen secado o repetido. Pero no es esto lo que solemos pensar. Entramos en un sueño impotente y desesperado: ¿por qué tan jóvenes, justamente ellos? Si tantos cretinos o mediocres viven hasta los noventa años, ¿por qué murió George Gershwin a los treinta y ocho? Suelo llegar a una conclusión: Dios no existe. Y a otra: si existe, no le gusta la música.

PRÓXIMO
DOMINGO

Eva Perón (II)

IV Domingo 24 de febrero de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

15 Eva Perón (II)



LA DIFUNTA EVITA

“ General Viamonte (estación Los Toldos) es un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, con casas chatas y calles arboladas que muy pronto se pierden en caminos

de tierra. Como muchas otras poblaciones de la República Argentina, Viamonte nació alrededor de una estación. Fue inaugurada en 1893 y en aquel entonces se la llamó Los Toldos por hallarse próxima la toldería del famoso cacique Ignacio Coliqueo”, escribe Marysa Navarro en la mejor biografía con que seguimos contando sobre Eva Perón. (Nota: Marysa Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1994, p. 19). Evita, por decirlo de modo directo y acaso brutal, nace en medio de la nada. Nace en un pueblito ignorado, insignificante, lejos de cualquier centro urbano que pudiera tener alguna importancia en la república, en el país que habría de gobernar, junto a su marido, con mano de hierro. Nacer en Los Toldos es ya nacer bastarda. El que nace en Buenos Aires nace en una gran ciudad. Una ciudad con historia. Con linaje, prosapia. Con esa palabra ampulosa que nombra a quienes, no bien vienen al mundo, tienen asegurado el Ser: *abolengo*. Esta es la primera marca de su bastardía. Haber nacido en un lugar también bastardo. Que nada tenía detrás, salvo algunas historias de malones, indiadas bárbaras, algunas cautivas. “¿De dónde sos, nena? ¿Dónde naciste?” “En Los Toldos.” “¿Dónde queda eso? Nena, ¿nacer en Los Toldos! Ahí se nace para servirta.” Sólo las sirvientas nacían en lugares así. Las que estaban condenadas, en el mejor de los casos, si tenían el coraje de hacerlo, a emigrar a Buenos Aires, ciudad que las recibía con gesto áspero, orgulloso, y las destinaba a oficios subalternos: sirvientas, prostitutas, trabajadoras en algún tallercito textil si sabían algo de corte y confección. De esta forma, en Los Toldos, “pueblito similar a tantos otros de la República, nació una madrugada de mayo de 1919, Eva Perón —así por lo menos lo aseguran los vecinos del lugar—, aunque la partida de nacimiento de María Eva Duarte, hija de Juan Duarte y de Juana Iburguren indique que nació en Junín, el 7 de mayo de 1922. Algunas fuentes señalan que tanto el mes como el año consignados en esta partida son erróneos, pues en realidad Evita habría nacido el 26 de abril de 1919”. Otra vuelta de tuerca sobre su bastardía. Otra señal de impureza en su frente, en su carne. Otra marca. Otro dato que no podrá ofrecer. Ni siquiera se sabe exactamente cuándo nació. Cualquiera sabe el día de su nacimiento. Cualquiera celebra su cumpleaños. El bastardo, ni siquiera eso. No vamos a entrar en el análisis detallista sobre el porqué de las distintas fechas. Puede que más adelante veamos algo a raíz de su casamiento con Perón. Aquí es otra cosa la que nos interesa. El tema de la bastardía. Y decimos por qué. La bastardía es el eje central para entender la vida de Eva Perón. La de Evita es la aventura deslumbrante de una pequeña chica de provincias que busca darse el Ser. Ser algo. Tener entidad ontológica. Derrotar su bastardía. Ella, que nació en un lugar que era nada, que tuvo un padre ausente, que no la reconoció, ella, la bastarda, buscará a lo largo de su vida lo que nunca poseyó: la densidad del Ser.

Para tratar esta cuestión no puedo sino basarme en la gran obra de Sartre sobre el tema: *San Genet, comediante y mártir*. No es algo que no haya hecho. Todo el guión que escribí para la película *Eva Perón*, de 1996, está centrado en el texto de Sartre. O acaso no todo, pero sí muchos de sus aspectos esenciales. Tengo que decir algo sobre ese guión. Creo que es uno de los mejores textos que escribí. (Que nadie se preocupe: decir que es uno de los mejores textos que escribí no significa que sea bueno. Puede que sólo sea menos malo que otros. ¿Está bien así?) Tuve la buena fortuna de contar con una actriz que se encarnó en él, que lo hizo suyo, que buscó a Eva a través de esas

palabras y la encontró como nadie en este país y dudo de que en otros. La dirección de un director como Juan Carlos Desanzo incidió mucho en el resultado final. Nunca un director de cine me respetó tanto un guión. Nunca una actriz tuvo la libertad de Goris para entregarle al personaje su dolor y su tragedia. Llegó a pesar los treinta y tres kilos que pesaba Evita. Destaco lo de Desanzo porque es un director minusvalorado por una crítica que lleva a las nubes a directores verdes como esos higos que, si te los comés, te dan una diarrea de una semana. Desanzo es un gran técnico. Tiene una gran escuela. Nadie le dijo que era un genio, un cineasta autor que tenía que filmar sus propios guiones. No bien juntó la plata para hacer el film, me llamó y me pidió el guión. Lo demás salió fácil. La película tiene defectos, pero todo veintiséis de julio, invariablemente, es la película que se pasa para recordar a Eva Perón. Tardará mucho en aparecer, si es que aparece, una que la supere. Que el guión esté lleno de premios no es un mérito que deba ser tomado en serio. El cine es un arte del show business y está organizado para el barullo. Hay muchos, demasiados, festivales y en todos se dan premios y se consagra a directores y a actores para una eternidad, que, en el caso de los realmente talentosos, dura poco. ¿Saben por qué? Porque se la creen. Tanto les dicen que son “autores” y, peor, que son autores “geniales”, que, inexpertos, jóvenes, consagrados demasiado rápido, se la creen. Bien, este guión, en el que me voy a basar tanto como en el texto de Sartre, tuvo demasiados premios. Algunos importantes. Uno, por ejemplo, en un Festival de Boston, con un jurado exigente y que no está en mis manos. Se lo quedó el productor, pero tal vez le sirva a él más que a mí. Y otros patéticos. Tengo un premio de la Honorable Cámara de Diputados. Es de 1996 y se trata del “Premio Eva Perón a la verdad revelada”. La película se le entregó en consideración al director del Instituto de Cinematografía de ese entonces, el señor Julio Maharbiz. Los productores ansiaban que fuera enviada al Oscar. Según fuentes certeras, todo parece indicar que el señor Maharbiz la derivó al presidente de la República de ese entonces, Carlos Menem, con el siguiente lapidario juicio: “Es basura montonera”. Yo había puesto en boca de Eva muchos discursos sobre lo que, para ella, era el peor peligro del peronismo: “El surgimiento del espíritu oligarca en el corazón de los dirigentes peronistas”. Se trataba de las clases que ofrecía en la Escuela Superior Peronista, lugar en el que simultáneamente Perón dictaba sus visiones clausewitzianas sobre la conducción política. Algunos los había modificado para que apuntaran más certeramente al plexo de la perversión menemista: “Yo, compañeros, ya casi no le temo a la oligarquía que derrotamos el 17 de octubre. Lo que a mí me preocupa es que pueda retornar en nosotros el espíritu oligarca (...). Y para que eso no suceda he de luchar mientras tenga vida (...). Para que no sean los peronistas los que entierren al peronismo” (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 1999, pp. 54/55). Esto, pensaba, le va a caer pésimo al menemismo. Menem lo absorbía todo. Le llevaron la película, esa “basura montonera”. La vio y dijo: “A mí me gusta”. Y la enviaron al Oscar. No entró en la selección. No habían seleccionado la de Alan Parker con Madonna, menos iban a darnos importancia a nosotros. Pero no importa. Lo del Oscar es un albur que se corren los productores. Lo notable es cómo no había discurso ideológico-político que pudiera hacerle cosquillas al cinismo de Menem. Al menos, Maharbiz tenía fresco su odio y sabía qué detestar y qué no. No sé si el film era “basura montonera”, pero sin duda era la visión de la izquierda peronista, que, lo digo una vez más y lo voy a decir muchas veces todavía (pues ni entré en ese tema), no se agotaba en Montoneros. Era la Evita combativa, la

que se quemaba en el fuego de la militancia. A esa Evita la construimos todos en los setenta. Lo raro era traerla en los noventa. Beatriz Sarlo escribió en alguna parte: “Volvió la Evita montonera”. No sé. Si todos quieren regalarles la Evita de la pasión, del amor por los pobres, la Evita del traje sastre y el rodete a los Montoneros, desde aquí nos vamos a oponer. Evita no puede ser reducida a los Montoneros. *Y mucho menos esa imagen de Evita que es, precisamente, la verdadera*. Porque ella no fue lo que sugería había sido la burla de Halperin Donghi en Maryland, en 1984, cuando chismorreó que los jóvenes de la JP, siempre tontos, engañados, malentendiendo todo, visitaron a Delia Parodi y le hablaron de Eva y la vieja Parodi les dijo: “Vean, lo siento, pero la señora no era así”. *La Señora era así*. Y ya vamos a ver por qué necesitaba ser así.

EL LENGUAJE DE LA OLIGARQUÍA

Evita no es la del retrato de Manteola, el que ilustra la portada de la edición Peuser de *La razón de mi vida*. Tampoco es la Evita vociferante de Carpani, aunque respeto más la visión de Carpani. Ahora, en esta pictorialidad, interviene la Evita excepcional del artista Daniel Santoro. Tal vez sea ella. No sé. Cuando veo la Evita de nuestro film me cautivo y me emociono. Creo que ella es ésa. Que Goris hizo un milagro de encarnación. Se metió en el cuerpo de un personaje, se adueñó de todas las palabras que yo había escrito y las dijo con una justeza, una pasión inigualables. Ahora ya está. Si tantos consideran, en todos los 26 de julio, que es nuestro film el que deben proyectar, quizá



no nos equivocamos. Más aún: probablemente dimos en el corazón del asunto, en el corazón de Eva.

Lo que vamos a tratar es la cuestión de la bastardía. Si la vida de Eva fue la búsqueda de un ser, de ser algo, de dejar de ser una nada impecable, una bastarda nacida en un pueblo inexistente, el punto más arriesgado de esta lucha estuvo en su ambición por la vicepresidencia de la República. Veremos el análisis que Sartre hace de la bastardía en su *San Genet* y veremos los más que atinados análisis que desarrolla Juan José Sebreli en el que (para su infortunio y su posible desagrado) es, para mí, el mejor de sus libros: *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* El mejor, quiero decir, *lejos*. Durante el año 1996, en medio del auge de la película de Madonna-Parker, le ofrecieron reeditarlo. Deben haber sido varias las ofertas. Se negó. Era tan poderoso el antiperonismo que había crecido en él desde 1966 hasta entonces, que se negó, rechazó todo. Cualquiera hubiera reeditado un libro que es, en rigor, excelente. Con una simple aclaración: “Yo pensaba eso entonces. Ya no pienso así. Pero creo que ese libro enriquece el debate”. Pocos, hoy, lo conocen. Menos lo han leído. Hay que admitir que Sebreli fue fiel a sí mismo: “No quiero ni oír hablar de ese libro”. Pero, ¿tenía razón? ¿Por qué no aceptarlo como un libro que, si bien no reflejaba su presente, era parte de su historia? ¿Tanto quería negar esa historia? Sarlo se le parece cuando dice que nada de lo que escribió antes de 1984 (espero no equivocarme en esta fecha) o de 1980, no le pertenece. Somos también lo que hemos sido. No podemos dejar de serlo. Lo somos aun en el modo de no serlo. A uno le duelen muchas de las cosas que ha escrito. Pero el motivo de ese dolor no es sólo porque ahora haya cambiado de opinión. A veces ocurre que la historia nos ha castigado tanto que nuestros escritos del pasado se han tornado patéticos. En mi libro de 1974, *El peronismo y la primacía de la política*, luego de analizar el discurso del ministro de Hacienda de Aramburu, Eugenio Blanco, que terminaba diciéndoles a los jóvenes a los que se dirigía que habrían de asistir, ahora, con la caída del “régimen depuesto”, “al retorno de la Argentina de vuestros padres y abuelos, que vieron crecer a este país en una atmósfera de libertad, de decoro, de decencia y de austeridad republicana” (*Ibid.*, p. 158), yo había escrito un texto que suele estremecerme por su candidez, por su esperanza inmediateista, excesivamente joven, no trabajada por el

desconsuelo ni por los fracasos, por nada, sólo nacida al calor de la esperanza, de las ilusiones tempranas. Era el que sigue: “No volvió, sin embargo, esa Argentina. Un 17 de noviembre de 1973, el líder de los trabajadores pisaba nuevamente el suelo de la Patria: volvía, traída por la lucha del Pueblo, la Argentina de Perón” (*Ibid.*, p. 158). Carajo, ni sospechaba yo cuál habría de ser la Argentina de Perón que volvía. Imaginaba un país más justo, con un pueblo feliz, un líder viejo y sabio y una juventud impetuosa. Regresaba, en cambio, algo nuevo. Algo que no regresaba. Que aparecía brutalmente por primera vez. La Argentina de los aparatos represivos del peronismo manejados por el cabo sanguinario, por Lopecito. Y un Perón duro, que le dio la espalda desde el primer día a la juventud maravillosa y dejó hacer a los mercenarios. Que los mantuvo quietos, en parte, mientras vivió, pero les permitió organizarse ante sus propios ojos complacientes. El pueblo, lejos de ser feliz, se retiró, asustado, espantado a sus casas, que no eran “fortines montoneros”, eran simples hogares de trabajadores que sólo sabían ganarse el pan de cada día para la mesa familiar en un clima de paz, como el peronismo les había enseñado. ¿Qué podía yo hacer con mi texto patético, burlado por una historia de sangre, de cadáveres, de zanjas clandestinas? Durante años lo escondí. Saqué otra versión retocada, en la que textos como ése no estaban. No quiero que sea así. Que se lea. Ahí está. Yo tenía treinta años. Todo me ruboriza. Escribir “Patria” y “Pueblo” con mayúsculas. Creer que a Perón lo traía la lucha del pueblo y no sospechar siquiera que si volvía era porque había pactado con los militares frenar a la guerrilla y manejar un gobierno basado en el empresariado nacional y los sindicatos. No estoy seguro de muchas cosas. O sí, pero luego de varios quebrantos. Pienso que hablar de “la lucha del Pueblo” es excesivo. El pueblo peronista no era un pueblo de lucha. La que peleó fue la militancia y las formaciones especiales que enfrentaron a un régimen ilegal, anticonstitucional, al régimen de la “Revolución Argentina” de Onganía y los cursillistas ultra-

católicos, que empujaba a la rebelión y a la violencia por negarse a autorizar algo tan simple como que Perón regresara y punto. ¿Cuántas vidas se habrían evitado! Aun en 1972 no era todavía tarde. Menos lo había sido en 1964, ahí estuvo el error que hace caer sobre el gorilismo militar y político (la cancillería radical del gobierno de Illia) la responsabilidad de haber frenado el retorno político al líder que los trabajadores reclamaban. ¿Tanto hubo luego que luchar para traerlo que nadie pudo frenar nada! Canallas, todo por no perder unas elecciones. Por seguir prohibiendo dictatorialmente al peronismo, que reclamaba simplemente su legalidad. Entonces, en 1972, escribí eso: que a Perón lo traía la lucha del Pueblo, con mayúscula. Eramos casi todos peronistas en esa encrucijada porque Perón tenía que volver alguna vez. Pero, ¿qué lo había impedido? Analicen todo el estiercol gorila y conservador y milico que tiene el final del discurso de Eugenio Blanco, pronunciado en noviembre de 1956 en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. “Vosotros, jóvenes (...) vais a asistir al retorno de la Argentina de vuestros padres y abuelos, que vieron crecer a este país en una atmósfera de libertad, de decoro, de decencia y de austeridad republicana.” ¿Cuánta basura junta! El estilo del discurso: “vosotros”, “vosotros vais”, “vuestros padres y abuelos”. ¿A quién le hablaba Blanco? No a los obreros, desde luego. Les hablaba a los univer-

sitarios del Cristo Vence y de los comandos civiles. A los niños universitarios de una universidad para ricos, para pocos. ¿Qué palabras usaba? ¿Qué palabras nos enseñaron a odiar estos gorilas represores, conservadores jurásicos que se adueñaron del poder luego de echar a Perón, con el cual uno también tiene sus buenas broncas porque no los enfrentó como era necesario? “Atmósfera de libertad.” “Decoro.” “Decencia.” Y la cifra perfecta del lenguaje reaccionario argentino: “austeridad republicana”. Esta es la *república* que yo conocí desde niño. La república austera de los golpistas, de la derecha, de los conservadores, del poder, de la oligarquía, de la Sociedad Rural y de los militares. Caramba, voy a reeditar ese libro ingenuo de 1974. Porque entre mis ingenuidades acerca de la “lucha del pueblo” y la postulación de Perón como el “líder de los trabajadores” que esa lucha permitía regresar a la patria y las palabrotas viejas, gorilas, golpistas, que todavía se oyen, porque estamos hartos de unos cuatro o cinco años a esta parte de volver a oír a hablar de la “austeridad republicana”, me quedo con mis ingenuidades. Y bueno, es cierto: no se me hizo. Ni a mí ni a la mayoría de todos los de mi generación. *Pero no hablabamos el lenguaje de Eugenio Blanco ni propugnabamos el regreso de la patria de nuestros padres y abuelos*. Porque esa patria no existía. Porque muchos de nosotros *no teníamos abuelos argentinos*. Ese lenguaje de Blanco es terriblemente oligárquico porque establece el linaje del poder. Y aquí es donde volvemos a la bastardía de Evita. Ella nunca podría decir “la patria de nuestros padres y abuelos” porque sus padres no eran sus padres o no la habían reconocido. Sus abuelos no existían. Y, *sobre todo, nunca la patria había sido de ellos*. Ahí está mi texto de 1974. Salió el libro en esa fecha, pero yo lo escribí en 1973. En pleno auge de nuestras patéticas esperanzas, de nuestra desgarrada historia, cuando, en rigor, no creíamos que volvía ninguna historia, sino que volvía el líder de los trabajadores para que, entre todos, hiciéramos una nueva. Se sabe cómo terminó todo. Otra vez volvió la patria de los padres y los abuelos de la oligarquía. Esta vez con más furia que nunca. Venían también a defender a la república. Cierta vez, en San Juan, una tarde de terrible calor, en pleno 1977, vi un enorme cartel, ya ni recuerdo qué hacía en San Juan, ni importa, vi, decía, un enorme cartel, un afiche pegoteado en toda una pared. Exhibía la Pirámide de Mayo. Era la República, sí. Y debajo de ella había unos sables que la sostenían. Y arriba, bien visible, con letras enormes, una leyenda: “La venimos salvando desde 1810”. Y abajo, al pie, también con letras enormes: “La volveremos a salvar ahora”. Ahora esa república parece defendida por una caterva de periodistas (periodistas, no teóricos ni ensayistas ni académicos) que se enfervorizan atacando a un gobierno al que llaman “montonero”, “terrorista”, “autoritario”. Debo confesar que esa “República”, cuya defensa y cuya excusa como arma para atacar a sus supuestos agresores viene desde Mitre y Sarmiento, tiene hoy defensores de poca clase, de poca credibilidad, de excesivo hambre de visibilidad mediática.

EVA Y JEAN GENET

Supongo que Sebreli se va a incomodar conmigo porque retome, me haga cargo, busque materiales valiosos en ese libro, que él se negó a reeditar. Supongo que hay frases, enteros pasajes de ese libro que hoy, de la mano de López Murphy o de la señora Carrió, le fastidiarán en grado extremo. Por ejemplo: “Las relaciones entre el Ejército y Eva Perón muestran al desnudo la mentalidad castrense: su prejuicio de clase, su espíritu de cuerpo, su patriarcalismo, su misoginia y el moralismo hipócrita típicamente pequeñoburgués. La supuesta inmoralidad de Eva Duarte era el modo inconsciente de ocultar el verdadero



contenido social que ella implicaba: su identificación con la clase obrera. *El hecho de que Perón haya logrado superar los prejuicios de su clase y de su profesión al casarse con Eva Duarte, está indicando su capacidad revolucionaria.* Un escritor poco simpatizante del peronismo, como Luis Franco, debió reconocer que la muerte de Eva Perón “fue una pérdida para el proletariado en su sorda puja con el Ejército...” (Juan José Sebreli, *Eva Perón, ¿aventurera o militante?*, Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, 1966, p. 106/107. Bastardillas mías). Coincidimos en que –según ya he dicho– el casamiento con Eva es el acto más revolucionario de Perón. Y yo agregué: quizás el único. Hay más textos que hoy serán intolerables para Sebreli: “Todos estos episodios sentimentales y pintorescos no deben servir para ocultar lo principal: las efectivas conquistas sociales logradas por los trabajadores en el período peronista. ¿Qué quedaría de la ‘influencia magnética’, de la ‘sugestión’ de Perón y Eva Perón sin los aumentos efectivos de salarios, la rebaja de alquileres, las indemnizaciones, las jubilaciones, los aguinaldos, las vacaciones pagas, la asistencia social, el voto femenino, las huelgas apoyadas por el Estado contra la patronal?” (*Ibid.*, p. 97). Y también: “De la figura de Eva Perón y el peronismo en general pueden extraerse algunos argumentos como para colocarlos en la línea de la reacción, pero la oligarquía nunca se equivoca, los ha considerado irremisiblemente como sus peores enemigos y eso es suficiente para reconocer su verdadero significado histórico” (*Ibid.*, p. 119. Bastardillas mías). Dejaremos por el momento al compañero Sebreli y volveremos al tema de la bastardía de Evita, del que él se ha ocupado brillantemente en su libro, pues ha seguido también el *Saint Genet* de Sartre. En 1966, cuando publica este libro, Sebreli era el súper exitoso autor de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Era, como lo soy yo todavía, un hegeliano, marxista-sartreano. No un peronista, sino alguien que analizaba el fenómeno del peronismo desde ese universo categorial. El fenómeno de la izquierda peronista, que lo agarró grande y ya un poco viejo, le amargó bastante la vida. Ahí empezó a transformarse en el campeón del anti-populismo. Y embiste contra las categorías centrales del peronismo juvenil. El Tercer Mundo, por ejemplo. Publica, en pleno año 1976, cuando todos se rajaban, o buscaban seguridad, un libro lleno de bronca con la JP titulado: *Tercer Mundo, mito burgués*. ¿Tan limpio estaba como para publicar un libro en 1976? ¿No temía asomar la cabeza en un momento en que todos se guardaban? ¿Qué pasó ahí? Los militares habrán advertido que era un libro contra la ratio monotonera y habrán decidido darle carta blanca. Pero el libro hablaba de un “mito burgués”. O Sebreli era excepcionalmente valiente o su odio contra el populismo de la izquierda peronista lo llevaba a desafiar todo riesgo. Y también: ¿no era un poco hijoputesco sacar un libro contra la izquierda peronista en un momento en que la estaban sacrificando en los campos de concentración de la dictadura?

Volvemos a la bastardía de Evita. El bastardo no tiene nada atrás. Es la antítesis del hombre de bien, del señor burgués, del oligarca. Estos tienen “padres y abuelos”, como memorablemente ha dicho el ministro Eugenio Blanco. El bastardo no tiene nada. Ni padres tiene. Al no tener nada, él no es nada. Tiene que inventarse. Estamos, aquí, en pleno sartrismo, otro abominado por la academia. ¿Qué pasa con la academia? ¿Qué significan estos desprecios? Un joven de veinte años me acaba de enviar un mail, lo hizo, precisamente, hoy: “Cuando crecí, leí más aún de Foucault. Me decepcioné mucho cuando entré en la academia y descubrí, en medio de una crisis, que era un autor que no

solamente no se estudiaba, sino que además era mala palabra (como su apellido, creo que lo sabe, también es mala palabra en la FFyL y he tenido grandes discusiones por declarar que leía sus novelas o sus fascículos)”. No sé mucho de la llamada “academia”. Pero, ¿qué les pasa? Vean, si me quieren negar a mí, háganlo. No me van a entristecer demasiado. Olvídense de mí. Y de muchos otros. Pero, ¿de Foucault? Eso es realmente grave. ¿En qué se basa ese desdén? Ninguno de ustedes es digno de haberle lustrado los zapatos a Foucault. Calma, señores. Pierden alumnos así. O los forman para el diablo. ¿Qué están enseñando? ¿Wittgenstein? ¿El viejo andamiaje del positivismo lógico? ¿La línea Heidegger-Lacan-Derrida? En fin, hagan lo que les parezca. Alguna vez habrá que hacer un debate serio y *analizar en manos de quiénes está el conocimiento y su enseñanza en la academia. En el país.*

Otro negado por los aparatos del poder académico es el filósofo que hemos elegido para acercarnos más hondamente a la esencia del personaje que tratamos. Sartre. Es (según Eduardo Grüner en su Prólogo al *San Genet*) eso que Marx decía de Hegel: *un perro muerto*. “Ha superado hasta el infundio y la denostación, para ser arrojado por ‘los otros’ al peor de los infiernos: el de la indiferencia” (Sartre, *Ibid.*, p. 27). *Ninguna cátedra importante de una universidad argentina lo tiene hoy en su bibliografía.* “Lo cual, escribe Grüner, quizá sea una buena señal: la de que todavía molesta” (Sartre, *Ibid.*, p. 27). Sin duda, molesta. Sartre es el último y el más lúcido representante de una filosofía comprometida con la historia. De una filosofía que salga del ámbito sofocante de la academia y se juegue en otras situaciones, encrucijadas. Nunca le importó el segundo Heidegger, ni el tercero ni todos los que todavía puedan inventar. Jamás podrá ser instrumentado por la derecha, a la que le robó la palabra *libertad*, la central de su pensamiento. En fin, ya hemos tratado esta cuestión. Sartre cayó con el Muro de Berlín. Hoy, que se levantan muros por todas partes, acaso podamos abrir unas cuantas puertas para su necesario regreso. Pero seremos pocos. Es posible que nunca regrese Sartre. No a la academia, al menos. Se tiene mucho miedo de perder los cargos. El poder impone lo que hay que decir, lo que hay que pensar, lo que hay que escribir. Eso es lo que se enseña.

Corre el año 1952 y Sartre publica *Saint Genet, comédien et martyr*, en ediciones Gallimard. Es un *Prólogo* destinado a las *Obras completas* del poeta Jean Genet. Según se sabe, Sartre era un escritor que se desbordaba. John Huston le encargó un guión cinematográfico sobre Freud y él se le apareció sólo un par de días después con un texto de ochocientas páginas. El *San Genet*, en tanto *Prólogo*, es más extenso que las *Obras completas* Jean Genet. Es un estudio sobre la condición del bastardo. Un estudio sobre la búsqueda del Ser. El bastardo, al no provenir de un padre o una madre, como la sociedad burguesa ha establecido, no tiene Ser. *No Es*. El bastardo no tiene nada detrás. Pero habrá de luchar por *Darse el Ser*. “Ni durante un instante se imagina que está condenado a la pobreza y la bastardía” (Sartre, *Ibid.*, p. 47). El bastardo, para superar su bastardía, debe actuar. Actuando se elegirá a sí mismo. Decidirá lo que habrá de ser. Irá en busca de su Ser. Se hará Ser. Será lo que haga de sí. La condición del hombre es, para Sartre, la de un *agujero en la plenitud del ser*. Porque el hombre es una *nada*. El hombre *No Es*. Tiene que hacer *Se*. Ese hacer *Se* es su proyecto. El hombre, por medio de su proyecto, se arroja hacia sus posibles para darse el Ser. La búsqueda del bastardo es la búsqueda ontológica de la densidad del Ser. Lo

han hecho bastardo. Ha nacido bastardo. “¿Quién es tu papá, Evita?” “No tengo papá.” Juan Duarte, el padre de Eva y sus hermanos (que son tres mujeres y un varón: Elisa, Blanca, Juan y Hermida), el habitante ocasional de la casa y de la cama de Juana Ibarburen, la madre de todos, muere el 8 de enero de 1926 en Chivilcoy, entre los suyos, entre su familia legal. La *otra* familia era la que tenía en Los Toldos. No era algo inusual en la época. Viajante de comercio, Juan Duarte (cuyo nombre heredará el famoso Juancito, el Isidorito Cañones del peronismo, el cabeza hueca, “Jabón Lux” porque lo usaban nueve de cada diez estrellas de cine) tenía dos familias. Pero la legal, la honesta, la familia en cuyo seno él había elegido morir era la de Chivilcoy. Era la que había formado con Doña Estela Risolía. El día de su muerte, Juana Ibarburen carga a sus cinco hijos y se va al velatorio de Chivilcoy. Se produce una escena memorable. Las dos familias del difunto se enfrentan. Doña Juana quiere entrar. Quiere que sus hijos vean por última vez a su padre. Pero, al principio, le impiden la entrada. Este hecho habrá de marcar duramente a Evita.

Hombre de negro (a Doña Juana): Señora, no ensombrezca la memoria de don Juan Duarte, por favor. Ahí dentro está su verdadera esposa (*algo solemne*), Doña Estela Risolía. Ella es la única que tiene derecho a llorarla como viuda.

Doña Juana: Yo no seré su viuda. Pero fui su mujer. Y éstos son sus hijos. Los cinco hijos que tuvo conmigo, señor. Y tienen derecho a ver a su padre por última vez... y a besarlo en la frente.

(...)

Hombre de negro: Estos *no son* los hijos de don Juan Duarte. Los hijos de don Juan Duarte están allí, señora, en esa casa, llorando a su padre. Estos niños son hijos de la lujuria y el pecado. Son bastardos, señora. Y los bastardos no tienen padre. Váyase, por favor (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, ed. cit., p. 19).

Bien, si obviamos que para el guionista resulta evidente que el representante de la familia Risolía ha leído el *San Genet* de Sartre ya en 1926, la escena ha de haber ocurrido de modo semejante. En serio: la palabra *bastardo* es muy común y pertenece más al rico vocabulario de las provincias que al de los “centros urbanos”. Es muy probable que la pequeña Eva la haya oído aplicada a ella o a sus hermanos más de una vez. Seguimos con el bastardo. El no se ha hecho ese ser que no es. Ser bastardo es no ser. Pero él puede hacer algo con eso que han hecho de él. Si de él han hecho alguien que *No Es*, él habrá de conquistar su Ser. Habrá de ser alguien que *Es*. “No somos terrones de arcilla (escribe Sartre) y lo importante no es lo que hacen de nosotros, sino lo que nosotros mismos hacemos de lo que han hecho de nosotros” (*Ibid.*, p. 85). Esta frase, que es de 1952, reaparecerá en el célebre Prólogo de Sartre a *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, que es de 1961. Era, qué duda cabe, axial en su pensamiento. Porque, en Sartre, la bastardía es lo que define la condición humana. El hombre es bastardo porque es una nada arrojada hacia sus proyectos. Veremos esto con más detalle. Aun Victoria Ocampo, por remitirnos a la otra mujer célebre de la Argentina, la elegida por la derecha y por la izquierda ilustrada y antiperonista, tiene que hacer algo con lo que han hecho de ella. Y Ocampo es la antítesis de la bastarda. La oligarquía tiene el Ser como posesión. Lo tiene naturalmente. No necesita luchar por él, ni ganárselo, ni comprarlo. “Los campos no se compran, se heredan”, es la frase que define al oligarca.

PRÓXIMO
DOMINGO

Eva Perón (III)

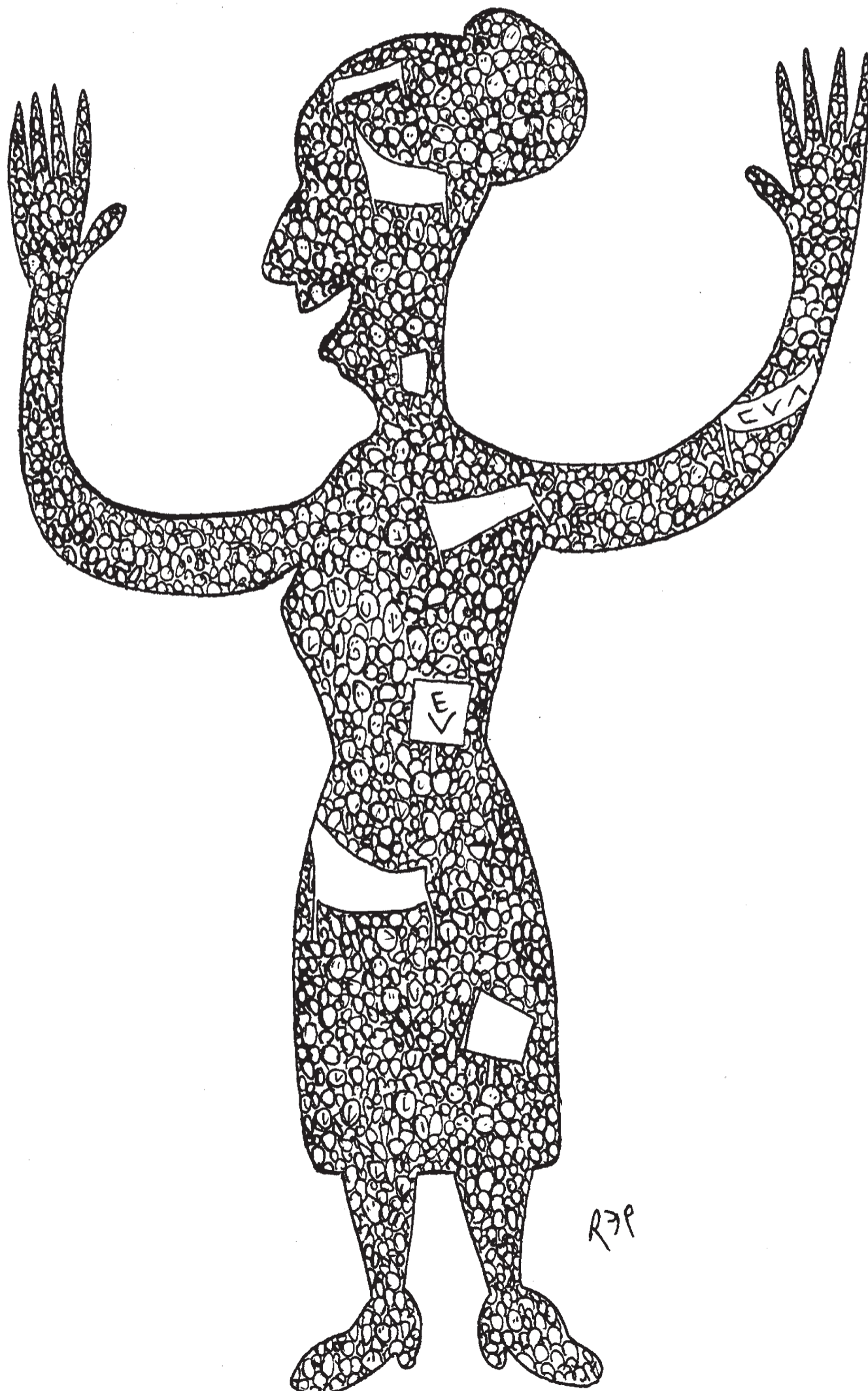
IV Domingo 2 de marzo de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

16 Eva Perón (III)



La oligarquía es incestuosa

Si guiendo el derrotero existencial de Genet, Sartre lo atrapa en esos intentos por darse el Ser, por ser Algo. “Si: hay que decidir; matarse es también decidir. El ha elegido vivir, ha dicho contra todos: seré el Ladrón” (Sartre, *Ibid.*, p. 85). Para Genet, robar no es sólo robar. Robar es ser el Ladrón. Si robo es porque quiero darme la densidad de ser algo. En este caso, ladrón. Si tomamos el vocabulario de esa conferencia que pronuncia Sartre en 1946 y a la que titula, muy expresivamente, *El existencialismo es un humanismo*, diríamos que el bastardo empieza por existir, porque no tiene nada detrás de sí. Nada que lo justifique. No tiene esencia. En él, de modo ejemplar, la existencia precede a la esencia. Victoria Ocampo, la oligarquía, tiene todo detrás de sí. No tiene nada que justificar. Vive por derecho de linaje. Los sinónimos de linaje son muy ilustrativos. O, al menos, ilustraremos algunos. Estirpe, alcurnia, prosapia, abolengo. Nos detendremos (aunque, no olvidar esto, son todos sinónimos) en *abolengo* y *sangre*. El abolengo indica algo cerrado, algo vuelto sobre sí. De aquí que entre sus sinónimos figure *cuna*. “Pertenece a la misma cuna.” “A la misma prosapia.” “A la misma estirpe.” En resumen, “a la misma sangre”. No es casual que en el cuento de Cortázar, “Casa tomada”, que luego habrá de ser interpretado como una metáfora de la oligarquía invadida por la barbarie peronista, los protagonistas sean dos hermanos entre quienes hay relaciones, apenas insinuadas, incestuosas. La oligarquía es incestuosa. Lo es en tanto sólo se reconoce a sí misma. Sus miembros comparten una raíz. Un tronco. La oligarquía es jerárquica. Hunde sus raíces en la tierra. Y esa tierra, además, le pertenece. Para los deleuzeanos: la oligarquía es arborescente, no rizomática. Si el rizoma crece en el modo de la horizontalidad, si cada rizoma vale tanto como el otro, si el rizoma no tiene su centro en ninguna parte sino en todos los rizomas, la oligarquía es, por el contrario, arborescente. Tiene raíces. Esas raíces se hunden, ¿dónde? En el pasado, en la Historia. La oligarquía tiene detrás de sí toda su historia. Y su historia es la historia de la patria. Si la historia de la patria es la de la oligarquía es porque la patria le pertenece. Ella la ha hecho. A veces, cuando se la cuestiona, la oligarquía, o sus defensores, no necesariamente oligarcas, dicen que ella ha hecho este país. Que, mal o bien, lo ha hecho. Este “mal o bien” justifica cualquier cosa. Pero arroja sobre nuestros rostros la certeza oligarca: ustedes no hicieron nada. Nosotros —mal o bien— hicimos este país. Y aunque uno les diga que lo hicieron mal, nada cambiará: “Lo hicimos. Ustedes están aquí por el país que nosotros hicimos”. Resulta claro que “ellos” hicieron el país porque impidieron, casi siempre por medio de la violencia, que pudiera hacerlo cualquier otro grupo, al que rechazaron no bien le vieron alguna intención hegemónica. Tratar de hacer “otro” país del que hizo la oligarquía es precisamente la máxima subversión. Quien lo haya intentado y quien lo intente probará el frío puñal de los elegidos.

Me permitiré insistir con el concepto deleuzeano de *rizoma*, dado que, creo, resulta aquí bastante útil. El rizoma tiene el valor de anular el esquema jerarquizante. Se puede pensar desde él la política. De hecho, durante los intentos de democracia directa y durante el asambleísmo de fines del 2001 se empleó con notable riqueza. Deleuze y Guattari elaboran el concepto a partir de la botánica. El rizoma, en tanto tallo subterráneo que se ramifica en múltiples, diversas direcciones, no tiene centro. Abomina del concepto de origen. Hay una anulación de las jerarquías. Donde es imposible fijar un centro es imposible establecer una verticalidad. Deleuze y Guattari aplicaron el rizoma al psicoanálisis de modo brillante: “Tomemos una vez más al psicoanálisis como ejemplo: no sólo en su teoría, sino también en su práctica de cálculo y tratamiento, *El psicoanálisis somete al inconsciente a estructuras arborescentes (...)* A órganos centrales, falo, árbol-falo. El psicoanálisis no puede cambiar de método: su propio poder dictatorial está basado en una concepción dictatorial del inconsciente. El margen de manobra del psicoanálisis queda así muy reducido. Tanto en el psicoanálisis como en su objeto, siempre hay un general, un jefe (el general Freud)” (Deleuze, Guattari, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia, pre-textos*, Valencia, 2002, p. 22). Como vemos, lo que de aquí se puede deducir es que la oligarquía es falocéntrica. El falo oligárquico es el tronco que más profundamente horada la tierra de la patria que sólo se deja penetrar por él. La Patria es de la oligarquía, pues ella ha hundido ahí su falo desde el inicio y no ha dejado de hacerlo. *Todo aquel que intente hacer lo mismo será cercenado*. El árbol (al que la oligarquía llama *árbol genealógico* pues la traslada hasta el origen, que es el de la Patria) es, en el imaginario sexual oligárquico, tronco y este tronco no sólo ha penetrado a la Patria, hasta tal punto lo ha hecho que es su columna vertebral. En suma, *la columna vertebral de la patria es el falo oligárquico*.

Todo rizoma se relaciona con otro y, en este sentido, cada rizoma es su propio centro pero no hay centro del rizoma. *Ningún rizoma puede hacer de su propio centro el centro del rizoma*. Si lo hiciera, el rizoma ya no sería lo que es. Hay una democra-

tización por medio de la cual el centro está en todas partes y se carece de raíz y de tronco. Este esquema, el de *tronco* y el de *raíz* —al que estamos más acostumbrados— es el esquema arborescente. En el que hay una raíz y de esa raíz crecen las distintas ramificaciones que tienen en común un hecho decisivo: *todas remiten a la misma raíz*. De aquí que la oligarquía sea arborescente y no rizomática.

(Sobre el concepto de rizoma: Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia, 2002. Sobre todo la *Introducción*.) La palabra *raíz* es casi sinónimo de *oligarquía*, de *grupo*, de *casta*, de *familia*, de *cuna*. ¿Por qué *cuna* es sinónimo de estirpe o linaje? Porque *toda* la oligarquía pertenece a la misma cuna. Si digo que la oligarquía es *incestuosa*, si Cortázar lo insinúa en su cuento, es porque la oligarquía comparte la raíz (la tierra, su posesión), la sangre y la cuna. Otros sinónimos de *linaje* retornan sobre el concepto, clarificándolo: *casa*, *hogar*, *nacimiento*. O también: *raza* (por eso la oligarquía es racista y detesta a la “negrada”, que no tiene su color, que no pertenece a su casa, que tiene otro nacimiento, un nacimiento bastardo, pues todo nacimiento que no remita a un origen común de casta implica *bastardía*) y *familia*. El otro sinónimo es *origen*. Del concepto de *origen* la oligarquía extrae el de *origen absoluto*. *El origen de todas las cosas*. Es decir, *Dios*. Con lo cual hemos formado la conocida fórmula de la derecha oligárquica o ultracatólica, que es también la simple oligarquía, ya que es imposible diseñar una *derecha* oligárquica, *toda la oligarquía es de derecha*. La conocida fórmula queda ahora al desnudo: *Dios, Patria, Hogar*.

La oligarquía es causa; el bastardo: efecto sin causa

David Viñas tiene el mérito, entre otros, de haber sido el primero en llevar al análisis un texto imprescindible de Miguel Cané, el tierno autor de *Juvenilía*, texto obligatorio que todos hemos debido leer en nuestras escuelas (pues la oligarquía, antes que el peronismo, impuso sus libros de lectura), el despiadado impulsor de la Ley de Residencia, a la cual llamaba “dulce ley de expulsión”, paranoico grave, que escribió, a uno de su *casta*, acerca de su horror por la “invasión” cosmopolita que la política inmigratoria de Buenos Aires había provocado. Cané se sentía obsesionado por el peligro que corrían las mujeres del círculo oligárquico. Se proponía impedir “que el primer guarango democrático (la oligarquía detesta la *democracia*, su mundo es *jerárquico*, recordemos que Borges calificaba a la democracia como “un vicio de la estadística”, J. P. F.) enriquecido en el comercio de suelas se crea a su vez con derecho a echar su mano de tenorio en un salón al que entra tropezando con los muebles (el “invasor” tropieza con los muebles porque desconoce el “hogar” oligárquico, ningún oligarca haría eso porque todos conocen los hogares de todos, de aquí el incesto, J. P. F.). “No tienes idea de la irritación sorda que me invade cuando veo a una criatura delicada, fina, de *casta* (bastardilla mía, J. P. F.), cuya madre fue amiga de la mía, atacada por un grosero ingénuo, cepillado por un sastre, cuando observo sus ojos clavados bestialmente en el cuerpo virginal que se entrega en su inocencia (...). Mira, nuestro deber sagrado, primero, arriba de todos, es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido (sinónimo de *híbrido* es *heterogéneo*, antónimo de *híbrido* es *puro*, J. P. F.), que es hoy la base de nuestro país. ¿Quiéren placeres fáciles, cómodos o peligrosos? Nuestra sociedad múltiple, confusa, ofrece campo vasto e inagotable. *Pero honor y respeto a los restos puros de nuestro grupo patrio; cada día los argentinos disminuímos*. Salvemos nuestro predominio legítimo, no sólo desenvolviendo y nutriendo nuestro espíritu cuanto es posible, sino colocando a nuestras mujeres a una altura a que no lleguen las bajas aspiraciones de la turba. Entre ellas encontraremos nuestras compañeras, entre ellas las encontrarán nuestros hijos” (David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Sudamericana, Buenos Aires, p. 173. Bastardillas mías). Y el final del texto es plenamente revelador: “*Cerremos el círculo y velemos sobre él*” (Viñas, *Ibid.*, p. 173). Sartre dirá de Genet: “Niño sin madre, efecto sin causa, Genet realiza en la rebelión, en el orgullo, en la desdicha, el soberbio proyecto de ser la causa de sí mismo” (Sartre, *Ibid.*, p. 107). *Efecto sin causa*. Genet es la antítesis de la prosapia oligárquica, esa clase social que es la dueña del Ser. Y evita los odiará desde lo más hondo de su corazón, de su desdicha, de su bastardía fundante. Ella no pertenece a ningún círculo. Ella, llegando a Buenos Aires, sólo con su bello cuerpo como arma, como lanza de conquista, será parte de “la invasión tosca” de los ajenos al grupo patrio. Pero el odio de Cané, su sexualidad paranoica, defenderá al círculo, velará sobre él, no lo entregará. A esa clase vino a odiar Evita. Esa clase la odió. La acusó de arribista, prostituta, demagógica, trepadora. Victoria Ocampo, sólo una niña desobediente, una feminista avant la lettre, intentará enfrentarse. Y la izquierda ilustrada creará, o fingirá crear, en ese enfrentamiento, en esa absurda patraña. Creará que se enfrentaban ahí las dos grandes mujeres de la historia argentina. No vale tanto Victoria. Evita es un icono de la historia universal. Victoria es una activista

cultural del Río de la Plata. Cané era un enfermo. Pero siempre que la oligarquía reprime, y acostumbra a reprimir brutalmente, lo hace desde el odio de Cané. Seguiremos todavía un poco más navegando en esas aguas profundas, reveladoras. No pretendo contar la historia de Eva Perón. El propósito es bucear en su alma, el laborioso trabajo de entenderla. Laborioso y delicado. Laborioso y deslumbrante, deslumbrante porque ella lo es. También Sartre y Jean Genet continuarán junto a nosotros, ayudándonos.

Cané, la paranoia sexual de la oligarquía

Del texto de Cané queda algo más (y seguramente mucho más que algo) que diremos. ¿Qué secreto de clase revela o expresa esa obsesión de Cané por proteger la virginidad de las mujeres de su clase? ¿Es la Patria una mujer? Así se la representa. Salvo, hasta donde yo sé, los duros alemanes, las bestias rubias de Nietzsche, los que veían en las aves de rapiña, en los guerreros, en los vikingos, el espejo de su estirpe, llevaban la identificación de la patria, más que con el padre o la madre, con el hombre de acción. Junto a esto hay algo que nos interesa más: no sólo *Vaterland* significa *patria* en alemán. Hay otra expresión más cálida, más ligada al ámbito natal. Es la que usa Heidegger: *Heimat*. Significa, también, *tierra*. La *tierra natal*. El lugar en que se nace, el lugar en que se debe permanecer. En los existencialistas auténtico/inauténtico Heidegger señala como una de las formas de la *inautenticidad* eso que habrá de llamar la *errancia*. La *errancia* es la no-permanencia en ningún sitio. Heidegger la asimila a la *avidez de novedades*. A eso que nos lleva de una cosa a la otra y nos impide reposar en ninguna. La *avidez de novedades* es la esencia del *shopping* siglo XXI. Pero hay algo más profundo en Heidegger y que se relaciona con Eva Perón y la bastardía. El bastardo carece de *Heimat*. Carece de raíces. Carece de tierra. Carece de solar natal. El bastardo, al no tener dónde estar, dónde reposar, dónde permanecer, en suma, dónde *SER*, es un ser *errante*. La definición de *errante* que ofrece María Moliner refiere a alguien que carece de “residencia o emplazamiento fijo”. La tierra, la patria, la *Heimat* siempre está en el mismo lugar, y en ese lugar encuentra el hombre su autenticidad. Por el contrario, el “saltar de una cosa a la otra”, eso que Heidegger llama “la errancia” y que es uno de los existencialistas que más duramente señalan la existencia *inauténtica*, no se detiene en nada. Nada, entonces, le pertenece. No tiene raíces. Se ha visto, con razón, en estos severos pensamientos heideggerianos, una punta de su antisemitismo. *El judío es el ser errante por excelencia*. (Nota: No hoy, desde luego. Hoy, el judío somete a la errancia, a la carencia de solar patrio, de lugar natal, de *Heimat*, al pueblo palestino. No es, ahora, nuestro tema. Bastará con señalarlo. Bastará, también, con señalar esa dolorosa paradoja: quien fue el pueblo errante por esencia, hoy, cuando posee un Estado, somete a otro pueblo a la errancia que él padeció. El sufrimiento, lejos de haber entregado la lección de no infligirlo a los otros, pareciera haber entregado el imperativo contrario. Lo cual es otro motivo para nuestro cada día más hondo cansancio, para nuestro desaliento, que viene de lejos, de Dostoievski, de Freud, de Kafka o de Benjamin, ante las bondades de la condición humana, tan poco visibles, para colmo, durante los años que corren, durante esta primera década del siglo XXI, en que la tortura es moneda corriente y los Estados la reivindican con total desparpajo.) Esta errancia del judío, que *Ser y tiempo* no plantea de modo explícito, pero cuya lectura es clara, es la cara de su bastardía. El pueblo judío es un pueblo bastardo. No tiene patria. No sabe de dónde proviene. No sabe dónde habrá de asentarse. Y ahí donde lo haga lo hará provisoriamente. No por su voluntad (algo que Heidegger y los antisemitas, incluso Marx, se han negado a ver), sino porque está siempre bajo el arbitrio del pueblo en que se refugiado, en el que ha buscado esa patria que no tiene. La única forma de tener poder es tener dinero. La relación del judío con el dinero no es una relación de *ser*. Es una relación de sobrevivencia. El judío debe volverse usurero para tener poder sobre quienes naturalmente lo tienen, los naturales de la patria en que está. Al no tener patria, debe tener dinero. Al tener dinero puede controlar a quienes lo controlan. Ese control es la usura. El judío no nace usurero. Los demás lo hacen usurero. Le obligan a serlo. Para peor, los otros adoptan ante él la pose de la pureza, del desinterés. El judío no tiene alma, no tiene espíritu. Sólo lo material, sólo la materialidad del dinero le interesa. Esto se puede ver en la obra adecuadamente antisemita de Shakespeare, *El mercader de Venecia*. Shakespeare crea a Shylock, el judío usurero. Errancia y usura son dos caras de una misma carencia: la carencia de patria. La bastardía. Se equivoca Marx cuando dice que con la desaparición del judío desaparecerá el capitalismo. O viceversa. Encuentra en la mercancía *dinero* aquella a la cual todas las otras se remiten. (Nota: Ver el capítulo sobre el fetiche de la mercancía en *El capital*.) Por consiguiente, todo se remite al poseedor del dinero, que es el judío. Eliminado el dinero se elimina la mercancía madre de la sociedad capitalista. Eliminar el dinero es eliminar al judío. Pero no estamos ahora para arreglar esta

situación con un texto poco afortunado de Marx y, por otra parte, excesivamente juvenil. Conservó estas ideas pues en sus análisis sobre la Comuna de París llama a los acreedores de Francia, o sea, Austria, “el Shylock austríaco”.

Importa lo siguiente: Eva Perón comparte con el judío la errancia de la bastardía. Se puede recordar aquí el expresivo título de un viejo libro del escritor francés Eugenio Sue, *El judío errante*. ¿Tenía Eva el dinero que poseía el usurero judío para defenderse? No, ni por asomo. Era bastarda, carecía de solar patrio, era errante (de Los Toldos a Junín, de Junín a Buenos Aires, aunque hablamos aquí de una errancia más honda, no geográfica sino existencial, es la errancia del bastardo cuya patria no está en ningún lado, cuya patria es *nada*).

Volvamos a Cané. Cerrar el círculo, dice, y velar sobre él. Velar sobre él es velar sobre la patria. “Los argentinos cada vez somos menos.” Los bastardos cada vez son más. Con todo, hemos sido nosotros, los argentinos que cada vez somos menos, los que hemos traído a esos bastardos (a esos *errantes*) para poblar este país. Somos así porque así nos hemos hecho. Nosotros los hemos traído y aceptado. Pero hay *un lugar* sobre el que no deberán poner sus rugosas manos: *el cuerpo de nuestras mujeres*. Ese cuerpo es el de la patria. Esas manos son rugosas —debe tomarse nota de esto— porque los errantes que han llegado lo han hecho para hacer las cosas que la oligarquía detesta hacer: *trabajar*. El trabajo, que es honrado, no les debe abrir ninguna puerta. Trabajarán y buscarán entre los de su clase a sus mujeres, vulgares como ellos. Se da el caso, lamentablemente, de algunos *rugosos* que se enriquecen y tienen el descaro de entrar en los salones, aunque tropiecen con los muebles, y mirar “bestialmente” (porque el trabajador bastardo, aunque enriquecido, sigue siendo una “bestia”) “el cuerpo virginal” de una “criatura delicada, fina” que “*se entrega en su inocencia*”. Aquí el texto de Cané llega a la cumbre de su enfermedad paranoia. Ya da por hecho el coito entre la “bestia” y la “criatura delicada, fina” y “virginal”. ¿Por qué la niña “se entrega en su inocencia”? ¿Tan “inocente” es una niña que se entrega a una “bestia” rugosa? La patria está en peligro. Más aún de lo que Cané pensaba. Porque la patria, en su expresión más pura, más joven y virginal, se siente atraída por las bestias del populacho. Acaso Cané ya debía sospechar que “el círculo íntimo” era poco atractivo para las “jóvenes virginales”. Que la “invasión”, que el “afuera” atraía a las niñas ya aburridas de los ademanes lánguidos de la oligarquía. Que las “niñas” se morían por entregar sus “cuerpos virginales” a esos “bestias” que habían llegado allende el Atlántico. En esto, se ve al bastardo invadiendo el solar oligárquico. El errante *penetra* sexualmente a la patria. Y la patria, aburrida de sus viejos custodios, gozosa, va en busca de los nuevos, más fuertes, más brutales y, para decirlo todo y enloquecer a Cané, más viriles.

En Perón, la bastardía conduce al Ejército. Ahí se detiene, ahí termina, ahí calma su sed. No es azaroso que, no bien regresa a la patria, en junio de 1973, exprese en primer término el deseo de ser re-incorporado al Ejército. Para él, el amor del pueblo no lo arranca de su bastardía, no le es suficiente. No es el punto en que ha depositado su sed de *ser*. Para Perón, *ser es ser soldado*. Ser militar. Lo diga o no, la militancia de los setenta tuvo que tragarse, entre tantas otras cosas que se tragó de su “conductor estratégico”, este berretín con el uniforme de milico. Perón, además, exige su ascenso. De general a teniente general. Lo exige él. Y cómo no habrían de dárselo si su misión era una misión del Ejército de la patria: frenar la guerrilla. Frenar el foco marxista que —según veremos en un discurso del general Sánchez de Bustamante— preocupaba no sólo al Ejército, sino a “los hombres de orden” del mismo justicialismo. Cuando los radicales, en 1984, le ceden la calle Cangallo a Perón, la nombran Teniente General Juan Domingo Perón. ¡La bronca que les dio a los peronistas! Habrían preferido “Presidente Perón”. No obstante, si nos preguntamos qué habría preferido Perón, no hay duda posible: habría preferido ser recordado como teniente general. Durante su presidencia abusaba de las grandes capas militares. Y en una circunstancia excepcionalmente delicada, es decir, cuando tuvo que expresar, y lo hizo

de modo extremo, su disgusto por el asalto a la Guarnición de Azul por parte del ERP en 1974, lo hizo muy deliberadamente con sus galas de teniente general. No habría de ser Perón quien rechazara el uniforme militar. El Ejército le había dado el Ser. Y en el Ejército es donde él lo había buscado. Nunca lo abandonó.

Eva Perón, Jean Genet, la obsesión ontológica

Uno es, sin duda, lo que se hace. Esta ya no es una frase del viejo existencialismo. Es más que eso. Si es una clave para entender a Eva Perón, insisto, es más que eso. También uno es lo que las condiciones materiales de existencia hacen de él. Desde luego: Marx tenía razón. Uno es lenguaje. Recibe una lengua que no dominará. Hablará un lenguaje que él cree hablar cuando, en rigor, es ese lenguaje el que lo habla. De acuerdo. Tiene razón, aquí, Lacan. Pero uno, sumergido en su contexto histórico, en su condicionamiento de clase, sometido por el lenguaje que ha penetrado en él, decidirá sobre sí a partir de todos esos condicionamientos. Si no, no hay moral. Si no, nadie es culpable. Nadie es inocente. Uno, como Jean Genet, busca ser algo. Uno, como Eva Perón, también. Todos buscamos la plenitud del Ser. Todos queremos ser y ser reconocidos en nuestro ser. La condición humana (en tanto esa aventura que el hombre emprende para ser sí mismo) es una aventura ontológica. Una aventura por la cual el hombre busca darse el Ser. Esa aventura se expresa como nadie en el bastardo. Se expresa también en el judío. Y acaso se exprese hoy, en tanto terrible paradoja, en el palestino, que busca el Ser en

lucha contra quienes nunca lo tuvieron, y ahora que lo tienen se lo impiden tener a él. La búsqueda de Eva Perón es una lucha por hacerse *objeto*. Pero no objeto carente de conciencia. No objeto sin sujeto. Quiere ser *algo*. Tener entidad ontológica: “Quiere hacerse ser y conciencia de ser al mismo tiempo (como escribe Sartre de Genet); el ser es su deseo (...) su vida no será sino una aventura ontológica” (Sartre, *Ibid.*, p. 100). Eva, como Genet, tiene una *Obsesión ontológica* (Sartre, *Ibid.*, p. 110). Escribe, con precisión, Sebrelí: “Por medio de Eva Perón, los trabajadores exiliados en su propio país hasta entonces comenzaron a sentirse como en su casa, en las fábricas donde debían ser respetados por el patrón, en la calle y hasta en la administración pública, la solidaridad de la acción política los liberaba de la soledad y la tristeza que es la característica de la condición obrera (...). *Eva Perón, la desclasada, la desarraigada, también encontraba por primera vez una clase de la cual hacerse solidaria*” (Sebrelí, *Ibid.*, p. 84. Bastardillas mías).

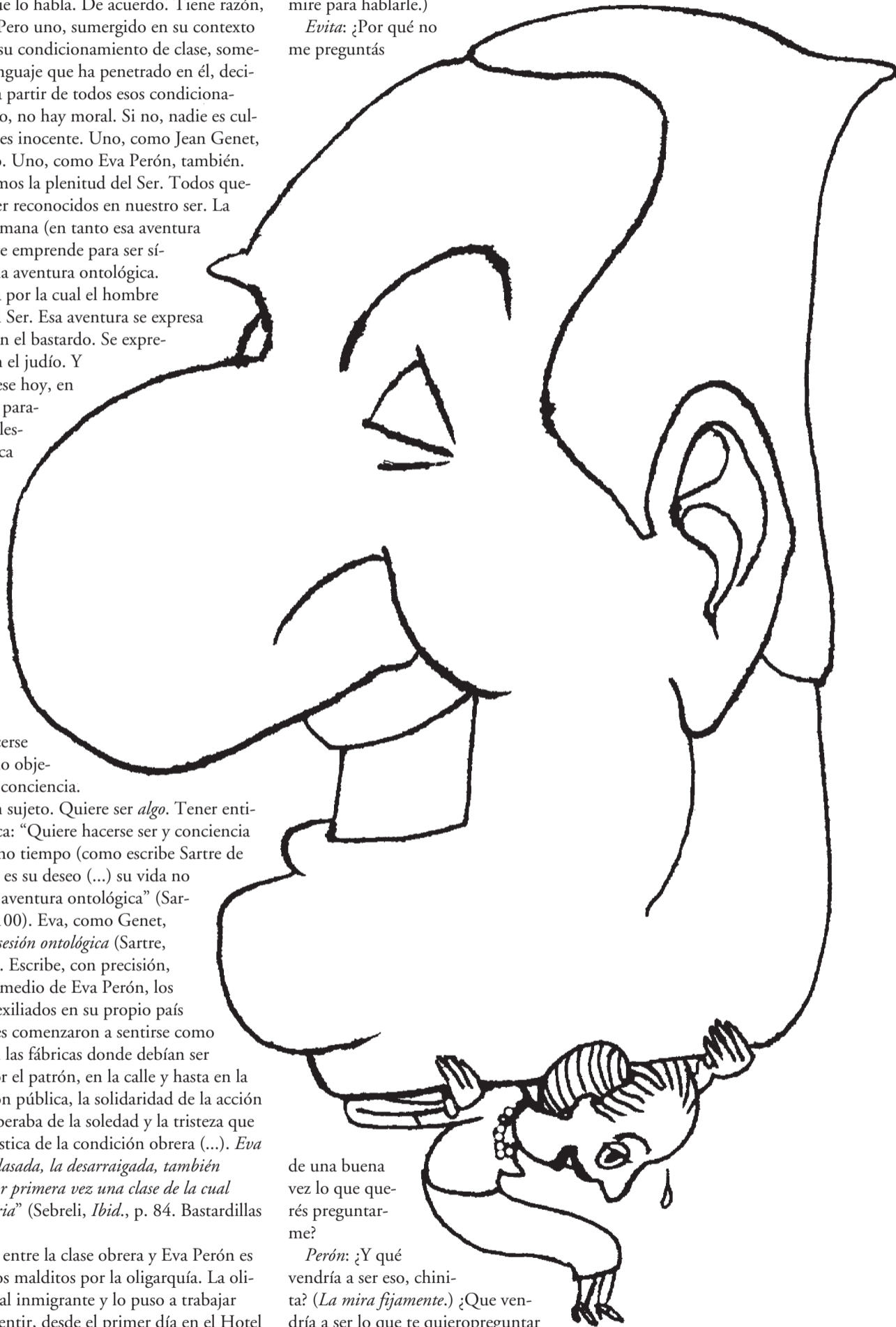
Esta unión entre la clase obrera y Eva Perón es la unión de los malditos por la oligarquía. La oligarquía trajo al inmigrante y lo puso a trabajar pero le hizo sentir, desde el primer día en el Hotel de Inmigrantes, que el país al que llegaba tenía “ganadores y perdedores”. Nunca le reconoció dignidad. Siempre fueron los negritos, las negritas, los tanos, los gallegos, los judíos. Del otro lado, “el círculo íntimo”. Los *naturalmente* destinados a mandar. No es casual que el odio de Eva se haya concentrado en la oligarquía. Afirmaba su Ser afirmando su odio. Yo *soy* esta que odia. Odio a los que pretenden poseer el Ser. A los que nada hicieron para tenerlo. Ella, por el contrario, se dio el Ser luchando a dentelladas. Con uñas y dientes se hizo, por fin, lo que era: Eva Perón. Le faltaba

algo. Le faltaba ese uniforme que con tanta arrogancia lucía Perón. ¿Qué es un uniforme militar? Es un ropaje institucional. Uno se pone ese uniforme y pasa a ser parte de la institucionalidad de la patria. Eva, entonces, busca lo absoluto. Su *obsesión ontológica* tiene una meta. Esa meta es el Estado. Ser parte esencial del Estado argentino le hará dejar atrás, para siempre, su bastardía de provinciana pobre, de piba de pueblo, de iletrada.

Te casaste con una mina, Juan, que tenía un cuerpo y sudores y olores de mujer

(Eva y Juan Perón están en el comedor de la residencia presidencial. El come temprano. Se levanta temprano. Cena siempre lo mismo. Un bife, un vaso de vino, algo de dulce de leche. El come. Eva lo mira y espera que él la mire para hablarle.)

Evita: ¿Por qué no me preguntás



de una buena vez lo que querés preguntarme?

Perón: ¿Y qué vendría a ser eso, chinita? (*La mira fijamente.*) ¿Que vendría a ser lo que te quieropreguntar y no te pregunto?

Evita: Por qué quiero la vicepresidencia. Eso es lo que nunca me preguntaste de frente.

Perón: Tu candidatura es una jugada política de la CGT.

Evita: Mi candidatura es una jugada política mía, Juan. Una jugada política y personal. Sobre todo personal.

Perón: Está seco y duro este bife. El presidente de la Argentina cena un bife seco y duro. (*La mira.*) ¿Por qué “personal”?

Evita: Comé tu bife seco y duro y dejame con-

tarte algo. (*Pausa. Luego:*) Tenía siete años cuando murió mi padre.

Perón: Ya me lo contaste.

Evita: No te conté todo. Mi madre nos llevó al velorio. Y no nos querían dejar entrar. Y apareció una mocosa, una hija legítima de mi padre. Y se puso a gritar como una loca. Y gritaba: “¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho?”. Siempre fue así conmigo. ¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho esa actriz de mierda anda con el coronel Perón? ¿Con qué derecho lo acompaña al desfile del 9 de Julio, al Teatro Colón el 25 de Mayo? Y después, todavía peor: ¿Con qué derecho se reúne con los ministros? ¿Con qué derecho opina sobre las cuestiones de Estado? ¿Con qué derecho armó esa fundación, le puso su nombre y ayuda a los pobres? (*Pausa.*) Siempre fui una ilegítima, Juan. Una bastarda. Nunca tuve derecho a nada. Bueno, se acabó. Quiero ser parte del Estado. Quiero tener ese derecho. No quiero que ningún hijo de puta vuelva a preguntarme “Con qué derecho”. Quiero la vicepresidencia, Juan. Ese derecho quiero.

Perón: (*Como distraído*) ¿Habrá dulce de leche? (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos, Ibid.*, pp. 52/53.)

Esta fuga de Perón hacia el tema del dulce de leche señala la actitud que habrá de tener a lo largo de toda la cuestión de la vicepresidencia de Evita: ambigüedad, que sí, que no, hacé tu 17 de Octubre, tirate a la pileta, ¿te va a respaldar la CGT, Espejo, Armando Cabo?, la cosa está peliaguda, al Ejército no le gusta nada, a la Iglesia tampoco, no sé, chinita, no sé. Finalmente hará levantar el acto en la 9 de Julio. Hasta Espejo se anima a contradecirlo: tanto respaldaba la CGT a Eva. El tema del cáncer solucionará la cuestión. Perón, que ya se lo había dicho a sus militares leales, se lo dice a ella la noche del acto.

Perón: Hubo demasiada resistencia.

Evita: ¿Quiénes?

Perón: Los militares, sobre todo.

Evita: Vos te enfrentaste antes a tus (*con ironía*) “compañeros de armas”. Te juntaste conmigo. Con una mina. Y se lo tuvieron que tragar. Conmigo, Juan. Una actriz, una mujer de verdad. No un florero, no un adorno estúpido como fueron siempre las mujeres de los presidentes. ¡Conmigo, Juan! Que tenía un pasado, un cuerpo y sudores y olores de mujer. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué no te jugaste por mí esta vez?

Perón: Porque no pude, chinita. Porque vos no podés ser vicepresidenta. Y no por los militares, ni por los curas, ni por los oligarcas. Vos sabés por qué. Yo te lo voy a decir... pero vos ya me lo dijiste. Vos ya lo sabés.

Evita: ¿Qué es lo que sé? ¿Qué es lo que te dije?

Perón: Me dijiste que odiabas tu cuerpo. Que te estaba traicionando. Dijiste que era el mejor aliado de tus enemigos. El que estaba consiguiendo lo que ninguno de ellos había conseguido: derrotarte.

(*Pausa. Perón apaga su cigarrillo. Mira a Evita.*)

Perón: Tu cuerpo te abandonó, te traicionó, te derrotó. Estás enferma, chinita. (*Pausa. Casi con furia*) ¡Tenés cáncer, carajo! ¡Tenés cáncer!

(*Evita, luego de un largo momento, agarra un pote de crema y lo arroja contra el espejo que se rompe en infinitos pedazos.*)

Evita: No quiero más espejos en esta habitación. No quiero verme morir. (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos, Ibid.*, ps. 109/110).

La muerte no le daría el Ser que tanto buscó. Célebremente, Heidegger dice: *La muerte no totaliza al Dasein. Cuando el Dasein muere no es, deja de ser.* La sed del bastardo no se cumpliría ni con la muerte. Al fin soy. Soy eso: soy un muerto. No, la muerte no totaliza. El bastardo, cuando muere, no es por fin para siempre un cadáver. Con la muerte, el bastardo no es. Con la muerte, el bastardo sólo *deja de ser.* El bastardo y todos nosotros. La muerte no cierra el círculo. No *somos* por fin cuando morimos. Sólo dejamos de ser. *Somos cuando vivimos.*

Seguiremos con Eva. Tenemos que analizar todavía un texto fundamental como *Mi mensaje.*

Ahí —refiriéndose a la oligarquía— habrá de decir: *Yo fui la única que me di el gusto de insultarlos de frente.* Tan irritante era su figura, tanto la odiaban (mucho más que a Perón), que es arduo conjeturar qué habría ocurrido si “su cuerpo no la traicionaba, no la derrotaba”. A veces uno piensa que la consigna “Si Evita viviera sería Montonera” era irrealizable, no sólo por las opiniones diferenciadas que sobre ella podamos tener, sino porque, si Evita hubiera vivido, esos a los que se dio el gusto de insultar de frente, y que fueron los mismos que después matarían treinta mil personas en este país, la habrían matado antes a ella. Es una hipótesis. Pero no la desechen. Merece ser pensada y discutida. Exige su reflexión.

Evita y el tango

Evita —y posiblemente sea éste uno de sus perfiles más profundos, más ricos— no es como la mujer del tango, que se ha ido del barrio para el centro. No es “la Margot”. “Eras mi Margarita, ahora te llaman Margot” o “Milonguita, las luces del centro te han hecho mal/ y hoy darías toda tu alma por vestirse de percal”. Lo digo porque hay muchos que interpretan el peregrinaje de Eva (Los Toldos, Junín, Buenos Aires) como el de la piba del tango, que pasa del barrio (con toda su carga de verdad, de autenticidad, de solar materno, de barro, de pampa, de perfumes de yuyos y de alfalfa: “la esquina del herrero, barro y pampa”, dirá Homero Manzi) al centro, donde están las luces, la vida fácil en la que fatalmente se extraviará. La piba del tango hace su peregrinaje en busca del ascenso social, la ambición que la empuja es la del dinero, la del lujo, ese lujo que le darán los “morlacos del otario”, la de trepar. Ningún tango expresa esta situación de áspera, de velada traición, como el que, en 1924, estrena Gardel con letra de Celedonio Flores. La Cenicienta del tango no quiere unir su destino al de los pobres. Viene huyendo de esa pobreza. Viene en busca del centro, donde está el poder, los autos caros, el champán. Si antes “gambeteaba la pobreza en la casa de pensión” ahora es toda una bacana y a una bacana la vida le ríe y canta. El que está junto a ella, ya no es el muchacho que la amó en el barrio, es un “otario”, calificativo que ese muchacho le entrega y que expresa, más que desdén, su resentimiento, su bronca de perdedor. No tiene cómo discutirle al “otario” lo que hoy quiere la percanta. No tiene con qué. El se quedó en el barrio y en el barrio no hay morlacos. Sólo hay ahí la poesía de los arrabales. Que es pintoresca para los ricos, pero es sufrimiento para los pobres. De aquí que Discépolo le diga a Mordisquito que él ya no añora la pobreza triste de los tangos. Que el portland será menos poético, pero hace vivir mejor, con más dignidad. Discépolo, así, es el tanguero que cambia el ladrido de los perros a la luna, los grillos, el misterio, los rumores de milonga, el fuelle que rezonga, la quieta luz del farol, el alma del gorrión sentimental, la esquina del herrero y, sobre todo, el barro y la pampa, por las casitas para los pobres, para los que trabajan, para los malevos que ahora son proletarios, para el puñal que ahora es martillo o pala o torno metalúrgico. Si el tanguero le dijera a Mordisquito “ya nunca me verás como me vieras, recostado en la vidriera, esperándote” (como dice, tan hermosamente, Homero Manzi), Mordisquito le diría que no espere más, que se vaya a laburar, que sea la novia la que lo espere a la salida de la fábrica o en la casita del nuevo barrio, donde ya no hay calles de barro, donde no hay inundación, donde el obrero hizo olvidar al guapo, de qué, le diría, tenés nostalgias, ¿tanto te gustaban los años que han pasado, cuando los pibes, en lugar de tomar leche, hacían cola para ver la nata?, vamos, Manzi, esa arena que la vida se llevó se la llevó para bien, no te apesadumbrés por los barrios que han cambiado porque han cambiado para ser mejores, porque hoy a Pompeya no la alumbran las estrellas sino el alumbrado público, ¿de qué zanjón me hablás?, ¿qué le veas de lindo al zanjón?, al perfume de los yuyos y de la alfalfa, se acabó, Homero, todo ese mundo rural y miserable de los tangos fue

derrotado por el trabajo para todos, por la vida honrada, por el derecho a la vivienda digna, a las vacaciones, al chamamé de la buena digestión, como ya te dije antes.

De esta forma, el “barrio de tango, luna y misterio” queda en manos de los poetas cultos, como Borges, que lo reinventan desde una estética del coraje, del cuchillo, del suburbio, del Sur. Alguien dijo, y dijo bien, que el peronismo mató al tango. Es cierto. Ya Alberto Castillo, hacia 1954, cantaba más canciones festivas que tangos melancólicos. “Por cuatro días locos”. “Yo llegué a la Argentina/ en una noche divina/ del cincuenta y cuatro.” El tango reo, el tango de la poetización de la pobreza, o de su negación absoluta y brutal en la figura de la mina que se planta, que va en busca del centro, pero para perderse porque perdió la verdad, la autenticidad del barrio, porque los hombres le “han hecho mal”, porque hoy daría toda su vida “por vestirse de percal”, a ese tango lo mató el portland del peronismo, y esa canción la cantó Discépolo, justamente él, que había cantado como nadie el tango de la desesperanza, del suicidio, del “cachá el bufoso y chau”. No es incongruente con esto que digo, sino que lo confirma con una mezcla de barroco y tango reo, de Ginastera y Troilo, de Shostakovich y Pugliese, de Gerry Mulligan y Horacio Salgán, que el tango del post-peronismo se deposite en el fuelle de Astor Piazzolla, que ya no les canta a “las calles de Pompeya” (que se mete, también, con el jazz, con esas novenas disonantes, con esas quintas ásperas), sino a Buenos Aires, a la ciudad, a la locura urbana, al caos y a esa poesía quieta que invade las calles cuando el gentío duerme, cuando sólo hay una brisa que arremolina papeles, volantes políticos, diarios de ayer, a Buenos Aires que es, para él, lo que fue para George Gershwin Nueva York, la neurosis urbana, la gente apurada, la rapsodia en remaches, el mundo que no espera, el tiempo que se ha transformado en velocidad, la luna plateada que ya no ilumina al barrio, sino que va “rodando por Callao”.

Pero Eva (y veremos esto con más detalle) no es como la mina del tango. Su viaje de Junín a Buenos Aires se le parece. Pero ella no vino por los “morlacos del otario”. No es (como dice Tim Rice, el guionista de la ópera *Evita*) “la más grande trepadora después de la Cenicienta”. Grave error, señor Rice. Evita no vino a probarse ningún zapatito, no vino a levantarse al Príncipe que se levantó para vivir siempre en Palacio jugando la de Reina, aprendiendo los buenos modales de la monarquía para ser aceptada por ella. Vino para insultarlos de frente. Trepó para descender hacia los pobres y compartir con ellos lo que había conquistado. Evita no es la Cenicienta ni es la Margot. Con su traje sastre, con su rodete que se cierra como un puño que golpea, vino para no traicionarse. Para no abandonar su resentimiento. Del que vivirá y morirá orgullosa. Porque la piba de barrio se hace amante y mantenida de los ricos. Porque la Cenicienta sólo busca al Príncipe para reinar junto a él cuando el momento, que llegará, llegue. Porque la tan trinidad rebeldía de Victoria Ocampo sólo exhibe la historia de la niña rica y traviesa, de la alborotadora, de la pre-feminista a lo sumo o de la incorregible de la familia oligárquica, pero nunca cambió su destino de clase, siempre reposó en la más honda densidad del Ser, fue previsible, tanto en su aliadofismo antifascista de los cuarenta como en su macartismo pro-norteamericano de fines de los cincuenta, tanto en su antiperonismo elitista, tramado por el odio de clase y el desdén cultural, como en su discurso de 1977, al ocupar su esperable, totalmente previsible, lugar en la Academia de Letras, en el que defiende un feminismo abstracto en tanto las Madres de Plaza de Mayo se jugaban la vida en un feminismo concreto que desde el alma misma de la mujer y de la mujer madre, algo que Victoria tampoco fue, pedía por la vida de los hijos ausentes, por los cuerpos que les habían sustraído. Evita, contrariamente, vino para desmentir lo lineal, lo previsible, los caminos trillados de las trepadoras. Si no la única, ha de ser una de las muy escasas perdedoras que triunfó sin olvidar ni negar su origen. Eso, muy pocas.

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

17 Eva Perón (IV)



EVITA SI SOLO HUBIERA
SIDO EVA DUARTE.

REP

LOS LAMENTABLES ESCRIBAS DEL PERONISMO

Muy segura de sus ideas, más segura aún de lo que buscaba conseguir con ellas, Eva Perón dejó algunos textos en que su pensamiento puede ser analizado seriamente. Entre esos textos no figura el más célebre, el que lleva por nombre *La razón de mi vida*, y que, no sólo por su torpeza, su ingenuidad, su falta de garra, la ausencia total en esas páginas del fanatismo, de la ira o del resentimiento en los que Evita basaba sus acciones, su existencia toda, resulta irrelevante para un análisis serio de sus opciones políticas, de sus proyectos y, sobre todo, de su personalidad. En sus textos ella se pone por entero, se juega, lleva las cosas al extremo a que solía llevarlas y suelen alterar los nervios de cualquiera, o por la exaltación que provocan en algunos o por el odio que despiertan en otros. Lejos de esto, el niño, simplón, ese texto huero que es *La razón de mi vida* fue el que el peronismo implantó autoritariamente en la enseñanza, el texto que fue instrumentado como el que en verdad expresaba a Evita. Se sabe que el libro fue escrito por un periodista español de nombre Manuel Penella da Silva, a quien posiblemente haya contactado Raúl Mendé, un tipo muy cercano a Perón, una de esas tantas figuras de las que solía rodearse y que tanta admiración y respeto nos despiertan, aunque, a veces, por el contrario, nos sorprendemos a nosotros mismos, que no somos gorilas, murmurando o diciendo francamente en voz alta, a raíz justamente de esos personajes, que el general debía tener facetas francamente oscuras (voy a ser preciso, los militantes peronistas lúcidos no decían ni dicen *facetas francamente oscuras*, dicen otra cosa, dicen: *El viejo era un flor de turro*), ya que, de otra forma, no se explica que mantuviera junto a él a ciertos personajes que poco le reportaban. Y eso que aún no habían hecho su aparición espectacular en la gran novela del peronismo esos dos adalides del ridículo, de la infamia y del crimen alevoso que fueron Isabel Martínez y el cabo (y luego súbito comisario general de la Policía) José López Rega. Raúl Mendé, cuyo primer opus es un libro de poemas de 1944 titulado *Con mis alas*, era, al lado de ellos, San Francisco de Asís. En 1948 publica un libro que se titula: *Tercera posición: justicialismo*, y cuyo Capítulo Primero empieza diciendo: “El problema del mundo es problema de justicia y de amor. Al decir ‘el problema del mundo’ se entiende que nos referimos al problema de la sociedad humana” (Raúl A. Mendé, *Tercera posición: justicialismo*, Castelvi, Santa Fe, Argentina, 1948, p. 11. *Castelvi* era una prestigiosa editorial y librería de la ciudad de Santa Fe). Como hubiera dicho la notable revista cordobesa *Hortensia*: “No, si hai de referirte al problema del cultivo de la zanahoria en la Quebrada de Humahuaca”. La frase de Mendé exhibe la bobaliconería de los textos del autor. Algo que no sería grave si no hubiera sido, además, el que le redactaba a Perón los artículos que publicaba en *Democracia* bajo el seudónimo de Descartes. Ese hecho es notorio porque Perón se ve más inteligente y más que eso también en sus discursos y, sobre todo, en sus clases sobre Conducción Política en la Escuela Superior Peronista. Pero el protagonismo intelectual y literario de Mendé es todavía más discutible, más problemático, si se piensa que, en ese momento, Perón podía contar con Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz, Leopoldo Marechal y, más tempranamente, Homero Manzi para que le escribieran textos. Pero el general solía elegir, en el campo intelectual y universitario, sencillamente basura. O era porque no admitía que alguien le hiciera sombra o era también por eso.

“LA ARGENTINA DE PERÓN”, LIBRO DE LECTURA DE CUARTO GRADO

El tema al que nos conduce *La razón de mi vida* y la pertenencia de “literatos” como Mendé en el primer peronismo es el de los famosos textos redactados para la enseñanza. Se sabe que *La razón de mi vida* fue sofocantemente impuesto en todas partes. Esto, desde luego, desataba la ira de las clases medias no peronistas. Nuestro tema final, del que éste es un rodeo, es analizar los verdaderos textos de Evita, que en nada se asemejan a *La razón de mi vida*. Pero, al tratarse de un tema tan irritante y que tanto se le ha cuestionado al peronismo, detengámonos en él seriamente.

Peña cita un fragmento del libro de lectura para Escuela Primaria, *Alelé*. Luego de enumerar algo que ya hemos hecho, es decir: “el campeón de box, o el de automovilismo, o el forward más goleador, se acercan fatigados al micrófono para dedicar a Perón sus triunfos, sus records o sus goles”, Peña ironiza sobre los textos “eminentemente pedagógicos” con que los escolares aprenden a leer: “Viva Perón. Perón es un buen gobernante. Manda y ordena con firmeza. ¡Viva el líder! ¡Viva la bandera argentina! El líder nos ama a todos. ¡Viva el líder! ¡Viva la bandera Argentina! ¡Viva el general Perón!” (Peña, *Ibid.*, p. 102). Nos detendremos en el libro de Angela C. de Palacio, *La Argentina de Perón*, editado por Luis Laserre SRL, Buenos Aires, en los talleres de Kraft Ltda. el día 15 de marzo de 1954. Se trata de un libro de lectura para cuarto grado. Está lleno de esas ilustraciones que expresaron una estética del peronismo y que, con excepcional talento, recrea, durante nuestros días, el artista Daniel Santoro. En su página catorce hay un poema titulado *Tu obsequio*. Lo voy a citar ínte-

gramente porque, en general, estos textos se citan de modo fragmentario. Por ejemplo: resulta evidente que el de Peña está armado con distintas frases. No se procedía a una acumulación tan extremadamente grosera, aunque con frecuencia se anduviera cerca de eso. No, los libros proponían una visión dulce y tierna de la vida, esa ternura tenía lugar en un país maravilloso que se llamaba Argentina y todos se la debían al General Perón y, en este libro de cuarto grado que analizaremos, a la “querida Evita”, pues su muerte ya ha tenido lugar. Este hecho transforma a *Tu obsequio* en una especie de relato de ultratumba, pero era ya aceptado que Evita, aun muerta, seguía presente. Dice así: “He recibido el obsequio/ que mandas, querida Evita/ Desde aquí yo te bendigo/ mi segunda madrecita/ Eres mujer, eres ángel/ con un corazón hermoso/ que miras por los ancianos/ para que sean dichosos/ Con Perón y con Evita/ desde este humilde rincón/ ¡que Dios bendiga a esos seres!/ lo pido de corazón/ ¡Evita! ¡Evita querida!/ siempre estoy pensando en tí/ Si no fuera por tu amparo/ hoy ¿qué sería de mí?”. La ilustración presenta a una niña de cabellos rubios, que tiene a una muñeca, también rubia, en sus brazos y un perrito Terrier se alza en dos patitas para mirarla. La niña ha de pertenecer posiblemente a una clase acomodada; no a la oligarquía, pero menos al proletariado. En la página siguiente vemos a la mamá, también rubia, depositando su voto en la urna, lo que expresa la máxima conquista de Evita para las mujeres. Más adelante leemos: “No has querido los honores/ ¡Has preferido la lucha!/ ¡La historia no tendrá nombre/ para exaltar tu figura!/ Has preferido quedarte/ —señora del sufrimiento—/ velando en las noches largas/ de todos los desconsuelos” (*Renunciamiento*). Después, en la página cuarenta y cinco, un niño, también rubio, le pregunta a su padre, que está en un sillón, con un traje de hombre elegante, cabello sabio y gris y leyendo el diario, *Qué es la autoridad*. Le cuenta que, esa mañana, él y sus hermanos se tiraban con almohadones y no querían vestirse ni tomar el desayuno. Pero apareció “la mamá” y, de inmediato, el bullicio cesó. El padre toma este ejemplo para explicarle al niño su pregunta: “Fue muy sencillo. Una mano fuerte se les impuso. Tu madre dictó leyes, no leyes escritas, sino leyes orales, leyes familiares y el orden se restableció. Lo que pasa en pequeño en una familia pasa en grande en un país. La autoridad es necesaria para que pueda reinar el orden”. El niño pregunta: “Papá, hay autoridades para que los hombres no hagan lo que quieren sino lo que deben, ¿verdad?”. El padre le dice que así es, de lo contrario “reinaría la anarquía más completa”. El niño vuelve a preguntar: “La autoridad mayor de este país es nuestro presidente, ¿no es cierto, papá?”. El padre responde: “Sí, hijo mío: nuestro Presidente, el General Juan D. Perón”.

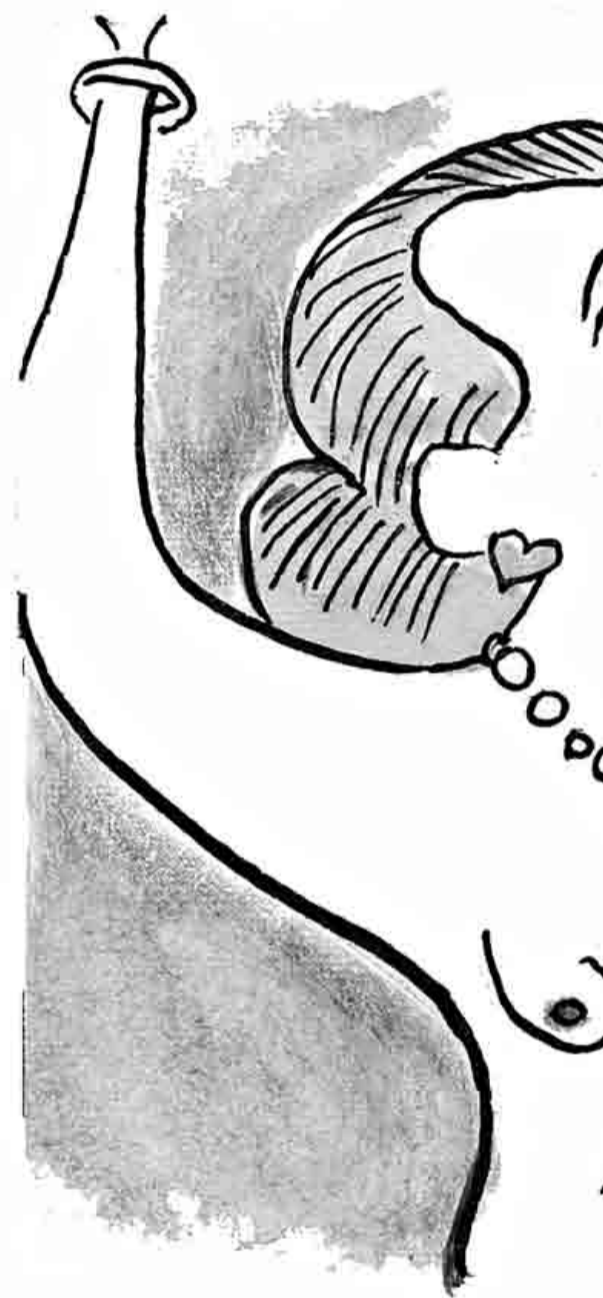
Salvo la exaltación de las figuras de Perón y Evita, el libro de lectura —*todos los libros de lectura del peronismo*— no alteraba la versión de la historia impuesta por la oligarquía. Hay una anécdota según la cual se le preguntó a Perón por qué no innovó en esto. Algún matiz o algo más que eso debía introducir un movimiento, que se asumía como revolucionario, en la glorificación de algunos y la condenación de otros, de acuerdo a sus intereses, que impuso la oligarquía. Perón habría respondido con una de sus frases de tipo pícaro, de Vizcacha que se las sabe todas: “Bastantes problemas tengo con los vivos, ¿me voy a meter también con los muertos?” Una manera de esquivar el bulto, y también una manera de decir que ese tipo de preguntas las formulaban los que no tenían ni idea de las cuestiones del poder. “Un otario de los tantos otarios que hay por ahí”, dice en *Conducción política*. Es posible, pero creer que el otario, por más otario que sea, se va a tragar la respuesta que dio revela no sólo un desprecio profundo por el otario, sino una soberbia no escasa, lo suficientemente importante, al menos, como para considerar un poco boludos —con perdón— a todos los demás que no fueran él. Ya veremos cómo funcionó este aspecto en futuras encrucijadas. Si no se deseaba cuestionar a los próceres tradicionalmente impuestos, acaso se hubiera podido abrir otras puertas, incorporar otros personajes, exaltar otras gestas. Se hubiera podido dar una versión menos negativa de los caudillos federales. Hacer una lectura más realista de la guerra con el Paraguay. O de los empréstitos rivadavianos. No, la página noventa y tres de *La Argentina de Perón* está prolijamente ilustrada por un retrato de Bernardino Rivadavia. Texto a pie de página: “Bernardino Rivadavia. Primer Presidente Constitucional Argentino”. El dibujo muestra a Rivadavia, que era mulato, con un extraño pelo casi-casi rubio. Al lado, Belgrano. El texto es: *El Día de la Bandera*. Se dicen las obviedades de siempre. Lo que siempre se ha dicho. O sea, la versión que la oligarquía impuso en la enseñanza. Pero se concluye poniendo a Perón en el nivel de Belgrano: “Todos nuestros próceres han tenido a mucho honor izar la bandera. También el líder de los trabajadores suele izarla con amor y devoción, dando así ejemplo a los niños argentinos de cómo debe reverenciarse esa enseña sagrada, por la que debemos estar dispuestos, ciegame, a morir” (p. 92).

SARMIENTO, EL DULCE MAESTRO Y EL MARISCAL BOUGEAUD DEL COLONIALISMO DE BUENOS AIRES

Pero el punto más alto de la obscurencia con la historiografía institucional oligárquica, o liberal, llega con el texto dedicado a Sarmiento, a quien uno admira y discute, pero no lo reduce a esa

estampita bastante aberrante, incluso para la enorme complejidad del personaje, para su contradictoria grandeza, del *maestro de escuela, del creador de escuelas* o, la más patética, del niño que *nunca faltó al colegio un solo día*. José Luis Busaniche, por ejemplo, historiador serio, el historiador que más admiro, cuyos libros he devorado por la apasionada búsqueda —que palpita en ellos— de una verdad compleja de nuestra historia, alejada de los condicionamientos de clase, de las imposiciones que dan los triunfos, alejada de la historia de los vencedores, de la historia escrita por y para Buenos Aires, la búsqueda de una historia ardua, tramada por las contradicciones, no lineal, de la que estuvo más cerca Alberdi que Mitre o Sarmiento, de la que se expresó en las conferencias de David Peña sobre Juan Facundo Quiroga, Busaniche, digo, acusaba a Sarmiento de practicar un “progresismo homicida”, sabía por qué y no debiera haber quien no lo sepa. También hay que saber el resto, que escribió libros admirables, que fundó escuelas, que, en el final de su vida, estuvo muy cerca de abominar por completo de la clase para la que siempre trabajó, esa a la que Alberdi llamaba la oligarquía del Puerto y de la Aduana y a la que él llamó “esa oligarquía con olor a bosta de vaca”.

Busaniche cita la carta de Sarmiento a Mitre, fechada el 18 de noviembre de 1863, y en la que se refiere al asesinato de Angel



EVITA DESC

Vicente Peñaloza, a su decapitación y al hecho, certeramente abominable, de haber clavado su cabeza en una pica: “Yo he aplaudido la medida precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses” (José Luis Busaniche, *Historia argentina*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1969, p. 730. Bastardillas mías). La viuda de Peñaloza fue “escarnecida y robada” por los vencedores. Y, escribe, Busaniche: “Pedía protección... ¡a Urquiza! arrumbado como estaba el caudillo en su estancia de Entre Ríos” (Busaniche, *Ibid.*, 731). Y luego: “La civilización cumplía su obra. Los bienes de aquella pobre viuda habrán aumentado el patrimonio de algún hombre de frac y principios” (Busaniche, *Ibid.*, p. 731. Bastardilla del autor). Sarmiento, él mismo, hombre que no se andaba con vueltas ni ocultando lo que hacía sino que lo exaltaba con orgullo de guerrero vencedor, escribe en un texto, que con precisión se llama *Mi defensa*, y, con frecuencia se transforma en su acusación: “Ya he mostrado al público mi faz literaria; vea ahora mi fisonomía política; ¡verá al militar, al asesino!” (Sarmiento, *Mi defensa* en *Civilización y barbarie*, texto que reúne las biografías de Quiroga, Aldao y El Chacho

junto a *Mi defensa y Recuerdos de provincia*, editado por El Ateneo, Buenos Aires, 1952, prólogo de Alberto Palcos, p. 552). Sarmiento fue nuestro General Bougeaud, más que Mitre aún, pues sus acciones militares fueron más efectivas y poderosa su importancia ideológica. Escribe: “En mi juventud hubiera deseado que los que han trabajado por establecer el despotismo y hacer desaparecer toda forma constitucional, hubiesen tenido una sola cabeza para segársela de un golpe” (*Mi defensa, Ibid.*, p. 559). Sarmiento, durante sus viajes de la década del cuarenta, estuvo, en África, nada menos que con el conquistador de Argelia, héroe de la Francia colonialista, el mariscal Bougeaud, del que, seguramente, ha de haberse bebido sus palabras. Bougeaud tiene, entre otros méritos que seguramente su país le reconoce con orgullo, el de estar citado, no casualmente, en el *Prólogo* de Sartre al libro de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, que protagonizará en nuestro relato un momento esencial. Sarmiento señalaba el agrado con que Bougeaud había compartido sus puntos de vista con él, pues finalmente se hallaba frente a alguien que comprendía y aprobaba con entusiasmo el modo innovador con que combatía a los jinetes árabes, los cuales, dice Sarmiento, tenían la misma movilidad que la montonera. Bougeaud le explicó que, para combatir a los bárbaros, hay que hacerse más bárbaro que ellos. El



AMISADA

coronel Ambrosio Sandes, en la *guerra de policía* que Mitre declara a las provincias luego de la batalla de Pavón, que Urquiza, traicionando la causa federal (de aquí la ironía de Busaniche ante el triste, desolado pedido que la viuda de Peñaloza le acercara al héroe del Palacio San José), le cede el triunfo, marchaba en busca de los gauchos levantiscos con caballos herrados, al modo de Bougeaud contra los árabes. El mariscal y sus tropas no ahorran medios para derrotar a los bárbaros ejerciendo una barbarie superior a la de ellos. En un episodio, los franceses queman vivos a quinientos argelinos, algo que sirve para dinamizar el entusiasmo guerrero de sus aliados nativos. Bougeaud, hecho gobernador de Argelia, no vacila en arrojar sobre los nativos una guerra de masacres y devastaciones. Durante buena parte del siglo XX, con sinceridad y jactancia, con inocultable vanagloria, los manuales escolares franceses narraban el entusiasmo con que Bougeaud tornaba cenizas, incendiándolos, los aduares (o sea, las tiendas de campaña o los barracones que dan forma a un poblado) de los beduinos en esos duros pero gloriosos tiempos de la conquista de Argelia, y justificaban o paragonaban los triunfos de Bougeaud con los de los oficiales ingleses en la India, quienes, dictando cáte-

dra guerrera, ataban a los hindúes y musulmanes a la boca de sus cañones durante la rebelión de los cipayos, en 1857. Esa modalidad, sin embargo, ya había sido ejercida por los coroneles Estomba y Rauch en sus campañas por la provincia de Buenos Aires luego del fusilamiento de Dorrego. Mi novela *El ejército de ceniza*, que es la ficcionalización de la locura del coronel Ramón Estomba, quien parte en busca del enemigo y, al no encontrarlo, empieza a extraviarse y a extraviar a sus soldados con arengas cada vez más demenciales, narra uno de esos episodios. Estomba, que en la novela lleva el nombre de Ramón Andrade, culpa del fracaso de la campaña a su rastreador: no sabe o no quiere, dice, llevarlo al encuentro del enemigo. Ordena que lo aten a la boca de un cañón. “Los soldados no demoraron en cumplir la orden. Trajeron una cuerda, alzaron a Baigorria por los brazos y las piernas y lo apoyaron contra la boca del cañón. El rastreador aún respiraba” (J. P. F., *El ejército de ceniza*, Editorial La Página, Buenos Aires, 2007, p. 95). Herido por un balazo que antes el general le había propinado, Baigorria aún conservaba su lucidez, pero sólo para su desgracia, pues le permitía no perder la conciencia de lo que estaba por ocurrirle. Andrade, en su desvarío, en su paranoia incontrolable, cree que Baigorria lo ha perdido en búsquedas sinuosas, por ser, sin más, un traidor, un aliado de sus enemigos. “Nada se oía: ni el viento. Sólo la voz del coronel, que ahora proclamaba: ‘Morirá despedazado. Morirá así, porque quiero que él, y sobre todo los suyos cuando lo encuentren, sepan que no sólo habremos de vencerlos por la dignidad de nuestra causa, sino también porque, en esta guerra, hemos decidido ser aún más crueles, más inhumanos que ellos’. Entonces encendió la mecha y disparó el cañón. El estallido fue tan poderoso y mortal como lo había sido su voz. Cuando el humo de la pólvora se hubo disipado, de la boca del cañón manaba sangre” (J. P. F., *Ibid.*, p. 96). La novela se publicó en 1987 y las sombras del horror militar estaban muy cercanas aún en nuestro país. Estomba actuó durante el mes de febrero de 1829. Lo hizo, como Rauch, bajo directivas de Juan Lavalle, el que luego de fusilar a Dorrego, ordenó a estos valientes militares, todos héroes del Ejército Libertador, limpiar de indios y federales la frontera sur. Dio, de esta forma, tareas de policía interna al ejército sanmartiniano. Lavalle asumió la tarea sucia que se le pidió a San Martín, y que San Martín se negó a realizar, conociendo, sin duda, los costos que tendría. En este punto, creo, hay algo importante que debemos llevar a primer plano. Es por completo coherente que el Ejército Libertador haya actuado como ejército represor de las fuerzas que se oponían al plan de Buenos Aires de organizar el país según el modelo liberal y con el apoyo de Gran Bretaña. Se conoce sobradamente la frase de George Canning: “América Latina es libre. Y si llevamos bien nuestros negocios es nuestra”. La única diferencia entre el Ejército Libertador y las tropas del mariscal Bougeaud radica en que éste no tenía detrás una potencia extranjera apoyándolo. Le alcanzaba con el apoyo de su propio país imperial. Los Bougeaud de la Argentina fueron, con Juan Lavalle al frente, los libertadores de la colonia. Una vez libre del colonizador extranjero se produjo en el país un complejo proceso de colonialismo interno. La culta ciudad de Buenos Aires, informada por completo sobre el papel que la Civilización, entendida como progreso y cultura, debía jugar en los territorios bárbaros, llevó contra las provincias y luego contra los indios la misma guerra que Bougeaud impuso en Argelia y los ingleses en la India. Lo excepcional del caso argentino, y de América latina en su casi totalidad, es que estos territorios se habían independizado de su opresor colonial, dado que éste los mantenía en un atraso que les impedía sumarse a las fuerzas de la Civilización y el Progreso. Liberada de España, Argentina debía modernizarse. Debía hacer la guerra contra los “beduinos” de su propio país. Francia colonizaba la Argelia en busca de mercados y de expansionismo militarista. Pero Argelia no estaba en Francia, estaba en África. Buenos Aires, que asumía en el país el papel de Francia en Argelia, tenía a Argelia en su propio territorio. De aquí que la guerra que tuvo que llevar a los “bárbaros” se transformó en una “guerra civil”. Y acaso hasta no sea totalmente correcto llamarla así. Se trataba de la guerra del Ejército de un país invasor que buscaba colonizar a un país tan sumido en el atraso, según el país invasor, como la Argelia o la India. Sarmiento, que fue el brillante teórico, el hombre impecablemente lúcido de esta tarea, observando las banderas de los países del mundo, detecta que, en muchas de ellas, predomina *el color colorado*. Ese predominio se da en los países bárbaros. Lejos de esto, sólo en un país europeo existe tal preponderancia. En su estilo altisonante, se pregunta entonces: “¿Qué vínculo misterioso liga todos estos hechos? ¿Es casualidad que Arjel, Túnez, el Japón, Marruecos, Turquía, Siam, los africanos, los salvajes (...), el verdugo y Rosas se hallen vestidos con un color proscrito hoy día por las sociedades cristinas i cultas?” (*Nota*: Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, edición crítica y documentada de la Universidad de La Plata, La Plata, 1938, prólogo de Alberto Palcos, p. 147. Palcos conservó la grafía original del texto sarmientino. Tomo la cita de mi libro *Filosofía y nación*. En ese entonces, yo —demasiado joven aún— no me habría sentido un intelectual si no citaba el *Facundo* por la edición erudita y consagrada de Palcos. Luego utilicé la de Ediciones Estrada, que tiene modernizada la grafía y es muy buena.) Tal vez no sea arbitrario. Pero la que es simétrica —con la importante salvedad que haremos— es la guerra que llevan las potencias

europeas en sus colonias y los ejércitos de Buenos Aires en las provincias. Sarmiento no deja de advertirlo: “Las hordas beduinas que hoy importunan con su algazara y depredaciones la frontera de Arjelia, dan una idea exacta de la montonera argentina (...) La misma lucha de civilización y barbarie, de la ciudad y el desierto, existe hoy en África; los mismos personajes, el mismo espíritu, la misma estrategia indisciplinada entre la horda y la montonera” (Sarmiento, *Ibid.*, p. 209). Se trata de un texto excepcional. Hay algo que Sarmiento, sin duda deliberadamente, pasa por alto. El mariscal Bougeaud guerreaba en territorio extranjero. No quería colonizar, desde París, al resto de la Francia. Argelia se convierte de inmediato en colonia francesa. Bougeaud coloniza el país de otros. África, India son países coloniales. Deben aún realizar su guerra de independencia. De aquí que teóricos como Edward W. Said o Gayatri Spivak o Homi K. Bhabha se autodenominen *teóricos poscoloniales*. No lo son. Son teóricos neocoloniales. En sus países, la colonización ha cambiado un rostro por otro, una modalidad por otra. Argentina, por remitirnos sólo a nuestro país, era un país independiente. Sin duda había establecido con las potencias metropolitanas un nuevo trato colonial, menos directo, que nos permitía tener ejército, bandera y hasta orgullo de nación autónoma. Pero la descolonización, que tardíamente realizaron Argelia y la India, se hizo aquí en 1810. La hizo el Ejército Libertador: echó a los españoles. Luego, ese mismo Ejército Libertador, bajo la figura de Lavalle, se pone a las órdenes de Buenos Aires para realizar la colonización interna de su territorio. Lavalle fracasa y viene el interregno de Rosas, sobre el que no entraremos aquí. Caído Rosas, expulsado Urquiza de Buenos Aires, la ciudad metrópoli no tiene dudas. Aquí es donde aparece el Sarmiento soldado, militar, el asesino, como él dice en *Mi defensa*. Buenos Aires, por decirlo con entera claridad, tiene en su propio territorio a los beduinos. Francia los tenía en Argelia. Los teóricos colonialistas de la Argentina no hay que buscarlos en la literatura de las metrópolis, como hace Edward Said en *Cultura e imperialismo*. Said, en ese libro, rastrea el colonialismo en Jane Austen, en Dickens, en Conrad. Por supuesto, los beduinos no tenían teóricos. La teoría colonialista se hacía en la metrópoli. En la Argentina, al ser un país independizado del colonizador directo, del colonizador que se establece en el territorio de la nación colonizada, la literatura colonialista estuvo en manos de los mismos argentinos. No de todos, sólo de su clase ilustrada. Sólo de los hombres cultos de la metrópoli (Buenos Aires) que llevaba a cabo la colonización interna. De aquí que no tengamos que remitirnos a escritores extranjeros como lo hace Said. No, el gran texto colonialista argentino es —ante todo— esa obra maestra, ese libro titánico de un hombre titánico, el *Facundo* sarmientino. Ahí está todo. Costaría, incluso, encontrar, aun cuando se encuentre, un ensayo tan lúcido acerca de la colonización de un territorio bárbaro por medio de la razón ilustrada. Pues lo que define al colonialismo burgués, a diferencia del que llevó a cabo el Imperio Romano en nombre, meramente, de la *grandeza de Roma*, o, antes, Alejandro en nombre de su propia gloria, es que acompaña a sus empresas colonizadoras con valores civilizatorios, racionales: el Progreso, las luces de la Razón, la Civilización ilustrada que conquistará a la barbarie para el mundo del hombre. No se equivocan aquí Adorno y Horkheimer cuando ven en esta razón instrumental, que encuentran en los pensadores de la Ilustración, una razón destinada a someter a los hombres. Menos todavía se equivoca Heidegger cuando señala que la razón de la Modernidad, que nace con Descartes, es la razón de la *técnica*, la que olvida al Ser y se consagra al dominio de los entes. Es, sin duda, esta civilización capitalista de la técnica la que lleva a cabo los procesos, sanguinarios, de colonización. Los sometidos, los masacrados, de no haberlo sido, pudieron haber entregado, si no la conducción del país, una *Expresión lateral* que lo enriqueciera. Heidegger, un pensador de derecha, ha visto el problema de la técnica en tanto sometimiento del hombre y de la naturaleza más hondamente que Marx, ya que Marx, llevado por la dialéctica hegeliana de la superación, valoraba los procesos de colonizadores pues introducirían modernas relaciones de producción capitalistas en los territorios coloniales, que habrían continuado siglos en el atraso. *Así continuaron*. Y la razón técnica arrasó con ellos, porque no tuvo piedad alguna. La *guerra de policía* que Sarmiento y Mitre desatan en las provincias después del triunfo de Pavón ya se lleva a cabo con cañones Krupp y fusiles Remington. El gauchaje es sacrificado. La colonización interna tiene lugar. Sarmiento es nuestro general Bougeaud. Mitre lo es. *Son los que conquistaron la Argentina para Buenos Aires*. Los lugartenientes fueron Wenceslao Paunero, Ambrosio Sandes, Irrazábal y otros carniceros de la civilización, que los requería, porque requería matar a quienes se le opusieran en nombre de los valores que portaba: las luces de la razón, el progreso, las relaciones con Europa. “Si Sandes mata gente, déjenlo”, decía Mitre, “es un mal necesario.” Quisiera decir claramente —porque es hora de que hablemos claro en la Argentina— que no hago juicios morales sobre estas cuestiones. Es toda una civilización la que así se conducía. Lo que Heidegger vio y lo que todavía hace su gloria entre sus infinitos seguidores fue que esa civilización llevaba al desastre, como, en efecto, está llevando. Lo que Marx equivocadamente creyó es que de la civilización del capital podía emerger un proletariado victorioso que estableciera *otra*, una más libre, sin explotación, sin ignominias.

No fue así. Los regímenes socialistas fracasaron porque tuvieron que adoptar la civilización de la técnica para sostenerse. Porque tuvieron que tornarse capitalismo autoritarios, estatales, para subsistir. Y, sobre todo, porque se realizaron en países inadecuados para hacerlo. La Rusia atrasada, campesina y no proletaria. La China arcaica. La Cuba tercermundista. En ninguno de estos países existía lo que Marx había puesto como condición de posibilidad del proceso revolucionario: el proletariado industrial moderno. Que sólo existió en las metrópolis, a las que les fue sencillo incorporarlo al universo de la técnica por medio del sindicalismo, en buena medida por su plusvalía externa, por sus enormes ganancias coloniales o neocoloniales. Lenin sabía todo acerca de esto. Sabía que el proletariado, si se desarrolla bajo el capitalismo como lo pedía Marx, devenía tradeunionista. Socio menor de la burguesía. Ya Engels, en una de sus cartas tardías, le respondía a un amigo: “¿Me pides que te diga lo que piensa el obrero inglés? Pues lo que piensa la burguesía”.

SARMIENTO, LAS “GUERRILLAS” ESTÁN FUERA DE LA LEY

Volviendo a Sarmiento: él fue nuestro mariscal Bougeaud. No en vano fue quien lo conoció. Quien habló con él. Hay textos sarmientinos que todavía estremecen, que tan poderosamente resuenan, que tan cercanos están de nosotros, que, por esa razón, tal como lo dije, estremecen. Sucede que Sarmiento, como Nietzsche, escribía a martillazos: “El idioma español ha dado a los otros la palabra ‘guerrilla’, aplicada al partidario que hace la guerra civil fuera de las formas, con paisanos y no con soldados (...) La palabra argentina ‘montonera’ corresponde perfectamente a la peninsular ‘guerrilla’ (...) Las ‘guerrillas’ no están todavía en las guerras civiles bajo el palio del derecho de gentes (...) Chacho, como jefe notorio de bandas de salteadores, y como ‘guerrilla’, haciendo la guerra por su propia cuenta, murió en guerra de policía en donde fue aprehendido y su cabeza puesta en un poste en el teatro de sus fechorías. Esta es la ley y la forma tradicional de la ejecución del salteador (...) Las ‘guerrillas’, desde que obran fuera de la protección de gobiernos y ejércitos, están fuera de la ley y pueden ser ejecutados por los jefes de campaña. Los salteadores notorios están fuera de la ley de las naciones y de la ley municipal y sus cabezas deben ser expuestas en los lugares de sus fechorías” (Sarmiento, *Vida del Chacho*, en *Proceso al Chacho*, Caldén. Buenos Aires, 1968, pp. 119/126. Una edición más “respetable”, con menos tinte setentista, puede ser la de El Ateneo, Buenos Aires, 1952, con prólogo del insospechable Alberto Palcos, un serio historiador de la alta burguesía argentina).

Sobre la grandeza de Sarmiento como escritor no voy a extenderme. En 1971, en *Envido N 3*, publiqué *Racionalidad e irracionalidad en “Facundo”*, ahí concluía el trabajo con un canto a la genialidad literaria del sanjuanino. (Ese texto, extenso, formó luego parte de *Filosofía y nación*.) Se trata de un titán, de un tipo que se propuso hacer un país y, en efecto, tal como dice el Himno que le escribieron, lo hizo con la pluma, con la espada y la palabra. Su enormidad histórica deja muy atrás a Mitre. Y acaso sólo Roca lo iguale en lucidez, en tanto tipo que sabe lo que hay que hacer para hacer un país. Roca, el Bougeaud de la Patagonia. Siempre se trata, para la razón burguesa, de conquistar el desierto. También para Sarmiento, Facundo y sus jinetes eran la pampa, la planicie, el desierto: había que conquistarlos para la civilización. Se hizo una ciudad, no un país. Una bella ciudad que disfrutó una oligarquía rastacuerista, sin visión histórica, entregada al goce fácil y a la policía de Ramón Falcón y los fusiles del coronel Varela.

Pero el peronismo honra a los héroes de la oligarquía a la que ha llegado para combatir. El general fascista, nazi, el dictador, no cambia el panteón de los héroes de la oligarquía. “Bastantes problemas tengo con los vivos, para qué me voy a meter con los muertos”, dice el supuesto Führer argentino. *La Argentina de Perón* dice de Sarmiento: “De todos los nombres con que la posteridad honra la memoria de aquel gran argentino que se llamó Domingo Faustino Sarmiento, uno sobre todo lo vuelve especialmente querido a los niños de su pueblo: el de maestro” (*La Argentina de Perón*, *Ibid.*, p. 114). Sarmiento, insiste, fue escritor brillante, estadista y presidente de la República. “Pero sobre todo fue maestro.” Y

aquí viene el revolucionario cambio que el peronismo introdujo en la enseñanza argentina: *No sólo Sarmiento fundó escuelas*. Sarmiento fue superado por la tarea que se realiza desde 1943. ¿Quién la realizó? “El héroe de nuestra triple independencia, social, económica y política, y su nobilísima esposa” (*Ibid.*, p. 115). Y por fin: “Porque si bien Sarmiento, el ‘maestro’, fue el fundador de la escuela argentina, sus propulsores máximos, no menos geniales por la amplitud de sus miras ni menos ‘maestros’ por su amor a la infancia, han sido Juan Perón y Eva Perón” (*Ibid.*, p. 115). Todo el libro es así. Y así es también el folleto que escribió el español Manuel Penella Da Silva, *La razón de mi vida*. En suma, se aceptaba por completo la visión oligárquica de la historia. A esto se le sumaba un aparato propagandístico torpe que irritaba a los padres de los niños. Porque sonaba raro —salvo para peronistas de corazón, que eran muchos pero no todos— que Perón y Evita fueran “no menos geniales” que Sarmiento. Perón no recurrió a los hombres de *Forja*. Ni menos a Arturo Jauretche, a quien dio un puesto absurdo de bancario. Raro nazi que respeta a todos los héroes de la patria liberal. Los héroes cuyas pancartas eran las de la Unión Democrática en sus desfiles. ¿Todo para qué? ¿Para que se leyera en clase *El Acróstico de los niños a Eva Perón*? “Entre todas fuiste buena/ Valiente, noble y querida/ A todos nos faltan lágrimas/ Para llorar tu partida/ ¡Evita somos tus niños!/ Rosa de fuego dormida/ ¡Oh, no poder contemplarte/ Ni devolverte la vida!” Que el libro sea para niños de cuarto grado no lo justifica. Quizás, al contrario, lo condena más pues es en esa edad temprana cuando las verdades, aun en su complejidad, suelen llegar con mayor calado. ¿Qué tuvieron de Sarmiento? La estampita liberal-oligárquica del Sarmiento-maestro.

LA LÍNEA ROSAS-PERÓN LA CREA LA OLIGARQUÍA SETEMBRINA

¿Qué habría podido hacer Perón? Meterse un poco con los muertos. O, al menos, jugársela por algunos muertos injuriados por el Buenos Aires de la venganza, del rencor, de la maldición de José Mármol: “Ni el polvo de tus huesos la América tendrá”. Cuando Perón cae, la oligarquía publica *El libro negro de la segunda tiranía*. Recuerdo mi asombro al escuchar las primeras proclamas de la Libertadora. “¡Ha sido derrocada la segunda tiranía!” ¿Cuál era la primera? La de Rosas. Tenía yo doce años el 16 de septiembre. A Rosas, como todo pibe inquieto, lo admiraba muchísimo. Me atraía porque era el malo de la película y siempre me gustaron los villanos. Porque tenía una pinta bárbara de caudillo, de jefe, de tipo duro. Porque su época era colorida, llena de sucesos. Porque me había devorado los libros de Manuel Gálvez, los que publicaba la *Colección Austral: El gaucho de los cerrillos, Tiempo de odio y angustia y Así cayó Don Juan Manuel*, en ese orden. Porque había leído la fascinante biografía que Gálvez le dedicara: *Vida de don Juan Manuel de Rosas*. ¡Hasta había empezado a escribir una biografía del gaucho de Los Cerrillos, del Restaurador de las Leyes! De pronto, resulta que Perón había sido el segundo Rosas. Observemos cómo las clases dirigentes de la Argentina en seguida fijan su línea histórica. Lo único que hizo el peronismo fue glorificar a Perón y a Evita y a las conquistas del movimiento. Hay pasajes de exaltación popular, de ayuda a la vejez, de las nacionalizaciones, etc., etc., etc. Pero todo permaneció intocado. La Libertadora en seguida planteó que el movimiento se hacía en nombre de la línea Mayo-Caseros. Hasta un historiador menor como José Campobassi escribe un libro que se llama: *Urquiza y Mitre, hombres de Mayo y de Caseros*. Si Perón no quería traer a Rosas porque la oligarquía le arrojaría con todo: ¡el segundo tirano trae al primero! De donde vemos hasta qué punto está impuesto el dogma liberal. Debió, al menos, incorporarlo en los libros de lectura. Al cabo, la oligarquía se lo adosó a él. La línea Rosas-Perón fue un invento oligárquico.

En 1973, cuando todo parecía posible, cuando José María Rosa iba a ser ministro de Educación y Cultura, tuvimos una reunión con él, y Don Pepe, con su barba gris, con esa sonrisa tan linda que tenía, exclamaba entusiasmado: “¡Lo primero que hacemos es mandar un barco a Southampton y traerlo al Restaurador!” Minga. Ni Pepe Rosa fue ministro de Educación y luego de la llegada del

Viejo, luego de Ezeiza, ¡como para pensar en traerlo a Rosas! Con Perón, Rosas no volvía. ¿Alguien recuerda cómo volvió Rosas al país? Para injuria de semejante figura histórica, de ese tipo lleno de contradicciones, que despertó el odio suficiente como para provocar obras maestras de nuestra literatura, *El matadero, Facundo, Amalia*, su regreso fue oprobioso. *Lo trajo Menem para preparar el indulto a Videla*. Y llegó Rosas y a nadie le importó nada. Ni una discusión hubo. La era de las ideas había pasado. Las polémicas habían muerto. Los noventa empezaban a deteriorarlo todo.

Pero, ¿tiene derecho la historia oficial argentina que se enseña en los colegios a indignarse tanto con el peronismo? Es cierto que se utilizaron los libros de texto para propaganda del “régimen”. Pero no sean cínicos: ustedes hicieron lo mismo. Nuestros alumnos primarios y los secundarios estudiaron durante años la historia de un tal Grosso o la de Astolfi. Leyeron todos los libros de los héroes que trabajaron en favor de Buenos Aires o de los provincianos, muchos, que también lo hicieron. ¿Por qué hay que deglutirse un texto de la *Historia argentina* de José C. Ibáñez como el que citaremos? Dice así: “La campaña de Roca contra los indígenas fue coronada por el éxito, lo que le permitió al gobierno nacional ejercer su soberanía en unas quince mil leguas cuadradas de nuestro territorio e iniciar sin tardanza su obra civilizatoria” (José C. Ibáñez, *Historia argentina*, Troquel, Buenos Aires, 1979, p. 459). 1979: en ese año la Junta Militar festejaba su derrota de la “subversión” como la historia conquista del desierto. Siempre la Civilización conquistando el desierto. Y el *desierto* es el Otro, el inintegrable, aquel a quien no hay más remedio que matar.

¿Por qué debimos leer *Juvenilia*? ¿Por qué debimos leer la obra de un paranoico, de un enfermo, del redactor de la Ley de Residencia que aterrorizaba a los inmigrantes, quienes sentían la posibilidad de ser expulsados en cualquier momento, más aún cuando su creador la llamaba “deliciosa ley de expulsión”. En la *Introducción* del libro, Cané escribe: “Pero mientras corregía y pensaba en todos mis compañeros de infancia, separados al dejar los claustros, a quienes no he vuelto a ver y cuyos nombres se han borrado de mi memoria (...) ¡Cuántos desaparecidos!” (Miguel Cané, *Juvenilia*, Colección Robin Hood, Acme, Buenos Aires, p. 15). Sí, cuántos desaparecidos. “Allí está el cuadro (escribe Ricardo Rojas) de nuestra Buenos Aires y de nuestra vida intelectual tal como fueron de 1863 a 1870” (Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, tomo ocho). Esa generación se formó para conducir el país. Luego lo condujeron sus hijos. Hubo una continuidad. Porque la oligarquía no se traiciona, se prolonga. Luego apareció otro libro. Se llama *La otra Juvenilia, historia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires*. Sus autores son Santiago Garaño y Werner Pertot. Y es la historia de otra generación del Nacional Buenos Aires, no la de aquella elegante elite que educó el sabio y sereno Amadeo Jacques. Esta juvenilia quiso hacer otro país, uno diferente al de Cané. Entre 1976 y 1977 más de 105 de ellos fueron desaparecidos. Sus edades son mayoritariamente las que siguen: 18 años, 20, 19, 21, 17, 25, 22, 23, 27, 24, 16 (¡dieciséis años!), 18, 15... 15 años. Nadie ignora la participación de ideólogos, economistas y periodistas que apoyaron a la dictadura y militaron activa, entusiastamente en ella. Provenían de lejos. De esa generación privilegiada, de argentinos de clases altas, que se educaron bajo el manso Amadeo Jacques, luego crecieron, tuvieron hijos, crecieron sus hijos. La primera juvenilia y los cuadros ideológico-políticos que formó mató a la segunda. A la *otra juvenilia*. ¿Quién escribirá su historia? Ya lo hicieron Garaño y Pertot. Pero, ¿por qué tuvimos que leer la de Cané? ¿Por qué la publicó la Colección Robin Hood como un libro inocente, con las mismas tapas amarillas de Salgari o Jack London o Luisa May Alcott? Porque nos engañaron. Nos metieron su visión del mundo desde niños. Y lo hicieron con más sagacidad, con menor torpeza, con más inteligencia y mejores plumas que las de Mendé, la Sra. Angela C. de Palacio y el lamentable Penella Da Silva.

Eva Perón irá infinitamente más lejos que *La razón de mi vida*. Será en su escrito postrero. Lo dictó desde su lecho de muerte. Un mes, a lo sumo, antes de morir. Se llama *Mi mensaje* y de él nos ocuparemos en la próxima entrega.

PRÓXIMO DOMINGO

Eva Perón,
“Mi mensaje”

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

18 Eva Perón, "Mi mensaje"



“¡PERÓN... Y ASUNTO ARREGLAO!”

No podemos completar el cuadro de los propagandistas o los escribas del peronismo sin una referencia a un personaje poco conocido, para nada recordado, pero relevante en el armado conceptual, siempre agresivo del movimiento. Era un gobierno que usaba, para sus fines, todo lo que tenía a mano, todo lo que navegaba en la dirección de sus vientos. Algunos, incluso, creaban esos vientos. Siguiendo siempre los de Perón, el huracán que agitaba las aguas. Esos propagandistas dispusieron de los medios de comunicación para expresar un ideario con el que el justicialismo coincidía en totalidad o disentía a lo sumo en matices, a los cuales agregaba, en una actitud muy de Perón, otros matices de otros conversadores mediáticos o “escritores obedientes”, que son la negación del escritor, pero que siempre sirven a los regímenes de turno. He empleado la palabra régimen con relación al peronismo. Creo que sería arduo desmentirla. Con admirable velocidad y con escasas vacilaciones, el primer peronismo organizó el país a su imagen y semejanza. No hubo un lugar en que su presencia no se hiciera sentir. Esta omnipresencia se unía al silenciamiento de toda voz disidente. Lo que finalmente dibujaba la fisonomía de un régimen, de un sistema político ampliamente abarcativo, que imponía su visión del mundo en todos los ámbitos y, a la vez, en todos ellos silenciaba la de los otros. El peronismo, en lo cultural, en lo universitario, en lo mediático, fue claramente autoritario. Para los jóvenes de los setenta éste era uno de sus rostros más claramente revolucionarios. Se había atrevido a silenciar a la oligarquía. Recuerdo la sorpresa o ironía de algunos jóvenes de los '80 cuando uno les informaba que en los '70 (irritantes para ellos), al discutir con el antiperonismo de izquierda, se utilizaba el cierre de *La Prensa* como un elemento sin duda *revolucionario* del primer peronismo. “¿No ven? Cerró el diario de la oligarquía.”

Tal como —es absolutamente cierto— la oligarquía había silenciado siempre a sus adversarios, que apenas si tenían medios para sacar un pasquín, y, si lo sacaban, la policía de Ramón Falcón o del hijo de Leopoldo Lugones, con esa picana cuya invención le pertenece, tomaba cartas en el asunto. La democracia no era un asunto argentino. Zoilo Laguna, a quien soy el único que cita, tiene un folleto (que, aquí está el misterio, también tal vez sea yo el único que lo tiene) cuyo nombre es *Se vienen las votaciones*. Y habla de lo que el pasado era para los pobres. Habla de la palabra *Libertad* con la que tanto se llena la boca el liberalismo oligárquico: “¡Libertá! Si habrán hablao d’ella en otras ocasiones/ ganando las elecciones a garrotazo pelao/ libertá de andar tirao/ sin techo pan ni trabajo/ Ésa era pa’los de abajo la libertá/ del pasao”. Y Laguna decía qué era lo que había que hacer en las *votaciones* que se advenían, las de febrero del '46: “Sin asco a darle cruzazo/ que en esta tierra el destino/ tiene ya un nombre argentino/ ¡Perón... y asunto arreglao!” Asoma aquí esa faceta fundamental del pueblo peronista. La que dijimos: las cosas bajan desde la conducción. El pueblo las recibe con alegría. Pero no es formado ni para defenderlas ni para luchar por ellas. Esa tarea se deposita en Perón. Zoilo Laguna lo dice: “¡Perón... y asunto arreglao!” Siempre fue así: “¡Perón... y asunto arreglao!” Hasta que no alcanzó. Hasta que Perón se fue y el asunto ya no tuvo arreglo. En el momento de entrar a analizar la sombría figura del padre Virgilio Filippo —es de él de quien empezamos a hablar— retorno sobre algo: esa picana eléctrica que todos esos libros gorilo-periodísticos se abisman en ubicar en las manos de los hermanos Cardozo o el Comisario Lombilla la inventó —como muy bien se sabe, por otra parte— el hijo del poeta Lugones. Una relación interesante entre este padre y este hijo. En 1924, en Lima, celebrando el centenario de la batalla de Ayacucho, que culminó la liberación de América latina bajo la espada, bajo la conducción del glorioso Mariscal Sucre, una de las figuras más puras de nuestra independencia, asesinado vilmente, cuando volvía casi sin custodia, para su casa por los enemigos de la unidad latinoamericana, Leopoldo Lugones dijo su célebre discurso: “Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada”. Y aquí, en Buenos Aires, en tanto su padre desenvainaba la espada en Lima, el hijo ideaba su propia espada, la picana eléctrica “para bien del mundo”. Lugones (hijo) no justifica a los Lombilla o a los Cardozo, pero no se hagan los distraídos: son muy pocos los horrores argentinos no inventados por el eterno poder de la oligarquía o las masacres llevadas a cabo por ese mismo poder e insuperadas por las famosas “tiránias”.

VIRGILIO FILIPPO: EL REINADO DE SATANÁS

Pero tenemos que detenernos en la figura del Padre Virgilio Filippo. Eva Perón murió con la cercanía de dos clérigos. Uno, el fascista Filippo. El otro, Hernán Benítez, que, en los setenta, habría de salir a pedirle a Perón que no desautorizara a la guerrilla. Cierta tarde lo fuimos a ver con algunos compañeros de *Envido* y nos largó una larga parrafada sobre la cuestión: si Perón le hacía caso a la dictadura de Lanusse y desautorizaba a la guerrilla, estaba liquidado. Filippo, otra cosa. Era fascista,

pero en serio: fascista, fascista. Y era peronista. Y peor: Perón, a poco de asumir su gobierno, en 1946, lo nombra... ¡Adjunto *Eclesiástico a la Presidencia de la Nación!* Entre tanto, los muchachos de FORJA, los Scalabrini, los Jauretche, los Manzi o el más que talentoso, probablemente genial, autor del *Adán Buenosayres*, no eran convocados. Perón elegía escritores, intelectuales cortesanos. A los otros, les desconfiaba. Después de todo, con él, para pensar, ya nada más se requería. Marechal languidecía en puestos no deleznable pero poco eficaces del ámbito educativo. La Universidad era tierra tomada por Santo Tomás, por las esencias, por el catolicismo ultramontano y los grupos falangistas. No es posible evitar a Virgilio Filippo. Además sería incorrecto. Que lo haga un peronista que quiere contar la historia rosa de su movimiento, vaya y pase. Pero se equivoca: una historia, aunque uno esté con una parte de su corazón puesta en ella, se cuenta con sus luces y sus sombras. Hay un riesgo. *Todo relato es un viaje*. Al final es posible que seamos otros. O se acepta ese riesgo o uno no se mete en el relato.

Horacio González da en el clavo cuando detecta la pasión de lo conspirativo como eso que consituía a Filippo: “No creo ser inexacto si digo que Filippo actuó lunáticamente y que en su papel de exaltado guerrero de la fe había en él algo de ‘crasa teología absurda’ tal como el cineasta Glauber Rocha llegó a ver en el militante católico brasileño Gustavo Corção (...) Su especialidad era la denuncia de la *gran conspiración* y sus reclamos de represión hasta podrían ser un añadido baladí en la providencialista tarea del cruzado. Ciertamente, el cura de Belgrano fue un hombre prolífico y combatiente, atrabiliario maestro conspirador y a la vez caprichoso detector de conspiraciones” (Horacio González, *Filosofía de la conspiración, marxistas, peronistas y carbonarios*, Colihue, Buenos Aires, 2004, p. 156). ¿Cómo no habría de encontrar un tipo como Filippo, que estaba un poco loco, por decirlo claro, pero lo estaba de un modo peligroso, es decir, lo estaba para los demás, una conspiración feroz en el *comunismo internacional*?

Retrocedamos pero para regresar con más fuerza, más datos. Virgilio Filippo (1896-1969) empieza a arrojar por medio de los micrófonos de *Radio Sarmiento* de Buenos Aires la preocupación de su Iglesia Católica acerca de la trágica situación que se vivía en el plano internacional, y de la que Argentina, siempre lejana a todo, debía sentirse preocupada. A ello lo impelía el prelado. El libro *Habla el Padre Filippo* tiene 352 páginas de fobias, de paranoia, de antisemitismo, de nacionalismo ramplón, pero altamente peligroso. Al cabo, el nacionalismo suele ser ramplón, soez (ésta es la palabra: *soez*) y cuando se centra en esta modalidad expresiva más peligroso se torna. Filippo encuentra de inmediato el mal que el mundo padece. *Es el comunismo*. Escribe el periodista y escritor Germán Ferrari: “Son elocuentes las menciones a ‘el judío Lenin’ (páginas 8, 23), ‘el judío Marx’ (55, 255, 279, 296, 344), ‘el judío Sigmund Freud’ (16), ‘la España Roja’ (123, 144, 208, 222), ‘la infame Revolución Francesa’ (23), ‘la inquina roja argentina’ (102). Desde su catolicismo, Filippo embiste contra las bases ideológicas del sistema soviético, con una mezcla de datos irrefutables y contundentes, y visiones apocalípticas e intencionadas. Cuestiona el ‘totalitarismo destructor’, los ‘asesinatos en masa llamados depuraciones’, los ataques hacia la familia, pero no hace ni una sola mención del nazismo y el fascismo. Ni Hitler ni Mussolini son nombrados en sus discursos radiales. Franco es elogiado en un breve párrafo referido a la defensa de la religión” (Germán Ferrari, *Habla el padre Filippo*, *Todo es Historia*, N° 451, Buenos Aires, 2005.). Sigue Ferrari (que es uno de los pocos en preocuparse de este siniestro personaje que, se sepa o no, fue asesor espiritual de Eva Perón y, a partir de 1946, como ha sido dicho, *Adjunto Eclesiástico a la Presidencia de la Nación*, nombrado por el general de las infinitas y con frecuencia agobiantes contradicciones): “Filippo es un pionero en usar la radio con fines político-religiosos: a partir de 1935 publica *Conferencias radiotelefónicas, El reinado de Satanás, Sistemas genialmente antisociales* y *El monstruo Comunista*. Pero, ¿es un simple propagandista más del nacionalismo católico? Autor de más de treinta libros, folletos, traducciones y hasta piezas musicales, este presbítero —párroco de Villa Devoto y de Belgrano— es uno de los primeros integrantes del clero en expresar sus simpatías por Juan Domingo Perón, cuando el militar aún era un ascendente miembro de la dictadura que triunfó en 1943. Con la victoria electoral de la fórmula Perón-Quijano, esa adhesión incondicional es premiada y en 1948 se incorpora a la Cámara de Diputados por un período de cuatro años. En otro de sus libros, *El Plan Quinquenal de Perón y el comunismo* (1948), Filippo reafirma su compromiso con el ideario justicialista, al que considera seguidor de la doctrina social cristiana, y aprovecha para profundizar su predicación anticomunista” (Ferrari, *Ibid.*).

El libro en que el cruzado anticomunista y, a la vez, ferviente justicialista y asesor espiritual de profesión, la emprende contra el comunismo es: *El Plan Quinquenal de Perón y el comunismo*. En la tapa vemos a un joven y viril Perón que enarbola una bandera argentina y pisotea el célebre “trapo rojo del comunismo”. Hoy, el

libro es una fiesta. Pero no tanto lo es si se piensa que tuvo peso en su época y que en él abrevaron católicos como el doctor Ivanissevich, quien, en los setenta, cuando Isabel-López Rega lo nombra para que normalice las Universidades, el tipo se saca una fotografía blandiendo un pico con el cual destruye las paredes de la Facultad de Filosofía y Letras, que se erigía, en esos momentos, en la calle Córdoba. Ahí yo daba *Historia del pensamiento latinoamericano*, una materia subversiva pues apuntaba a ideas tan aberrantes como la unidad de América latina “contra el imperialismo”. No, nada de eso. Asume Ottalagano, ese hombre que, según Mariano Grondona, en una nota de corte criminal que escribirá en 1974, es de “la stirpe de los Lacabanne y los López Rega”. Lacabanne era el sanguinario jefe de la Triple A en Córdoba. Son los hombres de esa stirpe, “los que hacen la tarea”, según la frase de Grondona, los que ahora, con Ottalagano, se ponen al frente de la Universidad. Ivanissevich es su esfige más pestilentemente anticomu-



nista, fascistoide, es colocado, por López Rega, al frente de la tarea. Se dispone a destruir el edificio de Filosofía y Letras con un pico. No creo que haya destruido mucho porque era un viejo decrepito y patético que apenas si podía mantenerse en pie. ¡Pero había asistido a Evita en sus últimos momentos! Imaginen la escena: el opa viejo, desvencijado pero fascista hasta el fin, fervoroso lector de Filippo, les dice a los fotógrafos: “Tomen la foto cuando yo pegue con el pico en la pared”. Así salió nomás: destruyendo personalmente ese antro de perdición, ese antro anticristiano, esa cueva de criaturas del Anti-Cristo. A la noche, para colmo, da un discurso por Radio en cadena. Y se le caen gruesas lágrimas cuando pregunta: “¿Es que no son hijos de madre cristiana estos muchachos?” Honestamente, poco pensábamos en nuestras madres cristianas cuando hacíamos lo que hacíamos. ¿En qué lenguaje venía a hablarlos este troglodita que apenas si podía balbucear alguna que otra huevada? ¿En qué lenguaje pretendía hablarles a los mili-



tantes de la JP? Horrible, patético, duro, desalentador para la imagen que teníamos del peronismo. ¿Esos tipos había tenido a su lado Eva Perón? ¿Este imbécil se había permitido la arrogancia trágica de curarla de su cáncer? Era cierto: el doctor Ivanissevich por ahí había envejecido mal. Pero se puede envejecer mal *para el otro lado*. Uno ha encontrado en su vida a muchos viejitos republicanos de la Guerra Cívil Española. Y eran mejores personas que Ivanissevich. Pero éste había envejecido para el lado del anticomunismo troglodita, era un macartista paleolítico. Dardo Cabo escribió en *El Descamisado*: “Los peronistas podemos perder millones de votos con el discurso del doctor Ivanissevich”. También era una frase rara: en 1974, a los montos, no les importaban mucho los votos. No, los que perdimos fuimos nosotros. ¿Ésos habían sido los protagonistas del primer gobierno de Perón, nacional, popular y hasta revolucionario? Tendríamos que trabajar mucho sobre el movimiento y su sistema de ideas si había estado en manos de gente como Ivanissevich. Que, en gran medida, había aprendido del Padre Virgilio Filippo. Y aquí volvemos a él. Su *opus magnum*, con Perón en la tapa, de frente al futuro, bandera argentina en mano, y trapo rojo pisoteado, era la imagen consumada, lapidaria del panfleto anticomunista, del panfleto torpe, barato.

“EL MONSTRUO COMUNISTA”

¿Por qué leerlo? Porque no se leyó en los setenta. Estos textos no se leían. Yo lo tenía guardado en algún rincón de mi biblioteca porque, desde 1969, me iba a la *Librería Platano*, que no está más, de la calle Talcahuano, el tipo me dejaba bajar al sótano y ahí encontraba estas joyas. “Y bueno —decíamos encogiéndonos de hombros—, eran las contradicciones del peronismo. Perón juntaba todo pero lo unía por vía de conducción.” ¡Por vía de conducción! Qué frase: Perón había acostumbrado a medio país a ceer en ella. Porque estaba en Madrid y manejaba todos los hilos. Bien, a meternos un poco con Filippo. Y no crean que me estoy rajando de Eva Perón. No, Filippo dio la última misa antes de su muerte. La dio a pocos metros de su lecho de muerte. En la calle. Ante miles de dolorosos morochos peronistas que sufrían la muerte de Eva Duarte, que era, para ellos, una tragedia. Y que era, para Perón, un hecho político.

El libro está dedicado al “señor Ministro de Guerra, Gral. D. Humberto Sosa Molina”. Y también “a los jefes y oficiales de las fuerzas armadas de la Nación Argentina que (...) arbólanlos ideales de nuestra gloriosa tradición, contra las ideas exóticas” (Virgilio Filippo, *El Plan Quinquenal de Perón y los comunistas*, Editorial Lista Blanca, Buenos Aires, 1948, p. 5). ¡Lo de los “infiltrados” venía de lejos! La idea del “infiltramiento” que Perón maneja contra la JP es una idea tradicional de la derecha. La derecha, al ser la dueña de la patria, considerará “infiltrados”, gente de “ideas exóticas”, a los que se aparezcan con algo distinto a lo consagrado por el poder de un país. La tradición castiga. La tradición señala a los traidores. La tradición denuncia a los infiltrados. Los denuncia porque traen “ideas exóticas”, y si estas ideas son tales es porque no son las de la tradición. ¿Cuál era la “tradición” de Filippo? Había tenido, desde joven, diversos y godzillianos enemigos. (Nota: Sí, el adjetivo *godzilliano* responde al monstruo *Godzilla*, un invento de los japoneses que veían en él a derivado mutante de las bombas de Hiroshima y Nagasaki. De aquí el dulce placer de venganza con que ellos han de haber visto el film norteamericano, el más perfecto, y el más caro, y el más espectacular de la serie, como una secreta venganza, una autovenganza que los propios yanquis se infligían. De hecho, poco tiempo después, y a raíz de los atentados a las Twin Towers, al ver correr a los ciudadanos de Nueva York, los aplicados cinéfilos, que nos vemos todos estos engendros norteamericanos, gritáramos: “¡Mírenlos, corren igual que cuando Godzilla se los quiere morfar!” Así era.) En 1936, Filippo da una serie de conferencias radiales tituladas, no sin cierta moderación o sutileza, *El reinado de Satanás*. En 1938, publica un libro, y no creo que a favor, que se titula *Los judíos*, y que tiene sus buenas 210 páginas. En 1938, cuando la Unión Soviética se preparaba para el Pacto Molotov-Ribbentrop (esa pestilente canallada de Stalin: la de Ribbentrop va de suyo) Virgilio, el Cruzado, escribe *El monstruo Comunista*. Y, en efecto, en 1948, publica *El Plan Quinquenal de Perón y los comunistas*, del que se agotan cinco ediciones que suman 26.000 ejemplares. Esto, insistamos, en la Argentina de 1948. Imaginen si no es para pensar que alguna influencia habrán tenido sobre las cabezas abiertas a las ideas generosas, a los sentimientos puros, no alimentados por el odio, como los del doctor Ivanissevich.

Como habrán imaginado, uno no se lee, por cuidarse la salud, 335 páginas de este energúmeno, pero hay un apartado exquisito. Filippo trata de demostrar cómo el comunismo se infiltra en todas partes. ¡También en Hollywood! Pareciera raro imaginar a semejante prelado meterse en ese ámbito de estrellas voluptuosas, galanes viriles y fiestas bullangueras, pecaminosas, apologías del triunfo de la carne sobre el espíritu, aquellarres indómitos. Pero aquí está Virgilio, cricifijo en mano, dispuesto a separar la paja del trigo. Lo único que hace el prelado es transmitir, de segunda mano, algunas de las noticias que el macar-

tismo hace correr por el mundo durante esos días. Cita al actor Adolph Menjou: “Hollywood es uno de los principales centros de la difusión comunista en Estados Unidos” (*La Razón*, 16 de mayo del cuarenta y siete. Filippo, *ob. cit.*, p. 105). Menjou era una perfecta basura. Un tipo que denunció a montones de colegas. Y hasta dijo que reconocía a los comunistas “por el olor”.

Virtud que Virgilio no reclama para sí. Por último (el tema es encantador por su idiotez, por su bobada inexpressable, invencible), Virgilio cita un hecho patético y divertido de la industria de Hollywood en su aspecto más miserable. En plena guerra, Estados Unidos, para llevar a su plenitud sus buenas relaciones con la Unión Soviética, su aliado (¡oh, señores de la Unión Democrática, vean los peligros del aliadofismo!), deciden hacer una película que exprese la bella espiritualidad del pueblo ruso, al que los alemanes han invadido en 1941, y que se encuentra, en esos momentos, librando feroces combates contra las fuerzas de Hitler. La película (esto es importante) intenta ser para la Unión Soviética lo que *Rosa de abolengo* (*Mrs. Miniver*, con Greer Garson y Walter Pidgeon, dirigida nada menos que por William Wyler y de 1942) fue para Gran Bretaña, que, por ese entonces, encarnaba tanto el Bien como los soviéticos, hasta tal punto éstos eran bendecidos por Hollywood. Se hace la película. Y el galán Robert Taylor interpreta a un director de orquesta que viaja a Rusia para dirigir la parte orquestal (¿de qué?) del Concierto N° 1 para piano y orquesta de Tchaikovsky, adorado en ese entonces (siempre, en verdad) por los aficionados a la música clásica y muy accesible a los grandes públicos. O sea, si tú tienes en tu oreja un habano y te escuchas el N° 1 de Tchaikovsky y, aun de ese modo, sigue sin gustarte la música clásica es que estás muerto. Llega Robert Taylor y empieza a trabajar con la orquesta. Falta el solista, el encargado de la muy complicada parte del piano. El solista es... una solista. Y muy bonita. Sí, todo es previsible. El director y la brillante pianista se enamoran. Pero se desatan las sombras de la guerra. La película se llamó en inglés *Song of Russia*, pero en la Argentina se conoció bajo el más expresivo título de *Sombras sobre la nieve*. (Ya termino con esta pavada, no se preocupen.) Las sombras de la guerra se expresan en la invasión alemana a territorio soviético. El director y la joven pianista rusa (que es una actriz que responde al muy eslavo nombre de Susan Peters) se angustian mucho. Pero alguien ocupa toda la pantalla. El solo ante un micrófono les hablará a todos los que habitan la Santa Tierra Rusa, esa madrecita que a todos contiene. ¿Quién es este señor? ¡Stalin! Aparece Stalin en esta película yanqui de 1943 y se lo ve como a un campesino bueno que anuncia a su pueblo la llegada del invasor nazi y le pide sacrificios para luchar contra él. En 1950, en pleno macartismo, el senador McCarthy acusa a la Metro Goldwyn Mayer, productora de la película, y al actor Robert Taylor de rojos, inmundos rojos. ¡Pero si los rusos eran nuestros aliados cuando la hicimos!, reclaman con justicia los perjudicados. Nada, persecución, difamación, enemigos de la libertad y la democracia americanas. El actor Robert Taylor se salva porque delata hasta a su perrito. Prácticamente, no hay en Hollywood alguien que no sea comunista, menos él. El padrecito Virgilio se enfurece contra *Sombras sobre la nieve* y la denuncia también como la infiltración del comunismo en Estados Unidos. Y escribe: “Los libretistas son en gran número *comunistas infiltrados*. El partido comunista domina absolutamente la Unión de escritores cinematográficos” (Virgilio Filippo, *El Plan Quinquenal de Perón y el comunismo*, Lista Blanca, Buenos Aires, 1948, p. 106). Todo esto sería por completo insustancial si Filippo no hubiera sido quien fue. Durante los días finales de Eva Perón su figura ocupa un lugar altamente protagónico. ¿Cuántos curas, curitas, tipos humildes, no cavernícolas, habrían rezado, junto a los obreros, junto a los humildes, por quien, en efecto, tanto los amó? Sin embargo, ahí, al frente, estaba Virgilio Filippo, fascista, falangista, nazi, macartista, enemigo de Satanás y de todas las formas que éste asumiera sobre la Tierra. Hasta enemigo de la Metro Goldwyn Mayer, a la que consideraría un Imperio de judíos. Escribe Marysa Navarro: “El 20 de julio, la CGT patrocinó una misa de campaña en la avenida 9 de Julio. A pesar de la lluvia fría que caía ese día, millares de personas se arrodillaron frente al altar erigido al pie del Obelisco para rezar por la salud de Evita y seguir la misa que oficiaba el diputado peronista padre Virgilio Filippo” (Marysa Navarro, *Evita*, Planeta, 1994, p. 314). A metros de Filippo, por micrófono, nada menos que Hernán Benítez, uno de los seres más cercanos a la santidad que hayan podido existir, hablaba del sufrimiento de los hogares obreros, porque era ahí, en ellos, donde agonizaba Evita, que ella, decía, amaba a los obreros porque no les importaba la lucha por el dinero, por la abundancia, que no adoptaban los vicios “de aquellos a quienes la vida no les ha enseñado la lección de la sobriedad, del ahorro y del sacrificio” (Marysa Navarro, *Ibid.*, p. 314).

INTRODUCCIÓN A “MI MENSAJE”

También del *Plan de Operaciones* de Moreno se ha dicho que es falso. Que no lo escribió el exaltado, el jacobino que estaba al frente de la Junta de Mayo. Si el texto de Moreno es falso, si el

texto de Moreno no es de Moreno, la Revolución de Mayo se queda sin voz. Probablemente sea más sencillo no atribuirle el *Plan de Operaciones* a Moreno que no atribuirle *Mi mensaje* a Evita. Se sabe: *La representación de los hacendados*, por el tono, por las ideas, poco o muy poco tiene que ver con el *Plan*. Para encontrar simetrías entre el *Plan* y otros textos morenianos hay que remitirse a las *Instrucciones a Castelli* o, no a textos, sino a órdenes, a decisiones extremas: el fusilamiento de Liniers en Cabeza de Tigre. “La junta –escribe José Luis Busaniche– derramaba así la primera sangre de hermanos en el Río de la Plata y la primera víctima era el héroe de la Reconquista y de la Defensa” (Busaniche, *Ibid.*, p. 309). Durante estos días ha sucedido un hecho editorial inesperado y altamente positivo. La Editorial Peña Lillo y Ediciones Continente han reeditado el libro de un hombre simple, de bajo perfil, un negado, un silenciado, el anti-Halperin Donghi, un historiador formidable que pagó muy cara su adhesión al peronismo, a un peronismo alejado del militarismo montonero y del fascismo y de la burocracia del sindicalismo y del partido: fue silenciado por la dictadura y luego por la academia que se constituye bajo el alfonsinismo y cuyo poder, su sombra, todavía llega hasta el presente. Es Salvador Ferla. Autor de dos libros notables, suficientes para asegurar su presencia entre los mejores historiadores argentinos, que dan solidez a su obra: *Historia argentina con drama y humor* (cuya edición corrió a cargo de Granica en 1974) y *Mártires y verdugos, la insurrección de Valle y los veintisiete fusilamientos*. La actual reedición –la del primero– es de 2007. Si todo se cumple, será presentada en la Feria del Libro de este año y se me pidió que actuara de presentador. Que la presentara, en suma. Tengo una deuda con Ferla. Cuando murió no escribí nada sobre él. Yo tenía mi columna en *Humor* y era bastante leído. Habría podido hacer un gesto que rescatara su muerte del anonimato. No lo hice. Acaso me enteré tarde, o por otra causa. No recuerdo. Recuerdo, sí, que alguien que me detesta, y con quien, lejos de tener ese sentimiento, me gustaría reunirme, tomar ese café que tomamos los porteños para dialogar como amigos y buscar las razones de tanta bronca, me lo reprochó duramente desde la revista *Unidos*. El texto decía que nadie se había ocupado de escribir sobre la muerte de Ferla, “ni los humoristas”. Eso era para mí. Porque escribía en *Humor*. Uno no sabe por qué algunas personas le tienen tanta bronca. Me refiero a Arturo Armada, que fue el director de *Envío*. Cierzo es que nos peleamos en 1973. Pero estamos ligados, nada menos, que por los años juveniles y la militancia de esos años, embellecida sin duda porque ocurrió en esa etapa: cuando éramos jóvenes. Como fuere, Ferla está entre nosotros. Y se acerca mucho a Busaniche: él también es duro con Moreno, él también detesta el asesinato de Liniers y el capítulo primero de *Filosofía y Nación* le debe algunos tópicos importantes. Y cuando digo eso no estoy diciendo otra cosa. Digo: *importantes*. Espero saldar mi deuda con Ferla, que me pesa, presentando esta nueva edición de su libro, que lo rescata del olvido y que llevara a que lo lean los que hoy, todavía, leen libros. No pocos, después de todo.) No hay un libro que respalde el *Plan*. Pero están las feroces *instrucciones* que Moreno da a su amigo, también jacobino, Juan José Castelli, protagonista excluyente de la novela de Andrés Rivera, *La revolución es un sueño eterno*. Busaniche, que no le tiene la menor simpatía a Moreno, como Ferla, cita al jefe de la Junta: “En la primera victoria que logre dejará que los soldados hagan estragos en los vencidos para infundir el terror en los enemigos” (Busaniche, *Ibid.*, p. 309). Se centra Busaniche en el *Decreto de Honores* y escribe: “Pero lo verdaderamente grave, era que el *Decreto de los Honores*, de una acerbidad enfermiza, de una mordacidad extrema, produjo una profunda escisión en la opinión pública, y la parte más popular y numerosa, la que no vestía de fraque y levita, se inclinó hacia el lado de Saavedra” (Busaniche, *Ibid.*, p. 315). No importa aquí Saavedra ni lo corto de luces ni la falta de grandeza o de coraje con que asumió ese respaldo de “la parte más popular y numerosa”. Aquí nos importa señalar que el *Plan de Operaciones* está dentro del espíritu moreniano. Insisto: si no es de Moreno, ¿de quién es? ¿Quién si no Moreno pudo escribir eso? ¿Qué *Plan* tuvo el

movimiento de Mayo si el de Moreno es falso? No perdamos el tiempo. Como tampoco con el texto de Evita, *Mi mensaje*. Con ella, incluso, hay cantidad de textos con los cuales relacionarlo. Lo que terminó por recibir el título de *Historia del peronismo* y son las clases que Eva dictó en 1951 en la Escuela Superior Peronista, en tanto Perón dictaba las que darían forma a *Conducción política*, tienen casi todo lo que se encuentra en *Mi mensaje*: la pasión, el fanatismo, el odio a las jerarquías, eclesiásticas, a los militares, a la oligarquía. Lejos de *La razón de mi vida*, que empieza a gestarse por medio de la pluma de Manuel Penella Da Silva y que sirve a los gorilas periodísticos, como el buen Gambini o como Osiris Troiani, que forjó la *Historia del peronismo* que publica *Primera Plana*, esa revista que ha permanecido entre las glorias del periodismo argentino y que preparó, en complicidad con los militares, el golpe de Onganía (qué pena: unos señores tan cultos, tan educados, tan buenas plumas, corriendo, al final, detrás del culo del bruto de Onganía, ultracatólico, cursillista, que habría de consagrarle el país a la Virgen; víctima, esa inteligente muchachada, de su antiperonismo feroz, que advertía, y aquí aparece su lucidez, que el bueno de Illia no frenaba el pesadillo del regreso de Perón –que llevaría a la negrada otra vez a las cumbres del desprecio, y al insolente desparpajo–, sino que lo haría el bravuconazo de Onganía, de aquí que la *intelligentzia* se atara al carro militar: ser tan, pero tan gorila siempre termina teniendo su precio) que describen a un Penella Da Silva leyéndole a Eva el manuscrito de *La razón de mi vida* y a ella húmeda de llanto en tanto exclama: “¡Así fue, así mismo!” Como si se embobara porque un ultraoceánico señor con denso acento español le escribiera páginas sentimentales ante las que su alma simple se rendía en lágrimas de radioteatro. Ni por asomo, señores.

“YO NO ME DEJÉ ARRANCAR EL ALMA QUE TRAJE DE LA CALLE”

Eva había sido clara en sus clases sobre *Historia del peronismo*. Hay que buscar ahí la verosimilitud de *Mi mensaje*. En cuanto a la veracidad del texto valdrá con que diga que lo conocí de manos de Fermín Chávez, cuando lo fui a ver para que me ilustrara sobre algunos pasajes de la vida de Juan Duarte, que yo ignoraba, para el film *Ay Juancito*. Ahí estaban: *79 páginas y cada una llevaba la firma de Eva Perón*. De modo que no perdamos más tiempo y metámonos en texto. Es Evita en estado puro. Lo escribe desde su cama de moribunda. Lo escribe cuando sabe que se muere. Que tal vez no tendrá tiempo de escribirlo. *No lo escribe, lo dicta. Pues no le quedan fuerzas*. Es el texto de una mujer que se muere y se va de este mundo sin dejar de decir nada. Con precisión, escribe Tomás Eloy Martínez (un notable escritor antiperonista, que llega a sus cimas cuando escribe sobre aquello que sitúa en sus antípodas, menos en *Santa Evita*, en la que cede, gozoso y fascinado, ante la grandeza del personaje) escribe: “El lenguaje escrito de Eva aparece allí (en *Mi mensaje*, JPF) por primera vez sin ningún encubrimiento. *Hasta el modo de ver a Perón es otro en este libro*. Perón aparece como un cóndor que vuela en soledad, tal como sucedía en *La razón de mi vida*, pero esta vez Evita, ‘a pesar de mi pequeñez’, decide acompañarlo (...) Eva se sitúa por primera vez en un plano superior: ella es la que cuida de Perón y del pueblo, ella es la que desenmascara a los enemigos, por primera vez reivindica su fanatismo (...) Hay una declaración incesante de rebeldía, de sublevación contra la injusticia. Y en ese campo, *el pueblo aparece como valor supremo, por encima de Perón* (...) En *Mi mensaje* no hay lugar para la representación, para el simulacro, para la confusión de papeles. *Eva es ella misma, sin mediadores*” (Tomás Eloy Martínez, “*El libro secreto de Evita*”, N° 328, revista *Humor*, octubre de 1992).

Mi mensaje se escribe ante la presencia de la muerte. La situación tiene algo de teatralidad shakespereana. La Muerte, en penumbras, espera. Le ha cedido, generosa, un tiempo a esa mujer para que se exprese por última vez. Pero las dos se ven y saben que comparten la misma habitación. Eva ve a la Muerte. Y la muerte espera por ella. *Mi mensaje*, según dije, fue dictado a un par de amanuenses, de escribientes, a un par de laboriosos Bartleby que sí, que prefirieron hacerlo (*Nota*: Ver la

notable edición de *Bartleby, el escribiente* de Editorial Pre-textos, Valencia, 2005, con textos adicionales de Gilles Deleuze, Giorgio Agamben y José Luis Pardo). Se dictó entre marzo y junio de 1952. Eva pesaba 38 kilos.

“Durante las horas de mi enfermedad (...) tengo que escribir una vez más” (Eva Perón, *Mi mensaje*, Futuro, Buenos Aires, p. 31). ¿Por qué una vez más? Porque no ha escrito nunca. Pueden tomarse como textos sus clases en la Escuela Superior Peronista o sus discursos. Pero éste, *Mi mensaje*, es un texto *escrito*. Lo dicta porque sus fuerzas no le dan, pero, dictándolo, lo escribe. “No quiero recibir ya ningún elogio. Me tienen sin cuidado los odios y las alabanzas de los hombres que pertenecen a la raza de los explotadores (...) Quiero decirles la verdad que nunca fue dicha por nadie, porque nadie fue capaz de seguir la farsa como yo, para saber toda la verdad. Porque todos los que salieron del pueblo para recorrer mi camino no regresaron nunca. Se dejaron deslumbrar por la fantasía maravillosa de las alturas y se quedaron ahí para gozar de la mentira” (*Ibid.*, p. 32). No quiere recibir *nada* de los que pertenecen “a la raza de los explotadores”. Sólo se ha hecho Cenicienta principesca para seguir la farsa, para conocer *desde adentro* la verdad de lo que ahora se prepara a denunciar. Y, con toda claridad, lúcida y, pero sin referenciarse a ninguna Cenicienta, establece su diferencia con todas ellas. Todas las *trepadoras* (tal como las ve la célebre *ópera-rock*) se fueron para no volver. Cenicienta no regresará, no sólo a la casa en que la explotaban, sino al espacio existencial de los explotados, para ayudarlos. Esa frase, perdón por insistir en ella, es una joya, define por completo al personaje que tratamos: sabe que salió del pueblo, sabe que todos los que salen de ahí (desde las humildes niñas de los tangos hasta los políticos y, muy claramente, los sindicalistas) salen para no volver. En Eva hay un viaje de ida (ascenso) y un viaje de vuelta (retorno hacia la pobreza, para unirse al destino de quienes la sufren y ayudarlos). Ella no se queda en lo alto. Ahí se cumple la fantasía “maravillosa” del trepador. Ella no lo es. Quedarse en lo alto es “gozar de la mentira”. Hay dos niveles en que la realidad (o el Ser) se escinde: está el arriba. Arriba hay fantasías. Hay maravillas. Las fantasías se realizan. Pero son vanas. No son auténticas. Son frágiles, de papel. “De una noche”, como dice el tango. Y está el abajo. Abajo está la pobreza, el dolor de la escasez. O, por decirlo con la excepcional categoría de la *Crítica de la razón dialéctica*, abajo está la *rareza*. No hay para todos. Lo raro, entendido como escaso, como ausencia, como carencia (no *alla* Lacan), es, sin más, *lo que no hay*. Lo que constituye a los pobres en tanto víctimas de la *rareza* es que *no hay para todos*. El viaje de Evita “hacia abajo” tiene el sentido de emprender una lucha contra la *rareza*. Derrotarla: *tiene que haber para todos*. O, por lo menos, tiene que desaparecer la *rareza*. Aquello de lo que se carece debe ser posible. No es lo absolutamente raro, escaso. Es lo que *aún* no se tiene. Pero se tendrá. La posibilidad de Eva tenencia está abierta. El viaje de descenso de Eva cobra el sentido de una búsqueda de la plenitud para los otros. Es un viaje hacia los pobres y hacia la pobreza. Un viaje para derrotar la pobreza y para hacer de los pobres *otra cosa*. No hombres hundidos en el mundo de lo escaso. Tampoco habitantes del territorio de la abundancia. (Recordemos las palabras del padre Benítez: Eva ha enseñado “la lección de la sobriedad, del ahorro y del sacrificio”). Sino hombres pertenecientes al universo de la justicia social. Es la justicia social la que erradicará a la *rareza*. Ya no será *raro* tener una plancha, una heladera, una máquina de coser, una casa propia. La *rareza* retrocede. Hay una lucha: tanto retrocede la *rareza* como la justicia social avanza. Como parte de esa lucha Eva se constituye. Deja de ser una bastarda. Ahora es, definitivamente, lo que buscó ser. Ahora pertenece a los pobres y su fin es sacarlos de la pobreza. Para eso *deberá ser parte de ellos*. Eva encuentra el *ser* en el *ser* de los que quiere ayudar y, para hacerlo, se torna como ellos, se hace parte de ellos. *Es* como ellos. Si lo es, es porque no se dejó tentar por las alturas. Porque no se quedó ahí, maravillada, para gozar de la mentira. *No*: “Yo no me dejé arrancar el alma que traje de la calle (...) Por eso nunca me olvidé de las miserias de mi pueblo y pude ver sus grandezas” (*Ibid.*, p. 33). Esta última frase es perfecta, tiene una precisión inusual. Discépolo la habría firmado.

PRÓXIMO
DOMINGO

Sectarios
y fanáticos

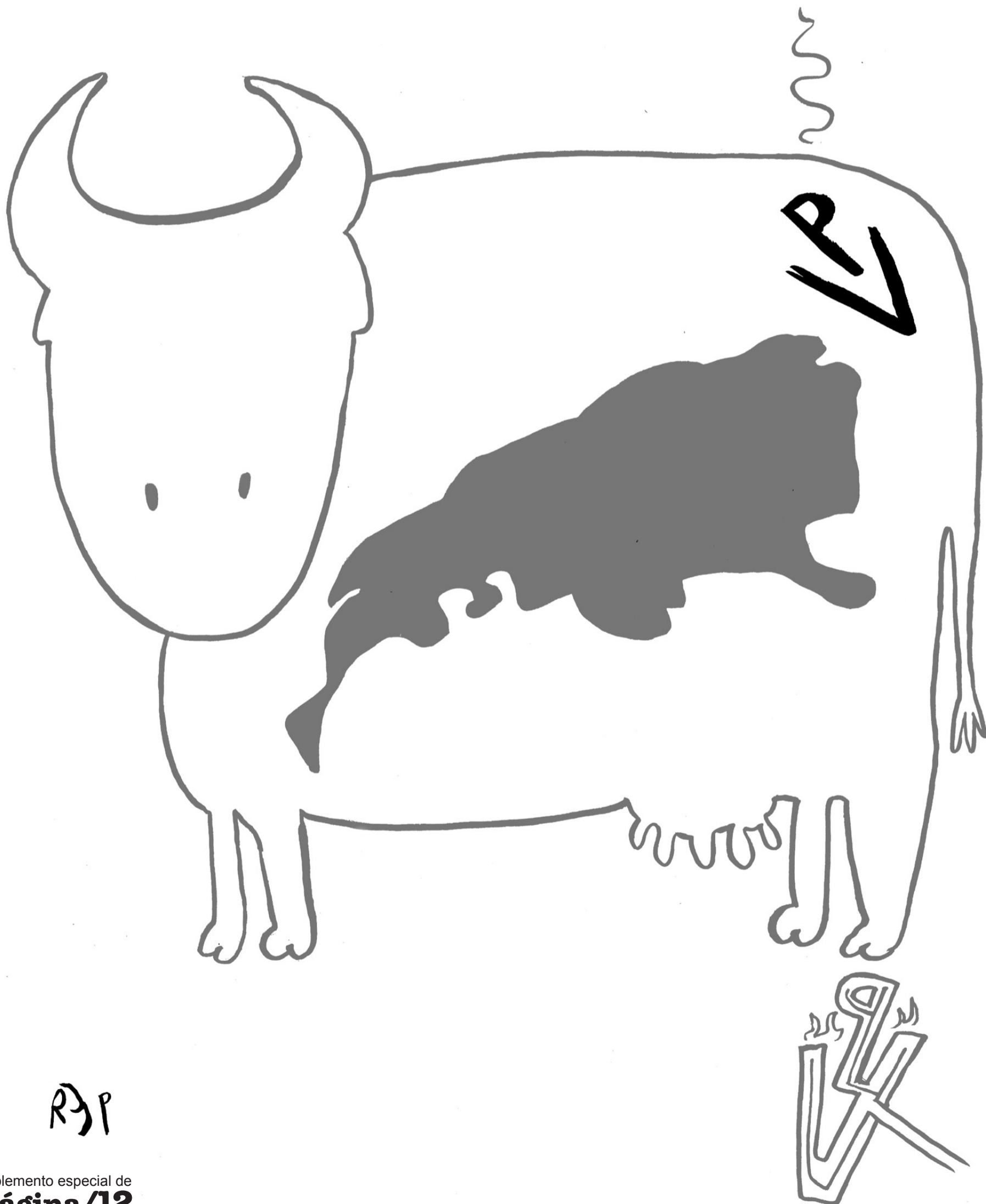
IV Domingo 23 de marzo de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

19 "Sectarios y excluyentes"



RJP

“LOS TIBIOS ME DAN NÁUSEAS”

No hay ruptura entre *Mi mensaje* y las clases de Eva en la Escuela Superior Peronista, de las que sale, como ha sido dicho, su *Historia del peronismo*. Coincido con lo que Horacio González dice en uno de los varios textos que acompañan a la edición de *Mi mensaje* de la Editorial Futuro: “No se les puede atribuir a estos póstumos documentos el valor de un *giro jacobino y plebeyo*, pues pertenecen a la misma alma de un mito de salvación por parte de quien ha sabido recorrer los opuestos extremos de la fortuna social” (*Ibid.*, p. 67. Bastardillas mías). No en *La razón de mi vida*, texto en el que —al menos yo— noto la mano ajena, periodística, la mano que aquietta el fuego, que le pide calma al desmadre, del señor Penella Da Silva. Pero es en su *Historia del peronismo* donde, por ejemplo, Eva dice: “Los mediocres son los inventores de las palabras prudencia, exageración, ridiculidad y fanatismo. Toda idea nueva es exagerada. El hombre superior sabe, en cambio, qué fanático puede ser un sabio, un héroe, un santo o un genio, y por eso lo admira y también lo acepta y acepta el fanatismo”. Calma: sé que la palabra *fanatismo* tiene hoy referentes temibles. Uno dice *fanatismo* y ve caer las Torres Gemelas. Dice *fanatismo* y surge en su memoria el atentado a la AMIA. También —y no en menor medida— dice *fanatismo* y sabe que ése es el estado espiritual que anima al Presidente del Imperio Bélico-Comunicacional. Bush dice: “Dios está con nosotros”. Eso es fanatismo. Eso es lo que también dice Osama. Pero en el momento en que Eva habla nada de esto estaba dentro de las posibilidades de interpretación de esa palabra y —en caso de que lo estuviese, en caso de que remitiera a, supongamos, Torquemada o Hitler— lo que importa aquí es el sentido que ella le da. Para Eva ser fanático es entregarse por completo a una causa. Es una mujer desmedida. Dice: “Yo prefiero al enemigo de frente a un ‘tibio’, será porque los tibios me repugnan, y voy a decir aquí algo que está en las Escrituras: *Los tibios me dan náuseas*”. Eva hace un uso muy libre de las Escrituras, pero importa saber que lo que les atribuye es lo que ella quiere decir. En este sentido deben ser interpretados esos pasajes. Es, también, en la *Historia del peronismo* donde figura un notable pasaje sobre la escritura de la historia, que citaré completo: “Porque la historia ha sido escrita no para las masas, sino, en general, para los privilegiados de todos los tiempos. Y esto nos lo explicaremos muy fácilmente, porque cuando alguna vez la historia nos habla de esas luchas es solamente para mencionar la generosidad de algún filósofo, político o reformador, y por eso sabemos cuál era la triste condición en que vivían antes. Así es alabado Solón en Atenas, porque prohibió que los acreedores vendiesen a los deudores, y *por eso sabemos que antes de él los acreedores vendían a los deudores*. Pero no se habló de escarnio antes de Solón, porque lo que han querido en la historia es exaltar la generosidad de un hombre y no descubrir la situación de un pueblo”. No es posible poner en duda la autenticidad de *Mi mensaje* a la luz de estos textos de *Historia del peronismo*. Con todo, hay algo que en la *Historia* se da y se reduce mucho en *Mi mensaje*. Son los elogios a Perón. En *Historia* puede leerse algo tan extremo como: “Por eso, nosotros no tenemos más que a Perón; no vemos más que por los ojos de Perón; no sentimos más que por Perón y no hablamos más que por boca de Perón”. Frases así, pronunciadas en una Escuela de formación de cuadros, no podían sino dinamizar la obsesión de los dirigentes, el culto a la persona del líder. Hay otras: “Únicamente los genios como Perón no se equivocan nunca”. Pero el motivo sobre el que gira todo el discurso de Eva en estas charlas es el de la *ética peronista*, así la nombra ella. La ética la centra en la conducta de los cuadros auxiliares de conducción, si usamos el lenguaje de *conducción política*. Los cuadros auxiliares de la conducción, si se extravían, tornan ineficiente a la misma conducción, ya que sus indicaciones, sus órdenes, llegan deformadas al pueblo, o no llegan. El cuadro auxiliar que se corrompe arruina la dinámica del movimiento. ¿Qué es lo que corrompe a un cuadro auxiliar de conducción? Lo que corrompe a todos: *el dinero*. La búsqueda inescrupulosa del poder que va siempre acompañada por la acumulación inhumana de riquezas. Eso que hoy llamamos *corrupción* y que ya pareciera ser sinónimo de *política*, como si la política fuera algo que no puede funcionar sino dentro de un marco en que esa *calidad negativa del alma, de la condición humana* deba ser, con resignación, aceptada. “Todos afanan. No se puede hacer política si no se afana. O se afana o se compra a los otros. Para comprarlos hay que tener dinero y mucho. Para tenerlo, hay que afanar”, dice el político realista, el que se las sabe todas, el que sabe cómo funciona “la cosa”.

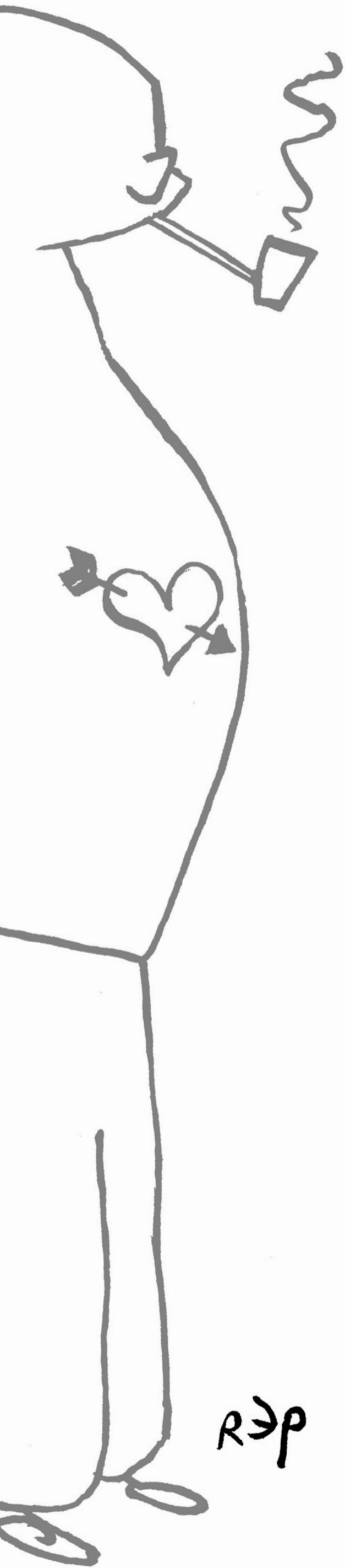
“LA PATRIA DE LA FELICIDAD”

El que se deja comprar lo hace por el mismo motivo: para cobrar el dinero de su *venta* y para, después, afanar desde el lugar de poder en que, primero, lo pongan, y desde el que, luego, empiece a trepar. De aquí que, para Eva, la *ética peronis-*

ta (y, en verdad, podríamos decir: *la ética política*) radica en ese preciso punto: no robar. Ella lo expresa así: “(Me) preocupa, sobre todo, que todavía haya peronistas que, por su afán de obtener privilegios, más bien parecen oligarcas que peronistas (...). Yo ya sé que la oligarquía (...) ya no volverá más al gobierno, pero ésa no es la que a mí me preocupa que pueda volver. *Lo que a mí me preocupa es que pueda retornar en nosotros el espíritu oligarca* (...). Vamos a dar un ejemplo del espíritu oligarca, aunque ya he dado muchos: *El funcionario que se sirve de su cargo es oligarca*. No sirve al pueblo sino a su vanidad, a su orgullo, a su egoísmo y a su ambición”. En cuanto a la cuestión del capitalismo, la *Historia* termina con otra de esas frases anticapitalistas usuales en Eva. Por eso digo que de nada vale seguir insistiendo con el discurso de Perón en la Bolsa de Comercio. Que hay otros —y son muchos, ya de Perón, ya de Evita— que expresan una opción anticapitalista. Hay que remitirse, pues, a otros elementos, no a los discursos, los cuales, no obstante, tienen mucha importancia, porque hay cosas que se dicen y hay cosas que no. Evita, en los textos finales de su *Historia del peronismo*, dice: “¿Por qué Perón y el pueblo argentino decidieron unirse para tomar el gobierno de la Nación? Para librarse del imperialismo y del fraude (...), para lograr sus justas reivindicaciones, pero también para librarse de la oligarquía, del imperialismo y de los monopolios internacionales (...). El peronismo no puede confundirse con el capitalismo, con el que no tiene ningún punto de contacto. Eso es lo que vio Perón desde el primer momento. Toda su lucha se puede reducir a esto: en el campo social, lucha contra la explotación capitalista”. Notemos que Eva acota la lucha contra “la explotación capitalista” al campo social. El texto es impecablemente peronista. Pese a impresionar con su fraseología dice lo que el peronismo hizo y no va más allá: 1) librarse del imperialismo y el fraude significa la superación de los gobiernos conservadores y lo que la consigna Braden o Perón explicitó desde un comienzo: una relación de conflicto con Estados Unidos; 2) librarse de la oligarquía: derrotarla políticamente y deteriorarla en lo económico. No hay algo que se acerque a un replanteo de la tenencia de la tierra. Evita podría decir: “Digo lo que podemos decir ahora, y eso hemos hecho. Si avanzamos, se podrá decir más”; 3) la lucha contra los monopolios estaba expresada en la nacionalización de la economía que ese primer peronismo llevaba a cabo; 4) la lucha contra el capitalismo en el campo social era la conquista más exitosa del régimen. De aquí que se acote a lo social. La lucha contra el capitalismo en lo económico era más dura. Desde el punto de vista de Evita se podría decir que debilitar al capitalismo en lo social era debilitarlo en lo económico. Desde otro punto de vista sería legítimo averiguar *hasta dónde* se pensaba llegar. Es decir, si el anticapitalismo peronista implicaba una *expropiación* del poder económico de la oligarquía. Aun cuando fuere a largo plazo.

Los signos que arroja Eva, tanto en *Historia del peronismo* como en *Mi mensaje*, no son claros. Nunca el peronismo se ha caracterizado por su precisión ideológica. Me refiero a esto: si bien acabamos de ver textos de considerable dureza es posible encontrar, a la vez, algunos que dan una idea exacta de ese obrero peronista que se conforma con la vida simple, con las necesidades básicas satisfechas y un gobierno que atienda a sus intereses. Uno sabe, hoy, que ése sería el sueño dorado de una sociedad como la Argentina, que el siglo XXI se define por ser la negación de la patria para los humildes que caracterizó al primer peronismo. Pero no podemos sino plantear otra vez lo siguiente: ¿qué clase de proletariado constituyó el peronismo? Y es doblemente importante si encontramos esa expresión en los textos de Eva, la figura dura, jacobino-plebeya del movimiento. Creo que el texto que me propongo citar revela muchas cosas. El alcance de la rebelión (uso, con cautela, esta palabra) peronista, la ternura de Eva por los suyos y las realizaciones que se lograron y que, a la luz de los días que vivimos, son algo así como eso que Daniel Santoro llama *la patria de la felicidad*. Veamos: “Los argentinos, en esta hora incierta de la humanidad, tenemos el privilegio de soñar con un futuro mejor”. En seguida añade que ese privilegio se le debe a Perón: en *Historia* no son escasos los reconocimientos, algunos desmedidos, a Perón. Sigue Eva: “¿Quién en el mundo puede soñar? ¿Qué pueblo en el mundo, en este momento, puede soñar un futuro mejor? El mañana se le presenta incierto. Y aquí los argentinos están pensando en su casita, en sus hijos, en que se van a comprar esto o aquello, en que van a ir a veranear. Es que el nuestro es un pueblo feliz”. No parece el texto de una jacobina. ¿Hasta dónde llegan los sueños? Esta es la cuestión. Lo que dice Eva es que el privilegio del pueblo argentino es soñar con un futuro mejor. ¿Cuál es ese futuro? 1) La casita propia; 2) los hijos; 3) comprar esto o aquello; 4) ir a veranear. Concluye, así, que “el nuestro es un pueblo feliz”. Si a uno —en el desdichado, canalesco mundo en que vivimos, si en este jolgorio de la riqueza obscena y de la marginación, la exclusión, el hambre, la





mortalidad infantil— le dibujan la sociedad que ha dibujado Eva, ¿qué puede sentir, cómo puede recibir un discurso de algo que alguna vez fue y hoy es imposible, es una utopía inalcanzable que ni figura en los planes de quienes llevan adelante las cuestiones esenciales de este mundo? Sólo puede sufrir o deprimirse o llorar lágrimas de amargura y de bronca por lo que alguna vez tuvo este pueblo (y los pueblos en general, porque son todos los que, de una u otra manera, han sido sumergidos con el triunfo del neoliberalismo) y lo que tendrá que luchar para recuperar *algo* de eso que tuvo. Pero no podemos limitarnos a ver y estudiar el primer peronismo desde el abismo social del presente. Desde un mundo que es consecuencia de la derrota de todos los esfuerzos de los que buscaron algo mejor, desde un capitalismo humanitario hasta la sociedad sin clases del socialismo. Desde un mundo en que la conflictividad histórica se ha resuelto en favor de una derecha bélica, despiadada, que acecha con miles de trampas, de recursos de intimidación (cualquiera en cualquier parte puede ya ser acusado de terrorista, o de favorecerlos, o de simpatizar con ellos o de ceder su territorio para formarlos) que conllevan todos al fortalecimiento de la economía de mercado. Se aproxima, creo, un simposio de ideólogos de este capitalismo de la creciente asincronía en la distribución de la riqueza. Ya he visto (hemos visto todos, posiblemente) las fotos del eterno Vargas Llosa, el gran propagandista de este sistema de creación doble: de ricos y de pobres. Ya se verá quiénes adhieren a él. Si adhiere el señor Macri, cosa casi segura, sería interesante que vieran tantos progres a quién votaron el año pasado. El hombre es coherente: nunca mintió. Si no mintió, entonces los que lo votaron lo hicieron por Vargas Llosa y las corporaciones multinacionales. Ahora hay tantos que lloran por los talleres culturales que Macri desarma. No lo admitirán: pero muchos de esos lo votaron. Y bueno, por ahí querían eso. Lo que ahora tienen. Y recién empieza.

LAS SUPERGANANCIAS AGRARIAS

Mejor volvamos a Eva. Nosotros estamos en 1951. El panorama era otro. La Argentina, también. Creo que el texto que cité marca hasta dónde el peronismo quería llegar. No quería darles el poder a los obreros. No quería reformar el régimen de tenencia de la tierra. No quería expropiar a los patrones. Acaso —es una hipótesis— Eva pensara que habría de ser posible presionar y negociar y siempre habría de poderse obtener lo que los obreros necesitaban. Seamos claros: para que la clase obrera hiciera realidad los sueños que Evita planteó no era necesaria (en 1951) ninguna revolución. *Hoy sí*. Hoy, y no digo nada que no sepa cualquiera, para aumentar más allá de un 30% la participación de los obreros en la renta nacional, para que todos puedan educar a sus hijos, tener casa propia, comprar “esto y aquello” e “ir a veranear” *hay que hacer una revolución*. ¡El universo agrario le declara la guerra a este gobierno por unas retenciones! ¡Por unas retenciones! Imaginen si viene una Eva Perón y les plantea que hay que poner plata para construir viviendas para los obreros. O para que tengan casa propia. O puedan ir a veranear. *¿Cuánto habría que retener de las superganancias agrarias para poder construir viviendas para los pobres y asegurarles la educación de sus hijos?* Hoy, esa medida sería considerada una simple y llana *expropiación*. Los diarios de la derecha perderían su rostro democrático y denunciarían un complot comunista que no demoraría en transformarse en apoyo a los planes del terrorismo internacional. No, señores: lo único que habría que hacer son casitas para los pobres. ¿No les sobra algo de guita para eso? ¿No pueden ganar un poco menos? Pedirle a un capitalista que gane menos es como pedirle a Jack el Destripador que deje de matar. Jack, en efecto, dejó de matar, pero desapareció. El capitalista (agrario, sobre todo) diría: si nosotros dejamos de ganar también. *No, no se les pide que dejen de ganar, se les pide que ganen menos*. Si ganan menos se podrían hacer las casitas que tanto amaba Eva haber dado a los suyos y las escuelas. Los propietarios de hoy, los poderosos señores de la Argentina, el verdadero poder de este país, diría: si nosotros ganamos menos las ganancias (que cedemos) se las queda el gobierno y no hace las casitas ni las escuelas. La plata, al final, se la queda la corrupción. Y es cierto: no es un argumento baladí. En suma, si hubiera una cesión de las superganancias para posibilitar planes de vivienda y educación para los carenciados, la utilización de esos fondos debiera ser controlada por entes o personas ajenos a cualquier gobierno. Se diría: el gobierno los compraría. Puede ser, pero así la cosa no tiene fin. Podríamos concluir que la creatura humana es detestable y dejar todo como está.

Volvemos: Eva plantea *educación, vivienda propia, veraneo, crianza eficaz de los hijos y comprar una que otra cosa, nunca nada insuficiente ni excesivo: lo necesario*. Ese es el *sueño peronista* en las palabras de Eva Perón. Que este país (en 1951) sueñe ese sueño le parece la más grande de las felicidades. Y en seguida la

desmesurada invocación a Perón: “Eso sólo bastaría para que todo el bronce y el mármol del mundo no nos alcanzara a los argentinos para erigir el monumento que le debemos al general Perón”. Eva, convengamos, solía desbordarse cuando se le daba por elogiar al general. Le brotaba todo el radioteatro que llevaba encima. (Hoy que, creo, andan a las vueltas con el monumento a Perón, recuerden la frase de Eva: no alcanzan ni todo el bronce ni el mármol del mundo. Ante la imposibilidad de semejante tarea acaso haya que desistir de la idea. ¿No son horribles los monumentos? El tipo queda ahí, petrificado en una pose o en un gesto. Como si sólo hubiese hecho *eso* en su vida. Condenado a la cosificación extrema. Pasa a ser un mero punto de referencia geográfico: “Te espero en el café que está frente al monumento a Florencio Porlenes”. O parte de un paisaje que ya nadie ve. Uno no “ve” un monumento. Sabe que está ahí. Y si lo “ve” no piensa en el tipo que está ahí enchapado. Si uno ve el monumento a Alberdi no piensa en Alberdi. Para mí, por ejemplo, Alberdi es una presencia *viva*. No es un cacho de fierro que adelanta una pierna, atrasa la otra y tiene una mano en gesto de “te estoy hablando”. Además, se sabe, está la cuestión cruel de las palomas. Que las palomas lo caguen a Roca me parece un acto de justicia histórica. Cagó a tantos Roca que es justo que las palomas ejerzan ese acto de venganza. Pero me duele verlo todo cagado a Alberdi, que no cagó a nadie. Y hasta a Sarmiento, que cagó a medio mundo pero fue un grande. Desde este punto de vista, acaso Perón se merezca el monumento. Habría que ver hasta qué punto las palomas lo respetan o no: sería un juicio histórico no desdeñable.)

El punto teórico central que tenemos que elucidar es: ¿llegaba hasta ahí (en 1951) el proyecto peronista? Insisto: no hay que juzgarlo desde hoy. Hay que analizarlo desde las posibilidades que tenía la sociedad argentina en 1951 y, sobre todo, analizar el tipo de obrero que fue el *obrero peronista que forjó*. El texto de Eva (y es más decisivo por ser ella la que representaba las exigencias “de máxima”, el ala jacobino-plebeya del movimiento) define al peronismo como un movimiento que se propone negociar con el poder pero no tomarlo, no expropiarlo. Un movimiento capitalista humanitario y distribucionista. Y al obrero peronista como el feliz destinatario de esa negociación. *Se negociaba para la felicidad de los obreros*. Todo el fuego de Eva, toda su furia, toda su fraseología antioligárquica apuntaba a eso: el bienestar de la clase obrera, su dignificación, su respeto dentro de la sociedad capitalista. Seguridad en su trabajo, abogados, sindicatos, estatuto para los peones de campo, vacaciones, *felicidad*. “Es que el nuestro es un pueblo feliz”, dice.

Notemos cómo arma el razonamiento: pone dos polos, la Argentina y el resto de los pueblos. Nuestro pueblo puede soñar. Los otros viven en una “hora incierta de la humanidad”. Importa señalar que para conseguir esto (que, desde una perspectiva clasista, trotskista o marxista-leninista, sería totalmente precario, dado que el peronismo habría dejado en pie “todas las estructuras que habrían de voltearlo”) fueron necesarios enfrentamientos terribles que despertaron un odio feroz. Pocos gobiernos fueron tan odiados como el primer gobierno peronista. Ningún gobierno hizo más en beneficio de los humildes. De modo que si esa visión de Eva, que puede parecer bucólica, ingenua, poco jacobina, poco combativa, despertó los enfrentamientos, la sangre, los bombardeos y hasta determinó la proscripción del partido peronista y de su líder durante 18 años, ¿qué no habría despertado algo más combativo! Creo que sólo la dictadura militar de los 30.000 desaparecidos reveló a los argentinos que quieren verlo el verdadero odio de los sectores dominantes de este país. Ese odio siempre estuvo. Ese odio se condensó en la frase “Viva el cáncer”. Pero incluso ahí sólo mostró una de sus caras. Mostró una más real el 16 de junio de 1955, con los bombardeos. Eso costó hacerles casitas a los obreros, permitirles que educaran a sus hijos o que fueran a veranear o compraran algunas cosas. ¿Fue necesario entonces el aparato autoritario peronista? A Eva le decían “dictadora” sus enemigos de clase. Le decían de todo en las tertulias, desde ya. Sobre todo *yegua y puta*, palabras que surgían del infinito machismo de la sociedad argentina y del infinito machismo de las damas de la oligarquía. Y de su odio y de su resentimiento. Pero, ¿fue una dictadora? ¿Y si ella respondiera que tuvo que serlo para darles a los obreros lo que les dio, tan exagerado para la oligarquía, tan escaso para la izquierda no peronista? Para ilustrar esta cuestión voy a citarme de nuevo. Sé que algunos consideran muy inadecuado esto de citarse uno a sí mismo. No lo veo así. ¿Cuál es el problema? Si uno reescribe lo que ya escribió le dicen que se repite. Si lo cita le dicen que es un petulante autocomplaciente. Y bueno, si uno escribe buscando que lo quieran o que lo odien, se equivoca. Nunca va a dar en el clavo. Y va a escribir en exterioridad. Lo que está *más allá* de mi escritura es lo que la escribe, no el escritor. Uno nunca sabe si da en el clavo o no. Ante todo, porque no sabe dónde está ni

cuál es el clavo. Después, un escritor escribe para sí. Porque le gusta. Porque es su profesión. Lo que ama. Y hasta lo único o, al menos, lo mejor que sabe hacer en la vida. Luego viene lo demás. Pero si uno toma en serio eso que dicen que dijo García Márquez: “escribo para que me quieran”, ¡mejor que olvide escribir sobre el peronismo!

El texto es –una vez más– un fragmento del guión de *Eva Perón*. También tiene una función estética. Es el momento en que vamos al cine. Propongo verlo así: el ensayo se detiene, se apagan las luces y se proyecta el fragmento de una película. El tema, ahora, es la dialéctica entre revolución y autoritarismo. El peronismo siempre podrá decir: fuimos autoritarios para poder hacer lo que hicimos. Y siempre se le podrá responder: ¿era necesario ese autoritarismo sólo para ciertas reformas necesarias que no configuraban una revolución? ¿O el autoritarismo estuvo al servicio de la ambición de poder, del silenciamiento de los otros, de la pasión represiva? ¿Cuándo se justifica el autoritarismo? ¿O tal vez no se justifique nunca? Si se lo ejerce, ¿a qué causa deberá servir, a una mera reforma o a una revolución? Escuchemos:

EVITA Y COOKE: DICTADURA Y REVOLUCIÓN

(El tema alrededor del autoritarismo que se aprestan a tratar Evita y John William Cooke se desata a raíz del cierre del diario *La Prensa*. Evita arregla con Apold que se haga un pacto con los distribuidores y se consiga que éstos no distribuyan más ese diario. Pero hay que defender la medida en el Congreso de la Nación. Para eso lo convoca a Cooke –a quien Apold califica de “comunista”–. El 16 de marzo de 1951, Cooke realiza una exposición magistral acerca del poder de los medios en un país sometido a los poderes internos de la oligarquía y a los externos del imperialismo y, sobre todo, de sus empresas. Tomé el texto de un libro que el Sindicato de Luz y Fuerza habrá publicado alrededor de 1972. Su título: “*La Prensa*”: cien años contra el país. Se leyó impetuosamente en esos días. Yo lo voy a citar del guión de *Eva Perón*, en el que figura más extensamente que en el film: si se filmaba todo lo que dice Cooke en el guión publicado se iba media película. La publicación de ese guión no tuvo sólo una finalidad cinematográfica, para estudiantes de cine, sino también ideológica. Por este motivo el texto de Cooke se publicó con mayor desarrollo. Hoy contamos con una muy buena edición de Colihue: *John William Cooke: Obras completas*, Buenos Aires, 2007. La compilación es de Eduardo Luis Duhalde, el compañero de lucha y militancia de Rodolfo Ortega Peña, con el que escribió varios libros que publicó en la Editorial Sudestada. El primer tomo se centra en la acción parlamentaria de Cooke y el discurso en favor del cierre de *La Prensa* figura en la p. 397 del tomo I.

18. Interior Cámara de Diputados – Día

John William Cooke está en posesión de la palabra. Se lo ve apasionado, con algún sudor, gordo y excepcionalmente vital.

Cooke: El diario *La Prensa*, el diario de la United Press, de la Sociedad Rural, el diario de la vieja, obstinada y rencorosa oligarquía argentina ha impedido o demorado todas las reivindicaciones proletarias en América latina. Este es nuestro planteo, el único, el planteo revolucionario. No nos interesan las cuestiones gremiales. Nosotros con los nuestros, con la clase obrera, y *La Prensa* con los suyos: con sus aliados de adentro y de afuera del país. ¿Y quiénes son, señores, los aliados de *La Prensa*, quiénes son los que hoy se rasgan las vestiduras en nombre de la libertad de prensa? Son las grandes cadenas periodísticas, las agencias noticiosas capitalistas, ¡los diarios que están en manos de los propietarios de minas de cobre o de estaño, de las grandes plantaciones, de todas las compañías imperialistas con ramificaciones en América latina!

Murmullas en las distintas bancadas. Cooke sabe que su discurso es “fuerte”, pero se lo ve absolutamente

te convencido de lo que dice.

Cooke: La “prensa grande”, señores, la prensa poderosa está en el mundo de los trusts. Está en manos de unos pocos propietarios vinculados a las altas finanzas y a los grandes negocios. De este modo, señores, cuando ellos invocan y claman por la libertad de prensa, claman solamente por el derecho del imperialismo a acentuar la monstruosa desigualdad que existe entre países opresores y países oprimidos. Nosotros creemos, sí, en la libertad de prensa, en la libertad de la prensa independiente, de la equivocada y de la que está en la verdad, pero en lo que no creemos es en el derecho de las empresas mercantiles capitalistas para procurar que los resortes del Estado se pongan al servicio de sus intereses. Y no creo, señores, que la cadena Hearts sea una cadena de prensa libre o que la cadena Scripps Howard con sus 19 diarios y todas sus filiales constituya una expresión del pensamiento libre en materia periodística. ¡Es la libertad de ellos la que defienden cuando hablan de libertad de prensa! ¡La libertad de los monopolios! El diario *La Prensa*, señores, es apenas un secuaz nacional del mercantilismo capitalista, de los monopolios que nos oprimen. Por eso, señores, y para terminar, voy a ser absolutamente claro: nosotros estamos contra *La Prensa*. Sea cual sea la resolución legal del conflicto en nada variará esta cuestión: somos enemigos de *La Prensa* y *La Prensa* es nuestra enemiga. Nada más.

No se oye ningún aplauso. Cooke sabe que su discurso ha sido intolerable para sus enemigos y sabe, también, que los peronistas no se atreven a asumirlo.

Corte.

Evita cita a Cooke en su despacho de la Fundación. En broma le dice que es más comunista que Stalin. ¿No tendrá razón Apold? Luego le da las gracias. “Nadie lo hubiera hecho mejor.” Volvemos al guión.

Cooke (defendiendo la libertad que le permitió armar su discurso, sin la supervisión de nadie):

Para ser claro: no creo que sea bueno pedirles permiso todo el tiempo a los que mandan. Ni siquiera alguien como usted, señora, a quien yo respeto tanto.

Evita: Tenés una idea rara del respeto vos.

Cooke: A veces lo identifico con la desobediencia. Nunca con la sumisión.

Evita: Te va a ir mal en el peronismo entonces. Es un movimiento de adulones y alcahuetes. Y yo tengo mucho que ver en eso. Me revienta que no piensen como yo. (*Con alguna ironía.*) ¿No tendrán razón los contreras? ¿No seré una dictadora?

Cooke: Nuestros enemigos se llenan la boca con la palabra democracia, pero si nos llegan a derrocar... no creo que sean muy democráticos con nosotros.

Evita sonrío. Cooke continúa fumando, como si pensara cuidadosamente lo que está por decir.

Cooke: Señora, la noche que cenamos en el Pedemonte le dije que su amigo Apold y yo tenemos poco en común. Quiero dejar algo muy en claro sobre la cuestión de *La Prensa*. Apold y yo coincidimos en querer cerrar *La Prensa*. Pero Apold quiso hacerlo porque quiere que el peronismo sea una dictadura. Yo quiero que el peronismo sea una revolución. Ahora usted me pregunta si no será una dictadora, como dicen sus enemigos. Escúcheme bien, señora: si una dictadura es una revolución... se justifica. Si no es una revolución..., entonces es una dictadura y nada más. Apenas eso.

Evita lo mira. No responde. Cooke apaga su cigarrillo.

Primer plano de Evita: ha recibido hondamente la frase de Cooke.

“TENDRÍAN QUE MATARNOS A TODOS”

Se trata de la única escena del film que Evita no cierra con alguna frase suya. Cooke la deja en silencio. El planteo es rigurosamente marxista-leninista. Marx decía que su único aporte era el de la “dictadura del proletariado”. Lenin, en *El*

Estado y la revolución, dice que la *Comuna de París* fue la dictadura del proletariado en acción. Sobre esto insistirá Engels. Cooke es terminante: si usted está dispuesta a llegar hasta el final, a hacer una revolución, con todo lo que esto implica (un cambio en la tenencia de la tierra, sobre todo) se justifica la dictadura. Si no, la dictadura es sólo eso y queda en mano de los Apold.

Pareciera que en su último texto, cercana a morir, Evita entiende el planteo de Cooke. “Existen en el mundo (escribe) naciones explotadoras y naciones explotadas (...). Detrás de cada nación que someten los imperialismos hay un pueblo de esclavos, de hombres y mujeres explotados” (Eva Perón, *Ibid.*, p. 40). Recurre a citas de las Escrituras que modifica de acuerdo con lo que quiere expresar: “Ellos, que hablan de la dulzura y del amor, se olvidan que Cristo dijo: ‘Fuego he venido a traer sobre la tierra y qué más quiero si no que arda’” (*Ibid.*, p. 38).

Ataca a la oligarquía (además de las jerarquías eclesiásticas y las Fuerzas Armadas): “Es necesario que los hombres y mujeres del pueblo sean siempre sectarios y fanáticos y no se entreguen jamás a la oligarquía (...). Con ellos no nos entenderemos nunca, porque lo único que ellos quieren es lo único que nosotros no podremos darles jamás: nuestra libertad” (*Ibid.*, ps. 61/62).

Y por fin este texto con tantas resonancias actuales: “El arma de los imperialismos es el hambre. Nosotros, los pueblos, sabemos lo que es morir de hambre. El talón de Aquiles del imperialismo son sus intereses. Donde esos intereses del imperialismo se llamen “petróleo” basta para vencerlo con echar una piedra en cada pozo. Donde se llame cobre o estaño basta con que se rompan las máquinas que los extraen de la tierra o que se crucen de brazos los obreros explotados. ¡No pueden vencernos! (...) Ya no podrán jamás arrebatarnos nuestra justicia, nuestra libertad, nuestra soberanía. Tendrían que matarnos a uno por uno a todos los argentinos y eso ya no podrán hacerlo jamás” (*Ibid.*, p. 42. Bastardillas mías). Moriría pocos días después. Sus funerales serían imponentes. El pueblo la lloraría con una devoción que nadie, hombre o mujer, convocó en este país. Más allá del “circo” y del “show” con que la ópera rock califica sus funerales, más allá de la obsecuencia, de la grandiosidad fascistoide de esos hombres en camisa blanca arrastrando la cureña, el pueblo pobre sintió que le arrancaban algo entrañable de su alma. Que se les iba una defensora feroz de sus derechos. Que ahora les sería más sencillo a sus enemigos avasallarlos. Que se quedaban solos.

Esa frase de Evita, tendrían que matarnos a uno por uno a todos los argentinos, se cumplió. No mataron a todos. Porque muchísimos, demasiados, fueron sus asociados civiles, sus cómplices o los que pasivamente aceptaron, ignoraron, festejaron el Mundial, se volvieron patriotas con Malvinas. Los que no quisieron saber aunque sabían: un ejercicio psicológico notable. Pero sí, Evita tenía razón: mataron a uno por uno. Vale decir, a todos los que pudieran expresar un proyecto diferenciado al de la oligarquía agraria, al de los grupos financieros, al de casta eclesiástica. Los mataron los militares. Uno a uno. Los buscaron. Buscaron a los milicianos y a todos los perejiles de superficie que habían soñado, basándose en la vieja utopía del primer peronismo y en la figura combativa de Eva Perón o de hombres como John William Cooke, y los hicieron desaparecer. Evita ni imaginó una catástrofe semejante. Conocía el odio oligárquico-militar. Pero nadie, ni ella ni nadie, imaginaba la amplitud, la furia vengativa, castigadora y cruel de ese odio. “Todo es militar en este mundo nuestro (escribe). Yo no diría una sola palabra si las fuerzas armadas fuesen instrumentos fieles al pueblo. Pero no es así: casi siempre son carne de la oligarquía” (*Mi mensaje*, *Ibid.*, p. 46).

PRÓXIMO DOMINGO

Ideología del golpe de 1955

IV Domingo 30 de marzo de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

20 Ideología del golpe de 1955



ALGO SOBRE EL PARO AGRARIO DE ESTOS DÍAS

Siempre suelo citar una frase de Borges, que también cita Abelardo Castillo y será porque es magnífica, que dice: “A la realidad le gustan las simetrías”. Teníamos que entrar en la trama histórica desatada por los hechos de septiembre de 1955 y nos sorprende esta trama actual, la de estos días, con chacareros, medianos y, sobre todo, grandes productores agropecuarios al frente de algo que llaman *lockout* y que ha sido habitualmente el prefacio de un golpe de Estado. La relación del campo con el peronismo es una relación de abierto antagonismo, de insalvable odio de clase. La oligarquía de los campos y las mieses contra un gobierno que busca restarle recursos para favorecer (claramente en el caso del primer peronismo) a los sectores de menos ingresos. (Nota: Dejo de lado el tema de “los pequeños productores”, los que tienen “sólo veinte vacas”. Pero se me ocurre: los que tienen que diferenciarse de los grandes, si *realmente* son distintos de ellos, son ante todo ellos mismos. Es una tarea de cualquier gobierno hacer esa diferencia. Pero si los pequeños productores se me vienen encima con su tractorcito junto a los tanques Sherman de los grandes, pues para mí son lo mismo, señores. Y uno sabe cómo es la situación de lo que, en la Argentina, suele “estar en el medio”: tienen terror de bajar y enorme ambición de subir. Son capitalistas, tan capitalistas como los grandes productores. Ergo, quieren trepar en la escala del dinero y el poder. Se atan al tren de los poderosos. Que se espanten las telarañas entonces los que cacarean con la diferenciación “de los pequeños productores”. Si marchan junto a los grandes son tan (oli)garcas como éstos. No es desde *afuera* que tiene que producirse la diferenciación. Es desde *adentro*. ¿Que hay que *captarlo*? ¿Alguien cree que se los puede captar? Sólo el dinero, que es poder, capta a los productores. Alguien (muy preocupado, no un peronista, ¡ni por asomo!, sino un viejo militante del Partido Comunista, un gran personaje del teatro argentino, no sé si te gustará que te nombre Manuel Iedbavni, pero ya lo hice) me dijo: “Me dijeron que a este gobierno no lo van a poder tumbar porque tiene 50.000 millones de dólares en reservas”. Y sí, ahora se entiende ese afán acumulativo de este gobierno. Está muy solo. Buscan jaquearlo ahora haciendo punta con “el campo”. Si cede, los medios —que son su principal y más eficaz enemigo— arrearán y en poco tiempo tendremos una coalición encabezada por Duhalde, con Macri y vaya a saber qué exitoso empresario de la Sociedad Rural y que nadie empiece a llorar porque se cierran los Talleres de Teatro. Bien, aquí no puedo desarrollar más esto). Si menciono al primer peronismo es porque, a partir de la estructura del IAPI, llevó adelante una transferencia de ganancias del agro a la industria que le permitió fortalecer su poder político y llevar a cabo una redistribución de la renta que, hemos visto, trepó a su más alto índice histórico. Con ese antecedente, el agro está contra el peronismo. Salvo durante el largo mandato de Carlos Menem, en que la oligarquía y los grupos financieros y especuladores tuvieron un jolgorio de fáciles superganancias que los condujo no sólo a aceptar y apoyar al peronismo, sino a deglutirse la poco aristocrática figura de un hombre como Carlos Menem, más ligado a la farándula en su expresión Sofovich, que al *esprit de finesse* de la oligarquía, que se guardó, en algún lugar a la mano para resucitarlo no bien hiciera falta, ese *esprit*, y toleró de muy buen grado los desplantes del nuevo rico, del provinciano, del muñeco deportista, descendiente de árabes, condición detestada por Sarmiento, quien, en el *Facundo*, los asemeja a lo peor de los gauchos improductivos de las pampas o a las montoneras gauchas a las que asimila a beduinos de Argel. Ese presidente, Carlos Menem, era el perfecto ejemplar que Cané describía entrando en los salones de la oligarquía “tropezando con los muebles”. Menem debe haber tropezado con todos los muebles, no sólo con algunos, pero los oligarcas deben haber levantado esos muebles y le habrán pedido perdón por la torpeza de haberlos colocado en su camino, porque así son de hipócritas (y lo han demostrado) si se encuentran con “un gronchito”, “un negrito del interior”, “un peronacho”, que les hace ganar fortunas. Por primera vez sus sueños se veían realizados sin necesidad de apelar al golpe de Estado. Aunque un golpe habían hecho. *Menem es el resultado del golpe de mercado que las clases propietarias le hacen a Alfonsín*. De esta forma, viene para aceptar lo que le digan. Total, el célebre pícaro sólo quería gobernar para hacer la gran fiesta que hizo, esa fiesta que enriqueció desquiciadamente a él, a los suyos, a los propietarios y a todo el aparato del justicialismo que jubilosamente lo acompañó, le aprobó las privatizaciones y todas las restantes medidas de desnacionalización y venta de la soberanía que puso en práctica.

Tengo cierto apuro (a raíz de los días agitados que corre el país) en tratar la Revolución Libertadora. Ustedes se encargarán de trazar las semejanzas. O, al menos, trataremos de dibujar el rostro de la eterna clase golpista de la Argentina, la que no faltó a ninguno, la que los promovió o los respaldó. Los buenos hombres del campo, esos tipos orondos, corpulentos, que usan alpargatas caras y finas, que suelen tomar mate con sus peones para mostrarles que son uno más de ellos, que son patrones gauchos y

que aman sus mismas costumbres. Suelen acercarse a compartir un costillar. Y, generosos, les tiran unos pesos de más para tenerlos contentos. En la tierra del oligarca, gauchos y patrones suelen confundirse. Los oligarcas se definen, orgullosos, como “hombres de campo”. Durante estos días, han sido directamente “el campo”. Fabio Cáceres, el protagonista, junto con *Don Segundo*, de la excelente novela de Güiraldes, se transforma en estanciero y potentado. Lo asedia el temor de dejar de ser gaucho. Don Segundo lo tranquiliza: “Si sos gaucho endeveras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina’e tropilla” (J. P. F., *Filosofía y nación*, Legasa, Buenos Aires, 1982, p. 183). También, en *Don Segundo*, aparece ese patrón que hoy se ha visto en los paros campestres. Tipo generoso con los suyos: “El patrón era joven y aunque medio mandón pa’ el trabajo, es servicial cuando quiere (...). Sabe abrir la mano grande y es fácil que se les resfalen unos patrones” (J. P. F., *Ibid.*, p. 183). Algo así habrá dicho, seguramente, en algunos de sus avatares el venerable Tío Tom.

LA DESPERONIZACIÓN

Por decirlo con cierto aire posestructuralista, derrideano, si de algo podemos estar seguros es que la Revolución Libertadora vino a deconstruir el peronismo. Sin embargo, esta deconstrucción remitía más fuertemente a los orígenes de la palabra en Heidegger: *Destruktion*. Heidegger dice —cómo no habría de decirlo— que *Destruktion* no significa llanamente *destruir*. De acuerdo. Pero si los de la Libertadora leyeron a Heidegger lo entendieron mal: ellos, al peronismo, vinieron a destruirlo. El prefijo *des* puede ser tomado como la bandera esencial de los libertadores. María Moliner dice: “Su sentido fundamental es el de inversión del significado de la palabra primitiva”. Y ejemplifica con: des-hacer, des-andar. Los hombres de septiembre partieron de una palabra primigenia: *peronismo*. Y se propusieron invertir el significado de esa palabra. Hacer todo para que en el país esa palabra encontrara en todas partes su antagonismo o lo que no remitiera en absoluto a ella. Las dos cosas eran esenciales y marcaban el rumbo de esa revolución.

Voy a decirlo claro: voy a escribir Revolución Libertadora tal como ese movimiento de sedición se presentó. Ya se ha usado todo lo demás. Podría escribirlo con minúsculas. Podría escribirlo con comillas. Podría escribir “la llamada revolución... etc.” Y hasta podría escribir “la fusiladora”. No, escribiré Revolución Libertadora o la Libertadora. Yo no estoy de acuerdo con el fraude electoral y a los partidos conservadores de los treinta los llamo Concordancia. Escribo Revolución del 6 de septiembre. O golpe de Estado. Escribo unitarios, escribo federales. Y hasta a veces escribo Proceso. O el Proceso. Se supone que es “el autoproclamado” o “el llamado”. Aclarado el punto.

Seguimos. Los de la Libertadora se pusieron una meta: desperonizar a la Argentina. El país se llenó de metas semejantes. Eran tantas que admitían algo que no debieron admitir: la *Argentina* era peronista. ¿Por qué no, dirían? Perón había *peronizado* la Argentina. Lo había hecho por medio de su sistema demagógico-autoritario. Los obreros, por él, eran peronistas. La economía, por medio del intervencionismo estatal, era peronista. La cultura, por medio de la manipulación del movimiento, era peronista. Y así, *todo*. Se trataba de empezar de nuevo. Se trataba de desperonizar el país. Para la derecha, la cosa se basaba en la reconquista de las instituciones democráticas. Había que desperonizar a los peronistas para incluirlos en el sistema democrático de un modo racional. Este planteo lo hacía Gino Germani, a quien veo que todavía se toma en serio. Germani decía que el peronismo había integrado a los migrantes a la estructura política con una metodología *irracional*. Se trataba de educar a esas masas e incorporarlas a la vida democrática con una metodología racional. La izquierda, desde el PC a los intelectuales que desde *Contorno* irían girando hacia el frondicismo, se proponía la desperonización de la clase obrera. Lo cual era sencillo. Si uno toma los ejemplos que hemos dado puede trazar ese proyecto:

Primero) La clase obrera peronista no tenía experiencia política. El peronismo, aprovechándose de ese estado virginal, le había dado una; la suya, la peronista. Se trataba ahora de darle otra, la socialista.

Segundo) La clase obrera no había aprendido a luchar por sus conquistas sino a recibirlas del Estado. No tenía un partido propio ni una organización sindical propia. Era *heterónoma*. ¿Cómo entregarle o cómo luchar por conseguir que la clase obrera tuviera una identidad y una organización autónomas? Des-peronizándola.

Tercero) La clase obrera era conducida por líderes carismáticos (Perón, Evita) y no tenía a sus propios representantes, por causa también de la burocracia peronista. Debía establecerse una democratización sindical. ¿Cómo? Des-peronizando a la clase obrera.

Cuarto) La clase obrera —a causa de recibir todos sus beneficios de manos del Estado Peronista— había perdido toda su combatividad. Era pasiva. Había que devolverle esa combatividad. Los obreros debían empezar a pelear por sus propios objetivos, desligándose de la burguesía a la cual el peronismo la había atado. ¿Cómo se lograba esto? Des-peronizando a la clase obrera. Que, en este caso, significaba:

Quinto) Había que llevar a la clase obrera a la certidumbre de

que sus metas no podían alcanzarse bajo la hegemonía ni del Estado capitalista ni del capitalismo. Que su verdadera liberación dependía de su lucha contra el sistema que la explotaba. Que el peronismo había obliterado esa explotación de clase por medio de su capacidad conciliadora. El Estado peronista, al ser un Estado distributivo, condujo engañosamente al proletariado argentino a la certidumbre de que sus metas podían conseguirse bajo el sistema capitalista. Ese había sido el mayor perjuicio que había causado a la clase que decía representar. No la representaba: representaba al capitalismo, al sistema de producción que Marx había condenado, y había, para daño casi irreparable de su formación combativa, integrado al proletariado al proyecto burgués-capitalista. Se trataba, también aquí, de des-peronizar la clase obrera.

Sexto) Era una tarea de educación. Pero —en los pocos y mejores cuadros de la izquierda, pienso siempre en un Milcíades o en los más brillantes y políticamente talentosos hombres de *Contorno*— esa tarea no era similar a la que la oligarquía con sus libros de *Educación democrática* (materia impuesta en los colegios tan compulsivamente como *La razón de mi vida*, sólo que se asumía como su antítesis democrática) impulsaba. Es decir, educar a las masas para incorporarlas al nuevo proyecto burgués, basado ahora en la oligarquía. La izquierda más lúcida, si pensaba en alguna pedagogía de masas, lo hacía para llevar al proletariado peronista al encuentro con su verdadera ideología: el marxismo, el socialismo revolucionario. Lamentablemente esto implicaba acercarse a los obreros, no como antiperonistas, no como compañeros de ruta del Carnaval Gorila, sino como revolucionarios que, comprendiendo la etapa peronista, comprendiendo sus avances pero señalando las limitaciones que habían determinado su fracaso, querían ir más allá. Esto implicaba —con gran valentía, lucidez y capacidad de hacerse entender— llegar a la demostración más extrema, la que más le habría costado aceptar a un obrero peronista: que su líder había huido porque no quería —con un enfrentamiento duro y frontal— deteriorar al sistema que representaba. Era, insisto, lo más difícil y doloroso para un obrero peronista: aceptar que Perón, al ser, en última instancia, un representante del capitalismo, de la burguesía, no quiso dar la lucha final porque sabía que el que corría el riesgo de ser vencido, al armar a los obreros, no era él o solamente él, sino el sistema en el que creía y dentro del cual se había acostumbrado a conducir a los capitalistas y satisfacer a los obreros: *el capitalismo distributivo*. Antes de poner en riesgo el fundamento de todo capitalismo, aun del distributivo, es decir, los medios de producción, el respeto a la propiedad privada, la pasividad de las masas y la fuerza de las armas sólo en manos de esa fundamental institución del Estado burgués que es el Ejército, Perón había preferido borrarse de la lucha. Huir para salvar al capitalismo argentino.

LOS LIBERTADORES Y SU FE CATÓLICA

No creo que este último punto estuviera muy claro en la izquierda de entonces. No había tantos que pensaran con la lucidez de un Milcíades o con la claridad con que hoy uno puede enunciarlo luego de las décadas que han pasado y del conocimiento de las acciones del *Tercer Perón* que retornan sobre el primero permitiendo una mayor inteligibilidad sobre él. No había una izquierda que tuviera la lucidez de todo el programa que acabo de explicitar. Y es muy sencillo entender por qué no la hubo y es inevitable lamentar que no la hubiera: la izquierda (sobre todo el Partido Comunista, pero *todos* en general) se sumó al Gran Carnaval Oligárquico. Se sumó a la desperonización del país. Acompañó a las “masas” que salieron a la calle a vivir a Lonardi y a Rojas y a los revolucionarios antiperonistas no bien éstos anunciaron que saldrían al balcón de la Rosada. *Hacia ahí fueron todos*. Yo tenía doce años. Un chico de doce años en 1955 no era lo que hoy es. Era un niño aún. Sobre todo si se había criado en Belgrano R. La pobreza lleva más rápido hacia adelante, hacia los años, porque la pobreza hace crecer, obliga a crecer de golpe, y a golpes, la pobreza se roba la niñez y sobre todo la adolescencia que, según todos célebremente sabemos, es un lujo burgués. Pero desde mis doce años de Belgrano R recuerdo la fiesta “popular”. Recuerdo el clima de alegría, de “alivio”, de festividad, de “patria recobrada”, de “democracia” retornante que cundía por el país. A mí me sorprendía: no sabía que era tanto lo que la Argentina se había sacado de encima. Luego, asombrado, vi una caricatura del dibujante del diario socialista *La Vanguardia*, Tristán, al que todos recordarán, sus caricaturas antiperonistas fueron célebres, desde la época de Braden se venía burlando de Perón y dibujándolo con rasgos, por decirlo con mesura, horripilantes. Tristán había dibujado a un hombre que abría enormemente su boca y vomitaba. Debajo del dibujo se leía: *La gran náusea*. No había puesto *vómito*, por la época supongo. Esa castidad de los cincuenta. Pero era eso: *El gran vómito*. El vómito era *grande* porque era la Argentina que vomitaba al peronismo. Había de todo en ese vómito: picanas eléctricas, joyas, manoplas, pieles carísimas, revólveres, etc. Lo que más recuerdo eran los elementos de tortura. Sobre esto, sobre la tortura, regresaremos. Ahora quiero mencionar la Gran Fiesta. La lideraba la oligarquía católica, la alta clase media católica, la clase media de profesionales, empleados y empleados del aparato del Estado católicos. Eran todos católicos. Aun cuando

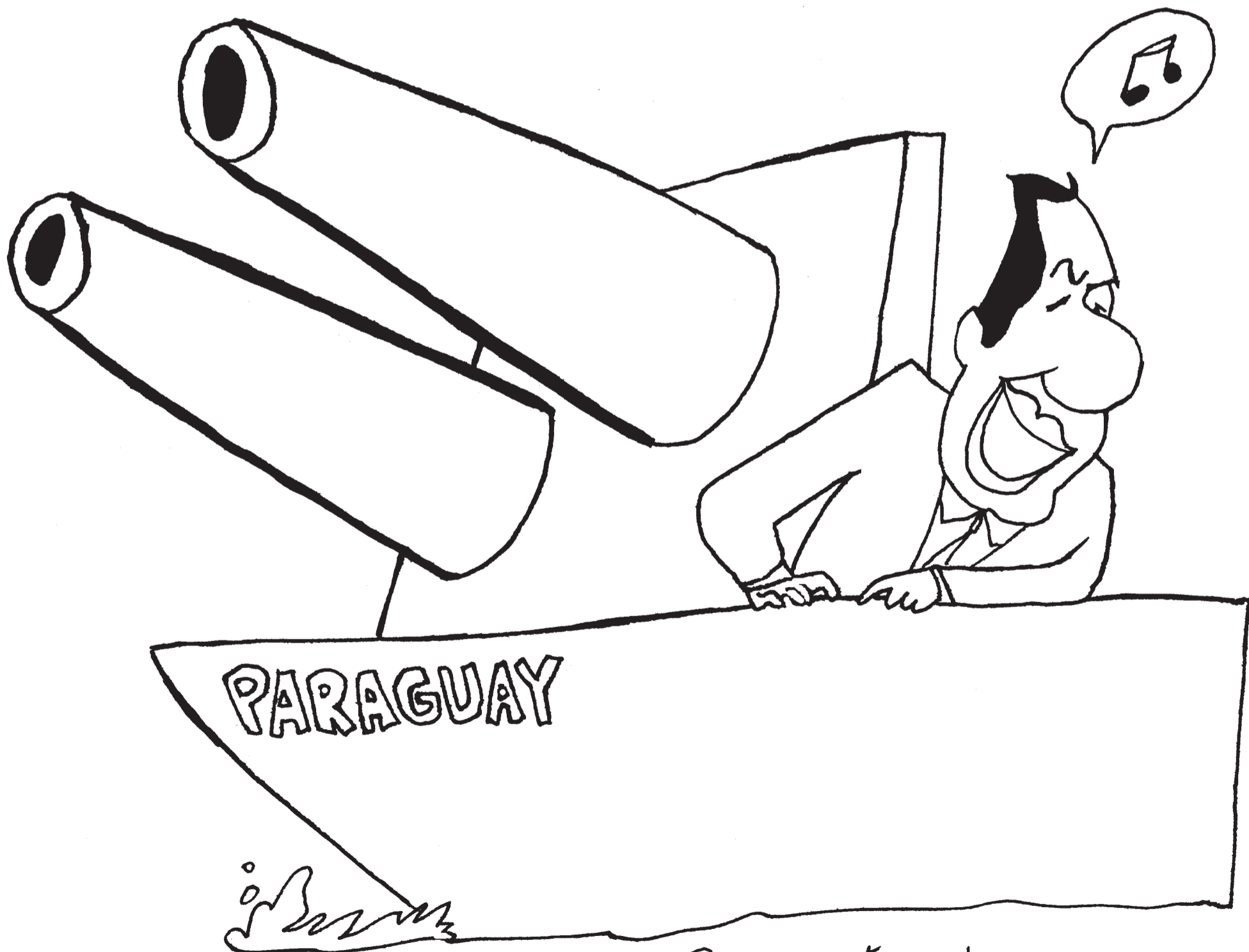
se insista en que había otras fuerzas, otros partidos, otros hombres, la Revolución del '55 fue hegemonizada por el catolicismo. Fue una revolución que surgió de un enfrentamiento muy duro con la Iglesia, enfrentamiento que no se resolvió y llevó a un golpe de Estado. Todos los protagonistas dieron ese golpe en nombre de Dios, del Dios de la Iglesia argentina cruelmente agredido por el "tirano" y por sus "huestes". En algún momento analizaremos narrativas ejemplares de este momento. Digamos: el cuento "La noche de la alianza" de Félix Luna. A esta altura de la historia la revolución del '55 —y perdón si exagero— es similar al menemismo: fue tan torpe todo, tan clasista, tan católico, tan agresivo con los pobres, y fue, sobre todo, tan lamentable lo que siguió que quienes actuaron y dieron sus entusiastas testimonios durante esos días quedaron poderosamente eschachados. ¿Cuándo suceden estas cosas? Cuando se juzga que los procesos históricos son definitivos. El 23 de septiembre de 1955 la ciudad de Buenos Aires recibió al general Lonardi, que venía de Córdoba, como a un nuevo y más glorioso general San Martín. Pese a que Félix Luna se empeña en marcar que el movimiento insurgente no era tan marcadamente católico, lo era su conducción. Por supuesto que no todos los que adherían eran católicos. ¡Si adherieron todos menos los pobres, todos menos los obreros peronistas, la negritud de la periferia! Arturo Frondizi, el presidente del radicalismo, no era ni nunca fue, que yo sepa, un cuadro militante del catolicismo, y adhirió, como adhirió los socialistas, los jóvenes de las universidades, ni hablar los de los colegios católicos o las universidades católicas. El santo y seña de la revolución fue: *Dios es justo*. La "Marcha de la libertad" se grabó en el sótano de la Iglesia de Nuestra Señora del Socorro. Córdoba, ciudad católica e hispánica si las hubo (Sarmiento en *Facundo*: "Córdoba es un claustro encerrado entre barrancas"), fue el centro del movimiento. Y célebre fue su radio rebelde: *La Voz de la Libertad*. (Véase: Horacio Verbitsky, *Cristo Vence*, Sudamericana, Tomo I, Buenos Aires, 2007, Tercera Parte: *Dios es justo*). Videla Balaguer era un católico implacable. La radio cordobesa que conducía y que bajaba la línea de los días de la revolución decía: "No en vano en los pechos de soldados y civiles, en las alas de los aviones, en las baterías de artillería, se vio lucir un nuevo lábaro, una cruz y una V = Cristo Vence" (Verbitsky, *Ibid.*, p. 338). Copello lo espera a Lonardi en la Casa de Gobierno y luego le pone la banda presidencial. En el movi-

miento están también Angelelli y De Nevaes. Tres meses después, otro cura, Miguel Ramondetti, y otros "que habían participado con entusiasmo en la procesión de Corpus Christi" recorren la ciudad y advierten que la Av. Rivadavia es el límite entre dos países: "En la zona norte todo es algarabía. En el sur la gente llora. ¿Para esto trabajamos nosotros?", se preguntó Ramondetti. A conclusiones similares llegarían luego Angelelli y De Nevaes... (Verbitsky, *Ibid.*, p. 340). Cuando un diario chileno le pide a Lonardi que se defina, el general responde: "Soy católico" (Verbitsky, *Ibid.*, p. 340). El periodista habría esperado otra cosa. Pero hay respuestas así: sorprendentes. En *Casablanca*, un jerarca nazi, sentado a la mesa del *Rick's Caffè Americain* junto al mismísimo Rick Blaine, le pide que se defina políticamente. Rick Blaine (Bogart) lo mira impasible y dice: "Soy un borracho". Pero durante los días de la Libertadora decir: "Soy un católico" era decirlo todo. Era decir: soy un hombre de bien, un hombre decente, enemigo de ese tirano que agredió a nuestra Iglesia y, en ese agravio, agravió a nuestro Dios, soy un hombre que, en nombre de ese Dios, arriesga su vida por la libertad, por la moral de la República, por la educación y por sus ilustres tradiciones. Pese al clima de claustro que destiló el golpe contra Perón, la bulliciosa alegría de la oligarquía, de las clases altas, de las señoras "bien", del grupo Sur, de la señora Ocampo, y pese a la tristeza de los pobres, de las sirvientas de las casas que no escondían su tristeza y hasta, si se atrevían, lloraban abiertamente, a nadie le pareció no pertinente ir el 23 de septiembre a transformar la Plaza de Mayo en otra Plaza, la Plaza de la gente culta, de la gente bien, de la libertad, de la educación, de la caída de la tiranía, de los felices tiempos por venir. Con mis doce años escuché todo el Carnaval Católico-Democrático por radio. Y luego, al día siguiente, los diarios. Había tipos que se presentaron con motonetas y llevaban carteles colgados al cuello que decían: "Me la compré yo". Y todos reían felices. Había empleados. Estaba toda, pero toda, la clase media argentina.

EL ARGENTINO QUE MIRÓ HACIA LA COCINA

Estaban todos los partidos políticos. Sólo un argentino desvió su generosa mirada hacia la cocina. Acaso, luego de intentarlo por tantos medios, el empeñoso Ernesto Sabato logre su inmortalidad por este gesto insólito, único, en ese momento de

exaltación del país oligárquico, católico, radical, socialista y clasemediero de ese día de septiembre de 1955: "Aquella noche de septiembre de 1955 (escribe), mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos (la escena transcurre en la ciudad de Salta, lugar en que reside una oligarquía poderosa, J.P.F.) ruidosamente en la sala la caída del tirano (sic), en un rincón de la antecocina vi cómo las dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas. Y aunque en todos aquellos años yo había meditado en la trágica dualidad que escindía al pueblo argentino, en este momento se me apareció en su forma más conmovedora. Pues, ¿qué más nítida caracterización del drama de nuestra patria que aquella doble escena casi ejemplar? Muchos millones de desposeídos y de trabajadores derramaban lágrimas en aquellos instantes, para ellos duros y sombríos. Grandes multitudes de compatriotas humildes estaban simbolizadas en aquellas dos muchachas indígenas que lloraban en una cocina de Salta" (ver: Joseph A. Page, *Perón*, Segunda Parte, Javier Vergara, Buenos Aires, 1984, p. 84. Volveremos sobre el texto de Sabato que es *El otro rostro del peronismo*. Aún no lo conseguí. Pero sé que mis colaboradores ya lo tienen. La bibliografía de la Revolución Libertadora no tiene desperdicio. Es un momento en que se concentra acaso más que nunca la totalidad de la derecha argentina y el fervor con que gran parte del pueblo, sobre todo sus clases medias, lo festeja. Nadie salió a festejar el golpe de Videla. Había demasiado miedo. Ni tampoco el de Onganía. ¡Pero el de los católicos del lonardismo fue un solo grito alborozado! ¡Volvían los días felices! La patria "de nuestros padres y abuelos". Que era, de pronto, la de todos.) Ahí estaban, la mirada del "escritor sensible" las había descubierto: *dos indias*. Estaban en la antecocina y lloraban. Sabato sabe también —lo descubre ahí— que son "millones" los "desposeídos" y los "trabajadores" que derraman lágrimas en ese momento. Mas no tiene dudas: la revolución debió hacerse porque Perón era un "tirano". Esto le revela la "trágica dualidad" del país, en la que tanto ha meditado "durante todos aquellos años". Sabato siempre ha tenido o ha querido ofrecer la imagen de una sensibilidad tramada por la tragedia. Sin duda leyó el libro de Leon Chestov, célebre durante sus años tempranos, *La filosofía de la tragedia*. Pero se le podría decir que esa "trágica dualidad" no es tal. Que lo que él vio esa noche fue, sencillamente, la lucha de clases. Que lo que festejaban sus



... Cuando yo te vuelva a ver...

amigos era el triunfo de una clase sobre otra. Que él, Sabato, llamó correctamente “desposeídos” a los “trabajadores”. Porque, en efecto, lo que caracteriza al trabajador es eso: es un desposeído. ¿De qué está desposeído el desposeído? El desposeído desposee de capital. El poseedor lo tiene. El desposeído sólo tiene una posesión: su fuerza de trabajo. El poseedor se la compra y lo pone a trabajar para él. Esta “dualidad” puede ser calificada de trágica, pero Marx evitó hacerlo así. A esa “dualidad trágica” la llamó, con mayor precisión “lucha de clases”. Que es la que se da entre los poseedores y los desposeídos.

1955: LA LUCHA DE CLASES AL DESNUDO

Lo que había ocurrido en la Argentina en septiembre de 1955 era un hecho de clase. Era la resolución de una situación de clase. Los desposeídos, que se sentían protegidos por un Estado que los nucleaba a través de sindicatos creados para ellos, que habían recibido notables mejoras de ese Estado y sabían, por los relatos de sus padres, que los Estados anteriores los habían explotado y estafado, sentían que habían perdido a ese Estado que los cuidaba, que estaba del lado de ellos, a ese político que les hablaba y los hacía sentir, sin duda alguna (*porque esto es indudable*), no sometidos a la arbitrariedad patronal, no carentes de derechos, no material descartable, sino argentinos de primera, tuvieran la piel que tuviesen, y, sobre todo, si la tenían tirando a oscura, ellos eran, bajo el Estado peronista, ciudadanos argentinos y no negros de mierda, ni maltratados peones, ni siquiera peones que debían tolerar la generosidad del patrón, porque no necesitaban ya a los patrones buenos que habían pintado Hernández y Güiraldes, sino que tenían un gran patrón, El Estado Nacional, que los trataba bien, no sólo igual que a los otros, los oligarcas, sino mejor, todo eso, los desposeídos, esa noche de septiembre veintitrés de 1955, sabían que acababan de perderlo y que se les venían encima años duros, de injurias, de revanchas, de pérdida de derechos. Los otros, en cambio, la oligarquía, los cultos (a los que el régimen peronista, todos lo saben, no había sabido tratar, aunque habría que ver qué hubiera ocurrido si se les acercaba, qué hubiera ocurrido si Perón les tendía una mano a Martínez Estrada o a Borges o a Bioy o a Victoria o a Sabato), los radicales, la clase media, los socialistas, los comunistas, la parte “racional” de la sociedad, la parte “democrática”, los que estaban con la “libertad”, festejaban. Pero ésta no era “una trágica dualidad” que incomprensiblemente escindía al pueblo argentino. Así se habla cuando no se quiere hablar claro. O cuando no se sabe un pito de algunas cuestiones. El '55 fue la expresión desnuda de la lucha de clases en la Argentina. Los poseedores asaltaron un Estado que protegía a los desposeídos. Así lo sintieron los desposeídos de entonces. Y si algún sabio de la Revolución hubiera ido a decirles que lloraban a un gobierno que no representaba sus verdaderos intereses históricos, no habría salido del barrio tal como entró. Sólo algo más deteriorado. Y si hubiera insistido en decirles que lloraban a un demagogo, a un dictador, le habrían explicado que *eso* lo tenían muy claro. *Que Perón era un demagogo con ellos (porque les daba cosas, les hablaba lindo, y hasta les ofrecía vacaciones y abogados que los defendieran de los patrones) y que, para conseguirles todo eso, tenía que ser un dictador con los oligarcas, porque si no, no hay modo.*

Descabezado Lonardi, quien dura muy poco, asume el ultraliberal y ferviente gorila Eugenio Aramburu. Así, la revolución del '55 sigue el derrotero de los cuartelazos en la Argentina. Los dan los nacionalistas y los copan los liberales. Luego de Uriburu viene Justo. Luego de Lonardi, Aramburu. Luego de Pedro Pablo Ramírez viene Rawson, pero ahí se produjo otra cosa: Perón, y el movimiento obrero que ya lo respaldaba, frenan el golpe liberal el 17 de octubre. En enero del '76 el peligrosísimo y ultranacionalista brigadier Capellini se levanta en armas, pero los liberales, con Videla a la cabeza, lo frenan: todavía no, brigadier. Lo de Capellini les servirá luego a los militantes del Partido Comunista para amenazar con su presencia: apoyemos a Videla, porque detrás de él se viene el golpe de Capellini, el golpe de los nacionalistas, que será más cruento. ¡Más cruento que

Videla! Recuerdo a un buen tipo que creía en estos artilugios ideológicos para apoyar a Videla y proponer el pacto cívico-militar: “Cuidado, José, no se equivoque. Videla es la línea blanda, la línea liberal. Los nacionalistas, los Vilas, los Saint-Jean, los Capellini, son la línea nacionalistas. Son más asesinos”. “Pero, Gerardo (así se llamaba, lo juro), son lo mismo.” “No son lo mismo. Hay diferencias. Tenuas, de acuerdo. Pero, José, es por esas diferencias que todavía estamos vivos.” Como argumentación era fuerte.

LEGITIMIDAD E ILEGITIMIDAD DE LA VIOLENCIA

El caso es que se viene el liberalismo con todo. Y procede a desmantelar todo el aparato estatal peronista. ¿Saben algo? *Igual que ahora*. Todo lo que están haciendo los gorilas de hoy, con el lumpenaje de las radios, el ímpetu golpista de *La Nación* y la pluma incisiva del fiscal del Gobierno (que tendrá su lugar en la Historia, que lo busca con pasión, por estas notas desestabilizantes) Joaquín Morales Solá, junto a dinosaurios como Grondona, o aventureros como los que se han metido en las páginas del diario de los ganaderos, del campo, de los consorcios internacionales y de los intereses de Estados Unidos para la región, de los panfletos como *Perfil* lleno de conversos como Sarlo, Sebrelí y hasta el educado y amable Kovadloff es atacar a un Gobierno que osa retener las superganancias del campo y que cometió el error garrafal de no distinguir entre pequeños y grandes propietarios y no retenerles a éstos o retenerles menos, y esa clase media rubia, elegante, que sale a cacerolear, mientras apuesta a la división del peronismo y a que Duhalde derrote a este gobierno que jode una y otra vez con los derechos humanos, gobierno al que califican de montonero, revanchista y subversivo, al que odian con un odio que traspasa límites que uno no se explica y que se acrecienta con los abrazos impolíticos de Cristina a Hebe de Bonafini, busca lo mismo.

Nota: Hebe ha cometido errores serios como elogiar a la ETA o alegrarse con lo de las Torres Gemelas o viajar a Irán o andar con ese freak de Schoklender. Hebe, nosotros los respetamos. Y todos los desaparecidos merecen nuestro apoyo y nuestro dolor, pero los mocos que se mandaron son inaceptables. Son mis compañeros y merecen mi piedad y hasta mi amor porque no debieron morir así. Pero ojo: su lucha fue la mía hasta cierto momento. Y no estoy diciendo esto *ahora*. Yo ya pensaba y discutía esto en los setenta. Hebe, si usted quiere compartir los ideales de los que mataron a Rucci a dos días de que Perón asumiera con más del 60 por ciento, perdonemé, pero yo no. Si usted comparte los ideales de los que asaltaron la Guarnición de Azul permitiéndole a Perón, calzándose su uniforme de milico, de teniente general, descabezar a Bidgain, perdonemé, pero yo no. Si usted comparte la voladura del microcine de la policía, que fue una masacre que dolorosamente contribuyó a planear Rodolfo Walsh, yo, que admiro a Walsh como no admiro a ningún otro escritor argentino, perdonemé, pero no. Si usted cree en los que asaltaron la guarnición de Monte Chingolo, jactándose Santucho (que luego, pero tarde, se arrepintió) de ser la “operación miliciana más importante desde el Moncada”, perdonemé, pero yo no. Ni ahora ni en esa época. Discutimos con ardor. No con los conductores, porque eran inhallables, sino con los militantes de superficie. *La violencia se legitima hasta la llegada de Cámpora al poder, porque es la violencia que el pueblo debe (debe) ejercer contra un régimen dictatorial. El pueblo tiene el derecho constitucional de alzarse contra la tiranía. Y Aramburu había sido el artífice, el disparador de la tiranía, el que dormía cuando Valle le manda su carta.* Yo odio la violencia. Sólo trato de entenderla. Soy incapaz de matar a nadie. Ni nunca tuve un arma en mis manos. Pero los gobiernos torpemente dictatoriales que prohibieron neurótica, paranoicamente, al peronismo, los que no dejaron retornar a Perón en 1964, recogieron los vientos que sembraron. Recogieron la nacionalización del estudiantado, el surgimiento de las guerrillas, el Cordobazo. Ahí, la guerrilla podía argumentar que no había modo de arrancarles a los militares el regreso de Perón que todo el pueblo, todos los desposeídos, todos los que amaron ese gobierno popular

deseaban. Fue lamentable, pero *esa obstinación, ese odio militar, oligárquico, eclesiástico y de las clases altas arrojaron a las armas a una juventud que no lo habría hecho de haber regresado Perón en 1964. Lo impidió Illia, presionado, sin duda, por todo el establishment argentino, que no quería otra vez a la negrada en el poder.* El odio de clase en la Argentina es un odio racista. Civilización y barbarie. Educados contra negros brutos. Durante esos años escuché a muchos estudiantes (*sobre todo de abogacía*) pedir el voto calificado. Esta situación produce la muerte de Aramburu, ¿es una venganza o es un arreglo de cuentas con uno de los símbolos más poderosos de la Argentina intransigente, gorila, que impediría hasta morir el regreso de Perón? Además, ¿quién lo mató? Aramburu buscaba ser el líder de una salida negociada. ¿En serio quería eso? Si lo quería, desvariaba. Él, justamente, sobre quien pesaba la Carta del General Valle, que tiene el tono acusatorio, catilinario de la de Walsh, ¿prenda de paz? La guerrilla, en la Argentina, se valida por 18 años de proscripciones, de represión, de marchas militares, de Onganía entrando en carroza a la Sociedad Rural, de las Universidades avasalladas, del catolicismo cursillista del general del labio leporino, ¿de la consagración del país a la Virgen de Luján!, de elecciones prohibitivas para el peronismo, ¿de la elección como Presidente de la República del general Levingston, un torpe con cara de perro, que venía de Estados Unidos, y a quien conocimos por televisión!, de la abominación del líder al que el pueblo reclamaba, por la masacre de José León Suárez, por el asesinato de Felipe Vallese, por las detenciones de Ongaro, por las prohibiciones de las películas que queríamos ver, ¿qué éramos, idiotas?, ¿niños de la Acción Católica?, prohibieron una película metafísica, ontológica, desesperada, trágica, por una escena en que el protagonista tenía un tristísimo coito anal con su amante, una película inmensa de Bernardo Bertolucci con una actuación memorable de Brando, ¿y por qué no podíamos ver eso?, porque se formaban Comisiones de Calificación de Películas integradas por viejas de la oligarquía, frías, idiotas, chupacurios, por abogados cursillistas, por tipos de Dios, Familia y Propiedad, por reprimidos, por neuróticos que si veían una teta veían al Maligno, estábamos hartos, no dábamos más, y apareció la guerrilla, y todos la recibieron bien, y nadie lloró demasiado la muerte de Aramburu, y, para colmo, Onganía declara la pena de muerte, que lee un locutor odiado por todos, cuyo nombre olvidé, y aparecen los curas del Tercer Mundo, y el Ejército, que es el que gobierna, se desgasta cada vez más, y Perón les dice: sigan dándole duro, muchachos, y los militares no aflojan. Bien, hasta ahí, agredidos, silenciados, proscritos, la guerrilla, como parte de la furia y la negación de todo un pueblo por dictaduras oligárquicas, militares y católicas, *como parte de ese pueblo, insisto, no como vanguardia*, se podía legitimar. El 11 de marzo gana Cámpora y se acabó la violencia. Todo lo demás, no. Ya llegaremos a estos temas que trataremos con extremo cuidado. Con espíritu abierto. Pero yo pienso *exactamente* lo que pensaba en los setenta. La violencia *solo* si es *parte* de un gran movimiento popular. Sola, aislada, sin amarras con las masas (*Repito: sin amarras con las masas*), *no, nunca. Así, sólo sirve a los propósitos de la derecha violenta, justifica su contraataque que toma como blanco a los perejiles porque los heroicos milicianos están en la clandestinidad y las conducciones fuera del país.* Y si quieren odiarme, háganlo. Pero no voy a cambiar este punto de vista. Todos los desaparecidos son mis compañeros. También los que eligieron los fierros: no debieron morir así, como bestias, torturados, humillados, empalados, masacrados, arrojados vivos de los aviones. Pero no compartí ni comparto la modalidad de la lucha que llevaron a cabo. Desde el 11 de marzo, la violencia sin masas, sin bases, solitaria, con uniformes (después del 24 de marzo) y rangos militares, sólo servía a la contrainsurgencia, que, por lo demás, aniquiló a la guerrilla con relativa sencillez, y se ensañó con toda la población (del centro a la izquierda) bajo el pretexto que toda acción miliciana de los luchadores solitarios le entregaba.

Colaboración especial:
Germán Ferrari - Virginia Feinmann

PRÓXIMO DOMINGO

Ideología del golpe de 1955 (II)

IV Domingo 6 de abril de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

21 Ideología del golpe de 1955 (II)



LA RENTABILIDAD DE LOS EMPRESARIOS

Si bien es cierto que el *Plan Económico de 1952* que impulsó el peronismo apelaba al esfuerzo obrero, no se rehuía el sistema económico de dirigismo estatal keynesiano en que se basaba desde sus orígenes el movimiento. Además, el esfuerzo era para todos. Si había que comer pan negro, lo comían todos. Si había escasez, la sufrían todos. Evita, por ejemplo, toma la difusión del Plan como una tarea militante. Pese a que su mito de jacobina pareciera impedir visualizarla en esta tarea, la encarnó con fervor. El Plan lo lanza Perón el 18 de febrero de 1952 en un su célebre discurso sobre los precios de la cosecha. Eva, por su parte, como Presidenta del Partido Peronista Femenino, reúne a las mujeres y les entrega las siguientes orientaciones militantes: “1) Cada mujer peronista será en el seno de su hogar centinela vigilante de la austeridad, evitando el derroche, disminuyendo el consumo e incrementando la producción; 2) Las mujeres peronistas vigilarán en el puesto o tarea que desempeñen fuera de su hogar el fiel cumplimiento de las directivas generales del plan del General Perón; 3) Cada mujer peronista vigilará atentamente en sus compras el cumplimiento exacto de los precios que se fijan; 4) Todas las unidades básicas femeninas realizarán permanentemente, durante los meses de marzo y abril, reuniones de estudio y difusión del Plan económico del General Perón y las unidades básicas deberán informar a la Presidencia del Partido acerca de la labor cumplida y de los resultados obtenidos. Eva Perón, Presidenta del Partido Peronista Femenino” (*Habla Eva Perón*, publicación del Partido Peronista Femenino, febrero de 1952, pp. 5-7).

¿Por qué hoy es imposible una medida de este tipo? Porque no hay formación de cuadros. Porque el peronismo que encarna Cristina F, que no exhibe símbolos del pasado, ni retratos de Perón ni de Eva ni menos aún el Escudo Peronista, que no canta la Marcha sino el Himno Nacional, que trata de mostrarse como lo que desea encarnar: un peronismo nuevo, con un giro, si es posible, hacia una moderna democracia de centroizquierda, carece, sin embargo, de cuadros que recorran los supermercados con el escándalo consiguiente que los medios, en manos de adversarios que ellos armaron cediéndoselos, harían en favor, por supuesto, de los propietarios, porque, lo acepten o no, para ellos trabajan. Pero esas mujeres a las que Evita podía todavía decirles: “Cuiden lo suyo. Vigilen los precios. Vayan ustedes mismas y no dejen que las estafen”, hoy serían consideradas cuadros de la anarquía, de la subversión, de la violación a la propiedad privada. Y no sólo por las patronales más poderosas, sino por las clases medias que tienen tal desorientación, como tantas veces ha ocurrido, que juegan a favor del poder financiero del establishment. Esas clases medias, en lugar de velar por sus intereses, prefieren odiar a la Presidenta, con insultos tomados del arsenal de los machos de la Argentina. Arsenal, por otra parte, infinito. No es un signo de los tiempos. Es una realidad de la Argentina. Tenemos una clase media que va exactamente en un rumbo contrario a sus intereses, de cola de la oligarquía y que, como siempre, se verá impiadosamente despojada cuando la venda caiga de sus ojos y vea que la prédica que va desde el lenguaje vulgar y cascado de Chiche Gelblung hasta las plumas elegantes de *La Nación* apuntaban a una misma finalidad: liquidar a un gobierno intervencionista, estatal y tibiamente popular (lo que es algo o tal vez mucho) y reemplazarlo por el viejo neoliberalismo de los noventa. Hay esa lucha. No hay que negarla. O el Estado keynesiano, intervencionista y tibiamente distributivo del gobierno de Cristina F o el retorno a la economía de exclusión, de concentración extrema de la riqueza que se explayó durante la década de los noventa. Más alineamiento con Estados Unidos, respaldo abierto a la Guerra de Irak, muerte del Mercosur e imposición del ALCA, posible rompimiento de las relaciones con Chávez, apoyo al Plan Colombia. Pero pareciera que la clase media ignora esto. Que le han metido demasiadas cosas en la cabeza y —como suele ocurrir— se las ha creído: ahora parece que Cristina F “irrita” a todo el mundo. Es la última novedad. Lo que “irrita” es un proyecto político que da primacía a la unidad de los “populismos” latinoamericanos. Un proyecto que apoya el Mercosur. Un proyecto que habla de redistribución del ingreso. Y una presidenta que, en su discurso inaugural, dijo que no se iba a transformar en “gendarme de la rentabilidad de los empresarios”.

NO HAY NARRACION INOCENTE DE LA HISTORIA

Vamos a estudiar con cierta extensión la Libertadora porque en ella está todo lo que vendrá después, incluso el presente de la Argentina de esta primera década del siglo. En esta temporalidad se escribe este texto, si sirve para ir más allá de ella no podemos saberlo. Pero, al menos, tiene que servir para ahora. No leemos el pasado para fortalecer o debilitar líneas en el presente. No podemos proponernos algo que —nos lo proponamos o no— sucederá de todos modos. Eso es *inevitable*. La asepsia de los historiadores profesionales es imposible. Además, no

puede existir la figura del historiador que sólo estudia el pasado y lo estudia con un distanciamiento que le permite contarlos desde los hechos y tal como fue. *No hay una narración inocente de la historia*. Ignoro si Halperin Donghi considera que *Argentina en el callejón* es un libro de historia o una mera colección de recuerdos de un señor de cierta edad. Pero si lo tomo como un texto de narración de la historia, no puedo ignorar que la ausencia en él de un acontecimiento como los fusilamientos y los asesinatos de José León Suárez (“El año 1956 transcurrió así con un rumbo político impreciso”) es una ausencia determinada por la ideología del historiador. Esa ideología le ha obliterado la visión de un hecho. O lo ha borrado inconscientemente o no le ha dado importancia, o decidió que no convenía para sus propósitos *pedagógicos* o para sus compromisos e intereses de clase. Preferiría que ciertos historiadores dijeran: “Escribimos sobre el pasado condicionados por nuestro presente, por nuestra propia historia, por nuestra ideología, por nuestros intereses y hasta por nuestro inconsciente”. Hay personas, por ejemplo, que le dicen a uno: “Yo soy antiperonista porque a mi viejo la ley de alquileres de Perón lo arruinó”. O “yo soy peronista porque Evita nos dio la primera casa que tuvimos”. Pero sucede que una *elección política que va a formar parte de nuestra conducta en tanto individuos históricos* no debiera definirse a partir de un *hecho* del pasado, me haya pasado a mí o a mi viejo o a mi mejor amigo o al perro de la familia.

Nada es. *Todo es interpretable*. La nuestra es una interpretación. Hay y habrá otras. La Libertadora, precisamente, al producir un hecho de poder produjo también su visión de la realidad. La impuso en ella. El 16 de septiembre de 1955 ganaron una batalla y el derecho de imponer su verdad como la verdad. Eso es lo que hace el *poder*. *El poder es aquello que permite a un grupo o fracción o incluso a una nación entera (si se trata de una guerra) imponer su verdad como verdad para todos. Y hasta, si es necesario, matar desde esa verdad a los que la niegan*. En José León Suárez, en sus basurales, la Libertadora, fusilando, lo hizo en nombre de la verdad. Los muertos eran el *error*. Y hay algo muy poderoso en esta afirmación, algo que requiere y deberá ser pensado una y otra vez: *los muertos no tienen razón*. No la tienen porque los hombres consideran que la *verdad* es un fruto de la *razón*. El que muere, el que es baleado en un basural, es el *error mismo*. Al día siguiente, la noticia será dada o (algo mucho más probable) será escamoteada al conocimiento de la sociedad por los triunfadores, que harán con la verdad lo que se les antoje. En este caso, negarla, esconderla, no decirla. Esconder la verdad es un atributo de los triunfadores. Escondo la verdad del Otro. Negar al Otro (matarlo) es quitarle la posibilidad de todo enunciado. Al no poder enunciar su verdad, el Otro, por estar muerto, no tiene verdad. No tiene nada. Sólo yace en un basural. Los asesinados del 9 de junio de 1955 en José León Suárez nada podían enunciar. La primera enunciación de *esa* verdad es tan clandestina como el hecho que la produjo: son las notas de Rodolfo Walsh que darán cuerpo a *Operación Masacre*. Que saldrá, de todos modos, en medio de un silenciamiento tan enorme del *poder* que apenas si iniciará el largo camino de construir la verdad acerca de esos hechos.

PROYECTO ECONOMICO DE LA LIBERTADORA

Voy a entrar a analizar el *proyecto económico* de la Libertadora. Y —según es ya una costumbre que no puedo evitar— pasaré a enunciar hacia dónde se dirige ese análisis. Y también: qué relación tiene con el presente argentino. *La Revolución Libertadora fue hecha por la Marina (en primer término) y por el Ejército en beneficio de la oligarquía agrícola-ganadera*. Fue un golpe de lo que hoy tan obstinadamente se llama “el campo” contra un gobierno que, como el de Cristina F, maneja un concepto intervencionista de la economía vehiculizado desde el poder estatal. Simplificando, para decirlo con brutal precisión, descarnadamente, pero con todos los elementos necesarios como para fundamentarlo, enunciamos que el golpe de 1955 fue un *golpe del agro contra la concentración del capital en la industria que el gobierno de Perón realizaba por medio del IAPI*. En esa ocasión, *el agro* contaba con el Ejército de la oligarquía. Esto le facilitó la sedición. En verdad, y pese a la poderosa importancia del Ejército en el triunfo del golpe, la que marcó la *ideología oligárquica* del mismo fue la Marina. Hasta tal punto es así que durante una filmación —corría la década del ochenta— llevada a cabo en la casa de Victoria Ocampo en las Barrancas de San Isidro, en *Villa Ocampo*, el asistente de ambientación se le acerca fascinado (no hay nada más exultante para un asistente tal que dar con una *locación* perfecta, con la *locación* “soñada” que el guión del film requiere) a la escenógrafa de la producción y le dice que ha encontrado en la casona, guiado por la generosa *ama de llaves* que permanece en ella como guardiana de la misma, años después de la muerte de Victoria, un último piso, o, más precisamente, un piso abohardillado, donde estaban las que fueron las habitaciones de la servidumbre. La casona había sido construida por el padre de Victoria a comienzos de siglo, y durante esos tiempos la “servidumbre” era muy numerosa. El baño era de dimensiones considerables y tenía un piso de



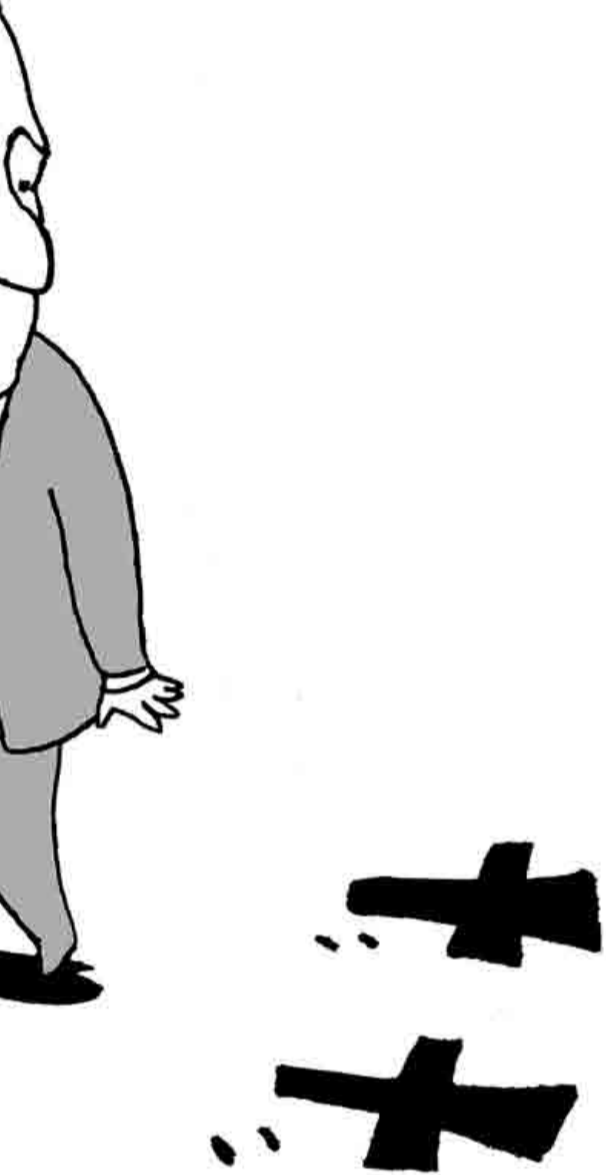
entramado de madera que había resistido el paso del tiempo. La casona tenía un primer piso destinado a lo social y una cocina en que se preparaba la comida para los banquetes. Un segundo piso privado: los dormitorios para la familia. Y un tercer piso o bohardilla para la servidumbre. Guiada por el *ama de llaves*, que exhibía todo eso con gran orgullo, la escenógrafa buscaba sus locaciones con avidez y profesionalismo. Llegan a la bohardilla, que era muy grande porque la servidumbre, a comienzos de siglo, era numerosa. En determinado momento, el *ama de llaves* abre una puerta, una puerta más, y la escenógrafa se deslumbra ante lo que encuentra: una bellísima y muy grande mesa de madera clara, tallada a los costados, con un lustre satinado. Extasiada por tan hermoso objeto (los escenógrafos aman los objetos con que construirán sus escenografías: desde un reloj hasta una enorme mesa de la oligarquía argentina), la escenógrafa exclama:

—¡Qué hermosa mesa!

El *ama de llaves* se siente halagada. Ella es, ahora, el custodio de esas venerables reliquias. Con un manifiesto, traslúcido orgullo, como si todo hubiera ocurrido ayer, dice:

—Ja, ahí se sentaba el almirante Rojas cuando planeaba, con los suyos, la Revolución Libertadora.

La Libertadora se estructura con la oligarquía agraria en lo económico, el grupo *Sur* en lo cultural y la Marina en lo bélico. No es para sorprender a nadie esta unión entre el almirante Rojas y Victoria Ocampo. También, desde Montevideo, Borges y Bioy escribían su texto *La fiesta del monstruo* que buscaba ser a Perón lo que *El matadero* de Echeverría había sido a Rosas. No importa la efectividad que hayan tenido ambos textos. El de Echeverría se leyó entre los unitarios de Montevideo. Y el de Bioy y Borges entre los antiperonistas de la misma ciu-



CGT tuviera sobre sus afiliados, si la miseria fuera de tal dimensión, habrían existido protestas obreras. Al contrario, cuando cae Perón, según hemos visto, son los obreros, los pobres quienes lo lloran y saben que quedan en manos de sus patrones. Porque era así: *la Libertadora era el triunfo de la patronal*.

En 1956 se publica un pequeño folleto que lleva por nombre *Informe preliminar Prebisch acerca de la situación económica*. El *Informe* dice: “Para poder dar más mercaderías y comodidades a cada habitante no basta con darle más salario. Esto crea la ilusión de poder comprar más cosas, pero cuando vamos a comprarlas nos encontramos que el precio sube por la inflación y al final tenemos menos que antes”. No, falso de toda falsedad. En su obra maestra de 1936, John Maynard Keynes, *que sigue teniendo razón*, escribe: “El argumento (el que acaba de explicitar Prebisch, J. P. F.) consiste sencillamente en que una reducción de los salarios nominales estimulará, *ceteris paribus* (de modo semejante, J. P. F.), la demanda al hacer bajar el precio de los productos acabados, y aumentará, por tanto, la producción y la ocupación hasta el punto en que la baja que los obreros han convenido aceptar en sus salarios nominales quede compensada precisamente por el descenso de la eficiencia marginal del trabajo a medida que se aumenta la producción” (John Maynard Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, p. 227. Página exacta en que el libro se me desgajó por no estar cosido como deben estar los libros y ya, en medio de la decadencia irreversible de la cultura de Occidente, podemos olvidarnos de que eso ocurra. El libro no toleró ser leído hasta ese punto y me estalló entre las manos. Así va la cultura). Y Keynes es terminante: “Difiero fundamentalmente de este tipo de análisis” (Keynes, *Ibid.*, p. 228). Nosotros también. *En economía diferimos de todo planteo que proponga como punto de partida la reducción, la baja de los salarios, y adberimos, con total certeza, a todo planteo que tome como punto de partida una reducción, lo más considerable posible, en las superganancias de los propietarios, de los patrones, de las oligarquías de todo tipo, agrícolas, industriales, financieras. Son ellas las que tienen márgenes para hacerlo. Dinero de sobra para comprar alimentos. Ningún sacrificio les reportará una reducción de las ganancias que determine un aumento de los salarios. Es sólo la perversión, la acumulación insaciable de ganancias exorbitantes, el desprecio por el interés del país en el que lucran y de sus ciudadanos con estrecheces económicas, lo que los lleva a defender con uñas y dientes su rentabilidad. Creen que si ellos ganan, gana el país. Que cuanto más ganen ellos más fuerte será el país y, en algún momento, esa ganancia caerá hacia abajo, hacia el lugar de los desposeídos.*

Los restantes ciudadanos padecen la escasez. Se nos dirá que la economía es la ciencia de la escasez. Aunque, ¿habrá alguien tan torpe como para decir eso? Es cierto: podemos definir a la economía como la ciencia de la escasez, pero no para consagrarla, no para hacer de ella un tema teórico. La economía es el proyecto de la eliminación o de la disminución de la escasez. O, sin duda, debería serlo. A las clases propietarias nada les importa la escasez de los necesitados, sino que viven para el crecimiento de su rentabilidad. Nada —la Historia lo ha probado— se puede esperar de su sensibilidad para un país más justo. Su sensibilidad social, su participación en la justicia distributiva del país en el que lucran es inexistente, sólo les interesan sus márgenes de rentabilidad. Llevan en su corazón un libro de ingresos y egresos. Los ingresos tienen que superar —y cuanto más, mejor— a los egresos. Y si entre esos egresos están los salarios, pues entonces: cuanto más bajos, mejor. Cuanto menos se gaste en salarios, más rentabilidad habrá.

TODO PARA LA OLIGARQUÍA GANADERA

Con mil argumentos, las oligarquías de todos los tiempos han intentado justificar esta ideología de acumulación. No hay diálogo. Si lo hay es porque tienen tanto poder interno y externo que hambread al país y gozan de sus fabulosas ganancias. Compran periódicos que los defienden. Periodistas que propagan sus sofismas. Que asimilan sus tierras primero al “campo” y luego a “la patria”. Observemos la facilidad con que se arma este sofisma. Uno, a la patria, la llama *su* tierra. Uno dice: “Amo a mi tierra o amo a mi país”. El folklore ha abusado de esta identificación entre tierra y país. “De la tierra de uno”. O también: “Quiero morir en mi tierra”. O “regresar a mi tierra”. *Pero la tierra no es de uno*. Cuando Atahualpa dice “Las vaquitas son ajenas” está diciendo lo mismo. “Nuestra” tierra es, en todo caso, el lugar en que tenemos las penas. Pero uno no ama a su tierra. No va a morir en su tierra. Y si regresa no regresará a su tierra. *La tierra —identificada con la patria— no es de usted ni es mía ni es de la inmensa mayoría de la gente que vive en ella*. Usted va a morir en la tierra de otro. Si quiere amar algo, no ame a su tierra, porque está amando algo que no le pertenece. Puede amar a su país, en todo caso. *Pero la tierra, como las vacas de Atahualpa, es ajena*. La falacia se viene construyendo desde tiempos inmemoriales. Si la patria es la tierra, la patria es “el campo”. Volveremos sobre esto.

Cuando le cortan la cabeza a Lonardi, Prebisch tiene que hacer sus valijas e irse. Aramburu tenía un buen reemplazante: Eugenio Blanco. Supongo que lo recuerdan: el de “la patria de

nuestros padres y nuestros abuelos”. Aquí está. Ministro de Hacienda de Aramburu, se presenta en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (en el corazón de la economía) y se dispone a exponer el definitivo *plan económico* de la Libertadora. Este *plan* es un *plan ideológico*. La economía “pura” no existe. No es una ciencia que nada tenga que ver con la política. Al contrario, es siempre el resultado de un choque de intereses. O de una guerra. Aquí, es el reflejo de la derrota del peronismo. La revancha de una clase. Y más también: de una burguesía financiera que quiere atarse a los grandes organismos que manejan el dinero en el mundo. El proyecto económico que va a exponer Blanco es el resultado de la derrota peronista de 1955. Ese plan favorecerá a los poderosos y castigará a los derrotados, a los que tuvieron la “osadía” y hasta la “infamia” de apoyar al régimen del tirano. A ellos, les ha llegado el turno de pagar sus culpas. En 1976, en la Cámara Argentina del Cobre, un industrial severamente dijo: “El pueblo se equivocó, ahora que pague”. Como vemos, la economía no es pura, no es una ciencia, es un arma, una bandera, una herramienta de odio de clase, de venganza.

Sigamos a Eugenio Blanco en su exposición. Establece algo para todos indudable, para todos quienes lo escuchan en ese sagrado recinto de una Facultad, la de Economía, a la que están regresando —como a todas las otras— los mejores profesores que muchos alumnos han tenido jamás, pues los que el peronismo puso eran adeptos partidarios, genuflexos, fascistas, tomistas o cualquier otra cosa menos algo que tuviera que ver con la inteligencia, el saber, así, entonces, Blanco puede decir que el golpe del ’55 trae otra vez a la Argentina “el imperio del honor y la dignidad” (Eugenio A. Blanco, *Realidad económica argentina*, Ministerio de Hacienda, Buenos Aires, 1956. Insisto: prestemos oídos a la exposición de Blanco porque es una pieza perfecta del pensamiento oligárquico en lo económico). Fueron, dice, diez años de oscuridad y de silencio. Cuando veamos el cine de la Libertadora veremos que una de sus películas centrales se llamó *Después del silencio*. No hubo silencio. Sólo ocurrió que *otros* —los que jamás habían tomado la palabra— fueron los que hablaron.

Lo primero que tiene que hacer Blanco es atacar el intervencionismo de Estado: “La crisis de 1930 trajo la caída de uno de los primeros gobiernos populares que tuvo el país bajo el auspicio de la Ley Sáenz Peña, iniciándose un período de *intervencionismo estatal que iba a adquirir características totalitarias bajo el régimen depuesto*”. Los golpes de Estado, en la Argentina, hacen magia para no nombrar lo innombrable. Perón era el tirano, su gobierno “el régimen depuesto”. Para Videla, el ERP era “la organización prohibida en primer término”; los Montoneros, “la organización prohibida en segundo término”.

Y ahora, atención, señores: ¿se viene con todo la oligarquía agraria, la principal impulsora y la gran favorecida por el golpe de 1955! Lo digo claro: a Perón lo tiraron para liquidar la supremacía de la industria sobre el campo. Toda la hojarasca sobre la democracia y el autoritarismo fue eso: hojarasca. Si Perón hubiese sido autoritario y dictatorial, pero defendiendo los valores de la oligarquía habría sido Aramburu, y, con él, ningún problema. Si las dictaduras favorecen nuestra rentabilidad, adelante. Así razona y así miente el agro. Dice Blanco: (Durante los gobiernos peronistas) “La producción agropecuaria disminuyó, la industria compensó ese menor ritmo productivo y los servicios del gobierno aumentaron en forma significativa. *Fue así como el país empezó a sentir los efectos de la vulnerabilidad exterior, pues constituyendo la producción agropecuaria el elemento fundamental en la creación de divisas, fue imposible mantener el ritmo ascendente de la producción industrial debido a la sangría de reservas monetarias que se hizo cada vez más sensible a medida que dicho proceso avanzaba en su curso*” (Las cursivas me pertenecen). Blanco no se andaba con vueltas. De aquí la importancia de este discurso. En el fragmento que acabamos de citar, el ministro de Hacienda de Aramburu le dice claramente al sector industrial (que, para “el campo”, era “el peronismo”) que el papel hegemónico en la economía tenía que volver a ser del sector agropecuario. ¿Cómo salir del marasmo peronista, se pregunta? Dice: Tratando de crear el factor favorable para el incremento del país que en los momentos actuales no puede ser otro que la producción agropecuaria. Sólo de este modo será posible seguir importando y crear las condiciones aptas para la expansión industrial (...) *Dicho planteamiento implica de modo incuestionable el sostén del agro como elemento principal para la estabilización industrial y su progreso ulterior*” (Siempre, de aquí en adelante incluso, cursivas mías). Pero no alcanza con el agro. Necesitamos algo más: “Resulta evidente la necesidad de completar el esfuerzo nacional con el proveniente del exterior. *La radicación de capitales extranjeros es a este respecto imprescindible para enfrentar la actual situación económica*”. La llegada del capital extranjero siempre funcionó como metáfora de la “entrega del país”. Se sabe: Perón había jurado cortarse un brazo antes de pedir un dólar de afuera. Y cuando, en 1973, lo hace, en la revista *El Descamisado* sale una tapa que dice: “Ya llegan los dólares. ¿Los yanquis nos financian la liberación?”. La pregunta era lúcida y le pegaba fuerte a ese Perón que enfrentaban con tanta dureza. Si durante 18 años un tipo se pasa

dad. Importa que se hayan escrito. Señalar la especificidad de clase que expresaban.

EL INFORME PREBISCH

Un hombre fue presentado como el salvador de la economía del país, que, según decían los propagandistas de la Libertadora, estaba al borde del desastre. Ese hombre fue Raúl Prebisch (1901-1986). Había sido miembro de la comisión signataria del Tratado Roca-Runciman de 1933, el que célebremente fue llamado “estatuto legal del coloniaje”. Tipo inteligente, brillante, llega a ser Presidente de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), que pertenecía a las Naciones Unidas, en tanto uno de sus organismos. El que lo convoca es Lonardi y Prebisch presenta un *Informe* que hoy es célebre. Pero yo no escribo solamente para aquellos que conocen su celebridad y, conociéndola, la constituyen. Imagino, a veces, a jóvenes lectores que ignoran estas cuestiones y a los cuales tomar contacto con ellas va a ayudarlos a entender las de hoy. Prebisch empieza invocando a Avellaneda. Siempre que, en nuestro país, alguien invoca a Avellaneda, ¡tiemblen! Se viene el hambre. Avellaneda fue el que dijo que pagaría nuestras deudas “sobre el hambre y la sed de los argentinos”. Prebisch dice que la situación que él aborda es aún *peor* que la de Avellaneda. Peor que la del ’90 y peor que la de la depresión mundial de fines del veinte e inicios del treinta. Una pregunta: si había tanta miseria, ¿por qué los pobres lloraban la caída de Perón, por qué esas dos indias a las que miró desde la mesa de la oligarquía salteña el sensible Sabato, tenían la cara surcada por el llanto del miedo, de la derrota, de la certeza de la indefensión? Si la miseria era tal, ¿por qué no había huelgas? Por más que el peronismo las hubiera prohibido, por más dominio que la

diciendo pestes contra los yanquis y alentando a los jóvenes en la lucha antiimperialista diciendo que el Che es el mejor de los nuestros y que él, Perón, pudo haber sido “el primer Castro de América”, y apenas sube pide un préstamo a Estados Unidos, la tapa del *Desca* era impecable. Aunque la conducción que estaba detrás de esa tapa no lo fuera. Salvo el que firmaba el editorial: el alevosamente asesinado Dardo Cabo.

Adelante con Blanco: el país ha vendido mucho oro, ya no hay barras en el Banco Central (lo que le permitió, según la versión gorila de la historia, hacer a Perón su distribucionismo “demagógico”; ¿qué habría hecho Robustiano Patrón Costas con esas barras de oro?, ¿que habrían hecho Tamborini-Mosca, “la fórmula de la bosta”?), por lo tanto, “mientras no se ofrezcan al mercado internacional el fruto de las próximas cosechas, que prometen ser muy satisfactorias, (será necesaria) la utilización de los créditos que a breve término suministrará el Fondo Monetario Internacional, que, según es sabido, es uno de los organismos mundiales al que se ha incorporado recientemente la Argentina”. Pero hay todavía obstinados que dicen que el país tiene recursos propios que, fortalecidos por el ahorro interno, le permitirán salir adelante sin recurrir a la ayuda externa. Blanco pierde la paciencia: “Se trata, como es fácil deducir, de un claro razonamiento xenófobo”. Y sigue el aguerrido Ministro de Aramburu, un hombre sin dudas, que no ignora el poder que lo avala: “La Argentina, en los momentos difíciles que ha tenido que enfrentar después de la década del desgobierno dictatorial, ha buscado en la cooperación internacional y en la confianza de los inversores del exterior los complementos indispensables de sustentación de la recuperación, que iniciada en los sectores agropecuarios, por ser los gestadores de divisas que requiere el país, se desparramarán luego a los sectores fabriles que constituyen un todo armónico en la estructura productiva del país”. Mentira, consciente y detestable mentira: el golpe se daba para centrar absolutamente la economía en el sector agropecuario, el único que generaba divisas. “Del agro vivimos, señores. Como siempre hemos vivido. El campo es la patria de nuestros padres y de nuestros abuelos”, habría dicho, si no lo acabara de decir yo, interpretándolo, el señor Blanco, que, con ese apellido, era totalmente el llamado a hambrear a la negrada peronista. Hacía falta un Ministro de Hacienda “Blanco” porque era la hora de blanquificar la Argentina. Basta de negros altivos, de sirvientas delatoras, de obreros que tiraban la carretilla no bien sonaba el timbre del descanso. No, señor; no, negro de mierda, suene o no ese timbre, usted me lleva la carretilla hasta donde la tiene que llevar, y después, recién después, y sólo si el patrón no le indica algo extra para hacer, descansará un rato y volverá al trabajo. Queremos su plusvalía, ¿sabe? Esa palabra marxista, esa palabra que inventó ese judío de mierda, que si a usted se le pasa por la cabeza lo pondremos de una patada en la calle. Total, hambrientos nos sobran. En *La Patagonia rebelde*, una vez que los rebeldes pierden la huelga, los que no son masacrados por la furia homicida del coronel Varela, desfilan ante un comisario que los anota, piadosamente, de puro buenazo que es, para los nuevos empleos de peón. A uno le dice: “Y ahora, si tu patrón te dice que sos un perro, te ponés en cuatro patas y ladrás”.

LA LIBERTADORA Y EL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

Sigue Blanco (y ya nos estamos por librar de su jerga, de su sermón liberal, patronal) y dice (aunque no lo cito textualmente): El Fondo Monetario Internacional y el Eximbank, en especial el primero, pasan a desempeñar el oscuro papel que el Banco Central había jugado durante la década del '30. (Que, para los setembrinos, ha sido otra, la que acaban de liquidar: la de 1945 a 1955.) Oigan esto, no lo pierdan: “Durante el régimen depuesto se hizo alarde de una mejora en las retribuciones a los trabajadores mediante aumentos masivos de salarios que no correspondían a crecimientos correlativos en la productividad. Más pesos y menos bienes fue la realidad de la dictadura. Más pesos con emisión monetaria y menos bienes por el estrangulamiento de la actividad agro-

pecuaria, que, al disponer de menos divisas, dificultó los abastecimientos del exterior y atascó la producción industrial”. ¿Cómo se podría solucionar esto que no parece tener solución posible? ¿Ave llanada otra vez? No, el campo otra vez. Esta patria tiene la tierra. La tierra es próspera. La tierra tiene sus poseedores: la oligarquía terrateniente, ella dará de comer al país y garantizará su crédito. Sólo se trata de volver al campo, señores. Restablecer, ahí, las jerarquías que el peronismo vino a erosionar. Se trata de derogar el Estatuto del Peón. Nunca más se aceptará un libelo como el que el Tirano Depuesto entregó a los peones de campo antes de las elecciones de febrero de 1946. Ese *Decálogo* iba contra el orden que la Patria siempre había tenido. Soliviantaba el orden del campo. Establecía el odio entre patrones y peones obedientes y mansos. “No concorra a ninguna fiesta que inviten los patrones el día 23 (...) Si el patrón de la estancia (como han prometido algunos) cierra la tranquera con candado, prompa el candado o la tranquera o corte el alambrado, y pase a cumplir con la patria! Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro. Si no hay automóviles y camiones, concorra a votar a pie, a caballo o en cualquier otra forma pero no ceda ante nada, desconfíe de toda: toda seguridad será poco”. Entre tanto, esa izquierda de la que aún dicen algunos, más que despistados, bobalicones de alto vuelo, que el peronismo le impidió en el país una revolución o su desarrollo, el de esa izquierda, se expresaba por medio de Rodolfo Ghioldi, Américo (“Norteamérico”) Ghioldi, Nicolás Repetto y el jefe de todos ellos, el de las grandes relaciones con Moscú, el obediente de las directivas de Stalin, Vittorio Codovilla, que escribía en su periódico *Lucha Obrera* y en todos los que manejaba el Partido el siguiente disparate: “Estamos frente al fascismo, no lo olvidemos en ningún momento”. Lo mismo que creían los refinados de Sur.

En *Memoria del Gobierno Provisional de la Revolución Libertadora (1955-1958)*, Presidencia de la Nación, Servicio de Publicaciones, una importante publicación del aramburato, se lee: “Siendo de urgente necesidad restaurar la confianza exterior en las finanzas del país, a fin de evitar el perjudicial aislamiento de la economía argentina”. Bueno, ¿a causa de esto, qué? “A tal efecto, el Decreto N° 7.013/56 dispuso la iniciación de gestiones para obtener el ingreso de la República Argentina al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Logrado el objetivo perseguido y consideradas las condiciones prefijadas por los organismos aludidos, fue dictado el Decreto-ley N° 15.970 del 31 de agosto de 1956, aprobando el ingreso de la República Argentina al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento”.

NACE EL HECHO MALDITO

Mario Rapoport ha manejado impecablemente algunos temas en un ambicioso libro de 1037 páginas: *Historia económica, política y social de la Argentina 1880-2003* (Emecé, Buenos Aires, 2007). Después del '55, los Libertadores definen al suyo como un gobierno “provisional”. Aplastan el levantamiento de Valle (que veremos con detenimiento). Implantan la Ley Marcial. “Se fusiló a treinta y ocho civiles y militares” (Rapoport, *Ibid.*, p. 422). En 1957, convocan a una *Convención constituyente*. Excluyen el artículo 40 y el famoso 14 bis, que prohibía las huelgas. Evita les decía a los ferroviarios cuando los enfrentó:

Evita: –Escuchen bien, compañeros: el que le hace una huelga al peronismo es un carnero de la oligarquía (...) Hacerle una huelga a Perón es no querer trabajar por la patria. ¿Es trabajar para la antipatria! (...) ¿Qué pasa? ¿Se olvidaron ya? ¿Quién les dio todo eso? ¿Se los dio Perón! ¿Y a Perón le hacen una huelga? ¿Qué tendrían si en el '45 hubiera ganado la Unión Democrática? ¿Tendrían menos salarios y ninguna conquista social! ¡Comerían mierda, compañeros! ¡Mierda de la oligarquía!

Obrero: –Eso es cierto, señora. Pero en el '45 ganamos nosotros. ¡Más derecho a reclamar tenemos! De la oligarquía no esperamos nada. Pero de usted y Perón esperamos todo, compañera. Por empezar, algo más que 340 pesos.

Evita: –También Perón y yo esperamos cosas de los peronistas. Ante todo, que no nos hagan huelgas. ¡No hay nada más dañino que el ejemplo equivocado! ¡No queremos huelgas en la Argentina de Perón! ¿Está claro? ¡Nosotros les dimos las leyes, arrinconamos a la oligarquía! ¡Nosotros le metimos miedo, le enseñamos a respetar a los obreros! ¡Y ustedes nos hacen una huelga! ¡Por doscientos pesos de mierda!

Obrero: –Para un obrero doscientos pesos no son una mierda, señora.

Evita: –¡Sí, lo son! ¡Doscientos pesos al lado de toda la política social del peronismo, del amor de Perón por su pueblo... son una mierda! (*Exhortativa. Con enorme autoridad y firmeza:*) ¡Esta huelga tiene que levantarse! Esta es una huelga de la Unión Democrática y del diario *La Prensa*. ¿Qué pasó, se volvieron socialistas los de *La Prensa*? Esta no es una huelga obrera. Responde a intereses de la oligarquía, juega a favor de ellos. (*Durísima:*). Por última vez, compañeros: ¡levanten esta huelga! No digan que no les avisé. Porque si hay que dar leña, ¡vamos a dar leña! Caiga quien caiga y cueste lo que cueste. (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos, Ibid.*, pp. 31/34. Texto del film *Eva Perón*).

En 1957, la Libertadora convoca a una convención constituyente. “La segunda minoría (la primera había sido la de la UCR del Pueblo, aunque superada por los votos en blanco de los peronistas, J. P. F.), expresión del radicalismo frondista, impugnó la Asamblea, convirtiéndose en portavoz del voto en blanco. Por su parte, los partidarios del gobierno, durante la asamblea, rivalizaron entre sí formulando propuestas destinadas a captar al electorado peronista. El objetivo de ‘desperonizar’ al país estaba a punto de fracasar” (Rapoport, *Ibid.*, p. 423). Por fin, luego del pacto entre Perón y Frondizi, éste ganaría las elecciones presidenciales del 23/2/1958 con los votos peronistas.

UCR Intransigente:	4.070.875 votos
UCR Del Pueblo:	2.618.058 votos
Comunistas:	264.746 votos
Socialistas:	147.498 votos
En blanco:	838.243 votos

Si tenemos en cuenta que la mayoría de los votos de Frondizi habían llegado a él por orden de Perón y por medio de la gestión de Cooke y que los votos en blanco eran peronistas, la Libertadora había fracasado: el país seguía siendo peronista. Y durante dieciocho años le impediría organizarse excluyendo al peronismo. Que era, en efecto, el “hecho maldito” que impedía esa organización del empresariado y de los agricultores y los ganaderos. Ahí es donde “prende” la frase de Cooke que señala al Peronismo como el “hecho maldito” del país burgués.

En la próxima entrega nos meteremos con los libros del golpe de 1955 y también con el cine: Martínez Estrada y *¿Qué es esto?*, Mary Main y *La mujer del látigo*, libro que utilizó (ése y ningún otro) Tim Rice (el guionista de la *Evita* de Andrew Lloyd Weber y, sí, de Tim Rice), *ayer fue San Perón* de Mario Amadeo, *El otro rostro del peronismo* de Ernesto Sabato, *La fiesta del monstruo* de Borges y Bioy Casares, *El mito de Eva Duarte* de Américo Ghioldi, *El Libro Negro de la segunda tiranía* y, si llegamos, con los films *Después del silencio* de Lucas Demare y *El Jefe*, guión de David Viñas y realización de Fernando Ayala. Seguiremos, de este modo, con lo emprendido hasta aquí: una tarea *heurística* de búsqueda de las fuentes y una muy delicada *hermenéutica* de las mismas. *Ésta es, para nosotros, la tarea fundamental*. Entenderemos por *hermenéutica* lo que se ha interpretado del *Organon* de Aristóteles. Evitaremos, de este modo, las complicaciones que tiene luego el término en filósofos como Nietzsche, Heidegger o Hans-Georg Gadamer. *Hermenéutica* será, para nosotros, eso que los traductores al latín del tratado de Aristóteles han establecido: *De interpretatione* o, sin más, *hermenéutica*. La disciplina que tiene a su cargo la interpretación de los hechos. Tarea infinita y definitiva si, sobre todo, recordamos la formidable fórmula de Nietzsche: *No hay hechos, hay interpretaciones*.

Colaboradores: Virginia Feinmann, Germán Ferrari.

PRÓXIMO DOMINGO

Ideología del golpe de 1955 (III)

IV Domingo 13 de abril de 2008

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

22 Ideología del golpe de 1955 (III)



PASADO Y PRESENTE DE LAS BATALLAS ENTRE EL INTERVENCIONISMO ESTATAL Y EL LIBRE MERCADO

En el plano económico (que es imposible aislar del político), la Libertadora busca destruir el intervencionismo de Estado que aplica el peronismo. Son liberales y lo que buscan los liberales es la libertad del capital. Esa libertad se expresa en el mercado. El mercado, para ser libre, no debe sufrir la intervención estatista. La disyuntiva entre liberalismo y populismo es la disyuntiva entre *mercado* y *Estado*. Para el populismo, la única posibilidad de derivar las ganancias de las empresas hacia los sectores populares es que el Estado intervenga en la economía, regule el mercado e impida que esas empresas se apropien de él. Las empresas defenderán la libertad de mercado y dirán que la intervención del Estado la distorsiona. De la distorsión del mercado se pasará a decir que el Estado es autoritario. (Autoritario por el mero hecho de intervenir, *con autoridad*, en el mercado, frustrando su libertad. Nada más autoritario o, incluso dictatorial, que “frustrar la libertad”). El paso siguiente será decir que las ganancias de las que se apropia el Estado por su intervencionismo no van a los sectores “pobres”, no van al “pueblo” que el Estado populista dice proteger, sino que se las queda el propio Estado. A lo que se le llama “corrupción”. En suma, si el Estado interviene en el libre juego del mercado será: autoritario y corrupto. Al ser autoritario también será necesariamente antidemocrático. Al ser antidemocrático herirá las instituciones de la República, los distintos poderes por medio de los cuales la democracia se expresa: el Legislativo, el Judicial y el Ejecutivo. Será, así, antirrepublicano. Enemigo de los valores de la República y sus instituciones democráticas. Todo este bien armado aparato conceptual busca un solo fin: que el mercado quede en manos de las empresas. Un periodista obediente de esas empresas promocionaba su programa precisamente afirmando que lo respaldaban porque les interesaba “el país”. Es famoso el lema: “Estas empresas a las que les interesa el país”. A las empresas no les interesa “el país”. A las empresas les interesa la rentabilidad. Hay muchas personas de buena voluntad en las empresas. Gente que cree que este sistema puede funcionar. Pero luego de una larga meditación junto a alguno de ellos (recuerdo una charla en Mar del Plata promocionada por una multinacional), el buen tipo, el capitalista con corazón, llega a decir: “Yo puedo tomar aquí, en el país, todas las decisiones que quiera. Pero la verdadera decisión la toma alguien, a quien no conozco, en Suiza”.

¿Qué buscó decir? Las empresas que se disputan el mercado argentino no tienen su célula central aquí. De aquí retiran sus ganancias. Y raramente las vuelven a invertir. Si se las deja entrar (lo cual, a esta altura del desarrollo del capitalismo y de la catástrofe de todas sus alternativas, es inevitable), competirán con las empresas nacionales que están en el mercado. Con enorme facilidad las dominarán. Comprarán todo su paquete accionario o la mayoría de él hasta tener el control de la empresa. El mercado libre no es libre. El mercado tiende a la oligopolización. Lo que soñó Adam Smith no era esto. Pero no es menos cierto que no encontró una verdadera herramienta teórica para impedirlo. Smith sabía que los monopolios eran inevitables (y pensaba en los países ricos, no pensaba en lo que, para él, eran “las colonias”) y no pudo encontrar nada que pudiera impedirlo. Salvo ese célebre pasaje de la “mano invisible”. Convengamos que si un teórico de la talla de Adam Smith tiene que apelar a algo tan teológico o metafísico como la “mano invisible” para explicar por qué el mercado se regula por sí mismo es porque no, *porque no se regula por sí mismo*. No sólo no lo hace sino que la política de las grandes potencias se ha desarrollado a lo largo de los dos últimos siglos protegiendo los intereses de esas empresas. Cuando Kissinger dijo: “Los intereses de la General Motors son los intereses de los Estados Unidos” dijo una frase tan histórica como cuando le dijo a Videla “Maten a todos pero antes de Navidad”, que es otro modo de asegurar el buen funcionamiento de las empresas.

El liberalismo, en los países de la periferia, se encuentra impedido por el surgimiento de los populismos. A los populismos los respaldan las masas, porque los gobiernos populistas, por medio de la intervención estatal y pese a la corrupción que, en efecto, los corroe, *distribuyen el ingreso*. De este modo, al hacerlo, logran la adhesión del *popolo minuto*. Del pueblo pobre. Tienen, en resumen, a las masas de su lado. El liberalismo, al no tenerlas, debe, en nuestros países pobres, fortalecer al Estado. Debe poner en funcionamiento un Estado poderoso que esté al servicio de la represión. Aquí sus postulados colisionan. Un Estado poderoso (un gendarme de las empresas) altera el esquema liberal, que requiere sólo un Estado atento a las necesidades más elementales de la sociedad. El célebre *laissez faire, laissez passer* del liberalismo clásico no ha dado paso a ninguna fórmula nueva ante el Estado. Los liberales siguen exigiéndole lo mismo. Que sólo administre. Nunca pudo lograrlo el liberalismo argentino porque siempre llegó al poder por medio de golpes militares. Los militares, por torpes y por necesidad de esa torpeza para matar gente, es decir, para la represión, gastaron desmedidas sumas de dinero en armamentos y todo tipo de cosas para fortalecer el Estado. Crearon sus propias empresas e intervinieron en la economía. Por otra parte, un liberalismo represivo debe contar con un Estado

gigantesco. Ese Estado invade el mercado y le resta libertad, espontaneidad, en suma: interviene en él. Siempre los liberales terminaron desilusionándose de los militares. O porque compitieron con ellos o porque crearon un Estado bélico al que destinaron reservas desmedidas. El liberalismo, en la Argentina, sólo llega al poder con los votos del peronismo en su expresión menemista. Aquí, obedeciendo a la corriente de la época, el gobierno de Carlos Menem le entrega el poder al llamado *capitalismo salvaje* o *capitalismo de mercado* o *neoliberalismo*. No hay demasiadas diferencias. Menem entrega los votos, el aparato justicialista y pone a sus órdenes a un sindicalismo cómplice. En cuanto a los militares, también es cierto que, al apoderarse del Estado, la corrupción los penetra con tanta facilidad como a cualquier político. Por lo que terminan deviniendo socios y hasta jefes de las empresas en lugar de sus meros protectores.

El IAPI fue el arma más genuina que el populismo impulsó en América Latina. Es la cifra perfecta del intervencionismo de Estado. En 1950, el IAPI cubría el 75 por ciento de las exportaciones argentinas. Al reemplazar a los monopolios como Bunge y Born que intermediaban entre los productores y el mercado internacional, el IAPI se apropiaba de capitales excedentes que derivaba a: 1) Beneficiar los intereses de los sectores postergados de la sociedad; 2) Promocionar el desarrollo industrial. De aquí que —en el plano económico— la diferencia fundamental entre el peronismo y la Libertadora y el motivo fundante del golpe del '55, más allá de toda la hojarasca “democrática”, fue el pasaje de una *economía que centralizaba el capital en la industria y en los sectores populares a una economía que centralizaba el capital en los sectores tradicionales de la ganadería y la agricultura ligados a los trusts cerealeros, a la tradicional oligarquía vacuna argentina*.

Los antiperonistas (los liberales de este país) le objetaron al IAPI que fomentara la corrupción. ¡Claro que fomentaba la corrupción! Toda concentración estatal fomenta la corrupción y la burocracia. Pero, ¿qué importaba a Jorge Antonio al lado de las superganancias que se les extraían a los monopolios? La corrupción está en todas partes. Y la mayor corrupción, en última instancia, es que la tierra de la patria sea propiedad de familias o de grupos económicos. En fin, pero estas cosas se eliminan con algo más drástico que un Estado nacional popular intervencionista. Si a éste ya se lo considera el Maligno en persona, ¿qué se puede esperar de la suerte que correría una reforma verdadera de la propiedad de la tierra? Han logrado meter en la cabeza de todo el mundo que eso sería matar a Dios, a la Propiedad Privada y al Orden Natural de las Cosas.

Los problemas del populismo son también graves. La concentración del poder en el Estado (todo Estado intervencionista es un Estado poderoso) genera no sólo corrupción, sino personalismo y autoritarismo. En suma, desdén por los valores de la democracia. El liberalismo *siempre* es antidemocrático. Sólo lo fue en el caso excepcional del menemismo que le posibilitó no *asaltar el Estado por medio del Ejército*. El Estado nacional popular corre el riesgo de no ser democrático. Y acaso deba aceptar ese riesgo. ¿Cómo iba Perón a instaurar algo como el IAPI, algo que tocaba profundamente el corazón del sistema ganancial de las grandes empresas cerealeras, sin la fuerte autoridad de un Estado intervencionista? ¿Cómo un Estado nacional popular va a beneficiar al pueblo sin convocar su adhesión entusiasta? ¿Cómo esta adhesión entusiasta no va a generar un caudillo que la convoque? ¿Cómo este caudillo no degenerará, muy posiblemente, en un político personalista, en un líder de masas o en un dictador? La Historia es compleja. De aquí que estas cuestiones no tengan arreglo y haya pensadores como Hegel y Clausewitz que reflexionaron sobre la inevitabilidad de la guerra. Hay un momento en que entre liberales e intervencionistas *la política no alcanza*. Perón tuvo que ser autoritario. No lo fue por su pasado nazi, según veremos que abundantemente dicen los ideólogos de la Libertadora. No lo fue por haber visitado la Italia fascista. No lo fue por haber sido miembro del GOU ni por esperar, junto a sus compañeros, la victoria de Alemania para representarla en el Sur de América Latina. El autoritarismo de Perón tiene una explicación racional, clara: no podía instaurar el Estado que instauró democráticamente. El IAPI es una *medida de fuerza*. Es meterles la mano en los bolsillos a los ganaderos, a los agricultores. En suma, a la oligarquía. El Gobierno de Perón (y el de Eva) fue antioligárquico y, por medio de esta política, derivó parte de las superganancias de la oligarquía hacia el Estado y desde el Estado las derivó hacia la clase obrera aumentando su participación en la renta nacional en más de un 30 por ciento. ¿Se habría podido hacer esto sin una política autoritaria? ¿Se puede extraerles dinero a los grupos de poder sin un poder semejante o mayor? Recordemos el nombre nada casual que se le da a ese proceso, al de la derivación de ganancias de los propietarios o de los monopolios hacia el Estado: *exacción*. Recordemos, ahora, eso que, para Milcíades Peña, desde la perspectiva de un marxismo con toques de trotskismo, y en 1956, sólo había sido el peronismo: “*Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el estado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la ‘revolución peronista’*” (Peña, *Ibid.*, p. 130). ¡Treinta y tres por ciento de

aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional! Eso (que —de acuerdo, Peña— lejos estuvo de ser la Reforma Agraria o la Revolución Socialista) provocó el bombardeo a la ciudad de Buenos Aires, la definitiva identificación de Perón con el nacionalsocialismo, la furia de todas las clases propietarias, de la Iglesia, de los intelectuales. Eso se logró por medio del autoritarismo peronista. Del *indudable* autoritarismo peronista. ¿Qué habría sido necesario para lograr lo que Peña le reclamaba, por insuficiente, al peronismo? ¿Qué habría sido necesario hacer para que Peña no ironizara sobre la “revolución peronista”, para que no escribiera esa frase entre comillas desdeñosas? Una revolución, desde luego. Hay un texto célebre de Friedrich Engels que lleva por título *De la autoridad*. Discute contra los enemigos de ella. Y sostiene que no se puede cambiar nada sustancial, nada que implique un cambio drástico en la *posesión de las cosas*, en la *propiedad*, sin un fuerte autoritarismo. De esta forma, escribe: “¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, sin duda, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día de no haber empleado esta autoridad de pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella?” Esta escasez en el *autoritarismo* de la Comuna se expresó en su incapacidad para expropiar al poder bancario. Luego, es cierto que las burguesías de Francia y Prusia, que estaban en guerra, se unieron para liquidar el peligro socialista. ¡Dejaron de lado su “honor nacional”, su “guerra patriótica”, para aniquilar a los insurgentes socialistas! Es decir, antes está la propiedad privada y su defensa, luego los conflictos nacionales. Vaya lección. En cuanto a Engels, cabe subrayar que su idea de *revolución* era la de la Revolución Francesa, y que ésta fue la revolución de la burguesía capitalista contra la monarquía de derecho divino que residía en Versalles. Pocas revoluciones fueron más sanguinarias que la gran revolución del capitalismo. Ahora los republicanos y los libremercaderistas vienen con sus tersos modales democráticos, pero cuando tuvieron que hacer “su” Revolución no se detuvieron hasta llegar al Terror. Por otra parte, el actual Imperio Bélico Comunicacional Americano asegura su poder global, su autoridad como gendarme del nuevo universo único, del mercado de mercados, por medio de una guerra colonialista que amenaza no detenerse. El concepto de “guerra preventiva” cubre a todos, desde China hasta Brasil. Ahí donde el Imperio se vea cuestionado, donde sus empresas deban retroceder, algo aparecerá para que intervengan de la manera que sea necesaria. El democrático mercado está vigilado por un Big Brother temible y artillado hasta los dientes. Toda otra versión es idílica, utópica y, en última instancia, propagandista.

LA PALABRA CLAVE DE LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO: “RETENCIÓN”

Lo que Peña le reprocha a Perón es lo que Engels a la Comuna: *no haber utilizado aún más la autoridad para llegar a resultados más profundos*. Convengamos que con el autoritarismo que usó para llevar desde los bolsillos de los ricos (reteniéndoles sus ganancias descomedidas) a los de los pobres el 33 por ciento de aumento en la participación de la renta nacional, le bastó para que intentaran asesinarlo bombardeando la Casa Rosada, que lo acusaran de todo lo que se puede acusar a alguien, desde amante de Archie Moore hasta nazi, que le revelaran sus amoríos con una adolescente, que lo expulsaran del país, que lo arrojaran al exilio, que su nombre fuera prohibido, que toda una generación de escritores lo lapidara con escritos que demostraban que era un agente nazi, un abusador de menores, un enfermo neurótico obsesivo y otras cualidades que ya veremos.

¿Cómo se logra en el primer peronismo ese *traspaso* del porcentaje de la renta nacional de los sectores propietarios a los no propietarios? El IAPI juega en esto un papel fundamental. ¿Qué hacía el IAPI? Se convertía en el exportador de la producción nacional. Es decir, era el Estado el que exportaba y el que retenía una importante suma de la renta agropecuaria para derivarla hacia los sectores no propietarios. (Que había, en medio de eso, corrupción, de acuerdo. Pero, ¿quién puede arrojar la primera piedra? ¿O no eran corruptos los muchachos de la Escuela de Chicago, Martínez de Hoz y su gang?) La derivación de la renta patronal hacia la clase obrera se producía por medio de un ente estatal destinado a retenerles ganancias a los productores. Hoy, en 2008, el intento del gobierno de Cristina Kirchner de impulsar algunas leves retenciones a lo que se ha dado en llamar “el campo” genera casi una alteración de graves consecuencias institucionales, cuyo desenlace aún no hemos visto.

Vayamos a la palabra. La palabra es *retener*. Toda *distribución del ingreso implica retenerles ganancias a los sectores propietarios*. Sin eso no hay posible *distribución del ingreso*. Observemos, ahora, cómo hasta el lenguaje ha sido moldeado por los propietarios a lo largo de la historia. La palabra *retención* es sinónimo de *exacción*. Que es sinónimo de *coacción*, *imposición*, *coerción*. Es también

sinónimo de abuso. Cuyos sinónimos son: injusticia, arbitrariedad, atropello, estafa, robo y, también, retención. Sinónimo de retención es coacción. Cuyos sinónimos son: requerimiento, exigencia, imposición, coerción, presión. Detengámonos en *coacción*. ¿Qué palabra terrible! ¿Por qué magia del lenguaje hemos llegado de retención a coacción? ¿No serán altamente *incómodos* los sinónimos de *coacción*? ¿Qué les está tratando de hacer este gobierno a los propietarios rurales? Sinónimos de *coacción*: imposición, violencia, apremio (¿legal o ilegal?), compulsión, exigencia, amenaza, chantaje, intimación. Otro sinónimo de coacción es tiranía. Cuyos sinónimos son: opresión, ahogo. Y ahora prestemos atención: hemos llegado de la palabra “retención” a la palabra “tiranía”. ¿Cuál es el *antónimo* de “tiranía”? *Libertad*. El lenguaje, señores, es de los patrones. El lenguaje es de los propietarios. *Retenerles ganancias a los propietarios es un acto tiránico y todo acto tiránico es un acto contra la libertad*. El lenguaje, en suma, es liberal. Habrá que inventar nuevas palabras. O acaso decir cautelosamente que la derivación por sinónimos extrema demasiado ciertos actos. Sin embargo, observemos cómo, para quienes “sufren” las retenciones, el hecho implica un acto contra la libertad, un acto “tiránico”. Y es que toda “retención” agrede una libertad: la del mercado. Y explícita otra: la del Estado como órgano de distribución de la riqueza. De modo que todo queda claro: no hay retención posible sin intervencionismo del Estado nacional popular. Este intervencionismo agrede, en efecto, la llamada “libertad de mercado”, pero es el único instrumento que posibilita derivar ganancias del sector de los propietarios al sector de los no propietarios. Hacerlo por un monto del 33 por ciento le costó inmensamente a Perón. Desencadenó una guerra contra él y contra los pobres que lo apoyaron. ¿Hasta qué monto podrá hoy hacerlo Cristina F sin que las iras de los que derrocaron al primer peronismo se despierten nuevamente, con sus viejos odios siempre renovados, porque nunca murieron?

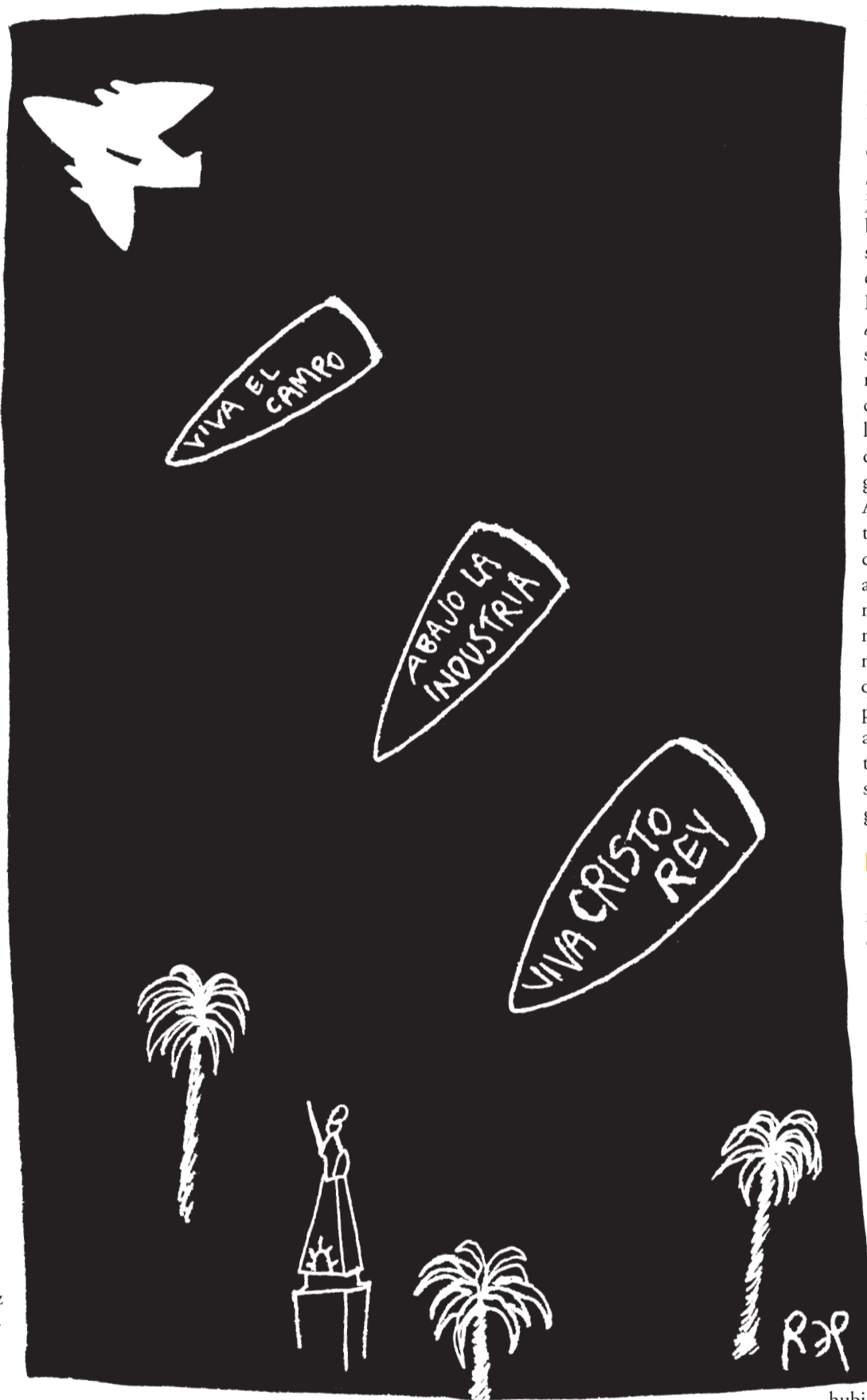
Sólo algo más. Vimos que, pese a ser una clase obrera acostumbrada a recibir sus ventajas del Estado Benefactor y no a conseguirlas por medio de su propia lucha, los obreros peronistas, convocados por los sindicatos, salieron a defender a Perón. ¿Cómo pudo Menem desvalijar al país y a su clase obrera, cómo pudo arrojar a millones de peronistas, de peronistas pobres, desposeídos, a la marginalidad más completa sin haber despertado casi ninguna protesta? Porque el terror estaba en el corazón de la sociedad argentina. Porque Videla y Martínez de Hoz asesinaron treinta mil personas. Eso permitió dismantelar el Estado nacional. Eso, todavía, posibilita que una pequeña retención a los sectores agrarios sea hoy un escándalo, un atropello vandálico cuyo fin aún no se ve.

LA LIBERTADORA: PERÓN ES HITLER

Los libros del golpe de 1955 forman un corpus nada desdeñable, sobre todo porque expresan la instrumentación de los conceptos de democracia y de libertad como armas esenciales de su construcción ideológica. Sin embargo, el punto de partida que a todos unifica es explicitar que el régimen que han derrocado era similar al de Hitler, al del nazismo.

Sólo —para el lector de hoy— si se logra internalizar que Perón, para toda la ratio gorila del '55, había sido un nazi, se podrán comprender las medidas extremas que se tomaron contra él y el movimiento. Ya veremos, en el film *El Jefe*, que se estrena el 23 de octubre de 1958, algo tardíamente, que el protagonista (interpretado por el actor Alberto de Mendoza, un exitoso en esos años) se llama Berger, pero él no quiere que lo llamen así. Así, cómo. Como en francés: *Beryer*. Eso da flojo, dice el tipo. Exige que le digan: *Berquer*. Suena más duro, explica. Suena, claro, alemán. Era una de las formas más elegantes de decirle nazi a Perón, ya que Berger era un reflejo de su figura. Pero no

todos tenían la sutileza de Viñas y Ayala. La mayoría fue directamente al grano: se había derrocado a una dictadura de similares características de la alemana. El célebre Decreto-Ley N° 4161, en sus *considerandos*, lo dice con todas las letras: “*Considerando*: Que en su existencia política, el Partido Peronista, actuando como instrumento del régimen depuesto, se valió de una intensa propaganda destinada a engañar la conciencia ciudadana, para lo cual creó imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina, artículos y obras artísticas; Que dichos objetos, que tuvieron por fin la difusión de una doctrina y una posición política que ofende el sentimiento democrático del pueblo argentino (...) Que, en el campo internacional, también afectan el prestigio de nuestro país, porque esas doctrinas y denominaciones simbólicas, adoptadas por el régimen depuesto,



tuvieron el triste mérito de convertirse en sinónimo de las doctrinas y denominaciones similares utilizadas por las grandes dictaduras de este siglo, que el régimen depuesto logró parangonar...” Por todo esto, en fin, se lo prohíbe por completo. Ni se lo puede nombrar. El que nombra a Perón va preso. Pues “se considerará especialmente violatoria de esta disposición (...) el nombre propio del presidente depuesto... etc”. Hemos citado ya este célebre decreto. Si ha permanecido como expresión extrema del odio habrá que entender el andamiaje ideológico que lo tornó posible. ¿No habían hecho eso los aliados con Hitler, con Mussolini? A este último, no lo habían colgado de los pies, exhibiendo su cadáver y el de su amante Clara Petacci a la contemplación de la multitud. ¿Había quedado algo en Alemania de los símbolos del régimen hitleriano? Nada. ¿Por qué habría de ocurrir algo diferente con Perón si se trataba de un régimen semejante? Nadie se animó a preguntar qué países había invadido el peronismo, dónde se habían instalado los campos de concentración, qué grupo social o étnico había sido elegido para ser masacrado de a miles, de a millones como los nazis masacraron a los judíos. Bastó la semejanza del autoritarismo peronista para realizar la sinonimia: Perón=Hitler. Perón ni siquiera había cerrado el

Congreso, no había prohibido a los partidos políticos y su política represiva, que había utilizado la tortura, la cárcel y la persecución de disidentes, no parecía haber ido mucho más allá de la de Uriburu o no haber tenido su antecedente más que claro en la Sección Especial de Justo. Y los radicales, ¿de qué hablaban? ¿Bajo qué gobierno se hicieron los primeros pogroms en la Argentina? Bajo un gobierno radical. ¿Quiénes lo habían hecho? Los niños garcas de la Liga Patriótica. Si había chistes a montones sobre Perón, no hubo un solo chiste antisemita, que yo recuerde. En cambio, durante la Semana Trágica de 1919, cuando los garcas de la Liga Patriótica tenían cercado un barrio judío y un judío intenta regresar a su casa, es detenido por los niños bien que, a todos los sospechosos de pertenecer a la raza de “los asesinos de Dios”, les exigían que dijeran la palabra *nueve*. Si el pobre judío decía *noive* le daban una paliza y lo tiraban por algún basural. Enterado de tal técnica de develamiento, un judío practica con un esmero y aprende a decir: *nueve*. Retorna a su casa y lo detienen los de la Liga. Un matoncito high class le dice: “Diga ‘nueve’”. Y el judío, bien entrenado, dice: “Nueve”. Lo dejan pasar. Pero ven que lleva una canastita. “Oiga, ¿qué lleva en esa canasta?” “Goivos”, responde el pobre judío. Nada de esto importa. Lo que importa en montar bien el aparato que justifique las acciones a emprender: se había derrocado al nazismo. Las medidas debían ser extremas. Además, esto del nazismo lo creían todos. Desde la oligarquía hasta los furibundos de *La Vanguardia* con su implacable dibujante Tristán. Perón había sido un nazi. La Argentina había padecido una dictadura fascista. ¿Otra vez el aliadofismo! Igual que en el '45, cuando Braden encabezó la Marcha de la Constitución y la Libertad, ahora toda la sociedad bienpensante estaba de acuerdo. Todos estaban *aliados* contra el nazismo. La guerra había terminado. El Plan Marshall levantaba a Alemania. La Fox filmaba una película mostrando el rostro heroico de Rommel y su participación en el atentado contra Hitler de junio de 1944. James Mason, un terso actor británico, se consagró haciendo el papel. ¿Qué significaba esto? *Había existido una Alemania buena*. Los norteamericanos levantaban a los germanos porque los necesitaban para la Guerra Fría. Pero aquí, en el Sur, quedaba el último reducto del Führer. Ese Führer de las pampas había sido Perón. Él había recibido a Eichmann, a Mengele y a todo el oro nazi. Como Hitler, había torturado. Como Hitler, había impuesto el culto a su personalidad. Como Hitler, había perseguido a sus enemigos. ¿Qué otra prueba hacía falta?

EL VENTUROSO FUTURO

Yo estaba en sexto grado. Muy metido en otras cosas más importantes para mí: escribir novelas de piratas, ir al cine *Edén* en Villa Urquiza o al *Cabildo* y al *General Paz* de Belgrano, leer muchas historietas, leer *Misterix*, *Puño Fuerte*, *Rayo Rojo*, *El Tony*, *Patoruzito*, coleccionar las maravillosas revistas mexicanas, con todos los personajes de los films de las matinés o de los dibujos animados, todo eso que pasaba era un barullo poderoso que me llegaba amortiguado. El día del bombardeo del 16 de junio esperé durante horas sentado en el cordón de la vereda de Avenida Forest y Echeverría que mi papá regresara en el colectivo 76. Esa espera fue muy angustiosa. Pero volvió. No había visto nada del bombardeo. Me preocupaba que lo tirarían a Perón: desde que había nacido gobernaba Perón, ¿quién iba ahora a ser presidente? Una mañana, en el Colegio, el Colegio José Hernández de Pampa, entre Forest y Estomba, entra en el aula nada menos que el señor Director. Nos ponemos de pie y él, muy amigable, muy feliz, nos dice que nos sentemos. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Ese hombre vivía un gran momento, su alegría era tan plena que la quería compartir con nosotros, que éramos los más grandecitos del Colegio y ya partíamos para el Secundario. El maestro se quedó de pie y el Director ocupó su silla. Se llamaba Grassi. Nos habló larga y entusiastamente. Usó todas las palabras que se usaban durante esos días: libertad, democracia, tirano prófugo, horizonte, bandera, honor, próceres, próceres que nos miran con orgullo desde el pasado, Himno Nacional y agregó lo suyo: “Este es un gran momento en vuestras (*sic*) vidas jóvenes. Vais a iniciar una nueva etapa, el Colegio secundario, y la vais a iniciar bajo un clima de libertad y de austeridad republicanas”. Algo que dijo me asustó bastante: “Aquellos que se esfuerzan seguirán por la senda de la vida hacia el futuro venturoso. Los que no, quedarán en el camino, a un costado. Pero el futuro se les abre y una nueva época se inicia para que marchen hacia él. No la desaprovechen”. Yo era bastante burro en el primario, porque odiaba las matemáticas y la geometría y me la pasaba escribiendo novelas de piratas o de cowboys y hasta de gauchos o una biografía de Rosas (¡sí, el maldito de la primera tiranía!), porque me devoraba los libros de Manuel Gálvez que salían en la Colección Austral (cosa que ya dije) y porque vivía más para ir al cine que para estudiar *logaritmos*, algo

horrible que nunca logré entender. En suma, era un burro. Era un mal alumno. ¡Seguro que me quedaba en el camino, a un costado! ¡Seguro que ni por joda seguiría por la senda de la vida hacia un futuro venturoso! Se lo comenté a mi vieja al volver a casa. Y me dijo que sí: “Si sos un vago, no estudiás nada. O escribís novelitas de piratas o vas al cine o escuchás la radio!” Alentadora la vieja. ¿Cómo no iba a escuchar la radio? Todos lo saben. Era maravillosa esa experiencia. ¿Cómo iba a hacer los deberes, perder el tiempo haciendo logaritmos en lugar de escuchar a *Tarzán*, con César Llanos y Mabel Landó y Oscar Rovito, “Tarzanito”, *Sandokán*, *Poncho Negro*, *Hormiga Negra*, el *Glostora Tango Club* y los *Pérez García*? Bueno, pero no era éste el tema. El tema es el señor Director Grassi: el tirano había huido y él se había llegado prestamente hasta nuestra clase, sería el diecinueve de septiembre, y nos había arengado. Consideró que ése era su deber. Fue mi primera clase de Educación Democrática. Lo recuerdo como a un hombre que me hablaba de algo que yo no entendía. Belgrano R, en los cincuenta, estaba lejos de todo. Yo había sido feliz durante esos años. ¿Tan terribles habían sido entonces? Bueno, pues recién me enteraba. Pero el señor Grassi vivía sus días de mayor exaltación republicana, la libertad se desbordaba en nuestro país, la aurora, el futuro, el bienestar, todo, ahora, derrocado el Tirano, sería posible.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: “¿QUÉ ES ESTO?”

Martínez Estrada escribió *¿Qué es esto?* Título que revela el pasmo del propio escritor y —supone él— el de muchos otros que, enterados de las atrocidades del régimen peronista, se preguntan cómo ha sido posible *eso*. Se trata de un título inusual para un libro. Más aún proviniendo de la pluma de quien se asumía como el gran ensayista del siglo XX y que había acuñado títulos tan severos y ambiciosos como *Radiografía de la Pampa*. Pero pareciera ser que, en esa *Radiografía*, no figuraba la posibilidad de *esto*, que *esto* fue sorpresivo, como un ataque extraterrestre al país, algo cuya comprensión se tornaba tan difícil que desde el título debía ser manifestada. Se trata, también, de una *Catilinaria*. En la que Martínez Estrada es Cicerón y el Tirano Prófugo, Catilina, que ha largamente abusado de la paciencia de la República.

¿Qué decir de Martínez Estrada? ¿Qué puede decir sin desmerecerse —salvo al costo de no decir la verdad— alguien como yo que, habiéndome dedicado a la Historia del Pensamiento Argentino y desempeñado funciones en esa cátedra desde 1969 en adelante (hasta el huracán Ottalagánico de 1975, en que, por otra parte, dictaba no esa materia, sino *Antropología Filosófica*), nunca logró tomar en serio a este hombre, a este autoproponido Sarmiento del siglo XX, a ese ensayo que venía a develarlo todo, su *Radiografía de la Pampa*. Ya es tarde. Sería injusto para conmigo decir que, profesionalmente, no intenté la lectura del libraco pomposo y, al parecer, ineludible, pero nunca pude con él. Ya no importa mucho lo que yo pueda decir, ni ya importa mucho Martínez Estrada, melancólica pieza de museo que nada, pero nada, tiene que ver con la Argentina de los tiempos del cincuenta en adelante, aun cuando su *catilinaria* fuese de 1956. Aun cuando haya viajado a Cuba y declarara su pasión por Castro, que no la correspondió. Siempre fue, para mí, un hombre sobreactuado, sin autoironía, incapaz de no tomarse, por un rato al menos, en serio. Se dice que visitó la Unión Soviética, que entró en la casa de Dostoievski, se inclinó largamente, religiosamente, y besó el suelo. Si yo hiciera algo así me reiría de mí mismo y me regalaría algunos epítetos referidos a mi condición de bobo irredimible. Supongo que me emocionaría tener en mis manos algún manuscrito de Faulkner o alguna partitura original con anotaciones de Brahms. Pero trataría de no babo-searlas. Pero exagero y acaso falto el respeto a una gran figura de la argentinidad. “Si hay ensayo argentino (escribe Horacio González), en una gran medida es porque existen los escritos de Ezequiel Martínez Estrada” (Horacio González, *Restos pampeanos*, Colihue, Buenos Aires, 1999, p. 168). Pero esa afirmación queda atenuada porque en seguida empieza a hablar de las *exaltaciones* del personaje. Era un *exaltado*. Era alguien que disfrutaba con la figura del *incomprendido*. Era un profe-

ta solitario y, como todos los solitarios, era un profeta postergado, nunca debidamente reconocido por sus contemporáneos. Está lleno de tipos así. Juegan a ser perdedores con la fe puesta en un futuro que los reconocerá y hará de ellos mártires de pasiones no compartidas. Aspiran a eso como la inmortalidad. Este concepto atenuó la desdicha de tantos escritores que acaso debiera ser restaurado. Pero no es posible. No hay inmortalidad. Nadie sabe si será reconocido, ignorado, olvidado o escupido por las generaciones que vendrán. ¿Para qué pensar en ellas? Nadie tiene su justicia asegurada en el más allá, en el futuro. Además, y es hora de que quienes aún la buscan lo entiendan de una buena vez: *no hay inmortalidad porque nadie, ni siquiera Shakespeare, ha presenciado la suya, ha vivido para verla*. Habría inmortalidad si hubiera un Paraíso o incluso un Infierno desde el cual el inmortal pudiera observar los sucesos que aún el mundo provoca y decirse: “¡Qué alegría poder verlo, aunque más no sea desde aquí, desde el Infierno! ¡Soy inmortal! No se olvidan de mí. Me recuerdan. Mi paso por la Tierra no ha sido en vano. Aún me odian”. Frase que podría pertenecer a un hipotético Hitler inmortal. O, como diría Martínez Estrada, a un Perón. Pero no: tampoco, además de inmortalidad, hay Paraíso ni hay Infierno. Si hoy te tratan mal, tendrás que sufrir. Algo habrás hecho: o no te manejaste bien o no tenés el talento que creés o, tal como pensás, vivís en un mundo de idiotas que no entiende a los tipos como vos. Pero Martínez Estrada no puede quejarse. Mi edición de su *Radiografía de la Pampa* es una joya editada en París, con respaldo de la Unesco, Universidades de San Pablo, Río de Janeiro, el Fondo Nacional de Cultura de México, en fin, tanta gente que uno no sabe a quién atribuir la edición. Y es de 1996. Ha realizado su sueño. Ese ambicioso libro pareciera empeñarse en permanecer. En su *Liminar*, dice de él Gregorio Weinberg: “Constituye *Radiografía de la Pampa* —junto al *Facundo* y al *Martín Fierro*— uno de los libros fundacionales de la literatura argentina” (Martínez Estrada, *Radiografía de la Pampa*, Impreso No-Sé-Dónde —de tantos lugares que figuran—, 1996, p. XV). No creo que sea así. Weinberg solía excederse en algunas afirmaciones. Sea como sea, alguien puede decir algo semejante del texto y no suena *demasiado* absurdo. Sólo bastante absurdo. Al leerlo a Weinberg descubre que lo que detestaba de Martínez Estrada era esa pretensión tan visible en él, esa ambición que no podía escamotear, de ser el Sarmiento del nuevo siglo o el autor de un texto tan paradigmático como lo fuera el *Martín Fierro*. Escribió excesivamente. Escribió de todo. Y fue un tipo extraño.

Bien, no perdamos más el tiempo. *Radiografía* no es el texto del que nos vamos a ocupar. De él se ha ocupado Sebrelí en un buen ensayo al que acaso convendría remitirse: *Martínez Estrada, una rebelión inútil*, Catálogos, Buenos Aires, 1986). Nuestro texto es *¿Qué es esto?* Busquemos su génesis. EME (Ezequiel Martínez Estrada) había nacido en 1895. Tenía cincuenta años en 1945, cuando se produce el 17 de octubre. En 1946 era corresponsal de la revista *Sur*. Pero se produce un hecho misterioso. No bien se afianza Perón en el poder —digamos 1946—, EME se enferma de un mal de difícil diagnóstico. Se le podría llamar *peronitis*, y es posible que se tratara de él. Pero no estaba por entonces conocido ni se conocía su tratamiento. Ignoro si se ha avanzado en ese terreno. Lo cierto es que EME sufrió *realmente* mucho. Esa enfermedad lo tuvo en diversos hospitales, internado, sometido a cuidados médicos y lo llevó al olvido. Sólo Victoria Ocampo solía visitarlo. “Siga enfermo nomás, don Ezequiel”, le decía. “Aún no hemos volteado al nazi.” (Fue sólo un chiste. Remito al juicio de los otros tanto su calidad como su posible falta de respeto hacia tan eminente y padeciente figura. Sin duda, don Ezequiel no habría hecho algo así en su *Radiografía de la Pampa*. Pero lejos está este panfleto publicado en un diario oficialista de un peronismo que también habría sorprendido a Don Ezequiel, de pretender alcanzar las ambiciones de su gran ensayo, que reclama para sí la gloria de Sarmiento. Este ensayo sobre el peronismo ni siquiera reclama la gloria de prolongar las altas cumbres que lograron Julio Mafud o Sebrelí o el periodista Gambini en este tema.) EME no se curaba con nada. El diag-

nóstico era *neurodermatitis*. Le decían, para colmo, que era de origen *psicosomático*. Cuando a uno le dicen algo así lo dejan cargado de culpas. Porque un cáncer o una apoplejía difícilmente sean *psicosomáticos*. O sea: *uno no tiene la culpa*. Pero de un mal *psicosomático* uno sólo tiene la posibilidad de echarse la culpa a sí mismo. El caso es sorprendente. Cae Perón y Don Ezequiel... se cura. Lo dicho: padecía *peronitis*. Se enfermó diez años para no ver *nada* del peronismo. Un caso único, excepcional. Apenas sale a la luz empieza a escribir sobre el peronismo como si lo hubiera padecido y pensado día tras día. Las cosas que hizo después de escribir este libro son también un poco complejas, algo extrañas. Se autoexilia en 1959 y anda de un lado a otro. Hasta escribe sobre el colonialismo y recalca finalmente en la caliente isla de Cuba, circa 1960, nada menos. Se torna un revolucionario. Admira a Castro, quien no obstante no le devuelve ese sentimiento que, con frecuencia, lleva a ciertas personas a someterse a otras. Castro, definitivamente, no admiró ni convocó ni tomó en cuenta a EME. De todos modos, estudia la vida y la obra de Martí, edita dos libros de discursos de Fidel Castro (dos discursos: un libro para cada uno) y escribe un mamarracho espectacular: *El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba*. Mezcla, con indudable imaginación, a los indígenas de Cuba con los indígenas de la *Utopía* de Thomas More y hace de la Cuba de Castro el ideal realizado de la Cuba de Martí. Su adhesión creativa y fervorosa por la Revolución Cubana no parece haber sido comprendida por los intelectuales que rodeaban a Victoria (recordemos: esa amable señora que lo visitaba en los hospitales durante los duros años de su *peronitis*), quienes, por otra parte, ya habían ejercido esta incompreensión con José Bianco. Con lo cual acaso pueda deducirse una indudable cláusula secreta, por todos compartida, de los miembros de la revista *Sur*: si uno, como José Bianco o Ezequiel Martínez Estrada, se entusiasmaba con Castro, ¡a la calle con el zurdo! Esta actitud, que algunos llaman macartismo sólo por enlodar a semejante revista y a su directora, debe entenderse como una prolongación de la actitud antifascista y aliadófila de la revista: ahora, al ser aliados de Estados Unidos e Inglaterra y al haberse extraviado el rumbo democrático y Occidental de la Unión Soviética, *Sur* debía luchar denodadamente contra el comunismo dentro y fuera del país. Don Ezequiel permanece olvidado. Acaso por su reticencia a acercarse a otros grupos literarios, como, por ejemplo, *El Escarabajo de Oro* o *Nuestra Palabra*. Muere el 4 de noviembre de 1964. Algunos dicen que su silenciamiento aún perdura y que esas razones son difíciles de comprender. Escribió también un libro sobre Nietzsche, que ignora todas las problemáticas que —desde la lectura que Heidegger hiciera de él a partir de 1936 hasta 1940— se desataron en torno de ese filósofo.

¿Debería sorprendernos que Martínez Estrada se ubique ante Perón como Sarmiento ante Facundo? Voy a citar dos pasajes. Uno, de *Facundo*. Otro, de *¿Qué es esto?* Son excesivamente similares. Escribe Don Ezequiel: “En la figura de Perón y en lo que él representó y sigue representando *he creído* ver personalizados” (E. M. Estrada, *¿Qué es esto?*, Lautaro, Buenos Aires, 1956, p. 16. Bastardillas mías). Escribe Sarmiento: “*He creído* explicar la revolución argentina en la biografía de Juan Facundo Quiroga porque creo que él explica suficientemente” (Sarmiento, *Facundo*, Estrada, Buenos Aires, 1940, P. 14). El mismo tono, el mismo método, casi las mismas palabras: otra vez EME se “viste” de Sarmiento y se decide a develar la *sombra terrible* de Perón. El *método* es el de interpretar la historia a través de lo que Hegel llamó *individuo histórico universal* (partiendo de la figura de Napoleón) y que radica en rastrear las tendencias de la historia (su decurso necesario, como dirían los posestructuralistas o los posmodernos, su *teleología*) encarnadas en una figura excepcional, en ese individuo que la razón histórica ha elegido para realizarse a su través. Nada menos que ese papel (el que Sarmiento le confirió a Facundo) le confiere Martínez Estrada a Perón. Y pensar que, cada vez más, y en especial los mismos peronistas, le dicen “viejo de mierda” al mítico hombre que levantó a un pueblo entero un cierto día de octubre del año 1945.

PRÓXIMO
DOMINGO

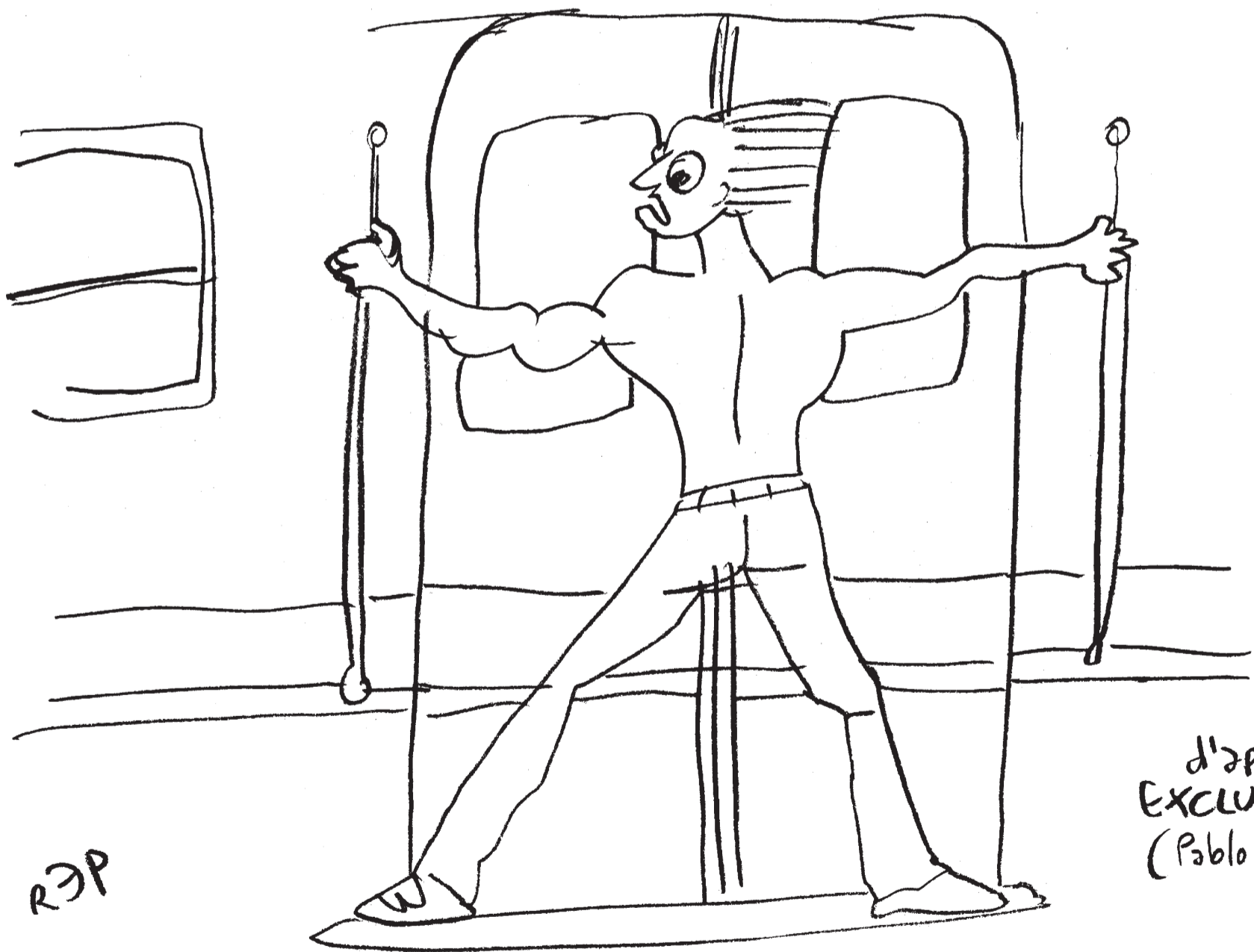
“Libro Negro de la
Segunda Tiranía”

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

23 "Libro Negro de la Segunda Tiranía"



EL PERONCHUELO

La ideología de la Libertadora no necesitaba inventarlo *todo* para señalar errores, desvaríos, prohibiciones o actos típicos de los totalitarismos en el gobierno de Perón. Todos los que fueron a la Plaza de Mayo a vivir a Lonardi no eran gorilas ni odiaban al pueblo. Estaban cansados de algunas cosas que –en rigor– eran enervantes. Los nombres de Perón y Eva Perón estaban por todos lados. Y nadie dirá que uno no tiene derecho a vivir en un país cuyo gobierno –al que puede adherir o no– no le exhiba la imagen omnipresente de la pareja gobernante en todo lugar donde vaya. Por más que el pueblo la ame y tenga esas imágenes en su casa, ¿por qué imponérselas a todos? ¿No alcanzaba con la sinceridad del pueblo proletario que, auténtica, genuinamente, con unción, las colocaba en su casa? ¿Por qué despararrmarlas por todo el país? Sólo Rosas había hecho eso. Había conexiones desagradables con las exuberancias del Restaurador como para no darles pie, a los Libertadores, a hablar de la Segunda Tiranía. Hay un chiste de la época que explicita esta situación. Llega un tipo del interior del país y se dirige a un policía. Le dice: “Perdón, señor, pero conozco poco Buenos Aires. Yo vengo de la Provincia de La Pampa”. El policía se encrespa, altisonante le dice: “¿Cómo ‘Provincia de La Pampa’! ¿Esa provincia, ahora, se llama ‘Eva Perón!’”. El humilde forastero se disculpa y pregunta por una avenida a la que necesita ir. Dice el nombre. Todavía más malhumorado, el policía responde: “¿Usted está equivocado! Esa avenida, ahora, se llama ‘Presidente Perón’”. El provinciano pide otra vez disculpas. Insiste en preguntar si, en lugar de ir por la Avenida Presidente Perón, para llegar al barrio en que vive su hermano, al que ha venido a visitar desde la Provincia Eva Perón, no le convendrá tomar un colectivo que lo lleve por la calle...” Dice el nombre de la calle. Peor, cada vez de peor humor el policía dice: “¿Cómo se atreve! Esa calle, ahora, lleva el nombre de Eva Perón, la Abanderada de los Humildes. ¡Salga de mi vista!”. El provinciano obedece. Entristecido, se dirige hacia un puente debajo del que corre un río. Es el Riachuelo. Arrepentido por su dureza, el policía se le acerca. “Vamos, amigo. No se me ponga triste.” “No, no estoy triste –dice el provinciano–, miraba el Peronchuelo nomás.”

¿A qué obedecía esto salvo a una torpe, ingenua, copia de los autoritarismos europeos, sobre todo el mussoliniano? La obsecuencia llegó a niveles demenciales. Y ni Perón ni Eva hicieron algo por detenerla. En tanto Eva está muriendo se trata, en la Cámara de Diputados, el tema de la estatua que el país deberá erigirle.

EL MONUMENTO A EVA PERÓN

Vamos, otra vez, al cine:

Interior Cámara de Diputados - Día

Montaje de diversos diputados:

Cámpora (Presidente de la Cámara de diputados): Esta Honorable Cámara de diputados declara al General Perón “Libertador de la República” y a la señora Eva Duarte de Perón... “Jefa Espiritual de la Nación”.

Atronadores aplausos

Corte a:

Diputado peronista: No hay ni puede haber ni habrá un libro más sublime que *La razón de mi vida*. ¿Qué otra voz en el mundo ha despertado igual resonancia en el alma del ser humano? Solamente la de Jesús. Porque solamente la voz de nuestro redentor puede parangonarse a la voz de nuestra redentora, de nuestra santa, ¡de Eva Perón!

Corte a:

Cámpora: Hoy, 17 de julio de 1952, es un día histórico en la historia de la educación argentina. Esta Honorable Cámara de Diputados dictamina que el libro de la señora María Eva Duarte de Perón, *La razón de mi vida*, sea impuesto como texto obligatorio en todos los establecimientos de enseñanza del Estado.

Atronadores aplausos y vítores a Eva Perón.

Corte a:

Diputada: Propongo que se nombre a la señora Eva Duarte de Perón “Abanderada de los Humildes”.

Corte a:

Cámpora: Esta Honorable Cámara de Diputados nombra a la señora María Eva Duarte de Perón... “Abanderada de los Humildes”.

Corte a:

Diputada II: Propongo un proyecto de ley para que se entregue a la señora María Eva Duarte de Perón, Jefa Espiritual de la Nación y Abanderada de los Humildes, el collar de la Orden del Libertador General San Martín por sus invalorable servicios prestados a la patria y a la causa de los humildes.

Atronadores aplausos.

Cámpora: Esta Honorable Cámara de Diputados confiere a la señora María Eva Duarte de Perón el collar de la Orden del Libertador General San Martín.

Atronadores aplausos.

Cámpora: Esta Honorable Cámara de Diputados propone que se trate ya mismo el impostergable tema de la construcción del Monumento de la señora María Eva Duarte de Perón, Jefa Espiritual de la Nación y Abanderada de los Humildes, galardonada con el collar de la Orden del Libertador General José de San Martín. Tema del día, señores diputados: monumento a Eva Perón.

Aplausos.

Corte:

Diputada III (fervorosamente): Eva Perón reúne en sí lo mejor de Catalina la Grande, de Isabel de Inglaterra, de Juana de Arco y de Isabel de España, pero todas estas virtudes las ha multiplicado, las ha elevado a la enésima potencia, al infinito número mayor, porque para engrandecerse engrandeciendo a su pueblo y a su patria sólo supo hacer uso del amor, del cariño, de la generosidad y de la inmaculada pureza de su corazón.

Corte a:

Diputada IV: ¡No, señor presidente! Yo no acepto, señor, que a Eva Perón se la compare con ninguna mujer, ni con Isabel de Inglaterra, ni con Juana de Arco, ni con Isabel de España, porque todas ellas, señor presidente, tuvieron eminentes escritores que magnificaron sus historias. En cambio, ¡no hay ni habrá escritor, por inteligente que sea, que pueda trazar fielmente la historia de las realidades de Eva Perón!

Atronadores aplausos y vítores a Eva Perón.

Cámpora: Esta Honorable Cámara de Diputados por aprobada la Ley 14.124 por la cual se establece que el Monumento a la señora María Eva Duarte de Perón sea erigido en la Plaza de Mayo o en algún lugar cercano. (*Conteniendo los desafortunados vítores:* ¡Habrá réplicas del monumento en la capital de cada una de las provincias argentinas! (*Nota:* JPF, *Dos destinos sudamericanos, Ibid.*, pp. 136/141. Tal vez alguien piense que todo esto se trata de las exageraciones de un guión cinematográfico y la realidad no fue así. Falso de toda falsedad. Un guión cinematográfico es, en efecto, literatura. *Literatura en tránsito.* En tránsito hacia la imagen. Puede ser muy buena literatura, o mediocre. Se necesita, creo, un buen guión para hacer un buen film. La tontería de desdeñar el guión trabajado, férreo, viene de una *boutade* de Godard quien dijo que él, cuando iba a filmación, llevaba su guión anotado en el boleto del colectivo. No importa. Los que lo siguen, que lo sigan. El resultado final será siempre el film y él será el testimonio de si el sistema funcionó. Hay una tendencia, en los cineastas –este título es, en algunos, un exceso o apenas un modo de nombrarlos– argentinos de los últimos ocho o diez años a desdeñar el guión o a no sentirse “autores” de sus films si no lo escriben ellos. No importa. Las que hablan siempre son las películas. El guión que utilizo para esta exhibición de la adulonería peronista fue largamente trabajado y esta parte, que aquí transcribo, se basa, sobre todo, en la biografía de Marysa Navarro, la mejor que existe sobre Eva. Navarro recopiló todos los discursos que se dieron el Cámara de Diputados durante esos días, los últimos de la vida de Eva. Los textos pueden encontrarse entre las páginas 309 y 313 de la citada edición de Planeta, de 1994. Estas escenas, en el film que dirigió Desanzo y protagonizó Esther Goris, encontraban un fuerte contrapunto con otras de tenue intimidad en que Eva, moribunda, hablaba con Paco Jaumandreu. Las de la Cámara de Diputados, lamentablemente, no se pudieron filmar, de aquí que no se encontrarán en el film. En las escenas crepusculares, en los diálogos tristes, privados, entre Eva y Jaumandreu yo buscaba, en 1996, mostrar que Eva se moría y era ajena al carnaval de la adulonería. Acaso lo fuera en ese momento, pero no la desdeñó en vida.)

¿Por qué la afiliación obligatoria, una medida típica del fascismo? (*Nota:* En el film italiano *Días difíciles*, que la Libertadora, por supuesto, estrenó apenas pudo, el protagonista, Massimo Girotti, era obligado

a afiliarse al partido fascista para poder trabajar en la fábrica en que anhelaba hacerlo. Una vez derrocado Mussolini, las nuevas autoridades lo echan a la calle por “fascista”. El tipo dice que lo obligaron. Nada. Saben que hasta usó, en cierta oportunidad, una camisa negra. Argumenta que si no la usaba perdía el trabajo. Nada. A la calle. Afuera, todavía dura el festejo por la caída del Duce. Un alegre soldado norteamericano se le acerca con una camisa negra. Le dice: “¿Qué le parece? La compré por (dice una cifra en dólares). ¿Cree que me salió cara?” Massimo Girotti sonríe con amargura: “Más cara me salió a mí”, dice. Fin de la película.) ¿Por qué la obligación de poner la foto de Perón y Evita en todas partes, en los talleres, en las fábricas, en los negocios? ¿Por qué los jefes de manzana, aunque no tuvieran finalmente la práctica temible que se esperaba de ellos?

LOS JEFES DE MANZANA

Todo esto lo usó la Libertadora. El peronismo se lo dio servido en bandeja. Lo que uno no entiende es para qué sirvió. ¿Qué significa, un afán incontenible



de copiarlo a Mussolini? ¿No se advertía que la clase media temía u odiaba esas imposiciones? ¿No se advertía que la sola idea de los “jefes de manzana” le metía miedo a la gente? ¡Jefes de manzana en los barrios de la Buenos Aires de 1950! ¿A quién iban a denunciar, a Bómbolo, a Avivato, a los Pérez García? No es *ahora* cuando hacemos estos señalamientos. Los hicimos también en los setenta, cuando la *democracia* no era un valor, dado que la palabra “democracia” pertenecía al lenguaje autoritario de los golpes de Estado, del liberalismo y de los militares, que siempre que asaltaban el poder lo hacían en nombre de la “democracia y las instituciones”. La “democracia” era una palabra enemiga, propia del autoritarismo, del gopismo. Veremos esto con detalle más adelante. Pero, para los jóvenes de los '70, la democracia había sido ensuciada por los dictadores, desde el '55 en adelante. De todos modos, la amenaza indiscernible que yacía en la concepción de los “jefes de manzana” nunca nos gustó. La cosa dio comienzo con algo que, desde el gobierno, se llamó *Operativo Cruz*. “Cierta mañana, varias casas de la Capital apa-

recieron pintadas con cruces: era la señal con que los jefes de manzana designaban a los opositores de las zonas a su cargo” (JPF, revista *Envido*, mayo de 1973, N° 9, p. 19). Era una medida que inevitablemente producía miedo o terror, porque se estaba en manos de la arbitrariedad de personajes que nadie conocía. “Otros habitantes, sin embargo, que no eran gorilas y que hubieran podido y debido ser capturados por el peronismo, también se aterrorizaron. Y no sin alguna razón: el poder de los jefes de manzana fue a menudo personalista y arbitrario. Gorila o no, solían pintarle la casa a quien más bronca le tenían” (JPF, *Ibid.*, p. 19). Que el jefe de manzana de mi barrio resultara ser un gordo campechano que se pasaba el día jugando al billar en el Club Castelli, ahí, a una cuadra y media de casa, en Avda. Forest entre Juramento y Echeverría, no disminuye la cosa. Belgrano R era todavía un paraíso lejano o, en todo caso, tuvimos suerte. En 1954, yo tenía once años y frecuentaba el Club Castelli para jugar al básquet con otros amigos. Caía la noche y seguíamos jugando. También el jefe de manzana, pero al billar. Un

día entré en la amplia habitación o galpón en que jugaba y le pregunté: “¿Es cierto que usted es el jefe de esta manzana?” El tipo me miró y pudo contener la risa. Quiso asustarme: “Sí, pibe. Así que portate bien o te mando en cana”. Lo consiguió: me volví a casa con un julepe bárbaro.

Será el *tercer Perón* proyectando su sombra sobre el *primero* el que acaso nos aclare las tendencias represivas de un hombre que nunca las pudo contener. En los años en que las usó –los “años felices” del primer peronismo– sólo sirvieron para ganarse la bronca de ciudadanos objetivamente beneficiados por su gobierno como nunca antes lo habían sido por otro.

LOS ASOMBROS DE MARTÍNEZ ESTRADA

Otra vez con Don Ezequiel Martínez Estrada y su acercamiento a Perón desde la actitud que tomara Sarmiento ante Facundo: considerarlo como el *individuo histórico universal* hegeliano (tema que Hegel desarrolla, sobre todo, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*). Ese hombre en el que se condensan las contradicciones, los antagonismos, las esenciales características de un tiempo histórico al que él le ha dado espesor, consistencia. Veamos, primero, cómo lo aborda Sarmiento en *Facundo*, libro que, profundamente, Don Ezequiel ha leído, como todos nosotros, salvo que él lo ha querido emular. Conociendo mejor nuestras limitaciones, jamás hemos emprendido esa tarea. Acaso otras, pero ponernos a la altura del *Facundo*, no, clara, lúcida, dolorosamente no. Sarmiento se acerca a Quiroga porque “es la figura más americana de la revolución” (Sarmiento, *Ibid.*, p. 14). Veía, como Echeverría en la *Ojeada retrospectiva*, la posibilidad de una literatura nacional en el abordaje de estos personajes de nuestras pampas, azarosos, aventurados. Lo he dicho muchas veces. Nunca aquí: con lucidez evitó las biografías de los próceres de la Civilización. Le fascinaban más los beduinos que el Mariscal Bougeau, aunque después, como éste, les cortara la cabeza y festejara la salvaje acción. En esto se parece a Borges y su hechizo por los cuchilleros del Sur, los hombres de las milongas, de los puñales veloces, de la muerte fácil. Les creo a los dos. Sarmiento se presenta ahora como un cientista, como el riguroso filósofo de la historia que aplica un método totalizador. Hegeliano, sí. Porque había conocido a Hegel por medio de sus lecturas de Victor Cousin. No olvidemos, por si alguno cree que me estoy desviando, o se aburre con estas menciones a *Facundo*, que Borges, en un poema publicado en *Sur* en 1955, dice: “Sé que en aquellas albas de septiembre (...) lo hemos sentido”. Para los antiperonistas es *también* Sarmiento el que

derroca a Perón. O es en su nombre, en su memoria, al amparo de su persistencia histórica, que cae sobre su rostro el Tirano. Escribe Sarmiento, refiriéndose a Facundo Quiroga: “He creído explicar la revolución argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular” (Sarmiento, *Ibid.*, p. 14).

No encontrará Sarmiento una figura de igual potencia en la otra “fase”. Ni en Rivadavia, ni en Paz, ni en Urquiza

verá la potencia histórica de Facundo, su capacidad para explicar la totalidad. Porque se traiciona cuando dice que, para él, Facundo revela “una de las dos fases”. No: *Facundo revela el todo*. Hay que deconstruirlo, hay que destotalizarlo para entender “la lucha de los campos argentinos”. Sin Facundo, nada se entiende. Él conjura todas las determinaciones en juego. Facundo es la *sobredeterminación* montada a caballo, al frente de la montonera. “En Facundo (escribe Sarmiento) no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina, tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno (...) un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que el espejo en



EVA TEST

que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia. Alejandro es la pintura, el reflejo de la Grecia guerrera, literaria, política y artística; de la Grecia escéptica, filosófica y emprendedora, que se derrama por sobre el Asia, para extender la esfera de su acción civilizadora” (Sarmiento, *Ibid.*, p. 15). Pero, si bien es Alejandro, por lo que expresa de la esencia de la Historia, de su teleología, el que lleva la Civilización de los griegos donde su caballo se posesiona del suelo, será Facundo, en un plano no menos *universal y necesario*, el que encarnará la barbarie, al hombre de los campos, el fiero vencedor de Lamadrid y el derrotado por el científico, por el artillero formado a la europea, por el general Paz. Esto no lo tornará menos eficaz para explicarlo todo. Incluso sus derrotas a manos de Paz explican la *verdad* de las campañas del Interior que la Civilización debe vencer, aniquilar. Esas derrotas fueron causa de su condición de hombre de a caballo, de jefe de bandas montoneras que nada podían hacer ante la inteligencia de Paz, que resuelve una batalla como un teorema por ecuaciones cuya incógnita es la victoria.

EL LUMPENPROLETARIAT

¿Qué hace con Perón Don Ezequiel? Leamos: “En la figura de Perón y en lo que él representó y sigue representando, he creído ver personalizados, si no todos, la mayoría de los males difusos y proteicos que aquejan a mi país antes de su nacimiento. Como los ácidos que se usan en fotografía, reveló y fijó muchos de esos males que sería injusto atribuirle, pero que ciertamente magnificó y sublimó, hasta llegar a convertirlos en bienes para el juicio de muchos incautos” (EME, *Ibid.*, pp. 16/17). La tendencia incontenible hacia la desmesura anima los textos de *Eze*. Luego de ver “personalizados” en Perón tantos incontables males, sigue elevándolo a la categoría de clave explicativa única, central del drama argentino: “El papel providencial de Perón, si bien se examina, ha sido más que el del rey que pidieron a Zeus las ranas, el de Judas Iscariote. *Dostoiévski profetizó que el pueblo ruso sería el nuevo Cristo para una nueva redención del género humano, y acertó en cuanto el destino de todos los pueblos es el de ser crucificado para ser redimido*” (EME, *Ibid.*, p. 17, bastardillas mías). Caramba con Perón. Quién lo hubiera dicho. Sin embargo, no le crean. Don Ezequiel empezará su ataque a Perón por la *materia* con que éste trabajó. “Materia” a la que Don Ezequiel definió, al igual que los socialistas de *La Vanguardia*, con el despectivo nombre de *lumpenproletariat*, palabra que viene de Marx, menos de *El capital* que de sus concretos estudios sobre la historia de la Francia revolucionaria. Perón será el *fanfarrón* que describe en *Radiografía de la Pampa*. A diferencia del *compadre*, más noble, más complejo, el *fanfarrón* tiene, como los seres anómalos, “su lugar en la barraca, donde no desfiguran su monstruosidad: que ella es su arte. En la barraca, que es todo lo contrario del teatro” (*Radiografía de la Pampa, Ibid.*, p. 123. Acaso en estos pasajes de su obra más sobresaliente, Don Ezequiel prefigurara, sin sospecharlo, lo que habría de pensar, por fin, de Perón: un fanfarrón, en el barrial de una barraca, hablándole a un pueblo degradado, a un *lumpenproletariat*.) Su primera intención con esa masa envilecida es de generosa pedagogía: “Espero que han de ser un día los peronistas quienes mejor me comprendan y me den la razón. Eso indicaría que el espíritu del Señor habría descendido sobre mi pueblo. Nunca he aspirado a nada más” (*¿Qué es esto?, Ibid.*, p. 19).

¿Recuerdan a los migrantes? Para Don Ezequiel, en la línea del diario *La Vanguardia* (los dibujos de Tristán era agraviantes para el pueblo al que dibujaba como una banda de patibularios, sucios violentos), los migrantes era “un sector numeroso del pueblo, el de los resentidos, el de los irrespetuosos (...) Sector de individuos sin nobleza, con una opinión peyorativa de los grandes hombres y de los sectores intelectuales

en general y en bloque” (EME, *Ibid.*, p. 23). Qué enérgimo, realmente. “Sin nobleza.” ¿Qué podemos pensar de esta caracterización luego de nuestros desarrollos de la clase obrera como una clase bastarda que, desde su bastardía, debe crearse a sí misma? Sigue: “A este populacho (...) se dirigió Perón. Se ofreció en mangas de camisa a que lo manosearan; y al *noli me tangere* opuso el ‘mano a mano’ de los villanos” (EME, *Ibid.*, p. 23). También Rosas, el día de la asunción de su primer gobierno, le explica a Santiago Vázquez, representante de la Banda Oriental: *Tuve que hacerme gaucho como ellos. Para entenderlos y para que me entendieran*. Pero, si para entender a la “negrada” hay que tolerar que la “negrada” lo toque a uno, no, señor, eso que lo hagan los “tiranos”. Veamos, ahora, esta joya, este texto que revela lo que sintieron las clases dominantes cuando vieron a los cabecitas del 17 de octubre. Ahí se ve todo: el odio racial, el desdén de clase, la altanería del “educado”. Dice Don Ezequiel: “El 17 de octubre Perón volcó en las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie había reconocido” (EME, *Ibid.*, p. 31). ¡Claro que nadie lo había reconocido! Ni la oligarquía, ni los radicales, ni los comunistas, nadie. Sigue: “Parecía una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos” (EME, *Ibid.*, p. 31). ¡Marte ataca! Gentes de otro país, ¿de otro planeta? Sí, extraterrestres que venían, curiosamente, de la tierra. Ellos, los intelectuales y la oligarquía, los habían ignorado. Pero tuvo “la habilidad de sacarlo a la superficie y de exhibirlo sin avergonzarse de él” (EME, *Ibid.*, p. 31). Eran el *lumpenproletariat*. “Palabra técnica”, para Don Ezequiel. “Era asimismo la Mazorca, pues salió de los frigoríficos como la otra salió de los saladeros. Eran las misma huestes de Rosas, ahora enroladas en la bandera de Perón, que a su vez era el sucesor de aquel tirano” (EME, *Ibid.*, p. 32). Mentira: el proletariado del 17 de octubre no fue La Mazorca, que era un grupo de choque. Fue pacífico. Sólo en la mentalidad deforme, en el odio racial y de clase de sus enemigos se transformaba en la Mazorca. “El 17 de Octubre salieron a pedir cuenta de su cautiverio, a exigir un lugar al sol, y aparecieron con sus cuchillos de matarifes en la cintura, amenazando con una San Bartolomé del barrio norte” (EME, *Ibid.*, p. 32). ¡Pobre, Don Ezequiel, cuánto miedo al pueblo pobre! Este hombre pareciera poder vivir sólo entre lencería fina, brocados y libros de Goethe y Sarmiento. “Sentimos escalofríos viéndolos desfilar” (EME, *Ibid.*, p. 32). Y bueno, viejo, embromate, hacé el ridículo con ganas, jodete, por decirlo claro. Cita a Vicente Fidel López: “Entre las clases bajas donde Rosas era un Mahoma, es digna la atención de los negros, que hoy ha desaparecido por completo como del aspecto de la capital” (EME, *Ibid.*, p. 41). A los negros los reventaron mandándolos a las guerras como carne de cañón y los liquidó también la fiebre amarilla, que era, como todos sabemos, terriblemente racista. Y luego recurre a Cicerón cuando describe la composición turbia, deleznable, baja, de las “tropas de asalto de Catilina”. Se detiene en el slogan *alpargatas sí, libros no*. Y escribe: “Tenía todas las características de los libros que hicieron circular los nazis” (EME, *Ibid.*, 49). Dice que nuestro país ha engendrado una *cultura bárbara*. Que no ha producido a nadie que pueda compararse con Groussac, Borges, Banchs y Victoria Ocampo” (*Ibid.*, p. 51).

Y ahora: atención. Como no podía ser de otro modo, Eva Perón fue acaso más agredida que el propio Perón por los ideólogos setembrinos. Se arrojaron sobre ella con un odio irrefutable. Bajo todo lo que dirán yacerá un concepto esencial, despectivo, sexista: *puta*. Fue puta, llegó por serlo y lo siguió siendo: *una puta resentida*. Los hombres –las clases dominantes, es decir, también las mujeres– no toleran a una mujer con poder. El machismo aparece en las mujeres con un poder asombroso. Durante estos días de conflicto con el agro, con la Sociedad Rural, volvió a aparecer esa mano infame que imprime la leyenda más criminal con que puede injuriarse a una pared y a un ser humano: “*Cristina, vas a morir como*

Evita”. El odio a Eva es esencial para entender el golpe de 1955 y el odio que seguirá al mismo. Don Ezequiel se lanza exultante a la tarea: “Todo lo que le faltaba a Perón, o lo poseía en grado rudimentario (...) lo consumió ella o se lo hizo consumir a él. En este sentido, era también una ambiciosa irresponsable. *En realidad, ella era la mujer y él el hombre*. Pues hubo en esa conjunción de efectos mágicos, lo que en los amores de Marlene Dietrich con Gary Cooper” (EME, *Ibid.*, p. 245). Lo que impuso Marlene en el cine y en la vida fue la imagen de una mujer libre, dueña de sí y de su sexualidad. Gary Cooper, a su lado, parecía sometido por el poder de sus encantos pero, sobre todo, por su energía, su abierta desinhibición sexual. Claro que sí: una puta. ¿Cómo se le iba a permitir eso a una mujer? Notable cómo los machos de la oligarquía no toleraban mujeres inteligentes a su lado. Las mujeres a criar los hijos, a manejar la servidumbre y a cuidar el hogar. Con ella, el sexo era cosa secundaria, infrecuente. El macho oligárquico desahogaba sus instintos con las prostitutas, con las mejores. Pero jamás se casaría con una ni permitiría que su mujer se comportara, en lo más nimio, como tal, que tuviera sus modales, su libertad, sus movimientos cadenciosos, sus miradas, la sexualidad a flor de piel. Lo hemos dicho: ni les permitían mamar sus vergas patronales porque con esa boca besarían a sus hijos y debía ser intocada, aun por ellos, los maridos. Esas “porquerías” se recibían de las putas, las que, además y por serlo, las ejercían insuperablemente. Y, sobre todo, no besarían a sus vástagos, a sus puros herederos, con esas bocas mancilladas.

Hasta aquí hemos llegado. Trataremos de no agobiar tan excesivamente (como solemos hacerlo) al lector con el despliegue de una prosa que cubre las páginas como una mancha voraz. De aquí que, habiéndonos propuesto llegar hasta el *Libro Negro de la Segunda Tiranía*, ni siquiera hemos terminado con Don Ezequiel, aunque poco falta. Porque el tema de Eva Perón es tomado por todos los libros setembrinos. No hay uno que no haga fuego sobre ella. Lo veremos también en el libro de la *Segunda Tiranía*. Insistimos: el ’55 es fundamental. Ahí se instalaron los motivos del odio antiperonista que perdurará... hasta estos días. Porque el peronismo es “una obstinación argentina”, en la poderosa adhesión y en el feroz rechazo. El peronismo, aunque, en sus postulados, proponga la armonía de las clases, ha promovido o ha despertado siempre el odio entre ellas. Muy simple: los pobres adhieren a él y eso es, en este país, insoportable para muchos, para demasiados. Así, la lucha de clases le es inalienable. Lo contrario de lo que dijo, negociando, Cristina F en uno de sus recientes discursos: “El peronismo no propicia la lucha de clases”. Hoy tiene, sin embargo, a toda la oligarquía en contra. Y a muchos de sus propios sectores esperando armar una nueva alianza para jaquear a su gobierno. La oligarquía, las empresas transnacionales buscan un peronismo más afín, más dócil, más liberal. Algo parecido a Menem. Un tipo que controle a las masas, a los sindicatos, que no moleste con la maldita cuestión de los derechos humanos, que no haga retenciones al campo ni a la industria ni a nadie, que deje ganar mucho y, en ese caso, importará poco si también es mucho lo que roba. Total, es más lo que permitirá ganar. ¿Quién se pondrá al frente de ese proyecto? ¿Scioli, Duhalde, Macri? Hagan sus apuestas. Pero el proyecto del “apriete” oligárquico y comunicacional es ése: echar a los setentistas, a esta banda de terroristas, de montoneros revanchistas” del Estado. Y poner “a los hombres de orden” del movimiento.

Seguiremos un poco con Martínez Estrada. Y entraremos en el *Libro Negro* y luego en otros hasta cerrar por completo la etapa del primer peronismo, en la que hemos incluido, según se ha visto, a la Revolución Libertadora, a sus hombres y a sus libros.

Colaboración especial: Virginia Feinmann - Germán Ferrari.

PRÓXIMO
DOMINGO

Los libros de
la Libertadora

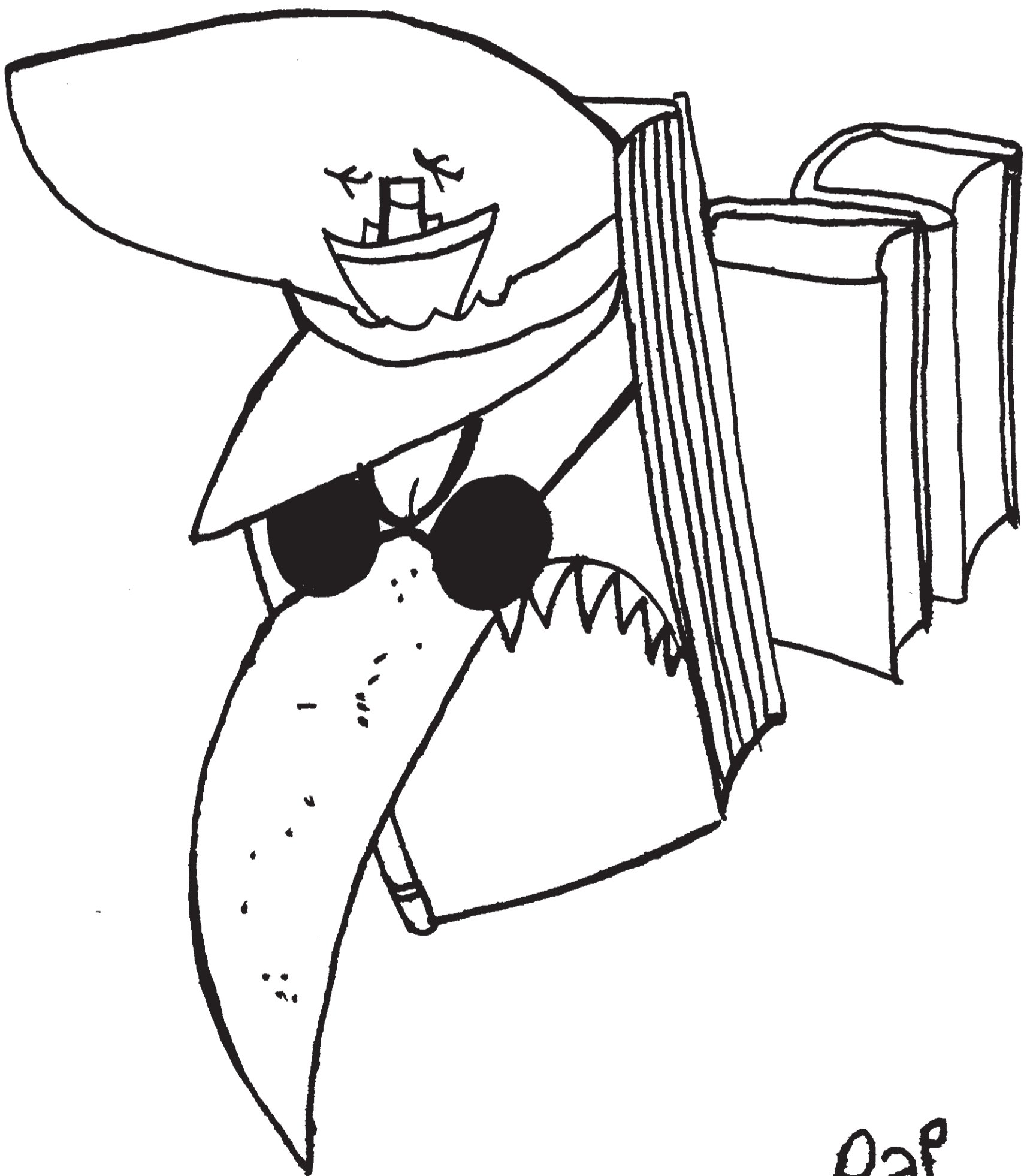
IV Domingo 27 de abril de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

24 Los libros de la Libertadora



Rep

LOS ATRIBUTOS DE LOS DIOS INFERNALES

Martínez Estrada se empecina en el análisis de la pareja Perón-Eva, quienes, decide, son una pareja demoníaca. No podría haber sido de otro modo, pues “un ingrediente demoníaco hizo posible el milagro peronista” (EME, *Ibid.*, p. 245). Son, ese hombre y esa mujer, “dos aspectos alotrópicos de Satanás” (*Ibid.*, p. 245). Lo alotrópico –por si alguno de los que esto leen no alcanza a la erudición de don Ezequiel– significa que un mismo cuerpo puede presentar más de una forma, hay en él un alboroto de átomos y moléculas y de ese alboroto resulta un cuerpo complejo, con distintas propiedades químicas. Pareciera ser que Perón y Eva eran algo semejante. Porque: “No es que podamos decir que ella era el mal y él el bien, pues los dos eran aspectos alotrópicos de Satanás” (*Ibid.*, p. 245). Pese a que –como todo escritor profesional– no habría de ignorar que una desmedida acumulación de adjetivos suele deteriorar la calidad de una prosa, don Ezequiel elige encenegar su prosa pero dar rienda suelta a su desborde, que, a esta altura, ya podríamos calificar de dionisiaco, fruto perfecto de la embriaguez del odio. Escribe sobre Eva Perón: “Ella era una sublimación de lo torpe, ruin, abyecto, infame, vengativo, ofídico y el pueblo vio que encarnaba atributos de los dioses infernales” (*Ibid.*, p. 245). Me gusta ese adjetivo: *ofídico*. Don Ezequiel lo trajo del griego: *ophis*. Específicamente se les dice así a los reptiles que son serpientes. Tienen una epidermis escamosa. No satisfechas nunca con ella, la cambian todos los años. Evita cambiaba a cada rato sus vestidos Dior. Lucía un vestuario ofídico. Nunca una misma epidermis, siempre otra. La imagen de la falsedad, de la inconsistencia, de la mentira. “Su resentimiento contra el género humano (sigue EME), propio de la actriz de terceros papeles, se conformó con descargarse contra un objeto concreto: la oligarquía o el público de los teatros céntricos” (*Ibid.*, p. 245). Pero de lo ofídico y del resentimiento y del odio a lo superior (la oligarquía) no podemos sino trasladarnos a lo prostibulario. ¿Es que nadie lo advierte? Esta mujer fue, por sobre todas las cosas, una cortesana. EME narra algo que le dijo un amigo que lo visitó cuando aún estaba en el hospital. El amigo, que no parece haber sido peronista, no en vano era amigo de EME y hasta lo visitaba, le dice que lo que ocurre con Eva Perón es que tiene una muy mala experiencia del ser humano. Que trató a muchas figuras de la alta burguesía “en la conyugalidad del tálamo” (*Ibid.*, p. 245). Y fue eso lo que despertó en ella un odio ilevantable “por el hombre, por el macho humano” (Todavía: p. 245). ¿Qué era este odio? ¿Qué expresaba? Expresaba “el desprecio de toda cortesana por su cliente incógnito, del que no le queda después sino el recuerdo de unas monedas” (*Ibid.*, p. 246). El odio sigue creciendo. Admito que más de uno dirá: ¿por qué perdemos tiempo con semejante extraviado? No, no perdemos tiempo: se trata de Ezequiel Martínez Estrada y está expresando el odio de la entera sociedad de los machos argentinos (de ellos y de las mujeres que son tanto o más machistas que ellos, y que odian más y mejor y hasta insultan con mayor encono) por una mujer que, desde un gobierno, desde una posición de poder, encarnó intereses que los agraviaron, que pusieron en peligro sus fortunas, sus superganancias, que son la perdurabilidad de las mismas, ya que para el macho oligárquico perder diez pesos implica no ganar treinta, y ellos no están en el mundo para “no ganar dinero”, están para ganarlo, imaginen hasta qué punto podrán odiar a quien los entrega al contradestino de perderlo, ese contradestino al que los entregó Eva Perón. Además, Martínez Estrada no es torpe ni está loco. A Eva Perón se le decía *yegua*, *puta*, *perona*, *prostituta* con una ligereza total. EME era, por el contrario, más refinado. Lo decía mejor que los carajeadores de los studs, de los cascos de las estancias, del Jockey Club y hasta de la casa de los socialistas, porque ahí estaba Américo Ghioldi y el hombre le dedicó un entero libro que caerá también bajo nuestra

mirada tan curiosa, caramba, tan obstinada en traer al presente cosas de “tiempos felizmente superados”. (¿Será así? ¿Estará uno señalando antinomias que ya no existen o las estará señalando en los días de su gloria injuriosa porque todavía circulan, y hasta se escuchan en voz alta, en los tacho-gorilas, los tacho-fascistas, en el lumpenaje mediático, en las reuniones del poder, del empresariado, en las frescas galerías de las estancias de esa “oligarquía con olor a bosta de vaca”, como supo definirla Sarmiento, que tanto ayudó a su triunfo, y terminó, conociéndola, por detestarlo?)

HOMBRE PÚBLICO Y MUJER PÚBLICA

No, sigamos con EME. ¿Quién sino él podría escribir una frase tan contundente como la que ahora citamos? Lean, así piensa un argentino culto, que ha leído a Goethe y a Nietzsche, en 1955: “Tenía no sólo la desvergüenza de la mujer pública en la cama, sino la intrepidez de la mujer pública en el escenario” (*Ibid.*, p. 246. No diré nada nuevo, pero ¡qué destino el de las mujeres! Si un tipo es un “hombre público” es una figura relevante de la sociedad. Ahora el concepto ha sido erosionado por los propios “hombres públicos”. Y significa más ladrón, charlatán, payaso de la tele basura, periodista corrupto del lumpenaje radial, intendente, político de pactos entre las sombras, sindicalista jetón, etc. Pero en el ’55 –y ya desde mucho pero mucho antes– un “hombre público” era sinónimo de esa otra figura con que la burguesía nombraba el honor: “un hombre de bien”. Un hombre de estatura moral. Un reconocido por sus pares. La fama no era sinónimo del barullo fácil y mediático de hoy. Nada tenía que ver con la “farándula”. No, un “hombre público” era Mitre. Era Mansilla. Era Alvear. Era Robustiano Patrón Costas. Era Nicolás Repetto. Era Alfredo Palacios. Era Federico Pinedo. Una “mujer pública” era, sin hesitación posible, una mujer que vendía su cuerpo por dinero. Al hacerlo, ese cuerpo devenía público. Ella era, entonces, una puta. Una puta era una mujer cuyo cuerpo era conocido por muchos hombres, quienes habían pagado para poseerlo sexualmente. El conocimiento de los hombres que lo habían rentado momentáneamente tornaba público a ese cuerpo y pública a la mujer que lo había entregado, cedido. Como la castidad es el recato, el hogar, lo privado, lo burgués, la notoriedad de la mujer pública, la notoriedad de su cuerpo, la alejaba del ideal de “lo decente”. Hacía de ella una puta. Hay un título de un gran film de Alfred Hitchcock que, con frecuencia, ni los propios cinéfilos entienden: *Notorius*, con Cary Grant, Ingrid Bergman y Claude Rains. Aquí, absurdamente, se conoció como *Tuyo es mi corazón*. Es la historia de una mujer que debe entregarse –por pedido del contraespionaje norteamericano– a un nazi para quitarle sus secretos y delatarlo. Quien la guía en la tarea es el hombre que ha sido su amante. El sufre por tener la orden de facilitar la operación: conseguir que ella intime con el nazi, entre en su vida, en su alcoba y en esos códigos que acaso representen un peligro para “América”. El, Cary Grant, sufre. Pero si el film se llama *Notorius* es para señalar que ella, Ingrid Bergman, al haberse entregado a *dos* hombres, al que amaba y al nazi (Claude Rains), se ha tornado una “mujer pública”, una mujer “notoria”. *Toda mujer notoria es una puta*. Eva Perón fue la más *notoria* de todas. Así razona el machismo, aquí y en todas partes. Pero muy especialmente aplicó sus códigos crueles y agraviantes a Eva Perón.) Su predecesora –sigue nuestro ilustrado autor– no fue Agripina sino Sempronia. Y recurre a *La conjuración de Catilina* de Cayo Salustio. El que nos hace saber que Sempronia era una mujer de muchos excesos, que los mismos exigían un “arrojo varonil” (*Ibid.*, p. 247). Y que no sólo era lasciva, sino que tanto lo era “que más veces solicitaba a los hombres que era solicitada” (*Ibid.*, p. 247). A ver si entendimos bien: Sempronia era tan excesiva que desbordaba lo que conocemos como conducta habitual en una simple puta. Una puta es una mujer que acepta con facilidad y por dinero la solicitud que los hombres hacen de su cuerpo público. Sempronia, por el contrario, no aguardaba la solicitud de los hombres. Ella era lo peor que puede ser una mujer: era activa, se adelantaba a las intimaciones, a las exigencias de los hombres. Era ella la que intimaba,

ella la que exigía. “¡Hazme tuya!”, era su orden. Buscaba más de lo que era buscada. Buscaba por puro goce pues ni dinero requería. Evita era así: era Sempronia. ¡Pensar que algunos se indignaron con la ofensa de la ópera rock de Rice y Webber o con la película de Madonna! No: fueron argentinos los que con más odio y hasta con más hojarasca cultural insultaron a Evita. Hay una explicación: era imposible que Rice y Webber hubieran podido odiarla como ellos. *No les había metido la mano en los bolsillos*. No les había soliviantado a las masas. Nunca habían encontrado, como Ezequiel Martínez Estrada y tantos otros, expresiones religiosas de adoración popular dedicadas a ella. Habían oído hablar de eso. Pero no lo habían visto. Don Ezequiel lo vio. Dijo que *La razón de mi vida* era un catecismo. Dijo que Evita tuvo el poder de un enviado carismático sobre las masas simples, ignorantes. Que la adoraron con un misticismo inédito. Que gozó de ese poder “como nunca antes ningún otro mistagogo político sudamericano” (*Ibid.*, p. 253). “En Córdoba (dice) he visto, en casas humildes, altarcitos con el retrato en colores de Eva Perón, dos velas encendidas y un ramito de colores. Era para arrodillarse a rezar con la familia” (*Ibid.*, p. 253). Y si alguien cree que, como a Sabato, esto va a perturbar a Martínez Estrada, que le hará ver, como a Sabato, el aspecto dual y contradictorio de la criatura humana, de la patria argentina, que lo atormentará, como a Sabato, que los humildes lloren a Eva Perón en tanto los argentinos de la cultura la odian, ni ahí.

UNA MISTAGOGA

EME lo tiene todo claro: los que pusieron ese altarcito son ignorantes, lúmpenes, adoradores de una deidad pagana, infernal. Son víctimas de una *mistagoga*. Qué palabra, caramba. Si le hubieran dicho a Evita que era una mistagoga posiblemente se habría reído. Un mistagogo es un sacerdote pagano. ¿Cómo se forma semejante palabreja? Con “mystes” (el iniciado en misterios) y “agogos” (el conductor). Eso era ella: una diosa pagana para el culto pagano de los negros brutos de la Argentina. De los de Buenos Aires, de los de Córdoba, de los de todos lados. Confieso que ya terminaba con Martínez Estrada pero me atraía esa palabra: mistagogo. El mistagogo ejerce la mistagoga. Eva, además, era una mistagoga puta. “Naturalmente el altar de esa diosa tiene que ser el lupanar y ya Perón había anunciado que convertiría a su patria en un gran prostíbulo” (*Ibid.*, p. 256. Interesante frase de la que EME, sin embargo, no indica la fuente. Lástima: habría sido más funcional, comprensible y directa para atacar a Perón que el Discurso en la Bolsa de Comercio. Del cual el mago de los movimientos pendulares ofreció otras facetas, frases o cartas alternativas, anticapitalistas y antiimperialistas).

No es casual que el ensayo de Martínez Estrada esté signado por lo desmedido. Era un escritor nietzscheano. Tanto odió al peronismo que estuvo enfermo e internado casi para no verlo, no padecerlo. No pertenecer a la vida civil en tanto el movimiento gobernara. No pretendo decir que sus exasperaciones no fueran compartidas por los otros gorilas que publicaron libros durante esos tiempos, pero estas apelaciones al Maligno tienen una fuente más erudita, y si aparecen es por el bagaje cultural de EME, que es, sin duda, mayor del de los escribas del *Libro negro de la segunda tiranía* o el de Mary Main, que no es desdeñable. El nietzscheísmo de Estrada lo lleva a los extremos. Da una interpretación dionisiaca del peronismo. Ve en el peronismo un hecho dionisiaco. Su *Nietzsche* no es un mal libro. Queda fuera de las polémicas de hoy, que toman más a Nietzsche como parte de la destrucción de la metafísica que emprende Heidegger. Pero es un libro sesudo, bien trabajado. En él, EME dice que el loco de Turín expresa el lenguaje estético anterior a Heráclito, Empédocles y Pitágoras. Que usa “el muchísimo más profundo lenguaje de los poetas ditirámicos, que ya Aristófanes en *Las ranas* añora como para siempre perdido. *Es la sabiduría de los silenos que vivían, sentían y razonaban en contacto pavoroso u orgiástico con la naturaleza y las divinidades desconocidas de la vida*” (Ezequiel Martínez Estrada, *Nietzsche, filósofo dionisiaco*, Caja Negra, Buenos Aires, 2005, p. 39). Y a renglón seguido (según suele decirse) sintetiza lo esencial que le debemos a Nietzsche y que, cree-

mos, es el origen del aliento desmedido que impulsa su *Catilinaria* sobre el peronismo: “Sin duda merced a la aventura inaudita de Nietzsche estamos hoy mucho más cerca de la concepción trágica de Esquilo y de Eurípides (...) que de la concepción no menos ingenua pero ya sin *pathos* de Aristóteles” (*Ibid.*, p. 39). Y más adelante (aunque lo hace a lo largo de todo el ensayo) torna a explicitar lo que Nietzsche le entrega, lo que él encuentra y admira en el genio de *La genealogía de la moral*: “La problemática de Nietzsche en gran parte proviene de que ha considerado como un deber moral de su inteligencia no prohibirse deliberadamente ningún extremo a que su pensamiento pudiera conducirlo. Se consideró a sí mismo como explorador, como revelador de temas incógnitos. Sus referencias a esa situación, casi siempre expresadas en un lenguaje poético, alcanzan alturas de belleza luminosa” (*Ibid.*, pp. 46/47. Cursivas mías). Qué duda cabe: Don Ezequiel escribió *Qué es esto* sin prohibirse ningún extremo a que su pensamiento pudiera conducirlo. Sólo que, al final de ciertos extremos, no está la embriaguez de Dioniso, sino el ridículo.

LA MUJER DEL LÁTIGO

Todo el mundo, todas las agencias noticiosas, todos los medios del espectáculo, mencionaron su nombre en 1996. Madonna filmaba el musical *Evita* dirigida por Alan Parker. El primer señalado para dirigir el proyecto había sido Oliver Stone, quien le había ofrecido el papel a Michelle Pfeiffer, pero la Susie Diamond de *Los fabulosos Baker Boys* y la *Gatúbela* de *Batman vuelve* rechazó el papel. Una lástima. Madonna estuvo apenas correcta. Se embarazó justo cuando tenía que morir de cáncer y por más make up pálido-muerte que le metieron en su jeta-pop, se la vio demasiado gordita para alguien que se muere, y más si uno recuerda a la Evita de los últimos días. El nombre al que hacemos mención no es el de ella. Por supuesto que estuvo en todas las bocas y en todos los medios y acaparó reportajes por medio mundo. Pero no: hubo otro nombre que volvió a primer plano con la filmación de *Evita*. Ella se llama Mary Main. Y es la autora de la primera biografía seria, documentada y bien escrita que se

hizo sobre la mujer que los humildes amaron y lloraron. Muchos se asombrarán de estas afirmaciones. Caramba, luego de tratar con tanta desatención a Ezequiel Martínez Estrada, alias el autor de *Radiografía de la pampa*, viene uno a decir que el libro de la señora Main (odiado por los peronistas y hasta por buena parte de los argentinos) es una biografía seria, documentada y bien escrita. Ocorre que es así.

Vayamos por partes. El libro de Mary Main, *La mujer del látigo*, salta a la fama mundial cuando Andrew Lloyd Webber y Tim Rice adaptan su libro para el musical *Evita*, que se monta en Broadway en 1978, y que narra, según Leonard Maltin, “el ascenso de Eva Perón desde su ilegítima infancia hasta su casi-deificación como Primera Dama en la Argentina de los años cuarenta”. (*Nota*: Leonard Maltin es un célebre estudioso del cine norteamericano, mediocre, conservador, pero ingenioso y tremendamente exhaustivo en su trabajo, el cual se expresa, sobre todo, en una *Movie guide* que saca año tras año y en la que el curioso o el cinéfilo puede encontrar casi todas las películas que Hollywood filmó y también las extranjeras que en Estados Unidos se estrenaron, con sus casts, sus directores y su año de filmación. Sus juicios, como los de todos, son arbitrarios, pero nada deteriora la utilidad de su trabajo, que es serio y responsable.) Ahí se habló mucho de Mary Main. La versión de 1978 inició lo que sería un éxito descomunal y pondría a Eva Perón —haya sido o no agradable para nosotros la interpretación de los hechos— en el lugar de icono de la historia universal, un lugar para el que estaba bien equipada, pues era formidable el material que tenía para ofrecer: belleza, pasado incierto, bastardía, ascenso hacia el poder, conquista del poder, relación con un “dictador sudamericano”, relación de amor con el pueblo, su Fundación, su renunciamiento y su muerte lenta, dolorosa, hecha casi pública, casi visible en ese terrible discurso del 1° de mayo de 1952 en que termina llorando y buscando cobijo en los brazos de su marido, su entierro espectacular, de clara inspiración mussoliniana y, por eso mismo, grandilocuente, desmedido, una ópera macabra con un

coro de humildes que lloran y despiden a la que era su abanderada, y a la que sería la única y la última que habrían de tener, mujer u hombre. La ópera rock tiene una intérprete excepcional, la mejor: la actriz de Broadway Patty Lupone. La inclusión —que, desde luego, no figura en el libro de Main— de Ernesto “Che” Guevara como relator y crítico de los hechos reveló un ingenio innegable por parte de los creadores y algo digno de pensarse: Ernesto Guevara, socialista, tercermundista, guerrillero, pero hijo de una familia de clase alta, hombre y ya icono cuasi despolitizado de la rebeldía, era asumido positivamente, era valorado por el “Imperio Americano”, en tanto que Eva Perón, bastarda, pobre, mujer de “oscuro pasado”, enemiga ardiente de los Estados Unidos, pasionaria de un gobierno que, para los yanquis, había sido pro-Eje, que había cobijado a todos los nazis que huyeron de Alemania, que había injuriado a su embajador Braden y que era despreciado por las clases altas, por la oligarquía agraria y ganadera, Eva Perón, decíamos, era repudiada y reprendida como prostituta, como mujer que ha usado su cuerpo para preparar de “cama en cama”, camas de cantantes, camas de actores, camas de empresarios del espectáculo, camas de militares, hasta llegar a sus amores con Perón, un coronel nazi que le permite todo, sus ambiciones desmedidas, su manejo demagógico de las masas, su ayuda interesada, su enriquecimiento con los fondos de la Fundación, etc. (*Nota*: Ha surgido, un poco tarde tal vez, pero no hay por qué suponer que todo aparecerá en su debido momento en un trabajo que nos proponemos hacer incluyendo todos sus desvíos, todas sus sorpresas, el tema de Perón, Braden y la injuria que Estados Unidos y la

oligarquía argentina reprochan al hombre de la Secretaría de Trabajo y Previsión haberle propinado a tan importante figura de la diplomacia. Hay una anécdota exquisita que pinta al Perón del '45, el más inspirado, como pocas. Spruille Braden presenta sus credenciales el 21 de mayo de 1945. Nadie ignora lo que hizo: participó en rumbosos, opulentos banquetes oligárquicos. Y se reunió con socialistas, comunistas y sindicalistas de la vieja guardia. “Sabrás que Braden fue visitado por una delegación obrera (dice un personaje de una novela de Manuel Gálvez, escritor excesivamente olvidado, pero leído con fervor en su tiempo y muy popular: será por eso que lo olvidaron). Los comunistas nos ayudan enormemente. Y tanto han hecho que ya nadie tiene miedo al comunismo” (Gálvez, *El uno y la multitud*, Alpe, Buenos Aires, 1955, p. 237). Con quien aún no se ha reunido Braden es con el coronel Perón, la figura poderosa cuya estrella brilla incesante. Braden lo visita varias veces. Hay tanteos iniciales, frases corteses pero frías. Nada que importe. Cierta día, Braden (un poco como J. C. Escribano con Kirchner) le dice abiertamente todo lo que tiene que hacer si quiere ser bien estimado en los Estados Unidos. Perón le contesta una frase que, con justicia, hizo historia: “Disculpe, embajador: pero yo no quiero ser bien estimado en su país al costo de haber sido un hijo de puta en el mío”. Perón tuvo grandes aciertos, cometió grandes errores y hasta grandes hijoputees, pero se dio sus gustos. Haberle dicho *eso* a un embajador de los “Estados Unidos de América” debe ser un galardón que comparte con muy pocos. Ese mismo día, la CIA y el Departamento de Estado ya sabían con quién habrían de lidiar en



el lejano sur, aumentaron la cifra de nazis que entraron a la Argentina y decidieron hacer, para la eternidad, de Perón un nazi y de Evita una puta. Hasta hoy perdura ese relato.)

LA LECHE DE LA CLEMENCIA

Pocos se han ocupado de leer el libro de Mary Main y la versión que circula entre nosotros es que se trata de una obra pérfida que meramente recopila, aumentándolos si cabe, los peores chismes que el gorilaje oligárquico decía de Eva Perón. Main, sin embargo, hizo más que eso: hizo la primera biografía seria, documentada, de Eva Perón. El libro se publica en Estados Unidos en 1952 y Main lo firma como María Flores, porque, dice, tenía miedo por sus amigos de Buenos Aires. Se llama *The Woman of The Whip (La mujer del látigo)*. En su tapa se lee: “La primera y objetiva biografía de la glamorosa y peligrosa (*the glamorous and dangerous*) mujer que controló la Argentina, la finada Eva Perón”. Lo publica una editorial de Nueva York. Main escribió su libro antes de la muerte de Eva. Aquí, coherentemente, se edita en diciembre de 1955, a pocos días del golpe setembrino, como si hubieran estado esperando. Main ya no firma María Flores, sino que lo hace con su propio nombre. La editorial es *La Reja*. En 1956 dice haber editado ya cinco ediciones: 26.000 ejemplares, cifra que, para la época, era fenomenal. También lo sería hoy. En la tapa se lee el título y una leyenda propagandística: “Éxito mundial, ahora en Argentina”.

Main era argentina, de padres ingleses. Vivió muy poco tiempo en el país. Antes de Pearl Harbour emigró con su familia a la ciudad de Toronto y luego se instaló en New York. La *maldición de Evita* pareciera haberle dado de lleno. Mary Main, a lo largo de su vida, fue encegueciendo cada vez más hasta perder por completo la vista. El éxito de la ópera-rock llevó su libro a un éxito que no esperaba y eso alegró sus días postreros.

Lejos está de ser el escritor o el político que más despiadadamente trató a Evita. Su libro, al ser publicado en la fecha en que lo fue, forma parte planeada, instrumentada, de la Libertadora. Pero Main, en el agravio y en el odio, fue superada por los argentinos. Ella no escribió textos que se leen en el libelo de Américo Ghioldi, personaje al que todos dicen “NorTEAMÉRICO Ghioldi”, y que ha pasado tristemente a la historia porque luego de los fusilamientos de 1956 dijo una frase que, en su momento, habrá agradado a muchos, a Borges y Bioy, a la gente de *Sur*, a los comandos civiles, a las clases dominantes, pero, con los años, repele a todos pues lleva en sí una carga tanática, un cruel desdén por la vida, que desagrada aun a los antiperonistas: *Se acabó la leche de la clemencia*. (Nota: Se lee en el *Diccionario biográfico de la izquierda argentina* de Horacio Tarcus: “Otra vez al frente de *La Vanguardia*, ahora desde Buenos Aires (y hasta fines de 1956), es el autor del célebre editorial en que, avalando la represión al levantamiento peronista encabezado por el general Juan José Valle, en junio de 1956, afirma: “Se acabó la leche de la clemencia” (*La Vanguardia*, 14/6/1956)”. El *Diccionario* de Tarcus es un valioso esfuerzo y una auténtica herramienta de trabajo. Y aunque figuran Ghioldi y Francisco Pinedo, no faltan los hombres de izquierda que adhirieron al peronismo como Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós, o peronistas de izquierda como John William Cooke o también Rodolfo Walsh, que escribió en *Noticias*, el diario de superficie de *Montoneros*, que dirigió Miguel Bonasso, un escueto pero respetuoso epíteto de Perón, y que discutió con la soberbia, iluminista, vanguardista sin bases, militarista conducción de *Montoneros* en el exilio, desde el país en que perdería su vida, que la acción revolucionaria no puede escindirse de la organización de las masas, de su apoyo, de su participación en la lucha. Esa era la concepción originaria de la izquierda peronista: trabajar desde *adentro del peronismo* porque se trabajaría con las masas y no en exterioridad a ellas. Walsh insistirá en el repliegue de la lucha armada porque el repliegue de las masas así lo requiere.

Montoneros seguirá con su política aislada, militarista, ferrera, solitaria, una vanguardia iluminista girando en el vacío. Volveremos a fondo sobre estos temas. Porque el camino es largo y agotaremos todas sus instancias.) Una frase digna de Videla o del general Camps, lo que señala el linaje entre aquellos fusilamientos y el golpe de 1976, cuyos fanáticos adherentes civiles, Jorge Luis García Venturini, Jaime Perrioux, Jaime Smart, Martínez de Hoz, Walter Klein y tantos, tantos otros, también habrán dicho: *Se acabó la leche de la clemencia*. Con una sola diferencia: esa “leche” ya se había acabado no bien el asesino Alberto Villar fue ascendido por Perón a jefe de la Policía Federal, cruentos tramos de esta historia, sus lodazales, en los que aún no hemos penetrado. Main, por ejemplo, no escribió: “En sus discursos incitó a la violencia y al crimen. Los diarios registran sus peroratas incendiarias que se suceden desde el comienzo de su actuación hasta un mes antes de morir, cuando desde las escalinatas de la Casa presidencial lanzó el incendiario evangelio de la destrucción: pidió encendamos la Argentina, pero defendamos a Perón; no he venido a traer paz sino a incendiar la tierra. No podría hablarse de imprecaciones, pues su vocabulario no alcanzó nunca dignidad formal. Pusieron en sus labios una oratoria exterminadora que ella, poseída, manejó gustosa. La ‘bellatrix’ del régimen sólo conocía palabras de furia y violencia” (Américo Ghioldi, *El mito de Eva Duarte*, Montevideo, octubre de 1952, pp. 47/48. *No figura nombre de casa editora alguna*. Sólo figura el lugar desde el que se escribió el libro: Montevideo, refugio caro a los exiliados de las “tiranías” argentinas. Los de las otras tiranías—la de 1976, por ejemplo y sobre todo— no pudieron ir al Uruguay, pues el país trabajaba dentro de la llamada *Operación Cóndor* formada por, precisamente, Uruguay, Argentina, Paraguay, Chile. Los exiliados de la tiranía de Videla—que sí, *sin duda alguna*, fue una tiranía— tuvieron que buscar en horizontes más lejanos su salvación y algunos ni ahí la encontraron.) Notemos el desdén de Ghioldi por la ausencia de “dignidad formal” en el lenguaje de Evita. Siempre late el tema de la barbarie. La mujer del tirano ni siquiera sabe hablar correctamente, como hablan ellos, los profesores como Ghioldi, los socialistas como él, buena gente, culta, de modales. Y sigue: “En el poder reveló un amor desmesurado al lujo; en joyas y ropas debe haber invertido no menos de cien millones de pesos” (Ghioldi, *Ibid.*, p. 49).

NIÑAS REBELDES Y PUTAS AZAROSAS

Si Evita hubiese sido una señora de la oligarquía, ninguno de estos machistas, de estos tipos llenos de odio por los que llegan desde abajo, por los que ocupan los lugares que no deben, le habría dicho nada. Lo mismo con Cristina Fernández y sus carteras o sus relojes. ¿Alguien imagina posible que se le cuestionara a Victoria Ocampo tener una casona tan opulenta en las Barrancas de San Isidro? ¿Alguien le dijo algo a Marcelo T. de Alvear por las joyas de su suntuosa mujer, Regina Pacini? Lo que suya es lo siguiente: la oligarquía tiene lo que tiene porque tiene *derecho* a tenerlo. “Los campos no se compran, se heredan”, le dice Elna Colomer a Juan Duarte en *Ay Juancito*. Y no sólo derecho, también sabe cómo usarlo. A la oligarquía le cae bien ser rica, rumbosa. A los otros, a los que carecen de linaje, el lujo sólo sirve para revelar su ambición. *Quiéren ser lo que no son*. Escribe Ghioldi: “¿Este furioso e incontinente amor al lujo pone al descubierto el escondido móvil que condujo su vida azarosa?” (*Ibid.*, p. 49). Qué perfecto canallita: lo de “vida azarosa” significa “puta”. Una señora “bien” no tiene vida azarosa. Y si Victoria Ocampo la tuvo fue por su “rebeldía”. Las niñas de las clases altas si son “azarosas” es porque son “rebeldes”, “curiosas”, “inquietas” y, por fin, “poetas”. Si Evita es “azarosa” es porque anduvo pasando de una cama a la otra, no de Roma a París y de París a Londres. ¿Por qué nunca se ha dicho nada de Regina Pacini de Alvear? Era, al cabo, una *prima donna*, era por-

tuguesa, pero era una cantante lírica. Una cosa son Verdi, Puccini y Wagner y otra una chica de Los Toldos que apenas si cantaba *La cumparsita*. Pero tampoco es lo esencial. Lo que importa es esto: “Su figura (la de Alvear) respondía a ‘una cierta idea del país’ agropecuario, grandioso, bucólico, pacífico, que debía proyectarse al ritmo de las grandes repúblicas democráticas que él había conocido y admirado en sus largas residencias en Europa” (María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 478). Alvear era un sibarita, le gustaba la buena vida, la vida de la noche, fue presidente del Jockey Club, hizo deportes, fue el perfecto *bon vivant* y, como buen enamorado del amor que era, se casó con la *prima donna*, con Regina Pacini. “Esto fue juzgado como una nueva locura de Alvear por la pacata sociedad tradicional, que perdía con esta boda a un soltero codiciable. Ella dejó su profesión. Formaron un buen matrimonio dentro de los cánones de la época; residieron mucho tiempo en París y se vincularon con gente refinada” (Sáenz Quesada, *Ibid.*, p. 479). ¿No es un cuento de hadas? No creo que nadie le haya cuestionado a doña Regina Pacini de Alvear nada de lo que se pusiera encima. A lo sumo, las conchetas solteras le recriminaron que les robara a “un soltero codiciable”. Hay cosas que repugnan. Hay un odio de clase tan profundo en este país. Hay un siempre renovado cholulismo por la gente bien, por la aristocracia, por los dueños de la tierra o por las señoras de clase. Y si acaso eso ha disminuido (se me dirá que la oligarquía no está en su apogeo y es cierto), lo que no disminuyó es el resentimiento contra el que vino de abajo, con el que usa lo que *por naturaleza* no le pertenece. Si alguien quiere criticar a Cristina F que critique su política pero que no utilice para hacerlo la cartera o los zapatos que usa. Lo hicieron con los vestidos Dior de Evita, aunque, se sabe, después los cambió por el traje sastre y el rodete de la militante. Pero, ¿por qué no les ofende la riqueza de los herederos? Al cabo, los que llegaron a lo alto algún esfuerzo tuvieron que hacer. *Tuvieron que ganárselo*. Por eso se les dice *ambiciosos, trepadores*. O, como dice el miserable Ghioldi de Evita, “furioso e incontinente amor al lujo”. Los que vienen de abajo no heredaron nada: se lo tuvieron que ganar todo. A los otros les cayó de arriba. Si viene la reina Mariana o la princesa de donde sea les rinden tributos y hablan de su elegancia. A Lady Di nadie jamás le dijo que se vestía lujosamente: admiraban su buen gusto. Nadie le dijo que revolvió demasiadas camas con demasiados amantes: le gustaba ser libre, ser la rebelde de la Corona. Puta, jamás.

Concluye Ghioldi: “Corta de inteligencia, deficiente de cultura y sensibilidad femenina, ignorante de las relaciones morales y civiles de los hombres, sin autocrítica, sin carga de escrúpulos de conciencia, falta de gusto, Eva Perón ingresa a la historia como una leyenda plantada en el mentidero argentino” (Américo Ghioldi, *Ibid.*, p. 49). En cambio, Mary Main, la autora del libro que inspiró la ópera-rock que indignó al país, termina su libro diciendo: “Por otra parte, aquellos que inician la tarea (de recuperar al país, JPF) no deberán subestimar la influencia que ‘Santa Evita’ ejerce en los corazones simples y las almas sencillas, influencia que puede ser fortalecida y no debilitada por la muerte y que desaparecerá, *no por medio de leyes y decretos*, sino con ilustración, esperanza y libertad” (Mary Main, *Ibid.*, p. 199. *Cursivas mías*). A Evita y al peronismo, en cambio, los libertadores los quisieron desaparecer con el decreto 4161 y a Evita, sin más, la desaparecieron. Tanto miedo le tenían a su cadáver. Sabían que el pueblo la amaba. No el lumpenproletariado de Ezequiel Martínez Estrada. No la “chusma” de la oligarquía. O los obreros incultos, bárbaros de Ghioldi. Sino eso que Mary Main, cálidamente, llama “los corazones simples y las almas sencillas”. O sea, las almas y los corazones que amaba Tolstoi.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann y Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

Sabato, el hombre
sensible de la
Libertadora

IV Domingo 4 de mayo de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

25 Los asesinos de escritorio



JAIME SMART: CÁRCEL PARA EL PRIMER REPRESOR CIVIL DE LA DICTADURA

Supongamos que uno tiene el delirio de escribir una historia exhaustiva sobre el peronismo, una “historia para la historia”, supongamos que decide seguir un plan que posea cierto rigor expositivo, que no sea rígido porque con el peronismo si uno se pone rígido elige alguno de los tantos bandos, se aferra a él y ya no entiende nada, pero uno busca un plan expositivo claro y, de algún modo, creciente, que vaya acumulando los hechos en un orden que siga al de los *sucesos*, aunque sepa que esos hechos no le van a entregar ni la historia ni la interpretación del peronismo, acontecimiento que tendrá miles de posibilidades de ser narrado e interpretado. Pero, de pronto, ocurre algo, ocurre mientras uno está escribiendo esta filosofía de esta obstinación, el peronismo, y uno se dice: “No, aquí tengo que detenerme”. Lo que ocurrió hoy merece que deje, por el momento, de ocuparme de algo que tanto me fascina (y, creo, también a los lectores) como los libros de la Libertadora, y dar cuentas de este hecho.

El hecho es el siguiente: arrestaron al primer represor *civil* de la última dictadura militar. Lo que, hoy, leí, y lo leí porque me lo envió mi hija que, junto a su hermana, pasaron gran parte de su infancia ensombrecidas por tener un papá tan loco, tan amargo, que nunca reía y que vivía pendiente de noticias que ellas no sabían de qué trataban, aunque, percibían, tenían que ver con el miedo, hasta el punto de que la menor, que tenía tres años en 1976, inventó algo, una amenaza que ella llamaba “los ladrones” y nos decía que iban “a venir los ladrones” y hasta, a veces, llorando, preguntaba: “¿Por qué existen los ladrones?” y la mayor dibujaba una y otra vez, con lápices de colores, militares y policías, una de esas hijas, la mayor, sin agregar una palabra a su mail, me envió esta noticia: “Martes 06 mayo 2008, 13:35: Detuvieron al ex gobernador bonaerense de la dictadura Ibérico Saint Jean. Lo había ordenado esta mañana la Justicia de La Plata en el marco de la causa que investiga el secuestro de Jacobo Timerman. También fue detenido su ministro de Gobierno Jaime Smart. El ex gobernador militar bonaerense durante la dictadura Ibérico Saint Jean y su ex ministro de Gobierno Jaime Smart fueron detenidos hoy por orden del juez federal de La Plata, Arnaldo Corazza. Ambos están acusados de violaciones a los derechos humanos perpetradas en el marco de la denominada ‘causa Timerman’.

”Según informó el abogado querellante Alejo Ramos Padilla a la agencia DyN, ambos se presentaron esta mañana ante el juzgado de Corazza, quien los notificó de sus detenciones y les concedió la prisión domiciliaria debido a que ambos son mayores de 70 años.

”El ex militar Saint Jean y el abogado Smart, defensor entre otros de Albano Harguindeguy, están acusados de múltiples privaciones ilegales de la libertad, secuestros, aplicación de tormentos y desaparición forzada de personas. En la causa por la que fueron detenidos, están imputados por los hechos que derivaron en el cierre del diario *La Opinión* y el secuestro del periodista Jacobo Timerman.

”Héctor Timerman, actual embajador argentino en Washington e hijo del periodista, es el principal querellante en el expediente.

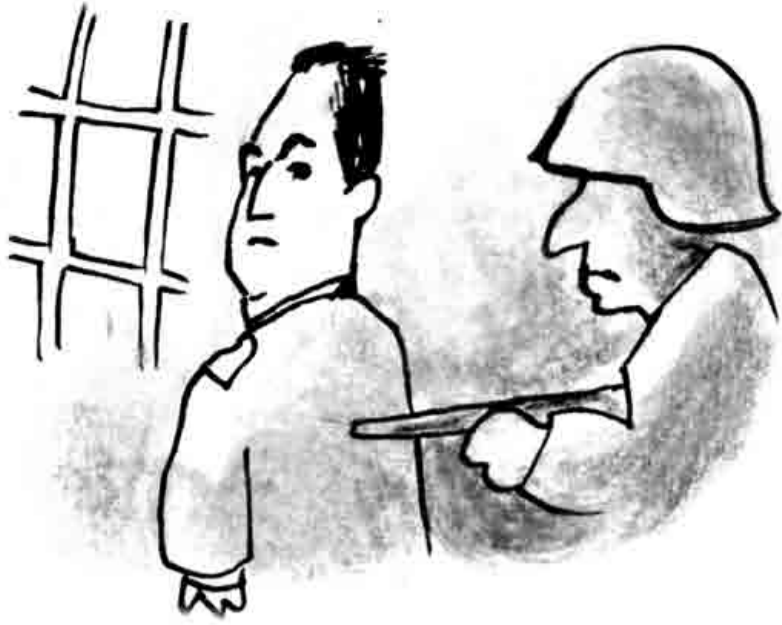
”Con su detención, Smart se convirtió en el primer miembro civil del gobierno de facto detenido por presuntos delitos de lesa humanidad.

(Fuentes: Télam y DyN)”.

No voy a contar una historia que está ya narrada largamente en una de las mejores novelas que escribí y que creo, si no es la “novela de la dictadura”, es, sin duda, una de ellas, sobre todo la que trata la suerte de los que quedaron viviendo bajo el horror pero en superficie, los que sabían que habían hecho bastante pero quizá no tanto, que podían quizá no irse, quizá no ser víctimas, o porque no habían estado “dentro” de ninguna orga o porque no habían agarrado un chumbo en su vida. El doctor Jaime Smart, *el primer civil detenido por crímenes de lesa humanidad*, se encargó, al menos para mi personaje Pablo Epstein, que, los

que han leído mis novelas y los que se las saltaron con todo derecho y no hay drama, saben o sabrán ahora que es un cierto *alter ego* mío, pero igualmente un personaje de ficción. Si uno no escribe una autobiografía y elige escribir una novela y en lugar de ponerse uno pone a un personaje es porque o no quiere contar todo, o porque quiere contar de otro modo, agregando o quitando cosas y, definitivamente, con la excepcional libertad de creación que da la literatura. Pero el doctor Jaime Smart, tanto para Pablo Epstein (el protagonista atormentado de *La astucia de las armas* y *La crítica de la razón*) como para mí, siempre fue un personaje temible, un hombre que, como ideólogo que era, fanáticamente creía que la culpa de todo residía en los ideólogos, en los que habían mancillado el alma de los jóvenes argentinos. Pablo Epstein, en diciembre de 1976, tramaba huir finalmente del país, pero tenía dos contras: había sido intervenido, un año atrás, de un cáncer muy agresivo, *que mata en los dos primeros años*, un cáncer de testículo, que se da sobre todo en hombres jóvenes, de aquí su agresividad inmediata. Si superaba los dos años y seguía vivo podía tener esperanzas. Durante los dos primeros meses de 1976 lo radiaron intensivamente. Los médicos le decían que no se fuera del país porque no podría pagarse el tratamiento adecuado afuera (y era cierto) y, ahí sí, era certero que la enfermedad se agravaría, algo que, en este caso, era morir, sin más. La otra contra para huir era que estaba “loco”. Que el hecho sencillo pero pavoroso de correr el doble peligro de morir por dentro o morir por fuera, o por las células que harían metástasis en el pulmón (que es donde hace metástasis el tumor de testículo) o como parte de las células “subversivas”, como “cómplice” o “ideólogo” que había adoctrinado a quienes las formaron, determinó una neurosis de tipo obsesivo compulsivo, hoy conocida como TOC, Trastorno Obsesivo Compulsivo: leía durante todo el día las declaraciones de los militares y memorizaba los textos que había escrito para “resolver” si él era inocente o no, si debían buscarlo o no. Una vez que las había leído las volvía a leer casi hasta memorizarlas, cosa de la que nunca quedaba seguro. Por lo cual volvía a leerlas. Esa era la pesadilla. No poder detenerse. Igual que el alcohólico. El drogadicto. O el compulsivo sexual. O el que se lava las manos treinta veces por día hasta encontrar que, en lugar de jabón, lo que ahora tiene en las manos es sangre. El trastorno obsesivo compulsivo de Pablo tenía lugar en la recurrencia de pensamientos obsesivo-paranoicos que no podía controlar. (Nota: No había medicación apropiada para esta neurosis durante esos años. Vagamente se daba Halopidol o Anafranil, que no conseguían casi nada. Recién con la aparición del *Prozac*—y sus varios hermanos o primos o sobrinos— la cuestión mejoró. Hoy es bastante controlable, sus “recurrencias” son muy espaciadas y no tienen la agresividad anterior al avance notable de los psicofármacos a partir de fines de la década del ‘80. O sea, Epstein tuvo que esperar muchos años.) Pero la explosiva mezcla que se había producido en la psiquis de Epstein tenía que ver con una noción muy candente acerca de la *culpa*. La propaganda agobiante de la dictadura había logrado—en quienes estaban en el país y la recibían cotidianamente— crear una conciencia de culpa: todo aquel que hubiera hecho algo cercano a ese concepto indefinible (y en esta indefinibilidad radicaba su terror) llamado *subversión* era culpable. ¿De qué? De la destrucción del país. De la guerrilla. De los asesinatos. De la penetración ideológica. Pablo vivía tratando de decidir (éste era el mecanismo más *preciso* de su obsesión compulsiva) si era inocente o culpable. Lo cual, trasladado a su cuerpo, era lo mismo: si era inocente, habría de vivir; si era culpable, moriría de esa metástasis en el pulmón. Sabía que estaba inmerso en la categoría de “ideólogo de la subversión”. Pero conseguía, a veces, serenarse creyendo que la cosa era sólo con la “subversión armada” o que lo suyo tal vez no hubiera sido tan grave. Aquí es donde aparece el doctor Jaime Smart, ministro de Gobierno de Ibérico Saint Jean. Aparece para aclararle definitivamente las cosas a Pablo. Saint Jean, antes, había dicho una enormidad del terror represivo, que hizo huir a muchos, en un discurso en que afirmó (hoy ese discurso es célebre, es una pieza maestra

de la paranoia genocida) que primero matarían a los subversivos, después a los cómplices, después a los familiares, luego a los indiferentes y por fin a los tímidos. (Trataremos estos temas más adelante: al llegar a la dictadura.) Pero la desmesura de Saint Jean era tan abaricante que no consiguió aterrorizar tanto a Pablo como la precisa, fría, acotada, sentencia del doctor Smart. Está, como dije, narrada en *La crítica de las armas*. Paso, pues, a citar el pasaje de la novela, escrita en 2002, mucho antes de que imaginara yo que, alguna vez, el doctor Smart sería detenido. A partir de la p. 101 de la edición que *Página/12* hiciera en 2007 se describe a Pablo deteniéndose en un kiosco, leyendo el titular de la noticia de las declaraciones de Smart, comprando el diario, metiéndose en la confitería *Mignon*, que estaba entonces en Cabildo y Juramento, y leyendo en una mesa las palabras de ese abogado poseído por lo que Adorno había llamado “el principio persecutorio”. He aquí el texto: “Era *La Nación* del 12 de diciembre de 1976. El título del importante artículo (ocupaba casi media página del diario) era: *Desenmascarar a quienes armaron a la subversión. La Plata (NA)*.— Tenemos el deber de desenmascarar a quienes armaron a los delincuentes subversivos, porque si no corremos el riesgo de que dentro de unos años vuelvan de las sombras”. El ministro de Gobierno había hablado por LS11 Radio Provincia de Buenos Aires. Con entusiasmo, se había referido al reequipamiento de la policía bonaerense, “manifestó que en los últimos ocho meses se invirtieron más de 1500 millones de pesos, y que se aumentó el plantel de la dependencia en 30.000 hombres”. Las cifras, pensaría Pablo, el horror de las cifras. Varias veces encontraría, por uno u otro motivo, esa cifra en las declaraciones cívico-militares de los purificadores de su país: treinta mil. “En el Ministerio de Gobierno (seguía el doctor Smart, seguía leyendo Pablo) hemos tenido siempre presente la necesidad de volcar todos los recursos en la lucha contra la subversión”. De acuerdo, piensa Pablo. Eso ya lo sé, ustedes luchan muy duramente contra la subversión, contra el ERP y contra los Montoneros, contra la guerrilla que agredió las sagradas instituciones de la República, pero nosotros, ciudadanos que jamás agarramos un arma, ni un revólver ni una honda ni un cortaplumas, nosotros podemos vivir tranquilos, ¿no? Y el doctor Smart descargaba sus frases más terroríficas, qué te pensás, idiota, todo eso ya se sabe, yo vengo a ampliar la cosa, a señalar, no lo obvio, lo evidente, sino aquello que subyace, lo soterrado, lo que está entre las sombras de la cobardía y lo que expresa, sin embargo, la mayor de las culpas, el origen mismo del pecado, a vos y a los tuyos vengo a desenmascarar... Lo cierto (sigue el doctor Smart, lee Pablo) que esa subversión no es la subversión meramente armada. Muchas veces se equivocan los términos cuando se limita exclusivamente el de subversión al combatiente que es abatido por las fuerzas del orden. En la subversión debemos incluir a quienes armaron a esos combatientes, pues si nos ponemos a analizar creo que son más responsables que los mismos combatientes.” Se invertía la relación valorativa combatientes guerrilleros-militantes de superficie. De pronto, los militantes de superficie eran los más culpables, y hasta los combatientes guerrilleros eran sus víctimas, sus primeras víctimas, ya que habían sido lanzados a la subversión por los “profesores de todas las categorías de la enseñanza”. La ratio represiva del doctor Smart daba vuelta la valoración que se tenía entre guerrillero y militante de superficie. Este último era el más peligroso. Cuando los Montos y toda la Tendencia voceaban “Si Evita viviera sería Montonera” no decían eso, sino lo contrario: que Evita estaría en el lugar más avanzado de la lucha, entre los combatientes armados, en el fragor del combate. No, para el doctor Smart la cosa era distinta. Para él, si Evita viviera habría sido maestra de primer grado inferior, o monja del Tercer Mundo, o periodista o, desde luego, profesora universitaria y habría introducido textos de Marx en sus programas, en sus bibliografías y habría sido peor que la Evita combatiente que pregonaban los jóvenes marxistas, también en esto equivocados, habría sido la Evita que escribiera *Educación y Liberación*, ese libelo que fuera secuestrado en una escuela de Coronel Pringles, ya que “el gobierno de la Pro-



ista M.G.

mente reflexionó sobre la experiencia extrema concentracionaria, el que estableció esa simetría, esa relación inevitable: “No tengo tendencia a perdonar, nunca he perdonado a ninguno de nuestros enemigos de entonces, ni me siento inclinado a perdonar a sus imitadores en Argelia, Vietnam, la Unión Soviética, Chile, la Argentina, Camboya, o Africa del Sur” (*Los hundidos y los salvados*).

La lógica persecutoria del ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires se expresaba en las acciones de represalia. Con el culpable de superficie, con el subversivo ideológico sucedía algo distinto que con el militante clandestino: estaba a la mano, fácil, regalado. ¡Qué festín para las fuerzas represivas! Los verdaderos culpables de la subversión no eran clandestinos, vivían en sus casas, con sus hijos, sus mujeres. De modo que cuando la “subversión armada” cometía un acto miliciano, el poder militar descargaba su golpe, ante todo, sobre los verdaderos responsables, los ideólogos, los que habían envenenado las almas, y también sobre los obreros que pedían mejoras, o sobre los opositores políticos, los escasos opositores que aún no se habían arrodillado ante los señores de la muerte, algún periodista díscolo, algún director teatral que ponía una obra cuestionada, cualquiera. Era tan fácil: eran los más culpables y no se escondían. Estaban en las sombras, se habían retraído, pero seguían en sus casas, accesibles, ingenuos, creyendo que la cosa no era con ellos, que el castigo habría de ignorarlos. Grave error. (*Nota al pie*: Esa desaforada ampliación de la figura del subversivo determinó que, siempre que la guerrilla golpeaba, los primeros en pagar fueran los perejiles de superficie. Muchos ya presos. Rehenes, carne de represalias. “Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, cincuenta y cinco en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, treinta por el atentado en el Ministerio de Defensa, cuarenta en la Masacre del Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, diecinueve tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela, forman parte de 1200 ejecuciones en trescientos supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos (...) muchos de esos rehenes son delegados sindicales, intelectuales, familiares de guerrilleros, opositores no armados, simples sospechosos” (Walsh, *Carta a la Junta*). Para la lógica del doctor Smart, no. Eran los que habían “armado” a la subversión, los más culpables de los culpables. El origen mismo de la culpa.)

Pablo dobló el diario, pagó y salió a la calle. Volvió a cruzar Juramento, evitando esta vez que el Sesenta lo aplastara o su conductor lo cubriera de puteadas, y fue en busca de su coche, su Taunus de empresario próspero. Regresó a su casa. Llamó a su psicoanalista, Enrique Tessio. Le contó todo. “Pablo, no es así. Ese hombre tuvo un exabrupto, una explosión irracional. Además, son líneas internas. Usted lo sabe mejor que yo. En la Provincia de Buenos Aires está el ala dura. Aquí no, aquí la cosa está centralizada en los cuadros armados de la subversión.” “No le creo”, dijo Pablo. “¿Está en su casa?”, dijo Tessio. Pablo contestó que sí. “¿Qué medicación tiene a mano?” “Lexotanil de 6.” “Tómese dos y trate de dormir”, dijo Tessio. “Eso, pensaría Pablo, diferenciaba a un perejil de superficie de un guerrillero. Acorralado, el guerrillero se tomaba una pastilla de cianuro. El perejil de superficie, un Lexotanil de 6 mg.

Igual, no pudo dormir” (J. P. F., *La crítica de las armas*, Buenos Aires, Página 12, pp. 101/105).

¿DE QUÉ HABLAN LOS QUE HABLAN DE LOS DOS DEMONIOS?

¿De qué hablan quienes hablan de los dos demonios? ¿Qué clase de demonio era la autora de *Educación y Liberación*, ese libelo que fuera secuestrado en una escuela de Coronel Pringles? Y no tenga nadie ninguna duda: a esa profesora, si no había logrado huir del país, la detuvieron, la torturaron, la violaron y la tiraron al Río de la Plata, todo por haber escrito un libro llamado *Educación y Liberación*, que era, la palabra “Liberación”, una especie de comodín que se le ponía de título a tantas, tantas cosas. Como “dependencia” o “Tercer Mundo”. Las palabras del doctor Smart reve-

vincia (sigue el doctor Smart, lee Pablo, en la Mignon, en una mesa contra la pared, meado en las patas, con el culo, según se dice, a cuatro manos, ¿por qué se dirá así?) conoce perfectamente que la subversión es ideológica y se desenmascaran estos casos. La prueba está que en esta semana se tomó una decisión drástica contra un establecimiento educacional” en, sí, en Coronel Pringles, y se secuestró (palabra aplicada, según vemos, a las personas y a los libros, o, más exactamente, a ciertas personas que leen ciertos libros y peor aún a esas personas que hacen leer esos libros a la juventud argentina, defendida siempre por sus Fuerzas Armadas y por todo el país sano) un libro llamado *Educación y Liberación*, pura basura marxista, pura expresión de la peor de las subversiones, la ideológica, porque sepan, señores, si Evita viviera sería ideóloga, he aquí la verdad, y si quieren decirlo de otro modo, si quieren unir a Evita con esa materialidad, con esos objetos maléficis que más putricionan el alma de nuestros jóvenes, digan sin hesitación alguna: Si Evita viviera sería librera. ¿Dónde están ahora todos esos canallas que envenenaron el alma argentina? “Ahora (dice Smart, lee Pablo, a cuatro manos su culo estremecido), ellos, que en su momento los armaron, han dado un paso atrás tratando de pasar desapercibidos. Una de las mayores preocupaciones es cuidar que en el ámbito de la cultura no se infiltren nueva-

mente, o por lo menos que no tengan como en otra época la posibilidad de accionar fácilmente y llevar a la subversión armada a tantos jóvenes universitarios y secundarios que, día a día, caen en distintos enfrentamientos.”

Pablo, pensaría Pablo, sabría que, en caso de tener que citar alguna vez el texto del doctor Smart, lo haría con indebida extensión. Que, si lo hacía en una novela, detendría el ritmo del relato. Si en un ensayo, la línea del razonamiento. Pero desde ese 12 de diciembre en que lo leyó se dijo a sí mismo que no lo olvidaría y que si alguna vez debía citarlo (si vivía para hacerlo) lo haría extensamente, desordenadamente, sin preocuparse por el ritmo del relato, por la línea de la exposición ensayística o por la maldita estética en cualquiera de sus formas. Un texto de Adorno vendría en su ayuda: “El autor fue incapaz de dar el último toque a la redacción del artículo sobre Auschwitz; debió limitarse a corregir las fallas más gruesas de expresión. Cuando hablamos de lo horrible, de la muerte atroz, nos avergonzamos de la forma (...). Imposible escribir bien, literariamente hablando, sobre Auschwitz; debemos renunciar al refinamiento si queremos permanecer fieles a nuestros instintos” (Consignas, Prefacio). Latía un supuesto en la recurrencia al texto de Adorno: que la masacre argentina resignificaba Auschwitz. Claro que sí. Fue Primo Levi, el escritor que más honda-

lan hasta qué punto la represión se desató contra civiles desarmados, contra “profesores de toda la enseñanza”. La paranoia decía: “Ellos plantaron en sus mentes la semilla de la subversión”. Esto de la semilla de la subversión era también el justificativo para matar chicos de catorce o dieciséis años: en ellos ya estaba la semilla de la subversión. O niños, que la heredaban.

Se dice del doctor Smart que presenciaba personalmente las torturas. No lo sé. No me consta. Pero una de las técnicas de la contrainsurgencia argentina era comprometer a todos los oficiales en los actos de torturas y también a muchos civiles, la mayoría empresarios del establishment. Era un sadismo que los militares ejercían sobre los hombres de negocios por los cuales luchaban y quienes les facilitaban las listas de las comisiones internas que debían liquidar. Era como si los militares dijeran: “Lo hacemos, pero vengan a presenciar el espectáculo. No se queden cómodos en sus casas en tanto nosotros hacemos la tarea sucia. Vengan y miren. Esto es lo que hacemos para defender sus negocios y, también, el estilo de vida argentino, el ser nacional, el estilo de vida occidental y cristiano”. Lo dice el más grande historiador de los tiempos modernos en un libro que escribió a sus gloriosos noventa años (no todo habla en favor de la denigración de la condición humana): “El ascenso de un colosal terror a lo largo del último siglo no es reflejo de la ‘banalidad del mal’, sino de la sustitución de los conceptos morales por imperativos superiores (...) en los regímenes militares de América latina en la época en que podía obligarse a *todos* los oficiales argentinos de una unidad participar en actos de tortura a fin de que recayera sobre ellos, en conjunto, lo que de este modo quedaba admitido como una *infamia compartida*” (Eric Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Crítica, Barcelona, 2007, p. 139).

El doctor Smart es lo que Theodor Adorno llamaba “asesinos de escritorio”. Adorno establecía que era la sociedad de competencia, con la consagración de la mónada social, la que llevaba a la insensibilidad de las conciencias ante la suerte del otro, del perseguido. Cuando se pregunta por qué tantos callaron, por qué nada hicieron quienes escucharon los gritos en la noche, habrá de responder que el terror es una explicación, pero que la sociedad que se basa en el individuo y diluye la idea del vínculo es también responsable de los silencios ante el dolor de los otros. Hay una incapacidad de identificación.

¿En qué se basa y cómo se combate contra ella? Quienes no se identifican con los perseguidos lo hacen desde dos vertientes: 1) Sólo los perseguidos serán perseguidos. Ellos, al no estar dentro del grupo perseguido, están a salvo. 2) Los perseguidos algo han hecho para serlo. Lo que remite a nuestro célebre “por algo habrá sido” o “algo habrán hecho”. Adorno tiene un par de cosas para decir sobre esto.

EL GRUPO PERSEGUIDOR

El grupo perseguidor —dice— es insaciable. Hay una “insaciabilidad propia del principio persecutorio”. (*Consignas*, Amorrortu, Barcelona, p. 94). Y luego escribe: “Sencillamente, cualquier hombre que no pertenezca al grupo perseguidor puede ser una víctima”. Este es realmente un razonamiento poderoso. Adorno dice que hay que apelar a él (siempre en la busca de impedir la repetición de Auschwitz o de la ESMA, agregamos nosotros, argentinos) porque hincan el diente en el principio egoísta de las personas. “He ahí un crudo interés egoísta al que es posible apelar” (*Ibid.*, p. 94). Sabe que es ingenuo e insuficiente apelar a la generosidad, sobre todo en una sociedad que se basa en el egoísmo smithiano. Sería entonces necesario decir (decirles por ejemplo a los argentinos): “El principio persecutorio es insaciable. Entre nosotros, lo expresó ese general que proponía fusilar progresivamente hasta, por último, fusilar a los ‘tímidos’. Ese personaje expresó como nadie —como casi ningún hombre del régimen hitleriano— lo que Ador-

no llama ‘insaciabilidad del principio persecutorio’. (*Ese general fue Ibérico Saint Jean*, detenido ahora junto a Jaime Smart.) Que nadie se considere a salvo. Se comienza persiguiendo a una minoría y se termina por perseguir a todos, ya que el principio persecutorio se alimenta de sus propios crímenes y, así, no puede detenerse. Para impedir que Auschwitz o la ESMA se repitan hay que apelar, en la educación, a los instintos egoístas de preservación. Quienes piden que maten a los otros para vivir en una sociedad segura están instaurando el régimen que puede devorarlos. Un orden que mata termina eliminando la seguridad. Cuando una vida pierde su valor, la pierden todas. Sólo están seguros quienes pertenecen al grupo persecutorio, y ni ellos, ya que el terror puede devorarlos con cualquier excusa”. La propuesta adoniana de instituir en la educación el concepto de la insaciabilidad del principio persecutorio es fundamental en la Argentina, un país que siempre encuentra culpables, y pide, por consiguiente, mano dura para ellos.

Adorno se pronuncia luego contra la “razón de Estado”. Escribe: “Cuando se coloca el derecho de Estado por sobre el de sus súbditos, se pone ya potencialmente el terror” (*Ibid.*, p. 95). Luego diferencia entre los ejecutores y los asesinos de escritorio. Cree que la educación podría menguar el número de hombres dispuestos a transformarse en verdugos. Pero: “Temo que las medidas que pudiesen adoptarse en el campo de la educación, por amplias que fuesen, no impedirán que volviesen a surgir los asesinos de escritorio”. La conclusión es pesimista, ya que si vuelven a surgir los asesinos de escritorio habrán de retornar los verdugos, que son muy dóciles a sus razones.

Y, por último, y sé que esto me va a ganar odios feroces, pero no puedo de dejar de decir *todas* las verdades aunque sean terriblemente incómodas, ¿cómo llamarían ustedes a un tipo que, desde un escritorio, lejos, en México, seguro, creyendo manejar una “guerra” que no es tal, entregándoles a los militares la coartada de la “guerra sucia” al afirmar que pelea una “guerra”, al incurrir en un accionar sin masas, en un vanguardismo que gira en el vacío, que encuentra su razón más profunda en su propia soberbia y en el pequeño grupo que lo rodea, ese tipo, desde un escritorio, ordena “contraofensivas” que mandan a la muerte segura a cientos de jóvenes desalentados, con pocas esperanzas, mal equipados, pasto fácil para las fuerzas de contrainsurgencia y sus inenarrables crueldades. ¿Cómo lo llamaría Adorno a ese personaje? Lo llamaría como lo que es: *un asesino de escritorio*. No es alguien que mató, pero es alguien que envió a la muerte. Por cierto que su responsabilidad no es la misma que la de Smart, quien tenía todo el poder del Estado y, casi seguramente, presenció torturas y asesinatos. Pero éste carga sobre sí muchas vidas que debieron salvarse, muchas vidas a las que envió al tormento por su vanagloria triunfalista e irresponsable. Smart y Firmenich no son dos demonios. Uno tenía el Estado y no mandó a nadie *de los suyos* a morir, salvo quizás a algún milico muerto en combate, en los pocos verdaderos enfrentamientos que hubo. Pero Smart enviaba —desde el poder del Estado— a milicianos que sabía iban a destrozar a sus oponentes. *No los mandaba a morir, los mandaba a vencer y luego a matar a los derrotados*. Firmenich, desde el escritorio del exilio, los mandaba a morir. También a matar, pero sabía que no matarían a nadie o a muy pocos. Y si no lo sabía, estaba extraviado. Era claro que esas acciones servirían sobre todo para enfurecer el revanchismo militar y provocar más muertes, muertes de cautivos o de pobres tipos de superficie, hacia los cuales, a causa de cada delirio miliciano del Pepe, se ampliaba el espectro represivo, que no pensaba incluirlos, pero que, ahora, el revanchismo los requería como pobre carne de venganza. Qué horror, qué injusticia, qué atrocidad, qué falta total de conocimiento de la verdadera relación de fuerzas, qué modo de desconocer el reflujo de

las masas o qué modo de cagarse en ellas, como lo hizo. ¿Vamos a seguir demorando la discusión de estos temas? ¿Que se le hace el juego a la derecha? De ningún modo: nos deterioramos los tipos de izquierda, los que siempre apostamos a las masas y que, por ellas, por el peronismo de masas, nos metimos en él.

Pero —en esta historia de la obstinación peronista— aún no llegamos a ese punto. Llegaremos en el punto titulado: *Peronismo y violencia: levantar la mano sobre el otro*. El título se inspira en uno del poeta Jean Améry, que fue detenido por los nazis en Bruselas, en 1943, y trasladado a Auschwitz. Améry escribió un libro sobre el suicidio: *Levantar la mano sobre uno mismo (Levantar la mano sobre uno mismo, discurso sobre la muerte voluntaria, Pre-Textos, Valencia, 2005)*. En un hotel en Salzburgo, en 1978, se suicidó.

Hoy, ahora, nos alegra que Jaime Smart responda por sus crímenes. Y que Ibérico Saint Jean confiese a cuántos subversivos, amigos de subversivos, familiares, indiferentes y tímidos mandó a fusilar tal como, con descarada transparencia, lo dijo en 1976, públicamente, en el colmo del reino de la impunidad, que ya no lo protege porque se está derrumbando.

Confieso que solía decir que no saldaba lo esencial que Videla fuera preso. O Massera. Que estaba bien, claro. Pero nada podría sosegar la catástrofe que habían descargado sobre una entera generación, la enfermedad mental de Pablo Epstein, que se curó definitivamente de su cáncer pero siempre temerá —cada día menos, es cierto, porque hay gente que lo quiere y sabe bien cómo protegerlo de sus “recurrencias” cada vez menos “recurrentes”—, siempre temerá, decía, alguna recurrencia, algún avance de ese mal adormecido. Sin embargo, la prisión para el cruel doctor Jaime Smart, que tanto daño hizo a su salud mental porque dio justo en el clavo de su enfermedad, porque lo llenó de culpa, porque dijo “ustedes, los ideólogos, son los que armaron a la subversión, son los más culpables de todos, más culpables que el combatiente al cual abaten las fuerzas de seguridad”, esa prisión calmó su sombría, oculta, sensación del daño irreversible. Tienen razón las Madres: el castigo de los culpables es reparador. Entrega una cálida certeza: la historia, en algún momento, castiga a los malvados, a los asesinos. No todos logran zafar. No a todos cubre la impunidad. No le deseo ningún mal al doctor Smart. Sólo pido para él, como piden las Madres y las Abuelas, justicia. Que se lo juzgue como lo que fue: posiblemente el más lúcido y fanático adherente de la dictadura asesina. Sólo José Luis García Venturini, que murió antes de la llegada de la democracia, probablemente sintiendo que se venía una época que no podría tolerar, se le iguala. Smart fue un fanático, un hombre en que el odio llegó a los extremos, ahí donde se transforma en la necesidad incontenible de matar al Otro, en todas las formas en que él dictamina su culpabilidad ilevantable.

Seguiremos con la Libertadora en el próximo suplemento. Me disculpo si personalicé esta cuestión excesivamente. Me habría sido muy difícil evitarlo. Pero acaso este texto de Smart (que logré recuperar por una gestión que hizo una de mis hijas en el CELS) sirva para aportar en algo a su enjuiciamiento.

Quiero, por último, aclarar que trataremos sobre Ernesto Sabato en el Suplemento N° 26, y que de Sabato uno podrá decir cosas a favor o en contra, pero es un hombre que está en los antípodas de Smart. Es un acto de sincero respeto alejarlo de semejante monstruo, ya que, al ocuparse de él el suplemento que sigue, podría llevar a pensar que esa cercanía es más que un hecho expositivo. Que quede claro: no. Este suplemento (el de hoy) está fuera de la cadena expositiva (o de la que intentamos establecer pese a sus evidentes quiebres) de nuestro relato. Sabato viene en el suplemento siguiente al de Smart, pero es nuestro deber despegarlo absolutamente de un personaje tan sombrío, de un asesino.

PRÓXIMO
DOMINGO

Sabato, el hombre
sensible de la
Libertadora

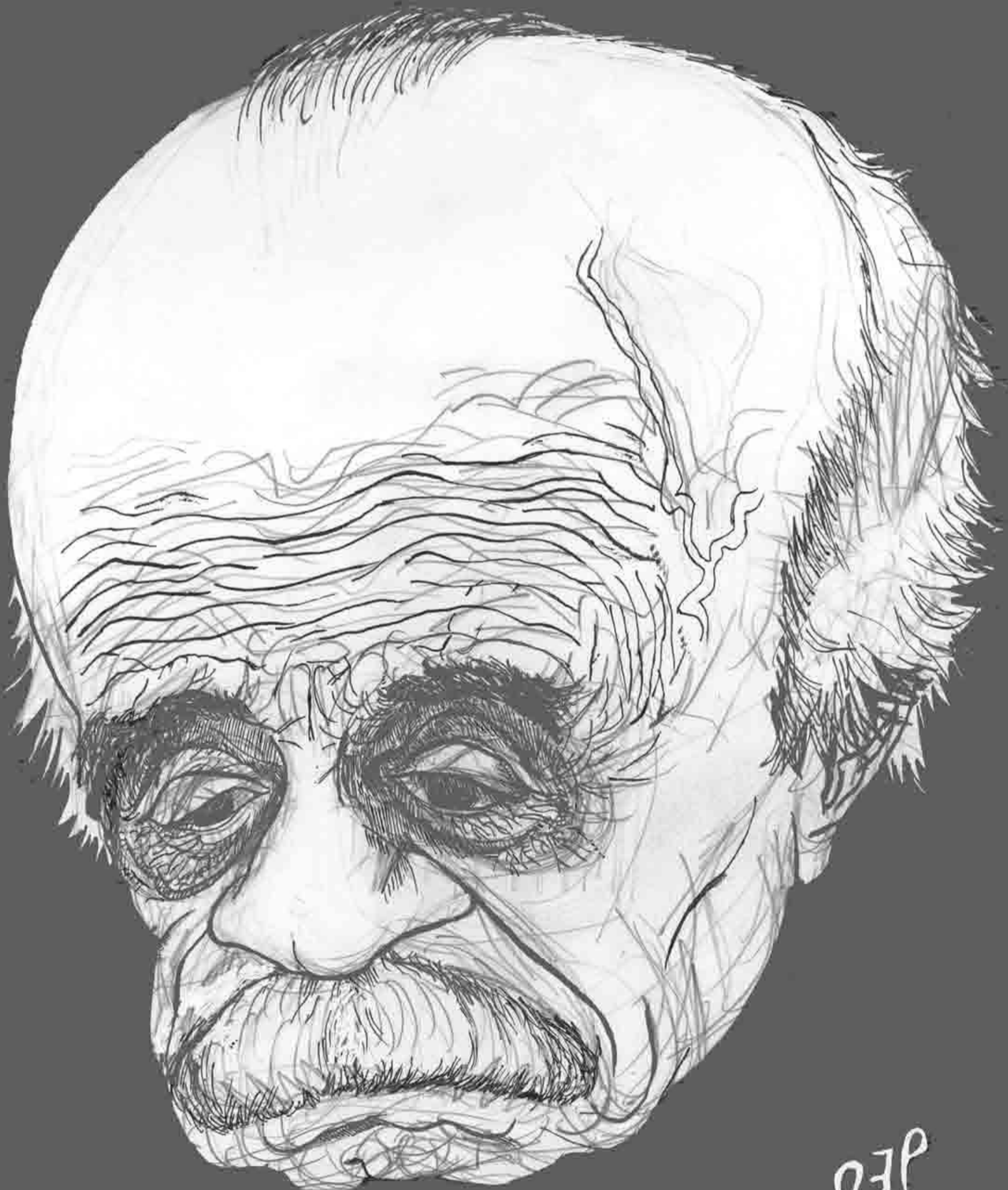
IV Domingo 11 de mayo de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

26 Sabato, el hombre sensible
de la Libertadora



RFP

SOBRE LA PARANOIA GORILA

Pese a considerar, con lucidez, que al peronismo no se lo habría de aniquilar con decretos, sino con “ilustración, esperanza y libertad” (nada de lo cual fue recibido por las masas peronistas de manos de los antiperonistas triunfantes), Mary Main centra la efectividad de su libro en trazar la atmósfera de una Argentina sometida por el peronismo al miedo: “Eva tenía también sus informantes, el mozo, la mujer sentada en la butaca próxima en el cinematógrafo, el conductor del taxímetro, la mucama, la manicura, en fin, cualquiera podía ser espía y podían estar en cualquier lado: en las oficinas públicas, en las escuelas, en las facultades, en las residencias de los particulares y en los lugares de diversión” (Main, *Ibid.*, p. 123). El inicio de su relato es literariamente efectivo: “Abandoné Buenos Aires poco después de que Perón fuera elegido para su primera presidencia y regresé a la ciudad en 1951” (Main, *Ibid.*, p. 9). Su descripción de Buenos Aires es similar a la que presenta Mordisquito: “sosegada forma de vida”, “próspera”, “en casi todas las manzanas los escombros que anunciaban nuevas construcciones”, “las gardenias continuaban comprándose en las calles por unas escasas monedas”, “la calle Florida cerrada al tránsito desde el mediodía”, “colmada de gente como si fuera la pista de baile de una ‘boîte’”, “la vida social (...) se vinculaba siempre con ‘cocktails parties’ y vestidos de fines de semana en los ‘country club’ o en alguna estancia, mientras las conversaciones giraban alrededor del alza de los precios, de los enriquecimientos rápidos, de los scores en golf, de la escasez de manteca y de los viejos y buenos días en que las cocineras ganaban ochenta pesos por mes y lavaban toda la ropa de la casa” (Main, *Ibid.*, p. 9). El texto —ríquísimo— de Main revela qué clase social frecuentaba: la oligarquía. De aquí extraña su versión del peronismo. Porque si se encontrara con Discépolo el vate le diría que todo eso que vio: la gardenias, la calle Florida colmada de gente, la prosperidad, las nuevas construcciones, era el peronismo, “el ténicolor de los años felices”. Y si le escuchaba la queja por la falta de manteca le habría dicho lo que sabemos: “Leche hay, leche sobra; tus hijos, que alguna vez miraban la nata por turno, ahora pueden irse a la escuela con la vaca puesta”. Cuando citamos este texto por primera vez (al ocuparnos de Discépolo) olvidamos esta simetría fascinante: El niño peronista iba “a la escuela con la vaca puesta”, tal como, antes del peronismo, se iba a Europa la familia oligárquica. El peronismo había logrado un traslado de la vaca (sin quitársela a la oligarquía, lo que habría significado “expropiarla”, hipótesis que ya tratamos) de la oligarquía viajera al niño que iba al colegio. También ahora los niños tenían “la vaca atada”. Volviendo al tema de la escasez de manteca (típico del sonsonete oligárquico que siempre —o casi siempre, demasiado casi siempre— la clase media copia), Discépolo respondía: “¡No hay queso! ¡Mirá qué problema! Antes no había nada de nada, ni dinero, ni indemnización, ni amparo a la vejez... y vos no decías ni medio”.

Lo que retrata Main es, sobre todo, el bienestar de la oligarquía y sus pequeñas quejas. Algunas paradigmáticas: el horror de que las cocineras ya no ganaran ochenta pesos por semana, sino mucho más y, para peor, no lavaran la ropa de la casa. Como sea, todo parece bastante idílico. Hasta que entramos en el fragmento *paranoico* del relato. Como todo relato paranoico tiene elementos de verdad. Ya se sabe: lo temible del paranoico es que siempre tiene razón. Al menos, él lo cree así. Main, con mano segura, desliza que hay, en las conversaciones, silencios inesperados, o se pasa con brusquedad a temas triviales, hay pequeños indicios: el dedo sobre los labios, una señal, si dos señoras comparten un taxi, hacia el chofer: puede estar escuchando y delatarlas, las cruces rojas sobre ciertas puertas, “una ciudad casi a oscuras” (se contradice con la pintura anterior, el contraste se transforma en contradicción, JPF), hay dos nombres que no deben pronunciarse en alta voz, se vive una vida “de callados y secretos temores”, no hay quien no tenga un amigo en la cárcel, no hay quien no sienta amenazados “sus bienes y su

vida”, en esa existencia “llena de pequeños acontecimientos sociales y de diarios negocios o inversiones” el miedo tiene las cualidades temibles de lo próximo y real, en la intimidad se habla de actos de violencia, de revueltas futuras, y, por fin, todas las conversaciones giran en torno a “ella”, lo que revelaba el miedo que todos le tenían, “ella” estaba; “de cada temor (...) y la energía desplegada para disimular su influencia y su poderío no servía para otra cosa que para probar hasta qué punto se había transformado en una obsesión colectiva” (Main, *Ibid.*, p. 10).

Mary Main dice haber regresado a Buenos Aires en 1951. ¿Qué dejó detrás? Un país estragado por la paranoia. Sería fácil marcar todas las contradicciones que tiene su texto, lo clasista que es, lo patéticamente ingenua que resulta la queja sobre el cambio de actitud y la mejoría del sueldo de las cocineras o la delicia sobre los buenos argentinos que temen, no sólo por sus vidas, sino “por sus bienes”, respuesta que da Main, desde el corazón de la oligarquía, a quienes sostienen que el primer peronismo no planeaba expropiarla. La señora Main dice: sí, se temía eso. Se trata de un texto paranoico escrito en el preciso momento en que McCarthy perseguía a todo el mundo en Estados Unidos. Main trasladó el mecanismo a la Argentina. Hay un gran film de 1956, *La invasión de los usurpadores de cuerpos* (*Invasion of The Body Snatchers*), basado en una novela de Jack Finney y dirigido magistralmente por Don Siegel e interpretado (algo que pocos dicen) con enorme convicción por un actor entrañable de la clase B norteamericana que, precisamente, tenía el mismo apellido que el senador Joseph Raymond McCarthy, nacido el 14 de noviembre de 1908 en el estado de Wisconsin, es decir, se llamaba McCarthy, Kevin McCarthy. Seré breve: el film narra un ataque alienígena (*Marte: Planeta rojo*) de horribles características. Unos habitantes de la pequeña localidad de Santa Mira empiezan a revelar conductas extrañas. La cosa es que ellos ya no son ellos. Alguien o algo se ha apoderado de sus cuerpos y de sus mentes. Pongan ustedes aquí lo que quieran: pero si un film les cuenta esto en 1956 y pasa en Estados Unidos, que está en medio de una Guerra Fría con los comunistas, está claro que los que se están apoderando de los cuerpos y las mentes de los buenos ciudadanos de Santa Mira son... los comunistas. Es la visión del Otro que se apodera de “lo mío” o de “lo nuestro”. Aquí, en Argentina, cuando los militares del Proceso, a las diez de la noche o más tarde también, preguntaban desde los televisores “¿Usted sabe dónde está su hijo ahora?”, buscaban introducir el mismo pavor. En vez de los comunistas, la subversión, que era la forma argentina de los comunistas. Pero la pregunta decía: “Sepa bien dónde está su hijo ahora, porque si usted no lo sabe es posible que algún *subversivo* se esté apoderando de él introduciendo en su cabeza ideologías extrañas a nuestro estilo de vida occidental y cristiano”. Entre “ideologías extrañas” y “alienígenas” no hay diferencias. El film de Siegel tiene un cierre poderoso. Sin esperanzas, luego de haber besado a la única persona que seguía a su lado, su novia, Becky Driscoll (Dana Wynter), Kevin McCarthy aparta sus labios de los de ella, la mira y se da cuenta. *Ella ya no es ella, es un alien*. La escena es la cumbre del cine paranoico. La cumbre del macartismo. No te fies ni de aquellos que te aman. Ni de aquellos a quienes amas. Todos pueden ser Otro en cualquier instante. Porque Ellos se apoderarán de Todos. Kevin, desesperado, huye en busca de la autopista. Y aquí viene el gran cierre del film de Siegel. Kevin llega a la autopista, con cara de loco, los ojos muy abiertos, transpirado, y, a los gritos, a los manotazos, intenta detener a los automóviles, en tanto grita: “¡Usted puede ser el próximo! ¡Usted puede ser el próximo!”. Mira a la Cámara, *nos mira* y, por última vez, a todos, nos dice: “¡Usted puede ser el próximo!” (Nota: Este esquema de los cincuenta, que utilizó el macartismo y que Mary Main aplicó al peronismo y que Videla utilizó contra el “enemigo subversivo”, gozó de enorme desprestigio durante años. Sobre todo su creador, Joseph McCarthy. Pero Estados Unidos, desde la ya lejana aparición de *El choque de civilizaciones* de Samuel Huntington, vive una nueva experiencia paranoica, más concreta a partir del acontecimiento de las Torres Gemelas. Por otra



parte, la caída del Muro y de la Unión Soviética parecen haber autorizado a algunos investigadores a decir que recién ahora tienen los documentos necesarios, los de la KGB sobre todo, como para poder decir, sin hesitación alguna, ¡que McCarthy tenía razón! A veces uno agradece seguir sobre este mundo frecuentemente desalentador a causa de las hilarantes sorpresas que presenta. Juro que jamás pensé (ni se me pasó por la cabeza) que alguien se atrevería a reivindicar a McCarthy. Pero no quiero equivocarme: si la cosa ha empezado, no se detendrá. Estados Unidos está acaso tan paranoico o más que en los tiempos de McCarthy. No es casual que aparezcan los que luchan por rescatar su nombre y su lucha. El tipo es un español. Cuando vi el libro y le dije a mi amigo librero cinéfilo que me lo llevaba me dijo: “Pero mire que es a favor de McCarthy”. “Mejor”, le dije. “Soy muy curioso. Quiero ver cómo se hace para defender a McCarthy.” Le pregunté más o menos qué decía el tipo. El librero me dijo que él no aguanta leerlo. Yo no: me lo tomé como una obligación. Más aún: como un signo de los tiempos. La cosa es un poco como el poema de Brecht: “Primero empezaron por reivindicar a McCarthy... etc.”. El libro se llama *McCarthy o la historia igno-*



rada del cine. Lo escribió Fernando Alonso Barahona y lo editó en Madrid la editorial Criterio Libros. Alonso Barahona dice que McCarthy conoció años de gloria pero luego fue condenado al desprestigio. Que se inventó el adjetivo *macartista* como sinónimo de *persecución* o *caza de brujas*. “Pero la historia sigue su curso frío y de vez en cuando toma sus venganzas” (*Ibid.*, p. 10). ¿Por qué la historia, después de la Guerra Fría, habría de seguir teniendo un “curso frío”? ¿De qué tiene que vengarse la historia? ¿De los que acusaron a McCarthy? Sí, respondería Alonso B. Conclusión: la historia hace justicia. Juzga. Claro: ¿o no se habla del Tribunal de la Historia? Además, del modo en que Alonso B. lo escribe, pareciera que “la venganza” se la ha tomado “la historia”. ¿A ella entonces se la ofendió al atacar durante años a McCarthy? Ergo, si al atacar a la historia se atacó a McCarthy, la historia es macartista. Que es lo que quieren todos los paranoicos. Que es lo que hace Mary Main con el peronismo. Porque su “historia” es la historia de los temores y, por consiguiente, de los odios desmedidos y hasta de las injurias de las clases poseedoras. Que, según parece, sintieron que el peronismo les quitaba sus “bienes”. Lo cual, IAPI, mediante, era cierto. La

paranoia se les confirmó. El peronismo les quitó ese 33% de la renta que deslizó hacia el proletariado. Durante estos días, otra vez la oligarquía siente que un gobierno “alienígena”, heredero de quienes en el pasado usurparon las mentes de muchos jóvenes con “ideologías extrañas a nuestro ser nacional”, les está “reteniendo” los ingresos para “distribuirlos” hacia las cocineras que ya no se conforman con ochenta pesos. No sé, espero terminar estos suplementos y que la oligarquía —esa que la Juventud Peronista, y no D’Elía, que se apropió del término, llamaba “puta”— se sosiegue un poco, respete el orden constitucional y podamos, al menos, seguir pensando seriamente este país antes de agarrarnos a patadas otra vez. Si se llega a eso que sea luego de haberlo pensado con rigor, serenamente.

SABATO: “EL OTRO ROSTRO DEL PERONISMO”

El pequeño texto de Sabato que pasamos a analizar se presenta como una respuesta al dirigente nacionalista Mario Amadeo. No es un texto que Sabato haya querido mantener vigente pues poco es lo que retornó a él, y no lo volvió a publicar, hasta donde yo sé. De todos modos, es muy repre-

sentativo de su pluma y sirve para abultar un poco su bibliografía, de por sí muy escasa. Pero aquí evitaremos la “cuestión Sabato”. Trataremos de ver solamente su visión de los hechos en este cuasi panfleto de militancia que fecha en Santos Lugares, en junio de 1956, el mes de los asesinatos de la Libertadora a los que no hace mención en su texto probablemente porque lo escribió antes de que éstos se produjeran.

Si bien Sabato incurre en todos los tics de la época, se observa en él la búsqueda de una posición equidistante de las pasiones, de los extremos, actitud muy de su estilo que no habrá de abandonar. En plenos años setenta, cuando le hacía reportajes más que a menudo la revista *Gente* y él, muy tranquilo y, al parecer, halagado, los aceptaba, declaró: “Hacia el socialismo, pero en libertad”. Con lo cual quedaba bien con todo el mundo. Con los jóvenes rebeldes socialistas. Y con los liberal-democráticos que ya conversaban con las Fuerzas Armadas para frenar el accionar subversivo de la juventud socialista que militaba masivamente por el retorno de Perón. Su voz, en junio de 1956, suena, no obstante, más comprensiva que la de otros. Aunque no merece el respeto de un Milcíades Peña. Porque Sabato festejó el golpe del ‘55 y hasta confiesa, en su pequeño texto, haber llorado junto a su amigo Orce Remis en Tucumán. Milcíades, por el contrario, un hombre infinitamente más lúcido que Sabato, pese a estar en muchísimas cosas contra el peronismo, tal como hemos analizado exhaustivamente, advertía que el movimiento que se preparaba para derrocarlo era antiobrero, derechista católico y abiertamente reaccionario. De aquí que haya ido a pedir armas a la CGT para defender al gobierno de Perón en lugar de emocionarse con la voz de Puerto Belgrano que llegaba, lejana y pasional, y provocaba lágrimas de emoción en Sabato, como en la oligarquía, los ardientes católicos del Cristo Vence y la aviación de la Marina que había masacrado la Plaza de Mayo en junio de ese año. Era difícil sostener a Perón, porque su desgaste era muy grande y no parecía tener deseos ni fuerzas ni el más mínimo entusiasmo de encarar una lucha a fondo. Pero de ahí a sumarse a un movimiento que, a un analista de izquierda lúcido, no podía sino revelar su rostro vengativo y clasista, antiobrero y antipopular, había un gran trecho que muchos, demasiados, dieron.

Sabato empieza por aclarar (como si hiciera falta) que la Argentina se encuentra en una gran encrucijada histórica. Pero no habrá de ser padecida por quienes él piensa. Sino que ellos actuarán como verdugos. La compara con la de 1853, con lo cual adhiere al eslogan de la Libertadora: Mayo-Caseros y Tercera Tiranía. “Sarmiento, Echeverría y Mitre son ejemplos que hoy debemos invocar” (Ernesto Sabato, *El otro rostro del peronismo*, sin pie de imprenta, Buenos Aires, 1956, p. 10). Promete luego que habrá de publicar un ensayo bajo el título de *La sombra de Facundo*, cosa que nunca hizo (*Ibid.*, p. 11). De inmediato habla de “la insuperable corrupción del absolutismo peronista” (*Ibid.*, p. 17). Y luego se refiere a sí mismo, a cierto aspecto de su historia, algo que también habrá de acostumbrar hacer en el futuro. Onetti confesó que había dejado de leer *Abbadón, el exterminador* cuando leyó: “Sabato estaba punto de cruzar la calle cuando...”. Escribe el autor de *Sobre héroes y tumbas* (novela de fulminante éxito cuando apareció): “De mi propia experiencia de estudiante comunista, entre los años 1930 y 1935, recuerdo que nos daba vergüenza emplear ya grandes palabras como patria y libertad, sobre todo si iban con mayúscula, hasta tal punto las habíamos visto prostituirse en las bocas de los ladrones políticos. Y ese sentimiento de pudor fue tan persistente que hube de llegar hasta la revolución de 1955 para volver a pronunciarlas” (*Ibid.*, p. 18). Dice que eran las masas trabajadoras las torturadas salvajemente en la Sección Especial contra el Comunismo. Que el paso por la Sección Especial era “trágico”. Le reconoce a Perón (pero sólo por su paso por la Italia fascista) que advirtió que había llegado para el país “la era de las masas”. Así, “las masas populares (...) fueron con el primer aventurero que supo llegar a su corazón”. Luego dice obviedades: que los socialistas (a los que llama “puros”) no sabían cómo llegar a las masas. Dice lo mismo de los comunistas, de los

conservadores y los nacionalistas. Compara a Perón con Hitler, pero encuentra a Hitler más sincero: “Porque, a diferencia de nuestro tirano aborígen que nunca dijo la verdad, el sombrero dictador alemán la dijo casi siempre” (*Ibid.*, p. 23). Y desenmascara el secreto proyecto de Perón y el GOU: “No debe cabernos duda de que el propósito inicial de este coronel, y de muchos de los oficiales que lo rodeaban, era el de regir una satrapía del imperio alemán, si Hitler triunfaba en Europa” (*Ibid.*, p. 23). Habla luego de un esquema que habrá de manejar siempre: el hombre niega, por medio de la razón, su naturaleza dual, contradictoria. Cita a Dostoievski, cuyas *Memorias del subsuelo* son el libro axial de su concepción binaria de la condición humana: racionalismo versus condición trágica del hombre. Abreva también en León Chestov y Nicolás Berdiaeff, representantes en esos años de una especie de “filosofía de la tragedia”, atractiva para adolescentes con exaltaciones demoníacas. Dadas las *características personales* de Perón, dice luego, su gobierno no podía concluir sino “en la tiranía más execrable, en la megalomanía y en la corrupción, en el peculado y la amoralidad” (*Ibid.*, p. 26). Vuelve a Dostoievski, a quien simplifica, y esa doctrina acerca de la dualidad esencial del ser humano: “Fedor Dostoievski afirma que Dios y el Demonio se disputan al ser humano, y que el campo en que esa dramática lucha tiene lugar es el corazón del hombre” (*Ibid.*, p. 28). Luego (para buscar lucir su erudición) refuerza la tesis con Pascal: “Que, como todos nosotros, también era ángel y bestia”. Condición que no parece haber tramado el alma de Perón: sólo bestia. Pero sí la de Sabato porque, a partir de este momento, el texto entra en su etapa angélica, comprensiva, el alma bella del escritor que entiende el alma simple del pueblo al que ha engañado ese coronel mentiroso, falaz, más insincero que el mismísimo Hitler, del cual Sabato ha extraído la certeza un tanto absurda de la verdad (aunque siniestra) de sus palabras. Confiesa que “era un error pensar que a Perón sólo lo apoyaban los desclasados” (*Ibid.*, p. 31). Con esto ya supera a Martínez Estrada en comprensiva piedad por el peronismo. Convergamos que para superar los energunismos de Martínez Estrada no hacía falta demasiado. (¿Les gustó esa palabra? ¿Energunismos? Energúnicos, al menos, hubo a montones entre los intelectuales que dieron lustre a la Libertadora.) Que, continúa S., no sólo “la chusma” apoyaba a Perón. Que él estaba en contacto con los obreros y los que estaban junto a él sabían “que aun gremios tan políticamente avanzados como los ferroviarios eran, en su inmensa mayoría, partidarios del nuevo líder” (*Ibid.*, p. 31). Insiste, retorna, sin embargo, a hablar de la “pesadilla peronista” en un apartado que se titula *Aquella patria de nuestra infancia*. ¿Cuál había sido? ¿La de Figueroa Alcorta? ¿La de Quintana? ¿La de Sáenz Peña? ¿La de Urriburu? Para la oligarquía setembrina, sí, por supuesto. ¿Y para Sabato? ¿Yrigoyen? No lo dice. Pero la frase está demasiado cerca de esa del ministro de Hacienda de Aramburu, el doctor Blanco, que finalizaba su discurso diciendo que ahora, en 1955, retornaba la patria “de nuestros padres y nuestros abuelos”. Sabato, insistiendo con los escritores rusos, habrá de narrar una anécdota, por decirle así, que narrará luego muchas, inmoderadas veces: que Pushkin “exclamaba con lágrimas en los ojos, después de oír las cómicas historias de Gogol: ‘¿Qué triste es Rusia’” (*Ibid.*, p. 35). ¿Las historias de Gogol son “cómicas”? *El capote* es un relato cómico? Sé bastante sobre los narradores rusos, como todo escritor argentino, pero, si tengo alguna duda, requeriré la ayuda de mi amigo Saccomanno antes que la de Sabato. Luego viene lo de Puerto Belgrano, que ya comenté. Es un texto, qué sé yo, decidan ustedes: “El tucumano Orce Remis y yo, que en ese momento estábamos solos frente a la radio, nos miramos y vimos que los dos estábamos llorando en silencio y que nuestras lágrimas venían de la misma y lejana y querida y añorada fuente: las ilusiones

de nuestra común infancia de argentinos” (*Ibid.*, p. 39). Insisto: ¡cuán superior fue Milcíades! En el momento en que Sabato lloraba de emoción por su infancia de argentino por fin recuperada, imagino a Milcíades pidiendo armas en la CGT y puteando furioso contra Perón, pero desde el lado de la lucha. Diciendo: “Maldito general, se raja justo ahora cuando hay que luchar contra toda esta avalancha católicoide, oligarca, liberal, pro-yanki, con malditos comandos civiles formados por los niños bien. ¡Queremos armas, carajo! ¿Dónde está ese general que no se pone al frente de la lucha?”. Estoy seguro de que esto pasaba con Milcíades (con palabras menos melodramáticas de las torpes que puse en su boca) y muchos otros que sabían muy bien lo que se venía, lo que habría de suceder a Perón, a ese Perón que él había cuestionado pero salía a defender en su caída porque era preferible al régimen clasista, oligárquico e “ilustrado” que venía a reemplazarlo.

EL OTRO SABATO

Sabato, entre tanto, lloraba de emoción. Y aquí aparece el otro Sabato: el del corazón abierto, el de la comprensión: “Si en el peronismo había mucho motivo de menosprecio o de burla, había también mucho de histórico y de justiciero” (*Ibid.*, p. 40). Y todavía sigue: dice que los antiperonistas hicieron todo lo posible por fortalecer a Perón, agraviándolo una y otra vez, en tanto las masas lo amaban. Y escribe páginas sensatas. Escuchen: “Con ciertos líderes de izquierda ha pasado algo tan grotesco como con ciertos médicos, que se enojan cuando sus enfermos no se curan con los remedios que recetaron. Estos líderes han cobrado un resentimiento casi cómico —si no fuera trágico para el porvenir del país— hacia las masas que no han progresado después de tantas décadas de tratamiento marxista. Y entonces las han insultado, las han calificado de chusma, de cabecitas negras, de descamisados; ya que todos estos calificativos fueron inventados por la izquierda” (*Ibid.*, p. 42). La izquierda se enfrentaba con dos proletariados: “Un proletariado platónico, que se encuentra en los libros de Marx, y un proletariado grosero, impuro y mal educado que desfilaba en alpargatas tocando el bombo” (*Ibid.*, p. 42). Recuerda a Cristo: “*Eran esclavos y descamisados los que en buena medida siguieron a Cristo y luego a sus apóstoles*” (*Ibid.*, p. 43. Cursivas mías.) Los peronistas adhirieron con “genuino fervor espiritual, (con) una fe pararreliosa (a) un líder que les hablaba como a seres humanos y no como a parias. Había en ese complejo movimiento —y lo sigue habiendo— algo mucho más profundo y potente que un mero deseo de bienes materiales: había una justificada ansia de justicia y de reconocimiento, frente a una sociedad egoísta y fría, que siempre les había tenido olvidados” (*Ibid.*, p. 43).

Abre un nuevo apartado al que llama: *Doctores y pueblo*. Dice que los doctores no sólo han incomprendido el fenómeno peronista sino también el fenómeno de nuestros grandes caudillos” (*Ibid.*, p. 44). Y sigue con sus obsesiones trágico-teológicas: “Un pueblo no puede resolverse por el dilema civilización o barbarie. Un pueblo será siempre civilización y barbarie, por la misma causa que Dios domina en el cielo pero el Demonio en la tierra” (*Ibid.*, p. 45).

Por fin, se lanza a establecer *las bases de la conciliación nacional*. El primer punto se llama “comprensión del pueblo”. Reconocemos que en el momento en que la Libertadora se proponía reprimir y ahondar la miseria del pueblo (como venganza a su adhesión al peronismo, pues si hubo un movimiento revanchista fue el de la Libertadora, sólo superado por el revanchismo asesino y cruel de la dictadura que encabezó Videla), Sabato pedía *comprensión*. ¿En qué consistía? No hubo sólo demagogia y tiranía entre 1943 y 1955, dice, “sino también el advenimiento del pueblo desposeído a la vida política de la nación” (*Ibid.*, p. 48). El segundo punto: “Un nuevo sentido para la palabra libertad”.

Escribe: “¿Cómo podían creer los trabajadores en la palabra Libertad, que a cada instante pronunciaban los dirigentes políticos, si al menor intento de huelga eran perseguidos y encarcelados? (...) Y les asiste todo el derecho al descreimiento, si esa sagrada palabra no aparece respaldada por el concepto de justicia social. (...) Porque es por lo menos sospechoso que la palabra libertad sea invocada por los grandes empresarios y los capitanes de las finanzas. Los obreros saben, amargamente, que para esas personas ‘libertad’ significa la libertad de sujetar al asalariado mediante la sola, dura ley de la oferta y la demanda, y la entrega de la riqueza nacional a los consorcios internacionales” (*Ibid.*, p. 50). ¿Quiéren saber algo? Yo suscribiría esta frase de Sabato. Y dicha en el anclaje histórico supragorila de 1955 más valor tiene. Es cierto que en seguida escribe una tontería como: “Pero cuando decimos justicia social no queremos decir demagogia, pues la demagogia es a la democracia lo que la prostitución es al amor” (*Ibid.*, p. 50). Pero éste es el juego de un escritor que, como Perón, fue siempre pendular. Que quería armonizar todos los contrarios y mostrar un rostro distinto al de aquellos que, en última instancia, eran los suyos, pero no puede desconocerse que si se hubieran aplicado sus concepciones habría existido más piedad para los desdichados obreros peronistas). El tercer punto se titula: *Los sindicatos a los trabajadores*. Y es un título muy antipático para los “libertadores”. “Los sindicatos deben ser entregados a los trabajadores. (...) Mientras la ardua cuestión de los sindicatos no se resuelva no habrá paz social y no existirá la más remota posibilidad de reconstruir la economía del país” (*Ibid.*, p. 51). Luego, la responsable, profunda aceptación de la culpa: “Todos somos culpables, de alguna manera o de otra” (*Ibid.*, p. 53). ¿Lo imaginan al “socialista” Américo Ghioldi diciendo algo así? ¿A Rodolfo Ghioldi, a Codovilla? ¿A la izquierda argentina? Era más lúcido y abierto y comprensivo un francotirador como Sabato que todos ellos. Incurre luego en un par de conceptos gorilas típicos de la época, es como si se asustara de lo que dice y de inmediato quiere enmendarlo con insultos al tirano (“Perón, lleno de odio por los valores espirituales”, *Ibid.*, p. 58), pero luego pide ¡convocatoria a elecciones! Reconciliación nacional. Escribe: “El fervor multitudinario que Perón aprovechó no será liquidado mediante medidas de fuerza ni apoyándose en políticos que malhumoradamente las solicitan. No se desmoronará así la maquinaria peronista: sólo se logrará reforzarla hasta convertirla en una tremenda, incontenible y trágica aplanadora” (*Ibid.*, p. 61). Que fue lo que logró el odio del golpe del ‘55. Y así termina el breve texto.

¿Por qué hemos acaso flagelado a los lectores con el texto de Sabato? Porque pareciera exhibir la actitud de un hombre que busca diferenciarse del odio de la Libertadora. Creo que lo fue. Rechazó los fusilamientos. No tuvo el odio de Martínez Estrada, ni de Borges, ni de Bioy, ni de Bonifacio Del Carril (*Crónica interna de la Revolución Libertadora*), ni de Américo Ghioldi, ni de la revista *Sur*, ni de *La Vanguardia* (con los agraviantes dibujos de Tristán), ni de Raúl Damonte Taborda, que publicó un libro con un título imaginativo: *Ayer fue San Perón*. Sabato buscó comprensión y sensibilidad en su corazón. ¿Fue sincero? No sé. Ahí, en esa encrucijada, eligió ese modo de compromiso, un modo que lo diferenció del odio general reinante. Sólo se sabe que, luego, apoyó a todos los golpes militares que vendrían.

Terminamos aquí con los libros de la Libertadora. Ojalá hayan encontrado algo en ellos. Yo creo que hay mucho y que mucho de esos odios permanecen. Como permanecen las clases que dieron el golpe del ‘55 y la misma Iglesia Católica que los acompañó.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

Borges y la Libertadora

IV Domingo 18 de mayo de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

27 Borges y la Libertadora



“LA FIESTA DEL MONSTRUO”

Hay un cuento (poco conocido y nunca acabadamente estudiado) que Borges y Bioy escriben o, al menos, fechan en noviembre de 1947. Como sea, lo habrán escrito durante esos días, días en que gobernaba Perón y ellos se erizaban de odio ante el espectáculo desaforado del populismo. (“Este relato –dirá años después Bioy a Matilde Sánchez– está escrito con un tremendo odio. Estábamos llenos de odio durante el peronismo”, *Clarín*, 17/11/1988.) Rodríguez Monegal ofrece algunos datos más: “Uno de los textos clandestinos de Borges fue escrito en colaboración con Adolfo Bioy Casares y sólo circuló en manuscrito durante el primer gobierno de Perón. Pertenece a la serie de relatos atribuidos a H. Bustos Domecq, pero a diferencia de la mayoría de aquéllos, éste es radicalmente político, lo que explica que haya sido publicado (por mí, en Montevideo y en el semanario *Marcha*) después de la caída de Perón” (*Ficcionario, Antología de textos de Borges*, FCE, p. 458).

El cuento es “La fiesta del Monstruo” y está encabezado por una estrofa del poeta unitario Hilario Ascasubi. El poema de Ascasubi se llama “La refalosa” y narra, por medio de un mazorquero, el martirio y degüello de un unitario. La estrofa que utilizan Borges-Bioy dice: “Aquí empieza su aflicción”. Ya Echeverría, en *El matadero*, había descrito los horrores del degüello federal: “Tiene buen pescuezo para el violín. Mejor es la resbalosa”. Hay, así, una trilogía: *El matadero* (Echeverría), “La refalosa” (Ascasubi), “La fiesta del Monstruo” (Borges-Bioy). “La fiesta...” toma el naturalismo brutal de Echeverría y recurre a la narración en primera persona de “La refalosa”. Tanto en Ascasubi como en Borges-Bioy quienes narran son los bárbaros: un mazorquero en Ascasubi, un “muchacho peronista” en Borges-Bioy.

Así como en un texto anterior (*Conjeturas de Borges*) expuse la delicada y profunda concepción de la barbarie que Borges explicita en el “Poema conjetural”, corresponderá aquí la visión cruel, unidimensional, sobrepolitizada que, junto con Bioy, presenta del Otro, del “bárbaro”, en “La fiesta del Monstruo”. El narrador, queda dicho, es un militante peronista. Le narra a su novia, Nelly, los avatares de una jornada en la que irán a la plaza a escuchar un discurso del Monstruo, nombre que, en el cuento, se le da a Perón. “Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma.” La noche anterior el “muchacho” descansa como se debe: “Cuando por fin me enrosqué en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pies que al inmediato capté que el sueñito reparador ya era de los míos. (...) No pensaba más que en el Monstruo, y que al otro día lo vería sonreírse y hablar como el gran laburante argentino que es”. (Borges intenta recrear el lenguaje popular pero se acerca más a Catita que a los obreros peronistas.) En suma, hay que ir a la Plaza: “Hombro con hombro con los compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despachaba a todo pulmón la marcha del Monstruo. (...) No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo. (...) Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur”. Otra vez la presencia del Sur como el territorio de la barbarie. Pero éste no es el Sur de Juan Dahlmann, el Sur en que Dahlmann descubre que el coraje es superior al miedo y la enfermedad, que el Sur es la llanura, el cielo abierto, la muerte heroica; tampoco es el Sur en que Narciso Laprida descubre su destino sudamericano, un destino que se trama entre los libros, los cánones y la intimidad del cuchillo bárbaro, es otro Sur. Es el Sur del

odio clasista. Un Sur absolutamente irrecuperable para Borges. Un Sur injuriado por la jauría fiel y desastrosa del Monstruo.

El Sur de los muchachos que marchan hacia la Plaza. De pronto, dice el narrador a Nelly, encuentran un inconveniente: “hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba”. A este “sinagoga” los muchachos del Monstruo lo dejan seguir; tal vez por la barba. “Pero no se escurrió tan fácil otro de formato menor, más manuable, más práctico, de manejo más ágil.” ¿Cómo es este sinagoga? Sólo los panfletos del Reich habrán ofrecido una descripción tan horrenda de un judío (pero éste era el propósito de Borges: ya que el Monstruo era, sin más, nazi, nazis debían ser sus adictos, o comportarse como tales): “Era un miserable cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado, los libros, bajo el brazo y de estudio”. El “sinagoga” es algo torpe: “Se registró como un distraído, que cuasi se llevaba por delante a nuestro abanderado, el Spátola”. Los muchachos le exhiben la figura del Monstruo: “Bonferraro le dijo al ruso-vita que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara la figura del Monstruo”. (El símil con *El matadero* es clarísimo: también, la “chusma del Restaurador” le exige al unitario el uso de la divisa punzó, que éste, con valentía y soberbia, abomina.) El “sinagoga” se niega: “El otro contestó con el despropósito que él también tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrempujó con una mano. (...) Lo rempujó a un terreno baldío, de esos que el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una pared sensa finestra ni ventana”. Así, “el pobre quimicointas” queda acorralado. Lo que sigue es un despiadado

asesinato callejero. Tal como el unitario de Echeverría era aniquilado por los federales del Matadero, el judío de Borges cae destrozado por los muchachos de Perón. “El primer cascotazo (...) le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascote que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanadas de Monserrat se cayó porque ya estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un poco más con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. (...) Presto, gordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. (...) Nos puso en forma para lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas lo escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se transmite en cadena” (cfr. *Ficcionario*, ed. cit., pp. 259/269).

“¡PERO ESE CONCURSO LO ORGANIZAN LOS COMUNISTAS!”

Por desdicha, las opciones políticas de Borges fueron impulsadas por el odio unidimensional, racial y clasista, de “La fiesta del Monstruo” y no por las honduras conceptuales del “Poema conjetural”. Si no hubiese sido así, escasamente habría adherido, como lo hizo, a las dictaduras militares que devastaron nuestro país. Sobre todo a la más horrenda, la de Videla. Si no hubiese sido así, el Premio Nobel, como lo deseaba, habría sido suyo. O no se le habría tornado imposible, no por el cuento “La fiesta del Monstruo”, sino por las consecuencias del odio que latía en él: adherir a Videla (cuando buscó diferenciarse –porque se





Son esos artilugios bonitos de Georgie de los que tuvo la fortuna que se enamoraran los escritores europeos. Algunos son fascinantes, otros no, son simplemente los balbuceos de un hombre que ignora acerca de qué habla, aunque lo haga con ingenio. Niega la democracia: es bueno que lo sepan quienes deben saberlo. Le pide a “América” (¿cómo no iba Georgie a decir “América” a los Estados Unidos!, nos acusaría de “indigenistas” si le dijéramos que nosotros decimos “Norteamérica”, o también de “bolcheviques”) que se transforme en un imperio. Hoy estaría satisfecho comprobando que eso ha ocurrido. Además, cuando él escribe o publica su *El Libro de Arena*, “América” era un imperio hacía ya mucho tiempo. Pero un hombre asustado a tal punto por el comunismo nunca se siente protegido si el país que está al frente de su lucha no extrema sus elecciones, no arriesga todo su arsenal. Sigamos: que Buenos Aires haya engendrado otro Rosas es el lenguaje y la ideología de la Libertadora, de la cual Borges es un hijo dilecto. Cuando se discuten los fusilamientos del '56 habrá de decir: “Todos hablan de los fusilamientos, pero nadie de las torturas”. Como si las torturas del régimen peronista justificaran los fusilamientos. El, por su parte, ignoraba las torturas de la Libertadora. Ver en Perón una encarnación de Rosas es también incurrir en esa visión cíclica de la historia. Y en el clásico sonsonete ultragorila de la *segunda tiranía*. Pero hay algo que lo aleja a Borges de sus preocupaciones acerca del peronismo. Hay algo a lo que le teme aún más. Sí, Georgie, es cierto, es posible: “¡Usted puede ser el próximo!”, como grita y advierte Kevin McCarthy en *La Invasión de los usurpadores de cuerpos*. “Las cosas andan mal”, preocupado, dice. “Rusia está apoderándose del planeta.” Georgie habría visto *Los boinas verdes*, el film de John Wayne de 1968. Creo que se trata de una inferencia indubitable, apodíctica. Pues esa es la película que Wayne hizo sobre Vietnam y en la que, todo el tiempo, dice que los rojos están ahí, en esas selvas húmedas, impenetrables, para apoderarse del planeta. ¡John Wayne piensa lo mismo que Borges! El brutazo de Wayne comparte sus ideas con el exquisito poeta de los laberintos, de los espejos, de las simetrías y de los países con forma de sable. Voy a citar un texto sobre John Wayne. Es parte de una novela mía que está sin editar porque aún no ha llegado su momento. Está escrita y hablada un poco en el lenguaje de traducción de los pulp fiction y su protagonista es Joe Carter, de quien he publicado algunos cuentos o citas en este diario. Aquí, Carter relata una escena de *Los boinas verdes* que los comandantes de la guerra contra el Vietcong le han hecho ver a él y a sus compañeros. He aquí el texto:

“Sólo algo me interesó. Ese gran actor, ese buenazo de David Janssen, tú sabes, el que hace al doctor Richard Kimble en la serie *El fugitivo*, el inocente acusado de un crimen que no cometió y es perseguido hasta el fin por ese odioso policía de Gerard, en fin, ése, David Janssen, le pregunta al *Duke* qué tenemos que hacer en Vietnam los americanos. Qué hombre paciente es el gran Duke. Pues yo le descerrajo tres tiros ahí mismo. Dejémoslo pasar. El periodista insiste: por qué nuestros muchachos, dice, tienen que ir a morir a ese suelo remoto, tan lejos de la patria. Y concluye: ‘¿Es esa guerra nuestra o se trata solamente de un conflicto entre vietnamitas?’. Obtuvo lo que buscaba el muy cretino. El sargento que está junto a Wayne arroja sobre una mesa (tan cercana al pobre Janssen que casi se la tira encima) una caja de balas secuestradas al enemigo. Y grita:

—Yo le diré al amigo periodista por qué estamos en Vietnam! ¿Ve estas balas? ¡Son checoslovacas! —Luego le tira una enorme ametralladora—. ¡Es de fabricación china! —Le tira un fusil desme-

lo dijeron— era tarde) y haber aceptado una condecoración de Pinochet, un glorioso combatiente anticomunista, a quienes los hombres de *Sur* admiraban al abominar rabiosamente del comunismo. Hemos mencionado ya los casos de expulsión del ámbito de la cultura ocampista que sufrieron Bianco y Martínez Estrada. Para colmo, cuando Borges acepta la condecoración del matarife chileno se le ocurre acudir a su ingenio, frondoso sin duda, y declara que admira a Chile porque tiene la forma de una espada. Así, del Nobel, olvidarse, Georgie. Esa gente piensa de otro modo, la juega distinto, no premia a fascistas ni a tontos. Algunos se indignarán que uno le diga “tonto” a Borges. Me refiero al ámbito político. Cierta vez, hace muchos años, entraba yo en el edificio de Filosofía y Letras de Viamonte 430 y lo veo venir a Borges conversando con una dama, esas de las que solía rodearse. Recuerdo lo que dijo, el tono de su voz, el miedo de señora gorda, la paranoia de pequeño macartista, cuando pasó a mi lado y le dijo a su acompañante: “¡Pero ese concurso lo organizan los comunistas!”. Había un concurso literario durante esos días y lo organizaba el Cefyl, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras que eran, en efecto, comunistas y muy antiperonistas, algo que a Borges no le solucionaba el problema, porque, para él, se trataba de ser las dos cosas: anticomunista y antiperonista. Siempre hubo cierta confusión en sus opciones políticas. Porque tampoco era democrático. “La democracia es un vicio de la estadística” es una de sus frases más conocidas y es, también, muy ingeniosa. Después está la otra, que tanto ha seducido a los bobos que se arrojan incondicionalmente a sus pies: que se afilió al Partido Conservador por escepticismo, algo así. Pero será en un pasaje de *El Libro de Arena* donde nos

entregará, digamos, su módica *filosofía de la historia*. El cuento se llama “El otro”, tema recurrente en Borges, y es él, ante un espejo suyo, el que dice: “En lo que se refiere a la historia... Hubo otra guerra, casi entre los mismos antagonistas. Francia no tardó en capitular; Inglaterra y América libraron contra un dictador alemán, que se llamaba Hitler, la cíclica batalla de Waterloo. Buenos Aires, hacia 1946, engendró otro Rosas. (...) El '55, la provincia de Córdoba nos salvó, como antes Entre Ríos. Ahora las cosas andan mal. Rusia está apoderándose del planeta; América, trabada por la superstición de la democracia, no se resuelve a ser un imperio. Cada día que pasa nuestro país es más provinciano. Más provinciano y más engreído, como si cerrara los ojos. No me sorprendería que la enseñanza del latín fuera reemplazada por la del guaraní” (Jorge Luis Borges, *Obras completas*, tomo III, Emecé, 1996, p. 15). Es un texto muy rico, Están todas las obsesiones políticas de Borges. Yo, lo juro, le creo todo porque, ese día, en Viamonte 430, cuando le escuché decir, con aire de viejo oligarca preocupado, de propietario medroso, que “ese concurso lo organizan los comunistas”, supe, para siempre, que ese gran escritor era también un hombre tramado por temores banales, por las tilinguerías de su clase, por la admoniciones de su madre omnipresente, por la ideología macartista del grupo *Sur*, de cuyos miembros, uno, Victoria, tenía mucho más carácter que él. A él lo asustaban los comunistas. Ella los hubiera metido presos. O hacía algo similar: los echaba de la revista. Volviendo a su *Weltanschauung* notaremos que cree en una visión cíclica de la historia: la batalla de Waterloo se repite de tanto en tanto. Esa visión cíclica cualquiera puede sostenerla, si lo desea, pero no hay modo serio de fundarla.

dido. Nunca vi algo así. Menos aún se lo vi a un Charlie—. ¡Es de fabricación soviética! —Se planta sobre sus dos piernas separadas y pone sus manos en la cintura, satisfecho. Y dice—: ¿Qué hacemos en Vietnam? ¡Nos defendemos contra el intento comunista de apoderarse del mundo!

¡Oh, mi Dios! ¡Cómo aplaudieron aquí nuestros muchachos! ¡Dales duro, Duke!, gritaban. ¡Bravo por ese sargento! ¡Nos quieren quitar todo! Algún gracioso gritó: “¡El mundo es nuestro, no de los comunistas!”. O quizá no fue un gracioso, fue un patriota” (JPF, *Carter en Vietnam*, novela inédita).

Borges, en su libro de 1975, está tan preocupado como Wayne. Pero ya lo estaba en 1963, fecha en la que me crucé con él justo en la venerable entrada de Viamonte 430. Lo juro: era la voz de uno de esos personajes asustados de la oligarquía que provocan nuestra risa cuando se les destina el chiste, ya muy viejo pero no por eso menos real, sobre el comunismo y la estancia: “Si viene el comunismo, yo me voy a la estancia”. “Pero (su voz balbuceante acentuó el cariz de temor que la frase conllevaba) ese concurso lo organizan los comunistas”. En el número 273 de *Sur* habrá de publicar un poema dedicado a Sarmiento. La revista lo presenta en su página de apertura, donde aparece la palabra *Sur*, en el número noviembre-diciembre de 1961. Todas sus opciones políticas están ahí, más una adhesión que atraviesa los años y ancla en el gran sanjuanino, que les pertenece a ellos, a las clases dominantes de la Argentina, pues ha sido su Mariscal Bougeaud, el vencedor de la barbarie.

EL POEMA A SARMIENTO

Es así:

No lo abruman el mármol y la gloria.
Nuestra asidua retórica no lima
Su áspera realidad. Las aclamadas
Fechas de centenarios y de fastos
No hacen que este hombre solitario sea
Menos que un hombre. No es un eco antiguo
Que la cóncava fama multiplica
O, como éste o aquél, un blanco símbolo
Que pueden manejar las dictaduras
Es él. Es el testigo de la patria,
El que nuestra infamia y nuestra gloria,
La luz de Mayo y el horror de Rosas
Y el otro horror y los secretos días
Del minucioso porvenir. Es alguien
Que sigue odiando, amando y combatiendo.
Sé que en aquellas albas de setiembre
Que nadie olvidará y que nadie puede
Contar, lo hemos sentido. Su obstinado
Amor quiere salvarnos. Noche y día
Camina entre los hombres, que le pagan
(Porque no ha muerto) su jornal de injurias
O de veneraciones. Abstraído
En su larga visión como en un mágico
Cristal que a un tiempo encierra las tres caras
Del tiempo que es después, antes, ahora,
Sarmiento el soñador sigue soñándonos.

El poema concluye en la página 2 de la revista y, a su pie, en mayúsculas, el lustroso nombre de su autor: Jorge Luis Borges. Se trata del poema de la Libertadora, escrito seis años más tarde. Pero Borges, siempre, habrá de ser un hombre de la Libertadora. Tal vez su idea más valiosa sea la última: Que alguien está vivo en tanto existan quienes lo injurian. Por lo demás, repite sus lugares comunes. Sarmiento, dice, es inmanejable por las dictaduras. (*Nota al pie*: Falso: vimos que el peronismo lo puso en todos los libros de lectura. Que no lo usó de ariete, pero no cesó en su culto,

en su adoración. Porque, en esos tan aborrecidos libros de lectura, lo aborrecible era que no se transgredía nada, que sólo se incurría en la exaltación de las figuras casi santas de Perón y Evita y en las realizaciones del régimen, el cual, con esta clase de libros compulsivamente impuestos, se constituía, en efecto, en un régimen, pero no para cambiar una visión de la historia. Cuando una dictadura impone una nueva visión de la historia niega las otras y quema sus libros. Por eso el nazismo quemó libros. Perón no. Añadió al viejo y consagrado panteón oligárquico el panteón peronista. Una revolución lo habría reemplazado. De modo que sólo se incurrió en un personalismo propagandístico que alcanzó, de todos modos, para irritar a los sectores de poder de la Argentina. Que son excesivamente irritables. Por lo cual una medida no puede ser juzgada como revolucionaria a partir de la abominación de unas clases dominantes que jamás estuvieron dispuestas a cambiar nada. Sólo le dejaron a Menem traerlo a Rosas e imprimir los billetes de veinte pesos. Pero a cambio de hacer los más formidables negocios de su historia, sólo comparable a la masiva apropiación de las tierras bajo Roca.) Que Sarmiento fue el horror de Rosas. Lo que le permite hablar del “otro horror”. Y confesar que: “En aquellas albas de setiembre lo hemos sentido”. Qué gorilada más boba: ¡Oh, sí, pensaban en Sarmiento los hombres del Almirante Rojas! Pensaban en el campeón de la enseñanza laica, en el ideólogo de la ley 1420 los nacionalistas católicos de Lonardi. A las “albas de setiembre” nadie las olvidará ni nadie las podrá contar. No parece haber sido así. Casi no hay quien no las haya contado. Y, a esta altura de los hechos, no parecieran tener ese carácter cuasi místico, totalmente inefable que Borges quiere darles. En cuanto a ese final del Sarmiento soñador que sigue soñándonos tomarlo en serio sería excesivo. ¿Habrá sido la Libertadora parte del sueño civilizatorio de Sarmiento? Claro que sí: es lo que piensa Borges. El poema a Sarmiento cubre esa finalidad. Unir al guerrero que batió a las hordas bárbaras del siglo XIX y enfrentó a Rosas con los héroes que derrocaron la tiranía del siglo XX, bárbara también, enemiga de la Civilización, de los libros, de las clases de linaje. Si Sarmiento el soñador sigue soñándonos es porque la Libertadora es una prolongación de sus sueños, una herida en el corazón de la barbarie que él derrotó. Somos parte del sueño de Sarmiento. Seamos chicaneros: las bombas del 16 de junio de 1955 son también parte del sueño de Sarmiento. Del mismo sueño: el que soñó la decapitación de Peñalosa. Ese Sarmiento siempre nos seguirá soñando. No estamos siendo chicaneros. Es así: Borges no lo dijo, pero sin duda también lo sintió así el 24 de marzo de 1976. También ahí lo sintió a Sarmiento. También ahí una nueva barbarie estaba injuriando en el país a aquellos a los que sólo respeto se les debe. Acaso haya sido Videla también un sueño del soñador Sarmiento. Todo esto es pésima ideología y peor literatura, porque el tema del soñador que es soñado por Otro es tan abusivo en Borges que uno lamenta volver a encontrarlo. Digamos que repetía sus recursos.

Supongo que alguien pensara que se le está faltando excesivamente el respeto a nuestro gran escritor nacional. No, yo lo respeto a Borges. Mi primera novela toma algunos de sus temas predilectos: el del Otro, sobre todo. Pero si me preguntan qué opino de este poema a Sarmiento confieso que me parece más que endeble. No carece del tono pomposo y patético del acto escolar: “Es él. Es el testigo de la patria”. Y luego, lo de siempre:

¿hasta cuándo dejaremos sin señalar los adjetivos de Borges? Sé que alguno dirá: “Es el colmo. Sólo le faltaba decir que Borges no escribe bien y ya lo está diciendo”. Supongamos que meramente me remito a este poema. Acaso se me permita señalar un par de cosas. “Acaso”, por otra parte, es un giro hipotético borgeano, sinónimo del adverbio “quizá”. Uno lo usa y ya le dicen que está plagiando a Borges. Borges pareciera ser un terrateniente del lenguaje. Palabra que él usó, palabra que es suya. Conjetura, argüir, rencor, espejo, laberinto, unánime. Ha llegado, así, a escribir, sobre todo cuando antecede el sustantivo por un adjetivo antojadizo o “borgeano”, cosas horribles como: “unánime noche”. Pero si uno escribe “unánime” está plagiando a Borges. Como si escribe “acaso” o “conjeturo”. Volvamos al poema a Sarmiento. La adjetivación de Borges es agobiante y reitera su mecanismo: adjetivo-sustantivo, adjetivo-sustantivo, adjetivo-sustantivo. Echemos una rápida mirada al poema: “asidua retórica”, “áspera realidad”, “aclamadas fechas”, “cóncava fama”, “blanco símbolo”, “secretos días”, “minucioso porvenir”, “obstinado amor”, “larga visión”, “mágico cristal” y hasta aquí llegamos porque hasta aquí llega el poema. Los escritores argentinos, advertidos de este mecanismo del padre del estilo, han invertido —con relevantes resultados— el mecanismo. Raramente anteceden al sustantivo de un adjetivo, sino al revés. Observemos hasta qué punto pierden su aire de poema escolar las palabras adjetivadas por Borges si les aplicamos este recurso: “retórica asidua” no es lo mismo que “asidua retórica”. “Símbolo blanco” no es lo mismo que “blanco símbolo”. Pero creo que es sobre todo en “obstinado amor” donde la deriva hacia otra acentuación es más notoria. “Obstinado amor” da novela rosa, folletín, novelita de los años veinte. “Amor obstinado” bien puede ser parte de una tragedia. Un “obstinado amor” señala la permanencia de un sentimiento cálido que persevera en su ser, para decirlo con Parménides. Un “obstinado amor” es una tierna exaltación del alma, el exceso de un corazón que busca entregarse sin condiciones. Por el contrario, un “amor obstinado” bien puede mentar los celos de Otelio. Un “amor obstinado” puede llevar a la paranoia. A la posesión enfermiza. Y hasta al crimen. No puedo continuar con esto aquí. Se sabe que exagera las enumeraciones. Y que repite sus adjetivos: en una página puede escribir “inagotable llanura” y en la otra “innumerable llanura”. También, admirablemente, puede iniciar un cuento con la frase: “Una cicatriz rencorosa le cruzaba la cara”. Pero aquí no ha escrito una “rencorosa cicatriz” sino “cicatriz rencorosa”, de ahí el efecto poderoso de la frase. Como sea, todos lo sabemos: un gran escritor. Pero no un dios. Los dioses no pertenecen a la literatura. Ni a la historia. Se conoce la frase que Heidegger, hundido en la desesperación por el triunfo de la técnica planetaria, dice en el reportaje de *Der Spiegel*: “Sólo un dios puede salvarnos”. Pero ese dios pertenecía al universo de la mística o a las tramas de la filosofía zen, espacios de los que nada puedo decir. Y en los que nunca pude penetrar. Como la gran mayoría de las personas de este mundo sin Dios y con infinidad de dioses invocados e inventados por esa certidumbre que el hombre pareciera no poder tolerar: la certidumbre de la gran ausencia, la certidumbre del silencio de Dios o, peor aún, la que nos dice que ese silencio es el de su inexistencia, el de su irrelevancia o el de su total desinterés.



PRÓXIMO
DOMINGO

Documentos de la
Libertadora